



MONSTRUOS HUMANOS

La retorcida naturaleza
de los asesinos en serie



MONSTRUOS HUMANOS

La retorcida naturaleza de los asesinos en serie

Colección Ciencias Humanas

dirigida por Daniel Fernández Leiva

© Álvaro Matus 2017

© Monstruos Humanos:

La retorcida naturaleza de los asesinos en serie 2017 © Estratos, 2017

Edición:

Daniel Eduardo Fernández Leiva

Diseño y diagramación: David Alonso Cofré Bravo

Diseño de cubierta:

© Francisco Javier Fernández Leiva

ISBN:

978-956-9831-13-3

Registro de Propiedad Intelectual: N° 285437

Editorial Mitomano & Estratos Limitada S.R.L. www.editorialestratos.cl

linea.estratos@gmail.com

www.facebook.com/lineaestratos

© La presente obra se encuentra protegida por la legislación chilena de
Derechos de Autor. Se prohíbe toda reproducción, total o parcial de su

contenido en cualquier medio y por cualquier forma, sin el consentimiento de los titulares de los derechos. Se permite la cita o reproducción parcial de los contenidos exclusivamente con propósitos de difusión e investigación.

MONSTRUOS HUMANOS

**La retorcida naturaleza
de los asesinos en serie**



LINEA
ESTRATOS.
N A R R A T I V A

PRÓLOGO

Estimado lector, momentáneo compañero de viaje. En este breve instante te encuentras en la antesala, en el umbral de un lugar aterrador. Este texto, este código que tienes frente a tus ojos, no es uno cualquiera. De forma premeditada y calculadora, con paciencia y esmero, Alvaro, el coleccionista de horrores, ha reunido en un solo lugar los peores frutos que ha dado el árbol de la humanidad. Frutos podridos y pestilentes abundan el espacio hacia donde te diriges. Ve con cautela, ten cuidado donde pisas. Frente a ti, se encuentra un material peligroso y altamente tóxico. Un concentrado, una verdadera pulpa de actos horrendos, destilado de forma cuidadosa por el autor. No lo bebas de forma apresurada, no olvides antes diluirlo.

El dolor innecesario que han provocado los personajes que encontrarás en este libro es monumental. Estos abominables hechos no tienen lógica ni razón, son grotescos y desproporcionados. Con desazón descubrirás, que en estos casos, es imposible nivelar la balanza. Lamentablemente lo que leerás no es ficción. Mientras tu vista transite por las oraciones que ofrece este ejemplar, se te abrirán puertas que difícilmente podrás cerrar. La costumbre de observar acontecimientos tan oscuros, harán que tus ojos se habitúen a la falta de luz, permitiéndote distinguir entre matices de negro que ni siquiera sabías que existían. Al salir de esta casa del terror, serás encandilado por la delicada y gentil luminosidad del mundo exterior.

Ahora bien, al avanzar en la lectura, es inevitable y natural que surjan ciertas interrogantes. A raíz de tan repulsivos actos y personajes: ¿No sería mejor erradicar de la historia y memoria a este zoológico de monstruosidades? ¿Esto disminuiría la probabilidad de que se repitan

hechos similares? A mi parecer, no es buena idea esconder las fecas bajo la alfombra, ya que luego, de igual manera, el hedor se sentirá.

En general, existe un miedo infundado de hablar abiertamente sobre las aberraciones que expone este libro, por lo que se ha convertido en un tema tabú, sobre el cual abunda la ignorancia. Existe cierta intuición humana de que la palabra es mágica, y que por el simple hecho de nombrar algo, esto necesariamente va a ocurrir. A mi parecer, esto es un error de la cognición. Amigo lector, ten ánimo. El decir “fuego”, no hará que tu lengua se envuelva en llamas. El decir “agua”, no calmará tu sed. El decir “aire”, no proveerá de oxígeno a tu cuerpo, sino que lo contrario. Recuerda estas frases como mantras al momento de leer los dantescos horrores que expone este ejemplar.

Por otra parte, es lamentable que a estas alturas no contemos con herramientas sólidas, válidas y confiables para identificar a asesinos seriales, violadores y/o pedófilos antes de que estos conviertan en realidad sus sórdidas y macabras fantasías. Si bien, existen incontables teorías psicológicas para explicar todo tipo de comportamiento, estas poseen escasa utilidad, ya que no fueron formuladas y puestas en práctica con el adecuado rigor científico y su correspondiente nivel de escepticismo. Sin decir más, los invito, adelante, tomen asiento y pónganse cómodos. Frente a ustedes, desfilarán individuos de la peor calaña. ¡Lo peor de lo peor! ¿Vino preparado para presenciar semejantes atrocidades?

Tomás Betinyani O.

NOTA DEL AUTOR

“La realidad siempre supera a la ficción”. Una frase cliché; pero que nos embiste de manera brutal cuando nos adentramos en los pasajes más

oscuros de la criminología. Una dosis de realidad que algunos preferirían ahorrarse; pero que es necesaria registrar, estudiar y perpetuar. Y no me refiero a esto con el afán de realizar una apología al crimen o al simple hecho de experimentar el morbo que despiertan sucesos tan horrorosos como los que contiene este libro. La historia tiende a repetirse y, personalmente, creo que no sería algo sabio evadir, ocultar y olvidar este tipo de casos como si nunca hubiesen ocurrido. Como diría el historiador británico Paul Preston: “Quien no conoce su historia, está condenado a repetir sus errores”.

La documentación de los casos y el estudio de perfiles psi - cológicos de algunos de los más terribles asesinos seriales de la historia, han permitido a los departamentos de policía más importantes del mundo, identificar patrones de comportamiento que, eventualmente, han sido de gran ayuda a la hora de predecir algunas conductas de otros criminales con perfiles similares y atraparlos. Al mismo tiempo, el estudio de dichos sujetos, ha sido el centro de debate de neurólogos, criminólogos, psicólogos y psiquiatras que han buscado, a lo largo de la historia, encontrar respuestas al comportamiento violento en el ser humano y cómo prevenirlo o incluso anularlo.

El siguiente libro, es el resultado de casi veinte años de investigación en torno al mundo de la criminología, la psicología, la psiquiatría y los asesinatos en serie, impulsado principalmente por mi interés en la comprensión de la mente humana. Por medio de notas de prensa, documentales, fuentes de internet y principalmente libros dedicados al tema, he recopilado varios de los casos de asesinatos en serie más célebres de la historia. Sin embargo, y en vista de que sobre la mayoría de estos se ha escrito hasta el hartazgo, he decidido incluir, además, biografías de

criminales menos conocidos, con el fin de enriquecer este libro; lo cual no ha resultado nada fácil, sobre todo a la hora de hallar fuentes fidedignas. Fue en el año 2011 cuando decidí publicar un blog titulado *Grotesque and Arabesque*, en el cual empecé a redactar varias de las historias que están presentes en este libro. La gran cantidad de visitas diarias y los comentarios de los usuarios, fueron un gran estímulo para seguir estudiando y redactando biografías criminales cada vez más detalladas y completas. Quería hacer, de mi blog, una fuente confiable de información y estudio criminológico, además de un espacio de entretenimiento para aquellos que gustan de las historias policiales. Al mismo tiempo, me he esmerado en detallar las biografías de cada uno de estos asesinos, incluyendo perfiles psicológicos, datos sobre sus infancias, entrevistas, entre otros.

La enigmática y compleja figura del psicópata asesino se erige, insistentemente, entre los perfiles criminales más infames de la historia y resulta difícil de ignorar. Carentes de empatía, emociones o remordimientos, se les ha calificado como sujetos manipuladores, fríos, egoístas y amorales, incapaces de relacionarse de forma sincera con sus pares, ya que siempre buscan obtener algún tipo de beneficio propio. No son enfermos mentales; sino “locos morales” (como bien lo estipuló Lombroso) entendiendo perfectamente la diferencia entre “el bien y el mal” e incluso contando con un grado de inteligencia considerable en algunos casos. Debido a estas características, son el tipo de criminal más peligroso y difícil de desenmascarar. Es importante mencionar que no todos los psicópatas son necesariamente asesinos (sobre esto, me explayaré en el capítulo titulado “**El criminal más peligroso de todos: El Psicópata**”).

Internarme en tan oscuros laberintos de la mente humana, ha sido ciertamente interesante y fascinante, pero también estresante... y a veces triste. Es mi deber advertir, como autor de este libro, que el recorrido por esta galería de asesinos no será una experiencia agradable, sobre todo para aquellas personas sensibles o impresionables.

INTRODUCCIÓN

Los hechos más horrorosos de violencia, crueldad y brutalidad se llevan a cabo, día a día, en nuestro mundo, desnudando una de las facetas más vergonzosas y aborrecibles del ser humano. El asesinato, es uno de los actos más condenables en vista de su condición irreversible e irreparable. Es un perjuicio que daña tanto a la víctima como a sus familiares, y que golpea fuerte a toda una sociedad si el crimen resulta particularmente cruel o cobarde, y aún más si queda impune. Los victimarios, por otro lado, pueden ser criminales con largos prontuarios delictuales; pero también personas aparentemente normales, padres de familia ejemplares, vecinos amistosos, ancianas respetables e incluso niños preadolescentes. Pasaremos por alto a genocidas y tiranos que han cometido matanzas por razones exclusivamente políticas, raciales o religiosas, y nos centraremos en analizar a criminales que mataron por razones aún más inquietantes y retorcidas. Aquellos que buscaron, en el asesinato y la tortura, satisfacer perversas fantasías sexuales. Es aquí donde el sadismo, el canibalismo, la necrofilia o el vampirismo, se establecen como factores determinantes y que impulsan, a este tipo de sujetos, a cometer una seguidilla de actos espeluznantes. Pero también examinaremos a aquellos criminales que asesinaron de forma fría y calculadora, con el único fin de conseguir algún

objetivo concreto, como el de obtener fama, dinero, poder o por el mero deseo de llamar la atención.

En este libro, revisaremos historias verídicas de hombres y mujeres que cometieron crímenes terribles e inhumanos, despojados de todo atisbo de moralidad, arrepentimiento o empatía, incurriendo en la repetición sistemática de un patrón criminal, llegando a convertirse en asesinos seriales. Pero no todo girará en torno a la crónica de dichos crímenes; sino que también nos adentraremos en las mentes de estos individuos, repasaremos sus perfiles psicológicos, eventos traumáticos de sus vidas, sus infancias y obsesiones.

También haremos un breve recorrido por la historia del crimen violento y los orígenes de la criminología. Aprenderemos la diferencia entre asesinos seriales, asesinos en masa y asesinos relámpago (y otras subcategorías) haciendo especial énfasis en el tipo de criminal más peligroso: El psicópata. Finalmente, analizaremos el impacto mediático y cultural de algunos de los asesinos seriales más aberrantes de la historia.

PRELUDIO HISTÓRICO DE LOS PRIMEROS GRANDES ASESINOS DE LA HISTORIA

Desde siempre, la humanidad se ha enfrentado al escalofriante espectáculo de la muerte. Pero además del frío estupor que ella infunde, tampoco es un misterio que despierta cierta curiosidad morbosa, lo queramos o no.

Algunos gobernantes, la han usado como arma para atemorizar a sus enemigos. Otros, sin embargo, han cometido feroces carnicerías solo para conseguir notoriedad.

Miles de personas se regocijaron cuando el emperador Tito, en el año 80 de nuestra era, inauguró el gran Anfiteatro Flavio (más conocido como el Coliseo Romano). Más de 9.000 animales fueron sacrificados en sus arenas y otros 2.000 gladiadores murieron frente a una muchedumbre enardecida, que clamaba por la sangre de los perdedores en cada batalla. El emperador, había fraguado la construcción del Coliseo con el único fin de elevar su popularidad... y lo consiguió sacrificando miles de vidas. Pero la muerte ha estado en las manos de personajes poderosos de forma persistente. La diferencia, es que algunos de ellos sesgaron miles de vidas por motivos enfermizos y sádicos, alejados de toda explicación medianamente racional, incluso al estar insertos en un contexto bélico. A continuación, haremos un breve recorrido por la vida de algunos de los tiranos más crueles de la historia antigua. Aquellos que amparados por su poder y sus riquezas, masacraron a personas inocentes por mero placer, y que han destacado del resto por poseer perfiles psicológicos sumamente complejos y perversos. Cabe destacar que, dentro de esta categoría, podríamos incluir a gran multitud de gobernantes del pasado; pero nos limitaremos a los más trascendentes y que se acercan, mucho más, al tipo de criminal sobre el cual se centra este estudio.

El barón **Gilles de Rais** es considerado, por algunos historiadores, el primer asesino en serie de la historia. Entre 1432 y 1440, raptó, torturó, violó y asesinó a por lo menos 300 niños y adolescentes en Francia, hasta que fue capturado y ajusticiado junto a sus lacayos. El apodado Barba Azul (alias que le dieron los cronistas de la época, debido a su larga barba de color negro azulado), ha sido conocido como uno de los peores y más sádicos homicidas de la historia; sin embargo, años antes de que fuese acusado de tales fechorías, Gilles de Rais era un respetado noble, el cual fue la mano derecha de Juana de Arco durante varias de sus batallas. Fue

nombrado mariscal por la misma “Doncella de Orleans” y siguió fielmente sus órdenes en cada combate, convirtiéndose en su seguidor más acérrimo y un cristiano apasionado.

Antes de hacerse famoso por acompañar a Juana de Arco en cada batalla, Gilles de Rais ya había sido catalogado como un guerrero extraordinario. Vivió toda su infancia con su abuelo, tras la muerte de sus padres, y ya de adolescente se destacó por el hábil uso del mandoble. Con los años, se fue convirtiendo en un sujeto arrogante y desenfrenado, al menos hasta que conoció a Juana y se unió incondicionalmente a su causa.

Tras la muerte de Juana en la hoguera, en 1431, Gilles de Rais quedó destrozado y se dedicó a despilfarrar su enorme fortuna, además de dar rienda suelta a sus más bajos instintos, encerrado en su lúgubre castillo. Allí, se obsesionó con la alquimia y la brujería, y comenzó a secuestrar a niños y adolescentes pobres que, posteriormente, eran asesinados de formas brutales y depravadas. Solía atormentarlos durante días y abusaba sexualmente de ellos, para luego pedirles perdón, acariciarlos y besarlos. Finalmente, los decapitaba mientras se masturbaba sobre los cadáveres y clavaba sus cabezas en estacas para su enfermizo deleite, además de maquillarlos y clasificarlos por su belleza. También podía degollar a sus víctimas y beberles la sangre, que manaba a borbotones, cuando estas aún agonizaban. Acompañado de brujos, nigromantes, alquimistas y adoradores del diablo, organizaba grandes orgías rodeadas de cadáveres, tras lo cual solía delirar y pasearse desnudo por el castillo, pidiendo perdón a Dios y lamentándose por los sádicos asesinatos que cometía. Toda Francia quedó estupefacta con la detención Gilles de Rais, y más aún con sus crudas confesiones ante la corte una vez que fue atrapado. Por aquellos años, más de 1.000 niños desaparecieron de los alrededores en el período en que el barón Gilles de Rais hizo de las suyas. Se estima

que la cifra final de secuestros y asesinatos, cometidos por el barón y su séquito de brujos, podría haber llegado a 600. Fue ahorcado en 1440, junto a dos de sus más fieles lacayos, y sus restos fueron incinerados para, posteriormente, ser enterrados.



Fuente: Palacio de Ambras (pintura al óleo, c. 1560)

Vlad Drăculea (más conocido como *Vlad Tepes*) será la única excepción en esta lista, pues no califica como asesino serial ni criminal propiamente tal. Todos sus actos fueron cometidos en un contexto de guerra y, aunque ha sido considerado como uno de los asesinos más sanguinarios de los que se tenga data; también ha sido inmortalizado como un héroe en su tierra natal, Rumania. *Vlad Tepes*, ejecutó a sus enemigos de formas tan horripilantes e inhumanas, que resulta imposible evitar mencionarlo en este libro (o cualquier otro relativo al tema). Incluso el novelista irlandés Bram Stoker, se inspiró en él para crear a su afamado personaje, el Conde Drácula; aunque, como podremos corroborar a continuación, el verdadero Drácula resultó ser mucho más espeluznante.

El sanguinario Vlad Drăculea, nació en el año 1431, en la ciudad transilvana de Sighisoara, Rumania. Fue uno de los tres hijos legítimos de Vlad II Drăcul, gobernante de Valaquia e integrante de la Orden del Dragón, la cual fue creada para luchar contra los herejes cristianos y musulmanes. Vlad II Drăcul, a quien apodaban el Diablo, era un astuto estratega político que, debido a sus hazañas en la guerra contra los turcos otomanos, había recibido como obsequio varias tierras en la región de Transilvania, cedidas por el rey de Hungría.

Sin embargo, en 1444, Vlad II Drăcul se vio obligado a entregar a dos de sus hijos al sultán Murat II, como muestra de sumisión. Vlad Drăculea, quien contaba con solo 13 años, y su hermano Radu, fueron hechos prisioneros por los turcos y sirvieron como prenda de garantía para mantener los lazos entre ambos pueblos. Durante su estancia en manos del sultán, el joven fue apresado en una mazmorra, en donde comenzó a desarrollar una personalidad macabra y ávida de venganza. Al mismo tiempo, Vlad II comenzó una cruenta batalla por recobrar la independencia de Valaquia, olvidando a sus dos hijos que continuaban como rehenes. Sin embargo, el sultán decidió mantenerlos con vida, quizás pensando en algún futuro beneficio político.

Una vez que fue liberado, en 1448 y a la edad de 17 años, Vlad fue puesto en el trono de Valaquia por los mismos turcos. Su padre había sido asesinado a traición por los boyardos y a su tercer hermano, Mircea, le quemaron los ojos con hierro candente antes de enterrarlo vivo. Pero Vlad duró poco en el poder y fue expulsado por los húngaros ese mismo año. Pasaría casi una década antes de que lograra consolidar su hegemonía como Príncipe de Valaquia, esta vez con mano de hierro.

En 1456, Vlad Drăculea tomó el control de Valaquia y se hizo llamar Vlad III. Y a pesar de que contaba con apoyo y los reinos cristianos lo

reconocieron como príncipe, estaba obsesionado con vengarse de los asesinos de su padre y su hermano.

Vlad era descrito como un astuto y sádico guerrero, que no sentía miedo alguno en el campo de batalla. Como gobernante, se caracterizaba por entrar en cólera invariablemente, además de ser sumamente cambiante e impredecible. Todos sentían temor ante su presencia, pues ante la más mínima provocación, podía tomar la decisión de mandar a empalar, desollar o desmembrar a alguien.

Nikolaus Modrussa, delegado papal, describiría a Vlad de la siguiente manera:

“No era muy alto, pero sí corpulento y musculoso. Su apariencia era fría e inspiraba cierto espanto. Tenía la nariz aguileña, fosas nasales dilatadas, un rostro rojizo y delgado y unas pestañas muy largas que daban sombra a unos grandes ojos grises y bien abiertos; las cejas negras y tupidas le daban aspecto amena- zador. Llevaba bigote, y sus pómulos sobresalientes hacían que su rostro pareciera aún más enérgico. Una cerviz de toro le ceñía la cabeza, de la que colgaba sobre unas anchas espaldas una ensortijada melena negra”.

Durante la Pascua de 1459, Vlad invitó a los boyardos a una cena de gala, en donde luego de comer y beber de buena gana, mandó a empalar a los más ancianos con estacas a través del ano, para luego alzarlos y dejarlos clavados a gran altura (entre los 3 o 4 metros). A los más jóvenes, los obligó a caminar desde Târgoviste hasta un castillo en ruinas que se encontraba en un monte cercano al río Arges. Varios murieron fatigados por el viaje, mientras que los sobrevivientes fueron forzados a reconstruir el castillo, piedra por piedra, mientras Vlad se deleitaba al verlos morir de hambre y agotamiento.

Ese mismo año, Vlad ya había descargado toda su ira con horrorosas

matanzas en los pueblos transilvanos que se negaban a negociar con él o pagarle tributo. Más de 30.000 personas fueron empaladas por órdenes del príncipe, el cual disfrutaba ante el sufrimiento de sus víctimas. Daba lo mismo si se trataba de niños, adultos, mujeres o ancianos, pues no perdonaba a nadie.

El empalamiento, como método de ejecución, es uno de los más espantosos y crueles, debido a que produce una muerte lenta y terriblemente dolorosa, en la cual la agonía de la víctima puede durar horas. Es debido a esta oscura fascinación, que Vlad Drăculea también fue conocido como *Vlad Tepes* (Vlad el Empalador) aunque dicho apodo fue póstumo, pues en su época era conocido como *Kazikli Bey* (Señor Empalador).

Los empalamientos de Vlad, sin embargo, no resultaban azarosos. Al menos no en su diseño. Basado en estudios de construcción aprendidos en Roma, Vlad organizaba empalamientos masivos que constituían círculos concéntricos y otras formas geométricas, los cuales exacerbaban el espectáculo de las macabras matanzas. Además, la altitud de la estaca, indicaba el rango de la víctima que se encontraba clavada a ella y con frecuencia dejaba que los cadáveres se pudrieran durante meses.

La obsesión de Vlad, por realizar ejecuciones masivas, resultaba impactante incluso para la época, en donde se cometían matanzas de todo tipo a lo largo del continente. Por sobre otros tiranos, guerreros y asesinos, *Tepes* llevó el “arte” del horror, la tortura y el asesinato, a cotas inigualables. Si bien el empalamiento podía realizarse con una larga estaca de madera afilada, Vlad también aplicó variantes aún más espantosas. Una de ellas consistía en tumbar en el piso a un condenado, colocar una estaca de punta roma, y bañada de aceite, en el ano de la víctima, mientras dos caballos lo jalaban de las piernas hasta que el madero se introducía lo

suficiente como para alzarlo y enterrar el poste en la tierra. Este brutal procedimiento, producía una muerte aún más dolorosa y mucho más lenta, la cual podía prolongarse incluso durante días.

Famosa es la anécdota cuando un ejército turco, que pretendía invadir Valaquia y que superaba ampliamente en número al ejército de *Vlad Tepes*, huyó aterrado cuando se topó con un bosque de miles de cuerpos empalados descomponiéndose en lo alto de sus estacas, en ambas orillas del río Danubio.

Una de las ilustraciones más célebres de Vlad el Empalador, lo muestran sentado en una mesa, comiendo, rodeado de cuerpos empalados. Este era, de hecho, uno de sus rituales. Solía degustar su comida bajo la sombra de los cuerpos descompuestos y untaba migas de pan en una fuente que contenía la sangre de sus enemigos, para luego succionarla; aunque también podía llenar una copa y beberla, contemplando el horror de aquellos que aún agonizaban en sus picas. A partir de este dato histórico, seguramente Bram Stoker lo pudo visualizar como un verdadero vampiro. Durante las diversas guerras que protagonizó contra los turcos, se destacó como un gran estratega y a pesar de contar con un ejército relativamente reducido (entre 20.000 y 30.000 hombres), casi siempre salía airoso. Sus métodos eran variados y efectivos. Desde iniciar guerra de guerrillas y enviar hombres enfermos de tuberculosis al frente enemigo, hasta realizar la táctica militar de “tierra quemada”, arrasando con ciudades enteras y envenenando el agua y la comida, para luego retirarse y dejar que los turcos tomaran el lugar. Incluso los enemigos más avezados y duros, no lograban soportar el hedor y la podredumbre de los acostumbrados “bosques de empalados” que Vlad dejaba tras su paso. El mismo Sultán Mehmed II, guerrero sanguinario que planeaba invadir Târgoviste, tuvo que devolverse a Constantinopla afectado por violentos vómitos tras toparse con los

cuerpos de 23.000 hombres, mujeres y niños empalados por órdenes de Vlad.

La fama del despiadado *Vlad Tepes* iba en aumento y las ciudades colindantes a sus dominios, comenzaron a ser abandonadas por sus pobladores, pues temían ser invadidos por el terrible Señor Empalador. Sin embargo, el imperio húngaro poco y nada lo apoyó, y tras ser derrocado por los turcos, fue encarcelado en 1462.

Por razones que aún se desconocen, Vlad fue liberado en 1474, y trató de defender Valaquia del asedio turco, pero en 1476, mientras huía del campo de batalla tras ser derrotado, su propio ejército lo confundió con un turco (pues se había disfrazado con las ropas de sus enemigos) y murió decapitado a la edad de 45 años. Su cabeza fue recuperada por los turcos, y sus restos fueron finalmente enterrados en el monasterio de Snagov.

Vlad Tepes era aún respetado y temido después de su muerte, y las historias relacionadas con sus empalamientos masivos todavía resonaban en toda Europa y el Medio Oriente. Varios años más tarde, cuando se intentó exhumar su cadáver, en su tumba se encontraron solo huesos de animales. Aquello consiguió engrandecer el mito de que Vlad era, en realidad, un vampiro chupa sangre, pero lo más probable es que los monjes griegos, que tomaron control del lugar pocos años después del entierro de Vlad, se sintieran incómodos al alojar el cuerpo de tan perturbador personaje, y decidieran desenterrarlo del lugar sagrado, reemplazando sus huesos por los de un animal (según las crónicas, serían los restos de un chacal o lobo). Lo cierto es que los maltratados restos de Vlad Drăculea, fueron hallados tiempo más tarde, fuera del monasterio, aun ataviados con su ropa de príncipe; aunque en muy mal estado. En la década de 1940, los restos de Drăculea terminaron por extraviarse.

La cantidad de oscuras anécdotas con respecto a este sádico personaje, es

enorme. Algunas de ellas, rozan lo fantástico y absurdo. Sin embargo, muchos historiadores insisten en que a pesar de su excesiva crueldad, se trató de un gobernante justo y que siempre buscó la prosperidad para su pueblo. Si bien cometió actos que nos pueden parecer espantosos, tampoco era muy distinto a lo que hacían gobernantes de otras latitudes, aunque es innegable que Vlad se esmeró en imponer una política del terror para hacerse respetar. He aquí algunas de las historias más macabras que se cuentan sobre el legendario Empalador:

Se estima que Vlad Drăculea mandó a empalar a más de 100.000 personas durante su régimen, mientras otras miles murieron de formas igualmente espantosas, pues no solo se dedicaba a empalarlas, sino que practicaba muchas otras formas de escarmiento público, tanto con sus enemigos como con su propio pueblo. La amputación de narices, orejas, manos, pies y la extracción de ojos por medio de ganchos, eran sumamente comunes y uno de los castigos más suaves, junto con el ahorcamiento.

En una ocasión, organizó una generosa cena en una casona, invitando a cientos de pordioseros, tullidos, leprosos y delincuentes. Una vez que todos se encontraban satisfechos y borrachos, mandó a los guardias a cerrar las puertas e incendiar el lugar. Fue repitiendo esto en cada comarca, llegando a quemar vivas a más de 3.600 personas. Esta fue, según sus propias palabras, su forma de acabar con la pobreza. Por muy descabellado que pueda sonar, lo consiguió.

Se cuenta que cuando Vlad fue visitado por unos emisarios turcos, enviados por el sultán, este les preguntó por qué no se sacaban los turbantes ante su presencia. Los turcos respondieron que quitárselos no era parte de sus costumbres. Vlad, enfurecido, los mandó de vuelta a Constantinopla con los turbantes clavados a los cráneos.

Muchas de las caravanas de comerciantes que pasaban por Valaquia, lo

hacían con extremo temor; aunque se veían obligadas a hacerlo. Una de las caravanas que decidió no acercarse a la ciudad, fue capturada por Vlad, el cual consideró que el evitar pasar por su ciudad, era una falta de respeto. Asesinó a 600 de los comerciantes y dejó con vida solo a dos. A uno le sacó los ojos y al otro le arrancó la lengua, y los mandó de vuelta a Serbia cargando las 600 cabezas de sus compañeros.

Un comerciante visitó al príncipe, muy angustiado, quejándose de un ladrón que le había robado una alforja con monedas de oro. Vlad le dijo que volviera al día siguiente y que solucionaría el problema. Cuando el comerciante se volvió a presentar, al otro día, Vlad estaba sentado y rodeado por los cadáveres de los ladrones y sus familias, empalados a tres metros de altura. En su mano, tenía el pequeño saco con las monedas de oro robadas. El hombre quedó estupefacto. Recibió la bolsa, mientras el príncipe le ordenaba que contara todas las monedas, para ver si le faltaba alguna. Sumamente nervioso, y tras revisar cuidadosamente, el hombre le dijo que sobraba una. Vlad, complacido, le dijo que, gracias a su honradez, se había salvado de acabar empalado junto a los ladrones y lo dejó ir.

Otra de las historias más famosas de *Vlad Tepes*, es la que cuenta que, cierto día, se topó con un campesino que lucía muy descuidado y con la ropa rota. Cuando le preguntó si estaba casado, el campesino le contestó que sí. El príncipe mandó a llamar a la mujer y le preguntó por qué la ropa de su esposo estaba rota. Ella le respondió que debía cocinar, lavar y hacer el pan, y que no le quedaba tiempo. Pero Vlad no le creyó y la mandó a empalar, haciendo oídos sordos a los ruegos del campesino, que aseguraba que estaba conforme con su mujer. Vlad obligó a otra muchacha a contraer matrimonio con el reciente viudo, y le advirtió que debería ser mejor mujer que la anterior o correría la misma suerte.

En una fuente de la plaza de Târgoviste, Vlad colocó una copa de oro, la

cual podía ser utilizada por todo el mundo que quisiera beber agua con ella. Pero había advertido que si esta desaparecía, el ladrón tendría que pagar las consecuencias. Durante sus años de reinado, nadie osó robar la mentada copa.

La figura de Drácula, en el imaginario colectivo y la cultura popular, dista bastante del personaje real que inspiró su historia. El ya mítico vampiro que describe Bram Stoker, es un personaje sobrenatural y seductor, que posee largos colmillos y se alimenta exclusivamente de sangre, que puede metamorfosearse, que teme a los crucifijos y que solo puede morir exponiéndose a la luz del sol o al clavarle una estaca en el corazón. Aun así, la sombra de Vlad el Empalador, se erige por sobre la fantasía y ha servido de inspiración para cientos de novelistas y directores de cine, los cuales han mostrado (con cierta regularidad) algunos atisbos del verdadero Drácula.

Es importante destacar que, aun con todo lo anteriormente mencionado, Vlad Drăculea era un hombre de su tiempo, motivado por continuos conflictos religiosos y territoriales que eran habituales para millones de personas en aquella época. Es por esto que muchos historiadores no están de acuerdo en la forma en la que se la ha satanizado y varios coinciden que de no haberse popularizado la obra de Bram Stoker, Vlad Drăculea continuaría siendo recordado como un luchador irreconciliable contra los otomanos, defensor del pueblo y la iglesia ortodoxa.



Fuente: Retrato en pintura de Elizabeth Báthory, 1585

La condesa **Erzsébet Bathory** (7 de agosto de 1560) a principios del siglo XVI, se convirtió en una de las mujeres más aborrecidas de toda Europa, al descubrirse que raptó, torturó y asesinó a unas 650 muchachas vírgenes, con el único fin de beber su sangre y bañarse en ella. Perteneciente a la alta aristocracia húngara y poseedora de una gran belleza, la condesa Bathory había quedado viuda a la edad de 44 años, en 1604. Durante décadas, se había resignado a la idea de que su esposo estuviese constantemente en los campos de batalla, por lo que se limitaba a deambular en su enorme castillo, sin mucho que hacer; a pesar de que tuvo numerosos amantes con los cuales solía distraerse. De adolescente, se había sentido intrigada por el ocultismo y la magia negra, por lo que toma como consejera a una sirvienta que poseía conocimientos de brujería, llamada Darvulia. Es entonces, cuando comienza a obsesionarse con la idea de que, para mantenerse joven y bella, debía bañarse y beber sangre de mujeres vírgenes.

Las desapariciones de niñas y adolescentes que vivían cerca del castillo de la condesa Bathory, eran pan de cada día, pero como se trataba de gente pobre e ignorante, no existía nadie que se atreviera a investigar qué estaba ocurriendo. La sed de sangre de la condesa no tenía límites, y cuando las muchachas bellas y vírgenes de la región comenzaron a escasear, se vio obligada a buscar nuevas víctimas, esta vez en sitios más alejados. Pero las quejas llegaron hasta la corte. Bathory había incurrido en la impertinencia de raptar muchachas de la nobleza, lo que obligó al rey Matías II a intervenir inmediatamente. La condesa fue tomada por sorpresa en su castillo por el conde Thurzó (bajo las órdenes del rey) y apresada.

Si el secuestro sistemático de cientos de muchachas del pueblo fue escandaloso, lo que se encontró en el castillo, simplemente, resultó espeluznante. Poseía sofisticadas máquinas de tortura, como la famosa “Doncella de Hierro”, sarcófago vertical con enormes clavos en su interior, en donde cientos de mujeres y niñas fueron torturadas y desangradas hasta la muerte. Las mazmorras estaban cubiertas de sangre, al igual que algunas paredes del castillo. En un principio, Erzsébet Bathory había tenido el cuidado de deshacerse de los cadáveres de forma más o menos prudente. Pero, con los años, es posible que se sintiera más confiada (incluso invulnerable) y comenzó a abandonar los restos cerca de su castillo, sin precaución alguna. Varios aldeanos, habían encontrado prendas femeninas y huesos humanos en las cercanías, y los primeros rumores de que algo extraño ocurría en el castillo de la condesa, comenzaron a aparecer.

Bathory, solía darse baños de tina con la sangre de las muchachas que asesinaba, y le exigía a sus sirvientas que le secaran y limpiaran el cuerpo con sus lenguas, pues una toalla podría arruinar su piel. Si alguna

mostraba repulsión ante el mandato, era muy probable que terminara en las mazmorras, de donde no se salía con vida. También bebía la sangre de sus víctimas y si, para su desgracia, la cautiva resultaba ser de una belleza significativa, Bathory no la mataba de inmediato, sino que la iba desangrando poco a poco y bebía directamente de sus heridas, pues consideraba que lo mejor era mantenerlas con vida y dosificar su sangre, como si se tratase de un preciado brebaje.

Erzsébet Bathory pertenecía a la más alta aristocracia, pero sus crímenes resultaron terribles y debía recibir un castigo. Ante la imposibilidad de condenarla a muerte, la condesa fue confi- nada a permanecer encerrada, de por vida, en una pequeña ala de su propio castillo, en donde era alimentada por una pequeña ventanilla. Falleció el 21 de agosto de 1614, por inanición, después haberse negado a recibir alimentos durante varios días.



Fuente: Escrito con sangre

Marie Madeleine d'Aubray , más conocida como la marquesa de Brinvilliers, ocupa un espacio importante en la serialidad homicida de la historia. Culpable de al menos 50 asesinatos, es una de las envenenadoras más célebres en los anales del crimen.

Nacida en Francia el 22 de julio de 1630, fue la mayor de los cinco hijos de Antoine Dreux d'Aubray, hombre moralista y perteneciente al círculo de consejeros del rey de Francia, Luis XIV. Según algunos autores, Marie se inició sexualmente a la edad de 7 años, producto de una relación incestuosa. También se ha comentado que podría haber realizado sus primeras prácticas sexuales con sus hermanos, cuando aún eran muy pequeños, y que ella misma los habría incitado antes de cumplir los 10 años.

Al cumplir 21, Marie Madeleine d'Aubray contrajo matrimonio con Antoine Gobelin de Brinvilliers, un joven perteneciente al ejército de Normandía y de muy buena posición. En aquellas altas esferas, el libertinaje y el adulterio eran algo absolutamente normal. Aquello impresionó a Marie, la cual se propuso disfrutar de aquella privilegiada posición, sobre todo si consideramos que era una ninfomaníaca. De hecho, fue el propio Antoine quien le presentó al sujeto que se convertiría en su amante, el marqués Jean Baptiste Godin de Sainte-Croix.

Sin embargo, Marie cometió la indiscreción de comentarle a su padre sobre su nuevo amorío y este montó en cólera. Con el objetivo de impedir que el adulterio de su hija se concretara, consiguió enviar a la cárcel a Sainte-Croix gracias a sus fuertes influencias en la corte, algo que su hija no le perdonaría jamás.

Sainte-Croix salió en libertad tres meses después, y se reunió con Marie para retomar su relación amorosa. Durante el tiempo que el joven estuvo encarcelado, conoció a un astuto envenenador con el cual trabó amistad.

Bastaron unos cuantos días, para que este le enseñara varios secretos para envenenar sin dejar huella, algo que interesó a Marie, pues había desarrollado un odio acérrimo hacia su padre. Movida por el rencor, la mujer le pidió a su joven amante que le enseñara el arte del envenenamiento, con la excusa de asesinar a su padre para heredar todo su dinero. A partir de ese momento, se dedicaron a experimentar con varios tipos de venenos, hasta que dieron con uno lo suficientemente potente como para suministrar en dosis casi indetectables. Para corroborarlo, Marie se dedicó a recorrer hospitales, en los cuales daba alimentos envenenados a los enfermos y les provocaba la muerte, con el único fin de confirmar si dicho veneno aparecía en las autopsias. Las siguientes víctimas serían su padre y sus hermanos.

Antoine Gobelin, sabía muy bien de la relación amorosa entre su esposa, Marie, y su amigo, Sainte-Croix; aunque no le daba mayor importancia, pues él también tenía varias aventuras con otras muchachas. A pesar de la libertad que tenía con su amante, Marie deseaba desesperadamente casarse con él, por lo que comenzó a suministrar pequeñas dosis de veneno en las comidas de su esposo. Sin embargo, Sainte-Croix no quería desposarse y procuraba darle a su amigo el antídoto, sin que este lo notara, en sus otros platos. De esta forma, Antoine se enfermaba a veces, pero siempre se recuperaba.

La obsesión de Marie por la utilización de pócimas venenosas llegó a ser tal, que ante cualquier imprevisto al que se veía enfrentada, resolvía envenenar a alguien como una solución plausible. Varias personas sospechaban de la marquesa, la cual parecía víctima de una racha de mala suerte, pues casi todos sus cercanos caían enfermos o morían quejándose de fuertes dolores abdominales.

En 1672, Sainte-Croix falleció mientras fabricaba uno de sus venenos, al parecer asfixiado por los gases tóxicos que uno de ellos desprendía. En su poder, se encontraron documentos que inculpaban flagrantemente a la marquesa de Brinvilliers en la planificación de docenas de asesinatos, pero esta consiguió huir y evadir a la policía hasta el 25 de marzo de 1676, cuando fue arrestada. Posteriormente, fue condenada a morir en la guillotina el 16 de julio de ese mismo año.

LOS MONSTRUOS DEL CRIMEN

Si hablamos de imparcialidad, es posible que algunos no estén de acuerdo con catalogar de “monstruos” a los asesinos que se compilan en este volumen. Así piensa, por ejemplo, la psiquiatra forense Helen Morrison, autora del libro *Mi vida con los asesinos en serie* (2005) una eminencia médica que ha entrevistado, cara a cara, a varios de los peores y más famosos criminales de los Estados Unidos. Según la doctora Morrison, hacer una analogía entre criminales y monstruos, solo consigue fomentar la ignorancia frente al tema o tratar de infundir terror y morbo en la población, a través de titulares amarillistas en la prensa o la televisión. Una suerte de prejuicio frente a criminales que siguen siendo seres humanos, pero incompletos o con estructuras de personalidad desviadas. Sin embargo, el origen de los monstruos en el folclore y la cultura popular, tiene bastantes aristas a considerar.

Los primeros monstruos de la historia, solo fueron parte de la mitología de ciertos lugares, leyendas que se fueron difundiendo y que trascendieron, de forma más o menos exitosa, a través de mitos urbanos. El segundo tipo de monstruos, está relacionado con la criptozoología (estudio de animales cuya existencia es improbable) los cuales han pasado a engrosar la lista de

criaturas extrañas, sobre las cuales no existe documentación fidedigna, generando un halo de misterio sobre ellas (como el Kraken, el Chupacabras o el Monstruo del Lago Ness, entre otros). Encontramos un tercer grupo de monstruos ligados a la teratología (*terato=monstruo*), que es el estudio de las anomalías y malformaciones en organismos animales y vegetales. Antes de que la teratología existiera y estos sujetos fuesen objeto de estudios serios, todo ser humano que presentara alguna anormalidad o deformidad, era catalogado como una criatura sin alma, acarreando las consecuencias que dicha categoría implicaba. De hecho, en algunas culturas antiguas (como la asiática, india o griega) se optaba por eliminar a aquellos bebés que mostraran algún tipo de deformación al nacer, principalmente porque se creía que estaban asociados a eventos apocalípticos o algún tipo de maldición. Pero aún existe un cuarto grupo de monstruos que no hemos analizado, y son los que protagonizan los afamados Cuentos de Hadas (especialmente populares en la Edad Media). Estas historias, iban dirigidas principalmente a los niños y eran narradas por sus padres con un objetivo claro: evitar que se adentraran en los bosques o se relacionaran con extraños. Evidentemente, no eran brujas, vampiros, ogros u hombres lobo los que merodeaban aquellos solitarios lugares, sino los primeros depredadores sexuales y asesinos en serie de la historia. Cuentos infantiles como *Barba Azul*, de Charles Perrault, nos invitan a pensar que detrás de esa fábula, existen muchos componentes verídicos. Tampoco es una coincidencia que “Caperucita Roja”, en vez de ser atacada directamente por el lobo, fuese víctima de engaños y tretas por parte del ruin personaje que, evidentemente, posee características humanas. Es muy probable que, detrás de aquellos cuentos y fábulas, existieran casos reales de abuso infantil, asesinato e incluso canibalismo.

Gilles Garnier , en el año 1573 (en Francia) fue acusado de asesinar y devorar a varias de sus víctimas en forma de licántropo, y fue ejecutado poco después. El proceso de la época consideró que, efectivamente, Garnier se convertía en hombre lobo al cometer sus crímenes, pues mordía y despedazaba los cuerpos de las mujeres y niños que asesinaba; aunque nada se menciona de las aparentes agresiones sexuales que sugieren las crónicas de la época, ni el hecho de que todas las víctimas habían sido estranguladas antes de ser cruelmente mutiladas. En 1589, en la localidad de Bedburg (Alemania), otro supuesto hombre lobo había sido condenado a muerte por el asesinato de varias mujeres y niños, a los cuales devoraba parcialmente. Según el asesino, llamado **Peter Stubbe**, poseía un cinturón mágico que le otorgaba poderes especiales, entre ellos la licantropía, y que cometía las bestialidades, de las que se le acusaban, convertido en animal. Un caso interesante, es el de la famosa “ **Bestia de Gévaudan**”, la cual asesinó, destripó y devoró a lo menos 70 mujeres y niños en el sur de Francia, entre 1764 y 1767. Los cadáveres mostraban claras marcas de dientes en las heridas, varios fueron decapitados e incluso partidos en dos. Los cronistas de la época, describían a “la bestia” como un “lobo enorme”, que medía al menos tres metros de largo y de pelo rojizo. Como era de esperarse, muchos campesinos aseguraron haberlo visto merodeando entre los bosques, pero no podían atraparlo. La noticia se propagó de inmediato por Europa y las tropas reales tuvieron que intervenir con el fin de cazar al monstruo. En un comienzo, todo esfuerzo resultó infructuoso. La población vivió años aterrada ante los brutales ataques de la bestia. Se atraparon y eliminaron varios lobos enormes y fieros, pero ninguno de tres metros de largo. Uno de ellos, era un cánido ciertamente enorme y muchos aseguraron que este animal era la temida “Bestia de Gévaudan”. Luego de ser acorralado y asesinado por los soldados reales, cesaron los ataques a la

población. Debido a los precarios cuidados del cadáver, no se pudieron conservar los restos de la bestia.



Fuente: Oxlack Mundo Insolito

En 1910, sin embargo, la tesis de que la afamada “Bestia de Gévaudan” era real, comenzó a perder fuerza. Un catedrático de la Universidad de Medicina de Montpellier, propuso la hipótesis de que “la bestia”, era en realidad un asesino sádico. Uno de los detalles que quedaron registrados en esta terrible ola de asesinatos, era que “la bestia” parecía seleccionar exclusivamente a mujeres y niños, al igual que muchos de los asesinos en serie que conocemos hoy en día, debido a que representan un blanco más fácil para ellos. Todas las víctimas aparecían parcialmente desnudas, destripadas y decapitadas, esto último bastante extraño en el comportamiento de un supuesto lobo. La cabeza no representa un interés tan grande para un animal que devora a una persona (desde el punto de vista nutritivo). La teoría del asesino sádico, entonces, cobró más sentido, justificando la selección de las víctimas; pero incorporando elementos

mucho más perversos, debido a que este era el actuar de un ser humano y no una bestia como se tenía pensado por aquel entonces. Casos como el de “la Bestia de Gévaudan” no son raros de hallar en la historia y muchos factores nos hacen suponer, que se trataría de la evidencia del actuar de los primeros asesinos en serie.

Muchas de estas historias, sin embargo, han quedado a medio camino entre la fábula y la realidad, siendo documentadas de forma poco fidedigna debido, principalmente, al nulo estudio de este tipo de criminales en épocas pasadas. Un claro ejemplo, es el del escocés **Alexander Sawney Beane** y su clan de caníbales, los cuales en el siglo XVI habrían asesinado y devorado a cientos de personas. Según el *Newgate Calendar* (periódico amarillista del siglo XVIII), Sawney Beane nació en la ciudad de Edimburgo, durante el reinado de Jacobo VI Estuardo (1567-1625). Criado en el seno de una familia muy pobre, Sawney demostró ser un haragán desde pequeño, y se dedicó a vagabundear en vez de trabajar.

En la Escocia medieval, las familias se agrupaban en clanes, los cuales les aseguraban más posibilidades de supervivencia frente a grupos de cuatreros, asesinos u otros clanes hostiles. Buscaban procrear entre ellos y aumentar así su número de integrantes, además de mantener su linaje. Sawney Beane, sin embargo, decidió alejarse de su clan. Acompañado de su pareja, el joven viajó hasta el condado de Galloway y se alojó en una oscura cueva a orillas del mar que le sirvió de guarida. Allí, llegó a formar un clan familiar de 48 miembros, todos a base de relaciones incestuosas entre hermanos y el mismo Sawney Beane. Durante 25 años, el clan sobrevivió a base de carne humana. Asesinaron a cientos de viajeros desprevenidos, los cuales fueron sorprendidos en las solitarias carreteras cercanas a la cueva. Solían llevarse los cuerpos y adobarlos con agua

marina, para luego darse un festín dentro de su escondrijo, el cual quedaba completamente oculto durante la noche, cuando el nivel del mar subía. En los pueblos cercanos, se contaban cientos de historias con respecto a las misteriosas desapariciones, hasta que un hombre (el único que sobrevivió a uno de los ataques del clan caníbal) logró denunciar los hechos ante las autoridades y desvelar el misterio. El rey, junto a 400 hombres, logró dar con la cueva del clan Beane y los apresó, descubriendo la magnitud de los horribles crímenes. Todos los integrantes del clan fueron torturados y condenados a muerte. Actualmente, y a pesar de que esta historia no parece tan descabellada ni poco probable, se discute la veracidad de la misma.

¿Es entonces, el “monstruo” como tal, un residuo más de la naturaleza humana? Sabemos, con bastante certeza, que ha conseguido inspirar la creación de las más variopintas criaturas de ficción. Asesinos brutales y sanguinarios como estos, fueron bautizados como “bestias”, “animales”, “demonios”, “hombres lobo”, “vampiros”, “barba azules” o “monstruos”, en un intento social desesperado por despojarlos de su condición humana y alejarlos de las similitudes que pudiesen tener con el resto de la población. Con el tiempo, este tipo de criminales recibirían otros apodos relacionados a empleos infames o despreciables de la época, como “verdugos” e incluso “carniceros”. Pero por más que se intenten distanciar los conceptos de “monstruo” y “ser humano”, a veces resulta imposible.

LA APARICIÓN DEL PRIMER ASESINO EN SERIE MODERNO

Y EL CAMBIO DEL PARADIGMA DEL CRIMINAL VIOLENTO

Probablemente el asesino serial más famoso de la historia, sea **Jack el Destripador**. El pánico que produjeron sus sádicos crímenes en Whitechapel, Inglaterra (1888), no dejó indiferente a nadie. Hasta entonces, las personas creían entender las motivaciones de un asesinato en la cotidianeidad, las cuales (en teoría) se podían basar en un arrebató de ira, venganza, celos o el deseo de robar sin dejar testigos vivos. Todos estos motivos, aunque despreciables, eran al menos entendibles. Cuando las víctimas de “Jack” comenzaron a aparecer cruelmente mutiladas y sin evidencias de violación o robo, nada parecía tener sentido. ¿Por qué mataba, entonces, el asesino? Solo varios años después, los investigadores, psicólogos y psiquiatras forenses, lograron aproximarse a la mente de un asesino que ejecuta a sus pares por mero placer, en donde se mezclan el sexo, la brutalidad, el control, el exhibicionismo y el afán de protagonismo. La aparición del primer asesino en serie moderno, rompería todos los esquemas de lo que, hasta entonces, se comprendía como definición de criminal.

Poco antes de la aparición de “Jack”, en 1876, el médico y criminólogo italiano Cesare Lombroso (1835-1909) publicaba su más famoso libro, *El Criminal*, en el cual fundaría el concepto del “criminal nato”. En él, Lombroso asociaba características físicas a un tipo de criminal específico, basado en las teorías de Charles Darwin y la evolución de las especies, asegurando que estos, estaban predestinados a delinquir. Según Lombroso, tras varios años de estudio en cárceles y sanatorios mentales, los criminales violentos (asesinos) solían ser sujetos de características físicas

simiescas: frente huidiza, ojos pequeños, mandíbula poderosa, brazos largos y un cráneo más bien pequeño, con ciertas hendiduras particulares. Examinó a más de 25.000 criminales y anormales, con el fin de establecer su teoría, y si bien muchas de sus apreciaciones, basadas en la morfología fueron ampliamente discutidas; su esfuerzo por el estudio del individuo, fue fundamental para la formación de lo que hoy entendemos como criminología.

Lombroso aseguraba la existencia de cierto tipo de sujetos que sufrían de una condición natural que los ligaba de forma indefectible al crimen; pero el francés Jean Alexandre Lacassagne (1843-1924), destacado médico de la Universidad de Lyon, discutió la teoría del “criminal nato” de su colega, asegurando que la sociedad (o el medio) era el caldo de cultivo de la criminalidad.

El debate entre las teorías de Lombroso y Lacassagne, despertó el interés de múltiples estudiosos en Europa y los Estados Unidos, con respecto a la comprensión de la mente criminal. Porque si la policía científica, hasta entonces, había realizado los primeros avances tecnológicos para la resolución de crímenes complejos (fotografía, impresiones dactilares, análisis químicos, rastreo de pistas, entre otros) el estudio del criminal, como sujeto, sería otro de los puntos clave para pasar a un siguiente nivel, en donde los esfuerzos se dirigirían a comprender sus motivaciones. La aparición de un asesino complejo, como Jack el Destripador, terminaría por encender la mecha del mentado debate, poniendo a Londres en el ojo de los especialistas.

Durante siglos, las historias de los más terribles criminales y delincuentes comunes, se difundieron como leyendas oscuras en Europa y otras latitudes, contando con parte de mito y realidad. Muchos de ellos, eran bandidos “sin rostro” que merodeaban por los bosques en busca de oro y

fortuna, y se hacían acompañar por un puñado de secuaces que no dudaban en degollar a viajeros desprevenidos o asaltar carruajes con tal de robarles todo lo que llevaban encima. Pero en 1888, Jack el Destripador marcó una nueva era causando, además, un revuelo mediático sin antecedentes.

El incipiente Scotland Yard (que se había formado en 1829), no tenía respuesta ante los atrevidos ataques del destripador, pues desafiaban la lógica que, hasta ese entonces, utilizaba la policía para resolver los casos de asesinato. Las víctimas eran prostitutas que, por aquellos años, representaban uno de los escalafones más bajos de la sociedad londinense. Eran tomadas por sorpresa en los oscuros y brumosos callejones de Whitechapel, para posteriormente ser mutiladas de forma salvaje. Si el asesino no les robaba, ni abusaba sexualmente de ellas. ¿Con qué objeto las mataba? Cientos de teorías trataban de explicar el actuar del sádico criminal, pero ninguna resultó satisfactoria hasta que, finalmente, el misterioso “Jack” dejó de matar y desapareció para siempre, sin dejar pista alguna con respecto a su verdadera identidad. Bastaron solo cinco víctimas, para dar paso a una verdadera leyenda.

Para ser sinceros, el Scotland Yard jamás tuvo oportunidad alguna de atrapar al destripador. No existían registros de una actividad criminal similar, y es muy probable que ningún agente estuviese siquiera medianamente capacitado para resolver crímenes de semejante envergadura. Funcionaban como una fuerza policial, y no como un equipo de investigación. Si sumamos los escasos recursos y la nula tecnología utilizada en el estudio de las pistas, resultaba impensable pretender que se daría con el homicida. Y es que el asesino serial es, por lejos, el tipo de criminal más difícil de atrapar, incluso en nuestros días, ya que no suelen asesinar a personas con las cuales se les pueda relacionar directamente, lo

que los aleja del radar de cualquier sospecha o investigación policiaca, al menos en un comienzo.

Todas estas interrogantes, y la incansable atención que la prensa le prestó a los asesinatos de “Jack”, llenaron de temor a la población. Todos tenían sus propias teorías al respecto y era tema obligado de cada tertulia o reunión. La gente sospechaba de sus vecinos, amigos y cercanos, y se encerraban temprano en sus casas, ya que temían por sus vidas. Sin embargo, estaban pendientes ante cualquier noticia sobre el destripador y, de cierta manera, se sentían fascinados por la imagen del asesino. No se trataba de que no existieran otros criminales peligrosos sueltos por el país, pero nunca se había engrandecido tanto la figura de uno que matara por mero placer, y que sus víctimas fueran personas de un segmento tan vulnerable. El hecho de que Jack el Destripador enviara burlonas cartas a la policía, lo convertían en un criminal aún más osado y temible, pues era evidente que no se sentía arrepentido de sus actos, sino que se jactaba de ellos. “Jack” fue un verdadero psicópata que disfrutaba del terror que infundía en la población (los pormenores de este caso, serán revisados detalladamente en el capítulo “**Asesinos en serie**”).

La fama de Jack el Destripador, ha trascendido hasta nuestros días y no faltan quienes aún piensan que se trata solo de un mito, ignorando por completo que este es uno de los primeros casos de asesinato serial documentados por la policía, y uno de los mayores misterios de la historia. Tras los crímenes del destripador, se generó un enorme cambio en el planteamiento del paradigma criminal, alejándolos del mito y acercándolos a una cruda realidad en la que el hombre, como especie, podía (efectivamente) asesinar por mero placer y disfrutar de ello.

TIPOS DE ASESINOS

Dentro del estudio de la criminología, se hace imperiosa la necesidad de diferenciar el perfil criminal de cada individuo. No todos los asesinos son iguales. Tampoco sus motivaciones, *modus operandi*, ni el perfil de sus víctimas. El nivel de desarrollo de las sociedades, el contexto histórico e incluso la globalización, han influido a la hora de generar tipologías criminales alrededor del mundo. Porque si durante los siglos XV, XVI y XVII, la mayor cantidad de asesinos en serie proliferaron en Europa, en los siglos XX y XXI, Estados Unidos se convirtió en verdadero caldo de cultivo para este tipo de criminales, llegando a concentrar más del 80% de los casos a nivel mundial (Fuente: Base de Datos de la Universidad de Radford).

Según algunos especialistas en el tema, existirían dos condiciones que se aplicarían casi al 90% de los casos de este tipo de criminales violentos. La primera particularidad, y que ha resultado bastante recurrente en la infancia de los peores homicidas de la historia, es la llamada “Triada del asesino” o “Triada de McDonald”. El también conocido “Conjunto McDonald”, explica tres características que, si se ven combinadas, pueden ser una señal de alarma, e indicar el comportamiento de un futuro asesino violento. El “Conjunto McDonald”, puede ser identificado a partir de los 11 años y se compone de: enuresis (orinarse en la cama), piromanía y crueldad con los animales.

El segundo factor, postulado recientemente por un reconocido neurólogo estadounidense (Dr. Jonathan Pincus), es el que él llama “La fórmula del criminal violento”, en la que destacan otros tres factores clave: Ser víctima de abusos durante la infancia, enfermedad mental y daño cerebral. Si estos tres factores se aúnan, es muy probable que tengamos a un futuro asesino.

Pero analizar a este tipo de criminales no es tarea fácil; pues son individuos completamente distintos, con patrones de comportamiento disímiles y variables. A continuación, revisaremos distintas tipologías de asesinos y sus principales características.

Asesino en Masa:

Los asesinatos en masa se han convertido en uno de los mayores problemas que tiene, actualmente, Estados Unidos, llegando a un promedio de dos tiroteos mensuales y dejando a cientos de víctimas. El acto en sí, comprende la matanza de tres o más personas en un solo lugar y son cometidas, generalmente, por un solo sujeto, el cual suele ir provisto de una o varias armas de fuego (aunque en algunos casos también han optado por armas corto punzantes). Este tipo de asesino, posee un carácter sumamente antisocial, marcado por un notorio aislamiento y resentimiento hacia la sociedad, debido a trastornos de la personalidad, problemas de adaptabilidad o enfermedad mental. Son “asesinos de sangre caliente” que, por medio de un solo episodio, buscan eliminar a la mayor cantidad de gente posible como si se tratara de un acto heroico, atribuyendo las causas a la presión social, el odio, la discriminación u otras ideas delirantes. No es extraño que, antes del ataque, hayan sido calificados por sus cercanos como personas extrañas, antisociales, resentidas y obsesivas, y rara vez pasan desapercibidas, pues además suelen ser el blanco de las burlas por parte de sus pares debido a su incapacidad de adaptación social. Sienten fascinación por las armas y planifican meticulosamente este “gran acto final”, llegando a fantasear durante años antes de cometerlo, además de abastecerse de armamento varios meses antes de actuar. Muchos de ellos han tenido formación militar o han aprendido a usar armas desde pequeños. Algunos han cometido los asesinatos vestidos como militares, llevando consigo no solo un revólver; sino todo un arsenal.

Más del 90% de estos asesinos son varones y casi el 60% ha estado bajo tratamientos psiquiátricos. Muchos de ellos, han sido identificados como sujetos que mostraron comportamientos antisociales desde muy pequeños, externalizando sentimientos de odio y desprecio hacia sus pares, además de fantasías violentas a corta edad.

Los casos de asesinato en masa, suelen conmover a la población y resultan de un impacto mediático considerable, debido a lo imprevisible de los ataques y a que la víctima puede ser cualquiera que esté en el momento y lugar equivocado. Pero también es cierto que muchos de ellos han dado varias “señales” antes de cometer dichas matanzas. Incluso, un alto porcentaje de ellos, conversaron con amigos, familiares o sus propios psicólogos, acerca de sus impulsos asesinos. Lamentablemente, muchas de estas advertencias suelen ser pasadas por alto, atribuyéndolas a un comportamiento simplemente infantil.

Las zonas de ataque escogidas por el asesino en masa, son universidades, colegios, restaurantes y otros espacios de convocatoria masiva.

Generalmente, el asesino es abatido por la policía durante la balacera; aunque también es sumamente probable que termine quitándose la vida. Como muy pocos llegan a sobrevivir después de este tipo de actos, no se han podido estudiar sus perfiles psicológicos en profundidad y solo se ha contado con las descripciones de aquellos que los conocieron en vida.

Asesino Itinerante:

El asesino itinerante o relámpago, tiene ciertas similitudes con el asesino en masa, por lo que suele ser confundido; pero la diferencia radica en que comete varios asesinatos, en distintos lugares y en un corto período de tiempo. Se trata de sujetos inadaptados, con tendencias a la violencia y rebeldía. Pueden ser psicópatas que no muestran respeto por las reglas ni la moral y, en algunos casos, estas matanzas han sido el resultado de un

robo frustrado o un ataque de ira asesina. Si este tipo de asesino no es acorralado en medio de una persecución, es sumamente probable que caiga bajo una lluvia de balas por parte de la policía.

La estela de muertes que el asesino itinerante va dejando por el camino, no son otra cosa que la consecuencia de actos delictivos graves, tras los cuales el criminal siente que debe escapar y sobrevivir a toda costa, sin importar a quién deba asesinar para lograrlo. Generalmente no se trata de sujetos sádicos; pero si altamente impulsivos y coléricos, que viven constantemente al borde de la ley.

Asesino en Serie:

Un asesino en serie, es el que comete tres o más asesinatos con un período de tiempo considerable entre uno y otro. Así los definiría Robert Ressler (1937-2013), ex agente del FBI que formó parte de la brigada VICAP (Violent Criminal Apprehension Program) encargada de atrapar a los peores criminales de los EE.UU. entre 1970 y 1990. Ressler, desarrolló una técnica que le permitía trazar perfiles delictivos con solo analizar la escena del crimen. A medida que realizaba su trabajo, logró identificar ciertos tipos de criminales que cometían varios asesinatos con trasfondos de orden patológico, y los bautizó como *Serial Killers* para que la policía pudiera identificarlos, principalmente porque se trataba de un perfil mucho más complejo a la hora de investigar. El término acuñado por Ressler, resultó atractivo para los medios de comunicación, y pasó a convertirse en una expresión que acabó masificándose por todo el mundo a la hora de hablar de asesinos psicópatas.

A diferencia del asesino en masa, es un criminal de características mucho más complejas. La cantidad de crímenes cometidos por un asesino en serie, puede representar un misterio para la policía y los investigadores, debido a que su período de actividad puede durar meses, años e incluso

décadas. También es muy probable que vaya ampliando su coto de caza, aumentando el espectro de víctimas en varios kilómetros a la redonda. Una vez atrapado, verá la conveniencia de sacar a la palestra su historial o no, dependiendo de si esto le beneficia para reducir alguna pena o conseguir favores por colaborar con otros casos. Rara vez se suicidan una vez capturados, pues generalmente, tratan de sacar el mayor partido a su situación, exponiéndose a la prensa en búsqueda de notoriedad y fama e incluso intentando lucrar con su imagen.

La mayoría de los asesinos seriales, son hombres (más del 87% de los casos registrados a la fecha) y más de la mitad son de raza blanca; aunque durante los últimos años, la cantidad de asesinos de raza negra ha aumentado considerablemente. Prácticamente todos padecen de alguna patología sexual. También cabe destacar que Estados Unidos, es uno de los países donde más prolifera este tipo de asesinos, seguido por Rusia y algunos países de Europa. Generalmente, son psicópatas de tendencias sádicas y suelen tener varias motivaciones para cometer sus crímenes. Han fantaseado durante toda su vida con matar y hacer daño a otras personas, y la mayoría de las veces han asesinado antes de los 30 años.

El asesino en serie no siempre actúa solo. Varios son los casos en donde una pareja de homicidas han unido fuerzas para cometer todo tipo de crímenes. Por lo general, uno de ellos es el dominante y el otro solo sigue sus órdenes.

Dentro de los asesinos seriales, podemos identificar:

Asesinos Organizados:

El asesino en serie organizado, es aquel que planifica sus crímenes con antelación y actúa con sumo cuidado para no dejar evidencias que lo delaten. Es el tipo de asesino más difícil de atrapar y siempre representa un dolor de cabeza para las autoridades, ya que suele tratarse de un

criminal bastante más inteligente que el promedio.

Psicópata y obsesivo, el asesino en serie organizado planea sus ataques y establece un perfil determinado de víctima que esté acorde a sus fantasías. Estas pueden ser, por ejemplo, mujeres rubias mayores de 20 años y menores de 30. Al mismo tiempo, buscará a alguien que él considere más débil. Jamás intentará someter a una persona que pueda sobrepasarlo físicamente o que aparente ser más astuta. Una vez que selecciona a su potencial víctima, la puede seguir durante meses antes de acercarse a ella. Cuando lo hace, por lo general no emplea la fuerza para someterla; sino que, mediante engaños, trata de hacerla subir a su automóvil, la invita a una cita o a su propia casa. Aunque también puede entrar a su hogar y sorprenderla, después de haberla vigilado durante semanas evaluando si vive sola, tiene algún sistema de alarma, deja alguna puerta o ventana abierta, o si recibe visitas inesperadas.

El *modus operandi* suele ser variado; pero casi siempre prefieren drogar o inmovilizar a la víctima antes de asesinarla. Por lo general, el asesino en serie organizado, suele llevar consigo lo que el FBI ha bautizado como “kit del asesino”, el cual puede incluir cuchillos, pistolas, sogas, pasamontañas, guantes y ropa negra, entre otros. La violación y la tortura, suelen ser parte de su motivación asesina. El denigrar a su víctima, tanto física como emocionalmente, los hace sentir poderosos, por lo que tratarán de prolongar la experiencia con el fin de satisfacer sus fantasías de control y sadismo. Posteriormente, procuran deshacerse del cadáver y toda evidencia que los pueda comprometer; aunque siempre se quedan con algún trofeo, ya sea una prenda de vestir, alguna argolla, una tarjeta de identificación o incluso partes de los cuerpos. También acostumbran sacar fotografías de sus víctimas antes y después del asesinato, así como también grabarlas en video para, posteriormente, revivir la experiencia.

Después de que ha cometido el asesinato, se mantiene al tanto de las noticias que hablan de su crimen, colecciona las notas de prensa y se acerca a los propios policías encargados de la investigación para averiguar si tienen pistas sobre el asesino. En caso de que su víctima se encuentre aún desaparecida, se une a los grupos de búsqueda, con el único fin de sentirse informado y en control de la situación. Si sabe que está a salvo y que la policía está lejos de seguirle el rastro, puede intentar jugar con ellos, realizando puzzles o bromas de mal gusto, con el único fin de saciar su sed de protagonismo y acrecentar su sensación de impunidad.

Asesino Desorganizado:

Este tipo de asesino, suele padecer trastornos psiquiátricos (como esquizofrenia o algún cuadro psicótico) los cuales se evidenciarían al cometer sus crímenes de forma caótica. Si por un lado el asesino serial organizado tiene sumo cuidado a la hora de cometer un asesinato, ocultar el cadáver y rehacer su vida como si nada ocurriera, el asesino desorganizado actúa de una forma completamente opuesta. Los investigadores han sabido identificar las señales de una escena del crimen cometida por un asesino desorganizado. En ella, es fácil hallar manchas de sangre por doquier, pisadas y huellas dactilares del asesino, rastros de saliva, semen, colillas de cigarrillo e incluso alguna de sus prendas. También es común encontrar el arma homicida cerca del cadáver, algo que jamás se permitiría un asesino en serie organizado. La cantidad de pistas dejadas por este tipo de homicida, generalmente permite a la policía obtener algunos indicios a la hora de investigar el crimen, pero tampoco es tarea fácil debido a que el móvil, muchas veces, resulta incierto.

Muchos de ellos, han estado en tratamiento psiquiátrico anteriormente, principalmente acosados por cuadros psicóticos, depresión y delirios de

persecución. Tampoco es extraño que aseguren escuchar voces que los incitan a matar.

El asesino desorganizado, ataca de forma impulsiva y no tiene un perfil de víctima determinado. Muchas veces utiliza armas improvisadas que encuentra en el mismo lugar del ataque y no se preocupa de ocultar evidencias ni deshacerse del cadáver.

Asesinos Mixtos:

Los asesinos seriales mixtos, son aquellos que cometen crímenes organizados y desorganizados de forma indistinta. Quizás debido a la confianza o el tedio que muchos asesinos en serie sienten al ver que se hace difícil atraparlos, es que su *modus operandi* va cambiando.

Comienzan como asesinos organizados y terminan cometiendo crímenes caóticos que dan demasiadas pistas a la policía. También es posible que sientan una excesiva confianza y subestimen a sus perseguidores, por lo que dejan de ser tan prolijos a la hora de asesinar, dando paso a una etapa criminal más displicente.

Al mismo tiempo, existen otras categorías en las que se clasifica a los asesinos en serie, como por ejemplo: Caníbales, necrófilos, estranguladores, sádicos, vampiros, torturadores, hedonistas, satánicos, descuartizadores o visionarios. Sin embargo, estas categorías pueden llevarnos a una confusión, pues la combinación de factores, finalmente, se solapa de forma recurrente en prácticamente todos los casos, condicionando la ubicación de estos homicidas en dos o más clases. Por ejemplo, un estrangulador puede ser, al mismo tiempo, un sádico que disfruta del sufrimiento de su víctima mientras la sofoca. También puede convertirse en descuartizador si busca deshacerse de esa forma del cadáver, algo que atañe más al *modus operandi* y no necesariamente a la motivación del asesino en sí misma.

EL CRIMINAL MÁS PELIGROSO DE TODOS: EL PSICÓPATA

Si bien no todos los psicópatas resultan ser asesinos o criminales, cuando sí lo son, suelen cometer actos atroces que conmueven a la opinión pública, principalmente por su desfachatez y sangre fría. Aun así, el cine, la televisión y la literatura, han hecho del psicópata una burda caricatura, dotándolo de características impropias y exageradas, como por ejemplo asegurar que todos ellos son sumamente carismáticos e inteligentes, como Hannibal Lecter o Dexter. Pero la verdad, es que la mayoría de los psicópatas no suelen ser personas superdotadas ni con un coeficiente intelectual sobresaliente, pudiendo ser consideradas, al ojo público, como personas comunes y corrientes.

Según el DSM V (Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders) la psicopatía es un trastorno antisocial de la personalidad (es importante mencionar que el término “psicópata” dejó de estar presente en dicho manual). Y aunque podamos afirmar que algunos de los criminales más atroces de la historia poseen un perfil de características psicopáticas; lo cierto es que no existe una técnica científica exacta que asegure si una persona es psi- cópata o no; aunque si se puede llegar a deducir al observar su comportamiento en una situación extrema y correctamente monitoreada. A pesar de que se puede hablar de rasgos psicopáticos en distintos niveles, tampoco todos los psicópatas son iguales.

A este tipo de personalidades, no les importan las reglas sociales y las transgreden constantemente. No le interesan las leyes ni las normas, sobre todo si estas se interponen en sus intereses. Es sumamente difícil detectar este trastorno (incluso para los especialistas); pero sus principales

características comienzan a asomar desde la infancia, pues el psicópata nace... no se hace.

Los psicópatas se caracterizan, principalmente, por su falta de empatía y la carencia absoluta de sentimientos. De pequeños, muestran actitudes temerarias sin medir las consecuencias, actúan sin pensar, son impulsivos. Buscan manipular a sus compañeros de juegos y también a los adultos, por medio de rabietas o chantajes. Nunca aceptan la culpa de algún error y suelen endosárselo a alguien más. Comienzan a experimentar robando objetos de poco valor, solo por el hecho de sentir el vértigo de ser descubiertos. Muchas veces son niños un tanto introvertidos, pues desde temprano comienzan a darse cuenta que son distintos al resto; aunque no saben exactamente por qué, por ende les resulta difícil tener amigos. También empiezan a mentir descaradamente, por lo general para lograr algo que desean o para impresionar al resto. Se enojan cuando se les corrige y se creen más importantes que los demás. En ocasiones, pueden molestar a sus amigos más pequeños; aunque también algunos son las víctimas de dichos abusos cuando no logran adaptarse adecuadamente. Demuestran emociones superficiales y forzadas, actúan de forma amable; pero sin parecer realmente sinceros. Por último, es muy probable que se diviertan torturando y matando animales, pues disfrutan del control físico que ejercen sobre ellos, además de satisfacer su curiosidad morbosa por la muerte.

Es por eso, que una persona psicópata buscará sentir emociones fuertes de alguna u otra forma, muchas veces corriendo riesgos innecesarios. Otra característica, es que el psicópata reduce su capacidad de asombro de forma más acelerada de lo normal, por lo que suele aburrirse con mucha facilidad. Muchas de estas personas, no son necesariamente crueles asesinos; pero sí realizan actos osados en su vida cotidiana, como practicar

deportes extremos o adquirir empleos en los que se requiere tomar grandes riesgos y tener sangre fría, como podría ser un técnico especialista en desactivación de elementos explosivos. También tienen una percepción de la moral bastante particular, por lo que podrían ejercer como jefes tiranos o políticos corruptos, abusando de su posición. Son narcisistas, egoístas y fingen tener sentimientos como amor, empatía o compasión, solamente porque observan y se dan cuenta que todo el mundo espera eso de ellos. Son completamente conscientes de sus actos, por ende imputables ante cualquier jurado en caso de que cometan algún ilícito o crimen.

Este tipo de personalidades, hacen imposible una convivencia normal y una relación de amistad o pareja efectiva, pues su vida se basa en una búsqueda desesperada de llamar la atención y ejercer el control sobre los demás. Su único afán, es el de sentirse importantes y con poder. Es, en este punto, donde algunos psicópatas pueden llegar a cometer actos de crueldad extrema para conseguir lo que quieren y satisfacer sus necesidades, sin importar si dañan o matan a una persona. Por ejemplo, si un criminal psicópata busca mantener relaciones sexuales, puede cortejar e invitar a salir a una mujer durante meses para conseguir su objetivo, pero también puede considerar golpearla, dejarla inconsciente y violarla. Para ellos, ambas opciones son igualmente válidas.

El psicópata es un maestro de la manipulación. Ha debido serlo desde que es un niño. Es un observador hábil de un entorno que es decididamente distinto a él. El psicópata, por ejemplo, no se pone nervioso, no siente temor y por ende no se desespera. Su ritmo cardíaco es siempre el mismo y es incapaz de comprender muchas de las cosas que finge, como la excitación nerviosa o el arrepentimiento. A pesar de ello, por lo general el psicópata no es consciente de su condición.

La personalidad psicópata ha sido objeto de múltiples estudios, aunque muchos siguen siendo poco concluyentes. Algunas pruebas han demostrado que, una vez que el psicópata se somete, por ejemplo, a choques eléctricos en intervalos, eventualmente va sintiendo menos dolor y ansiedad ante aquel estímulo. También se hicieron pruebas a una persona normal y a un psicópata, para comparar su nivel de reacción y excitación ante una situación angustiante. Ambos fueron expuestos a cintas de video que mostraban a niños jugando, parejas felices y paisajes bellos; hasta que las escenas cambiaron y comenzaron a mostrar gente muerta, enferma y catástrofes. La persona normal aumentó su pulso y comenzó a pestañear hasta cinco veces más que en la secuencia de imágenes anteriores. El sujeto psicópata, en cambio, pestañeó la misma cantidad de veces que en la primera secuencia. Tampoco aumentó su ritmo cardíaco. Para él, era lo mismo ver un árbol en flor, que un niño muerto. Una reducida actividad en el córtex prefrontal del cerebro, podría explicar la falta de empatía del psicópata, lo que nos hace suponer que aquello condiciona actos de frialdad por parte del individuo; pero no explica, necesariamente, el deseo de matar. Es posible que interfieran factores fisiológicos, genéticos, psicológicos y también sociales, a la hora de conformar a un homicida psicópata.

El psicópata piensa como un individuo común y corriente, razona y comprende la diferencia entre el bien y el mal. El problema es que no comparte emociones de pena, miedo, empatía o amor (como el resto de las personas) y tiende a emular dichos sentimientos, con el fin de manipular ciertas situaciones a su favor. Es por esto, que un psicópata jamás podrá mantener una relación normal con una persona, simplemente porque no puede y si llega a matar una sola vez, es muy posible que vuelva a hacerlo. El psicópata, definitivamente, no puede rehabilitarse.

ASESINOS SERIALES EN LA CULTURA POP

La mezcla entre fascinación y terror que despertaron en la psiquis de los norteamericanos los asesinos seriales, se refleja en la multitud de películas exitosas sobre estos (la mayoría con poderes sobrenaturales) que colmó la producción de Hollywood entre 1970 y 1990. Por muy absurdo que parezca, la gente quería seguir sintiendo miedo y terror; aunque esta vez de una forma más segura: en la butaca del cine. Si ya era terrible el hecho de ver en los noticieros cómo se atrapaba a un sujeto que había asesinado a una decena de personas inocentes, personajes como Jason Voorhees (*Friday the 13th*), Freddy Krueger (*A Nightmare on Elm Street*), Leather Face (*The Texas Chainsaw Massacre*), Michael Myers (*Halloween*) o Chucky (*Child's Play*), no eran más que el morboso resultado de la acumulación del miedo americano, explotado y traducido en un éxito taquillero para la industria cinematográfica. Muchos de estos personajes ficticios, se transformaron en verdaderos íconos de la cultura estadounidense, al igual que los verdaderos homicidas que inspiraron a sus creadores.

Uno de los casos que más influencia ha causado en los cineas - tas, parece ser el de Ed Gein. El personaje de la película *The Texas Chain Saw Massacre*, Leather Face, está inspirado en el actuar de este famoso asesino que, en los años cincuenta, confeccionó máscaras, ropa y utensilios con partes de sus víctimas. Pero también *Psicosis*, de Alfred Hitchcock, está influenciada por los crímenes y la vida de este criminal.

La afamada película de 1991 *The Silence of the Lambs* (basada en el libro escrito por Thomas Harris y dirigida por Jonathan Demme) protagonizada

por Jodie Foster y Anthony Hopkins, se planteó como una cinta que mostraba a un asesino serial de forma “más realista”. En una brillante actuación, Hopkins personifica al Dr. Hannibal Lecter, un astuto, elegante e inteligente psicópata y asesino en serie que disfruta devorando a sus víctimas, acompañadas de un buen vino y habas. Tanto o más aterrador, es el otro psicópata que tiene en vilo a la policía en dicha película, “Buffalo Bill”, un transformista que está obsesionado con el cambio de sexo y que fabrica ropa con pieles de mujeres... algo que, si sabemos de la existencia de Ed Gein, nos sonará muy familiar. La cinta fue galardonada y es considerada una de las mejores películas sobre psicópatas y asesinos seriales; aunque cuando se le preguntó la opinión a un verdadero asesino, este la calificó de mediocre. Dennis Nielsen, un convicto británico que estranguló a 17 personas en su departamento, para luego descuartizarlas y tirar sus restos por el retrete, al ver la película, criticó el “poder, carisma e influencia” que demostraba Hannibal Lecter. “Yo jamás he tenido poder en toda mi vida”, aseguraría.

Por otro lado, Hannibal Lecter está basado no en uno; sino dos asesinos seriales que sí existieron. El lado carismático, inteligente y encantador, serían un fiel reflejo de Ted Bundy “El asesino de señoritas”. La faceta más bestial del personaje, se basa en Andrei Chikatilo. Muchas de las imágenes, en donde se enmarca la insana y penetrante mirada de Lecter, nos recuerdan de forma automática al asesino que conmovió al mundo a principios de los noventa. La suma de ambos asesinos, dan por resultado a un personaje ficticio aterrador.

El impacto de esta cinta fue tal, que muchas personas pensaron que Hannibal Lecter era un asesino de carne y hueso, y que la película estaba basada en hechos reales. Atrás quedaron los monstruos que no podían morir o que regresaban del infierno a cobrar venganza. Los verdaderos

asesinos, eran personas comunes y corrientes ante los ojos de la comunidad, estaban entre nosotros y era difícil identificarlos. La realidad volvía a golpear en la cara a la sociedad, porque estos eran mucho peores. Por su parte, John Wayne Gacy, inspiró una infinidad de películas basadas en “payasos asesinos”. A finales de los años setenta, Gacy conmovió a todo Estados Unidos cuando fue detenido por la desaparición de varios muchachos en Chicago. Tras un allanamiento, la policía encontró una treintena de cadáveres enterrados en los cimientos de la casa de Gacy. Solía disfrazarse de payaso para visitar a niños enfermos a los hospitales, además de animar fiestas y actos de beneficencia. Bastaron algunas fotografías, publicadas en los periódicos en donde Gacy aparecía disfrazado de “Pogo el payaso”, para transformarlo en uno de los asesinos seriales más escabrosos de la historia. Cada vez que podía, una vez tras las rejas, Gacy insistía en su curioso aporte a la cultura pop norteamericana, el cual se vio popularizado por la película *It*, basada en la obra de Stephen King y protagonizada por un aterrador payaso (Pennywise). Al mismo tiempo, recibía cientos de cartas de personas que le pedían, a cambio de dinero, alguna de sus pinturas. Una de ellas, llegó a ser tasada en 300.000 dólares. Como buenos oportunistas, muchos de estos psicópatas supieron sacarle partido a su estatus de personaje célebre. Charles Manson, músico frustrado, pudo grabar un par de discos en prisión y difundirlos por internet. Si bien las precarias grabaciones transcurrían en su propia celda (y son de pésima calidad) Manson se las arregló para registrar varios de sus temas; aunque estos no alcanzaron el éxito que él se propuso. Solía responder cartas de sus *fans* y enviar mechones de cabello a cambio de unos cuantos dólares.

Aun así, los asesinos seriales (y todos los asesinos en general) no pueden sacar beneficios monetarios directos de sus actos criminales, al menos en

los Estados Unidos. Así se decidió a mediados de los años setenta, cuando David Berkowitz el Hijo de Sam, causó el pánico en Nueva York, asesinando a personas de forma aleatoria y armado con un revólver de grueso calibre. Una vez que fue capturado, y debido a la gran notoriedad que despertó su caso, varios productores se le acercaron para comprar los derechos de su historia, ofreciéndole contratos millonarios. Ante las numerosas críticas y tras una batalla legal, se decidió crear “La ley del hijo de Sam”, la cual prohibía e inhabilitaba a cualquier asesino a generar ganancias gracias a sus crímenes.

La cantidad de películas y libros que se han basado en crímenes famosos, es enorme. Es aquí donde el crimen deja la mayor evidencia del hechizo y curiosidad que ha despertado en el ser humano, durante miles de años.

Actualmente, la fascinación por los asesinos en serie no ha decaído, muy por el contrario. Cientos de portales en internet ofrecen fotografías, libros, camisetas tazones y películas basadas en estas terribles historias, en donde se recuerda más el nombre del asesino, que el de las víctimas. En algunas páginas, incluso, se subastan objetos personales de criminales famosos, como fotografías autografiadas, dibujos, pinturas u otros. Hay coleccionistas que, incluso, han comprado las armas homicidas, los autos de los asesinos, sus ropas, mechones de cabello, uñas, documentos del juicio y aún más. Como si esto fuera poco, en Estados Unidos, el fenómeno ha creado un mercado especial para los fanáticos de los asesinos seriales, pudiendo hallarse a la venta figuras de colección, cartas intercambiables, posters, novelas gráficas y todo tipo de *merchandising* relacionado.

¿Pero qué es lo que hace a este tipo de criminales, tan atractivos? Podemos llegar a comprender que la ciencia se interese en ellos; pero ¿por qué se les rinde tanto culto, especialmente, en los Estados Unidos? Algunos asesinos seriales, han sido calificados como personajes sumamente

carismáticos y seductores; pero no todos lo son. Muchos de ellos, son crueles psicópatas, manipuladores, resentidos sociales y en la mayoría de los casos, ni siquiera son sujetos realmente brillantes, como Hollywood y la televisión nos han querido hacer creer. Sin embargo, la fama de algunos, ha llegado a equipararse con la de grandes personajes del mundo del cine, el deporte o la música; aunque por actos despreciables. Quizá, el hecho de que lleguen a límites tan extremos como el de asesinar una y otra vez, sin sentir remordimiento alguno, sorprende y despierta nuestra curiosidad. Pero no se explica la veneración que despierta, en algunos, sus macabros actos.

Estados Unidos registra el mayor porcentaje de crímenes de esta naturaleza, contando con a lo menos 150 asesinos en serie activos en estos momentos, además de un gran número de asesinatos en masa (tiroteos) cada año. Las razones por las que *Serial Killers* y *Mass Murderers* proliferan de forma tan insistente en el país del Norte, han sido ampliamente estudiadas y si bien ninguna ha sido concluyente, la extrema facilidad con la que la población general logra acceder a las armas de fuego, parece ser un indicador importante a la hora de sacar cuentas. Quizá lo único que podría acercarnos a entender mejor este fenómeno (o al menos en parte) es la famosa frase de Emma Goldman, escritora de origen lituano: “Una sociedad tiene todos los delincuentes que se merece”.

MUJERES QUE AMAN A LOS ASESINOS

No es un misterio. Desde siempre, los “chicos malos”, “rebeldes” o “rudos”, han resultado ser atractivos para algunas mujeres. Pero

emparejarse con un asesino en serie, por ejemplo, es bastante diferente. Son numerosos los casos de mujeres perdidamente enamoradas de los peores homicidas que recuerde la historia. ¿Pero cómo podríamos explicar este fenómeno? ¿Qué hace que estas mujeres caigan rendidas ante los “encantos” de asesinos psicópatas y perversos?

El Diccionario del Crimen, de Oliver Cyriax, las define como “exaltadas”. En internet, podemos encontrar conceptos relacionados, como *Serial Killers Groupies*, *Killer Groupies* o *Hibristofilia*. En resumen, son aquellas mujeres que se enamoran de asesinos en serie u otro homicida. Generalmente, hacen su aparición cuando la noticia del asesino serial en cuestión, se vuelve mediática. Luego de leer sus casos, verlos por televisión y enterarse de sus crímenes, acuden a los juicios buscando un cruce de miradas para seguir alimentando su fantasía. Posteriormente, les envían cartas de apoyo e incluso los visitan para conocerlos en persona. Cuando el sospechoso se declara inocente de los cargos que se le imputan (a pesar de tener un cúmulo de evidencia que dice lo contrario), les creen a ojos cerrados e incluso reclaman su inocencia con pancartas fuera de los tribunales. Si el sujeto, en cambio, se declara culpable y se jacta de sus asesinatos, entonces lo admiran o creen en su redención, por muy horrendos y numerosos que hayan sido sus asesinatos.

En el libro de Sheila Isenberg, *Women Who Love Men Who Kill*, se explica a fondo este fenómeno y describe cómo una mujer puede enamorarse de un hombre que ha sido condenado por cometer los más diversos y espantosos crímenes. Se habla de romances intensos, en donde el hombre que está tras las rejas, dedica todo su tiempo a enamorar a la mujer que muestra interés en él, escribiendo cartas o poemas, realizando cuadros o dibujos, lo que hace sentir a su enamorada que realmente es importante. Si sumamos la baja autoestima que suelen tener estas mujeres, es relativamente fácil

comprender por qué terminan enamorándose, pensando en que un hombre repudiado por toda la sociedad (como lo suelen ser estos homicidas), necesita de alguien que les entregue amor, comprensión y dedicación, creyendo que se generará una suerte de dependencia o incondicionalidad. Por otro lado, Jack Levin, profesor universitario especialista en asesinos seriales, hace un *mea culpa* respecto al tema. En el documental *Enamorada de un Asesino*, señala que la sociedad tiene gran responsabilidad de este fanatismo por los asesinos en serie e incluso ellos mismos, como investigadores y encargados de difundir los estudios sobre este tema. El hecho de que algunos asesinos produzcan, en ciertas mujeres, las mismas emociones que un actor hollywoodense o cantante de rock, no puede ser una coincidencia. Un asesino en serie, es un sujeto despreciable, que representa los impulsos más bajos y mezquinos del ser humano. Entonces, ¿por qué alguien puede enamorarse de alguien así? Probablemente porque son famosos, asegura Levin. Una fama inadecuada, vil y deshonrosa, aunque para estas mujeres resulten sujetos irresistibles y tremendamente interesantes.

Uno de los primeros casos que llamó la atención de la crónica norteamericana, en donde se pudo apreciar este fenómeno de forma masiva, ocurrió en 1895, cuando un joven educado y atractivo, llamado William Durrant, fue culpado de una serie de asesinatos por los cuales fue apodado el Demonio de la Torre del Campanario. Resultaba incomprensible que cientos de mujeres, de todas las edades y estratos sociales, se acercaran a ver cómo lucía el asesino y se sonrojaran cuando este las miraba. Todo el alboroto llamó la atención de los medios de comunicación, que parecían más absortos con lo que ocurría en la sala de tribunales, que en el caso mismo. Algunos cronistas de la época, contaron que Durrant se mostraba esquivo y tímido; pero esto no hacía otra cosa

que atraer aún más a las mujeres que iban a verlo. Una de ellas, Rosalind Bowers, asistía con un ramo de flores cada día y lloraba por su “amado” ante las graves acusaciones... eso, al menos, hasta que fue descubierta por su esposo. Se tuvo que optar por escoger un jurado completamente compuesto por varones, quienes lo condenaron a muerte. Durrant fue ahorcado el 3 de abril de 1897, a la edad de 27 años. Pero lo ocurrido, dejó una extraña sensación en quienes observaron la atención mediática que produjo el caso, y sobre todo aquel criminal.

Algo similar ocurriría en 1919 con el asesino múltiple Henri Désiré Landrú, en Francia. Landrú fue acusado de asesinar a 11 mujeres; pero la policía estimaba que la cifra se elevaba a casi 300. Todas eran viudas y adineradas, a las cuales Landrú engañó para que le cedieran su dinero y otras pertenencias. Posteriormente, las estrangulaba y quemaba en un horno. Fue apodado como el Barba Azul de Francia y aunque era de corta estatura, calvo y de edad madura, muchas mujeres asistieron a su juicio para ver quién era realmente este seductor, capaz de involucrarse con más de 300 mujeres como si nada. Por curioso que parezca, varias se enamoraron de él durante el proceso e incluso se desmayaban cuando las miraba a los ojos. Pocos podían dar crédito a lo que veían. Si bien era cierto que Landrú era un hombre misterioso, culto y de modales finos, también era un embaucador y un asesino. Su fama se propagó por gran parte de Europa y muchas mujeres llegaron a viajar hasta Francia, desde otras latitudes, para verlo en persona. Todo acabó en 1922, cuando fue guillotinado en la cárcel de Versailles.

No es hasta mediados de 1960, que los *Serial Killers* comienzan a abundar en los Estados Unidos. Y de la mano de este pavoroso hecho, comienzan también a despertar un morboso interés por sus actos. Los medios de comunicación (radio, televisión y prensa) comenzaban a descubrir que el

estadounidense promedio temía a los asesinos seriales; pero a la vez, trataba de mantener- se lo más informado posible de sus actos. El cine y la televisión también ayudan a difundir el terror y, para muchos, el asesino en serie por excelencia, se transformó en un sujeto encantador, inteligente y atractivo. ¿Pero de dónde nace este estereotipo? Es importante plantearse esta pregunta, pues varios años antes, un asesino violento, solo podía ser asociado a la imagen de un loco de ojos desorbitados y lanzando babas por la boca.

Un ejemplo claro es el del Estrangulador de Boston, asesino serial que en la década de los sesenta, asesinó a 13 mujeres, a quienes violó y estranguló con sus propias medias. El terror se apoderó de los Estados Unidos; pero también cierta fascinación por el caso.

Albert DeSalvo, padre de dos hijas y de apariencia jovial, fue condenado por numerosas violaciones en la zona de Boston, y resultó el principal sospechoso de ser “el estrangulador”. Joven, atractivo y educado, calzaba perfectamente en el perfil que había trazado la policía. Según se investigó, cometió varias violaciones anteriormente, por las cuales fue condenado y llevado a prisión; pero en algunas ocasiones, consiguió ser perdonado por sus víctimas, inmediatamente después de ser violadas. Ciertamente algo incomprensible.

En 1969, el asesinato de la actriz Sharon Tate y varios de sus amigos en su casa de Cielo Drive, paralizó a los Estados Unidos. El crimen fue tan salvaje y mediático, que la policía tuvo que trabajar de inmediato para atrapar a los responsables, los cuales resultaron ser un grupo de *hippies* liderados por el carismático Charles Manson. “La Familia” era una secta que estaba formada, en su mayoría, por un grupo de chicas completamente enamoradas de su líder y que estaban dispuestas a matar y morir por él. Se peleaban por su amor y, durante el juicio, imitaron a su mentor cuando este

se cortó el largo cabello que lucía y se tatuó una “X” en la frente.

Entonaban canciones y hablaban constantemente de que Manson era “la reencarnación de Jesús” y que lo seguirían de forma incondicional. Si los sanguinarios asesinatos que se le imputaban no bastaban, su personalidad desinhibida y llamativa se encargó de deslumbrar tanto a psicólogos interesados en el comportamiento criminal, como a periodistas sedientos de sensacionalismo y chicas que se dedicaron a enviarle cientos de cartas de amor a la cárcel.

Charles Manson se transformó en uno de los personajes más icónicos e infames del siglo, a pesar de no ser un asesino serial en la estricta definición de la palabra. Sin embargo, nunca fue un misterio la evidente atracción que despertaba en el sexo femenino. Prueba de ello, era la gran cantidad de mujeres que, devotamente, accedían a sus caprichos antes, durante y después su desbocada carrera criminal llegando, incluso, a matar por él.

En el año 2015, Afton Elaine Burton, una bella chica de 27 años conocida mediáticamente como *Star*, ventiló a la prensa su amorío e inminente matrimonio con Charles Manson, de 81 años. La muchacha, que le escribía a la cárcel desde que tenía solo 17 años y que, posteriormente, comenzó a visitarlo a menudo a la cárcel de Corcoran, Nueva York, declaraba haberse enamorado de Manson y que no creía en las acusaciones por las cuales estaba confinado.

Sin embargo, y a pesar de haber aparecido en varias fotografías con la chica, el año 2016 Manson rompió el silencio y aseguró que no se casaría con *Star*, porque esta lo había engañado y solo quería contraer matrimonio con él para, tras su muerte, exhibir su cadáver en un ataúd de vidrio y hacerse millonaria. El maquiavélico plan, fue descubierto por un periodista que escribía un libro sobre Manson y, de alguna manera, la

noticia llegó a oídos del criminal. Este, más allá de la decepción amorosa, y con su siempre desconcertante estilo, afirmó que el plan de su ex novia jamás habría resultado pues, según él “era inmortal”. Manson falleció el 19 de noviembre del 2017, a la edad de 83 años, por causas naturales.

En 1986, Robert Chambers (bautizado como *The Preppie Killer*) fue acusado de estrangular y violar a su novia, una menuda estudiante de 18 años llamada Jeniffer Levin. Chambers, un inescrupuloso psicópata y drogadicto, había tenido problemas con la ley desde pequeño. Fue internado a los 14 años por consumo de drogas; pero jamás se rehabilitó. Por medio de negocios turbios, Chambers trataba de ganarse la vida, aunque venía de una familia de clase media y bien estructurada.

Posiblemente, su psicopatía lo hacía correr riesgos innecesarios. De buenos modales y muy atractivo, Chambers podría haber dado un vuelco a su vida; pero no lo hizo. Cuando Jeniffer, su novia por aquel entonces, lo descubrió robándole dinero y amenazó con denunciarlo, Chambers la asesinó. Luego de ser atrapado, el caso conmovió a la opinión pública y Robert Chambers apareció en la portada de todos los diarios.

Evidentemente resultaba atractivo para las mujeres, las que comenzaron a atestar los tribunales como si estuvieran viendo a una estrella de cine.

Según el asesino, había matado a su novia por accidente, mientras practicaban sexo sadomasoquista; sin embargo, tiempo después, se filtró un video en donde Chambers aparece teniendo sexo con cuatro mujeres y durante el cual comienza a jugar con una muñeca Barbie hasta retorcerle la cabeza (como lo hizo con su novia) y exclamando sarcásticamente:

“¡ups!”. Estas imágenes, dieron al jurado una idea del tipo de psicópata contra el que se enfrentaban y no dudaron en declararlo culpable. Fue sentenciado a 15 años de prisión. Quedó en libertad el 2003; pero el 2005 volvió a quedar bajo arresto por posesión de heroína y cocaína, además de

golpear a un oficial de policía. Fue sentenciado a un total de 19 años y, aun hoy, recibe visitas de mujeres que dicen estar enamoradas de él.

Ni siquiera la condición homosexual de Jeffrey Dahmer lo salvó de las cientos de cartas de mujeres que estaban “locas” por él. Dahmer no se sentía realmente bien con su papel de asesino serial, la sobre exposición mediática a la cual debía someterse y mucho menos con los grupos de *fans* que le escribían a la cárcel. Pero los medios de comunicación se dieron un verdadero festín con entrevistas a mujeres que decían estar completamente enamoradas de uno de los asesinos más atroces de la historia moderna.

Sin ir más lejos, uno de los dos hermanos culpados por “El Atentado de Boston”, cometido el 15 de abril del 2013, Dzhokhar Tsarnaev, ha recibido el apoyo de cientos de chicas que se declaran sus *fans* y dicen estar enamoradas de él. La bomba, detonada en medio de una maratón, dejó un saldo de tres muertos y varios heridos, en lo que ha sido considerado como uno de los actos terroristas más cobardes de la historia de los Estados Unidos. Tamerlan, el hermano mayor de Dzhokhar, falleció tras un tiroteo con la policía y, desde entonces, todas las miradas se fijaron en su hermano menor, quien ha reconocido su participación en el atentado. Aun así, varios foros en internet, conformados principalmente por chicas adolescentes, le rinden tributo y llaman a rezar para que salga en libertad. Incluso han subido una página *web* en donde planean juntar firmas para sacarlo de la cárcel.

Sondra London, ha sido conocida por su fascinación por los asesinos en serie. Mantuvo un romance con Gerard Schaefer, uno de los peores asesinos seriales de los Estados Unidos; pero antes de saberlo. Cuando se enteró de que su antiguo amor había cometido varios asesinatos, volvió a visitarle, esta vez tras las rejas. Al parecer, volvieron a enamorarse y Schaefer comenzó a colaborar con varios cuentos para un libro que

London quería publicar. Schaefer, por aquel entonces, estaba siendo investigado por 11 homicidios; pero la policía estaba segura de que había cometido más de cien. En los cuentos que escribía para London, existían detalles morbosos que describían crímenes que realmente pudieron haber ocurrido, por lo que comenzó a amenazarla para que no publicara nada. London se asustó y dejó de visitarle... sin embargo, comenzó a mantener aventuras amorosas con otros reconocidos asesinos múltiples, como Keith Jespersen *Happy Face Killer* y Danny Rolling el Destripador de Gainesville, entre otros. Existen muchos otros casos similares, como los de Ted Bundy, Richard Ramírez o Kenneth Bianchi, los cuales serán abordados en sus respectivas biografías.

Podemos distinguir distintos perfiles de mujeres que se sienten atraídas por este tipo de asesinos psicópatas. Algunas se acercan a ellos por morbo, fascinación, idealización, compasión o lujuria. Otras, simplemente en busca de fama. Independiente de los motivos, en ellos no existe nada que se asemeje a lo que entendemos como “amor”. Muchos de estos homicidas son psicópatas, incapaces de amar o sentir cariño por alguien. Verse rodeados de mujeres que se sienten atraídas por ellos, solo alimenta su ego y satisface su afán de protagonismo. Buscan aprovecharse de ellas, que están fuera de la cárcel, para conseguir objetivos concretos, usándolas y manipulándolas a su antojo, de forma cruel y narcisista.

ASESINOS EN SERIE: JACK EL DESTRIPIADOR



Fuente: TMJ

Sin lugar a dudas, Jack el Destripador es el asesino serial por excelencia. Las floridas exhibiciones de “Jack” en Whitechapel, Londres, durante la segunda mitad de 1888, marcaron la historia criminal para siempre.

El misterio en torno a la identidad del asesino, abrumó y fascinó al mundo de la criminología creándose, en torno al caso, un verdadero culto a la investigación de uno de los personajes más sombríos de la historia del crimen. Hoy en día, se manejan varias hipótesis sobre quién fue realmente el destripador; pero la interrogante continúa.

En la empobrecida y peligrosa zona londinense de Whitechapel, se podía esperar casi cualquier cosa. El crimen era algo que ocurría todos los días y solo bastaba salir a la calle para comprobarlo en carne propia. Quizá el Londres victoriano, no alcanzaba las cotas de los feroces degolladeros de la Europa del siglo XVII; pero era indudable que el peligro, tanto para hombres como para mujeres, se escondía tras cada esquina. Las estrechas y nauseabundas calles de Whitechapel, cobijaban a toda clase de

criminales, menesterosos y enfermos. El nivel de vida era infrahumano y muchos morían en las calles, aquejados por el hambre y las infecciones. En el caso de las prostitutas, la mayoría no tenía hogar y debían pernoctar en lugares de mala muerte e incluso la calle, en donde lidiaban con el frío, las enfermedades y los ladrones. De hecho, la autopsia realizada a la segunda víctima del destripador, dejó al descubierto a una mujer que, además de desnutrida, sufría de una enfermedad crónica en las membranas de los pulmones y el cerebro, sumado a una posible sífilis. Por otro lado, Catherine Eddowes (otra de las víctimas) fue registrada en el lugar del crimen y se encontraron entre sus ropas un pequeño cuchillo despuntado, un pedazo de franela con alfileres en donde guardaba sus uñas postizas y dos cajas muy pequeñas, en donde estaban almacenados el té y el azúcar. Probablemente, estas eran sus únicas posesiones.

Scotland Yard fue reorganizado en 1829, asumiendo el control de las calles del Reino Unido y manteniendo el orden. La policía inglesa era considerada una de las más eficaces de Europa; pero la aparición de un astuto y escurridizo asesino, pondría en tela de juicio dicho título.

El 31 de agosto de 1888, a las 3:40 de la madrugada, es descubierto en plena calle el cuerpo de la prostituta Mary Ann "*Polly*" Nichols, de 43 años. La mujer presentaba múltiples cortes realizados con, al menos, dos tipos de cuchillos o instrumentos quirúrgicos. Muchas mujeres y hombres podían morir acuchillados en aquellas peligrosas calles; pero este crimen iba mucho más allá. A la mujer la destriparon con mucha dedicación. Su cuerpo estaba abierto en canal y las entrañas estaban esparcidas por el suelo, además de mostrar un profundo corte en la garganta que le había cercenado la tráquea, el esófago y la médula. Se le había visto caminando por las calles aledañas, borracha como era de costumbre, y acompañada de

un hombre desconocido una hora antes del hallazgo. Scotland Yard no supo dar una explicación ante tal ensañamiento.

El 8 de septiembre aparecería una nueva víctima. Annie Chapman, de 47 años, había sido degollada y ferozmente destripada. Esta vez, el asesino había dejado una pista: un delantal de cuero bañado en sangre, el cual habría utilizado para no manchar sus ropas. Curiosamente, ambos asesinatos fueron realizados en lugares públicos, cercanos entre sí y de madrugada, relativamente concurridos por la actividad nocturna de la zona. Quizás, el asesino había actuado oculto entre la niebla para no ser visto y realizar sus osados crímenes; sin embargo, no se explicaba que las víctimas no gritaran ante la presencia de un extraño o ante el salvaje ataque realizado con cuchillos, así que se supuso que antes de ser destripadas, las mujeres pudieron haber sido estranguladas. De hecho, en ambos casos, las víctimas mostraban marcas de dedos en el cuello y cara, lo cual indicaba que el homicida les tapaba la boca y les apretaba el cuello antes o durante el degollamiento que precedía a la carnicería, el cual habría sido realizado de derecha a izquierda, cogiéndolas por la espalda, lo que indicaría que el asesino era zurdo.

Había algo de ritualismo en cada escena del crimen. El asesino, además de destripar, gustaba de dejar a las mujeres con las piernas completamente abiertas, como demostrando que podría haberlas violado; pero que no lo había hecho. Un juego de control y poder bastante recurrente entre los asesinos en serie. Acostumbraba dejar objetos pertenecientes a sus víctimas esparcidos en la escena del crimen como monedas, prendas, anillos o píldoras.

Luego de estos crímenes, Scotland Yard comenzó a recibir una serie de cartas, supuestamente enviadas por el asesino, en donde se burlaba de la policía y prometía volver a matar. Cuando las primeras misivas llegaron a

manos de los agentes de policía, estos decidieron hacer copias y publicarlas en los periódicos con la esperanza de que alguien reconociera la letra. Lejos de conseguir un resultado positivo, el terror se esparció por todo Londres. Los escabrosos detalles se empezaron a filtrar a la prensa y de inmediato se dio la voz de alarma: un sanguinario asesino rondaba las calles.

El pueblo, comenzó a hablar sobre aquellos asesinatos con espanto. Jamás se había visto algo similar. No entendían qué motivos movían al criminal; pero la prensa trataba de analizar lo que estaba sucediendo. La noticia dio la vuelta al mundo, y las opiniones de especialistas no se hicieron esperar. En Estados Unidos, el *Times* manifestó que Scotland Yard estaba llevando por mal camino sus investigaciones, aclarando que: “Se están enfrentado a un asesino que no posee las características habituales, que no actúa por celos, venganza, ni robo, sino por motivos no tan idóneos como muchos de los que deshonran nuestra sociedad”. La gente no podía creer que el asesino se tomara el tiempo de destripar a sus víctimas y extraer partes de los cuerpos con pericia de cirujano y que, al mismo tiempo, no les robara un solo céntimo. No tenía lógica.

Una de las cartas publicadas, aparecía firmada con el nombre de Jack el Destripador, apodo que reemplazaría por completo al primer alias con el cual se le había bautizado, “*Leather Apron*” (“Delantal de Cuero”) haciendo referencia al delantal ensangrentado encontrado en la escena del segundo crimen.

Se comenzó a difundir información sobre el asesino, la cual lo perfilaba como un hombre con conocimientos en anatomía, quizás con oficio de carnicero o incluso de cirujano. La precisión de los cortes y destripamientos, denotaban experticia en la mutilación de órganos y las

vivisecciones no correspondían al actuar de un simple loco. Todos los carniceros y cirujanos de Whitechapel, pasaron a ser sospechosos.

El día 30 de septiembre, un tercer hallazgo conmocionó a la opinión pública. El asesino realmente quería hacerse notar. El cuerpo de Elizabeth Stride, fue encontrado tendido en el suelo con la cabeza prácticamente cercenada; aunque no mostraba tantas mutilaciones como las víctimas anteriores. Mientras la policía llegaba al lugar e interrogaba a varios curiosos que ya estaban en la escena del crimen, es descubierto otro cadáver, el cual se encontraba completamente destripado, a tan solo unas cuantas calles de distancia. El mensaje del homicida estaba claro. No terminaría con la carnicería, pues lo estaba disfrutando.

Catherine Eddows (la segunda víctima de esa misma noche), fue abierta en canal y le había sido extirpado un riñón, además de mostrar numerosas puñaladas en el rostro. El Scotland Yard estaba a la deriva, con un asesino suelto en el *East End* y sin ningún sospechoso. El panorama no era el más alentador.

El 16 de octubre de 1888, una carta escrita con tinta roja llegó al Scotland Yard, dirigida a George Lusk, presidente del Comité de Vigilancia de Whitechapel, con el siguiente mensaje:

“Desde el infierno:

Señor Lusk, le adjunto la mitad de un riñón que tomé de una mujer y que he conservado para usted, la otra parte la freí y me la comí, estaba muy rica. Puedo enviarle el cuchillo ensangrentado con el que se extrajo, si espera usted un poco.

Firmado: Atrápeme cuando pueda, señor Lusk”.

Junto a esta nota, el asesino había enviado la mitad del riñón de su última víctima, dentro de una caja. Otra de las cartas que causó más conmoción,

es la conocida como *Dear boss*, dirigida al jefe de policía y en la cual el asesino firmaría e inmortalizaría el apodo de Jack el Destripador:

“Querido jefe, desde hace días no dejo de oír que la policía me ha atrapado, pero en realidad todavía no me han pillado. En mi próximo trabajo, le cortaré la oreja a la dama y se la enviaré a la policía para divertirme. No soporto a cierto tipo de mujeres y no dejaré de destriparlas hasta que haya terminado con ellas. El último es un magnífico trabajo, a la dama en cuestión no le dio tiempo de gritar. Mi cuchillo está tan bien afilado, que quiero ponerme manos a la obra ahora mismo. Me gusta mi trabajo y estoy ansioso de empezar de nuevo, pronto tendrá noticias más y de mi gracioso jueguito [...] Buena suerte. Atentamente, Jack el Destripador”.

Según algunos especialistas, estas habrían sido las únicas dos misivas que el verdadero asesino envió al Scotland Yard. Las más de cien cartas recibidas por las autoridades, a lo largo de 1888 y firmadas, supuestamente por Jack el Destripador, mostraban distintas caligrafías, colores de tinta e incluso algunas estaban escritas con sangre y claras de huevo.

Es así como comenzó a tejerse uno de los más grandes misterios de la criminología. La gente exigía que se atrapase al sádico asesino; pero las pesquisas fueron inútiles y la policía solo podía esperar a que “Jack” cometiera algún error. Pero el 9 de noviembre de 1888, volvería a atacar sin dejar rastros.

Mary Jane Nelly, de 25 años, había sido vista por última vez acompañada de un hombre de estatura media, bien vestido y de bigote. Lo que encontraría la policía, horas después, sería el último y más horroroso crimen de Jack el Destripador. Mary Jane Nelly, había sido asesinada en una modesta habitación, algo que no coincidía con las características de

los otros ataques; pero que le había dado tiempo, al asesino, para perpetrar un crimen aún más elaborado y espantoso que los anteriores. Las vísceras de Mary Jane, colgaban sobre la cama, sus órganos internos estaban esparcidos y la sangre estaba salpicada hasta el techo. Le había arrancado las orejas, la nariz y un seno, los cuales estaban depositados sobre una mesa. El asesino colocó la nariz sobre el seno y a los costados ambas orejas, formando el grotesco símil de un rostro humano.

Diversas versiones, afirman que habría dos o tres víctimas de “Jack” no reconocidas por el Scotland Yard; pero algunos especialistas las descartan, pues no habrían sido asesinadas bajo el mismo *modus operandi*. Martha Tabram y Emma Smith (otras dos mujeres asesinadas en Withechapel en ese mismo período de tiempo) parecían ser víctimas no reconocidas del destripador; pero lo cierto es que, si bien fueron apuñaladas hasta el cansancio, no presentaban el ensañamiento característico de “Jack”. Recordemos que las mutilaciones, eran el factor distintivo de los crímenes del destripador.

Tan de improviso como comenzaron a aparecer los mutilados cuerpos de las prostitutas en el East End de Londres, los asesinatos cesaron de la noche a la mañana, sin dejar rastros del homicida. Todas las investigaciones del Scotland Yard quedaron en nada y las tesis sobre quién podía ser el asesino, ya no solo eran lanzadas por los especialistas, la policía y otras autoridades; sino que el pueblo también tenía a sus propios sospechosos. Algunas cosas parecían claras, y una de ellas era que el asesino era de clase acomodada. Esta conclusión, se sacó debido a que a ninguno de los cuerpos encontrados fueron saqueados y que, además, en varias de las escenas del crimen se encontraron uvas en el piso, fruto sumamente costoso por aquellos años en Inglaterra. Pero no es hasta varios años después, que las teorías conspirativas empiezan a tomar forma

y a poner en la mira a algunos monarcas ingleses, incluyendo a un médico de la realeza, el doctor William Withey Gull, el Duque de Clarence e incluso a un grupo de masones, los cuales estarían detrás de la ola de crímenes.

El mismísimo escritor Sir Arthur Conan Doyle (creador del célebre detective ficticio, Sherlock Holmes) se presentó ante el Scotland Yard, con la esperanza de poder ayudar en las investigaciones. Su afán por los puzzles policíacos, lo llevó a intentar dilucidar alguna pista que llevara a las autoridades hasta el asesino. Si bien no logró ningún avance real, advirtió encarecidamente al Scotland Yard que cuidaran la evidencia, sobre todo la de la carta y la caja con el riñón enviada por el destripador, pues en ellas se veían muchas huellas dactilares y fibras mezcladas con sangre. Es posible que, con la tecnología necesaria y un banco de datos de huellas dactilares, el caso se hubiese resuelto; pero el Scotland Yard no estaba preparado para preservar las evidencias de forma correcta, ni enfrentar a tan escurridizo personaje. Para cuando la dactiloscopia se perfeccionó como herramienta criminalística, la única carta enviada por el asesino, presentaba más de 2.000 huellas dactilares distintas, muchas pertenecientes a los mismos policías del Scotland Yard. Quizás una de las pocas evidencias de la policía, había sido completamente arruinada por ellos mismos. Aun así, muchos aseguran que “Jack” tuvo que salir de Londres, debido a que los investigadores se encontraban cerca de descubrir su identidad, pero aquello quedará por siempre en el más absoluto misterio.

La lista de sospechosos es casi interminable y en ella se incluyen desde barberos, carniceros, abogados, médicos, artistas y aristócratas; hasta criminales comunes y enfermos mentales.

Jack el Destripador, Diario, es un libro que fue publicado en 1993 por

Shirley Harrison, el cual contiene una serie de extractos (manuscritos) del diario de vida de un afamado comerciante de algodón llamado James Maybrick, fallecido en 1889 y el cual confiesa, en el documento, ser el mismísimo Jack el Destripador. Sin embargo, la veracidad de dicho documento, ha quedado en entredicho tras varias críticas que llevaron a indicar que todo se trata de un intrincado montaje, el cual incluye un reloj de oro que habría pertenecido a Maybrick, el cual tiene grabada las iniciales de todas sus víctimas, además de la leyenda “Yo soy Jack”. A pesar de que se realizó la prueba de autenticidad a dicho reloj, la cual resultó convincente para varios especialistas, esta no resulta concluyente, pues muchas personas de la época se adjudicaron los asesinatos del destripador, probablemente para llamar la atención.

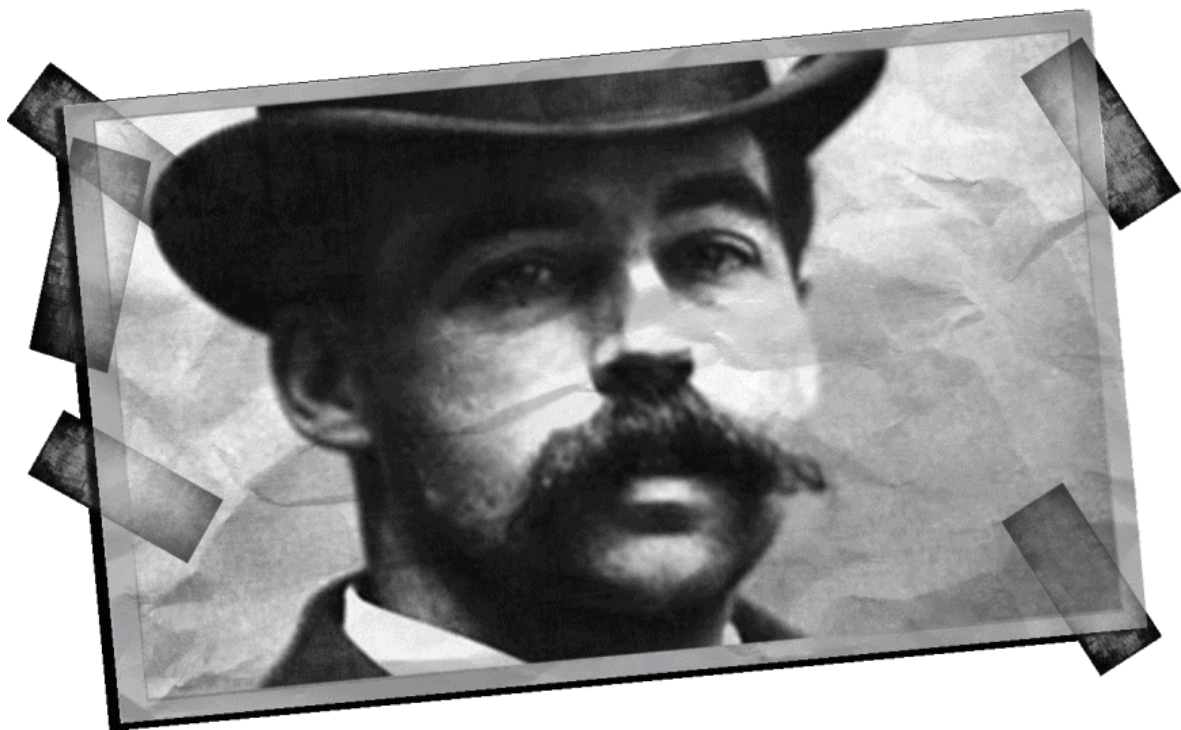
Hasta el día de hoy, el caso de Jack el Destripador representa uno de los misterios más famosos de la historia. El mito en torno al personaje, se ha encargado de darle un rostro y caricaturizarlo. Se han fundado hipótesis sobre los motivos que lo impulsaban matar, los cuales apuntan a que padecía una enfermedad venérea que habría contraído en una relación sexual con una prostituta, por lo que les guardaba un profundo rencor. Eso explicaría que evitara violar a sus víctimas, pues su enfermedad se habría encontrado en un grado avanzado y no estaba en condiciones de realizar un coito. Es posible que la muerte (a raíz de esta supuesta enfermedad o por otro motivo) lo haya sorprendido; aunque nada nos impide suponer que tal teoría sea falsa y que el criminal decidiera escapar de Londres, para continuar asesinando en otra parte.

La imagen del hombre corpulento, vistiendo un oscuro y largo abrigo, un elegante gorro de copa y empuñando un gran cuchillo en medio de la niebla Londinense, se nos viene fácilmente a la cabeza. “Jack” se convirtió

en la imagen viva del asesino serial moderno. Aquel que se jacta de sus crímenes y que disfruta jugando con la policía.

HERMAN WEBSTER MUDGETT

Dr. H.H. Holmes (Henry Howard Holmes)



Fuente: Chicago Tribute

Herman Webster Mudgett (más conocido como el Dr. H.H. Holmes) es el autor de una serie de asesinatos que parecen sacados de una película de terror hollywoodense. Mientras los crímenes de Jack el Destripador conmocionaban a Europa y el mundo entero, en Norteamérica el Dr. H.H. Holmes hacía su trabajo de forma silenciosa y con una efectividad letal. A diferencia del legendario “Jack”, que utilizaba un afilado cuchillo para destripar a sus víctimas, Holmes tenía un método bastante más elaborado

y maquiavélico para asesinar.

Una imáginería tan enferma como la de Holmes (y la puesta en ejecución de su desquiciado plan) solo podía provenir de un hombre claramente brillante. Nació en 1861, en New Hampshire, Estados Unidos. Hijo de una pareja puritana y acomodada, tuvo una infancia normal, sin abusos ni eventos traumáticos; aunque era un muchacho muy solitario en la escuela. A pesar de tener notas sobresalientes en todos los ramos, se aburría constantemente.

Era un lector asiduo y fantaseaba con las historias de Sherlock Holmes, personaje del cual tomaría prestado el apellido para uno de sus más emblemáticos seudónimos: H.H. Holmes. Sin embargo, durante su vida, utilizó una infinidad de nombres falsos, como H.M. Howard, Alexander Cook, Harry Gordon, Edward Hatch, entre otros. Al parecer, disfrutaba el hecho de ocultar su verdadera identidad.

Para Herman, lo único que parecía tener importancia en la vida, era el patrimonio. Y se dedicó, durante años, a planear la mejor forma de hacer dinero. Fue cuando comenzó a demostrar un aparente interés por las mujeres, a las cuales solía conquistar gracias a su elegante apariencia. A los 18 años contrajo matrimonio con una muchacha llamada Clara Louering, a quien sacó todo el dinero que pudo para costear sus estudios de medicina, títulos y diplomas en la Universidad de Michigan, para luego dejarla en la ruina y abandonarla. Posteriormente, se iría a vivir con una viuda llamada E.S. Holton, a la cual también embaucó y de la que nunca más se supo.

Alto, de mirada soñadora y siempre bien vestido, Herman resultaba bastante atractivo para las mujeres y de esto, justamente, se valió para timar a varias de sus conquistas. Una de ellas sería Myrta Belknap, a quien estafó con una farmacia que había heredado, para luego hacerla

desaparecer. Después de cambiar su nombre por el de H.H. Holmes y ejercer como farmacéutico en Chicago, sus planes comenzaron a ser más ambiciosos.

Tras realizar estafas, malversaciones de fondos, hurto de cadáveres para venta ilegal de cuerpos y adosar pólizas de seguro falsas en ellos; Holmes decidió comprar un castillo enorme, con el fin de convertirlo en un hotel de cien habitaciones; aunque primero quería modificar toda la estructura del mismo. Puso exigencias estructurales muy específicas y particulares a las empresas constructoras que contrató; sin embargo, tras unos pocos días de trabajo, cancelaba la remodelación y embaucaba a la constructora, para luego solicitar los servicios de otra empresa a la cual también timaba. De esta forma, la rotación de obreros en el castillo del Dr. Holmes era constante y algunos de ellos no fueron vistos nunca más con vida.

El enorme y lúgubre edificio (terminado en 1892, tras cinco años de constantes reacondicionamientos) constaba de varios pasadizos secretos, paredes falsas, puertas que no conducían a ninguna parte, laberintos y mirillas por donde Holmes planeaba espiar a sus futuros inquilinos. La intrincada arquitectura, parecía ideada por un loco; sin embargo todo tenía una finalidad siniestra para la mente que estaba detrás de la excéntrica estructura. Aun así, por fuera no destacaba demasiado de las edificaciones aledañas; aunque algunas personas solían llamarlo “el castillo del terror”, pues no se veía muy acogedor que digamos. Holmes, por su lado, se sentía orgulloso de su obra, y lo bautizó como el “*Holmes Castle*”. Una vez que el hotel fue abierto al público, las primeras víctimas comenzaron a caer como moscas.

En un cubículo especial, Holmes tenía válvulas que accionaban las cañerías y dejaban escapar gas venenoso en ciertas habitaciones. Algunos pisos se abrían sin previo aviso, dejando caer a los arrendatarios, desde

varios metros de altura, sobre estacas afiladas. Algunas puertas accionaban escopetas ocultas tras el umbral y también había bañeras que expulsaban ácido en vez de agua. El castillo era una gran maquinaria de la muerte, atestada de trampas diseñada por el propio doctor. La edificación, también contaba con toboganes para lanzar los cuerpos inertes o inconscientes directamente hasta el subterráneo (desde cualquiera de los pisos) en donde Holmes tenía una gran habitación, completamente insonorizada, provista de toda clase de herramientas y estructuras de tortura. Es así como, una a una, sus víctimas iban cayendo en una elaborada trampa mortal, posiblemente una de las más ambiciosas y desquiciadas de toda la historia. Muchas personas murieron en aquel espantoso lugar. Las torturas de Holmes, solo podrían clasificarse como inverosímiles. Tenía un potro de tortura, en donde estiraba a sus víctimas para corroborar hasta qué punto resistía el cuerpo humano. También los desollaba e introducía en ácido sulfúrico. Incluso se encontró una extraña máquina, diseñada por el propio Holmes, que serviría para matar de risa provocando cosquillas en los pies. Además de matar y torturar, Holmes no perdía la oportunidad de ganar dinero fácil con sus víctimas. Les robaba todas sus pertenencias, les quitaba dientes de oro para fundir y vender, arrancaba la carne de los cuerpos, limpiaba los huesos y los vendía para el estudio de la anatomía humana en distintos hospitales, universidades e incluso colegios. Pero Holmes no estaba solo. Contaba con un cómplice que, si bien no era un asesino, procuró ayudarlo en la sucia tarea de desmembrar algunos de los cuerpos y ponerlos en venta como esqueletos. Su nombre era Benjamin Pitezol.

La Gran Feria Mundial, realizada en Chicago en 1893, atrajo a miles de personas a los Estados Unidos, lo que supuso un notable incremento en la cantidad de huéspedes que se alojaron en el hotel del Dr. Holmes. Varias

personas comenzaron a desaparecer del lugar sin dejar rastro alguno, sobre todo las mujeres, las que fueron seducidas y engañadas por el doctor, que se empeñaba en conquistarlas y pedirles matrimonio, con el único fin de que estas firmaran documentos comprometedores que le hacían acceder a sus fortunas, para luego asesinarlas y hacerlas desaparecer.

Después de un tiempo y tras el fin de La Gran Feria Mundial, las ganancias de Holmes se desplomaron y este debió urdir un nuevo plan para generar dinero. Esta vez decidió incendiar el último piso de su castillo, con el fin de cobrar una póliza por unos 60,000 dólares. Holmes inició un incendio en la planta alta del hotel, procurando que las llamas no se propagaran por todo el inmueble, pues no quería que los bomberos ni la policía descubrieran lo que ocultaba celosamente en el sótano. Una vez que dio aviso del siniestro y se personaron las autoridades, Holmes pensó que se había descubierto su espantoso secreto (en realidad descubrieron que el incendio había sido intencional) y huyó rápidamente a Texas, en donde fue encarcelado tras realizar escandalosas estafas. Una vez en la cárcel, ideó una forma de eludir a la policía cuando saliera en libertad. Contactó a su cómplice, Benjamin Pitezel, y le pidió que consiguiera un cadáver con el fin de simular su propia muerte. El cuerpo debía quedar irreconocible tras una supuesta explosión, para engañar así a las autoridades. Curiosamente, Holmes cambió de planes y una vez fuera de la cárcel, mató a Pitezel y buscó cobrar algún seguro. También, y para no despertar sospechas, mató a la esposa y los dos hijos de su cómplice. Los cremó y volvió a huir. Esta vez, había decidido escapar del país. El compañero de prisión de Holmes, a quien había confiado su intrincado plan además de estafarlo, lo delató con las autoridades acerca del fraude que planeaba realizar, y el asesino fue detenido justo cuando intentaba salir de los Estados Unidos.

Una a una, las acusaciones por estafa comenzaron a caer sobre las espaldas de Holmes, quien también estaba siendo investigado por los asesinatos de la familia Pitezel. El Dr. Holmes, sin embargo, se mostraba calmo y risueño, seguro de su elocuencia y el poder de manipulación que tantas veces le había salvado el pellejo. Pidió defenderse a sí mismo ante el jurado, algo que jamás había ocurrido en los Estados Unidos, y que llamó la atención de los medios, además de colmar los espacios dispuestos para su juicio.

Cuando se registró nuevamente el castillo del Dr. Holmes, por fin salió a la luz la espantosa realidad de un psicópata astuto y extremadamente sádico. Nadie podía creer la historia... La idea de la construcción de un “hotel asesino”, parecía sacada de una oscura y fantasiosa novela de terror; sin embargo era real. Holmes dijo que no entendía de qué lo estaban acusando, aunque se encontraron los restos de más de veinte cadáveres descompuestos y colgados en ganchos de carne en su sótano. También se hallaron recipientes con ácido, instrumental quirúrgico y un horno lo bastante grande como para introducir un cuerpo completo. Holmes, finalmente, confesó haber matado a 27 personas; sin embargo, los nombres que dio frente al jurado, eran el de ciudadanos que seguían con vida. Se estima que la cifra real de asesinatos cometidos por Holmes, podría superar las 200 víctimas.

Antes de morir, Holmes escribió su historia y la verdad de los hechos para un periódico. Este folleto se vendió como pan caliente y se tituló *Holmes Own Story*, en el cual escribió una de sus frases más célebres: “Nací con el diablo dentro de mí”.

Fue ahorcado el 7 de mayo de 1896, contando con solo 36 años. Como su cuello no se rompió al caer del cadalso, tardó casi 15 minutos en fallecer estrangulado por la soga. Su caso no fue estudiado ni documentado de la

mejor forma. No se realizaron exámenes psicológicos ni psiquiátricos al acusado. Algunas universidades de la época llegaron a ofrecer grandes sumas de dinero por el cerebro del Dr. Holmes, con el fin de analizarlo; sin embargo, este ya había solicitado a sus abogados que no se le practicara autopsia alguna y que, además, lo enterraran en un ataúd relleno con cemento y a gran profundidad, pues temía que su cadáver fuese robado. El caso del norteamericano H.H. Holmes, no tiene precedentes. Parece increíble que aquel hotel se erigiera como un mecanismo mortífero en sí mismo, una verdadera máquina de matar. Actualmente, el *Holmes Castle* sigue en pie, aunque remodelado y transformado en una Oficina Postal de los Estados Unidos.

CAYETANO SANTOS GODINO El Petiso Orejudo



Fuente: CEDOC

Dentro de la galería de asesinos famosos, hay unos cuantos que despiertan gran inquietud por su curiosa apariencia. Cayetano Santos Godino, es descrito en los anales de la criminología como uno de los personajes más siniestros de la historia, y no solo por sus espantosos crímenes. Solo basta ver algunas de sus fotografías, para darse cuenta de que esta aseveración no es ninguna exageración... y si nos detenemos a revisar su biografía, podremos darnos cuenta de qué tan espantosamente malvado era.

Cayetano nace en Buenos Aires, Argentina, el 31 de octubre de 1896. Tuvo una infancia compleja y enfermiza, además de haber sido víctima de los malos tratos de un padre alcohólico y violento. Casi nunca asistía a clases, pues solían expulsarlo por mala conducta, así que prefería vagar por las calles de Buenos Aires. Su apariencia era bastante singular. Lo llamaban el Petiso Orejudo, debido a sus enormes orejas. De corta estatura y mirada vacía, Cayetano no despertó jamás la simpatía de nadie, aunque aquello no le importaba en lo absoluto. Solían tratarlo de “retardado mental” por su

errático comportamiento y los vecinos no lo soportaban, pues era rebelde e irrespetuoso. Los molestaba, les lanzaba piedras e injuriaba sin motivos aparentes.

A los 7 años de edad, Cayetano intenta matar a un niño de un año, al que llevó hasta un sitio baldío, en donde lo golpeó con rocas y arrojó sobre unos espinos. Pocas horas después, los padres recogieron al infante, quien fue encontrado por un vigilante que, en ese momento, pasaba por el lugar y lo salvó de su atacante. Cayetano fue duramente reprendido por sus padres; pero el deseo de torturar y matar, seguían latentes en él. Un año después vuelve a raptar a otro bebé, al que golpea en la cabeza con una piedra. Nuevamente es sorprendido y llevado a la comisaría, pero su corta edad era un impedimento para, si quiera, retenerlo. Nuevamente es reprendido por sus padres, sin embargo no se tomaron más precauciones. Con solo 9 años, Cayetano comete su primer asesinato. Rapta a una niña de 3 años y la lleva a un terreno baldío. La estrangula hasta dejarla en estado de semiinconsciencia, para luego enterrarla viva. Pasaron los días y nadie sabía nada de la menor. Nadie se imaginó que se encontraba enterrada a pocas cuadras de su hogar, y mucho menos que el asesino era un chico de apenas 9 años. Para ese entonces, el padre de Cayetano acudió a la policía por otra de las andanzas de su hijo. Declaró que Cayetano era un chico sumamente problemático y rebelde; pero que además de esto, su paciencia se había colmado al encontrar bajo su cama una caja llena de pájaros muertos, a los cuales antes había torturado cruelmente. La policía no podía hacer mucho. Quedó a cargo de la alcaldía; pero a los dos meses Cayetano ya estaba en las calles, vagando y fraguando alguna fechoría. A los 10 años, Cayetano se masturbaba tres veces al día, bebía alcohol y se quejaba de grandes dolores de cabeza. En casa, su madre poco podía hacer más allá de acostarlo y ponerle paños con agua fría en la frente. A corta

edad, Cayetano ya mostraba una personalidad enferma y sádica, la cual disimulaba con su apariencia. Atacó a varios chicos y trató de ahogarlos o quemarlos con cigarrillos en los párpados, además de provocar varios incendios. Finalmente, es recluido en la Colonia de Menores de Marcos Paz, en 1908, tras la petición desesperada de sus progenitores. Allí, Cayetano aprendió a leer y escribir (aunque a medias); pero lejos de regenerarse, volvió a las calles con más herramientas para engañar y matar.

El 26 de enero de 1912, Cayetano asesina a un chico de 13 años, llamado Arturo Laurora. El cuerpo fue hallado en una casa vacía que esperaba ser rentada. Todo indicaba que el asesino lo estranguló con un piolín (soga fina). En ese mismo año, atacó a una niña de solo 5 años. Con un fósforo, le prendió fuego a su vestido y la vio arder. La niña moriría 16 días después, tras un largo suplicio. Cayetano seguía atacando menores; pero por fortuna (casi milagro) siempre había alguien que lo descubría. La zona baldía donde solía llevar a sus víctimas, era frecuentada por vagos y también policías. Generalmente, salía huyendo ante la presencia de terceros. En otras ocasiones, aseguraba estar jugando con los menores. Sin embargo, la suerte no sonrió para el menor Jesualdo Giordano, el cual fue engañado por Cayetano. Lo llevó al sitio baldío y trató de estrangularlo. Mientras cometía el ataque, se le ocurrió la macabra idea de enterrarle un clavo en el cráneo. Salió corriendo del lugar, aprovechando que el chico estaba agónico, para hacerlo antes de que muriera. En ese mismo momento, el padre de Jesualdo, lo buscaba desesperadamente por la calle. Por casualidad, se topó de frente con Cayetano, que corría a buscar el clavo para rematar a su víctima. El hombre, angustiado, le preguntó si había visto a su hijo. El muchacho se encogió de hombros y le recomendó que fuera a la policía.

Pocos minutos después, Cayetano volvió al lugar donde yacía el pequeño Jesualdo; pero este ya había muerto. Aun así, decidió introducir, golpeando con una piedra, el clavo en el cerebro del menor.

Al día siguiente, toda Argentina se enteraba del terrible crimen. La policía ya tenía bastantes denuncias del comportamiento de Cayetano Santos Godino, el cual se hizo presente en el velorio de Jesualdo, fingiendo estar conmovido por el asesinato. Su bestial crueldad quedaría al descubierto cuando los presentes observaron cómo Cayetano levantó la cabeza de Jesualdo, dentro del cajón, para revisar si aún tenía enterrado el clavo. Es así como en 1915, Cayetano Santos Godino es acusado de cuatro asesinatos, siete intentos de asesinato y siete incendios. Sin embargo, resultaba evidente que el chico no se encontraba en su sano juicio. Es declarado penalmente inimputable y enviado a una institución mental, en donde continuó atormentando a sus semejantes.

Con solo 16 años de edad, el Petiso Orejudo fue encerrado en el Hospicio de las Mercedes, en donde intentó asesinar a varios de los pacientes. Solía merodear por los pasillos, tratando de encontrar a las víctimas más desvalidas, sobre todo aquellas que se encontraban postradas o inválidas. Los doctores no sabían qué hacer con Cayetano, que cada vez se mostraba más agresivo y violento. Lo tildaron de “imbécil” y “alienado mental”, ya que no había forma de calificar tanta maldad en un delincuente tan precoz. Varios especialistas que intentaron estudiarlo, llegaron a la conclusión de que el pequeño Cayetano era la figura viva del “criminal nato”, propuesto por Lombroso.

La situación se tornó tan compleja, que los doctores pidieron que se trasladara a Cayetano a una cárcel convencional; pues no había forma de controlarlo y representaba un peligro tanto para los otros pacientes, como para los mismos funcionarios del lugar. Sin otra alternativa, las

autoridades tuvieron que enviar al famoso Petiso Orejudo a la Penitenciaría Nacional de la calle Las Heras, en donde permanecería diez años antes de ser reubicado en el Penal de Ushuaia (Tierra del Fuego) en 1923.

En 1927, los especialistas seguían insistiendo en que Cayetano coincidía con el retrato del “criminal nato”, y propusieron la tesis de que su malignidad radicaba en sus enormes orejas. Tras varias solicitudes, lograron la autorización para operarlo y achicárselas por medio de una cirugía, sin embargo no se consiguió ningún resultado.

Tras las rejas, Cayetano se ganó sendas palizas de los internos, por partirles la columna a dos gatos que eran mascotas del penal. En otra ocasión lanzó un chiflido, en medio del patio, y observó los rostros de desconcierto de los demás reos cuando lanzó a otro pequeño gato (mascota de todos) a una caldera. Salvó su vida de milagro ante la salvaje golpiza que le propinaron.

A partir de 1935, Godino enfermó gravemente del estómago. Perturbado, sin amigos, constantemente agredido, violado y atormentado por otros presidiarios, comenzó a mostrar graves problemas de salud. Cayetano Santos Godino, dejó de existir el 15 de noviembre de 1944, a raíz de una enfermedad intestinal; aunque existen algunas hipótesis que apuntan a que fue asesinado por los demás reclusos (que lo odiaban a raíz del incidente con los gatos) pero, en este punto, la historia se torna más difusa.

Dentro de la cultura popular de Argentina, la silueta lúgubre del Petiso Orejudo aún se encuentra presente. La famosa fotografía, en donde Cayetano Santos Godino aparece atando la pitilla con la boca (su herramienta asesina) ha inspirado a escultores y pintores que han inmortalizado a este criminal, el cual se ha ganado el derecho a estar dentro de los más infames homicidas del siglo XX.

FRITZ HAARMANN El Carnicero de Hannover



Fuente: Murderpedia

De mirada fría y luciendo un pintoresco bigote hitleriano, Fritz Haarmann es uno de los más emblemáticos e inquietantes personajes dentro de la profusa galería de asesinos psicópatas. Su expresión, no solo resulta particularmente dura; sino que también distante y pérfida. Si a esta infame apariencia, le sumamos la responsabilidad de una de las más espantosas seguidillas de asesinatos que ha registrado la historia policíaca alemana, pues entonces lograremos comprender la trascendencia de este particular asesino, el cual fue conocido como el Carnicero de Hannover y que logró conmocionar a la opinión pública europea, pocos años después de la Primera Guerra Mundial.

Friedrich “Fritz” Heindrich Karl Haarmann, nació el 25 de octubre de 1879, en Hannover, Alemania. Era el sexto hijo de una familia disfuncional y pobre. La madre de Fritz lo consentía demasiado. Como respuesta, Fritz desarrolló una personalidad sumamente caprichosa, impulsiva y un amor desproporcionado para con su madre, lo cual derivó (con los años) incluso en fantasías sexuales. Su padre, un hombre alcohólico y violento, no veía con buenos ojos esta dependencia y regañaba constantemente al muchacho.

Por su parte, Fritz, no demostraba interés hacia los deportes (como los otros chicos de su edad) y era malo en los estudios. Es por esto que sus padres deciden enviarlo, a la edad de 16 años, a la academia militar Neu Breisach, con el fin de que enderezara el camino y no se volviera un holgazán. Este hecho, lo marcaría notablemente. Desde entonces, engendraría un rencor contra su padre que duraría toda su vida.

A pesar de la mala disposición de Fritz ante esta nueva vida como militar, parecía haberse adaptado rápidamente y no le costó congeniar con sus compañeros ni superiores. Sin embargo tras un año de servicio, una serie de extraños “ataques” hicieron que fuera dado de baja del ejército por razones médicas. Haarmann estaba empezando a mostrar comportamientos homosexuales, los cuales deben haberse acrecentado al estar rodeado de hombres en el ejército. Aun así, parecía sentir más atracción hacia los niños más pequeños, probablemente porque representaban víctimas más indefensas.

Una vez en casa, comienza a dar rienda suelta a sus más oscuros instintos. A pesar de haber conseguido un empleo en una empresa de cigarrillos y esforzarse por pasar inadvertido ante la comunidad; Haarmann es descubierto y acusado por abuso sexual de menores, cuando contaba con apenas 17 años de edad. Es entrevistado por un psicólogo, el cual concluye

que estaba incapacitado para enfrentar un juicio y que lo más recomendable era enviarlo a un sanatorio por una cantidad de tiempo indefinido. En este punto, la historia se vuelve difusa. Mientras algunas fuentes aseguran que estuvo encerrado durante siete años en el sanatorio, antes de salir en libertad por “un comportamiento ejemplar”; otros documentos registran la fuga de Haarmann a tan solo seis meses de reclusión, para terminar huyendo a Suiza, en donde permanecería dos años más antes de volver a Alemania. Sea como sea, Fritz Haarmann intentó ingresar nuevamente, en 1903, a una escuela militar en su país natal. Después de todo, la estricta disciplina de las fuerzas alemanas, le habían resultado particularmente atractiva. La cercanía con otros hombres, también. Sin embargo, nuevamente es dado de baja por problemas médicos, esta vez accediendo a una pensión, la cual le ayudaría a sustentar sus necesidades básicas.

Fritz Haarmann, parecía un sujeto que no podía estar alejado de los problemas. Tan pronto como comenzaba a enderezar el camino consiguiendo algún empleo, su temperamento y acciones fuera de la ley lo condenaban. Su historial policial se fue nutriendo con cargos por abusos sexuales, peleas, hurtos, robos y estafas. A pesar de todo esto, seguía siendo considerado por la policía como un sujeto relativamente “inofensivo”. Después de todo, la Primera Guerra Mundial había terminado pocos años antes... ya se había visto cosas peores, o al menos eso pensaban ellos.

Después de varios años de entrar y salir de prisión por cortas condenas (principalmente por hurtos, robos y estafas menores) se convierte en informante de la policía, con lo que consigue ciertos beneficios. Con esto, curiosamente, Haarmann se sintió con más libertad para empezar su nueva carrera como asesino, cuando ya contaba con 40 años de edad.

En 1918, la desaparición de un joven de 17 años llamado Friedel Rothe, fue informada a la policía. Los amigos de Rothe, señalaron a Fritz Haarmann como posible sospechoso, pues el muchacho había sido visto con él poco antes de esfumarse. Ante la insistencia de los amigos y familiares, la policía decidió presentarse en la casa de Haarmann, encontrando a su “soplón” junto a un adolescente semidesnudo. No se pudo probar nada en relación a la desaparición de Rothe, pero Haarmann fue condenado a nueve meses por el abuso sexual. Ante las preguntas de los familiares y la policía, con respecto al paradero de Friedel Rothe, el sospechoso simplemente respondió que no sabía de qué le estaban hablando. Rothe había sido la primera víctima de Haarmann, pero no existían pruebas del asesinato.

Antes de cumplir la totalidad de su nueva condena por abuso sexual, Haarmann ya se había vuelto a ganar la confianza de la policía. Era un sujeto muy convincente y sabía cómo manipular a las personas.

Nuevamente se iba de la cárcel como un informante, a cumplir con su labor. En esa ocasión, conoció a Hans Grans, un joven fugitivo de veinte años que se convertiría en su amante. Una vez en libertad, ambos arrendaron una habitación y se fueron a vivir juntos.

Entre 1918 y 1924, la cantidad de denuncias por desaparición en Hannover era elevada; pero en un período post guerra, no era algo extraño. Alemania aún no se reponía de las catastróficas repercusiones de la Primer Guerra Mundial y los esfuerzos de las autoridades estaban dirigidos a subsanar las necesidades básicas del pueblo germano y la calidad de vida en general. La comida era escasa, el desempleo era alarmante y el mercado negro, fructífero. Aun así, en Hannover había una sensación de desamparo. La desaparición de algunos chicos jóvenes, desde la estación de trenes principalmente, había despertado la indignación de los respectivos

familiares y curiosidad de algunos vecinos. Pero no fue hasta que, por casualidad, dos niños que jugaban a las orillas del río Leine, hallaron el cráneo de una persona no identificada, que la investigación comenzó a caminar. Cuando la policía llegó al lugar, se encontraron otros fragmentos óseos. Finalmente, decidieron dragar el río y hallaron más de 500 huesos humanos pertenecientes a por lo menos 22 personas distintas. El río Leine se había convertido en un vertedero de cadáveres y nadie se había percatado.

Cerca del río y de los restos humanos, se erigía el edificio donde vivía Fritz Haarmann y su amante. La policía no tardó en sospechar de su informante, pues a pesar de ser convincente y “confiable”, sus antecedentes por violación y abuso sexual podrían ser un indicador importante. Decidieron vigilar los pasos de Haarmann, hasta que se dieron cuenta que recorría constantemente la estación de trenes, lugar donde varias de las personas desaparecidas fueron vistas por última vez. Fue detenido cuando intentaba engañar a un adolescente para que lo acompañara a su departamento.

Cuando se registró la habitación de Haarmann, los policías quedaron sorprendidos. Había sangre, carne y huesos en todas partes. Fritz se justificó diciendo que llevaba un par de años como carnicero clandestino y solía vender salchichas, además de carne de cerdo y caballo en el mercado negro. Todos los vecinos podían dar crédito de aquello, pues muchos le compraban carne y embutidos desde hacía bastante tiempo. Pero cuando los investigadores encontraron enormes cantidades de ropa que no correspondían a la talla de Haarmann, además de otras pertenencias, comenzaron a tener serias sospechas. La historia de Fritz no parecía convincente y fue llevado al departamento de policía.

Una vez que se corroboró que muchas de las ropas y pertenencias correspondían a varias de las personas reportadas como desaparecidas, Fritz Haarmann no tuvo más alternativa que confesar sus crímenes. Vaciló en asegurar su culpabilidad en el asesinato de entre 60 y 70 jóvenes (algunas fuentes más pesimistas le atribuyen incluso 100 víctimas) pero fue finalmente juzgado por 24 asesinatos comprobados.

El perfil de sus víctimas, era siempre el de jóvenes adolescentes de entre 14 y 18 años de edad, de bajo estrato social y, por muy insólito que parezca, solía seleccionarlos por la ropa que llevaban puesta. Si le gustaba una chaqueta o una camisa de su potencial víctima, se acercaba de inmediato. Estos chicos solían vagar por la estación central de trenes de Hannover en busca de dinero, cigarrillos, comida y ofreciendo servicios sexuales, aunque también había otros que viajaron a esa ciudad con la esperanza de conseguir algún trabajo. Haarmann se les acercaba con el pretexto de contratar sus servicios sexuales u ofrecerles empleo, para luego mostrar una identificación policíaca falsa y llevarlos “detenidos” por vagabundeo o comportamiento inmoral. Una vez amedrentados, solía mostrarse amistoso. Los invitaba a comer y les regalaba cigarrillos para ganarse la confianza de los espantados muchachos. Luego, los conducía hasta su pequeño departamento, en donde los drogaba, violaba y asesinaba de una forma particularmente cruel. Les mordía y arrancaba la carótida y la tráquea de un mordisco. Bebía la sangre desde la herida de sus víctimas, mientras desfallecían. Si tardaban mucho en morir, los estrangulaba con una soga. Esta bestial forma de asesinar no dejó indiferente a la prensa, la cual lo bautizó como el Hombre Lobo de Hannover. Al parecer, Fritz también habría canibalizado algunos de los cuerpos, pero los detalles más morbosos recién comenzaban a asomar.

Durante el juicio, Haarmann se mostró frío e indolente con los familiares de sus víctimas. Se ganó el repudio de la opinión pública al narrar, de forma fanfarrona y sarcástica, cómo les mordía la garganta a jóvenes indefensos mientras los violaba, para luego estrangularlos y quitarles la carne con un cuchillo y un machete en su propia cocina.

En un principio (según sus propias declaraciones) el asesino se mostró sumamente metódico y cuidadoso para no ser descubierto. Procuraba triturar los huesos de los cadáveres y meterlos en bolsas de basura para, posteriormente, repartirlos en las inmediaciones del parque Herrenhausen. Era un lugar poco visitado y posiblemente nadie los encontraría. Las cabezas, por otro lado, las enterraba en su propio patio. Poco a poco, dejó de moler los huesos de sus víctimas con tanto ahínco, pues tardaba demasiado y las bolsas que iba repartiendo por el parque, eran cada vez más abultadas. Finalmente, y con todo desparpajo, comenzó a tirar los huesos humanos desde la ventana de su departamento, que estaba justo por sobre el río Leine. Todo aquello parecía demasiado descarado como para haber durado tanto tiempo. ¿Acaso nadie lo vio lanzando huesos desde su ventana hacia el río? ¿Nadie sintió el ruido que hacían los restos al caer al agua o los gritos de sus víctimas al ser asesinadas de manera tan salvaje? Cuando las confesiones del acusado no podían resultar más desagradables y espantosas, Haarmann dejó caer la bomba. Ante las insistentes preguntas sobre qué hacía con la carne de sus víctimas, confesó que las vendía a la comunidad como carne de cerdo o caballo. Con las vísceras, fabricaba salchichones, salchichas o morcillas, que vendía a buen precio en el mercado negro. Se corroboró que una vecina de Haarmann habría tenido sospechas de que lo que el carnicero le había vendido, en cierta ocasión, no era una chuleta; sino que parte de una pierna humana. Cuando fue a hacer la denuncia, el policía encargado de revisar el trozo de carne le dijo

que estaba equivocada y que correspondía a una excelente pieza de cerdo. Durante años, Haarmann había vendido carne humana a sus vecinos y, al parecer, nadie más había sospechado. Antes de hacerse públicos los sanguinarios crímenes de Fritz Haarmann, ya era conocido como el Carnicero de Hannover por la población. Sus productos “de excelente calidad” y sus bajos precios, hacían que varias personas de pueblos aledaños lo visitaran y compraran la deliciosa carne. Ahora, todo parecía un mal chiste del que solo Haarmann parecía disfrutar.

Varios fueron los que, posteriormente y con repulsión, recordaron haber cenado en una pequeña taberna que Haarmann había abierto en el mismo departamento. Todos degustaron carne humana (sin saberlo) acompañada de una cerveza bien helada.

Pronto, se comenzó a sospechar de los clientes del carnicero.

Supuestamente los vecinos ignoraban que la carne que Haarmann les vendía, a tan buen precio, era humana; pero también cabía la posibilidad de que lo supieran. La comida era escasa en aquellos años y el mercado negro representaba la única alternativa de conseguir algo “decente”... ¿Era posible que la gente comprara carne sin darle importancia a su procedencia? Lo cierto es que el hecho resultaba sumamente vergonzoso para el país. La posibilidad de que los vecinos compraran la carne que vendía Haarmann, a sabiendas o sospechando de que podía pertenecer a un ser humano y que además se hicieran los desentendidos por una cuestión de necesidad, parecía espantosa. Si consideramos que Haarmann, además, vendía ropa y otras pertenencias de sus víctimas a precio de liquidación y sin especificar su procedencia, entonces las sospechas se multiplicaban. Se prefirió no hablar más acerca del tema (al menos en el juicio) y la acusación se centró en Haarmann y los asesinatos.

El joven amante de Fritz, Hans Grans, también fue detenido por su participación en los hechos. Al parecer, no habría tomado parte en los asesinatos; pero sí en la selección de las víctimas y la posterior comercialización de la carne y sus posesiones. También fue llevado al estrado un tal Charles, quien de igual forma habría estado vinculado a la venta de carne humana. El círculo de amistades y compinches de Fritz Haarmann parecía demasiado grande. Se llegó a sospechar de varias personas más, las cuales estarían involucradas; pero el costo de un juicio más acucioso y detallado, resultaba demasiado elevado considerando la situación actual del país. Con un acusado que asumía toda la responsabilidad de tan aberrantes actos (y que se jactaba de ellos con notable descaro) no había necesidad de indagar más. Si por un lado la personalidad arrogante, dominante y manipuladora de Haarmann resultaba atractiva, en ningún caso produjo una buena impresión ante el jurado. Demostraba, una y otra vez, que no se sentía arrepentido por sus crímenes, pero también solicitó la pena de muerte como un castigo justo.

El juicio, que se inició el 14 de diciembre de 1924, contó con la presencia de más de 130 testigos. Cuando la suma de cadáveres encontrados parecía llegar a un total de 24 víctimas, el abogado le preguntó al acusado si había más cuerpos. Con una sonrisa irónica, Fritz respondió: “¿Cómo quiere que lo sepa? Usted dice veinticuatro. Pongamos entonces veinticuatro. Puede que sean más, que sean menos...”.

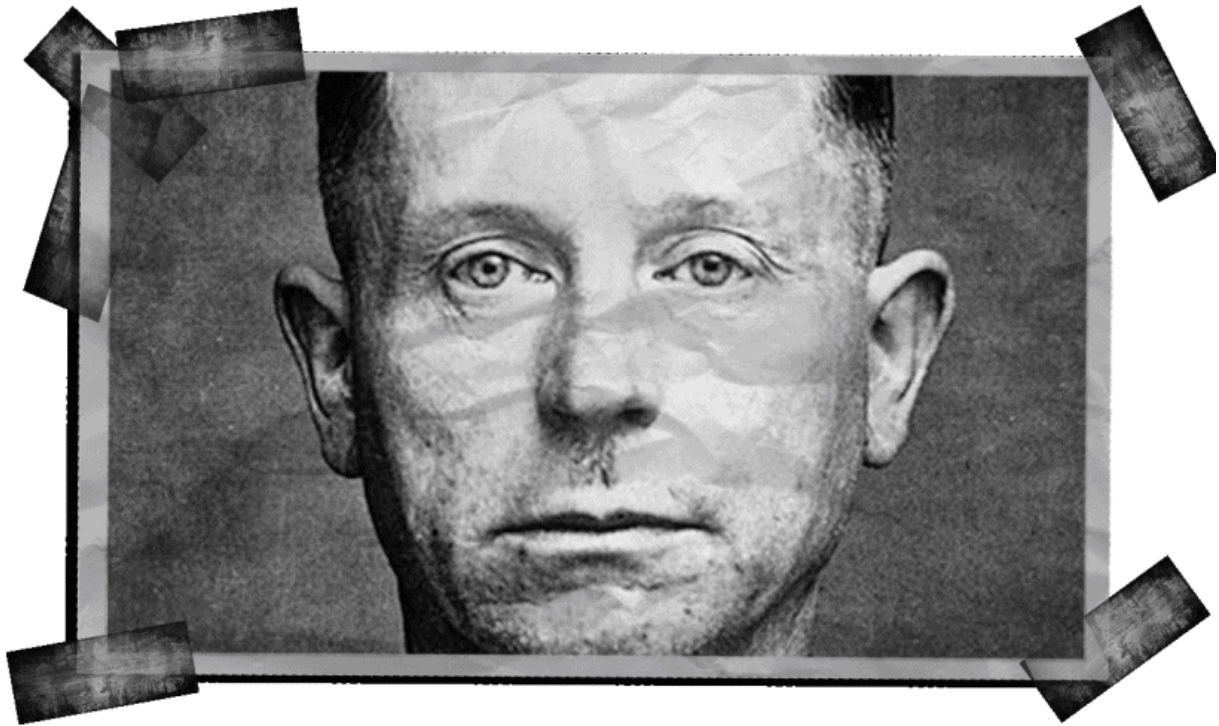
Aunque Haarmann era un sujeto aparentemente frío y calculador, justificaría sus crímenes de otra manera: “Mis crímenes no eran solamente para sacar un beneficio económico con la venta de carne humana, sino que estaba motivado por un momento de frenesí erótico, que me conducía a matar para satisfacer mis irrefrenables deseos”.

Finalmente, fue condenado a veinticuatro penas de muerte. Hans Grans, su cómplice, también fue sentenciado a la pena capital. Al parecer, Haarmann estaba lo bastante enamorado de su joven amante como para redactar una última carta, poco antes de ser ajusticiado, e insistir en la inocencia de Grans. Debido a su corta edad, la pena de Grans se conmutó por cadena perpetua y, posteriormente, se redujo a 12 años de presidio.

Cuando el día de la ejecución se acercó, Haarmann comenzó a mostrarse muy nervioso. Después de haber mostrado una actitud desafiante y despreocupada ante su condena, ahora solicitaba la presencia de un sacerdote en sus últimos momentos. Dijo que estaba arrepentido; pero que no temía a la muerte.

El 15 de abril de 1925, Fritz Haarmann fue guillotinado a la edad de 45 años. Su último deseo, fue el de que su lápida rezara algo así como “Aquí yace el exterminador”, pero esta petición no fue tomada en cuenta, sobre todo porque varios grupos de científicos ya estaban esperando que la cabeza del asesino rodara dentro de la cesta, para llevarla a sus laboratorios y diseccionar su cerebro. Actualmente, la cabeza del Carnicero de Hannover se encuentra en la escuela médica de Göttingen.

PETER KÜRTEN El Vampiro de Düsseldorf



Fuente: Dusseldorfer: das archiv

El impávido rostro de Peter Kürten, ocultaba una realidad bestial y pavorosa. De ojos transparentes, inexpresivos y fríos, apariencia pulcra y ordenada, Peter parecía un vecino más del poblado de Düsseldorf, en Alemania, a principios de los años veinte. Sin embargo, las apariencias engañan.

Nace el 26 de mayo de 1883, en Mülheim, Alemania. Es el tercero de trece hermanos, hijos de una madre sin carácter y un padre alcohólico, violento y pedófilo, que abusaba de sus propias hijas. Como eran pobres, toda la familia dormía en una misma habitación y el pequeño Peter fue testigo de cómo sus hermanas eran constantemente violadas por su padre. Cansado de aquel decadente hogar y las palizas que recibía, Peter comienza a frecuentar las calles, donde comete pequeños robos. A la edad de solo ocho años, ya había abandonado su hogar, llegando a la ciudad de Düsseldorf.

Cuando contaba con tan solo nueve años, empuja a un niño de cinco al río Rin para que se ahogue. Otro chico trató de rescatarlo, pero Peter lo golpeó con un madero en la cabeza y observó cómo ambos se hundieron hasta el fondo. Las autoridades asumieron que se había tratado de un accidente. Nadie podía sospechar de un pequeño de nueve años.

El despertar sexual de Peter fue muy prematuro. Había visto cómo su padre violaba a su esposa y a sus hermanas en la misma habitación donde dormía. En algunas biografías, se insinúa que él mismo habría mantenido relaciones sexuales con algunas de sus hermanas; pero no es algo que esté corroborado. Al parecer, un amigo suyo, un drogadicto y depravado, le enseñó a masturbar perros y no tardó en empezar a tener sexo con ellos. Las prácticas zoofílicas de Kürten se volvieron habituales; pero descubrió una forma de aumentar el placer que experimentaba al violarlos. Solía coger un cuchillo, y los apuñalaba y degollaba cuando estaba a punto de llegar al orgasmo. Esto, le provocaba más placer... sobre todo ver manar la sangre y escuchar cómo brotaba a borbotones.

A los catorce años, y luego de entrar y salir de varias instituciones de menores, acusado de distintos robos, Peter consigue empleo en una perrera, lo que solo sirvió para aumentar su sadismo y saciar sus desenfrenados y pervertidos deseos sexuales. Violaba, torturaba y mataba perros callejeros sin ningún tipo de supervisión.

A pesar de tener empleos esporádicos, Kürten sigue cometiendo varios delitos hasta que, a los diecisiete años, es detenido y juzgado por robo, y condenado a dos años de cárcel. Es, tras las rejas, donde Peter empieza a fantasear con matar a gran cantidad de gente. Solía masturbarse pensando en descarrilamientos o incendios. Le excitaba planear el sabotaje de puentes y producir grandes accidentes o repartir chocolates con arsénico en la ciudad.

Una vez en libertad, comienza a dar rienda suelta a una incipiente piromanía que lo llevó a cometer hasta tres incendios diarios, generalmente en graneros. Cada incendio cometido, le provocaba un orgasmo y no se marchaba hasta escuchar el último chillido de los animales que morían bajo las llamas (generalmente caballos y cerdos). En algunos de estos incendios, murieron personas... mendigos que solían dormir en dichos graneros, lo que incrementaba su sensación de placer y no dudaba en masturbarse antes de huir. Pero la depravación y la sed de violencia, de Peter Kürten, iban en ascenso.

Mientras continuaba manteniendo sexo con animales, Kürten conoce a una prostituta y se va a vivir con ella durante un tiempo. La mujer, que lo doblaba en edad, lo instruye en las más variadas y depravadas prácticas sexuales. La vida de Peter parecía girar, únicamente, en torno al sexo y el delito.

Contando con veinte años, Kürten cometería un espantoso asesinato que dejaría en vilo a la comunidad de Koln. El 13 de mayo de 1913, Peter ingresó a una taberna con la intención de robar. Sin embargo, en el interior, se encontraba una menor de trece años, llamada Christine Klein. La chica estaba durmiendo en su habitación, aparentemente sola, y Kürten no lo pensó dos veces. La estranguló, sodomizó su cuerpo con los dedos, mordió su lengua y luego la degolló hasta casi decapitarla, para beber sangre de la herida. Finalmente, y de modo desafiante, dejó un pañuelo que tenía grabadas sus iniciales "P.K.", antes de marcharse. Pero esta pista, solo terminó complicando la investigación. Luego de que fuese hallado el cadáver de Christine, la policía interrogó a la familia. El padre y dueño de la taberna, llamado Peter Klein, pasó a ser sospechoso inmediatamente (se pensó que el pañuelo le pertenecía, pues tenía grabadas sus iniciales) pero este aseguró que, el día anterior, había tenido una acalorada discusión con

su hermano, Otto Klein, quien lo amenazó con hacerle algo que “recordaría toda su vida”. Se barajó la hipótesis de que Otto habría cometido el asesinato e intentado simular una violación para inculpar a su propio hermano, dejando en la escena del crimen el mentado pañuelo. Fue acusado formalmente por el asesinato de Christine Klein; pero pronto fue dejado en libertad por falta de pruebas. Así, Kürten permaneció libre de toda sospecha... es más, se mantuvo muy informado sobre el juicio de Otto Klein y lo comentaba con sus vecinos.

Aquel horrible asesinato marcaría a Kürten profundamente. Quería volver a experimentar aquello. Lo excitaba demasiado.

Aparentemente, Peter cometió otro par de asesinatos durante este período, hasta que fue acusado de intentar estrangular a una prostituta. Este cargo, sumado a otras varias causas por robo, hurto y estafa, terminaron por enviarlo nuevamente a la cárcel por un período de ocho años.

Salió en libertad en 1921 y se mudó a Altenburgo. La Primera Guerra Mundial había terminado en 1918, y Kürten solía mentir asegurando a sus vecinos que había participado en ella y que había sido capturado por los soviéticos. Según sus palabras, era un veterano de guerra que se había sacrificado por su país y era mirado con respeto. Su apariencia también había cambiado radicalmente. Se había dado cuenta de que, para integrarse a la sociedad (o más bien “camuflarse” en ella) no debía lucir como un delincuente. Buscó un empleo estable, empezó a vestir de traje, sombrero y corbata, además de lucir siempre muy aseado. Se perfumaba e incluso maquillaba sus mejillas.

En un inesperado giro en su forma de vida, ya con un trabajo y ciertos ahorros, decide contraer matrimonio con una esforzada mujer que intentaba dejar atrás su pasado como prostituta. Durante casi cuatro años, Kürten llevó una vida completamente normal, sin despertar jamás ninguna

sospecha.

Volvió a Düsseldorf junto a su esposa en 1925, con el objetivo de estabilizarse. Sin embargo, sus fantasías enfermas seguían latentes... y no tardó en comenzar a acechar mujeres jóvenes para violarlas, estrangularlas, apuñalarlas o asesinarlas.

Recorría los callejones más oscuros y solitarios de la ciudad en busca de chicas indefensas. Las atacaba por sorpresa y las agredía sexualmente. Una de sus armas predilectas, eran un par de tijeras con las cuales causaba graves heridas en la cabeza y cuello de las víctimas. Algunas de las afectadas, que sobrevivieron a los brutales ataques, contaron a la policía que el sujeto bebía compulsivamente la sangre de las heridas que les provocaba. Pronto, la escalofriante noticia apareció en primera plana. El caso del Vampiro de Düsseldorf, horrorizó a toda Alemania y dio la vuelta al mundo.

Pero no solo atacaba a mujeres. Rosa Ohliger, una niña de nueve años a la que había apuñalado con una tijera trece veces en la cabeza, cuello y vagina, fue encontrada muerta cerca de una construcción abandonada. El asesino había bebido de su sangre e intentó quemar el cadáver con gasolina. En una entrevista posterior, Kürten aseguró haber eyaculado mientras asesinaba a Rosa. Después de matarla volvió al lugar, por lo menos en dos ocasiones, para ver si alguien había descubierto el cadáver. Como seguía allí, decidió prenderle fuego con el fin de procurarse un nuevo orgasmo. Pocos días después, volvió a la escena del crimen; pero esta vez se encontró con una muchedumbre, varios policías y detectives... acababan de encontrar el cuerpo de Rosa Ohliger. Entre los curiosos que observaban la escena, se encontraba el propio asesino. No pudo resistir la tentación de preguntarles a los investigadores qué había ocurrido.

Los hombres tampoco se escaparon del sadismo de Kürten. Rudolf Scheer,

un mecánico que vagaba ebrio por lo callejones de Düsseldorf, falleció tras recibir veinte puñaladas en la cabeza y el cuello por parte del “vampiro”. El asesino estaba fuera de control y la policía no contaba con ninguna pista, ni tampoco un sospechoso.

Nuevamente la suerte parecía sonreír a Kürten. Un enfermo mental, de apellido Stausberg, había sido detenido por agredir a dos mujeres. Durante el interrogatorio, se declaró culpable de los asesinatos del afamado Vampiro de Düsseldorf y fue confinado en un manicomio. Sin embargo, los espantosos ataques continuaron y la policía comprendió que aún no había atrapado al verdadero asesino.

En agosto de 1929, Kürten parecía haber perdido completamente la razón. En un lapso de dos semanas, comete al menos cinco asesinatos y varios ataques que dejaron, a lo menos, seis personas hospitalizadas por apuñalamiento e intento de estrangulación. El 8 de febrero, ya le había quitado la vida a una pequeña de ocho años de edad; pero esto sería solo el comienzo de una nueva ola de sangrientos asesinatos.

El 23 de agosto, engaña a dos hermanas de cinco y catorce años, en las inmediaciones de un bosque, cerca de un parque de atracciones. Mientras le pide a la mayor que le vaya a comprar cigarrillos, él se queda esperándola con la niña de cinco años. Cuando la adolescente llegó, Kürten ya había estrangulado y degollado a su hermana. En seguida, ataca a la chica y la apuñala en repetidas ocasiones, bebe su sangre y la decapita. El 29 de agosto, mutiló y asesinó a Ana Hahn, a quien enterró cerca de la orilla del río Rin tras apuñalarla con unas tijeras. Al día siguiente, la desenterró y violó el cadáver. Trató de crucificarla en un árbol; pero no lo consiguió y dejó el cuerpo abandonado.

Otra de las armas utilizadas por el homicida, era un martillo. En septiembre, destrozó el cráneo de Ida Reutler por medio de violentos

golpes. También violó y asesinó a otra mujer de apellido Reuter. El 12 de octubre, atacó con el mismo martillo a otras dos mujeres; pero estas lograron escapar con vida. Kürten estaba fuera de sí, comportándose como un verdadero maníaco y parecía que nadie podía detenerlo.

La policía ya contaba con algunos retratos hablados del “vampiro”, pero seguían sin poder identificar al sospechoso. Solo sabían que se trataba de un sujeto de aproximadamente cuarenta años, delgado, bien vestido y de aspecto agradable. La gente no quería salir sola a la calle... estaban sumamente aterrorizados y exigían su captura. La presión fue tanta, que las autoridades decidieron ofrecer una gran recompensa para aquel que ofreciera datos para atrapar al asesino. Más de 900.000 hombres fueron sindicados como posibles sospechosos. Se llegó a barajar la posibilidad de que se tratara de más de un agresor.

Gertrude Alberman, una niña de solo cinco años, desaparece misteriosamente el 7 de noviembre. Tras dos días de intensa búsqueda, una extraña carta llega a la redacción del periódico de Düsseldorf indicando, en un mapa, dónde podrían encontrar a la niña. El lugar era el exterior de una vieja fábrica semi abandonada. Cuando la policía se presentó, encontró el cuerpo de Gertrude, el cual había sido apuñalado 36 veces. Entre los curiosos que observaban la escena, nuevamente se encontraba Kürten, disfrutando del horror que despertaban sus perversos actos. Ahora, el asesino planeaba jugar “al gato y el ratón” con la policía, tal cual lo había hecho el famoso “Jack” en Whitechapel, pocos años antes. La población alemana volvió a entrar en pánico.

Durante el primer semestre de 1930, los ataques del “vampiro” se sucedieron uno tras otro; pero sin víctimas fatales. Como generalmente cogía a sus víctimas de noche y en callejones oscuros, las descripciones seguían siendo bastante vagas e imprecisas, lo que dificultaba la

investigación.

Pero el caso daría un giro radical. El 14 de mayo de 1930, Maria Budlick se disponía a viajar a la ciudad de Kool para conseguir empleo. Mientras deambulaba cerca de la estación de trenes de Düsseldorf, un extraño se le acercó. Ambos empezaron a conversar y el hombre se ofreció a acompañarla hacia el lugar donde debía abordar el tren; pero la mujer notó que el sujeto estaba des- viando su camino hacia un bosque cercano y recordó las noticias que hablaban sobre el asesino que merodeaba la ciudad. Budlick se puso nerviosa y trató de alejarse de aquel hombre, pero este insistía en acompañarla, hasta que un segundo sujeto se acercó al lugar. Este, se percató de que la chica estaba en un aprieto y no tardó en socorrerla, ahuyentando al sospechoso. La mujer, agradecida, pidió al gentil hombre que la acompañara a tomar el tranvía hacia Grafenberger, pues se encontraba muy alterada para caminar sola. Peter Kürten accedió gustoso.

Maria Budlick era una mujer que estaba pasando por una situación económica desesperada, y no tardó en contarle sus problemas a su nuevo acompañante. Deseaba encontrar pronto un trabajo y, por el momento, un techo donde dormir. Kürten le comentó que tenía una habitación en su apartamento, en el número 71 de Mettmanner Strasse, y que podía pasar la noche allí. La mujer accedió al generoso ofrecimiento del extraño, a cambio de sexo, según las posteriores declaraciones de Kürten. Una vez que llegaron al apartamento, Maria Budlick cambió repentinamente de parecer. No quería mantener relaciones sexuales con su anfitrión y le solicitó que le indicara algún otro lugar donde poder dormir. Kürten no insistió y la acompañó en tranvía hasta unas bodegas cercanas a Grafenberger. Allí, en un impulso instintivo y viendo que se encontraban a solas, comenzó a estrangularla. Maria estuvo a punto de morir; pero

entonces el homicida aflojó sus manos. Había experimentado un orgasmo y ya no quería seguir apretando su cuello. Kürten se alejó del lugar, dejando a la mujer en estado de semi inconsciencia. Al día siguiente, la mujer despertó y se largó del lugar; pero pocos días después, le envió una carta a un amigo, contándole lo ocurrido. Cuando este la leyó, llamó inmediatamente a la policía y fueron en busca de la mujer. Budlick se mostraba algo dubitativa; pero, finalmente, creyó recordar dónde vivía el hombre que había intentado estrangularla y guió a los investigadores hasta el departamento de Mettmanner Strasse. La vivienda se encontraba vacía; pero la casera del lugar le contó a la policía que dicha habitación pertenecía a un tal Peter Kürten. Budlick se encontraba en las escaleras cuando se topó de frente con Kürten. Este, se sorprendió al verla y huyó del lugar. La policía no logró detenerlo; pero ya tenían un nombre. Las fechorías del “vampiro” estaban a punto de terminar.

Por su parte, Peter Kürten sabía que se encontraba en problemas. Si bien aún no existía nada que lo ligara con los asesinatos que había cometido, una violación con intento de homicidio bastaban para llevarlo a la cárcel, por lo menos, por unos diez o quince años. Al llegar a su otra casa, en donde vivía con su esposa, hizo las maletas y se fue sin dar mayores explicaciones. Posiblemente, se sentía frustrado en vista de que tarde o temprano la policía le echaría el guante encima. Se alojó en un apartamento; pero a los pocos días volvió con su esposa. Esta le exigió una explicación por su errático comportamiento... y la obtuvo.

Kürten se sinceró con su mujer y le explicó lo que había ocurrido días atrás. Intentó abusar sexualmente de una mujer y trató de estrangularla. La falta era gravísima y comprendió que su esposo pasaría un largo período tras las rejas. No pudo contenerse y la mujer rompió en llanto. La situación económica del matrimonio no era muy buena; pero con el

hombre en la cárcel, ella quedaría, definitivamente, hundida en la miseria. Ya no se encontraba en condiciones de conseguir un trabajo digno... no había esperanza. Luego de meditar unas horas, Kürten se acercó a su mujer y dijo que podría ayudarle. Por muy paradójico que parezca, Kürten le confesó a su mujer que él era el Vampiro de Düsseldorf. La mujer no daba crédito a lo que su esposo le estaba contando. Detalló algunos de sus abominables crímenes y le dijo que lo delatara a la policía. De esta forma, él iría a juicio y ella podría cobrar la generosa recompensa que se había ofrecido por su captura. La mujer aún no estaba muy convencida; pero accedió a la petición de su esposo de relatar la historia en la comisaría esa misma tarde. Al día siguiente, debían encontrarse frente a la iglesia St Rochus, a las 15:00 hrs. para que el hombre se entregara a las autoridades. Le prometió que no huiría ni se quitaría la vida.

El 24 de mayo de 1930, y tras las declaraciones de la alterada mujer, los policías tenían rodeada la plaza frente a la iglesia donde se llevaría a cabo la detención. Había tensión en el ambiente y los uniformados estaban armados hasta los dientes. A las 15:00 hrs. en punto, se divisó la silueta de un hombre cuarentón y bien vestido. “No hay necesidad de estar asustados”, dijo tranquilamente, y se entregó sin ofrecer resistencia.

La noticia de la captura del temible asesino, supuso un respiro para la ciudad de Düsseldorf. Pero el morbo que despertó, en la población y los especialistas, la excéntrica personalidad del asesino, superó todas las expectativas. Kürten parecía una persona normal y no un demente como todos suponían. Mientras se preparaba el juicio en su contra, el prestigioso psicólogo alemán, Karl Berg, logró ganarse la confianza del imputado y pudo entrevistarle en muchas ocasiones. Ambos habían trabado cierta amistad y Kürten le habló, con toda sinceridad, de sus pensamientos y sentimientos. Berg quedó completamente fascinado... y horrorizado. Peter

Kürten poseía una memoria bastante deficiente cuando no se trataba de asesinatos. Olvidaba cosas importantes constantemente; pero recordaba cada uno de sus crímenes con una claridad asombrosa, con memoria fotográfica. Incluso llegó a enumerarlos durante su juicio... en total, contabilizó 79 brutales ataques. Berg escribiría un libro con todas las entrevistas realizadas al asesino, lo que significó uno de los primeros estudios realmente serios y profundos sobre la mente de un asesino en serie.

El juicio contra El Vampiro de Düsseldorf comenzó el 13 de abril de 1931. El salón se transformó, prácticamente, en un museo de los horrores. Para Kürten, se había preparado una jaula especial, con la idea de evitar que el acusado huyera o fuese linchado. Detrás de la jaula, se colgaron las armas utilizadas por el homicida. Cuchillos, martillos y tijeras decoraban las paredes, de forma macabra. También se dispusieron los cráneos destrozados de aquellos que fueron ultimados a martillazos, y gráficos de las terribles heridas halladas en los cuerpos de las víctimas. El lánguido sujeto que se sentó dentro de la jaula, parecía más un empresario abatido que cualquier otra cosa. En voz baja y retractándose de su primera confesión, aseguró ser inocente de los todos cargos; pero posteriormente volvió a detallar los espeluznantes actos cometidos durante años.

Algunos resultaban terribles y otros casi increíbles. Kürten no mostró señales de arrepentimiento, y cuando tuvo la palabra, solo se refirió a las consecuencias de haber vivido en una familia en donde la pobreza, el alcoholismo y el incesto, lo despojaron de todo sentimiento de misericordia hacia las personas. Según su perspectiva, todo aquello lo transformó en el monstruo que estaba ante ellos. También culpó al sistema penitenciario y los años que consideró perdidos tras las rejas.

El juez lo declaró culpable de nueve asesinatos, siete intentos de

asesinatos y 79 agresiones sexuales, por los cuales fue condenado a morir en la guillotina. Kürten, con su habitual rostro inexpresivo, se retiró de la sala sin decir absolutamente nada. La ejecución se llevaría a cabo el 2 de julio de 1931.

Durante su estancia tras las rejas, Kürten comenzó a recibir cientos de cartas de la población alemana. La mayoría eran ofensivas y de desprecio hacia su persona, maldiciones y burlas. Pero otras, resultaron ser de admiradores. Incluso de algunas mujeres que quería estar con él para intimar.

Peter Kürten parecía tranquilo ante lo que le deparaba el destino. No parecía temerle al patíbulo. Lo único que llegó a preocuparle, era la situación de su esposa. Quería que le pagaran la recompensa por entregarlo a las autoridades. La idea de que quedara desamparada, lo enfadaba. Según él, la amaba y no quería verla sufrir.

Cuando llegó el día de la ejecución, Karl Berg se despidió de Kürten. Después de todo, fueron muy cercanos durante todo ese tiempo. Entonces, Peter le hizo una inquietante pregunta: “Después de que mi cabeza se haya desprendido del cuerpo. ¿Podré oír, por lo menos por un momento, el sonido de mi propia sangre cuando brote de mi cuello?” El psicólogo se quedó pasmado. “Sería el mayor placer para terminar con todos mis placeres” dijo Kürten.

Aquel 2 de julio de 1931, Peter Kürten fue decapitado en la guillotina, en la ciudad de Colonia, Alemania. La historia del monstruo que había aterrorizado a Düsseldorf, y al resto del país, parecía haber terminado... pero todos querían saber más sobre el intrigante personaje.

La cabeza del vampiro fue rápidamente disecada y se analizó su cerebro, con el fin de encontrar algo concluyente... algún indicio de cómo funcionaba la mente de semejante homicida. Actualmente, la cabeza de

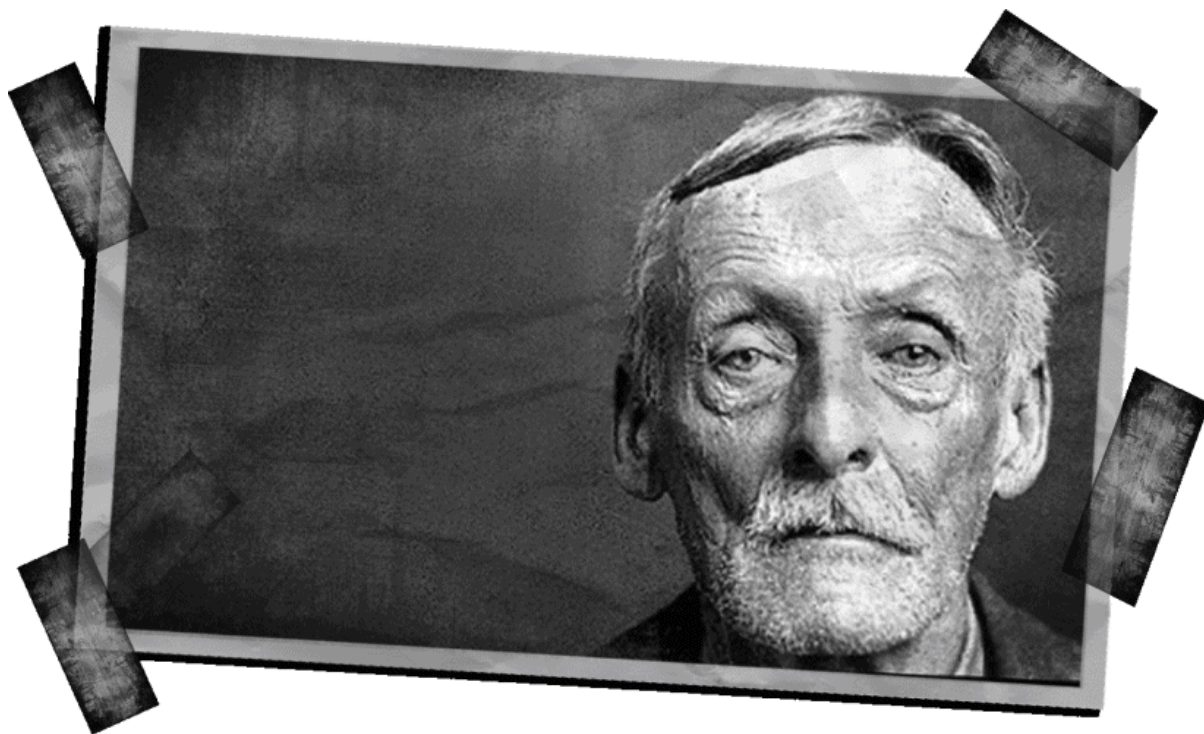
Kürten, se encuentra en el museo de *Ripley's Believe it or not*.

Con respecto a las conclusiones del psicólogo Karl Berg, las explicó detalladamente en su libro *El Sádico*. Se refirió a Kürten como “el rey de los pervertidos sexuales”, destacando su psicopatía, narcisismo y egoísmo extremo. Peter Kürten, solo buscaba proporcionarse placer, sin importar si para esto debía violar y asesinar a hombres, mujeres, niños o animales. No tenía límites a la hora de buscar un orgasmo. No sentía empatía con sus víctimas y solía ocultar su lujuria, asegurando que su sed de venganza contra la sociedad, lo movía a cometer todos esos actos. Sin embargo, muchos de sus ataques no concluían necesariamente en el asesinato.

Muchas de las mujeres que cayeron en sus garras, lograron salir con vida gracias a que el agresor eyaculaba antes de matarlas. Una vez que se sentía satisfecho, las abandonaba moribundas o desmayadas, confirmando la idea de que la única motivación de sus actos, era de índole sexual.

Peter Kürten sigue siendo, hasta el día de hoy, uno de los peores y más pervertidos asesinos en serie que han existido. Su historia ha inspirado varias obras. La más conocida es *M, El Vampiro de Düsseldorf*, dirigida por el afamado director de cine Fritz Lang y protagonizada por Peter Lorre, una cinta considerada, a estas alturas, de culto.

***ALBERT FISH El Hombre Gris, El
Hombre Lobo de Wysteria, El
Vampiro de Brooklyn, El Maníaco
de la Luna, El Ogro de Nueva York,
The Boogey Man***



Fuente: Murderpedia

Nace el 19 de mayo de 1870, en Washington, en medio de una familia atestada de enfermedades mentales. Su nombre de nacimiento, era el de Hamilton Howard Fish; sin embargo se lo cambiaría a “Albert”, tras la muerte de uno de sus tres hermanos.

En 1875, y después la muerte de su padre, Albert es enviado a un orfanato en donde recibía constantes azotes por su mal comportamiento. Allí descubre que cada vez que es golpeado, alcanza el orgasmo, por lo que comienza a ser molestado por algunos chicos que notaron su extraño comportamiento. En 1879, la madre de Albert consigue un empleo estable y decide llevarlo de vuelta a casa; sin embargo su estancia en dicho lugar, lo había marcado para siempre. A los doce años, experimenta sus primeras relaciones homosexuales. Poco tiempo después, comienza a acosar jóvenes en los baños públicos, además de practicar actos de urofagia y coprofagia. Las parafilias de Albert Fish, pronto se volvieron más extremas, siendo descubierto practicando la masturbación leyendo la Biblia e

introduciéndose un palo con espinas de rosa por el recto, al igual que bolas de algodón empapadas en alcohol, a las que luego les prendía fuego.

También se introducía agujas bajo las uñas y se perforaba los pezones, para procurarse placer sexual.

También comienza a tener alucinaciones de tipo religioso, asegurando que era Jesucristo. Estaba convencido que la única forma de expiar sus pecados, era por medio del dolor físico. Es internado en varios centros psiquiátricos, en los cuales solo pasa un tiempo.

Para 1890, y con tan solo 20 años de edad, Albert Fish se había transformado en un prostituto, pero también en un violador de niños y adolescentes. Pocos años más tarde, la madre de Albert consigue que este se case con una jovencita, con la cual termina teniendo seis hijos. Durante este período de aparente normalidad, Fish continuaba violando menores de forma indiscriminada (según reconocería posteriormente, en aquellos años ya había violado por lo menos a 100 niños y adolescentes) aunque a sus hijos jamás les puso un dedo encima. En 1903, es acusado por malversación de fondos y condenado a pasar una buena temporada en la cárcel. Tras las rejas, Fish mantuvo una activa vida sexual con los demás reclusos.

Tras salir de la cárcel se dedicó a vagar por bares y burdeles, en donde era golpeado con frecuencia. Desatendió completamente a su familia y su mujer terminó por abandonarlo. Las alucinaciones religiosas de Fish irían en aumento, y comenzaría a escuchar voces de forma frecuente, además de mostrarse obsesionado con la castración, práctica que realizaría con un enfermo mental de corta edad, tras maniatarlo. El joven consiguió huir, pero las autoridades no recibieron denuncia alguna del hecho.

Los primeros ataques e intentos de secuestro, se registraron a partir de 1919, cuando Fish apuñaló a un par de muchachos. Se desconoce la

cantidad total de víctimas que se cobró el asesino durante estos años. El 25 de mayo de 1928, Edward Budd, un joven de 18 años, colocó un anuncio en un periódico local, con el fin de encontrar un empleo. Pocos días más tarde, un hombre mayor lo visitó en su casa y se presentó como Frank Howard, un campesino de Farmingdale, Nueva York. La familia Budd lo recibió de buena forma y lo invitó a cenar. El hombre se mostraba ansioso por contratar al muchacho y le ofreció buenas expectativas salariales. Lo que la familia Budd ignoraba, es que aquel anciano no era otro que Albert Fish, y que solo estaba intentando engañar, de forma descarada, a Edward Budd, para llevarlo hasta un lugar solitario y asesinarlo. Sin embargo, la historia terminaría siendo aún peor. Durante la cena, la hermana menor de Edward, Grace Budd, se presentó y despertó el interés de Fish. Era una bella niña de 10 años, inocente y alegre, que no dudó en saludar de buena forma al invitado y sentarse en su regazo. Esa noche, Fish se retiró y prometió volver para revisar el contrato de Edward. Sin embargo, en su cabeza, solo pensaba en cómo raptar y asesinar a Grace.

La segunda visita de Fish a la casa de los Budd, se concretó solo un par de días más tarde, el 3 de junio. Le dijo a Edward que había decidido contratarlo, y que pronto vendría por él para llevarlo a la granja y comenzar con las labores. La familia estaba feliz, pues no pasaban por un buen momento económico y aquello les caía del cielo. Cuando Fish se retiraba, supuestamente a casa de una hermana que celebraba el cumpleaños de su pequeña hija, se volteó espontáneamente y se ofreció a llevar a Grace a la fiesta, aduciendo que la traería de vuelta a las 21:00 hrs. Los padres dudaron pocos segundos antes de acceder, pues Grace se veía muy entusiasmada. El anciano campesino se había mostrado como un hombre educado, confiable y atento, incluso les había llevado algunos

regalos ese día, por lo que no vieron mayor problema en que lo acompañara. Grace tomó la mano del hombre y se alejaron lentamente por el camino. Aquella sería la última vez que verían a su hija.

Cabe destacar que además de varias manías, como por ejemplo auto flagelarse, cerrar y abrir con fuerza una de sus manos constantemente y mutilar partes de su propio cuerpo, Albert Fish también disfrutaba enviando cientos de cartas perturbadoras y obscenas a la gente... la última de ellas, fue dirigida a la señora Budd, seis años después del secuestro de su hija.

“Estimada Señora Budd. En 1894 un amigo mío fue enviado como asistente de plataforma en el barco de vapor Tacoma, el Capitán John Davis. Viajaron de San Francisco a Hong Kong, China. Al llegar ahí, él y otros dos fueron a tierra y se embriagaron. Cuando regresaron, el barco se había marchado. En aquel tiempo, había hambruna en China. La carne de cualquier tipo costaba de 1-3 dólares por libra. Así tan grande era el sufrimiento entre lo más pobres, que todos los niños menores de 12 años eran vendidos como alimentos, en orden de mantener a los demás libres de morir de hambre. Un chico o chica, menor de catorce años, no estaba seguro en las calles. Usted podía entrar a cualquier tienda y pedir corte en filete o carne de estofado. La parte del cuerpo desnudo de un chico o chica, sería sacada y lo que usted quisiera sería cortado de él. El trasero de un chico o chica, la cual es la parte más dulce del cuerpo, era vendido como chuleta de ternera a un precio muy alto. John permaneció ahí durante mucho tiempo, adquiriendo gusto por la carne humana. A su regreso a N.Y. secuestró a dos chicos de 7 y 11 años de edad. Los llevó hasta su casa, en donde los desnudó y ató a un armario. Entonces quemó todo lo que ellos portaban. Varias veces cada día y cada noche, los azotó, los torturó, para hacer su carne buena y tierna. Primero mató al chico de 11 años de edad,

porque tenía el trasero más gordo y por supuesto una mayor cantidad de carne en él. Cada parte de su cuerpo, fue cocinado y comido; excepto la cabeza, huesos e intestinos. Fue asado en el horno (todo su trasero), hervido, asado, frito y estofado. El chico pequeño fue el siguiente, fue de la misma manera. En aquel tiempo, yo vivía en la calle 409 E 100 cercana a la derecha. Él me decía, frecuentemente, cuan buena era la carne humana, que decidí probarla.

El domingo 3 de junio de 1928, yo le visité en el 406 W calle 15. Le llevé un pote de queso y fresas. Almorzamos, Grace se sentó en mi regazo y me besó. Decidí comerla. Con el pretexto de llevarla a una fiesta, usted dijo que sí, que ella podría ir. La llevé a una casa vacía en Westchester que yo ya había escogido. Cuando llegamos, le dije que se quedara afuera. Ella recogió flores, subí y me quite mis ropas. Yo sabía que si no lo hacía, las habría de manchar con su sangre. Cuando todo estuvo listo, me asomé a la ventana y la llamé. Entonces me oculté en un armario hasta que ella estuvo en la habitación. Cuando ella me vio completamente desnudo, comenzó a llorar y a tratar de correr escaleras abajo. La atrapé y me dijo que se lo diría a su mamá. La desnudé. Pateó y me rasguñó. La estrangulé y entonces la corté en pequeños pedazos para poder llevarme la carne a mis habitaciones. La cociné y comí. Cuan dulce y tierno fue su trasero asado en el horno. Me llevó nueve días comer su cuerpo entero, estaba deliciosa, carnosa y jugosa. No la violé aunque podría haberlo hecho si lo hubiera deseado. Murió virgen”.

El sobre de la carta, contenía un pequeño logo que fue identificado como el de la Mutual Privada de Choferes de Nueva York. Tras ser interrogado, uno de los porteros de la Mutual le dijo a la policía que había tomado unos cuantos de estos sobres y que los había dejado olvidados en una habitación que había alquilado durante un tiempo, pero de la cual se acababa de

mudar. La propietaria del apartamento alquilado, dijo a los agentes que este tenía un nuevo arrendatario... un anciano de 65 años, llamado Albert Fish. El director de la investigación, William King, decidió esperar a que el hombre llegara, pues se encontraba ausente en esos momentos.

Cuando Albert Fish se presentó, fue interrogado inmediatamente por King con respecto a los sobres que debían encontrarse en su habitación. Casi de forma instantánea, el anciano sacó una navaja y amenazó al policía, el cual logró reducirlo fácilmente.

De mirada cansada; pero fría, estatura media, aparentando más años de los que tenía y extremadamente delgado, Fish distaba mucho de parecer un criminal peligroso. Lucía como un octogenario de apariencia enfermiza y escuálida. Sin embargo, reconoció ser el culpable del asesinato de Grace Budd.

Entre 1930 y 1931, tres años antes de su detención, Fish había estado encerrado en otro psiquiátrico por enviar cartas obscenas; pero había salido en libertad.

El asesinato de Grace Budd, desató una gran conmoción en Estados Unidos, sobre todo al conocer el descaro del asesino, que se dio el lujo de escribir una carta aterradora a la madre, describiendo el perverso crimen. Pero aquel no sería el único. Cuando la fotografía de Fish, a quien se había bautizado como El Ogro de Nueva York, comenzó a aparecer en los periódicos, un hombre recordó haberlo visto, años antes, forcejeando con un muchacho que se había extraviado. La madre del chico visitó a Fish a la cárcel, para saber si él tenía algo que ver en su desaparición. La respuesta del asesino, sería la siguiente:

“Lo llevé a los vertederos de Riker Avenue. Ahí hay una casa que permanece sola, no lejos de donde lo tomé, llevé al chico ahí. Lo despojé, desnudé y até sus manos y pies, lo amordacé con un harapo sucio que

recogí en el vertedero. Entonces quemé sus ropas. Arrojé sus zapatos al vertedero. Regresé y tomé el tranvía de 59 Street a las 2 a.m. y caminé de ahí a casa. Al siguiente día cerca de las 2 p.m., llevé herramientas, y un látigo de nueve colas. Casero. Con mango corto. Corté uno de mis cinturones a la mitad, corté esas mitades en seis tiras de cerca de 8 pulgadas de largo. Azoté su trasero descubierto hasta que la sangre corrió entre sus piernas. Corté las orejas, la nariz, corte la boca de oreja a oreja. Le saqué los ojos. Estaba muerto entonces. Enterré el cuchillo en su vientre, acerqué mi boca a su cuerpo y bebí su sangre. Recogí cuatro sacos viejos de patatas y reuní una pila de piedras. Entonces lo corté en pedazos. Tenía un fardo conmigo. Puse su nariz, orejas y unas cuantas rajas del vientre en el fardo. Entonces lo corté por el centro de cuerpo. Justo debajo del ombligo. Después, a través de sus piernas, aproximadamente 2 pulgadas debajo de su trasero. Puse esto en mi fardo con mucho papel, le corté la cabeza, pies, brazos, manos y las piernas debajo de la rodilla. Coloqué todo esto dentro de los sacos pesados con piedras, los até y los arrojé en las fosas de agua fangosa que usted verá a lo largo del camino que va a North Beach. Regresé a casa con mi carne. Su pene, sus testículos, y un agradable y gordo trasero, para asar en el horno y comer. Hice un estofado con sus orejas y nariz, pedazos de su cara y el vientre. Puse cebollas, zanahorias, nabos, apio, sal y pimienta. Estaban buenos. Entonces partí su trasero, corté su pene y testículos y los lavé primero. Puse tiras de tocino en cada nalga y las puse en el horno. Entonces escogí 4 cebollas y cuando la carne había asado cerca de 1/4 de hora, vertí un poco de agua para la salsa de la carne y puse las cebollas. A intervalos frecuentes rocié su trasero con una cuchara de madera. Así la carne sería agradable y jugosa. Tras 2 horas, estaba buena y doradita, cocinada. Nunca comí algún pavo asado que tuviera la mitad del sabor que este dulce, gordo

y pequeño trasero. Comí cada bocado de carne durante 4 días. Su pequeño pene era dulce como la nuez; pero sus testículos no pude masticarlos. Los arrojé al inodoro”.

A pesar de esta espeluznante confesión, el crimen no pudo ser comprobado por las autoridades.

Se intentó vincular a Fish con varios asesinatos más, pero este los negó todos. Durante aquellos años, la policía estaba detrás de la pista de un sádico asesino serial de niños, apodado El Vampiro de Brooklyn, y Fish encajaba perfectamente con el perfil (de hecho, una vez que fue apresado, los asesinatos se detuvieron). Pero el sospechoso se negó a colaborar y no se pudo avanzar con aquella investigación. La policía estaba segura de que Fish había torturado y asesinado a muchos otros niños; pero no tenían pruebas suficientes para acusarlo.

Durante las evaluaciones psiquiátricas, se corroboró que Fish escuchaba voces, era mitómano, fetichista, sádico y pervertido, además de estar obsesionado con la castración, el canibalismo, la tortura y la autoflagelación. De hecho, su cuerpo mostraba cientos de cicatrices por heridas que se producía él mismo. Los doctores quedaron impactados al corroborar que Fish mostraba graves quemaduras en sus testículos, las cuales él mismo se había realizado con un encendedor. Como si fuese poco, tampoco tenía pene, pues se lo había cortado con unas tijeras, años atrás. Para los especialistas, era evidente que se trataba de un demente; pero la opinión pública estaba tan escandalizada por los atroces actos del asesino, que exigían la pena de muerte.

El juicio comenzó el 11 de marzo de 1935, y el abogado de Fish estaba sorprendido de que se accediera a juzgar a su defendido, en vista de los exámenes psiquiátricos, que resultaban prácticamente irrefutables. Albert Fish estaba completamente loco y debía ser enviado a un asilo para

enfermos mentales; pero las autoridades se negaron. Si bien los actos de Fish eran desquiciados, no había dudas de que existía algo de premeditación en ellos. La carta enviada a la Sra. Budd, era la prueba más tangible.

El jurado quedó repugnado ante los detalles de los crímenes del acusado y, tras los diez días que duró el juicio, lo condenaron a muerte por el asesinato de Grace Budd. Fish quedó pasmado al oír la sentencia, pues sabía que le esperaba la silla eléctrica. Luego de unos segundos, reaccionó y se mostró feliz, ya que aseguraba que ese era el único escalofrío que aún no había sentido a lo largo de su vida.

El día de su ejecución, el 18 de enero de 1936, Albert Fish se mostraba excitado sexualmente por su propia muerte. Y ese mismo día, quedaría en evidencia otra de sus oscuras perversiones. Cuando se le dieron los dos primeros choques eléctricos, se produjo un cortocircuito y tuvieron que prácticamente freírlo para que muriera ¿el motivo? Durante toda su vida, se había introducido más de veinte clavos y agujas por el pene, los cuales aún se encontraban alojados en su ingle. Aquello, produjo una falla eléctrica al momento de electrocutarlo. Esto fue corroborado cuando Fish ya había muerto, por medio de rayos X.

***MARCEL PETIOT Dr. Satán, Dr.
Muerte, Dr. Eugéne***



Fuente: Criminalia

Marcel André Henri Félix Petiot, nació en Auxerre, Francia, el 17 de enero de 1897. Su padre falleció cuando tenía solo 5 años. Tres años más tarde, su madre correría la misma suerte, quedando huérfano. El pequeño quedó bajo los cuidados de algunos tíos y familiares; pero pronto se convirtió en un dolor de cabeza para todos ellos. Marcel era un chico inteligente y despierto; sin embargo, tenía conductas crueles y sádicas que pronto comenzarían a llamar la atención. Solía torturar a gatos y pájaros, quemándolos con agua hirviendo. También les arrancaba los ojos, para reírse de cómo chocaban contra las paredes. En el colegio, sus calificaciones eran aceptables, lo que amortiguaba un poco las preocupaciones en casa; pero también tenía la mala costumbre de robar cualquier cosa que estuviera a su alcance. Sus problemas conductuales empezaron a aumentar y fue derivado a un psiquiatra, el cual lo diagnosticó como “enfermo mental”, a pesar de poseer un alto coeficiente

intelectual. Después de ser expulsado varias veces del colegio, tuvo que terminar sus estudios en un instituto especial de París.

En enero de 1916, Marcel decidió enlistarse en el ejército francés y servir a la patria durante la Primera Guerra Mundial. Pero, con el pasar de los meses, empezó a mostrar conductas erráticas y colapso mental. Poco tiempo después, resultó herido durante una batalla, lo que acrecentó su psicosis. Sus superiores decidieron enviarlo a una casa de reposo, en donde siguió comportándose de forma inapropiada debido, principalmente, a su incurable cleptomanía. Fue arrestado por robo de billeteras, morfina y otras provisiones del ejército. Estuvo un tiempo encarcelado en Orleans y luego fue derivado a un hospital psiquiátrico en Fleury-les-Aubrais, donde le diagnosticaron varias enfermedades mentales. Increíblemente, Petiot fue reintegrado a las filas en 1918. A tan solo tres semanas de su regreso al campo de batalla, sufrió un accidente con una de sus propias granadas.

Uno de sus pies mostraba una lesión de mediana consideración, por lo que fue enviado nuevamente al hospital. Sin embargo, había dudas sobre si realmente se trataba de un accidente o Petiot trataba de incapacitarse para estar lejos del campo de batalla. Finalmente, y luego de un nuevo diagnóstico de incapacidad mental, Petiot es dado de baja del ejército.

El 11 de noviembre de 1918, se declara el fin de la Primera Guerra Mundial. Marcel Petiot gozaba de una pensión otorgada por su país y no dudó en ingresar a un programa de educación y reinserción laboral para veteranos de guerra. En 1921, recibió un diploma en medicina y se mudó a Villeneuve-surYonne, una pequeña localidad cercana a Auxerre. Esta vez, su futuro parecía prometedor.

El joven médico de 25 años, no tardó en quitarle la clientela a los viejos doctores del pueblo, gracias a su gran simpatía y carisma. Se convirtió, súbitamente, en el médico más solicitado por los pobladores. Su

consultorio siempre estaba lleno... y no tardó en aprovecharse de ello. Petiot era un ladrón y embaucador incorregible. Ideó una forma de cobrar a los enfermos para inscribirlos en el sistema de salud, mientras el Gobierno le pagaba por el mismo servicio. Nadie sabía de esta mala práctica y el distinguido Dr. Petiot, empezó a acercarse a las altas esferas políticas, asistir a fiestas en donde se le reconocía por su noble labor como médico y por ser un ex combatiente en la Primera Guerra Mundial. En 1926, Marcel Petiot comienza a salir con una chica llamada Louise Delaveau, hija de uno de sus pacientes. Durante el corto romance, la casa de la familia Delaveau es desvalijada e incendiada y Louise desapareció como si se la hubiese tragado la tierra. La policía no encontró evidencias de terceros y llegó a la conclusión de que Louise se había dado a la fuga, a pesar de que unos vecinos aseguraron haber visto al doctor Petiot cargando un viejo baúl, dentro de un automóvil, en la fecha de la desaparición de la muchacha. Meses más tarde, se encontraría un baúl de similares características a las descritas por los testigos, sumergido en un río cercano. En su interior se encontró un cuerpo femenino descuartizado... pero tampoco se investigó aquello.

A pesar del sospechoso suceso relacionado con la familia Delaveau, la mayoría de las personas creían que se trataba de una macabra coincidencia y seguían acercándose al simpático doctor Petiot con la misma confianza de siempre, principalmente para consolarle; aunque este ya parecía repuesto tras el trágico fin de su novia. Era un hombre encantador, inteligente y muy, muy gracioso. Una fiesta no estaba completa si Marcel Petiot no asistía. Pero la realidad era muy distinta. Tras esa máscara de jovialidad, se ocultaba un hombre completamente paranoico, víctima de crisis nerviosas, una cleptomanía intratable, delirios de persecución,

piromanía y depresión. A pesar de todo, Petiot pudo engañar hábilmente a cientos de personas porque, además, era un astuto psicópata.

Petiot se dio cuenta del beneplácito de la gente del pueblo y se presentó como postulante para ser alcalde de la localidad ese mismo año.

Obviamente tomaría precauciones al respecto. Contrató a un sujeto para que interrumpiera el discurso de su contrincante, y así ganó fácilmente las elecciones. Prácticamente de inmediato comenzó a malversar fondos.

En 1927 contrae matrimonio con una muchacha de 23 años, llamada Georgette Lablais, hija de un adinerado matarife de Seignelay. La pareja tuvo un hijo en 1928, a quien llamaron Gerhardt. Por aquel entonces,

Marcel Petiot seguía manteniendo una imagen de excelente doctor, buen alcalde y correcto padre de familia. Pero ya existían algunos rumores con respecto a algunas dudosas prácticas de tan distinguido personaje, como abortos ilegales, venta y suministro de narcóticos, estafas y robos

realmente escandalosos. Primero fue acusado de hurtar el dinero de la tesorería. Más tarde, se habría apropiado del bombo de la banda local y una antiquísima cruz de piedra que había desaparecido del ayuntamiento.

Sumado a esto, también algunos aseguraban que Petiot era consumidor de sustancias ilícitas. En agosto de 1931, Marcel Petiot es acusado de tratos comerciales turbios y el robo de unos bidones de aceite de la estación de ferrocarril. Por estos ilícitos, es destituido de sus funciones como alcalde por un período de cuatro meses. Indignado y ofuscado por las múltiples e “injustas acusaciones en su contra”, Petiot decidió renunciar a su cargo. A

pesar de todas las evidencias, la mayoría de las personas creían que se trataba de un complot para sacar al buen Marcel Petiot de la alcaldía por razones políticas. En un gesto de solidaridad con el recién destituido alcalde, todo el Concejo Municipal presentó también su renuncia,

avalando el parecer popular. Aun con el apoyo local, Petiot decide mudarse a París.

Una vez en la capital, el doctor no tardó en montar una nueva consulta, en donde aseguraba emplear métodos revolucionarios para la época. Cientos de personas acudían a visitar al destacado médico y nuevamente los comentarios se empezaron a difundir. Al parecer, en la consulta del nuevo médico, se realizaban abortos a diestra y siniestra. También se daban grandes dosis de medicamento a pacientes adictos.

En 1936, un policía descubre a Petiot realizando un pequeño robo. Este, consternado, golpeó al oficial; pero se entregó de inmediato a la autoridad. Marcel reconoció su falta en el Departamento de Policía y la achacó a un trauma post guerra. Su esposa también intervino para que Petiot fuese internado en una clínica por sus problemas de cleptomanía. Durante su estancia en la clínica, los psiquiatras detectaron una personalidad desequilibrada en Petiot, aunque, según ellos, no necesariamente era un sujeto que representara algún peligro grave para la sociedad. Tras unos pocos meses, Petiot fue dado de alta. Volvió con su familia y se reintegró a sus labores como médico en la consulta, en donde continuó estafando y robando.

En 1939, la Segunda Guerra Mundial causó estragos en toda Europa. Polonia fue invadida por la Alemania Nazi y se sabía que un desastre de grandes magnitudes se desencadenaría en cualquier momento. Millones de personas estaban atentas a la situación, planeando qué hacer en caso de que su país se viese envuelto en una inevitable guerra. Cuando los Nazis invadieron Francia, en 1940, el caos y el desconcierto fueron absolutos. Miles de judíos deseaban escapar hacia otro continente, en vista de que Hitler deseaba borrarlos del mapa. Pero no solamente los judíos querían

escapar. Millones de personas querían salvar a sus familias de los terribles campos de concentración o ejecuciones públicas.

En 1941 se empezó a correr la voz de que el afamado Dr. Marcel Petiot tenía algunos contactos que facilitarían la salida de Europa, a varias personas a la vez. El destino sería Argentina, en América del Sur, uno de los pocos continentes que no se vio tan afectado por la cruenta guerra.

Obviamente el servicio era muy costoso: 25 mil francos por persona; pero aseguraba salvar- guardar la integridad de una familia completa si era necesario. Era solo un rumor que muy pocos decían haber escuchado; sin embargo, aquellas personas que se acercaban hasta la casona que había adquirido Marcel Petiot en el 21 de Rue Le Sueur, con sus maletas hechas y el dinero en la mano, desaparecían ese mismo día y sin dejar rastros. La reputación de Petiot volvió a crecer. Al parecer, se había transformado en la nueva esperanza de cientos de personas que querían escapar de Francia tras la ocupación Nazi. Después de todo, además de facilitar la huida de familias enteras hacia América del Sur, también solía falsificar certificados médicos a ciudadanos franceses que eran reclutados para realizar trabajos forzados y atendía a los enfermos. Mientras tanto, seguía ejerciendo como médico en su consulta, como si nada pasara.

En los bajos fondos, Marcel Petiot se hacía llamar Dr. Eugène. Con este pseudónimo, y la ayuda de tres cómplices, comenzó a buscar familias adineradas que desearan escapar de Europa. Una vez que concretaba el contacto, los cómplices guiaban a las víctimas hasta la casona de Petiot. Este cobraba los 25 mil francos por persona y los tranquilizaba, confesando que ya había hecho esto muchas veces. Los introducía hasta una habitación triangular, en donde advertía que debía vacunarlos a petición del Gobierno argentino, para evitar enfermedades contagiosas. Una vez que les inyectaba el brazo, se retiraba a una habitación contigua,

en la cual tenía una mirilla para observarlos. Luego de unos segundos, las víctimas comenzaban a mostrar los primeros efectos del cianuro que el doctor Petiot les había inyectado y morían en medio de terribles convulsiones. Además de los 25 mil francos, el sádico doctor Petiot se quedaba con todo el dinero y equipajes que sus incautas víctimas traían encima y se extasiaba viéndolos morir en aquella pequeña “habitación de la muerte”.

En un comienzo, los cuerpos fueron a dar al río Sena. Pero, posteriormente, Marcel Petiot decidió sumergir los cadáveres en un pozo de cal viva, para después descuartizarlos e incinerarlos en la chimenea de la casona. La habitación triangular con mirilla, el pozo y unas grandes murallas exteriores, para evitar las miradas curiosas, fueron parte de las especificaciones que el doctor solicitó a una empresa de construcción, cuando montó su consulta en el 21 de Rue Le Sueur.

Pero los rumores de que una presunta red de colaboradores franceses estaba ayudando a escapar a judíos, desde Europa a Argentina, llegó a oídos de la Gestapo. Aquello supuso una investigación en donde los tres cómplices de Petiot fueron detenidos y torturados para conocer la verdadera identidad del famoso Dr. Eugéne. Los hombres no tardaron en delatar a Marcel Petiot y fue detenido por ofrecer rutas de escape a personas perseguidas por el Gobierno alemán. Si bien fue interrogado, e incluso torturado, Petiot negó todo y fue puesto en libertad, junto a sus tres cómplices, en 1944.

El 11 de marzo de ese mismo año, la policía recibe el llamado de unos vecinos que alertaban sobre un principio de incendio en la propiedad del Dr. Petiot. Aseguraban que, desde la chimenea, se asomaban unas tremendas lenguas de fuego y humo negro que amenazaban con hacer arder el techo de la casa. Pocos minutos después, las autoridades se

presentaron en la consulta del doctor y, en vista de la gran cantidad de humo que salía desde la chimenea, decidieron entrar e inspeccionar el piso. Junto a la chimenea, en el subterráneo de la casona, se encontraban 27 cuerpos humanos descuartizados, listos para ser lanzados al fuego. Pocas horas más tarde, el doctor Marcel Petiot llegó despreocupadamente hasta la casona y se encontró con la policía. Le comentaron sobre las llamadas de los vecinos, el principio de incendio y, obviamente, exigieron una explicación acerca de los cadáveres descuartizados hallados en el subterráneo. Petiot asintió sin problemas y aseguró que se trataba de “sus cadáveres”. Según sus palabras, se trataba de un escondite de “La Resistencia” y aquellos cuerpos, pertenecían a los de militares de la Gestapo asesinados por rebeldes franceses. Él, simplemente, debía cumplir la misión de hacerlos desaparecer sin dejar rastros. Los policías y bomberos que acudieron tras la alerta de siniestro, no dudaron en felicitar a aquel hombre por su patriotismo. Incluso, Petiot les dijo que el total de alemanes eliminados era de 63. Después de unos minutos, y cuando los policías pretendían realizar otras preguntas al doctor Petiot, se percataron de que este se había dado a la fuga, montado en una bicicleta. Luego de un registro más acucioso, la policía y bomberos encontraron más de 150 kilos de tejido humano en la chimenea y otros varios cuerpos descompuestos en un pozo de cal viva. Al registrar algunos de los documentos de los cadáveres, descubrieron que ninguno de ellos era alemán. También se encontraron cientos de maletas con las pertenencias de todas aquellas personas que confiaron en que Petiot los sacaría de Europa; pero que terminaron siendo asesinadas, descuartizadas, sumergidas en las profundidades del Sena o convertidas en ceniza. Valiéndose de la amistad de algunos de sus pacientes más influyentes, el doctor Petiot consigue mantenerse en el anonimato durante un tiempo,

mientras era acusado de haber cometido varios asesinatos. Pero quien había emitido la orden de detención, era la Gestapo, y se insistía en que Petiot era un “lunático peligroso” y que debía ser detenido. El hecho de que el comunicado oficial proviniera de las autoridades alemanas, era poco creíble para la población francesa. Seguramente, se imaginaron que se trataba de una persecución política a un integrante de “La Resistencia” y no a un sádico asesino.

Durante casi nueve meses, Marcel Petiot procuró cambiar constantemente de apariencia dejándose crecer la barba, cambiando de peinado y de nombre con gran frecuencia. Pero cometería el error de mantener correspondencia con el periódico *Resistance*, bajo otro nombre, pero sin modificar su letra (lo que terminaría por delatarlo). En estas misivas, declaraba que la Gestapo había metido más de sesenta cadáveres en su casa con el fin de inculparlo por aquellas muertes. Fue detenido en la estación de ferrocarriles el 2 de noviembre de 1944, cuando se disponía a abandonar París, acusado de un total de 27 asesinatos. Llevaba consigo un arma, cerca de 50 documentos con identificaciones falsas y más de 30 mil francos.

El doctor Marcel Petiot estaba entre rejas y cientos de evidencias se apilaban en su contra para ser presentadas frente al tribunal. Al mismo tiempo, y con una gran sonrisa, Petiot les decía una y otra vez a sus celadores “No dejen de acudir a mi juicio, va a ser maravilloso y se va a reír todo el mundo”. Al parecer, Petiot tenía razón. Algunos de los asistentes asegurarían, más tarde, que aquel juicio fue un verdadero circo... y no precisamente porque el acusado no fuese culpable.

Petiot dormía plácidamente en el banquillo de los acusados, al igual que su abogado, lo que producía carcajadas en los asistentes. La solemnidad del proceso se había ido al carajo. Todos se partían de la risa cuando

intervenía Petiot. Posteriormente, se enfadó con su abogado, y lo acusó de defender a traidores y judíos. El letrado no se quedó atrás y prometió romperle la cara a puñetazos.

La cantidad de evidencia en contra el doctor Petiot, era abrumadora. Tras el estrado, se alzaba una verdadera montaña de maletas pertenecientes a las familias que acudían a la casona de Petiot, con la esperanza de huir de Europa. Se demostró que disfrutaba observando morir a sus víctimas tras inyectarles cianuro y que no perdonó ni a mujeres, ni a niños. Todos aquellos asesinatos, fueron cometidos por un hombre cruel, codicioso y sin escrúpulos. Un monstruo que logró engañar a cientos de personas a lo largo de su carrera criminal... y que, además, se hacía el gracioso.

En su defensa, Petiot insistió en que aquellos cuerpos, pertenecían a colaboradores Nazis y que él solo prestaba su ayuda a “La Resistencia”, lo cual fue inmediatamente desmentido. También aseguró que el total de cadáveres que había hecho desaparecer, ascendía a 63 y no a 27, como aseguraba la acusación. Parecía que quería dejar muy clara la cantidad de crímenes que había cometido; pero sin comprometerse demasiado. La prensa no tardó en apodarlo Dr. Muerte y Dr. Satán.

El proceso duró tres semanas y Marcel Petiot fue encontrado culpable de 24 asesinatos; aunque había sido procesado por 27. Esto fue suficiente para que lo condenaran a morir en la guillotina, sentencia que se llevó a cabo el 26 de mayo de 1946, a las 5 de la mañana. Cuando llegó el día de la ejecución, en la prisión de La Santé, Marcel Petiot apareció caminando tranquilamente, escoltado por los guardias y el verdugo. Colocó la cabeza bajo la hoja de la guillotina y, lejos de mostrarse nervioso o expresar arrepentimiento, se dirigió a los asistentes con una mirada fija y dijo: “Caballeros, les ruego que no miren. No va a ser bonito”.

EDWARD GEIN Ed Gein, El Carnicero de Plainfield, El Fantasma de Plainfield



Fuente: Allserailkillers.com

Edward Theodore Gein nació el 27 de agosto de 1906, en La Crosse, Wisconsin. Fue el segundo hijo de la pareja formada por George y Augusta Gein, quienes se casaron en 1899. Pero la relación estaba destinada, desde un principio, a ser un desastre. Mientras Augusta se dedicaba a trabajar arduamente en el negocio familiar (una frutería), George se la pasaba emborrachándose y acostándose con prostitutas, gastando el escaso dinero que ganaba en sus esporádicos empleos. Era un hombre sin educación y que no sentía el menor apego a su familia. Esto encolerizaba a su mujer, una descendiente de alemanes que había sido criada en un ambiente

estricto y sumamente religioso. Trataba de cuidar su matrimonio; aunque comenzó a sentir un profundo desprecio por su marido.

En 1902, había nacido Henry, el primer hijo de la pareja, pero esto no fue suficiente para afianzar la relación. Luego, en 1906, Augusta da a luz a Edward. La mujer se encontraba frustrada, pues deseaba tener una niña. Había desarrollado un incontenible odio hacia los hombres y serían precisamente sus hijos quienes pagarían las consecuencias. Era muy estricta con ellos, los reprendía y castigaba por cualquier cosa y jamás los trató con afecto ni amor. Buscaba controlar todos los aspectos de sus vidas y los obligaba a tener nociones religiosas exageradas y absurdas. Evitaba que tuvieran amistades a pesar de que solo compartían con otros chicos en la escuela. Incluso les prohibía hablar con ellos, por considerarlos malas influencias y una amenaza para el control que buscaba ejercer en su familia.

En 1913, los Gein se mudaron a Plainfield, a un rancho en las afueras de la ciudad. Parecía que la pareja trabajaría junta forjando un nuevo y mejor porvenir, pero aquello duró poco. Las constantes discusiones entre Augusta y George, pronto derivaron en golpes y violencia. Mientras George volvía a emborracharse una y otra vez, Augusta no dejaba de recriminar cada cosa que hacía o decía su marido, citando la Biblia en cada momento, pues consideraba que todo era un pecado. A esas alturas, la mujer odiaba profundamente a George y su único consuelo, era arrodillarse y rezar en voz alta después de cada golpiza, mientras sus hijos observaban el triste espectáculo.

George Gein falleció en 1940, postrado en una cama, lo que supuso una sensación de alivio para la familia... sobre todo para Augusta. Henry y Edward (que ya tenían más de treinta años) aún vivían en la casa de su madre, siguiendo sus estrictas reglas y trabajando en la granja. Desde

pequeños, les había enseñado que todos los hombres eran unos borrachos y mujeriegos como su padre, y que ellos no debían de ser así. También les tenía terminantemente prohibido mantener contacto con las mujeres del pueblo, pues según Augusta, eran todas unas prostitutas y representaban la tentación de Satanás.

Ed seguía a rajatabla cada una de las órdenes de su madre; sin embargo, desde pequeño, había sentido bastante afición por los cómics de terror y las novelas policíacas, los cuales leía a escondidas, pues su madre consideraba que leer ese tipo de cosas era pecado. Por otro lado, Henry siempre fue un poco más rebelde. A veces, cuestionaba las palabras de su madre, incluso cuando citaba la Biblia. Al parecer, esto enfurecía a Ed. En 1944, los hermanos Gein acudieron a apagar un incendio cerca de la granja donde vivían. En un confuso incidente, Henry murió asfixiado por el humo y Ed consiguió escapar de las llamas. Cuando llegó la policía, Ed los condujo hasta el lugar exacto del cadáver de su hermano quien, a pesar de mostrar un golpe en la cabeza, parecía haber muerto en el incendio. La policía no investigó el asunto y la muerte de Henry pasó como un accidente. Pocos días antes, Henry le había dicho a Ed que la influencia de su madre les estaba haciendo un perjuicio enorme. Nunca se supo si Henry falleció víctima del humo y el fuego o por un arrebato de ira de su hermano.

La sobreprotectora Augusta, seguía reprendiendo a Ed como si se tratara de un niño pequeño. A su vez, él seguía obedeciéndola devotamente. Sin embargo, la salud de la mujer se había deteriorado tras sufrir un ataque al corazón y falleció en 1945, bajo los cuidados de su hijo.

Edward Gein, quedó destrozado y completamente solo. Durante toda su vida, había obedecido ciegamente a su madre. No hacía nada que ella no le ordenara. Augusta era su mundo y ahora se había ido para siempre. Ed

tenía 39 años y jamás se había relacionado normalmente con nadie, ni mucho menos había mantenido relaciones sexuales. Sus vecinos lo veían como un sujeto extremadamente tímido, algo “lento” y callado, que solo se entusiasmaba si alguien hablaba acerca de los cruentos pormenores de la Segunda Guerra Mundial y los métodos de tortura que utilizaban los Nazis. Por aquel entonces, las aberrantes prácticas de la SS, se difundieron y publicaron en cientos de periódicos estadounidenses tras los Juicios de Núremberg, por lo que era un tema recurrente. Sin embargo, Gein estaba obsesionado con los detalles más morbosos.

Durante más de un año, Gein escuchó la voz de su madre por las noches. A veces, corría por el bosque en busca de Augusta, hasta que podía verla en las hojas de los árboles. Tiempo después, recibió una subvención del Gobierno a cambio de algunas tierras que había heredado de su familia, las cuales ya no trabajaba y se volvieron improductivas. Con este dinero, y otro poco que obtenía por medio de mandados y trabajos para algunos de sus vecinos, conseguía ganarse la vida. Todos lo consideraban un sujeto “extraño”, pero jamás lo vieron como un peligro. Era un hombre bajo, rubio, de mirada perdida y una apariencia sumamente inofensiva. Podía ser algo torpe, aunque la mayoría del tiempo era bastante servicial, respetuoso y sencillo. Pero lo cierto, era que el mundo de Gein se había transformado en una retorcida realidad que todos desconocían.

“La Taberna de Hogan” era el lugar predilecto de los hombres que buscaban embriagarse y pasar un buen rato por las noches en Plainfield. Uno de sus clientes habituales, y más silenciosos, era el tímido Gein. En aquel lugar, trabajaba Mary Hogan, una mujer que causaba gran impacto en los religiosos y sencillos pueblerinos de Plainfield. Hogan, era una mujer de edad mediana que se había divorciado dos veces. Las malas lenguas, decían que había estado estrechamente relacionada con la Mafia y

des- pertaba gran curiosidad, además de ser objeto del cuchicheo de las otras mujeres del pueblo. Ninguna quería ver a sus maridos entrar a aquel antro; pero poco y nada podían hacer.

El 8 de diciembre de 1954, un lugareño se acercó a la taberna cuando aún era temprano; pero no encontró a nadie. Al entrar, descubrió un charco de sangre en el piso y un cartucho de escopeta del calibre 32. Llamó inmediatamente a la policía, quienes encontraron rastros de sangre que se dirigían fuera del establecimiento. Todo indicaba que se había cometido un crimen y que alguien se había llevado el cuerpo. Cuando se confirmó la des- aparición de Mary Hogan, y se especuló sobre su posible asesinato, se produjo gran estupor en la comunidad. Algunos, creían que los rumores sobre su pasado, vinculado con la Mafia, eran finalmente ciertos. Podía tratarse de una venganza o ajuste de cuentas. Por su parte, la policía no pudo llegar a ninguna conclusión satisfactoria. Pasaron los meses y el misterioso caso se cerró sin la detención de ningún sospechoso.

Tras la extraña desaparición de Mary Hogan, el dueño de un aserradero de Plainfield, llamado Elmo Ueeck, recordó que uno de sus vecinos parecía estar enamorado de la enigmática mujer. Ed Gein solía visitar “La Taberna de Hogan” y beber algunos tragos cerca de un grupo de lugareños que lo conocían muy bien. Había trabajado para muchos de ellos y era el blanco de constantes bromas por su forma de mirar a la dueña del establecimiento. Parecía embobado ante la presencia de Mary. Por su parte, Ed no soportaba las bromas que incluyeran a las mujeres, por lo que procuraba mantenerse alejado de aquellos sujetos, en un rincón, bebiendo solo. Ueeck se encontró con Gein pocas semanas después y se puso a charlar con él sobre la misteriosa desaparición de Mary Hogan. Medio en serio y medio en broma, le dijo que si se había enamorado de aquella mujer, debería haberse decidido antes y haber hablado con ella. Ahora que

había desaparecido, era inútil. Pero Gein le respondió “No ha desaparecido. Ahora mismo está en mi granja”, y se largó a reír poniendo los ojos blancos. Aquella respuesta dejó perplejo a Ueeck... pero, después de todo, estaba hablando con Ed Gein. Un sujeto tan excéntrico, que podía decir cualquier estupidez. De hecho, esa era una típica “respuesta Gein”, así que no le prestó mayor atención al comentario.

El 16 de noviembre de 1957, el Departamento de Policía de Plainfield recibió un llamado que los alertaba de la desaparición de la dueña de una conocida ferretería del pueblo, llamada Bernice Worden. En el lugar, había una enorme charca de sangre que se escurría hasta las afueras de la tienda, en donde se podían ver claramente las huellas de una camioneta, al igual que en el caso de Mary Hogan. Pero esta vez, había varias pistas.

El llamado de auxilio había sido realizado por el hijo de Bernice, Frank Worden, quien además era ayudante del *Sheriff* del pueblo. Frank llegó a la ferretería por la tarde, pero el local se encontraba cerrado y con las luces encendidas, lo que había despertado sus sospechas. A esa hora, su madre recién comenzaba a cerrar el establecimiento y solía esperarlo para irse con él a casa. Frank tuvo que ir hasta su casa y coger una copia de las llaves del establecimiento para poder abrir. Cuando logró ingresar, descubrió una enorme mancha de sangre en el piso; pero no había rastros de su madre.

Cuando la policía y el *Sheriff* llegaron a la ferretería, Frank se encontraba sumamente alterado y pronunció, de inmediato, el nombre de su principal sospechoso: Ed Gein.

Bernice Worden, le había comentado a su hijo que Gein había estado rondando la ferretería durante varios días, poniéndola algo nerviosa. Realizaba compras pequeñas o a veces no compraba nada; pero siempre parecía tener una excusa para presentarse por allí y cruzar un par de

palabras. En una ocasión, había tenido el valor de invitarla a patinar, a lo que ella se negó amablemente. Después de aquel incidente, Bernice notó que Ed se estacionaba al otro lado de la calle y la observaba desde su vehículo durante horas. A pesar de aquel comportamiento extraño, ninguno de los dos lo tomó muy en serio.

Como si fuera poco, el nombre de Ed Gein figuraba en el libro de contabilidad de la tienda como el último cliente que había sido atendido por Bernice aquel día. Los policías no perdieron el tiempo y se dirigieron a la casa de Gein de inmediato. Ni en sus peores pesadillas podrían haber imaginado la espantosa sorpresa con la que se iban a encontrar.

Al llegar a la granja, Ed Gein los recibió cordialmente, hasta que comenzaron a hacerle preguntas sobre la desaparición de Bernice Worden. En ese momento, Gein dijo que no tenía nada que ver con su asesinato. El policía que lo interrogaba, quedó sorprendido. En ningún momento había insinuado que Bernice estuviera muerta. De hecho, nadie lo sabía. “Me lo han contado allí dentro” exclamó Gein, indicando su propia casa. En vista de que todo resultaba muy sospechoso, dos policías decidieron registrar el granero. Estaba muy oscuro y uno de los agentes declararía, más tarde, que sintió algo que le rozaba el hombro mientras inspeccionaban el lugar. Al voltearse, en la penumbra, descubrió el cuerpo de Bernice desnudo, decapitado y colgando pies arriba, con un tobillo atado a una polea y el otro atravesado por un gancho de carne. El torso estaba abierto en canal desde la vagina hasta el pecho y los órganos interiores habían sido extirpados cuidadosamente. Tras el horrible descubrimiento, ambos policías corrieron gritando hasta el frontis de la casa, donde se encontraba un tercer agente interrogando a Gein y lo detuvieron de inmediato. Ed no mostró ningún tipo de resistencia. Aun después de aquel escalofriante

hallazgo, poco podían imaginar el dantesco espectáculo que los esperaba dentro de aquella casa.

Primero, los agentes trataron de recuperarse del *shock* que les había producido semejante descubrimiento. Luego, solicitaron refuerzos, pues a simple vista, el interior de la granja de Gein parecía un verdadero chiquero y aun debían encontrar la cabeza de la víctima. Había cerros de basura desperdigados por todo el lugar. Algo que también había llamado la atención de los policías, fue una corona fúnebre que colgaba por el lado posterior de la casa, a modo de adorno. Aquello sería la antesala del verdadero horror.

En el interior de la casa de Gein, se encontraron nueve máscaras de rostros humanos que colgaban de las paredes, un collar de labios y dientes, un chaleco hecho con parte de un torso femenino, mesas, sillas y lámparas de piel y huesos humanos, un cubrecama de vaginas y senos, un corazón en una sartén, un rígido cinturón de pezones adornado con narices humanas, una cabeza, cuatro cráneos que decoraban la cabecera de la cama, parte de la piel de una mano que servía para guardar un cuchillo, cráneos partidos que hacían de cenicero o taza, cabezas zurcidas con hilo, entre muchas cosas más. La basura se acumulaba en todos los rincones, en donde también se hallaron cientos de revistas pornográficas, cómics de terror, costales de trigo y excrementos del mismo Gein. La habitación de su madre, Augusta, estaba tapizada con tablas. Cuando la policía consiguió entrar, descubrió que aquel era el único lugar de la casa que permanecía intacto.

Mientras cientos de curiosos se acercaban a la granja de Gein para ver qué estaba ocurriendo, la policía aún no daba crédito a semejante hallazgo. Tampoco se podía determinar la cantidad de cadáveres que había allí dentro. Pronto, la prensa se enteró de la noticia y se publicó en primera

plana, causando espanto y escepticismo a la vez. Aquello era descabellado... parecía sacado de una película de horror. Los espantosos detalles de los utensilios y adornos fabricados con partes humanas, estremecieron a toda la nación y los titulares llegaron a publicarse en casi todo el mundo.

Era repulsivo y enfermo. Pero el morbo podía mucho más. Todos querían saber quién era Ed Gein y cómo había sido capaz de semejantes actos... y también querían ver las fotografías de aquellas máscaras de piel humana, de las cuales tanto se había hablado. Poco interesaba quiénes habían sido las víctimas y por qué se les asesinó. Gein tenía poco que explicar. Si bien había admitido abiertamente haber asesinado a Bernice Worden de un escopetazo y luego haberla decapitado, para después colgar su cadáver en el granero, era un hombre que presentaba evidentes problemas mentales (seguramente esquizofrenia) y no entendía muchas de las preguntas que le hacía la policía. Sonreía constantemente, como por cortesía; pero no comprendía la magnitud de lo que había hecho. Los agentes decidieron pedir la ayuda de varios psiquiatras, quienes tuvieron la compleja misión de descifrar la atormentada mente de Gein. Tras varias sesiones, los especialistas lograron tener algunas nociones del estado mental del asesino y sus motivaciones, y advirtieron a la policía que el sujeto sería incapaz de afrontar un juicio pues, en pocas palabras, estaba completamente loco.

Ed Gein se había convertido en un sujeto reprimido y asexuado, además de desarrollar un fuerte complejo de Edipo. Esto, en gran parte, por culpa de su madre, la cual lo sobreprotegía de forma exagerada y malsana. Al mismo tiempo, y en medio de sus delirios y alucinaciones, se obsesionó con la idea de realizarse un cambio de sexo, pues había visto por televisión la primera operación de ese tipo que se había realizado con éxito, en el cuerpo de George Jorgensen, en 1952. Con la muerte de Augusta, Ed había

quedado solo y devastado, pero también libre para dar rienda suelta a sus fantasías, muchas de ellas relacionadas con el cambio de sexo y el travestismo, algo que siempre fue un tabú para él.

Gein había confesado a los psiquiatras, que había asesinado a Mary Hogan y a Bernice Worden, pues se había enamorado de ellas, principalmente, porque se parecían mucho a su difunta madre. Es muy probable que cometiera actos de necrofilia y canibalismo con sus cuerpos; pero Gein nunca fue precisamente claro en estos puntos. De hecho, muchos sabían que Ed no podía ver la sangre. Le producía náusea y mareos presenciar el sacrificio de animales como cerdos o cabras, algo muy común en las granjas del rural Plainfield.

A pesar de que Gein había reconocido dos asesinatos, la cantidad de partes humanas encontradas en su casa correspondían, a lo menos, a las de once personas. Sin embargo, estas provenían de profanaciones que cometió durante años en el cementerio de Plainfield. Acompañado por otro sujeto tan extraño como él mismo (un tal Gus) Gein se dedicó exhumar cadáveres humanos para llevarlos a su casa y convertirlos en ropa, pantallas de lámparas y otros macabros utensilios. En algunas ocasiones, solo se llevaba los trozos más interesantes de los cuerpos, como las vulvas femeninas.

Gein comenzó a fabricar máscaras y vestuario con las pieles de mujeres que desenterraba o asesinaba, para luego ponérselas y mirarse al espejo, extasiado. Salía durante la noche con aquellos disfraces de piel humana y cantaba bajo la luna, sin que nadie fuese testigo de aquel desquiciado ritual. Aquello, representaba su fantasía, la concreción de su transformación en una verdadera mujer; pero también una válvula de escape de su morbo y la fascinación por los cadáveres, a quienes veía como “proyectos” o “experimentos”. Insistió en que no cometió actos de

canibalismo ni necrofilia, ya que los cuerpos “olían muy mal”. Sin embargo, varias partes humanas fueron halladas en sartenes y calderos, lo que nos podría hacer suponer que ocultó su canibalismo, principalmente porque se sentía algo incómodo ante tanta pregunta. Gein, pensaba que el hecho de desenterrar y desmembrar cuerpos de humanos ya muertos, no tenía nada de malo. Es más, siempre estaba atento a los obituarios de los periódicos para saber a qué persona iba a exhumar por la noche. Buscaba cuerpos relativamente frescos y se los llevaba; aunque también dejó varias tumbas a medio cavar, para luego salir huyendo por miedo a ser descubierto.

Algunos de los especialistas que se entrevistaron con Ed Gein, aseguraron que se trataba de un hombre con retardo emocional y que, además, sufría de un caso de múltiple personalidad. Por un lado, era un temeroso niño de ocho años que extrañaba a su madre; y por el otro, su propia madre.

Curiosamente, Gein demostró ser alguien muy inteligente, incluso por sobre la media. Sin embargo sus múltiples problemas emocionales, su timidez y una crónica incapacidad para comunicarse de forma correcta, hacían que pareciera un sujeto más bien torpe.

Finalmente, Ed Gein fue acusado formalmente solo por el asesinato de Bernice Worden; pero no se efectuó ningún juicio, debido a la recomendación de los psiquiatras que lo consideraron legalmente incompetente; aunque sí se emitiría un veredicto. El 6 de enero de 1958, el juez Boden fue sumamente claro con respecto al caso de Gein: “No veo que mi opinión pueda ser otra más, que pensar que el acusado es un enfermo”. Fue condenado a pasar el resto de sus días en una unidad psiquiátrica, en donde resultó ser un paciente modelo.

Durante algún tiempo, se habló de otras cuatro misteriosas desapariciones que consternaron a Plainfield mientras el asesino estuvo suelto; sin

embargo, no existía ninguna prueba de que Gein fuese el responsable y su palabra era bastante poco confiable debido, principalmente, a su estado mental. Tampoco se llegó a una conclusión satisfactoria sobre su culpabilidad en el caso de su hermano Henry.

Una gran controversia se suscitó cuando Gein optó a libertad condicional, en 1974, luego de casi dos décadas en el manicomio. Al parecer, su salud mental había mejorado notablemente. Compareció en el juzgado, en donde fue acosado por la prensa. Parecía sereno y tranquilo, y aseguraba que deseaba salir en libertad para recorrer el mundo. Como era de esperarse, cientos de manifestantes se opusieron a que aquella idea fuese siquiera tomada en cuenta. Plainfield ya se había convertido en una verdadera pesadilla desde que Gein se había vuelto famoso y no querían que la ciudad siguiera teniendo aquella mala fama.

A pesar de que los resultados psiquiátricos mostraban una mejoría, nadie quería arriesgarse a dejar en libertad a Ed Gein. Se recomendó mantenerlo encerrado en la institución mental, pues nadie podía asegurar que no sufriría una recaída. Finalmente, falleció por una insuficiencia respiratoria el 26 de julio de 1984 y fue enterrado al lado de su madre, en el mismo cementerio donde exhumó varios cadáveres, décadas antes. Pero su historia estaba lejos de acabar.

En 1958, la granja de Gein había sido arrasada por un incendio, tras existir diversos rumores de que el lugar estaba destinado a convertirse en una atracción turista como “La casa de los horrores de Ed Gein”, algo que disgustó mucho a varios de los lugareños. Uno de los presentes durante aquel siniestro, era Frank Worden, el hijo de Bernice.

La camioneta Ford, en la cual Gein transportaba los cadáveres que exhumaba desde el cementerio de Plainfield, fue subastada y utilizada como atracción en varias ferias de Wisconsin, bajo un letrero que

anunciaba: “¡Aquí! ¡Vean el coche que transportó a los muertos de sus tumbas!”. También se subastaron las cenizas de la casa de Gein, clavos de la construcción y un caldero en donde fueron encontrados algunos huesos humanos durante las primeras pesquisas de la policía.

Todos los objetos que pertenecieron a Gein, se volvieron sumamente valiosos y cotizados por cientos de coleccionistas en el mundo. La fama del macabro asesino, despertó muchas críticas sociales, pues jamás se había visto algo semejante. Incluso se fundó un club de *fans* de Ed Gein, por muy absurdo que parezca.

Con los años, la historia del tímido granjero que decoró su casa con rostros y partes humanas, se transformó en una especie de leyenda urbana.

Algunos incautos, creían que los crímenes del Carnicero de Plainfield eran una farsa, pues corrían, de boca en boca, como si se tratase de un simple mito. Una vez más, la realidad superó a la ficción.

ALBERT DESALVO El Estrangulador de Boston



Fuente: Crimen Investigación

Entre 1962 y 1964, la policía de Boston, Estados Unidos, estaba de cabeza buscando alguna pista que les ayudara a identificar a un peligroso violador y asesino que estaba suelto en las calles. Varias mujeres habían sido brutalmente violadas, sodomizadas y estranguladas, desatando el pánico en la ciudad... sobre todo en las mujeres que vivían solas. Los medios de comunicación, advertían a las dueñas de casa que no abrieran la puerta, ni dejaran entrar a ningún desconocido a sus hogares, ya que el asesino no entraba a hurtadillas por una ventana mal cerrada, ni forzaba las chapas del inmueble. Según versiones de la policía, el sospechoso golpeaba la puerta, entraba en los hogares con algún pretexto y, solo entonces, atacaba a sus víctimas. Las autoridades consideraron que ninguna mujer, dentro del área de Boston, estaba segura con el asesino rondando por ahí. Lo peor de todo era que no tenían ninguna pista, pero si varias hipótesis. En un comienzo se pensó que se trataba de un solo asesino; pero cuando el estrangulador comenzó a matar de nuevo, luego de varios meses de

inactividad, el perfil de sus víctimas cambió radicalmente, confundiendo a la policía. Si en un principio el estrangulador atacaba a mujeres de entre 55 a 85 años, luego pasó a matar a chicas que no superaban los 30 años.

¿Se trataba, entonces, de un solo asesino? El perfil de estos nuevos asesinatos no coincidía con los anteriores, lo que podía suponer la aparición de un nuevo homicida. Sin embargo, en el imaginario colectivo, el asesino era uno solo: el Estrangulador de Boston.

¿Pero quién era el famoso Estrangulador de Boston? La prensa y la televisión ayudaron a cimentar el terror y el pánico que se expandió en cada uno de los hogares norteamericanos. La venta de perros guardianes y armas de fuego, se disparó en vista de que las autoridades no lograban atrapar al asesino. Las dueñas de casa juntaban latas vacías de comida y las situaban en los peldaños de las escaleras, por la noche, para producir un gran estruendo en caso de que el estrangulador entrara a hurtadillas en sus casas o apartamentos, en medio de la oscuridad. Cientos de ingeniosos dispositivos de alarma se dispusieron en casi todos los hogares, con el fin de salvaguardarse del terrible psicópata que los acechaba. Pero el estrangulador seguía matando... y sin necesidad de esquivar ninguna trampa. Por lo visto, las dueñas de casa seguían abriéndole la puerta al desconocido, de par en par.

Todo comenzó el 14 de junio de 1962, cuando la policía fue alertada de un asesinato cometido en el interior de un departamento ubicado en la zona de Rack Bay, Boston. Anna Slesers, de 55 años, fue encontrada estrangulada en el *hall* de su departamento, semidesnuda y con las piernas abiertas. La autopsia corroboró la violación y el estrangulamiento, mientras los investigadores sacaban conclusiones. Solo se había robado algo de efectivo, pero el reloj de oro de la señora Slesers permanecía sobre la cómoda. Algo que llamó la atención de la policía, era lo ordenado que

se encontraba todo. No parecía que hubiesen registrado a fondo el inmueble, y si lo hicieron, fue de manera tranquila y pulcra. La puerta no estaba forzada, por lo que se dedujo que la mujer había dejado entrar al asesino. Esto también fue considerado extraño. La mujer se encontraba solo con la bata puesta, pues se disponía a tomar un baño, estaba sin su dentadura postiza... era una mujer tímida y reservada. ¿Por qué dejó entrar a un hombre a su departamento? Solo cabía la posibilidad de que se tratase de alguien conocido. Fueron interrogados sesenta de sus cercanos; pero no se obtuvo nada.

Dos semanas después, el cuerpo de Nina Nichols (viuda de 68 años) fue encontrado en similares circunstancias. El asesino había entrado al hogar sin forzar ninguna cerradura, la violó y estranguló con dos medias de *nylon* anudadas. Registró el departamento, rompió fotos familiares y se largó, dejando de lado una cámara fotográfica valorada en unos 300 dólares. El móvil del robo fue descartado inmediatamente.

El lunes 2 de julio, la policía se reunió bajo las órdenes del inspector Edmund MacNamara, para evaluar ambos casos, los cuales presentaban demasiadas similitudes. Al mismo tiempo, se le informaba a la policía de un nuevo asesinato, esta vez al norte de Boston. La mujer se llamaba Helen Blake, de 65 años. Estrangulada con sus propias medias, y completamente desnuda, cumplía con el mismo patrón de los crímenes anteriores. Fue abusada sexualmente; pero no violada y ya llevaba un par de días muerta. Luego del examen forense, se descubrió que falleció el 30 de junio... el mismo día que fue asesinada Nina Nichols. Fue, en ese momento, cuando la policía comprendió que el asunto se empezaba a poner muy, muy feo. La impresión que produjo este tercer asesinato en todos los que comenzaban a investigar el caso, se puede resumir en un

comentario hecho por el mismo MacNamara ese día: “Dios mío, tenemos un loco suelto”.

Toda la policía estaba tras el estrangulador en un abrir y cerrar de ojos. Toda la atención de los medios se dirigía a los tres terribles asesinatos cometidos en Boston y que aún no tenían a un sospechoso. Se les recomendó a las mujeres permanecer alerta, no conversar con extraños y mantener la puerta cerrada. Diariamente se transmitieron, por radio y televisión, números telefónicos de emergencia que estaban abiertos las veinticuatro horas del día, para recabar información sobre el asesino. La policía interrogó a cientos de sospechosos que cumplían con el perfil dado por los psicólogos, que apuntaban a un sujeto sexualmente anormal, con delirio de persecución y resentimiento hacia su madre. El FBI ofreció sus servicios y toda la nación estaba al tanto de los detalles del caso. Aun así, una nueva víctima apareció estrangulada en su departamento el 21 de agosto.

Ida Irga, una anciana de 65 años de edad, fue descubierta en su departamento, estrangulada, violada y sodomizada. Esta vez, el asesino realizó un macabro montaje, dejando a la mujer sobre la cama y abriendo sus piernas con el respaldo de dos sillas. Torció la litera y dispuso el cadáver con el fin de que fuera lo primero que se viera al entrar al departamento.

Jane Sullivan fue la siguiente víctima. La mujer de 67 años, fue hallada en su departamento estrangulada y violada. Cuando se le realizó la autopsia, se descubrió que la fecha de su muerte coincidía con la de Ida Irga. Por lo visto, el estrangulador estaba más activo que nunca.

Pasaron un par de meses de desconcierto para los investigadores y la policía. Parecía ser que el estrangulador había frenado por algún motivo, su vorágine asesina. Pero el 5 de diciembre de 1962, Sophie Clark fue

asesinada de la misma forma que las víctimas anteriores y, sin embargo, había detalles que hicieron dudar a muchos especialistas de que se tratara del mismo hombre que buscaban. Clark tenía solo 20 años, lo que no calzaba con el perfil de las víctimas del estrangulador.

El 31 de diciembre, otra chica fue violada y asesinada. Patricia Bisette, de 23 años. Nada parecía explicar el cambio de comportamiento del asesino. Se comenzó a barajar la posibilidad de que se tratara de dos estranguladores que trabajaban en paralelo.

El 6 de mayo de 1963, Beverly Samans de 29 años, es asesinada por el escurridizo estrangulador. El 8 de septiembre, otra víctima se sumaba a la lista. Evelyn Corbin tenía 58 años... nuevamente el asesino atacaba a una mujer mayor. La policía aún no lograba tener una sola pista y el terror que despertaba el tema, entre la comunidad, era casi incontrolable. ¿Quién sería su próxima víctima? Al parecer ninguna mujer, joven o madura, estaba a salvo.

En 1963, mientras el caso del Estrangulador de Boston ocupaba las primeras planas de los periódicos, infestaba los noticieros de la televisión y se discutía abiertamente por las radios, otra terrible noticia conmocionaría al mundo entero y eclipsaría el actuar del escurridizo criminal. El 22 de noviembre de ese mismo año, es asesinado en Dallas, Texas, el presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy. Como si esto hubiese representado una afrenta a su cuestionable fama, el estrangulador volvió a actuar al día siguiente, mientras toda la nación estaba de luto. La policía estaba desesperada. El asesino parecía un fantasma que no dejaba huella alguna y que actuaba a gusto en Boston. De nada sirvieron las campañas de radio y televisión, que advertían a las dueñas de casa no abrir la puerta a extraños. Tampoco había ninguna mujer que hubiese sobrevivido al ataque del estrangulador.

Mary Sullivan figuró como la víctima número once, en 1964. Con solo 19 años, el cuerpo de Sullivan mostraba que el asesino había aumentado el sadismo de sus ataques. Literalmente destrozada por un palo de escoba que el estrangulador introdujo en su vagina, la chica había sido previamente estrangulada con una bufanda y se encontraba desnuda. En su pie izquierdo, entre los dedos, había una tarjeta que decía: “¡Feliz Año Nuevo!”. Este crimen, en particular, horrorizó a la opinión pública. Ya no se podía esperar más. Debían atrapar al asesino a como diera lugar. Los esfuerzos de la policía se vieron truncados, en parte, por problemas de comunicación y coordinación. Tres departamentos estaban actuando en el caso. Los tres daban información sobre los asesinatos, pero ocultaban algunos detalles para evitar el actuar de un posible imitador. Cada estrangulamiento que se cometía en Boston y sus alrededores, se le atribuía al Estrangulador de Boston y a nadie más. Finalmente se ingresaron todos los informes de la policía y se procesaron en una computadora. Más 37.000 páginas configuraban el terrible rompecabezas que debían resolver.

La recompensa por atrapar al asesino, ascendía a 10.000 dólares. Jamás un criminal de estas características había despertado tanto interés por los medios de comunicación en Norteamérica. Cientos de llamadas llegaban diariamente a la central de policía, pero concernían más a sospechas gatilladas por la paranoia imperante, que a un dato fidedigno. La situación era tan desesperada, que la policía incluso accedió a recibir la ayuda de un vidente. Este, llegó a convencerlos con sus increíbles habilidades y los guió hasta un posible sospechoso, el cual terminó siendo liberado por falta de pruebas.

El 4 de marzo de 1965, la policía recibió el llamado de un abogado que decía tener información sobre el escurridizo estrangulador. El detective

Donovan, encargado del caso, se reunió con F. Lee Bailey, el autor de la llamada. Bailey le contó a Donovan sobre un tal George Nassar, un peligroso recluso internado en el Hospital Estatal de Bridgewater por un crimen particularmente violento. Nassar (un evidente psicópata) tenía la sospecha de que uno de los sujetos con los que compartía en dicho hospital, era El Estrangulador de Boston. Su nombre era Albert DeSalvo. DeSalvo había sido detenido a principios de 1964, acusado de agresión sexual. De hecho, Albert tenía un largo historial de violaciones y era conocido por la policía como el Hombre de Verde, pues siempre vestía de ese color. Simulando ser un productor en busca de modelos, golpeaba la puerta de mujeres solitarias y con buenos modales e impecable presencia, las convencía para entrar en sus departamentos y tomarles las medidas con una huincha. Según él, si poseían las medidas que él buscaba, podrían convertirse en modelos de la noche a la mañana. Cuando las mujeres se daban cuenta de que el sujeto solo lo hacía para tocarlas, le gritaban y lo echaban a la calle... o bien accedían a tener sexo consensuado con él. La mayoría de las veces, usaba la fuerza y las violaba, para luego huir despavorido. En algunas ocasiones, tras abusar sexualmente de ellas, pedía disculpas descaradamente. Por sorprendente que parezca, muchas mujeres lo perdonaron y DeSalvo pudo marcharse sin problemas.

Albert DeSalvo era un sujeto de apariencia agradable y ciertamente atractivo, aunque no muy alto (1,72 mts.). De buenos modales, educado y bien vestido, parecía tener un encanto especial con las mujeres; aunque tampoco era alguien que llamara mucho la atención.

Seguramente motivado por la recompensa, Nassar se comunicó con el abogado Bailey y le planteó su sospecha. Al parecer, DeSalvo le había hecho un par de comentarios sobre qué pasaría si a una persona la culpan y castigan por un crimen, cuando en realidad ha cometido muchos otros y

más terribles. Nassar era un sujeto muy inteligente y suspicaz; pero su sospecha parecía muy antojadiza. Hay detalles que nunca se revelaron con respecto a este dato surgido de la nada... pero pocos meses después, el abogado Lee Bailey (con mucho escepticismo) se encontraba cara a cara con DeSalvo. En contra de todo pronóstico, DeSalvo confesó, inmediatamente, ser el Estrangulador de Boston y haber cometido no once; sino trece asesinatos. La grabación llegó a manos del detective Donovan quien, impactado, corroboró que los detalles de los asesinatos que estaba dando DeSalvo en la entrevista, correspondían a todos los que conocía la policía. El sospechoso no recordaba nombres, pero realizó esquemas de los departamentos, describió cada escena del crimen de forma exacta y habló sobre las particularidades de su “nudo estrangulador”. Más allá de un par de pequeñas inconsistencias, todo calzaba perfecto.

A pesar de que esta confesión informal demostraba que Albert DeSalvo era el Estrangulador de Boston, no había ninguna prueba que corroborara su declaración. Se llegó a un curioso acuerdo con DeSalvo que, en el fondo, le aseguraba inmunidad frente a la pena de muerte. En pocas palabras, el destino de DeSalvo sería un hospital psiquiátrico si era considerado mentalmente incapaz de ser juzgado por sus actos. Pero si los psicólogos y psiquiatras coincidían en que estaba mentalmente capacitado para ser encarcelado o ejecutado, su confesión sería anulada. La policía y la fiscalía querían a un culpable, y DeSalvo (en vista de que todo se le estaba dando tan fácil) estaba ansioso por confesar y aparecer en los periódicos y la televisión. Pronto, se haría famoso.

Albert DeSalvo nació el 3 de septiembre de 1931 en Boston, Massachusetts. Su padre, Frank, era un sujeto alcohólico y sumamente violento. Golpeaba salvajemente a su esposa, además de abusar sexualmente de ella. En una ocasión, le botó varios dientes de un puñetazo

y luego le quebró los dedos de la mano a pisotones. También violaba a sus propias hijas, delante del pequeño Albert, que se quedaba paralizado por el terror que le tenía.

Aprendió a robar desde muy pequeño, lo que lo llevó a pasar unas cuantas temporadas en el reformatorio. A pesar de vivir un tiempo en la calle, DeSalvo asistió al colegio, en donde se le recordaba como un muchacho normal, agradable y servicial. Después se integraría al ejército (1948), en donde tuvo un buen comportamiento en general. También demostró habilidades para el boxeo, siendo campeón de peso medio en el ejército Europeo.

Estando en Alemania, conoció a una bella chica y se casó con ella. Volvieron a Estados Unidos en 1954 y, un año más tarde, se convirtió en padre. Debido al compromiso de la paternidad (la hija que había tenido, nació con una deformidad en la cadera) y las solicitudes de su mujer, DeSalvo dejó el ejército en 1956 con los honores correspondientes. Poco después volvería a ser padre.

DeSalvo no quería ser como su progenitor. Bebía poco, se mostraba cariñoso y servicial con su mujer, y era muy atento con sus hijas. Sin embargo, el apetito sexual de DeSalvo rayaba en lo anormal. Exigía sexo varias veces al día, lo que terminó quebrantando la relación.

Probablemente esta lascivia, impulsó a DeSalvo a intentar audaces ataques a mujeres desconocidas. No podía controlarse. Algunas veces solo espiaba, pero luego de ver un programa, en donde un conocido animador de TV tomaba las medidas de las chicas que querían participar en los estelares, se le ocurrió la idea de ir casa por casa, con una huincha, para tomar las medidas de mujeres incautas, básicamente con el fin de tocarlas y, en algunos casos, violarlas. En 1961, fue acusado de conducta lujuriosa y

allanamiento de morada. Fue condenado a once meses de prisión. Una vez que salió en libertad, comenzó a asesinar.

El Estrangulador de Boston se había convertido en el peor asesino en serie de la historia de Norteamérica. El impacto que causaron sus monstruosos crímenes, llegaron a compararse con los asesinatos cometidos por el mismísimo Jack el Destripador. Sumado a esto, el hecho de que un sujeto confesara los crímenes, atrajo de inmediato a todos los medios de comunicación y el rostro de Albert DeSalvo salió en primera plana. Sus gestos sencillos y su voz infantil, distaban mucho de la imagen de monstruo que la ciudadanía tenía en la cabeza cuando se hablaba del estrangulador; pero ahí estaba, describiendo cada detalle de los asesinatos, casi sin inmutarse.

En sus confesiones, DeSalvo demostró que no tenía un patrón definido. Salía de casa con cualquier excusa, cogía su automóvil y manejaba unos cuantos kilómetros antes de ingresar a un edificio escogido al azar. Posteriormente, buscaba en los registros de arrendatarios a alguna mujer que viviera sola y procedía a golpear su puerta. Luego, por medio de engaños, entraba a sus departamentos, valiéndose de su inofensiva apariencia y educados modales, para estrangularlas, violarlas y sodomizarlas.

El problema al que se enfrentó la fiscalía y la defensa, en el caso del Estrangulador de Boston, es que existía una serie de acuerdos que impedían que DeSalvo fuese juzgado. Por un lado, el abogado de DeSalvo, Lee Bailey, no quería que saliera en libertad; pero tampoco lo quería en la silla eléctrica. El plan consistía en que DeSalvo debía ser encontrado culpable; pero incompetente por enajenación mental y terminar sus días en una institución mental. Sin embargo, la acusación no estaba dispuesta a acoger dicha demanda. Como no existían pruebas incriminatorias de la

relación de DeSalvo con los asesinatos, el juicio carecía de evidencias físicas. Las confesiones, por muy detalladas que fueran, provenían de un sujeto (en teoría) inestable mentalmente, por lo que no serían tomadas en cuenta.

Gran parte de la motivación de las confesiones de Albert DeSalvo, parecían apuntar a una enorme necesidad de entenderse a sí mismo. Reconoció que no sabía por qué mataba. Claro que estaba obsesionado con las mujeres, no importaba su edad ni color; pero si no se culpaba a sí mismo, culpaba a su madre o a su esposa, por hacerlo sentir alguien inferior. Ese sentimiento de inferioridad, serían una constante en sus posteriores declaraciones. Quería demostrar que era alguien... que podía subir de estatus. Se casó con una mujer europea de clase media, timó a mujeres universitarias al simular tomar sus medidas con la huincha. Creía que era más listo que ellas; pero, en el fondo, seguía sintiéndose inferior. El juicio contra DeSalvo se realizó por los crímenes de el Hombre Verde, y no por los del estrangulador, hecho que confundió y enardeció a toda la nación. A diferencia del caso del Estrangulador de Boston, los asaltos cometidos por el Hombre Verde sí tenían víctimas supervivientes que podían incriminarlo y condenarlo. Por otro lado, aún no había evidencia alguna de su participación en los estrangulamientos. Nadie quería a DeSalvo en libertad, y se le condenó a cadena perpetua una vez que saliera del Hospital Estatal de Bridgewater.

A pesar de que la decisión parecía la correcta, no lo era para DeSalvo ni su abogado. Si bien su nombre era Hospital Estatal de Bridgewater, el establecimiento era mucho más parecido a una cárcel común y corriente... y lo insólito ocurrió: Albert DeSalvo escapó.

Treinta y ocho horas más tarde, el fugitivo llamó por teléfono a la policía y se entregó. Resultaba evidente que este temerario acto, fue más un grito

de auxilio por parte de DeSalvo. Quería ayuda... quería estar internado en un psiquiátrico de verdad y no en una cárcel.

Debido a la gran impresión que dejó la fuga del principal sospechoso de los crímenes del Estrangulador de Boston, las autoridades trasladaron a DeSalvo a la prisión de máxima seguridad de Walpole. No podían volver a correr el riesgo de que escapara nuevamente.

La salud mental de DeSalvo empeoró con los años, al igual que su apariencia. Había envejecido notablemente y sus ojos estaban algo desorbitados. Durante su estancia, se dedicó a fabricar aros y collares de mujer. Cedió un par de entrevistas y se le veía demasiado acelerado. Fue hallado muerto en su celda el 25 de noviembre de 1973. Había sido apuñalado en el corazón seis veces. Nunca se supo quién lo mató. Ningún recluso abrió la boca.

Con la muerte de Albert DeSalvo, el misterio con respecto a su relación con los asesinatos de Boston, se incrementó. Si bien sus confesiones eran sumamente certeras, no había nada que lo vinculara físicamente con los infames crímenes. Entonces, los dedos acusadores comenzaron a apuntar a George Nassar (su antiguo compañero de celda) como el verdadero estrangulador. Nassar parecía disfrutar de la atención y las sospechas que se cernían sobre él. Jugó a ser un hombre misterioso y se mostraba dispuesto a cualquier entrevista sobre el tema; pero siempre culpó a DeSalvo de los asesinatos.

Hasta ese entonces, los asesinos en serie eran sumamente escasos en los Estados Unidos. Se podría decir que el caso del Estrangulador de Boston dio inicio a una verdadera oleada de *Serial Killers* americanos entre 1970 y 1990, cada uno más espantoso que el anterior.

Las últimas investigaciones sobre el caso, han demostrado (por medio de muestras de ADN halladas en las escenas de los crímenes) que Albert

DeSalvo era, en efecto, el Estrangulador de Boston. Con esta prueba, se cierra uno de los casos más costosos de la crónica negra norteamericana y la caza de un depredador sexual que jamás fue juzgado por los asesinatos que, irónicamente, lo convirtieron en uno de los más famosos e icónicos *Serial Killers* de la historia moderna.

EL ZODÍACO



Fuente: Urbanghostsmedia agencia

Entre 1968 y 1969, Estados Unidos pasaba por un período sumamente complejo y convulsionado. En el contexto, podemos apreciar los asesinatos del líder de los derechos humanos Martin Luther King y el candidato presidencial Robert F. Kennedy, enfrentamientos raciales en toda la nación y multitudinarias manifestaciones en contra de la Guerra de Vietnam, entre otros hitos. Y es, justamente en este lapso, cuando el Asesino del Zodíaco hizo su aparición, bajando aún más la moral de la

ciudadanía que ya venía de sufrir con la pesadilla del Estrangulador de Boston, pocos años antes, en otra de sus latitudes.

Las primeras víctimas del Zodíaco, en teoría, serían Betty Lou Jensen de 16 años y David Faraday de 17. Ambos jóvenes fueron sorprendidos por el asesino mientras se encontraban dentro de un automóvil la noche del 20 de diciembre de 1968, en un camino apartado de la carretera Herman Road, Vallejo, California. Según las investigaciones, cerca de las 23:05 hrs. un automóvil se detuvo cerca de la pareja, sin que estos notaran su presencia. Los jóvenes, que disfrutaban de una velada romántica, de pronto descubrieron que un sujeto los observaba de pie, frente a su vehículo, lo que los alertó de inmediato. Es muy posible que el acechador vistiera la célebre capucha negra o anorak que lo ha inmortalizado en cientos de representaciones, la cual le sirvió para ocultar su identidad durante la mayoría de sus ataques, además de unas inquietantes gafas oscuras. El hombre comenzó a rodear el vehículo en donde se encontraban los asustados muchachos, para luego ejecutar dos disparos: uno en la ventana trasera derecha y otro en una de las ruedas. Al mismo tiempo, Betty abrió la puerta del copiloto y salió corriendo, presa del pánico. Rápidamente, el sospechoso se acercó a David Faraday, quien se disponía a salir del vehículo, y lo ejecutó de un tiro en la cabeza, por sobre la oreja izquierda. Inmediatamente después, echó a correr detrás de Betty Lou Jensen y efectuó cinco disparos que dieron de lleno en el cuerpo de la chica, quien alcanzó a alejarse poco más de ocho metros del coche de su novio. Finalmente, el asesino huyó del lugar. Betty murió casi de forma instantánea, mientras David agonizaba en el piso. La escena fue descubierta casualmente por una mujer que pasaba por el lugar a cargar el estanque de combustible de su vehículo. Se dirigió a pedir ayuda a una gasolinera, cuando se topó de frente con dos patrullas. Los agentes de

policía, alertados por la mujer, llegaron al lugar pocos minutos después del tiroteo. Mientras pedían asistencia médica para el chico, que seguía vivo (pero con la cabeza destrozada) solicitaron refuerzos pues, probablemente, el asesino aún merodeaba por la zona. David fue trasladado rápidamente en una ambulancia al Hospital General de Vallejo, pero falleció en el trayecto.

Después de este inusual crimen, las investigaciones continuaron. Los agentes solían visitar aquellos parajes pues, según sus propias experiencias, solían toparse con jóvenes manteniendo relaciones sexuales, emborrachándose o drogándose, exponiéndose a los diversos peligros que lugares oscuros y solitarios pueden ofrecer a los más incautos. Se descartó que el móvil fuese el robo o el intento de cometer algún tipo de abuso sexual, por lo que se barajó la posibilidad de que se tratara de un ajuste de cuentas. Por más que se interrogó a los familiares y amigos de las víctimas, no se consiguió absolutamente nada. Ni siquiera el hecho de que la noticia se difundió por varios medios de comunicación, ayudó a obtener alguna pista para resolver aquel crimen. Varios testigos aseguraron haber visto el Rambler que conducía David junto a su novia aquel 20 de diciembre, cerca de la carretera y el lugar del suceso. Un par de personas aseguraron haber visto otro vehículo cerca de la escena del crimen; pero nada concluyente. Pasarían varios meses antes de que el psicópata volviera a actuar.

Darlene Ferrin, de 22 años, y su amante de 19, Michael Mageau, habían acordado verse la noche del 4 de julio de 1969. La joven había salido, supuestamente, a comprar fuegos artificiales que su marido le había pedido, por lo que llamó a casa y le pidió a la niñera que se quedara un rato más en su hogar, pues tenían una hija pequeña. Lo cierto es que Darlene se reunió con Michael, y ambos se dirigieron a un lugar solitario

cerca del campo de golf de Blue Rocks Springs. Aquel lugar era un escenario idílico para las parejas que buscaban algo de privacidad en medio de la noche, alejados de la luminosa y bulliciosa ciudad. No era extraño ver aparcados varios vehículos, distribuidos por la zona, con apasionados jóvenes en su interior; pero era 4 de julio, día de la Independencia de los Estados Unidos, por lo que muchas familias se encontraban cenando en casa a esas horas de la noche. Mientras Darlene y Michael se dirigían al descampado, cerca de las 12 de la noche, un automovilista comenzó a perseguirlos. Aquello los asustó bastante, pues el sujeto parecía insistir en sacarlos de la carretera. Darlene, que era quien conducía, finalmente llegó al lugar cercano al campo de golf; pero se estrelló contra un tronco de árbol, debido al hostigamiento del misterioso conductor. La pareja quedó paralizada de miedo cuando el sujeto detuvo su automóvil a escasos dos metros de ellos, mientras los miraba por la ventana. De un momento a otro, aceleró su vehículo y se retiró del lugar sin dar mayores explicaciones. Los chicos se sintieron aliviados; pero el coche se había dañado y se negaba a encender. Cinco minutos más tarde, el merodeador volvió a aparecer entre la penumbra, nuevamente en su automóvil, y esta vez cerrándoles el paso en caso de que quisieran escapar. Comenzó a alumbrarlos con una linterna lo que, de alguna forma, tranquilizó a los jóvenes que pensaron que se trataba de un policía. Pero, de pronto, el extraño comenzó a disparar, hiriendo gravemente a la pareja. Cuando el atacante se daba a la fuga, un grito de dolor emitido por Michael lo alertó. Volvió a la carga, disparándoles nuevamente. Esta vez, Darlene no sobrevivió y fue alcanzada por dos balas mortales. Michael, sin embargo, quedó agonizante y aunque logró salir del vehículo, se desmayó de inmediato. Pocos minutos después, tres jóvenes que pasaban por el lugar, vieron el auto de Darlene Ferrin estrellado contra el tronco y a

Michael Mageau tendido en el piso, desangrándose por los disparos. Uno de ellos le había atravesado el rostro y la lengua; pero no había llegado al cerebro. Los chicos llamaron de inmediato a la policía, quienes constataron la muerte de Darlene, mientras Michael era enviado al hospital con graves heridas que amenazaban con su vida.

Al parecer, el misterioso asesino decidió que este sería el comienzo de su reinado de terror, pues poco después del ataque, a las 00:40 am de aquella misma noche, realizaría una llamada telefónica a la Comisaría de Vallejo: “Quiero informar de un doble asesinato. Si recorren un kilómetro y medio en dirección este por la avenida Parkway hasta el parque público, encontrarán a dos jóvenes en un coche marrón... Han sido abatidos con una Luger de 9 milímetros. También maté yo a los chicos del año pasado. Adiós”.

La telefonista que recibió el llamado, no dudó en dar aviso a sus superiores. Los agentes de policía comprendieron que el asesino de Betty Lou Jensen y David Faraday, debía de ser el mismo que había acribillado a Darlene Ferrin y Michael Mageau. Ambos ataques eran muy similares y la misteriosa llamada telefónica solo sirvió para confirmar, prácticamente de inmediato, sus sospechas.

Cuando los agentes de policía corroboraron la dirección de las víctimas, tuvieron que acudir a dar la mala noticia a los familiares, además de interrogarlos con el fin de conseguir algún dato que los llevara a encontrar a algún sospechoso. Dean, el esposo de Darlene, aseguró haber recibido varias llamadas telefónicas, aquella misma noche, de un sujeto que jadeaba; pero pensó que se trataba de un bromista. Su mujer no estaba en casa y se había llevado el coche. El venía llegando de una fiesta, algo ebrio, y no estaba en condiciones de salir a buscarla por las calles. La

madre de Darlene recibió las mismas llamadas telefónicas en donde un sujeto se dedicaba a resoplar al otro lado de la línea.

No había más pistas y la policía solo esperaba que Michael lograra recuperarse de las heridas que aún lo mantenían entre la vida y la muerte, con la esperanza de que recordara algo de lo ocurrido. Por suerte, el muchacho logró sobrevivir. De esta forma, se pudieron aportar los primeros datos relativos al asesino de parejas que comenzaba a inquietar a California.

Michael Mageau recobró la consciencia y dio una descripción del sujeto que los atacó la madrugada del 5 de julio. Se trataba de un hombre blanco, de entre 26 y 30 años, era algo corpulento, usaba gafas y cabello corto estilo militar, algo ondulado y de color castaño. No era mucho. Siendo realistas, millones de sujetos encajaban en la vaga descripción. La policía estaba un poco ansiosa, debido a que no había ninguna pista que realmente les resultara útil. Los ataques del misterioso psicópata parecían haber sido relativamente bien planeados, aprovechándose de la oscuridad de la noche y la soledad de los parajes que frecuentaban los jóvenes amantes. Aunque Michael había sobrevivido, no se pudieron obtener más detalles. Todo cambiaría cuando el 1 de agosto, a poco más de un mes del segundo ataque, el asesino envió tres cartas iguales a tres de los periódicos más populares de California: *The San Francisco Examiner*, *San Francisco Chronicle* y *Vallejo Times-Herald*. En ellas, volvía a adjudicarse ambos ataques; pero también incluía una sección escrita de forma críptica, en una especie de lenguaje cifrado, terminando el mensaje con una cruz sobre un círculo, la cual pasaría a ser la firma inconfundible del Zodiaco.

Mientras la policía acudía al llamado de los diarios que recibieron dichos mensajes, el ambiente se volvió muy tenso. El asesino era sumamente claro en establecer sus exigencias. Si la carta no era publicada al día

siguiente, doce personas escogidas al azar serían asesinadas ese mismo fin de semana. Esa era la amenaza que los puso entre la espada y la pared. Si se trataba de una farsa inventada por algún ocioso, y la misiva se llegaba a publicar en los periódicos, podría generar una falsa alarma en la ciudadanía y ser acusados de amarillistas o perder su credibilidad. Pero si era cierto, y un asesino peligroso buscaba vitrina para mostrarse al mundo, podía tratarse de uno de los más impactantes sucesos mediáticos de la historia. Por lo demás, las amenazas iban acompañadas de una serie de datos muy específicos con respecto a los asesinatos de Betty Lou Jensen, David Faraday y Michael Mageau... detalles que solo el asesino podía conocer. Esto fue suficiente para que la policía tomara la difícil decisión de dar luz verde a la publicación de la carta (aunque no en su totalidad) y su críptico mensaje cifrado, el cual no pudo ser interpretado, pues era una extraña combinación de símbolos griegos, meteorológicos, clave Morse, signos astrológicos, señales marítimas y letras del alfabeto ordinario. Mientras la CIA, el FBI y la Inteligencia Naval trataban de descifrar aquel extraño mensaje, los diarios publicaron el comunicado del asesino en primera plana, causando un verdadero impacto mediático. En el comunicado, se exponía el mensaje en clave que, según el mismo asesino, revelaba su identidad. El reto era descifrarlo.

La policía de Vallejo trató de provocar al autor de los mensajes, solicitando que se comunicara nuevamente con ellos por el mismo medio, con el fin de confirmar su autoría en ambos ataques o entregar más detalles... y este respondió de inmediato. Tres días después de la primera carta, el asesino hacía su presentación formal por medio de la redacción del *San Francisco Examiner*, refiriéndose a sí mismo (y por primera vez) como *Zodiac* (el Zodíaco). De esta forma, comenzaría una tormentosa relación entre la policía, la prensa y el asesino serial... un hecho que solo

se había visto en el caso de Jack el Destripador. He aquí parte de la segunda carta:

“Estimado director, Zodíaco al habla. Respondiendo a su petición de más detalles sobre lo bien que me lo he pasado en Vallejo, estaré encantado de darle más material. Por cierto, ¿se está divirtiendo la Policía con el mensaje cifrado? Si no, dígales que se animen; cuando lo descifren, me tendrán. Con respecto al 4 de julio: No abrí la puerta del coche, la ventanilla ya estaba bajada. El chico al principio estaba en el asiento delantero cuando empecé a disparar. Cuando le disparé por primera vez a la cabeza, se echó hacia atrás al mismo tiempo y así me estropeó el tiro. Terminó en el asiento de atrás, luego en el suelo agitando muy violentamente las piernas; por eso le disparé en la rodilla. No me marché del escenario del crimen derrapando a toda velocidad como han dicho los periódicos de Vallejo. Me fui lentamente para que mi coche no llamara la atención. El hombre que le dijo a la Policía que mi coche era marrón, era un negro de unos 40-45 años vestido de manera andrajosa. Yo estaba en una cabina telefónica divirtiéndome con el poli de Vallejo mientras él pasaba. Cuando colgué el teléfono, el puto aparato se puso a sonar y eso hizo que él se fijara en mí y en mi coche. Las Navidades pasadas: En ese episodio la Policía se preguntaba cómo podía acertar a mis víctimas disparando en la oscuridad. No lo dijeron abiertamente, pero lo dieron a entender diciendo que había mucha luz esa noche y que yo podía ver siluetas en el horizonte. Una idiotez, esa zona está rodeada de colinas y árboles altos. Lo que hice fue pegar una linternita fina al cañón de mi pistola. Si se fijan, en el centro del rayo de luz, si lo dirigen a una pared o un techo, verán un punto oscuro o negro en el centro del círculo de luz a unos siete o quince centímetros de distancia. Cuando está pegado al cañón

de una pistola, la bala da directamente en el centro del punto negro de la luz. Yo solo tuve que acribillar a balazos... No hacía falta destreza”. Aquel domingo por la mañana, Donald Gene Harden, un profesor de Historia y Economía de 41 años, tomó el periódico y se interesó de inmediato en el caso del asesino serial que tomó por sorpresa a toda la nación con su críptico mensaje en clave. Y daba la casualidad de que Donald era un especialista en este tipo de desafíos y gustaba de descifrar mensajes secretos desde muy pequeño. Sin más preámbulos y tras 20 horas de trabajo junto a su esposa, Betty June, lograron decodificar más del 90% del escrito. Se comunicaron de inmediato con el San Francisco Chronicle y facilitaron la transcripción del mensaje; pero tuvieron que esperar a que la Inteligencia Naval revisara la solución a la incógnita del mensaje cifrado, junto a otras cientos de propuestas enviadas por otras personas. Finalmente, la de Donald y Betty June Harden, fue aceptada como la transcripción correcta:

“Me gusta matar gente porque es mucho más divertido que matar animales salvajes en el bosque, porque el hombre es el animal más peligroso de todos. Matar algo es la experiencia más excitante. Es aún mejor que acostarse con una chica. Y la mejor parte es que cuando me muera voy a renacer en el paraíso y todos los que he matado serán mis súbditos. No daré mi nombre porque ustedes tratarán de retrasar o detener mi recolección de súbditos para mi vida en el más allá...”.

La última parte del criptograma jamás pudo ser descifrada. Aunque existen varias teorías con respecto a su significado, ninguna ha sido aceptada como válida. Esta rezaba: “EBEORIETEMETHHPITI”

Había quedado en evidencia que el Departamento de Policía de Vallejo se había visto sobrepasado por el caso. Se encontraban frente a un astuto e inteligente psicópata, que estaba disfrutando de jugar al gato y el ratón con

la policía y que, además, tenía aterrada a toda California con sus constantes amenazas a través de la tribuna que le otorgaba la prensa. A pesar de que el Zodíaco parecía ser alguien bastante inteligente y culto, sus cartas presentaban algunas faltas de ortografía casi ridículas. Los especialistas advirtieron que estas podían ser intencionales y representar también mensajes en códigos. Los agentes del FBI y la policía, estaban seguros de que el asesino, estimulado por la atención mediática y para demostrar que no estaba bromeando, atacaría de nuevo... y así fue. El sábado 27 de septiembre de 1969, El Asesino del Zodíaco decidió cometer el tercero y más salvaje de sus ataques. Esta vez, las víctimas serían Cecelia Ann Shepard de 22 años y Bryan Calvin Hartwell de 20. Ambos jóvenes se encontraban de picnic a las orillas del Lago Berryessa. Aún era de día y jamás pensaron que podrían ser víctimas del famoso asesino que tenía en vilo a la ciudad. Pero lo cierto es que Cecelia observó que un extraño sujeto los observaba desde el otro lado del lago, lo que la inquietó. Tras unos minutos, el sujeto desapareció en el bosque y ambos muchachos se olvidaron del incidente. Sin embargo, pocos minutos después, Cecelia advirtió cómo el mismo hombre que había visto al otro lado del lago, se encontraba ahora a pocos metros de ellos, tras unos árboles. Bryan trató de tranquilizar a la muchacha; pero quedó paralizado cuando, finalmente, pudo ver al sospechoso que salía tras los árboles, apuntándoles con un revólver. El hombre, que se les acercaba lentamente, utilizaba una capucha de verdugo cuadrada sobre la cual sobresalían unos anteojos, pantalones de pinza metidos dentro de las botas y camisa manga larga con los puños atados. También llevaba una pechera negra que tenía grabado el símbolo del “Zodíaco”: la cruz sobresaliendo del círculo. Por último, Bryan notó que el asaltante llevaba un enorme cuchillo en el cinturón y lo que parecía ser una cuerda de plástico blanco. Estaban solos

y paralizados de miedo ante alguien muy, muy peligroso. No había escapatoria.

El hombre de la capucha les exigió el dinero y las llaves del automóvil, que estaba aparcado a varios metros. Bryan le entregó todo el dinero que llevaba además de las llaves de su vehículo y le pidió que no les hiciera daño. El sujeto comenzó a contarle que era un fugitivo de la cárcel y que debía llegar a México lo antes posible. “Tengo poco tiempo”, exclamó, y le advirtió que para escapar había tenido que matar a un guardia, que no tenía nada que perder y que no tratara de hacerse el héroe con él. Los inmovilizaría, y se iría del lugar con el dinero y el vehículo. Primero, obligó a Cecelia a atar las manos de Bryan. Luego, ató a la chica y se aseguró de apretar bien las amarras del muchacho. Mientras lo hacía, el chico le preguntó si la pistola estaba cargada. El sujeto abrió la recámara de su revólver y les mostró que el arma tenía solo una bala. “Voy a tener que apuñalarlos” dijo, con voz monótona y plana. El hombre cogió su cuchillo y comenzó a asestar varias puñaladas a Bryan, mientras Cecelia observaba, horrorizada, la carnicería. El Zodíaco dio por muerto al joven y se abalanzó contra la chica, que recibió un total de 24 puñaladas frontales que, según los informes forenses, formaban la firma del asesino. Luego del brutal ataque, el sujeto tiro el dinero y las llaves del automóvil; no sin antes dejar otro mensaje tallado en la puerta del coche de sus últimas víctimas: “*Vallejo 12-20- 68/7-4-69/Sept 27-69-6:30/by knife*”. Sobre el mensaje, dejó la marca del “Zodíaco”, para que no hubiese dudas de su autoría. Aparentemente satisfecho, el homicida se marchó del lugar. Cecelia Ann Shepard y Bryan Hartwell se encontraban agonizantes; pero aún con vida. Bryan soltó las ligaduras de Cecelia con sus propios dientes y, a su vez, la chica logró liberarlo de las cuerdas plásticas que le inmovilizaban. Ambos estaban solos y moribundos en mitad de la nada. Se

estaban desangrando y pronto oscurecería, por lo que las posibilidades de que alguien los viera y los auxiliara, parecían escasas. No podían si quiera arrastrarse. Decidieron gritar por ayuda y esperar un milagro que, por suerte, si ocurrió. Muy cerca del lugar, un pescador y su hijo paseaban por el bosque cuando escucharon los gemidos de la pareja. Tras cerciorarse de la cruenta escena, ambos corrieron a alertar a los guardabosques, quienes llegaron al lugar de los hechos y les ofrecieron atenciones básicas, mientras esperaban que llegara la ambulancia. Cecelia y Bryan se encontraban muy mal heridos, y trataron de contar a los guardabosques lo que les había ocurrido, entre desmayos. Finalmente la ambulancia llegó al apartado lugar tras casi una hora de espera y los condujo al hospital. Bryan logró recuperarse del feroz ataque; pero Cecelia no sobrevivió a las 24 puñaladas y falleció poco después de ser hospitalizada.

Aquel mismo día, una espeluznante llamada había sido recibida por la central telefónica del Departamento de Policía: “Quiero dar parte de un asesinato; no, de un doble asesinato. Se encuentran tres kilómetros al norte del cuartel general del bosque. Estaban en un Volkswagen Karmann Ghia blanco. Soy el que lo ha hecho”.

Esta vez se logró determinar desde dónde se había realizado la llamada, lo que llevó a los investigadores a dar con una cabina telefónica ubicada cerca del 1231 de Main Street, muy cerca de la misma comisaría. Del auricular, se pudo rescatar una clara huella de la palma de una mano, pero ¿sería la del asesino?

Las investigaciones eran infructíferas y la opinión pública comenzaba a impacientarse. El Asesino del Zodíaco seguía saliendo en primera plana, seguía asesinando y su identidad continuaba siendo un completo misterio. El 11 de octubre de 1969, tres jóvenes que se encontraban en el interior de una casa, observaron desde una de las ventanas del segundo piso algo que

parecía ser un asalto. Frente al inmueble, a las 21:58 hrs. un taxi se había detenido delante del 3898 de la calle Washington. El conductor del vehículo se encontraba forcejeando con un pasajero que iba sentado justo detrás de él, el cual lo tenía agarrado por el cuello con el antebrazo izquierdo, mientras le apuntaba a la cabeza con un revólver en la mano derecha. De la incredulidad, los jóvenes pasaron al espanto cuando vieron que el sujeto que estaba armado ejecutó al taxista a sangre fría, para luego bajarse del vehículo, abrir la puerta del conductor, apoyar la cabeza del hombre en su regazo y llevarse su billetera. El asesino nunca se dio cuenta de que estaba siendo observado por los chicos que, de inmediato, llamaron a la policía.

Lo que ocurrió a continuación, califica de increíble. Es como si el destino se hubiese empeñado en mantener al asesino en libertad. Los más rigurosos, dirán que se trata de simple incompetencia policial.

El crimen del taxista, identificado como Paul Lee Stine de 29 años, se había cometido minutos antes de las 22:00 hrs. Los chicos, que fueron testigos del asesinato, llamaron inmediatamente a las autoridades y una patrulla, que se encontraba a escasas cuadras del lugar, recibió la información desde la central que los alertaba de un tiroteo. Había algo de neblina y mientras los agentes se aproximaban a la escena del crimen, la silueta de un hombre fornido que caminaba tranquilamente los alertó. Se detuvieron junto a él y le preguntaron, apresuradamente, si había visto a alguien sospechoso y este asintió. Les dijo que vio a un hombre que corría hacia el Este, por Washington, y que parecía blandir una pistola. Los patrulleros se fueron rápidamente en esa dirección, mientras el individuo siguió su camino. Pronto, la avenida se llenó de patrullas policíacas y los agentes acordonaron la calle en busca de alguna pista. El cuerpo de Stine

yacía sin vida dentro del taxi, con un disparo en la cabeza. No había rastros del sospechoso.

Cuando los policías interrogaron a los únicos testigos del crimen, quedaron atónitos. La información que se había difundido por radio, desde la central, decía bien claro que debían buscar a un “adulto negro” como el principal sospechoso del tiroteo; pero los tres jóvenes insistieron en que, cuando llamaron a la comisaría, dijeron claramente que el asesino era un “adulto blanco”. Este increíble error, se atribuyó a los nervios de la persona que recepcionó la llamada o a la mala interpretación de la información, pues en la grabación telefónica se escuchaba claramente que el testigo decía “adulto blanco”. Por su parte, los dos agentes que se toparon con el sujeto que aseguró haber visto a un hombre armado corriendo hacia el Este, por la calle Washington (y del cual no sospecharon pues se trataba de un “adulto blanco”) comenzaron a intuir que estuvieron cara a cara con el asesino y que este había logrado engañarlos, debido a que recibieron una información errónea.

La operación policial, en el crimen del taxista Paul Lee Stine, había sido vergonzosa. Los agentes llegaron tan solo tres minutos después del ataque y, aun así, no pudieron atrapar al asesino. Al día siguiente, una misiva enviada al *San Francisco Chronicle* terminó por hundir aún más los ánimos de los investigadores que, hasta entonces, ignoraban por completo que el crimen del taxista estaba ligado al asesino Zodiaco.

“Zodiaco al habla. Soy el asesino del taxista en la esquina de Washington con Maple ayer por la noche, para demostrarlo aquí está un trozo de su camisa manchada de sangre. Soy el mismo hombre que mató a las personas de la zona norte de la bahía. La Policía de San Francisco me podría haber cogido ayer de noche si hubiera registrado bien el parque en vez de hacer carreras con sus motos a ver quién hacía más ruido. Los

conductores de los coches tendrían que haber aparcado y haberse quedado esperando en silencio a que yo saliera de mi escondite. Los escolares son buenos blancos. Creo que, una mañana, me voy a cargar un autobús escolar. Dispararé a la rueda delantera y luego liquidaré a los niños cuando salgan dando saltitos”.

La policía, sabía que a Stine le arrancaron parte de la camisa tras ser asesinado. Las pruebas de ADN corroboraron que la sangre pertenecía a la víctima. No había dudas de que la carta era verídica. La frustración era absoluta.

Pasaron varios meses y siguieron llegando cartas del Zodíaco a los periódicos, pero muchas de ellas fueron ignoradas porque se aseguró que eran falsas. También se registraron ataques e intentos de secuestro que, en teoría, serían responsabilidad del asesino, pero tampoco quedaron muy claras. De cierta forma, tanto la policía como la ciudadanía, ya estaban hartas del psicópata y se negaban a seguirle el juego. Sus misivas (las que si se corroboraron como verdaderas) se volvían cada vez más arrogantes y desagradables, hasta el punto de exigir a los habitantes de San Francisco que usaran botones con su insignia, el círculo y la cruz, o cometería más asesinatos. Por lo visto nadie obedeció a la ridícula petición del Zodíaco, lo que comenzó a molestarlo y siguió lanzando amenazas, a pesar de que no se le atribuyó ningún otro crimen.

Era 1970, y el terror que había despertado en los californianos el autodenominado Asesino del Zodíaco, se había transformado en una antipatía generalizada. Paul Avery, columnista del *San Francisco Chronicle*, se dedicó a escribir varias notas en las cuales se burlaba e insultaba al asesino. Para su desgracia, no tardó en recibir una respuesta del aludido, quien lo amenazó de muerte. Avery empezó a temer por su vida. El asesino en serie más escurridizo de la historia de los Estados

Unidos, y del cual ni siquiera se sabía cómo lucía realmente, estaba tras sus pasos. Comenzó a llevar un revólver cargado a todos lados y empezó a abusar del alcohol, arruinando así su carrera y su vida familiar, obsesionándose por completo con las amenazas recibidas por parte del Zodiaco. Después de aquella misiva, el asesino desapareció del radar de la policía durante varios años.

El 29 de enero de 1974, el Asesino del Zodiaco volvió a escribir, esta vez para elogiar la película *El Exorcista*. Otras cartas siguieron llegando durante los meses posteriores, pero ninguna ha sido reconocida como verdadera por la policía, a pesar de que en ellas el asesino serial comenzaba a jactarse de más crímenes. Una de ellas decía “*Me=10, SFPD* (Departamento de Policía de San Francisco)=0”. A finales de 1974, otra misiva indicaba “*Me= 37, SFPD=0*”. Efectivamente se estaban cometiendo crímenes en San Francisco, pero parecía que la policía ya no tomaba en cuenta las burlonas cartas del asesino serial y no reconocía su autoría. Algunos autores aseguran que es probable que el Zodiaco haya asesinado a unas 50 personas, a pesar de que solo se le atribuyen 5 crímenes. Incluso el mismo psicópata, llegó a insinuar, en una de sus cartas, que las víctimas llegaban a más de 100.

El 24 de abril de 1978, el *San Francisco Chronicle* recibió la última misiva confirmada del Zodiaco:

“Querido Editor: Zodiaco al habla. Estoy otra vez con vosotros. Dígales a todos que estoy aquí, que siempre he estado aquí. Ese cerdo ciudadano de Toschi es bueno, pero yo soy más inteligente y a lo mejor él se cansará y me dejará en paz. Estoy esperando una buena película sobre mí. ¿Quién hará mi papel? Ahora yo lo controlo todo. Atentamente: Adivínelo”.

Cuando el asesino habla de “Toschi”, se refiere al apellido de uno de los agentes que buscaba apresar, Dave Toschi.

En total, el misterioso asesino habría dejado 27 mensajes a la policía, entre los cuales se contaba un curioso poema escrito en el pupitre de una biblioteca de San Francisco. Probablemente el asesino no esperaba que fuese encontrado; pero la similitud de la letra (que ya podía ser reconocida por medio Estados Unidos, debido a que aparecía constantemente en los periódicos) llevó a alguien a sospechar que se trataba del Zodiaco y llamar a la policía. Según los especialistas, la caligrafía y la forma de escribir, pertenecía al mismo sujeto que había escrito las cartas. El poema se titulaba “Enfermo de vivir/Incapacitado para morir”.

Con el pasar de los años, la sombra del Asesino del Zodiaco comenzó a diluirse. La policía jamás consiguió resolver el caso y se catalogó oficialmente como “inactivo” en el año 2004; aunque tres años después, y en vista de que la opinión pública comenzó a ejercer presión, se decidió reabrir el caso... el cual sigue sin ser resuelto hasta la fecha.

Si bien la policía de San Francisco se vio abrumada y evidentemente desorientada en el caso del psicópata, en un momento estuvieron seguros de haber dado con el culpable. Su sospechoso número uno, era un sujeto llamado Arthur Leigh Allen, el cual había sido denunciado por su propia familia, en 1971, como el posible Asesino del Zodiaco. Allen había nacido en 1933, y su parecido con el retrato hablado que seguía dando vuelta en los periódicos, era notable; pero eso no era todo. Sus familiares aseguraron que se mostraba cada vez más errático y antisocial. Se había ido a vivir a una casa rodante, en donde nadie podía visitarlo. Varios eventos llevaron a su madre, su hermano y a una cuñada, a sospechar de él. Una vez que conversaron con un tío de Arthur, decidieron dar aviso a la policía. Entre los hechos más destacables de esta investigación, se rescata el testimonio de la cuñada de Allen, que asegura haber visto una carta con “símbolos extraños” que el hombre escondía celosamente en una caja metálica y que,

más tarde, asociaría con las criptografías del Zodíaco publicadas en los periódicos. La misma mujer aseguró haber visto unos cuchillos ensangrentados en el vehículo de Allen, justamente el día de uno de los crímenes. Arthur le dijo que los usaba para “matar pollos”. A esas alturas, la familia ya tenía varias dudas con respecto a su conducta. De hecho un detective lo tenía en la mira, pues sospechaba que había sido el responsable de una violación a un menor de edad en el colegio donde trabajaba.

Las pesquisas siguieron su curso y Allen acaparó toda la atención de la policía cuando se descubrió que había estado en la Marina y tenía amplios conocimientos en lenguaje cifrado. Además, coincidía con el perfil del asesino: era un superdotado con un CI de 137, solitario e introvertido. Su voz era monótona, era fornido y gustaba de la cacería. Pero a pesar de que Allen encajaba de forma perfecta en el perfil que la policía había elaborado del psicópata, solo se trataba de pruebas circunstanciales. Decidieron, entonces, visitarlo a su casa rodante y solicitar una orden de registro. Cuando llegaron, el encargado del espacio para las caravanas les indicó el carro de Allen, el cual no tenía ruedas y nunca se había movido de allí. El sospechoso no se encontraba y los investigadores no contaban con la orden de registro. Pero se dieron cuenta que la puerta estaba abierta y no se resistieron a entrar y revisar, rápidamente, en busca de alguna pista incriminatoria. El lugar era un asco. Un olor putrefacto invadía por completo la caravana. Allen guardaba partes de animales muertos, es cierto; pero la policía ignoraba que el sospechoso estaba estudiando biología y que contaba con un permiso gubernamental para experimentar con animales pequeños. También se encontraron *dildos* entre los cerros de basura que acumulaba en el interior. Alertados por el motor de un vehículo, los investigadores salieron de la caravana y se toparon con Allen

frente a frente, al que detuvieron para interrogarlo. El sospechoso llevaba un anillo con una “Z” y, como guinda de la torta, un curioso reloj suizo marca “Zodiaco”, en el cual podía verse claramente el círculo y la cruz, firma del asesino. Durante mucho tiempo, la policía había deducido que el círculo y la cruz representaban la simplificación de una mira, como la de una rifle o un revólver. ¿Era posible que solo se tratara de la marca de un simple reloj? Aun así, las pruebas seguían siendo circunstanciales.

No se encontró ninguna evidencia de que Allen estuviese relacionado con los asesinatos perpetrados por el Zodiaco. Tampoco se encontró el arma homicida o la capucha de verdugo al interior de su casa rodante. Incluso, cuando se le realizaron pruebas de ADN y se sacó una huella de la palma de su mano, estas no coincidieron con las escasas pistas que habría dejado el asesino tanto en las misivas, como en la cabina telefónica respectivamente.

Allen siguió siendo indicado como el principal sospechoso incluso después de que se realizaran las pruebas que lo exoneraron. La policía llegó a interrogarlo varias veces más; pero no se consiguió nada. El sospechoso mantuvo su inocencia aunque, de cierta forma, le gustaba la atención que estaba recibiendo. Solía hacer comentarios sarcásticos acerca del Zodiaco, de modo que seguía sembrando dudas. Falleció en 1992. Dos días antes de su muerte, insistió en que era inocente. Varios periodistas y especialistas en el tema, siguen convencidos de que Arthur Leigh Allen era en realidad El Asesino del Zodiaco, y se han escrito infinidad de libros que, al igual que en el caso de Jack el Destripador, aseguran haber resuelto el misterio.

Cada cierto tiempo, vuelven a elaborarse otras tantas teorías con respecto a la identidad del Zodiaco. Nuevos sospechosos han salido a la palestra; pero, por lo visto, ninguno ha convencido tanto a las autoridades como

Allen.

Una de las anécdotas más oscuras de este caso, ocurrió entre 1990 y 1993, cuando un imitador del Asesino del Zodíaco comenzó a mandar cartas a la policía, pero esta vez en Nueva York. Lo que parecía otra retorcida broma de algún ocioso, se complicó más de la cuenta cuando el “nuevo Zodíaco” empezó, efectivamente, a matar gente. Había fijado una carta astral sobre un mapa de la ciudad y amenazó con asesinar personas de acuerdo a su signo zodiacal. Heriberto Seda, un joven mentalmente perturbado, fue detenido el 18 de Junio de 1996, después de que disparó sobre su hermana en una discusión doméstica, aunque no le provocó la muerte. Seda debió rellenar varios formularios, en los cuales la policía reconoció la letra del imitador y decidieron interrogarle. El sospechoso aceptó su responsabilidad en las misivas y se declaró culpable de tres asesinatos y cinco intentos de asesinato, los cuales fueron corroborados por la investigación. Seda fue condenado a 84 años de prisión.

JEROME BRUDOS El asesino lujurioso



Fuente: Grotesque and Arabesque

Jerome Henry Brudos, nació el 31 de enero de 1939 en Dakota del Sur, Estados Unidos; pero luego se mudó con su madre y su hermano mayor a Portland, Oregon, tras un amargo divorcio. Su madre, Eileen, quería tener a una niña, por lo que el nacimiento de Jerome la desilusionó considerablemente. Quizá, esto influyó en el hecho de que lo educara de forma excesivamente estricta e indiferente en el plano emocional. Muy por el contrario, con su primogénito Larry, la mujer se mostraba mucho más cariñosa y atenta.

Cuando Jerome tenía 5 años, encontró un par de zapatos de tacón en un basural, los cuales llamaron enormemente su atención. Los llevó a casa y se los puso. Su madre, al verlo con zapatos de mujer, se indignó y lo regañó duramente, no sin antes quitárselos y lanzarlos al fuego. El chico no podía entender el porqué de tanta ira. Desde ese día, los calzados femeninos se convertirían en una verdadera obsesión para él.

En otro episodio, Brudos es sorprendido intentando robar los zapatos de una de sus profesoras en el colegio. El hecho terminó siendo considerado como una inocente jugarreta, lo que posiblemente confundió aun más al chico. ¿Por qué su madre había reaccionado de forma tan violenta cuando lo vio con los zapatos de tacón, mientras que en la escuela no le prestaron mayor importancia?

El hermano mayor de Jerome, Larry, comenzó a esconder pósters de mujeres en ropa interior dentro de una caja, cuando tenía unos 15 o 16 años de edad. Jerome la descubrió por casualidad y se dispuso a hojearla; pero con tan mala suerte, que fue sorprendido por su madre y castigado. Poco tiempo después, comenzó a colarse en los camarines de sus compañeras de colegio, en donde solía robar zapatos y también ropa interior femenina, el cual sería otro de sus fetiches. En otras ocasiones, fue descubierto con revistas pornográficas en la escuela. La madre de Jerome, se encontraba indignada con el lascivo comportamiento de su hijo e intenta reprimir su precoz despertar sexual, avergonzándolo y obligándolo a lavar las sábanas de su cama, cada vez que estas amanecían húmedas y sucias, consecuencia de sueños eróticos que padecía a temprana edad. Jerome comienza a desarrollar un enorme resentimiento hacia su madre, el cual no haría más que empeorar con el paso del tiempo.

En el colegio, era considerado como un estudiante mediocre, físgón y enfermizo, aunque su CI demostraba que poseía una inteligencia sobre el promedio. Era alto, pecoso, pelirrojo, de mirada suspicaz y apariencia algo desaliñada. Tenía una actitud bastante indiferente hacia sus demás compañeros de aula y no se le conocían muchos amigos, pues también solía ser algo fanfarrón. Durante mucho tiempo estuvo visitando a un doctor, debido a fuertes jaquecas que incluso le impedían ver con claridad,

pero el diagnóstico nunca fue claro y solo se le recetaron placebos que no surtieron efecto.

A pesar de su comportamiento claramente desviado, nunca mostró las obsesiones típicas de otros asesinos sádicos, como torturar animales por ejemplo. Tampoco sufría de piromanía ni enuresis, por lo que no encaja en el modelo Mac Donald, también conocido como “La tríada del homicida”. En 1955, a la edad de 16 años, Jerome solía masturbarse constantemente, manipulando ropa interior femenina y zapatos de taco alto. Sus fantasías sexuales también incluían violaciones, torturas y el sometimiento de mujeres jóvenes. Finalmente, los zapatos de tacón se convertirían en el centro de su evidente fetichismo. Esta extraña fijación, fue analizada por los muchos psicólogos y psiquiatras que se entrevistaron con él posteriormente. La única conclusión a la que pudieron llegar, es que Jerome comenzó sus fantasías sexuales a una edad alarmantemente temprana; sin embargo, el motivo real de su obsesión, era un completo misterio. Quizá el hecho que lo marcó, fue el altercado con su madre, cuando lo descubrió con los zapatos de mujer a la edad de 5 años. ¿Por qué aquello la había alterado tanto? Los zapatos de tacón parecían algo tan tabú y prohibido, que se había despertado en él un incontrolable deseo por poseerlos.

Cuando cumple 17 años, en 1956, Jerome cava un enorme hoyo en un cerro aledaño, fantaseando con mantener a futuras víctimas en cautiverio y abusar sexualmente de ellas. A pesar de que nunca llegó a concretar dicho plan, el hecho de haber cavado el agujero expone cuán lejos estaban llegando sus fantasías y que tan dispuesto estaba a hacerlas realidad. El primer acto delictivo grave, lo comete cuando asalta a una joven con una cuchilla y le exige quitarse la ropa para fotografiarla; pero es detenido pocos días después y enviado a un sanatorio mental. Los psiquiatras que

lo trataron, documentaron la alteración sexual que sufría Brudos: Un morboso interés por el fetichismo, exhibicionismo, parafilia, travestismo y sadismo. Además, pudieron darse cuenta que sentía gran odio hacia su madre y las mujeres en general. En una de las entrevistas, Brudos había admitido que otra de sus fantasías sexuales, era la de mantener a mujeres congeladas y acomodadas en poses explícitamente sexuales, para acceder a ellas en el momento que él quisiera. También menciona su colección de zapatos y ropa interior femenina. Uno de los doctores, lo diagnosticó como “al borde de la esquizofrenia”. Tras nueve meses en el hospital psiquiátrico, Brudos es puesto en libertad. No era un enfermo mental y su fetichismo parecía ser parte de la inmadurez de un joven que sufría de un desajuste sexual. En 1956, no se sabía mucho acerca de este tipo de personalidades; pero se encontraban, frente a frente, con un depredador sexual y lo dejaron salir a la calle por considerar que no se trataba de un peligro para la sociedad.

Jerome Brudos se integra al ejército al cumplir la mayoría de edad; pero es expulsado por padecer “fantasías bizarras”. Cuando cumple 22 años, su vida parece dar un inesperado giro. Se casa con una tímida chica de 17 años llamada Darcie y se van a vivir juntos. La muchacha hacía caso a todas las extrañas reglas impuestas por Brudos dentro del hogar. Desde andar todo el día desnuda, hasta no acercarse jamás al *garage* ni al ático. Al poco tiempo, Darcie descubrió varias fotos de mujeres desnudas en la habitación de su marido y una colección de zapatos y ropa interior femenina. A pesar de sus quejas, tuvo que aceptarlo pues, aunque a ella no le causaba ninguna gracia tener pornografía en casa (y mucho menos ropa interior y zapatos femeninos de dudoso origen), a Jerome parecía fascinarle.

La pareja tuvo dos hijos y el matrimonio parecía ir relativamente bien a pesar de todo. Sin embargo, pocos años más tarde, Darcie se reveló y se negó a seguir las enfermizas reglas de su marido. Jerome solía vestirse de mujer y andar así dentro de la casa, lo que terminó por colmar la paciencia de su esposa. Las relaciones sexuales, entre ambos, se volvieron cada vez más escasas. Darcie prefería estar gran parte del día fuera del hogar, visitando a su familia u otras amistades. Es entonces, cuando Jerome volvió a enfrascarse en su solitario y enfermizo mundo de fantasías. Había conseguido un trabajo como electricista pero, al mismo tiempo, continuaba con su malsana obsesión por los zapatos, llegando a perseguir chicas por la calle solo porque llevaban un calzado que le resultaba excitante. A algunas de estas mujeres, las siguió hasta sus casas e ingresó por la ventana, con el único afán de robárselos. En ciertos casos, llegó a cometer agresiones sexuales. A pesar de estos delitos, no hubo reportes sobre los ataques. El abuso sexual y la violencia ya formaban parte de las actividades delictivas de Brudos. El siguiente paso, era casi obvio.

El 26 de junio de 1968, Brudos estaba en casa cuando Linda Slawson golpeó a su puerta. La muchacha, de solo 19 años, vendía enciclopedias para financiar sus estudios, visitando distintos vecindarios. Ese mismo día, se reportaría su desaparición. La policía comenzó la búsqueda de la joven, recorriendo la ruta que debía tomar según su guía de despacho y lo declarado en su trabajo, lo que la ubicaba virtualmente en Portland, Oregon. Si alguien la había raptado, seguramente lo había hecho de forma muy cuidadosa, pues nadie vio ni oyó absolutamente nada.

El 26 de noviembre de 1968, desaparece Jan Whitney, de 23 años. La chica había tenido problemas con su automóvil mientras se dirigía a una fiesta de Acción de Gracias. Aparentemente, quedó sola en mitad de la carretera

desde donde se esfumó. La policía no encontró huellas ni signos de lucha o forcejeo. La desaparición era misteriosa; pero no se pudo hacer mucho. El 27 de marzo de 1969, Karen Sprinker, de 19 años, debía acudir a una cita con su madre, en el centro de la ciudad. La chica tardó demasiado y su madre se preocupó. Cuando comenzó a buscarla, junto a la policía, descubrieron que el auto de la chica estaba aparcado en el estacionamiento del centro comercial; pero no había rastros de la muchacha. Algunos testigos, aseguraron haber visto a un tipo alto y de apariencia extraña merodeando los estacionamientos; pero no había más pistas que ayudaran a esclarecer el misterio. Los investigadores aun se preguntaban qué estaba ocurriendo, cuando cuatro semanas más tarde se denuncia la desaparición de Linda Salee, de 22 años. La chica parecía haberse esfumado en un concurrido centro comercial. Su automóvil estaba aparcado; pero no había señal de lucha u otro detalle que instara a los detectives a sospechar de un secuestro... de todas formas, era demasiado sospechoso.

La policía estaba segura que había mucha similitud en estas tres últimas desapariciones, aunque no contaban el caso de Linda Slawson dentro de la lista. Se empezó a sospechar que podía existir algún tipo de conexión entre estos casos, y entonces el panorama se volvió ciertamente inquietante.

Todas las chicas desaparecidas eran jovencitas atractivas, de piel blanca y fueron vistas por última vez después de la quincena de cada mes. Ninguna había sido asaltada de forma violenta, por lo que el o los responsables actuaron de forma intimidante y efectiva, sin recibir resistencia, quizá a punta de pistola.

Tres semanas después de la desaparición de Salee, el 10 de mayo de 1969, un pescador halló un cuerpo femenino en el Río Long Tom, el cual estaba amarrado a una caja de transmisión de auto, para que se hundiera. Cuando la policía forense llegó al lugar, notaron que el cordón de *nylon* utilizado

para atar el cadáver, tenía un nudo bastante especial, el cual parecía necesitar de cierta pericia, así que decidieron fotografiarlo y guardarlo como evidencia. El cuerpo también tenía ataduras con cables de cobre, trenzados de tal manera que, de inmediato, se sospechó que el homicida podía ser un electricista. El estado del cadáver no permitía identificar la causa de la muerte. Finalmente, el forense dictaminó estrangulamiento, debido al deteriorado estado del cuello de la víctima.

Los restos fueron identificados como los de Linda Salee, una de las muchachas desaparecidas. Como la policía intuía que todos los casos estaban relacionados, decidieron enviar a un equipo especial de buzos para explorar las profundidades del Río Long Tom. Dos días más tarde, otro cuerpo en avanzado estado de descomposición fue hallado en el mismo río, atado a una cabeza de motor viejo. El cadáver correspondía a Karen Sprinker. Los nudos con los cuales fue atada, eran exactamente iguales a los del primer hallazgo, lo que ligaba ambos asesinatos de forma clara. Karen, al igual que Linda Salee, había sido estrangulada con una correa. A pesar de que Karen vestía aun sus ropas, estaba usando un sostén negro bastante mayor al de su talla. La madre aseguró que esa ropa interior no pertenecía a su hija. Al registrar el cuerpo, se descubrió que el sostén estaba relleno de toallas de papel café y que uno de sus pechos había sido extirpado. La macabra mutilación llamó inmediatamente la atención de la policía y comenzó a temerse lo peor. Se siguió trabajando en el río; pero no se encontraron más cuerpos.

Al mismo tiempo, el Departamento de Policía de Oregon había registrado varias denuncias de jóvenes universitarias, las cuales acusaban inquietantes llamadas telefónicas por parte de un misterioso sujeto que las invitaba a salir. Estas, llegaban a los anexos universitarios del Oregon State University. También se descubrió que algunos estudiantes decían

haber avistado a un hombre alto, pelirrojo, pecoso, de rostro ovalado y envergadura robusta, mirando a las universitarias de manera sospechosa desde fuera del establecimiento. Aquellas extrañas denuncias, despertaron la curiosidad de un suspicaz detective, llamado Jim Stovall.

Stovall, que estaba a cargo de la investigación que tenía de cabeza a la policía en esos momentos, no pasó por alto estos hechos y se dispuso a desenmascarar al sospechoso que estaba detrás de las llamadas anónimas. Estaba convencido de que se podía tratar del mismo sujeto que estaban buscando, aunque no tenía ninguna prueba. Los agentes de policía se acercaron al campus y comenzaron a interrogar a varias chicas, hasta que una de ellas les entregó un testimonio impactante.

Según la testigo, recibió la llamada de un sujeto misterioso que la invitó a salir. La muchacha comenzó a seguirle el juego, pues le pareció divertido el hecho de que un anónimo se contactara con ella con fines sentimentales, sin siquiera conocerla. El hombre le contó que era un ex combatiente de Vietnam, lo que terminó por convencerla para tener una cita con él.

Parecía alguien interesante. La chica le confesó a los agentes que lo había imaginado como un muchacho rudo y atractivo. Pero nada más lejos de la realidad. Cuando se juntaron (en una de las aulas de la universidad), la muchacha se desilusionó de tan solo verlo. Se trataba de un sujeto de unos treinta años, regordete, pecoso y un tanto torpe. Además, la miraba de forma pícaro, lo que comenzó a molestarle. Aun así, conversó un buen rato con él, tratando de no ser descortés, hasta que las cosas comenzaron a volverse cada vez más incómodas.

En cierto momento, el hombre le preguntó (con una sonrisa en la cara) qué pasaría si él decidiera estrangularla. Ante la inquietante pregunta, la chica decidió irse y no volver a relacionarse con él. Los investigadores le pidieron que tratara de contactarse con el extraño y lo invitara a salir, con

el fin de detenerlo e interrogarlo. A pesar de que se sentía un poco intimidada por la situación, la testigo accedió a colaborar con la policía. Después de llamarlo por teléfono y pactar una segunda cita, Jerome Henry Brudos (electricista de 30 años) se presentó en el campus de la universidad y, tras ser identificado por la chica, fue inmediatamente abordado por Stovall y otros agentes de la policía. El sospechoso, quien no pareció sorprenderse en lo absoluto, no tuvo problemas con acompañar a los agentes y aclarar la situación en la comisaría.

Brudos se mostró muy colaborador; pero aseguró que todo se trataba de una confusión y que no era el hombre que buscaban. Los agentes no contaban con pruebas suficientes como para encerrarlo, así que lo mantuvieron bajo vigilancia un par de horas, hasta que tuvieron que dejarlo ir.

Para el detective Stovall, el extraño sujeto se había convertido en su principal sospechoso. No solo estaba seguro de que era el hombre que llamaba de forma anónima a las universitarias del Oregon State University; sino que creía que podía estar relacionado con las desapariciones que estaba investigando. De hecho, Brudos les dijo que trabajaba esporádicamente como electricista y mecánico de coches, algo que llamó de inmediato la atención del detective, pues recordó los cables trenzados con los que se había atado los cadáveres de las chicas a las piezas de automóvil halladas en el río. Los antecedentes de Jerome Brudos tampoco eran limpios. Tenía varios cargos por hurto y robo con intimidación, ataques que siempre fueron cometidos a mujeres.

A los pocos días, Jim Stovall y un grupo de agentes se presentaron en la casa de Brudos para volver a interrogarlo. Este se encontraba en el garage y no tuvo inconveniente en recibirlos. En el lugar, la policía halló cuerdas de *nylon* y cables con nudos similares a los encontrados en los hallazgos

del Río Long Tom. Aunque Stovall ya estaba seguro de que tenía a su hombre, aun no tenía pruebas de su relación con los asesinatos, por lo que tuvo que armarse de paciencia hasta encontrar evidencias que lo vincularan de forma más contundente.

Durante la investigación, una mujer llamada Sharon Wood, de 24 años de edad, reconoció la fotografía de Brudos, en un archivo policial, como la del hombre que días antes había intentado raptarla en un estacionamiento, atraco del cual había logrado escapar. Esta grave acusación, bastaba para meter al sospechoso tras las rejas (al menos por un tiempo considerable), por lo que la policía decidió actuar.

Jerome Brudos es detenido el 30 de mayo de 1969 mientras intentaba huir con su familia, oculto bajo unas sábanas, en la parte posterior del vehículo que conducía su pareja. El día de su arresto, llevaba puestas unas bragas de mujer bajo sus ropas. Este sería el adelanto de un verdadero desfile de confesiones depravadas, las que dejarían pasmados a los investigadores más veteranos.

En un comienzo, el detective Stovall lo interrogó, principalmente, por el intento de rapto; pero Brudos lo negaba todo. Pasaron tres días de entrevistas y, aun así, el agente había evitado tocar el tema de las desapariciones y los asesinatos. Al cuarto día, la hábil estrategia de Jim Stovall pareció surtir efecto. De la nada, un jactancioso Brudos comenzó a hablar a cerca de su fascinación por los zapatos de mujer y finalmente de los asesinatos.

Durante su confesión, aceptó haber asesinado a cuatro mujeres entre 1968 y 1969. Su motivación siempre fue de índole sexual y gozaba al hablar sobre su fetichismo: Los zapatos de tacón. Los oficiales no conseguían comprender exactamente de qué hablaba; pero al menos tenían al asesino.

Se realizaron numerosos informes psiquiátricos sobre su travestismo, fetichismo, la evidente parafilia y el sadismo de Brudos. Sin embargo, no fue considerado incompetente como para enfrentar un juicio.

Linda Slawson, su primera víctima, tenía un empleo como vendedora de enciclopedias puerta a puerta. Lamentablemente, se topó con un depredador sexual que había esperado una oportunidad así durante años. Brudos la hizo pasar al garage, haciéndole creer que estaba interesado en comprar sus libros. Cuando se vio a solas con ella, la dejó inconsciente al golpearla con una estaca en la cabeza, la estranguló y la mató. Abusó sexualmente del cuerpo y jugó con él, probándole distintas prendas femeninas que tenía guardadas y que formaban parte de su colección fetichista. Su madre y uno de sus hijos se encontraban en casa, por lo que antes tuvo que distraerlos y les dio dinero para que fueran a comprar hamburguesas. De esta forma, tendría tiempo para experimentar con el cadáver sin ser molestado. Por la noche, cuando la familia se fue a dormir, decidió deshacerse del cuerpo lanzándolo en el Río Willamette, no sin antes cortar con una sierra el pie izquierdo de su víctima y guardarlo en un viejo refrigerador que tenía en el garage. Posteriormente, utilizaría el pie amputado de Slawson para ponerlo en varios de los zapatos de tacón que guardaba y fotografiarlo mientras se masturbaba. Pocos días más tarde, este empezó a descomponerse y se vio en la obligación de atarlo a un peso y lanzarlo al mismo río. Y aunque Brudos fantaseó durante años con matar, ese primer crimen fue completamente improvisado, ya que la víctima se presentó en su hogar por mera casualidad.

Jan Whitney también cayó en sus manos de manera fortuita. Tal como suponía la policía, el auto de Jan había sufrido un desperfecto y Jerome se ofreció a ayudarla. La llevó hasta su casa, asegurando que necesitaba unas herramientas para poder reparar su automóvil y la chica, inocentemente, lo

siguió. Una vez dentro de su garage, Brudos la habría atado y estrangulado hasta la muerte, para luego violar el cadáver. Por medio de un sistema de ganchos y poleas, la elevó y mantuvo colgando desde el techo durante varios días, para seguir abusando de su cuerpo.

Brudos era muy hábil a la hora de engañar a su mujer y sus hijos. Más allá de parecer un padre de familia excéntrico, jamás sospecharon de que fuese un violador y asesino. Incluso un automóvil chocó su taller y derribó parte de la muralla cuando el cuerpo de Jan Whitney aun colgaba dentro; pero nadie logró ver nada. Solo entonces, Brudos descolgó cadáver de Whitney y lo envolvió en unas sabanas, para esconderlo en una habitación contigua. Minutos más tarde, invitó a dos policías a revisar el lugar para corroborar los daños del accidente. A pesar del extraño olor, los agentes no sospecharon nada. Antes de arrojar el cadáver al río, le quitó uno de los senos, con el fin de hacer un molde de plástico; pero falló.

Karen Sprinker fue abordada y amenazada con un revólver en el centro comercial donde planeaba reunirse con su madre, a pesar de que Brudos aseguró que no le gustaron los zapatos que lucía la muchacha. Antes de matarla, la violó y obligó a vestir varias prendas para ser fotografiada. Finalmente, la ató del cuello y la levantó con el gancho que tenía en el techo de su taller, hasta que la chica murió estrangulada. Cortó uno de sus senos, el cual utilizó como molde para confeccionar un macabro pisapapeles para su escritorio. Durante su confesión recordó, con una sonrisa de oreja a oreja, el cómo hizo pensar a su mujer, cuando esta descubrió el extraño objeto, que sólo se trataba de una inocente figura de yeso; cuando en realidad había sido moldeada con el pecho cercenado de su más reciente víctima.

Con Linda Salee fue aun más osado. La detuvo con una placa falsa de policía, acusándola de robo. La dejó “detenida” en su garage y le ordenó

que no intentara escapar. La chica estaba asustada y cumplió, mientras Brudos cenaba con su familia tranquilamente. Cuando terminó, fue al taller y la estranguló. Después de violar su cuerpo, insertó dos clavos en los costados de su abdomen y los conectó a unos cables eléctricos para ver si saltaba y se movía; pero el experimento no resultó tan satisfactorio. El garage del asesino, fue registrado tras su confesión y a pesar de que poco antes le había ordenado a su mujer que quemara todas sus pertenencias, esta se negó. En el lugar, se hallaron pruebas irrefutables de su culpabilidad: Las fotos de sus víctimas estranguladas o colgadas desde el techo de su taller, luciendo zapatos de tacón y otras prendas íntimas. Quizá la más espeluznante, era una en donde salía un cuerpo femenino colgado de cabeza y en la cual, de manera fortuita, se reflejaba en un espejo el rostro del asesino con una cámara polaroid en la mano, haciendo la fotografía. También se encontró gran cantidad de ropa interior, zapatos femeninos y otras fotos de Brudos vestido de mujer.

Durante el juicio, se declaró inocente alegando enfermedad mental. Pero esta decisión había sido fomentada por su abogado, pues Brudos no estaba loco en lo absoluto y tampoco se sentía a gusto con el papel de esquizofrénico. En la entrevista con el psicólogo, lloró en cada una de las terapias, acusando una infancia dura, sin amor y agobiado por una madre que no lo quería; sin embargo la sensación de los siete especialistas que lo trataron, fue que sólo sentía lástima por sí mismo. Brudos era un psicópata egoísta, cruel, perverso y vanidoso, que no tuvo reparos a la hora de violar y matar a sus víctimas con el único afán de concretar las fantasías que lo obsesionaban.

Finalmente, se declaró culpable de cuatro homicidios; pero como el cuerpo de Linda Slawson nunca apareció, no pudo ser juzgado por ese

crimen. Fue condenado a tres cadenas perpetuas por el secuestro y asesinato de Jan Whitney, Karen Sprinker y Linda Salee.

Durante su estancia en la cárcel, Brudos no se quedó inactivo. Se volvió un experto en computación y dedicó su vida a aprender. Fue considerado un preso modelo, aunque nunca se arrepintió de sus crímenes y solía coleccionar catálogos de zapatos femeninos tras las rejas. Con el paso de los años, incluso cambió su confesión y aseguró no haber cometido aquellos asesinatos. Lo cierto es que era acosado, constantemente, por varios internos que incluso intentaron degollarlo, por lo que es muy probable que movido por la desesperación, intentara sembrar dudas con respecto a su culpabilidad para que reabrieran el caso.

Brudos llegó a ser el preso que ha pasado la mayor cantidad de años tras las rejas en el estado de Oregon (casi 37 años) Solicitó en varias ocasiones la libertad condicional y una reducción de pena, alegando que ya no representaba una amenaza para la sociedad. Sin embargo las solicitudes siempre fueron denegadas; aunque gozaba de varios beneficios, como movilidad sin super- visión. Brudos falleció de cáncer al hígado el 28 de marzo del 2006, a la edad de 67 años.

GERARD JOHN SCHAEFER



Fuente: Cabaret Crimes

Ted Bundy, uno de los más famosos asesinos en serie de la historia de los Estados Unidos, trataba de conseguir regalías en la cárcel luego de ser arrestado y condenado por varios asesinatos. Se ofreció para ayudar a las autoridades en algunos crímenes sin resolver y aportó algunos datos importantes para el estudio del comportamiento psicópata/criminal. Mientras asimilaba su condición de asesino serial famoso y la cuestionable “celebridad” que esto le brindaba, había algo que lo perturbaba.

Otro interno de la cárcel, llamado Gerard John Schaefer, se reía constantemente de él. Schaefer, era un ex oficial de policía que estaba preso por asesinar a dos mujeres jóvenes; pero también era sospechoso de otros 30 crímenes y aseguraba haber cometido “asesinatos dobles”, pues le parecían más “entretenidos”. Ted solía hablar con él... hasta que comenzaron a sincerarse.

Ted Bundy admitió, en una entrevista, que se sintió influenciado por la idea de Schaefer, de matar a dos mujeres al mismo tiempo. Es así como en 1974, asesinaría a Janice Ott y Denisse Naslund (el mismo día) con el fin de imitar a Schaefer.

Ted le contó esto a Schaefer, quien lo tomó como un halago; por lo que también decidió sincerarse con él. Le dijo: “Ted... tú no eres el mejor. Yo lo soy”. Ted, intrigado, le preguntó a cuántas mujeres había asesinado.

Schaefer, ante la incredulidad de su compañero, solo le sonreía y miraba fijamente, lo cual terminó por sacarlo de quicio. Como estaban en celdas contiguas, Schaefer continuó burlándose de Ted, recordándole que el número de asesinatos que había cometido, no era suficiente. Esto, sumado a que las investigaciones de la policía comenzaron a vincular a Schaefer en más de 110 asesinatos, era algo que Ted Bundy no podía soportar.

Gerard John Schaefer, nace en Nueva York el 25 de marzo de 1945. Se sabe que Gerard era un chico que gozaba torturando animales y que también sentía atracción por la ropa interior de mujer. Se graduó de la Universidad, en donde demostró ser un gran estudiante. Luego se casó y comenzó una carrera como maestro; sin embargo sería despedido por “comportamiento totalmente inapropiado”.

Schaefer, finalmente, decidió ingresar a la policía, en donde se convirtió en oficial y fue ayudante de *Sheriff*. Con su ropa de oficial de policía, y una eterna y cínica sonrisa en el rostro, Gerard John Schaefer comenzó a buscar a sus víctimas entre las cientos de chicas que hacían autostop en la carretera. Su nueva posición, como agente de la ley, le otorgaba una ventaja enorme para realizar sus fechorías y lo sabía a la perfección. Convencido de que jamás sería atrapado, ya que se consideraba alguien sumamente listo e inteligente, decide empezar a matar de forma muy particular: Escogiendo dos víctimas al mismo tiempo. Schaefer solía

recorrer las carreteras y toparse con varias jovencitas pidiendo aventón. Aquello representaba una oportunidad tentadora para sus desviadas pretensiones.

Haciéndose pasar por un preocupado y honorable agente de la ley, se detiene junto a las chicas y las reprende por estar haciendo autostop, debido a que es algo muy arriesgado y peligroso. Por lo general les ofrece un aventón, aunque también podía mostrarse más severo y llevárselas detenidas. Una vez dentro del vehículo, las amenaza y apunta con su revólver, para luego detenerse en un sector solitario y obligarlas a adentrarse en el bosque. Cuando las muchachas se daban cuenta de que aquel policía no era un sujeto normal, ya era demasiado tarde. Las ataba a los árboles, les tomaba fotografías, para luego torturarlas y matarlas. Aun así, la tortura psicológica era su especialidad... jugaba con ellas, diciéndoles que debían dar las razones de por qué la otra debía morir primero. Mientras las chicas lloraban, imploraban por sus vidas y pedían no ser la primera en morir, Schaefer sentía un enorme placer sexual. Después de matarlas, las descuartizaba y enterraba en el bosque.

El 21 de julio de 1972, Schaefer atacó a dos muchachas de 17 y 18 años, las ató a unos árboles y las abandonó, prometiéndoles que volvería pronto. Luego de dar un paseo durante un par de horas, el asesino volvió por sus presas, pues encontró interesante (y excitante) dejarlas solas en el bosque, corriendo el riesgo de que estas pudieran escapar. Pero cuando llegó al lugar donde las mantenía cautivas, descubrió que las chicas, efectivamente, consiguieron zafarse de las ataduras y se habían dado a la fuga. Schaefer comprendió que esto lo podía meter en problemas, así que llamó inmediatamente al *Sheriff* y le comentó que había hecho algo estúpido... que se había sobrepasado con dos chicas, al tratar de “asustarlas” para que dejaran de hacer autostop. El *Sheriff* quedó

sorprendido por la falta de criterio del oficial. Obviamente aquello le traería grandes consecuencias.

Salieron en busca de las muchachas y las encontraron vagando por el bosque, muy asustadas. Después de este incidente, Schaefer fue expulsado de la policía y quedó con libertad bajo fianza. Pocos meses después, volvía a las andadas; pero esta vez no como oficial de policía. Uno de estos “crímenes dobles”, quedó al descubierto en 1973, cuando se encontraron los cuerpos en estado de descomposición de dos chicas. Los cadáveres descuartizados, mostraban rasgos de haber sido atados a unos árboles, lo que recordó a los investigadores el caso Schaefer. Luego de una orden de cateo en la casa del ex policía, se hallaron cientos de aretes y anillos de mujeres desaparecidas, además de escritos y dibujos de Gerard Schaefer, que lo delataban como un sádico psicópata. En ellos, describía cómo asesinar “putas”, torturarlas, desmembrarlas y abandonarlas en el bosque. Schaefer parecía tener una respuesta para todo. Decía que esos escritos, eran parte de un libro que estaba escribiendo, el cual estaba basado en la vida de un asesino en serie; pero que no correspondían a sus sentimientos, experiencias ni su modo de pensar. El tribunal no le creyó y se probó su conexión con los asesinatos de las dos chicas halladas en el bosque. Le dieron cadena perpetua y la policía aún sospechaba que Schaefer había cometido más de 30 asesinatos; sin embargo no había más pruebas. Los noticieros intentaron difundir la noticia del cruel asesino serial; pero Schaefer era, también, un hábil extorsionador y estafador. Cada vez que un periodista quería sacar el tema a la palestra o mencionar su nombre en algún artículo, Schaefer lo demandaba. Los medios de comunicación decidieron vetarlo, para evitar los costosos juicios. También se dedicó a estafar por teléfono, durante su estadía en la cárcel, enviándole ropa interior femenina a perversos. Se hacía pasar por una mujer que cobraba

dinero para que otros hombres lavaran su ropa interior y luego se la enviaran de vuelta por correo, además de una buena cantidad de dinero. También fue abogado de varios reclusos en su estadía en prisión; pero luego los traicionaba y delataba sus crímenes a la policía, por lo que se ganó mala fama dentro del penal e incluso llegó a enviar a uno de sus propios “clientes” al pasillo de la muerte. También tramó varias formas de escapar y generar conspiraciones dentro de la cárcel, las cuales casi pasan desapercibidas por la policía. Como si fuera poco, se dedicaba a escribir falsas cartas de amor a otros presos. En ellas, se hacía pasar por ex parejas de los reos, mientras se reía de ellos a sus espaldas.

Decidió conceder una entrevista, pocos años antes de su muerte, para un documental acerca de su caso. En ella, se mostró como un monstruo cruel y despiadado, pero sin dejar de lado la cínica sonrisa que lo caracterizaba y una mirada tan recalcitrante, como intimidante. Disfrutó cada minuto de la entrevistas, jactándose de sus crímenes y sacando a relucir su indudable capacidad de hacer sufrir a los demás, sobre todo cuando reconoció haber torturado psicológicamente al mismo Ted Bundy.

Según algunas fuentes, Bundy habría solicitado, en algún momento, que lo alejaran de Schaefer, pues ya no lo soportaba. Lo cierto es que se sentía perturbado al saber que Schaefer era, por lo visto, más cruel que él mismo. Un ejemplo interesante de esta situación, son las declaraciones de Bundy y Schaefer, con respecto a sus crímenes. El primero, Bundy, decía estar arrepentido... obviamente un arrepentimiento falso; pero sabía que debía actuar como si esto le afectara, ante la sociedad. Esta actitud la tomó poco antes de ser ejecutado y existe un documental ampliamente difundido, en el cual pide perdón a los familiares de sus víctimas y “lamenta” lo ocurrido; a pesar de haber hecho todo lo posible, años antes, por salir airoso de la situación.

Muy por el contrario, Schaefer, narraba con placer enfermizo el cómo asesinaba y torturaba a sus víctimas. No le importaba quedar bien con nadie, pues su placer radicaba en el espanto que provocaban sus declaraciones y su personalidad retorcida. Disfrutaba de ser un asesino y narrar sus sórdidas historias, pero con la astucia suficiente como para no volver a ser condenado por otros crímenes. Después de todo, sabía bastante sobre leyes. El periodista que lo entrevistó, diría más tarde que Schaefer era el peor asesino que le había tocado entrevistar en su vida. Otro policía, ex compañero de Schaefer, lo calificó como “la peor persona que jamás había conocido”.

Entre las más aterradoras declaraciones de Schaefer, además de insinuar constantemente que asesinó a más víctimas que Ted Bundy, dice haber leído tanto sobre Albert Fish (asesino en serie caníbal) que decidió devorar a dos de sus víctimas y comerlas con pimientos y cebollas. También se preguntaba, con sarcasmo, si matar a una mujer embarazada contaba como dos asesinatos a la vez. En todo momento, las trató de “putas” y no mostró remordimiento alguno.

Luego de que su caso se hizo público, una ex novia que tuvo Schaefer en la secundaria, Sondra London, lo visitó. Le propuso tomar sus escritos y publicarlos como cuentos de horror y él aceptó complacido. Una vez más, el espeluznante mundo interior de Gerard Schaefer quedaba expuesto... y en él, quedaba claro que su inicio como asesino serial comenzó cuando contaba con apenas 19 años, pues estos cuentos eran, decididamente, una autobiografía camuflada. En 1991, Schaefer y London retomaron su relación amorosa; pero al poco tiempo, Sondra decidió terminarla, pues se había enamorado de otro asesino en serie, Daniel Harold Rolling (Ver capítulo **Mujeres que aman a los asesinos**). Schaefer se enfureció y la

demandó por el robo de sus escritos. Más tarde, llegaría a amenazarla de muerte, pues se sentía traicionado.

En 1995, Schaefer fue encontrado muerto. Había sido salvajemente apuñalado cuarenta veces por su compañero de celda. Este jamás mencionó el motivo; sin embargo, muchos aseguran que varios reclusos lo querían ver muerto debido a que “vendía” información a la policía para obtener beneficios, además de que ya no lo soportaban.

DEAN CORLL Candyman, El Hombre de los Caramelos



Fuente: HoustonPress

Houston, Texas, a principios de 1970, era una ciudad en franco desarrollo. Rodeada de empresas, yacimientos petrolíferos y acosada por un calor constante y sofocante, siempre se caracterizó por ser una metrópolis

humeante, en donde la paciencia era escasa y las tasas de homicidios bastante altas. A pocos kilómetros de la ciudad, se erigían mansiones enormes y conglomerados de edificios luminosos y lujosos que eran el reflejo de la situación en Houston... pero también existían barrios, como The Heights, más oscuros y silenciosos, los cuales no eran necesariamente pobres; pero que se caracterizaban por albergar empresas familiares de más baja categoría, como chatarrerías, lavanderías, talleres de reparaciones con máquinas grasientas, asentadas en plena calle o bazares que ofrecían “objetos artísticos” que, en realidad, no eran más que antigüedades de poco valor. Muchas de las casas de The Heights, se conservaban aseadas y decoradas; pero la gran mayoría eran grises *bungalows* medio derruidos, con los *porches* repletos de automóviles averiados, neveras y lavadoras abandonadas.

Algunos de los jóvenes de The Heights, sentían gran atracción por el consumo de marihuana. Por aquel entonces, el consumo de LSD resultaba bastante atractivo en otros Estados; pero en Houston, la marihuana parecía acaparar casi todo el interés. También solían combinar cerveza con barbitúricos y se popularizó el consumo del pegamento y la pintura acrílica, la cual aspiraban con frecuencia. No era extraño que la policía detuviera a menores de edad completamente drogados, por lo que se masificó una campaña contra las drogas en Houston, principalmente en el barrio de The Heights.

Probablemente, las expectativas de los chicos de estos barrios no eran muy altas. Lo máximo a lo que muchos aspiraban era salir del colegio, comprar un auto, modificarlo con repuestos viejos y quizás trabajar de garzón, carpintero, peón o encofrador. Algunos habían logrado conseguir algún automóvil de segunda mano antes de salir de la escuela, y eran la envidia del vecindario.

En 1971, un par de desapariciones comenzó a inquietar al barrio. Chicos de entre 13 y 18 años, parecían haberse marchado de casa sin dejar rastro. La policía, aseguraba que muchos de estos muchachos buscaban huir de The Heights, con el fin de encontrar un trabajo mejor remunerado en algún otro sitio, por ende, terminaban derivando a las familias con trabajadores sociales, en vez de averiguar qué había ocurrido con sus hijos. Sin embargo, las familias de los desaparecidos insistían en que no era el caso, que los muchachos difícilmente se las podrían apañar solos y mucho menos si viajaban a otro Estado. También, resultaba muy extraño que hubieran de casa sin llevar ropa, dinero o alguna otra pertenencia. Aun así, la policía prefirió conformarse con las evidencias que tenían a mano. Algunos de los chicos desaparecidos, ya se habían extraviado anteriormente durante días o incluso semanas, para aparecer medio drogados más tarde. No había motivos para pensar que esta vez fuese distinto. El problema es que pasaron los meses y los años, y los muchachos no aparecían.

La presión de los padres comenzó a acrecentarse cuando empezaron a organizarse. En 1973, casi dos docenas de familias exigía que se revisaran los expedientes de las desapariciones de los chicos de The Heights; sin embargo la policía no contaba con evidencias que les indicaran que todos estos casos se trataran de homicidios ni raptos. Simplemente, los muchachos se habían esfumado y no había nada que investigar.

El 8 de agosto de 1973, la policía recibió el llamado telefónico de un alterado muchacho que aseguraba haber asesinado a un amigo suyo. Su nombre era Elmer Wayne Henley Jr. de 17 años. Este incidente aislado, destaparía la olla a presión de uno de los casos más perversos de asesinatos seriales jamás narrados.

Wayne Henley, era un chico que solía vagabundear por las calles de The Heights con una botella de cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra. Aun así, muchos vecinos de la zona lo conocían y aseguraban que se trataba de un buen chico, aunque algo descarriado. De mirada dulzona y rostro encantador, Wayne parecía un muchacho más del vecindario. De pequeño, había sido considerado como uno de los mejores estudiantes de su clase; sin embargo las dificultades en casa, lo obligaron a abandonar la escuela y buscar empleos de poca monta para procurar ayudar en el hogar. Su madre se había divorciado y Wayne no quería que su hermano menor dejara los estudios.

Con el pasar de los años, Wayne comenzó a acercarse a los círculos de droga de la ciudad. No era extraño verlo traficando hierba junto a uno de sus inseparables amigos, David Brook, un chico de lentes, contextura delgada y muy reservado. Entre ambos, forjaron una gran amistad, hasta que conocieron a un tercer sujeto, Dean Corll (de 30 años) con el cual se convertirían en inseparables camaradas. Para ese entonces, Henley tenía solo 14 años, y Brooks 15.

Dean Corll era un sujeto normal y amable que pasaba completamente desapercibido para la comunidad en general. Había nacido el 24 de diciembre de 1939, en Fort Wayne, Indiana. Dean tuvo una infancia bastante normal, aunque un soplo al corazón lo condicionó a permanecer siempre alejado de las actividades en las que participaban los demás chicos de su edad. De todas formas, Dean era un muchacho que no parecía mostrar mucho interés en sociabilizar. Disfrutaba de su soledad. Si un chico lo iba a buscar para jugar un rato, le pedía permiso a su madre. Si lo dejaban, iba. Si se lo prohibían, no iba y punto. Siempre era a él a quien buscaban... nunca fue a buscar a algún amigo a su casa para salir a jugar.

Tampoco se caracterizó por ser un chico travieso ni mucho menos violento. Su personalidad era tan plana que ni siquiera llamaba la atención. Sus padres se separaron tras un matrimonio bastante irregular y su madre (llamada Mary West) se llevó a Dean y Stanley (su hermano menor) a Pasadena, Texas, con la idea de empezar una nueva vida. Posteriormente, se asentarían en The Heights. Allí, y sin ningún tipo de ayuda, la mujer empezó a formar su propio negocio de caramelos de nuez. Había contraído matrimonio por segunda vez; pero las cosas fueron de mal en peor y terminó divorciándose nuevamente, lo cual afectó a su próspero negocio. Su nuevo marido se apropió de la empresa y Mary debió empezar desde cero, esta vez produciendo dulces en su propia cochera, con ayuda del joven Dean. Al parecer Mary West tenía bastante buen manejo de sus negocios, pues la nueva fábrica de dulces, instalada en su propio garaje, empezó a dar bastantes dividendos y pronto logró arrendar un galpón y contrató a varios empleados. Era evidente que estaba superando sus propias expectativas y, de paso, las ventas que generaba su segundo ex marido con la empresa que le había usurpado.

Dean Corll seguía asistiendo a la escuela y tenía una intachable conducta, además de muy buenas calificaciones. Debido a las limitaciones que implicaban sus problemas al corazón, no logró participar de las actividades físicas que tanto le atraían; pero decidió sumarse a la banda del colegio, en donde destacó por tocar el trombón. Así, entre los estudios, los ensayos con su banda musical y las labores en la empresa familiar, Dean parecía utilizar provechosamente su tiempo. Sin embargo, todos sus movimientos parecían ser vigilados y orquestados por su aprensiva madre, quien no dudaba en asegurar que Dean “hacía todo lo que ella le decía”. Cuando Corll cumplió la mayoría de edad, debió presentarse en el ejército, en donde solo estuvo 10 meses antes de ser dado de baja. Sus dificultades

para realizar algunas actividades físicas, se sumaron a su incipiente homosexualidad, lo cual comenzó a dar que hablar entre las autoridades, quienes decidieron alejarlo de las filas y darle de baja. Dean se sintió rechazado y algo traumatizado después de esa experiencia. Prefirió enfocarse en el negocio de los dulces y ayudar a su madre.

A Dean Corll ya se le conocía como *Candyman* varios años antes de salir del ejército. Si bien se le consideraba un chico bastante silencioso, ya desde los once años solía rodearse de entusiastas muchachos que recibían los dulces que generosamente regalaba, todos provenientes de la empresa que había empezado con su madre. A medida que pasaban los años, Corll seguía con su sana práctica de regalar caramelos a los chicos de The Heights; sin embargo, a algunos les empezó a parecer un poco extraño que un hombre de treinta años, a quien no se le había visto ninguna novia todavía, siguiera prefiriendo la compañía de chicos de doce o quince. A pesar de este extraño comportamiento, nadie dudaba que Corll fuera un sujeto normal, responsable, trabajador y generoso. Como buen empresario, siempre lucía impecable, con el cabello corto, bien afeitado y una gran disposición para con sus vecinos... algo muy distinto a la impresión que daban algunos sujetos de su misma edad en The Heights: *hippies* holgazanes que solo se preocupaban de buscar algo de dinero para comprar marihuana. Para el houstoniano promedio, Dean Corll era un hombre de trabajo y correcto. Si encontraba a alguien con dificultades en alguna carretera cercana, se bajaba de su vehículo y ayudaba a los infortunados sin dudarlos. En pocas palabras, era un vecino ejemplar y trabajador... salvo ese pequeño detalle.

Cuando el tercer matrimonio de Mary West fracasó, en 1968, decidió dejar la fábrica de dulces y se mudó a Colorado, dejando a Dean solo en Houston. Mantenían contacto telefónico a menudo y Dean parecía llevar

relativamente bien la situación, aunque ya no contaba con el apoyo de su madre. Ya era un adulto y debía arreglárselas solo. Pero pronto el negocio de dulces se fue a pique, y Corll decidió buscar empleo en el Houston Lighting and Power Company. A partir de ese momento, pasó casi la mayoría de su tiempo libre organizando fiestas en su casa, donde invitaba a muchachos adolescentes a drogarse con pegamento, beber cervezas y fumar. A pesar de abrir las puertas de su hogar a los chicos rebeldes de The Heights, rara vez hablaba con ellos. Los únicos a los que les dirigía la palabra, eran a Wayne Henley y David Brooks, a quienes conoció poco antes de empezar a organizar dichas fiestas. El extraño trío permanecía siempre unido y no se tardó en especular sobre una relación homosexual entre Dean y David, sobre todo cuando Dean le regaló un vistoso Chevrolet Corvette de color verde, en el cual David pasaba a recoger a sus otras amistades. Wayne, por su parte, era famoso por cortejar muchachas, así que se descartaba que mantuviera relaciones con Dean o David. Aun así, el extraño grupo lograba atraer a varios jóvenes a la casa de Corll, en donde podían alojar durante días sin mayor inconveniente. Corll era el único que no se drogaba ni bebía. Estaba presente en casi todo momento; pero sus intervenciones eran casi nulas. Muchos muchachos que participaron de esas fiestas, aseguraban que a veces Dean ni siquiera los saludaba cuando llegaban a su casa y que solo conversaba con David o Wayne, quienes se mostraban más amables y sociables. También negaron, tajantemente, haber sufrido acoso u otra insinuación sexual por parte de Corll; aunque si recordaban que odiaba ser fotografiado y que solía molestarse cuando los chicos llevaban cámaras fotográficas a su hogar. Gran parte de los gastos de dichas fiestas, corrían por cuenta de Corll, a quien no parecía molestarle mucho mantener a sus dos compinches de juerga. Pero después de que Wayne Henley (de 17 años) disparara sobre su

amigo Dean Corll (de 33 años) aquel 8 de agosto de 1973, era obvio que algo ocurría entre ambos.

Wayne estaba muy conmovido por lo ocurrido. Se encontraba con el torso desnudo, sentado en la cuneta de la casa, sollozando y acompañado por una chica y un chico que decían ser sus amigos. Los policías comenzaron a tomar su declaración, mientras otros uniformados registraban la casa. En el interior, se encontró el cuerpo de Dean Corll, el cual había recibido seis impactos de bala del calibre 22. Yacía desnudo, con el rostro hacia la pared; pero un sencillo análisis visual sugería que había sido acribillado de frente, a corta distancia.

La madrugada del 8 de agosto, Wayne Henley acudió a la casa de Dean Corll junto a un chico y una chica, ambos amigos suyos. Generalmente no había problema con llegar de improvisto a casa de Dean... pero no con extraños. El dueño de casa se enfureció con Wayne por no avisarle antes que vendrían; pero finalmente cedió, pues la chica no tenía donde pasar la noche y los dejó alojarse ahí, no sin antes invitarlos a inhalar algo de pegamento para drogarse. Cuando los tres chicos quedaron inconscientes, Corll aprovechó para desnudarlos y atarlos a unas planchas de madera que tenía en casa. Estas, poseían unos orificios por los cuales colgaban unas sogas y unas esposas, dejándolos completamente inmovilizados.

Cuando Wayne despertó, se vio indefenso. Dean le dijo que lo mataría por la torpeza de haber traído a dos intrusos a su casa sin su autorización. El muchacho rogó por su vida, le recordó sus andanzas y le pidió que lo perdonara... le dijo que él le ayudaría a matar y enterrar a los otros dos muchachos. Dean, que lo apuntaba con un revólver, cedió ante los ruegos de Wayne y lo liberó, no sin antes ordenarle que violara y asesinara a la chica... él haría lo propio con el otro muchacho. Cuando Dean se quitó la ropa y se disponía a abusar del chico que aún seguía inconsciente, Wayne

cogió el arma que su captor había dejado sobre la mesa y le apuntó. Dean, enfurecido, comenzó a acercarse de forma amenazante, retando a Wayne a apretar el gatillo: “No dispararás” le gritó; pero Wayne si lo hizo. Luego de liberar a sus amigos, salieron a la calle y llamaron a la policía.

El joven de 17 años despertó el recelo de los investigadores cuando comenzó a mencionar varios asesinatos cometidos por él y el fallecido Dean Corll, a lo largo de casi tres años. Wayne parecía algo drogado y no le tomaron mucho en cuenta... pero cuando mencionó los nombres de sus víctimas, y varios coincidían con los de los chicos desaparecidos en The Heights, saltó la alarma.

Las declaraciones de Wayne fueron muy precisas. Aseguró haber conocido a Dean Corll en 1970, junto a su otro amigo, David Brooks. Los tres congeniaban muy bien y Dean los invitaba a su casa a pasar el rato, drogarse y escuchar música. De pronto, las reuniones fueron tomando otro tono... sobre todo cuando Wayne y Brooks se vieron envueltos en el rapto de menores. Dean Corll les ofreció 200 dólares por cada chico que le llevaran a casa, para poder abusar de ellos y asesinarlos. Si bien, en un principio, solo se limitaban a entregar a los muchachos a Dean; posteriormente pasaron a observar y estar presentes durante los abusos sexuales y terribles torturas que ejercía sobre los menores. También ayudaron a trasladar y enterrar varios de los cuerpos. Wayne aseguró que llegó a estrangular a un par de muchachos, en presencia de Dean, generando un vínculo del que ninguno podía escapar. Dean, buscaba hacerlos sentir tan comprometidos como culpables de los terribles crímenes que cometían.

Durante el registro de la casa, se encontraron las tablas con sogas y esposas, además de un arsenal de juguetes sexuales con los cuales Corll sodomizaba a sus cautivos. También se hallaron cajas con herramientas

que servirían para torturar y mutilar a las víctimas... sin embargo no había ningún cadáver, aparte de el del supuesto asesino en serie.

Wayne aseguró saber dónde se encontraban los cuerpos y, una vez que se terminó de registrar la casa y se retiró el cadáver de Corll, los agentes se llevaron al muchacho a la comisaría.

Al día siguiente, un grupo de policías se hizo cargo del caso. Varios se encontraban de vacaciones y tuvieron que hacer una petición para llamar a dos reos de la penitenciaría para participar en las excavaciones que, supuestamente, dejarían al descubierto varios cadáveres ocultos en un galpón de embarcaciones que arrendaba Dean Corll desde hace un par de años. El lugar estaba repleto de periodistas. La información se había filtrado rápidamente tras las declaraciones de Wayne a la policía. Se esperaba hallar al menos 17 cuerpos.

Tras excavar un par de minutos en el caluroso y oscuro galpón de 4 por 12 metros, los policías dieron con una capa de cal viva, la cual dio paso al primer cadáver. Este mostraba varios indicios de tortura y se encontraba en estado de descomposición. Uno a uno, los cuerpos fueron aflorando del piso y el hedor se volvió insoportable. Los agentes y los reos que estaban realizando las excavaciones, debieron salir en varias ocasiones para recuperar el aliento.

Todos los cuerpos, fueron enterrados en bolsas plásticas transparentes y atados en ambos extremos, como un caramelo. Un detalle ciertamente perturbador considerando que Corll era famoso por regalar dulces a los chicos de The Heights. Esto animó a los medios a bautizar con el apodo de *The Candyman* al asesino en serie que se tomaba las primeras planas de los diarios y las exclusivas de los noticieros nocturnos. Las excavaciones continuaron hasta el 10 de agosto y se encontraron un total de 19 cadáveres. Quedaron algunos espacios en donde no se excavó y varios

periodistas especularon sobre el porqué la policía no continuó removiendo la tierra. ¿Acaso no era posible que allí hubieran más chicos enterrados? La respuesta de los investigadores era que se encontraban contra el tiempo, faltaba contingente y que aún había dos lugares más en donde Wayne Henley aseguraba haber enterrado otros cuerpos junto a Corll. Los periodistas comenzaron a preguntarse si este caso superaría el de Juan Corona, otro asesino en serie que, solo un par de años antes, había hecho noticia cuando se encontraron 25 cuerpos enterrados en su propiedad. Lo cierto, es que la cifra de cadáveres hallados, llegó a 27 tras excavar en los otros dos lugares indicados por Henley y Brooks.

La participación de los dos jóvenes quedó comprobada y ambos muchachos se declararon culpables. Henley mostraba un comportamiento errático y pasaba de la euforia y la risa, al llanto y la desesperación. Por su parte, David Brooks resultó mucho más frío y calculador, aunque la influencia de Corll era evidente en ambos. Difícilmente, habrían podido maquinar solos semejante carnicería.

Las evidencias resultaban abrumadoras y contundentes. Muchos de los cuerpos fueron reconocidos con bastante dificultad, debido al avanzado estado de descomposición. Algunos eran enterrados con ropa... otros, completamente desnudos. Las mutilaciones eran espantosas y debido a un precario procedimiento de exhumación, mucha de la grasa humana, tejidos y huesos, se mezcló en el proceso.

Las autopsias revelaron que todos los muchachos fueron violados y sodomizados. Algunos sufrieron la amputación de los genitales, trituración de los dedos, fractura de costillas y omóplatos por medio de un martillo, además de diversos cortes con cuchillos y tijeras. Tras largos días de tortura, finalmente eran despachados de un disparo en la cabeza o por medio de la estrangulación. Todas estas atrocidades, eran cometidas en la

casa de turno de Dean Corll (solía mudarse con frecuencia) en donde adecuaba un cuarto oscuro para sus perversas prácticas. También, solía fotografiar a sus víctimas durante las torturas y algunas de estas fotos fueron presentadas como evidencia durante el juicio.

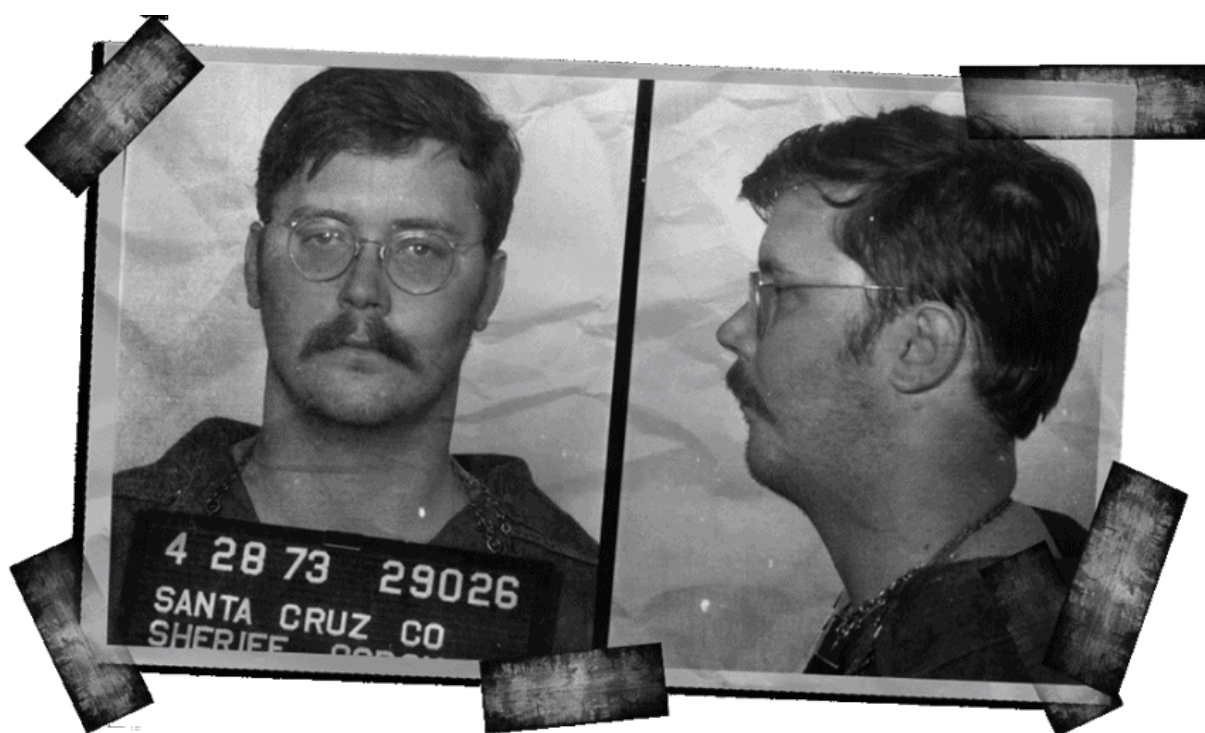
Los padres de las víctimas se mostraron aturridos por la noticia, sobre todo cuando descubrieron que Wayne Henley estaba involucrado en la desaparición de sus hijos. Todos conocían al muchacho desde pequeño y sabían que sus hijos compartían con él y Brooks. Algunos, inclusive, conocían a Corll y jamás sospecharon de él cuando sus hijos desaparecieron. Una cruda y retorcida realidad se desvelaba ante sus ojos y casi nadie daba crédito a lo que estaban presenciando.

El caso, produjo un escándalo tremendo. Miles de angustiados padres llamaban diariamente a la policía, preguntando por sus hijos desaparecidos; pero por cuestiones de presupuesto, se decidió no seguir excavando. Ya se había esclarecido el caso del (por aquel entonces) asesino serial más prolífico de Norteamérica. ¿Para qué seguir gastando recursos? Se podía seguir trabajando en otros casos de homicidios más actuales.

Dean Corll ya estaba muerto y sus cómplices tras las rejas. Era evidente que ningún policía quería inmiscuirse más en aquel caso, pero ¿qué pasaba entonces con las sospechas de que otros cuerpos pudiesen estar enterrados cerca del galpón o quizás en las varias casas que arrendó Corll a lo largo de su carrera como asesino serial? Henley y Brooks eran sus secuaces desde hacía tres años. ¿Y qué tal si antes habían existido otros chicos como ellos y Dean los hizo desaparecer? Muchos especialistas insistían en que Corll debía haber asesinado a, por lo menos, unos 40 o 50 chicos. ¿Era el fin de la historia o solo la punta del Iceberg? Lamentablemente, nunca

lo sabremos y solo podemos hacer un esfuerzo por tratar de descifrar la misteriosa e inquietante naturaleza de Dean Corll.

EDMUND “ED” KEMPER III Co-Ed Killer, El Gigante de Santa Cruz, El Gigante Asesino, Big Ed



Fuente: Grotesque and
Arabesque

Edmund Emil Kemper III, nació en Burbank, California, el 18 de diciembre de 1948. Hijo de Edmund Emil Kemper Jr. y Clarnell Strandberg, fue testigo de innumerables discusiones familiares. Clarnell despreciaba a su marido, al que criticaba constantemente por no tener estudios y no ganar dinero suficiente. Además, decía que era poco exigente con el pequeño Ed y muy estricto con sus dos hermanas (Susan,

la mayor y Allyn, la menor). Por su parte, Ed Kemper padre, era un sujeto taciturno y tranquilo, que quería mucho a sus hijos; pero no pudo soportar los constantes insultos de su mujer y decidió marcharse de casa. Clarnell, en un intento por borrar del mapa a su ex marido y alejarlo de sus hijos, se mudó con ellos a Montana. Aquello afectó mucho a los niños, sobre todo al pequeño Ed, quien veneraba a su padre. Para él, se trataba del típico héroe de guerra americano. Había sido miembro de una Unidad de Servicios Especiales en Europa y siempre le narraba sus historias en el antiguo continente.

El chico y sus hermanas, quedaron bajo el cuidado de su madre, una mujer irracional, conflictiva, bipolar y sumamente manipuladora. Poco tiempo después, Clarnell comienza a encerrar a su hijo en el sótano, durante la noche, porque pensaba que este podía abusar sexualmente de sus hermanas. Ed, con solo 8 años de edad, se sentía culpable de algo que apenas podía comprender. Es en aquel sótano, donde las primeras fantasías asesinas de Ed comienzan a forjarse. Ocho meses más tarde, su padre se enteraría de aquello y le exige a Clarnell que deje de encerrarlo o llamaría a la policía. Al poco tiempo, el chico asesina al gato de la familia enterrándolo vivo. Días después, desentierra su cadáver, le corta la cabeza y la pone en la cabecera de su cama.

En el colegio, el silente Ed no hablaba con nadie y sus compañeros le temían, pues era muy alto, corpulento y los quedaba mirando fijamente, sin musitar palabra. Su madre, jamás se dio cuenta de que fantaseaba constantemente con la muerte: jugaba a la silla eléctrica y a la cámara de gas, en donde él era ejecutado. También decapitaba las muñecas de sus hermanas con tijeras y torturaba cruelmente a animales pequeños.

A los 12 años, Kemper se enfureció con otra gata de la familia, pues prefería estar en compañía de una de sus hermanas. La apuñaló y decapitó

con un machete, para luego ocultar su cabeza en el armario de su cuarto. En una ocasión, Ed le confiesa a una de sus hermanas que estaba enamorado de su maestra de escuela. Sorprendida por la confidencia, la chica lo anima a que se atreva a besarla; pero el muchacho respondería: “No puedo. Tendría que matarla primero”. Años más tarde, Kemper confesaría que, una noche, visitó la casa de su maestra armado con una bayoneta y se quedó parado frente a la ventana. En aquel lugar, fantaseó con matarla y llevarse su cuerpo para hacer el amor con ella. Luego de un par de minutos, se retiró del lugar. Era evidente que sus retorcidas fantasías estaban llegando demasiado lejos.

En 1963, Ed Kemper (contando con 15 años de edad) agota la paciencia de su madre, con la que discutía asiduamente. Había robado el auto de su padrastro, para visitar a su padre en Los Ángeles. Clarnell se había vuelto a casar en 1961, y a pesar de que su nuevo esposo y Ed parecían llevarse bien, el chico ansiaba reunirse con su verdadero padre. Los constantes altercados entre madre e hijo, hicieron que la relación entre ambos llegara a un punto tal, que resultaba necesario distanciarse lo antes posible. El chico, siempre le recriminaba a Clarnell que no estaban con su padre por culpa de ella. Por su parte, la mujer lo denostaba continuamente y se estaba convirtiendo en una alcohólica. Finalmente, Ed Kemper se va a vivir con su padre a Los Ángeles, quien también se había vuelto a casar y lo recibió sin problemas. Sin embargo, Ed despertó el espanto de la nueva esposa de su padre, la cual se sintió intimidada por la apariencia y el físico del muchacho (que medía más de un metro noventa de estatura). Y aunque el mismo padre de Ed medía dos metros, había algo que inquietaba terriblemente a la mujer. Algo en la mirada de aquel chico, no le gustaba. Fue tanta la insistencia, que el hombre decidió mandar a su hijo a la casa de sus abuelos, quienes tenían un rancho en California. Como era de

esperarse, el joven Kemper se sintió despreciado. Todo comenzaría a salir terriblemente mal desde entonces.

Ed, descubriría que su abuela paterna era casi tan insoportable como su madre, lo que terminó por sacarlo de quicio. Lo sermoneaba constantemente, criticando su forma de mirar, lo costoso que resultaba alimentarlo, alojarlo y siempre lo amenazaba con acusarlo con su padre. La mañana del 27 de agosto de 1964, Ed tomó un rifle calibre 22 y le dijo a su abuela que saldría a cazar conejos. La mujer, que se encontraba en la cocina ordenando unos libros, le advirtió que no disparara a los pájaros. Kemper salió de la casa; pero se detuvo a los pocos metros. Preso de una ira incontrolable, se dio media vuelta, apuntó su rifle a través de la ventana de la cocina y le disparó en el rostro a su abuela para, posteriormente, rematarla en el piso con tres tiros a quemarropa y varias puñaladas. Luego del espantoso crimen, esperó pacientemente a su abuelo, que había ido a buscar una encomienda en su camioneta. Cuando lo divisó, se le acercó y le disparó en la cabeza, matándolo en el acto.

Inmediatamente después, Clarnell recibió una llamada de Ed. En ella, el muchacho le dijo que sus abuelos habían muerto. Sospechando que su hijo tenía algo que ver, le ordenó que llamara inmediatamente al *Sheriff*.

Posteriormente, Ed llamó a la policía y les dijo con voz tranquila y monótona: “Les he disparado a mi abuelo y abuela. Están muertos”. Cuando los policías que llegaron al lugar le preguntaron por qué lo había hecho, el muchacho dijo: “Quería saber qué se sentía matar a mis abuelos”.

Durante el juicio, Kemper declaró que odiaba a su abuela; sin embargo, esto no explicaba el por qué había matado también a su abuelo. Ante la pregunta, Ed respondió: “A él lo quería. No podía verlo sufrir porque su nieto había asesinado a su esposa”. La frialdad de la confesión del joven

asesino, convenció al jurado de que se trataba de un enfermo mental y fue internado, el 16 de diciembre de 1964, en un hospital de alta seguridad para agresores sexuales y criminales dementes, en Atascadero. Allí, Edmund Kemper se transformó en un interno modélico, demostrando ser un chico brillante, agradable, agudo y sumamente inteligente. Los test psicológicos y psiquiátricos, demostraron que poseía un CI de 145. Despertó la simpatía y se ganó la confianza de varios doctores, quienes le permitieron el acceso de los informes psiquiátricos de otros internos, con el fin de catalogarlos y ordenarlos en carpetas. Sin embargo, Kemper solo lo hizo para memorizar las respuestas correctas, con la idea de sortear con facilidad las pruebas que se le realizaban a él mismo con regularidad. Como era de esperarse, los resultados de las evaluaciones psiquiátricas realizadas en Kemper, resultaron tremendamente positivas.

En 1969 y a pesar de que varios psiquiatras aconsejaron no dejarlo en libertad, pues pensaban que se trataba de un peligroso y astuto psicópata, Edmund Kemper consigue ser dado de alta y vuelve a vivir con su madre, algo que los profesionales también habían desaconsejado rotundamente. Con 21 años de edad, 2,06 metros de estatura y 135 kilos, Ed había salido del manicomio convertido en un verdadero gigante. Lejos de haberse mejorado, no solo había aprendido de memoria los test psiquiátricos para simular un pensamiento racional y normal; sino que había compartido experiencias con peligrosos violadores, los que le confesaron varios de los métodos que utilizaban para engañar y violar mujeres. Ed Kemper, se había transformado en un sujeto mucho más peligroso que antes... y se encontraba en libertad.

Se mudó inmediatamente a Santa Cruz, pues su madre se había divorciado por tercera vez y llevaba un tiempo viviendo allí. Por aquel entonces, se sentía aún más alienado. La revolución *hippie* se había tomado los Estados

Unidos y él no empatizaba con ellos. A pesar de ser un joven de 21 años, veía a los *hippies* como chicos de clase baja y los despreciaba. De hecho, su propia madre tenía una apreciación similar sobre dichos muchachos. Ed vestía de forma convencional, llevaba un bigote recortado, cabello corto y unos grandes lentes de marco metálico; mientras los jóvenes de la época se decantaban por lucir largas cabelleras, vestir ropas de colores y consumir todo tipo de drogas.

Kemper comienza a pasar el tiempo en un bar de policías, conocido como el Jury Room (el cual estaba ubicado justo al frente del juzgado local). En él, decenas de agentes de la ley se reunían a compartir sus experiencias y no tardó en hacer buenas migas con ellos. Ed se sentía mucho más a gusto en ese lugar, en medio de sujetos mucho más conservadores. De hecho, se convertiría en amigo de varios de los agentes, quienes solían bromear con él y terminaron apodándolo Big Ed, debido a su estatura descomunal.

Kemper demostraba tener un sentido del humor negro, irónico y mordaz, lo que despertó la simpatía de todos los que asistían con regularidad a dicho recinto. Es, en ese momento, cuando decide intentar formar parte del cuerpo de policía. Kemper admiraba a John Wayne y quería verse, a sí mismo, como un policía rudo; pero justo. Sin embargo, su estatura le jugó en contra y fue rechazado por ser demasiado alto. Aquello significó un gran golpe para sus pretensiones. Anhelaba ser un policía, tener poder y autoridad. Despechado tras el rechazo, desechó todas las otras opciones que se le presentaron, como estudiar una carrera universitaria. Era un sujeto sumamente inteligente; pero se cerró a toda otra alternativa y decidió buscar un trabajo mediocre, con tal de salir de casa y no pasar demasiado tiempo con su madre.

Meses más tarde, consiguió un empleo en el Departamento de Autopistas de California, como guardavías. Logró comprarse una motocicleta; pero

sufrió un accidente que lo dejó con una herida leve en la cabeza. La compañía de seguros le cedió un automóvil de segunda mano, con el cual pareció quedar conforme. Al poco tiempo, alquiló una pieza en los suburbios de San Francisco, lo que significó un alivio tanto para él, como para su madre.

El movimiento *hippie*, había desatado un espíritu de cierto relajó y displicencia en gran parte de la comunidad adolescente de Santa Cruz y los Estados Unidos. Kemper observaba, anonadado, cómo varias muchachas hacían autostop en las carreteras cercanas, vestidas ligeras de ropa y sin ningún tipo de cuidado. Poco a poco, se animó a detenerse frente a ellas para conversar un rato, antes de despedirse amablemente y marcharse. Kemper, quería evaluar qué tan cauteloso podía llegar a ser al acercarse a una chica, sin despertar sus sospechas. Aun dentro de su vehículo, lucía como un sujeto enorme; pero comenzó a cuidar sus formas, con tal de parecer alguien educado y agradable. Incluso, compró un par de gafas que lo hacían ver “ridículo”, solo para no lucir como alguien intimidante. Su objetivo, era conseguir que alguna chica se subiera a su vehículo sin sentirse amenazada... hasta que lo consiguió.

Entre 1970 y 1971, Kemper transportó a más de 150 muchachas que hacían autostop en las carreteras de Santa Cruz, sin tocarles un solo cabello. Se mostraba como un sujeto simpático, inocentón y amable, además de un excelente conversador. Incluso, había aprendido un pequeño pero efectivo truco para despertar la confianza de las chicas que, cuando él se ofrecía a llevarlas, lo miraban con algo de suspicacia. Cuando detenía su automóvil y las mujeres le indicaban a dónde iban, Kemper miraba la hora en su reloj y dudaba un par de segundos antes de invitarlas a subir al coche. Ese pequeño detalle, hacía que las chicas pensaran que se trataba de un sujeto ocupado, que debía ir a trabajar o volver pronto a su casa. Difícilmente

podían sospechar que se encontraban, cara a cara, con un calculador y sagaz psicópata que solo estaba testeando sus métodos de engaño.

El 5 de mayo de 1972, la decisión ya estaba tomada. Kemper buscaría una chica a la cual asesinar. Mientras conducía su Ford Galaxie amarillo, se topó con dos adolescentes que pedían un aventón. Mary Ann Pesce y Anita Luchessa, de 18 años, le pidieron a Kemper que las llevara a la Universidad de Stanford. Este les dijo que podía dejarlas cerca y ambas jovencitas subieron a su coche. Tras unos cuantos minutos de viaje, Kemper se salió de la carretera y las chicas comprendieron que estaba en problemas. El conductor las apuntó con un revólver de 9 milímetros y detuvo el vehículo. Mary Ann Pesce, era una muchacha muy atractiva e inteligente. Intentó razonar con su captor, el cual comenzó a sentirse algo incómodo por la gran personalidad que demostraba la chica. Sin embargo, Ed no tenía planeado detenerse. Había fantaseado, durante años, con asesinar a una joven estudiante y lo llevaría a cabo hasta las últimas consecuencias. Inmovilizó a ambas muchachas y metió a Anita Luchessa en el maletero. Según él, sus intenciones eran las de llevarlas hasta su departamento. Pero tan pronto se vio a solas con la bella Mary Ann, le puso una bolsa de plástico en la cabeza y procedió a estrangularla con un cinturón de cuero. La muchacha luchó desesperadamente por su vida, mordió la bolsa y le hizo un agujero para poder respirar, mientras gritaba y se retorció. De pronto, se escucharon unas voces cercanas. Mary Ann continuó gritando, por lo que Kemper decidió coger un cuchillo y apuñalarla, en repetidas ocasiones, intentando dar con su corazón; pero no lo consiguió. Las puñaladas fueron tan brutales, que una de ellas atravesó por completo a la pobre chica, que seguía forcejeando, hasta que el gigante la cogió por el mentón y la degolló. La lucha cesó y Mary Ann se desvaneció, muriendo desangrada. Minutos después, Kemper abrió el

maletero y la otra muchacha, Anita Luchessa, fue su siguiente víctima. Ambos cayeron al piso, en donde Kemper la apuñaló hasta la muerte. Cogió ambos cadáveres, los metió en la cajuela del auto y se marchó del lugar.

Cuando volvió al departamento que había arrendado, sacó los cuerpos de su automóvil, los introdujo a su habitación y procedió a descuartizarlos, mientras iba registrando el proceso con una cámara Polaroid. Mantuvo relaciones sexuales con parte de los cadáveres, antes de meterlos en bolsas, llevarlos de vuelta a su maletero y dirigirse a un sitio abandonado, en donde los sepultó. Sin embargo, Kemper había guardado las cabezas de ambas chicas en su habitación. Esto, se transformaría en uno de sus fetiches más oscuros, el cual consistía en masturbarse frente a las cabezas decapitadas de sus víctimas, además de atesorarlas como si se tratasen de trofeos. Como era de esperarse, a los pocos días, la pestilencia de su habitación se volvió un inconveniente. Sabía que si se iba a deshacer de las cabezas, debía ser de forma eficaz o las chicas podían ser identificadas por sus registros dentales. Finalmente, decidió conducir hasta una montaña y lanzarlas por un barranco.

Ambas muchachas, Pesce y Luchessa, aparecieron, posteriormente, en los reportes de personas desaparecidas. Sin embargo, la policía no había iniciado ninguna investigación seria, pues muchas chicas y chicos solían huir de casa a otros Estados, influenciados por el estilo de vida *hippie* imperante en aquellos años. Kemper, por su parte, estaba consciente de que había cometido un crimen defectuoso y no había sido tan reconfortante como lo había imaginado. Había vacilado a la hora de encañonar a Mary Ann Pesce, pues le pareció una muchacha atractiva e inteligente. Tuvo que forcejear demasiado para asesinarla y había escuchado a personas cerca del lugar elegido. Cuando apuñaló a Anita

Luchessa, se había herido a sí mismo con el cuchillo. Todos esos detalles, tendría que corregirlos en sus próximos ataques.

Pasaron cuatro meses antes de que las cabezas de las dos muchachas fueran halladas. Como el asesino tenía previsto, los restos fueron identificados por sus registros dentales y la policía se encontraba ante un espeluznante doble asesinato. Sin embargo, Kemper estaba tranquilo. Seguía asistiendo al Jury Room regularmente y los agentes que comentaban el caso, confesaban que no tenían ninguna pista sobre aquel crimen. Además, Kemper sabía que había sido lo suficientemente astuto como para no dejar ninguna huella que lo incriminara.

Poco tiempo después, Ed Kemper sufrió un nuevo accidente en motocicleta, que lo dejó con un brazo enyesado y obtuvo una licencia médica por varios meses, por lo que decidió dedicar su tiempo libre en idear alguna forma de limpiar sus antecedentes juveniles, pues había decidido buscar un mejor empleo... y comprar un revólver. Había pasado cinco años en un hospital psiquiátrico por asesinar a sus abuelos, así que no sería tarea fácil.

En su mente, Kemper seguía reviviendo, una y otra vez, el asesinato de las dos chicas. Se masturbaba mirando las fotos que les había tomado y, de vez en cuando, visitaba las improvisadas tumbas en las cuales aún se encontraban enterradas; aunque sin sus cabezas. Según sus posteriores confesiones, se había enamorado de Mary Ann Pesce.

El 14 de septiembre, Kemper volvería a actuar. Esta vez, su víctima sería Aiko Koo, una joven estudiante oriental de solo 15 años. La muchacha no solía pedir aventones en la carretera; pero iba atrasada a una clase y decidió hacer autostop. Ed se detuvo y se ofreció para llevarla, a lo que la chica accedió agradecida. Sin embargo, a los pocos minutos de trayecto, Kemper cambió de rumbo abruptamente y la joven comenzó a ponerse

nerviosa. El conductor sacó una Magnum .357 y se la colocó en las costillas, asegurándole que no le haría daño. Es más, le confesó que se iba a suicidar; pero que antes quería conversar con alguien, pues se sentía triste y solo. Seguramente la muchacha le creyó y se dejó conducir hasta un lugar alejado pensado, de forma inocente, que podría salir con vida de aquella situación. Tras detener el vehículo y amordazarla, Kemper la sofocó hasta dejarla inconsciente, para luego violarla y estrangularla con una bufanda que llevaba la misma víctima. Luego, introdujo el cadáver de la chica en el maletero de su vehículo y condujo hasta un bar cercano, en donde entró para beber una cerveza.

Ed Kemper, se sentía pleno. En esta ocasión, el crimen había resultado mucho más satisfactorio por el hecho de que mantuvo la situación bajo control todo el tiempo. Incluso decidió visitar a su madre, pocas horas después de haber asesinado a aquella chica, con el único fin de analizar su propio comportamiento o si demostraba algún rasgo de nerviosismo. Tiempo después, tras su detención, él mismo confesaría lo siguiente: “Durante hora y media hablé con mi madre de cosas intrascendentes, exclusivamente para pasar el tiempo, diciéndole por qué estaba más abajo de la bahía: una mentira, una invención, comprobando con ella si se revelaba en mi rostro, en mi comportamiento o en mi modo de hablar algo de lo que estaba haciendo; y no fue así. Ella no se mostró alarmada en absoluto ni me hizo preguntas inoportunas”. Cuando Kemper se despidió de su madre y salió de la casa, no pudo resistir la tentación de mirar en el interior del maletero de su automóvil “sabiendo ya que estaba muerta, palpándole el cuerpo para saber qué partes estaban aún calientes, más bien por curiosidad”. Más tarde, llegó a su departamento, en donde descuartizó el cadáver de Aiko Koo y diseminó sus restos en las montañas de Santa Cruz. Nuevamente, el asesino había guardado la cabeza de su víctima.

Dos días más tarde, Kemper debía asistir a una entrevista con una pareja de psiquiatras forenses en Fresno, para evaluar su actual estado mental. Una vez que se presentó ante los especialistas, estos quedaron muy satisfechos por los grandes avances del paciente. Su actuación resultó tan convincente, que decidieron acceder a la solicitud que había realizado, meses antes, para limpiar sus antecedentes juveniles por el asesinato de sus abuelos. Lo que no sabían, era que Kemper había asistido a la cita con la cabeza de Aiko Koo en el maletero de su coche.

Cada vez que asesinaba, Ed Kemper se sentía más seguro. Al mismo tiempo, buscaba situaciones riesgosas para exaltar esa sensación de control e impunidad que lo gratificaba. Seguía asistiendo al bar de policías, con los que conversaba amigablemente y entre los cuales no despertaba la más mínima sospecha. Es más, varios de los agentes ya le habían cogido bastante estima. Al mismo tiempo, continuaba deteniéndose en las carreteras para llevar a distintas autoestopistas a paraderos desconocidos. Conversaba con ellas un par de minutos y evaluaba si se trataba de una víctima potencial o no. Si la muchacha era una estudiante libertina, de clase media y atractiva, pensaba inmediatamente en matarla. Por el contrario, si la chica era de clase baja, sin estudios o con dramas familiares, Kemper perdía el interés en ella. Su idea, era golpear a la sociedad donde más le dolía y, según él, era en ese perfil de mujeres. Sin embargo, tampoco actuaba de forma impulsiva. A la gran mayoría de ellas, no les hizo daño alguno.

El siguiente asesinato, lo cometió el 8 de enero de 1973. Ed aún tenía el brazo escayolado, pues la lesión había tardado más de la cuenta en sanar y aquello le estorbaba a la hora de cometer sus crímenes. Como aun no podía volver al trabajo, el dinero comenzó a escasear y se vio obligado a volver a casa de su madre. Aquello, lo tenía sumamente disgustado. Aun

así, por fin pudo comprar un revólver inscrito a su nombre (pues la magnum que tenía, había sido obtenida de manera ilegal). Sus papeles estaban completamente limpios y no resistió la tentación de salir a estrenar su nueva arma. Tras dar varias vueltas cerca del campus universitario de Santa Cruz, divisó a una joven que hacía autostop. Su nombre era Cynthia Schall, una bella estudiante que cometió el peor error de su vida al subirse al vehículo de un desconocido. Una vez más, Kemper decidió utilizar el truco del “suicida”. Le mostró el arma y le dijo que quería quitarse la vida, que no le haría daño y que solo deseaba charlar. Cynthia quedó pasmada y, ante la extraña situación, solo se limitó a colaborar. Tras llevarla a un lugar aislado, le dijo que deseaba seguir conversando con ella en su casa; pero que debía meterla al maletero, para que su madre no lo viera llegar con una chica. Después de varios minutos de insistencia, Cynthia accedió y se metió al portamaletas. Kemper, sin perder el tiempo, sacó su revólver y la mató de un disparo en la cabeza. Posteriormente, huyó con el cadáver y lo escondió en el armario de su casa. Al día siguiente, abusó sexualmente del cuerpo y lo descuartizó, para luego lanzar los restos por un barranco. Nuevamente, se quedaría con la cabeza de su víctima para sus prácticas necrófilas; pero, esta vez, un policía encontraría partes del cuerpo de la chica a tan solo dos días del crimen. Aquello complicó al asesino, quien decidió quemar la cabeza en cuanto se enteró del hallazgo y se deshizo de todas las evidencias. Ed cometía sus crímenes de forma cada vez más mecánica, sin remordimientos, como si se tratara de un autómatas. El asesinato de Cynthia, no le había provocado ninguna emoción. La mató de un solo disparo, sin titubear, sin inmutarse. Aun así, sus sórdidos deseos de asesinar, seguían intactos.

El 5 de febrero, Rosalind Thorpe, una estudiante de 23 años, decidió hacer autostop en la carretera cercana a la Universidad de Santa Cruz. Ed Kemper, quien pasaba por el lugar, detuvo su vehículo y la invitó a subir. Ambos se fueron conversando amablemente, hasta que divisaron a otra muchacha en la autopista. Se trataba de Alice Liu, una joven de 21 años que se encontraba en un lugar apartado y oscuro del camino, pidiendo un aventón. Ed no dudó en detener su automóvil y Alice se sentó en el asiento trasero. En ese mismo momento, el conductor sacó un revólver y le disparó en la sien a Rosalind Thorpe, la cual se encontraba en el asiento del copiloto. Luego, comenzó a disparar sobre Alice Liu, hasta matarla. Mientras conducía el vehículo, Kemper sentía la curiosidad de abrir el cráneo de Rosalind, pues tenía una frente amplia y el asesino quería ver cómo lucía su cerebro. Sin embargo, escuchó quejidos en el asiento trasero. Alice Liu seguía con vida. Condujo hasta un lugar solitario, detuvo su automóvil y le disparó en la cabeza para, posteriormente, volver a la casa de su madre con ambos cuerpos en el maletero de su coche. Una vez en casa, Ed saludó a su madre y después de algunos minutos (cerca de las 22:00 hrs.) le dijo que saldría a comprar cigarrillos. Fue hasta su vehículo, que estaba aparcado en plena calle, abrió el maletero y decapitó a Rosalind y Alice, con un cuchillo. A pesar del atrevido acto de Kemper, nadie lo vio. Al día siguiente, abusó de los cuerpos decapitados; aunque no los des- cuartizó completamente y solo amputó sus manos. Por lo visto, aquello ya no llamaba mucho su atención. Metió ambos cadáveres en su maletero y fue a visitar a un amigo que vivía cerca de San Francisco. Su idea, era la de deshacerse de los restos en un lugar diferente, para despistar a la policía. Finalmente, lanzó los cuerpos de Rosalind Thorpe y Alice Liu por un barranco, en Eden Canyon. Las cabezas y las manos de

sus víctimas, fueron a dar al fondo de un lugar conocido como “El Acantilado del Diablo”.

Kemper, comenzó a beber con más frecuencia de lo habitual. Sin embargo, cada vez que cometía un crimen, se encontraba sobrio. Según sus posteriores confesiones, quería parar de matar y solo estando borracho podía detenerse. Pero sus fantasías necrófilas continuaban acosándolo y no podía controlarse.

Dos semanas después del doble crimen, los restos de Thorpe y Liu fueron encontrados por la policía. Como si fuera poco, el cadáver de otra muchacha, Mary Guilfoyle, es hallado en las cercanías. Guilfoyle, había sido víctima de otro asesino serial que estaba rondando la zona, Herbert Mullin, un esquizofrénico que cometió 13 asesinatos durante el mismo período de tiempo en el que Ed Kemper estuvo activo en Santa Cruz. Los agentes comenzaron a rondar por las carreteras y no había lugar en donde no hubiese un policía vigilando.

Kemper comenzó a sentirse nervioso. Sabía que había llegado a la cúspide de su carrera criminal y había decidido cerrarla con broche de oro. Tenía un plan diabólico que quería llevar a cabo. Quería demostrar, con un espantoso acto final, de qué era realmente capaz:

“Quería encararme con las autoridades de Santa Cruz. Demostrarles que iba en serio y del tipo de monstruo que debían enfrentar. Pensé en matar a todos los vecinos de mi manzana. Y no solo a los que vivían en ella; sino también en las casas cercanas, lo que incluía a unas diez o doce familias. Mi ataque habría sido lento, metódico, sistemático. Sabía que podía hacerlo”.

Sin embargo, el 20 de abril de 1973, Ed decidió que debía matar a su madre. Cogió un martillo y se introdujo en su habitación. Clarnell dormía plácidamente, hasta que recibió un duro golpe que le destrozó el cráneo.

Luego, Ed cogió un cuchillo y la decapitó, para luego llevar la cabeza hasta el living de la casa, en donde la puso sobre la chimenea y comenzó a lanzarle dardos, mientras la insultaba. También le arrancó la lengua y la laringe, para meterlas en la trituradora de basura. Posteriormente, violó el cadáver y lo escondió en un clóset, antes de salir a emborracharse a un bar cercano.

Kemper no podía creer lo que había hecho. De cierta forma, la relación con su madre era sumamente compleja. A ratos la odiaba; pero también se preocupaba por ella. Aun así, estaba completamente convencido de que las mujeres a las que raptó, asesinó y descuartizó, murieron por culpa de cómo ella lo había criado.

El mismo día del asesinato de su madre, Ed llamó por teléfono a una vieja amiga de su madre, Sara Taylor (de 59 años), y la invitó a una cena que, supuestamente, Clarnell había organizado para esa misma noche. La mujer asistió a la cita, ignorando por completo que su amiga estaba muerta. Ed la estranguló apenas entró por la puerta y la decapitó, para luego violar su cadáver.

Tras este último crimen, Ed comprendió que estaba perdido. Decidió huir de la casa de su madre, no sin antes dejarle una nota a la policía:

“Sábado, 5:15 de la mañana. No es necesario que ella sufra a causa del horrible ‘carnicero sangriento’. Fue breve —ella dormía—, yo quise que fuese así. Muchachos, no es un trabajo incompleto y descuidado.

Simplemente, falta de tiempo. ¡¡¡Tengo cosas que hacer!!!”.

Aquejado por una úlcera nerviosa, Kemper condujo su vehículo hasta Colorado; pero a pesar del esfuerzo, sabía que era cuestión de tiempo para que se descubriera el doble crimen y la policía fuera tras él. Pasaron dos días en los que condujo su vehículo sin rumbo y se emborrachó, esperando ser detenido por algún agente de la ley o escuchar las sirenas de la policía

acercándose... pero nada de eso ocurrió. No había noticias sobre sus asesinatos en la radio y tampoco nadie lo estaba buscando. Se sentía decepcionado y, a la vez, desesperado por terminar con toda aquella presión. Tras matar a su madre, se había quedado sin una motivación para seguir asesinando a otras mujeres. El lunes 23 de abril, poco antes de la medianoche, decidió entrar a una cabina telefónica y llamar a la policía para entregarse. Se comunicó con algunos de sus amigos policías, quienes al escuchar la perturbadora historia de cómo había asesinado a su madre y la había decapitado, se echaron a reír de buena gana y le cortaron la llamada. Todos pensaron que se trataba de otra de las retorcidas bromas del gigante. Kemper no podía creerlo.

Cuando otro agente, que no lo conocía, recibió la llamada y lo tomó en serio, se enviaron varias patrullas al lugar que Kemper había indicado y en donde había pasado toda la noche despierto, esperando a la policía. No solo había confesado el asesinato de su madre y la Sra. Taylor, sino que el de las estudiantes que estaban siendo halladas descuartizadas por las carreteras de Santa Cruz, un total de ocho horribles crímenes en menos de un año.

Ed no había dormido nada y estaba a punto de estallar en otro ataque de ira, mientras el agente Conner seguía conversando con él por teléfono, tratando de calmarlo. Cuando por fin divisó las patrullas, se sintió aliviado. La ansiedad se había acabado y su espantosa carrera criminal, también. Fue sacado de la cabina telefónica sin mostrar resistencia alguna. De hecho, les recriminó la tardanza.

La noticia, causó verdadero impacto en los Estados Unidos. A pesar que la cifra de víctimas de Kemper no era tan elevada en comparación con la de otros asesinos seriales, sin lugar a dudas se trataba de uno de los psicópatas más crueles, sádicos e impresionantes con los que se habían

topado los especialistas. Había engañado a todo el sistema: a la policía, a los psiquiatras y a los jueces, saliéndose con la suya en innumerables ocasiones. Se trataba de un joven de solo 24 años, endiabladamente hábil, calculador, perturbado y cruel, que no había tenido reparos en cometer una serie de horribles asesinatos, entre los cuales incluía el de su propia madre. Al mismo tiempo, sus amigos policías se sentían impactados y ridiculizados. No podían creer que aquel muchacho inteligente y simpático, que se sentaba con ellos todas las noches a compartir una cerveza y contar graciosas anécdotas, fuese el espeluznante asesino que estaban buscando desde hacía meses.

Tras su detención, Kemper alternó sus estados de ánimo entre la tranquilidad y la histeria, lo que incluyó dos intentos de suicidio tras cortarse las venas con un bolígrafo que le había robado a una reportera, sin que esta se diera cuenta.

Durante las investigaciones, Ed se mostró sumamente abierto para colaborar. Guió a los agentes a cada una de las escenas de los crímenes y recordaba, de forma exacta, cómo había engañado y asesinado a sus víctimas. Demostró tener una memoria privilegiada y dio con el paradero de todos los restos que aún no habían sido encontrados por la policía. Pero no solo colaboró con el caso, sino que también estaba decidido a abrirse ante los especialistas y no dudó en dar a conocer su retorcido mundo interior... aquel que lo llevó a cometer tan atroces actos.

Incluso antes de que su madre lo sometiera al cruel confina - miento de permanecer en el sótano, Edmund Kemper ya había manifestado fantasías sórdidas y precoces, estrechamente ligadas con la muerte. Su perfil psicópata y necrófilo, se fueron forjando y reflejando en su escaso (o nulo) contacto con las demás personas. No solo odiaba a su madre e ignoraba a sus compañeros de colegio, sino que tampoco se llevaba bien con sus

hermanas y se vengaba de ellas, cuando lo molestaban, decapitando a sus muñecas. Resulta sumamente significativo el hecho de que, posteriormente, hiciera exactamente lo mismo con todas sus víctimas. Según sus propias palabras: “Cuando las mataba, no me podían rechazar como hombre. Es, más o menos, como producir una muñeca de un ser humano... y llevar a cabo mis fantasías con esa muñeca. Una muñeca humana. Con una chica, con su cuerpo, incluso sin la cabeza. Sin la cabeza, obviamente, la personalidad desaparece”.

En otras confesiones, Kemper aseguró que cortaba las manos y las cabezas de sus víctimas, con el único fin de complejizar la identificación de los cuerpos. Sin huellas dactilares y sin una dentadura, resultaba difícil para los investigadores conocer la identidad de los cadáveres. Sin embargo, era evidente que la necrofilia y la decapitación estimulaban al asesino y no respondían, necesariamente, a la simple intención de ocultar sus crímenes, sino a la búsqueda de gratificación sexual que le producía cortar las cabezas de las mujeres que asesinaba.

Durante el juicio, Kemper se declaró culpable de los ocho cargos de asesinato en primer grado; pero alegó locura. A ratos, se mostraba frío como un témpano al narrar sus atroces crímenes. En otras ocasiones, se derrumbaba y le temblaba la voz, reconociendo que estaba “enfermo” y que deseaba ser condenado a “morir por tortura”. Cuando se le preguntó si volvería a matar, en el caso hipotético de que saliera en libertad, contestó: “¡Por supuesto! Míreme... si usted es tan idiota como para entrar a un auto conmigo, merece morir”.

En otra ocasión, declaró: “Cuando veo a una mujer bonita en la calle, un lado de mí, dice: ‘Qué chica tan atractiva... me gustaría hablar con ella... salir con ella’, pero otra parte de mí se pregunta cómo se vería su cabeza clavada en una estaca”.

El jurado, coincidió en que la premeditación y la frialdad de los crímenes cometidos por el acusado, no correspondían a los de un sujeto enajenado mentalmente y, tras deliberar un par de horas, el 8 de noviembre de 1973, fue encontrado culpable y sentenciado a cadena perpetua, pues en aquellos años no existía la pena de muerte en California.

Tras las rejas, Edmund Kemper volvió a destacar como un reo modelo. En 1981, recibió un premio público, otorgado por su aporte en la reproducción de libros para ciegos, el cual realizó con un equipo de quince reclusos que trabajaban bajo sus órdenes. Sin embargo, su personalidad sádica, continuaba desarrollándose.

Pocos años después, Ed Kemper recibió la visita del agente del FBI, Robert Ressler, el cual se encontraba desarrollando una serie de entrevistas a los peores asesinos seriales de los Estados Unidos, para sus estudios de criminología. Kemper se sintió halagado y no dudó en ayudar al agente en su investigación, contándole varios fragmentos de su infancia, sus traumas, motivaciones, pensamientos y fantasías más oscuras. Tras un par de sesiones, ambos llegaron a sentirse bastante cómodos. Ressler, era un sujeto inteligente y suspicaz, al igual que Kemper, y parecían congeniar bastante bien. Pero Ressler, cometería un grave error al sentirse en confianza con un psicópata tan peligroso como el que tenía en frente porque, tras un incómodo silencio entre ambos, la situación cambió radicalmente.

El siguiente, es un extracto del libro *El que lucha con monstruos*, del mismo Robert Ressler:

“Estaba terminando mi tercera entrevista con Edmund Kemper, un hombre enorme que medía 2,06 metros, pesaba 136 kilos, era extremadamente inteligente, había matado a sus abuelos durante su infancia, había pasado cuatro años en reformatorios y, al salir, había matado a ocho personas más,

entre ellas, su madre. (...) Había ido a entrevistarle a la prisión de Vacaville, California, en dos ocasiones más, la primera con John Conway y la segunda con Conway y mi colega en Quantico, John Douglas (...) Nadie jamás había hablado con él de la forma en que nosotros lo habíamos hecho, ni con tanta profundidad. Yo estaba tan contento con la buena relación que había logrado con Kemper, que me decidí a tener una tercera sesión con él, a solas. (...) Tras conversar con Kemper en esta celda cerrada y claustrofóbica durante cuatro horas, consideré que habíamos llegado al final y pulsé el botón para avisar al guardia que me dejara salir. No apareció nadie, así que seguí con la conversación (...) Quince minutos después de la primera vez, pulsé el botón por tercera vez y nadie vino. Debió de pasar una expresión de miedo por mi cara, a pesar de mis intentos por mantener la calma y la frialdad, y Kemper, muy sensible a la psique de los demás (como la mayoría de asesinos), la detectó:

‘Tranquilo. Están cambiando de turno y dando la comida a los que están en las zonas de seguridad’. Sonrió y se puso de pie, acentuando su tamaño enorme. ‘Puede que tarden quince o veinte minutos en venir por ti’.

Aunque creía mantener una actitud de calma y tranquilidad, estoy seguro de que esa información provocó señales de pánico más claras en mí y Kemper reaccionó ante ellas. Me dijo:

‘Si ahora se me cruzaran los cables, ¿no te parece que lo pasarías mal? Te podría arrancar la cabeza y ponerla sobre la mesa para que el guardia la viera al entrar’.

(...) Él tenía razón: Me podía matar antes de que yo o cualquier otra persona pudiera hacer algo al respecto. Le dije, pues, que si se metía conmigo, tendría serios problemas. Se burló:

‘¿Qué pueden hacer? ¿Impedirme ver la tele?’.

Contesté que, con total seguridad, terminaría encerrado en «El Agujero»

(la celda de aislamiento) durante un periodo extremadamente largo. (...) Kemper le restó importancia, diciendo que ya era un experto en eso de estar en la cárcel (...) los inconvenientes, no serían nada en comparación con el prestigio que ganaría entre los otros reclusos por haberse cargado a un agente del FBI. (...) Estaba bastante seguro de que Kemper no lo haría, pero no tenía la total seguridad ya que, a final de cuentas, se trataba de un hombre extremadamente violento y peligroso que, como él decía, tenía muy poco que perder. ¿Cómo había podido ser tan estúpido como para entrar en ese cuarto sin acompañante? (...) La próxima vez, no sería tan arrogante como para pensar que había logrado una buena relación con un asesino.

Le dije: ‘Ed, no me digas que crees que vendría aquí sin tener algún modo de defenderme’. Contestó: ‘No me jodas, Ressler. Aquí no te dejarían entrar con armas’. Kemper tenía razón, por supuesto (...) No obstante, señalé que los agentes del FBI disfrutaban de algunos privilegios especiales que los guardias normales, policías y otras personas que entraban en una cárcel no tenían:

‘Entonces... ¿Qué tienes?’.

‘No voy a revelar lo que pueda tener o dónde lo pueda llevar’.

‘Vamos, vamos. ¿Qué es? ¿Una pluma con veneno?’

‘Quizá, pero también hay otros tipos de armas’.

Entonces Kemper se puso a pensar: ‘Artes marciales, pues. ¿Karate? ¿Eres cinta negra? ¿Crees que podrías conmigo?’

Kemper comprendió que yo no estaba nervioso e intentó seguir desconcertándome (...) hasta que finalmente apareció un guardia y abrió la puerta.

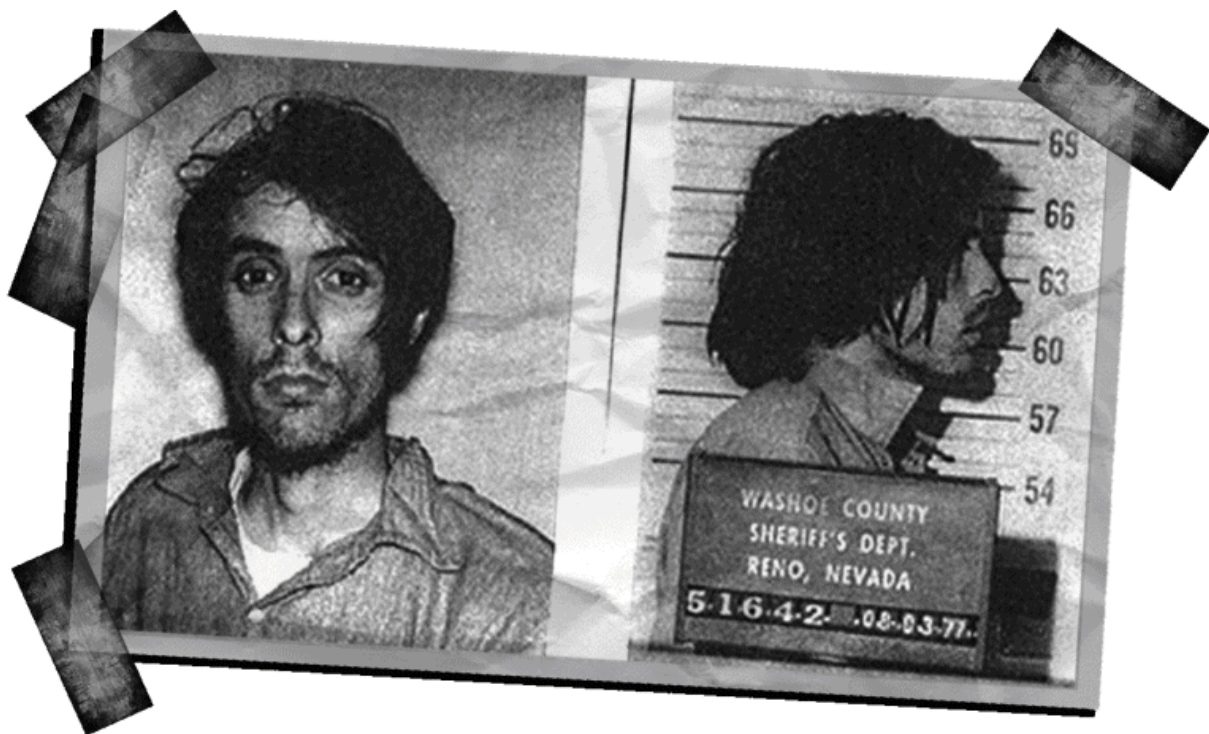
El procedimiento normal es que el entrevistador se quede en la habitación mientras el guardia lleva al preso de vuelta a su celda. Cuando Kemper se

dispuso a salir con el guardia, me puso la mano en el hombro.

‘Sabes que solo estaba bromeando, ¿verdad?’.

‘Por supuesto, Ed’, dije, soltando un gran suspiro”.

RICHARD CHASE El Vampiro de Sacramento



Fuente: Sheriff Dept. Nevada

Richard Trenton Chase nace el 23 de mayo de 1950, en Santa Clara, California. Poco se sabe de su niñez; sin embargo, durante la adolescencia, comienza a mostrar un errático comportamiento, el cual es detectado por sus padres. Es examinado por algunos especialistas y el diagnóstico fue, simplemente, devastador. Richard padecía de esquizofrenia paranoide. Se le comienzan a suministrar medicamentos que solo consiguen sedarlo, mientras tanto el chico se mostraba solitario, deprimido y sin interés en

los estudios. A los 10 años aún se orinaba en la cama por las noches, cometía actos de piromanía constantes y (para cerrar la triada asesina) torturaba, mutilaba y mataba animales.

Pronto, Chase comienza a sufrir ataques de pánico debido a supuestas “afecciones” y “enfermedades” que amenazaban su vida. Aseguraba que su cerebro no irrigaba sangre, por lo que decidió beber la sangre y consumir los intestinos de perros y gatos que él mismo asesinaba. Fue internado y atendido por una grave infección estomacal y, a pesar de este terrible incidente, sus padres decidieron llevarlo a casa, haciendo oídos sordos a las palabras de los expertos que recomendaban, seriamente, internar a Richard en un psiquiátrico. Los padres de Chase se encontraban en un profundo estado de negación y cometieron el error de suprimir sus medicamentos, quizá con la absurda esperanza de que el joven podría superar la enfermedad. Cuando cumple 21 años, le dan la facilidad de alquilar un departamento para que viviera solo. Sus padres, creían que si se veía a sí mismo como alguien independiente, podría mejorar. Este espacio, solo sirvió para que Chase pudiera consumir todo tipo de drogas sin ser molestado, lo que terminó por agravar su esquizofrenia. Se convirtió en un adicto y su estado físico era lamentable. Con dientes amarillos, sucio y excesivamente delgado, Chase se sentía y lucía como alguien enfermo. Aseguraba que su sangre comenzaba a secarse y que su cerebro no funcionaba. En una ocasión, se rapó la cabeza y acudió a un médico, asegurando que le estaban apareciendo cuernos y que alguien le había “robado” una arteria pulmonar, por lo que no podía respirar bien. Por ese entonces, Chase comenzó a inyectarse sangre de conejo pues, según él, su corazón se estaba secando. También solía mezclar tripas de perro con Coca-Cola, dentro de una licuadora, para luego beber de aquel

repugnante brebaje. Chase, creía que esta era la única forma de seguir con vida.

Compartía anfetaminas y alcohol con algunos amigos drogadictos; pero incluso ellos se comenzaron a inquietar por las retorcidas y absurdas alucinaciones de Richard. El joven se ponía naranjas en la cabeza, según él, para absorber vitamina C. También comenzó contarles que los huesos de su cráneo se estaban desencajando y que los intestinos se le desplazaban por todo el cuerpo.

En un momento, comenzó a hablar de una organización Nazi que estaba tras su pista y que querían matarlo. Oía voces por teléfono que lo amenazaban de muerte. Convirtió su departamento en un oscuro agujero, tapiando puertas y ventanas con tablas de madera. La única forma de entrar y salir, era a través de un agujero que hizo en la muralla y que se situaba detrás de un clóset. Consigue comprar un revólver, supuestamente para defenderse del grupo criminal que lo perseguía; pero ensimismado en su indescriptible mundo enfermo, Chase estaba a un solo paso de cometer su primer asesinato.

Antes de matar, Chase prueba su arma desencajando varios tiros contra las ventanas de sus vecinos, de forma displicente. Días más tarde, el 29 de diciembre de 1977, dispara sin previo aviso sobre un sujeto que cruzaba la calle, matándolo en el lugar. Su nombre era Ambrose Griffin, de 51 años. El actuar de Chase se volvía impredecible y sumamente peligroso. Huyó del lugar y no pudo ser identificado por la policía.

Teresa Tallin, de 22 años, sería su segunda víctima. La atacó en la entrada de su casa, mientras la chica sacaba la basura. Le disparó en tres ocasiones y la llevó al interior del inmueble, en donde la destripó de forma brutal, extrayendo pulmones, intestinos, riñones e hígado, dejándolos desparramados a un costado del cuerpo. Bebió su sangre en un tarro de

yogurt y la violó. Luego de apuñalar el cadáver en varias ocasiones, se pintó la cara con sangre y defecó en la boca de la joven, antes de huir de la dantesca escena. El crimen dejó en *shock* incluso a los más veteranos policías, que jamás habían visto algo semejante. La prensa se hizo eco del terrible crimen, el cual se vuelve aún más espantoso cuando se da a conocer que Teresa estaba embarazada.

La escena del crimen era particularmente perturbadora y los expertos advirtieron, de inmediato, que el asesino no tardaría en volver a actuar. A pesar del caos en el lugar del asesinato, no existían pistas que ligaran este crimen con ningún sospechoso.

Tan solo 4 días después del terrible ataque, Chase vuelve a actuar. Esta vez, asesina a Evelyn Miroth, a su hijo de 6 años, Jason, a un bebé de 22 meses llamado David y a un amigo de la familia, identificado como Danny Meredith. Nuevamente, Chase se regocijó con un festín sangriento, en donde violó el cuerpo de Evelyn, bebió su sangre y destripó el cadáver. Sin embargo, esta vez su ritual vampírico fue interrumpido cuando sintió unos golpes en la puerta. Cogió el pequeño cuerpo de David, y salió huyendo del lugar. Fue visto por varios testigos, quienes decían que llevaba algo en una caja de cartón. Incluso algunos vieron cuando el cadáver del bebé se le cayó al piso y lo recogió apresurado.

La policía ya estaba alertada y las investigaciones contaban con un retrato hablado. Los noticieros seguían el caso durante todo el día y la ciudad de Sacramento estaba bajo vigilancia policial en cada esquina. Una chica llegó a la policía, afirmando que se había encontrado con un ex compañero de colegio, cerca de un supermercado. Este, habría tratado de convencerla para que lo siguiera; pero la chica se negó al verlo desaseado y con una mancha de sangre en la camisa. Previamente, Robert Ressler (quien siguió muy de cerca este caso) advirtió al FBI que el culpable de esta serie de

asesinatos, debía ser un hombre joven y de apariencia desaseada, con un trastorno mental grave y con algún registro de haber sido internado en alguna institución mental. Todo encajaba en el prontuario de Chase, quien ya había sido internado en un psiquiátrico, años antes. En ese entonces, un enfermero presentó su renuncia, asustado por el comportamiento del sospechoso, pues salía al patio, atrapaba pájaros y les comía la cabeza. Los agentes no tardaron en vigilar su casa, hasta que este apareció y fue detenido en el acto. Cuando entraron al departamento de Chase, se descubrió a qué nivel había llegado su esquizofrenia. El lugar estaba hecho un asco, sumamente sucio, con restos de animales putrefactos, botellas llenas de sangre y restos humanos. El cuerpo de David, estaba parcialmente destrozado. Chase le había sacado el cerebro, lo mezcló con Coca-Cola en una licuadora y se lo bebió.

Richard Chase aseguró que mataba para sobrevivir. Que si no bebía sangre, moriría. La prensa amarillista siguió el espeluznante caso del Vampiro de Sacramento y obtuvo más de lo que pidió. Algunas fotografías de los crímenes se filtraron; pero resultaron tremendamente repugnantes (tanto para la prensa como para el jurado). Aquellos asesinatos, solo podían haber sido perpetrados por un sujeto sumamente perturbado.

Presentado ante el jurado, el acusado se mostró silencioso y taciturno. No manifestó ninguna emoción y parecía seguir perdido en sus alucinaciones. Durante su estancia en la cárcel, su paranoia continuó y solicitó a las autoridades carcelarias que analizaran su comida, pues temía estar siendo envenenado.

Cuando se le preguntó cómo seleccionaba a sus víctimas, Richard explicó que se acercaba a una casa al azar e intentaba abrir la puerta. Si esta estaba cerrada, se retiraba... pero si estaba abierta, se introducía. “Si una puerta está cerrada, es porque no eres bienvenido”.

Según algunas fuentes, Richard Chase entraba en los hogares de sus vecinos y defecaba sobre sus camas cuando estos no se encontraban en casa. Esto, no se supo hasta después de su detención. Nadie pudo entender este asqueroso ritual. Ni siquiera el propio Chase consiguió explicarlo. Era evidente que Chase estaba loco; pero los integrantes del jurado (y la opinión pública) lo querían muerto. Fue condenado a la pena capital; sin embargo, Chase se quitó la vida con una sobredosis de antidepresivos el 26 de diciembre de 1980, cuando tenía 30 años.

Este caso (y otros más) es analizado en profundidad en el libro *Asesinos en serie*, escrito por Robert Ressler.

THEODORE BUNDY Ted Bundy, El Asesino de Señoritas, El Asesino del Campus



Fuente: Grotesque and Arabesque

Theodore Robert Bundy nació el 24 de noviembre de 1946 en Burlington, Estados Unidos. Hijo ilegítimo de un veterano de la fuerza aérea y Louise Cowell, quien lo crió con la ayuda de sus padres, Bundy creció pensando que sus abuelos eran sus verdaderos padres y que Louise era su hermana. Querían evitar, a toda costa, la condena social y la vergüenza que esto podía conllevar. Una madre soltera no era bien vista en aquellos años, ni tampoco un hijo bastardo.

Cuando Ted tenía 4 años, él y su madre (Louise) se mudaron a Tacoma, en donde ella se casó con Johnnie Culppeper Bundy, en 1951. De él obtendría su apellido. Poco antes, se habría enterado que sus padres, eran en realidad sus abuelos y que su verdadera madre era su, hasta entonces “hermana”. Con los años, esta mentira generó en Ted rencor y desconfianza hacia su verdadera madre, Louise. Este rechazo, comenzó a generalizarse hacia las mujeres.

En la escuela, Ted era un buen estudiante. Sin embargo no deslumbraba. Era algo tímido y se perdía en fantasías. Quería ser alguien importante. El nacimiento de cuatro hermanos supuso, para Ted, una agitada vida familiar. Si bien se le incluía en todas las actividades, la relación con su padrastro nunca se consolidó. Cuando tuvo que acompañarlo a recolectar legumbres para sobrevivir, se sintió tremendamente humillado. Ese no era el estilo de vida que él quería.

Siendo un adolescente, empezó a robar. Ambicionaba tener dinero y ser un joven de clase alta educado y atractivo. Fue, entonces, cuando comenzó a cambiar su imagen y sus formas. Pasó de ser un chico callado y sencillo, a un sujeto de gran personalidad y carisma, siempre sonriente y bien vestido. Se matriculó en la Universidad de Washington, en la carrera de Licenciatura en Psicología. Trató de conseguir empleo para solventar sus gastos; pero era considerado como alguien irresponsable y poco confiable... nunca duró mucho en sus puestos de trabajo.

En 1967, conoció a Stephanie Brooks, una hermosa chica a la que conquistaría con sus encantos. Bundy se sentía feliz. Brooks era una estudiante de Psicología muy atractiva e inteligente. Además, venía de una familia acaudalada y de mucha clase. Era todo un sueño cumplido para Ted. Sin embargo, en 1969, Stephanie terminaría la relación, pues comenzó a notar, en su enamorado, un carácter voluble, errático y poco constante. Para aquel entonces, Brooks se había titulado. Esto destrozó a Bundy... jamás podría superarlo. En incontables ocasiones trató de volver con ella; pero sus cartas y sus llamadas no harían cambiar la opinión de la muchacha. Sus sentimientos pasaron de la tristeza y la melancolía, al odio y la venganza.

Despechado y deprimido, se retiró de sus estudios y comenzó a cometer pequeños atracos y hurtos. Sin embargo, Ted aún tenía ganas de ganarse la

vida como alguien importante y no como un ladronzuelo de poca monta. Poco tiempo después, vuelve a matricularse en la Universidad de Washington, esta vez para estudiar Derecho.

Bundy parecía haber superado la ruptura con Stephanie. Lucía más elocuente que antes, encantador y brillante. Sus compañeros de carrera, coincidían a la hora de catalogarlo como alguien sumamente magnético, inteligente y simpático, con mucho arrastre entre las chicas. Cada exposición que hacía en el aula, era elogiada por sus profesores, los cuales le auguraban un excelente futuro como abogado. Bundy quería conseguir sus objetivos; estaba decidido. Cada mañana, se afeitaba y vestía de forma cuidadosa. Se peinaba y practicaba la forma de hablar y sonreír frente al espejo. Una frase perspicaz y una simpática sonrisa no podían fallar. Se convirtió en un sujeto sumamente convincente, algo elemental para ser un buen abogado... y también un asesino en serie.

Mientras cursaba sus estudios, Bundy tenía muchas fantasías. En ellas, violaba a mujeres desconocidas y practicaba sexo duro. Durante años, había visto muchas películas y revistas pornográficas, las que lo habían obsesionado; pero como sabía que no podía someter demasiado a las chicas que salían con él de vez en cuando, se contentaba con espiar a otras muchachas a través de sus ventanas. En la oscuridad de la noche, rondaba apartamentos de mujeres solitarias y las miraba mientras se cambiaban de ropa o se duchaban. Al mismo tiempo, Ted seguía fingiendo ser un ciudadano modelo. Incluso detuvo a un carterista que había robado una billetera, y se la devolvió a su dueño. También recibió una medalla de condecoración, por parte de la policía de Seattle, por salvar a un niño pequeño que casi se ahoga en una piscina.

Comenzó una nueva relación, que duraría varios años, con una joven madre soltera llamada Meg Anders. La chica estaba enamorada de Ted, al

igual que muchas otras; aunque sabía que él la engañaba constantemente. Había decidido hacerse la desentendida; esperaba que, con los años, quizá llegara a proponerle matrimonio, algo que nunca pasó. Bundy seguía demasiado ocupado en sus estudios y las “salidas nocturnas”. A pesar de todo, la relación parecía ir bien.

Bundy quería ser reconocido como alguien famoso e influyente, así que comenzó a relacionarse con personalidades del Partido Republicano, para hacerse un nombre. Formó parte de campañas políticas, con el único fin de generar contactos con aquellos que tenían el poder. En medio de esa ajetreada vida, se reencontró con Stephanie Brooks, su antigua novia.

Ted, había estado obsesionado durante años con la única chica que lo había rechazado y no dejaría escapar la oportunidad de reconquistarla. Terminó su relación con Meg de forma repentina y sin explicación, para enfocarse en Brooks. Se mostró ante ella como un hombre cambiado y más maduro, seguro de sí mismo y mucho más resuelto. Stephanie quedó enormemente sorprendida ante su ex novio y no tardó en caer rendida a sus pies... sobre todo cuando Ted le propuso matrimonio. Pocos meses después, Bundy dejó de verla y desapareció sin dejar rastro. Stephanie quedó desconsolada... esa había sido su venganza. Jamás le devolvió ninguna llamada telefónica ni respondió sus cartas. Stephanie no podía creerlo. Este hecho sería muy significativo pues, en base a las características físicas de Stephanie, y las de su propia madre, Bundy definiría el perfil de sus futuras víctimas. Comenzaría a acechar y matar a chicas que se parecieran a ellas: Bonitas, de pelo largo, castaño y partido al medio.

Pero las tendencias sádicas de Ted, aparecieron mucho antes. Cuando era muy pequeño, descubrió a una de sus tías durmiendo la siesta. Tomó varios cuchillos de cocina y los puso sobre la cama, rodeándola. Esperó a que ella despertara y se quedó mirando su espantado rostro. Parecía una simple

travesura; pero este hecho podría evidenciar su deseo por ver el miedo en los demás.

En otra ocasión, siendo ya mayor de edad, salió de camping con amigos y compañeros de la universidad. Estaban haciendo descensos en un río y subió, con dos chicas y un amigo, a una de las balsas. Mientras la corriente se ponía más peligrosa, Ted aprovechó de soltar la parte superior del traje de baño de una de las chicas. Esta, aterrada, trataba de afirmarse el bikini y no caer a los rápidos, algo que produjo carcajadas en Ted. Lo que parecía ser una broma pesada, cambió bruscamente cuando soltó la soga que sostenía a la segunda chica y comenzó a amenazarla con tirarla al agua. Parecía fascinado al ver el terror en esas dos muchachas. El joven que los acompañaba no lo encontró en absoluto gracioso.

Pero el sexo, parecía mostrar el lado más brutal de Bundy. Varias parejas de Ted, habían notado sus tendencias sádicas, en las cuales eran sometidas a estrangulamiento parcial durante el coito o la orden de quedarse quietas como cadáveres mientras eran penetradas. Pero, al parecer, pensaban que solo era una excentricidad o parte del frenesí sexual, ya que no lo hacía todo el tiempo.

En 1972, Bundy parecía haber tomado la decisión de golpear y violar a una mujer. Siguió una chica por un callejón, en donde pretendía abordarla y golpearla con una vara. Por suerte, la chica entró a uno de los apartamentos y Bundy tuvo que irse. Sin embargo, esta experiencia lo dejó muy excitado. En una segunda ocasión, persiguió a otra chica y la golpeó en la puerta de su casa con una porra, pero esta comenzó a gritar y tuvo que huir de inmediato. Si bien estos chapuceros intentos de asesinato pusieron nervioso a Ted, también le servirían de ensayo para sus próximos abordajes. Quizá no era necesario utilizar tanta fuerza con sus víctimas... o al menos no al principio.

Dos años más tarde, Bundy ingresó al barrio universitario de Seattle, Washington, y se coló en el cuarto de una estudiante mientras esta dormía. La golpeó reiteradas veces con una barra de metal en la cabeza, para luego quitar un soporte de la cama y penetrarla vaginalmente, hasta desgarrarla. Joni Lenz fue encontrada inconsciente en su habitación, casi desangrada; pero con vida. A pesar de sobrevivir, quedó con graves lesiones cerebrales.

El primer asesinato lo cometería un par de semanas después, el 31 de enero de 1974. Lynda Ann Healy, estudiante de psicología de 21 años, dormía en su habitación, cuando Bundy entró por una de las puertas que no tenía pestillo. La golpeó en la cabeza con una barra de metal y la llevó hasta su vehículo, un Volkswagen, que tenía estacionado fuera del edificio. La cubrió con una sábana y la llevó hasta un bosque. Allí la violaría y asesinaría de forma brutal.

Como todo asesino en serie, Bundy quedó muy excitado y nervioso por este primer asesinato. Estaba atento a las noticias, en caso de que se descubriera el cadáver; pero nada ocurría. Si bien se alertó sobre la desaparición de la muchacha, la policía no había encontrado ninguna pista. Su cuerpo sería hallado un año más tarde. Durante este período, Bundy asesinaría, al menos, a otras quince mujeres. Sin embargo, su *modus operandi* había cambiado notablemente.

Aprovechándose de su fachada de estudiante, Ted empezó a fraguar un nuevo plan para atrapar a sus futuras víctimas. En vez de ocultarse en la oscuridad, como hacía en un principio, comenzó a raptar a chicas guapas a plena luz del día. Siempre junto a su Volkswagen color marrón, y con un brazo enyesado y en cabestrillo (que, por cierto, era falso) fingía tener problemas para cargar sus libros y abrir las puertas del auto. Incluso los dejaba caer al piso justo cuando una chica bonita pasaba a su lado. Ellas lo

miraban; él les sonreía. Las chicas lo ayudaban a subir sus libros al automóvil. En ese momento, Bundy las atacaba y raptaba para, posteriormente, violarlas y matarlas.

Entre la temporada de primavera/verano de 1974, se reportaron al menos 8 desapariciones. Si bien muchas chicas cayeron en la maquiavélica trampa de Bundy, algunas no lo hicieron y cuando la policía empezó a recopilar información sobre estas desapariciones, los testimonios de un extraño sujeto escayolado junto a un Volkswagen marrón, comenzaron a orientar las primeras investigaciones de la policía... nada concluyente; pero sí sospechoso.

Al parecer, Bundy sabía que la policía podía estar tras él. Es por eso que comenzó a cometer crímenes en distintos Estados, con el fin de que los asesinatos no se vieran asociados. Su forma de asesinar, generalmente, era estrangulando o golpeando la cabeza de sus víctimas con algún objeto contundente. Comenzó a practicar necrofilia con los cuerpos y también decapitó algunos.

Con el fin de no llamar la atención, modificó varias veces su *modus operandi*. A algunas de sus víctimas las abordaba de forma casual, convenciéndolas de que subieran a su auto para darles un aventón o incluso coqueteaba con ellas. A otras, las golpeaba y metía a la fuerza. Incluso, en su afán por no repetir los mismos patrones de asesinato, llegó a conocer a una chica que salía de un bar y aceptar una invitación a su departamento, para pasar un buen rato. Una vez allí, y luego de tener relaciones sexuales (las cuales no dejaron conforme a Bundy) la estranguló. Pasaría dos semanas enteras con el cadáver en su departamento. Sus confesiones indican que durante este período, lavó el cuerpo, lo maquilló y tuvo relaciones con él.

A tan solo dos semanas de este crimen, Bundy volvió a atacar en el barrio universitario. Esta vez llevaba una pierna enyesada y un par de muletas cuando atacó, raptó, violó y asesinó a Georgann Hawkin, de 18 años. Esta sería la séptima desaparición denunciada en 1974.

Pero Bundy quería más. En algún momento de su vida, conoció la historia de Gerard Schaefer, un asesino serial acusado de 10 crímenes, pero sospechoso de 110. Schaefer no era un asesino de renombre, como Manson o DeSalvo, debido principalmente a que, con argucias legales, demandaba a todo aquel reportero que difundiera su nombre en los noticiarios. En este sentido, se trataba de un sujeto muy astuto, ya que sus demandas resultaban bastante efectivas... tanto, que la mayoría de los medios de comunicación optaron por vetar el Schaefer, a pesar de ser uno de los peores asesinos en serie de Norteamérica. El curioso personaje, había llamado la atención de Bundy. Schaefer, se jactaba de ser un asesino que mataba a muchachas; pero en pares. El domingo 14 de junio de 1974, Bundy planeó seguir el ejemplo de Gerard Schaefer. El lugar: La playa de Lake Sammamish.

Por medio de pretextos, convenció a Janice Ott, de 23 años, de que lo acompañara a su casa, cerca de la playa, para que lo ayudara a sacar una barca. Bundy estaba ocupando el truco del brazo en cabestrillo, por lo que la chica lo acompañó para ayudarlo. Efectivamente Bundy tenía una cabaña cerca del lugar; pero no había ninguna barca. La atacó apenas entraron a la casa, la maniató y salió a buscar a una segunda chica. Denisse Naslund fue convencida por Bundy pocos minutos después y también fue sometida en la cabaña. Luego de violarlas y matarlas, las arrojó cerca del bosque y volvió como si nada a casa de su nueva pareja, Meg Anders, sin levantar sospechas.

Se había encontrado algunos cadáveres; pero la policía no tenía rastros del asesino. Por otro lado, las calles estaban empapeladas de recompensas por el paradero de algunas de las chicas desaparecidas. La situación era bastante angustiante; pero de pronto, los raptos cesaron. Ted se había mudado a Midvale y se matriculó en la Facultad de Leyes de la Universidad de Utah. La policía, sabía que era muy probable que el homicida se hubiese trasladado a otro Estado, por lo que tuvieron que prestar especial atención a todo tipo de crimen sexual que se cometiera lejos de Washington.

A pesar de contar con algunas descripciones del posible sospechoso, Bundy había tenido el cuidado de cambiar constantemente su aspecto. Solía dejarse bigote o barba durante un par de semanas, para luego andar bien afeitado. También cambiaba su ropa y su corte de cabello constantemente.

El 2 de octubre de ese mismo año, a tan solo un par de meses de establecerse en Utah, Bundy asesinó a Nancy Wilcox, una chica de solo 16 años. El 18 de octubre, Bundy mata a la hija del jefe de policía de Utah, Melissa Smith, de 17 años. Su cuerpo es encontrado nueve días después, desnudo y con la vagina llena de excrementos. Según los forenses, el asesino la violó y mantuvo cautiva durante varios días antes de matarla. La chica habría estado inconsciente durante todo el tiempo, debido a un duro golpe que le fracturó el cráneo.

Laura Aimee, fue la siguiente víctima. Desaparecida el 30 de octubre, su cuerpo fue hallado con el cráneo y la mandíbula rota. Había sido estrangulada con un calcetín, violada en reiteradas ocasiones una vez muerta y parecía haber sido retenida durante varios días. Al igual que varias de sus víctimas, el asesino le había lavado el cabello. La policía ya sabía que perseguía a un peligroso asesino necrófilo.

Bundy parecía estar disfrutando la orgía criminal que protagonizaba. Estaba tomando muchos riesgos, a diferencia de sus primeros pasos como asesino serial. El 8 de noviembre, de ese mismo año, trató de raptar y esposar a una chica que ya había accedido a su subir a su vehículo. Esta forcejeó y logró escapar, dándole un fidedigno retrato a la policía de quien había intentado secuestrarla.

Esa misma noche, y en vista de su fallido intento, Bundy convenció a Debra Kent, una bella estudiante, a que lo acompañara a una función que se iba a celebrar en el instituto. La chica, como muchas otras, encantada por los modales del convincente galán, accedió a la invitación de la cual nunca regresó.

Presintiendo que su tiempo como asesino en serie ya se había cumplido en Utah, y que la policía estaría demasiado atenta a cualquier movimiento sospechoso, Bundy comienza a acechar chicas en Colorado. Allí cometería al menos tres asesinatos más, hasta que fue detenido por la policía.

Esta detención, sin embargo, no le relacionaba con los asesinatos. Un perspicaz policía, había seguido a Bundy, debido a que estaba merodeando por la ciudad, en su Volkswagen, sin un rumbo fijo. Tras detenerlo y registrar su automóvil, el policía descubrió cuerdas, un pasamontañas, una linterna, un par de guantes, un destornillador y unas esposas.

Obviamente, el sospechoso no andaba en buenos pasos. Si bien no se pudo detener a Bundy por llevar aquel curioso kit, sí se le enviaría una orden judicial por posesión de instrumentos de robo. Desde entonces, el nombre de Ted Bundy estaría dentro de los registros policiales.

El 16 de agosto de 1974, Bundy es detenido e identificado por una chica a la que, meses atrás, había intentado secuestrar. Es condenado a prisión, pero se escapa saltando por la ventana del segundo piso de la biblioteca, a

la cual había acudido para revisar algunos textos de derecho, pues había decidido representarse a sí mismo durante su juicio.

Al parecer, convertirse en un prófugo de la justicia no lo intimidó lo suficiente como para dejar de matar. Bundy estaba furioso. Era como un animal que no quería ser atrapado. Nuevamente es detenido por la policía y encerrado en una celda, acusado de secuestro y asesinato. Y por muy increíble que parezca, volvió a fugarse. En esta ocasión, a través del conducto de aire. Bundy había dejado de comer y había adelgazado bastante. Este era su plan para escurrirse, sin problemas, por el respiradero de su celda. A finales de 1976, lo consiguió.

La policía y el FBI, tuvieron que dar aviso a la comunidad de que un peligroso asesino y violador estaba suelto. Se ofreció una recompensa por Bundy y su foto estaba en todas partes. Durante ese período, Ted tuvo que cambiar de *look* drásticamente. Se dejaba barba, luego bigote, pelo largo, corto, etc. Sabía que lo estaban siguiendo de cerca, y estaba nervioso. Cada vez que cometía un nuevo crimen, se volvía más y más descuidado. Si bien, generalmente, se cataloga a Ted Bundy como un asesino en serie organizado, algunos pasajes puntuales demuestran que estaba perdiendo el control de sus planificados actos. En varias ocasiones, conservó cadáveres o sus cabezas en su apartamento, las cuales peinaba, lavaba y maquillaba, incluso encontrándose en avanzado estado de descomposición, seguramente para practicar necrofilia. Su elaborada técnica para engañar chicas universitarias se estaba reduciendo, en algunos casos, a empujar a una muchacha dentro de su coche y golpearla con una barra metálica sin mayor cuidado, corriendo el riesgo de ser visto. Aun así, Bundy empezó a moverse rápido, por lo que la policía no podía seguir su rastro fácilmente. Washington, Utah, Colorado y Florida se convirtieron en parte de su itinerario de secuestro y asesinato.

En Florida, Bundy asesina a dos chicas en una residencia universitaria y deja a otras dos mal heridas. Cerca del lugar, se encontraría otro cadáver. La furia asesina de Bundy iba en una escalada espeluznante. Incluso llega a violar y asesinar, salvajemente, a una niña de solo 12 años llamada Kimberly Leach, un perfil de víctima que no coincidía con el de Bundy. Finalmente, es detenido por un policía que intentó cursarle una infracción de tránsito. Mientras Bundy intentaba huir, intuyendo que lo había reconocido, fue reducido en medio de una pelea con el agente de la ley. Cientos de camarógrafos se agolpaban para retratar al sospechoso de tan brutales crímenes; pero quedaron atónitos al ver a un joven educado, sonriente, atractivo, carismático y encantador, que se mostraba muy comunicativo y optimista. Hablaba sobre sus estudios en leyes y psicología, además de sus conocimientos sobre la lengua china. Aseguraba que todo era un malentendido y que pretendía representarse a sí mismo ante el jurado. Juró, ante las cámaras, que era inocente. Y muchos le creyeron.

Un club de “*fans* de Ted Bundy” (integrado por varias chicas) apareció con pancartas, solicitando su liberación. Todos sus cercanos coincidían en que el “divertido y buen Ted” no podía ser un violador y mucho menos un asesino serial. Pero estaban rotundamente equivocados. Bundy resultó ser un temible psicópata, incapaz de sentir compasión por sus víctimas. Tampoco demostró arrepentimiento mientras agradecía, de forma descarada, las numerosas postales de apoyo que comenzó a recibir, una vez tras las rejas.

Mientras el primer juicio comenzaba, Bundy se convirtió en el foco de atención de las cámaras, mostrándose siempre sonriente y mirando, de forma pícaro, a las mujeres del jurado, las cuales tampoco le sacaban los ojos de encima.

Se estaba representando a sí mismo en el estrado y, en un comienzo, el jurado quedó bastante sorprendido con su convincente defensa. Parecía estar seguro de que saldría airoso. Sin embargo, los investigadores tenían suficientes pruebas para mandarlo a la silla eléctrica. Quizá la más importante, sería la marca de su dentadura en los cadáveres hallados por la policía.

Movido por el frenesí sexual, durante los asesinatos, Bundy había mordido el cuerpo de varias de sus víctimas, en ocasiones, hasta arrancar partes de su piel, principalmente en los pezones y los muslos. Se sacó un molde de yeso que coincidía, de forma exacta, con las marcas en los cuerpos de las muchachas asesinadas. Durante el juicio, se presentaron varias fotografías de la dentadura de Bundy y se compararon con las marcas encontradas en los cadáveres, lo que no dejó ninguna duda de su culpabilidad.

Fue condenado a muerte y mientras el juez leía la sentencia, Bundy dejó escapar un grito histérico de frustración, como el de un animal. Todo aquel teatro, no había servido de nada. Quedó estupefacto... pensó que podría convencerlos a todos de su inocencia. A partir de entonces, dejaría a sus abogados a cargo de la defensa: Julius Africano y Lynn Thompson. Los siguientes juicios parecían un simple trámite. Cada vez perdía más y más credibilidad. Desanimado y abatido, no hacía más que gruñir y enfadarse durante las posteriores audiencias. Pero las mujeres seguían acechándolo, por lo que debió recobrar la compostura. Su egocentrismo le impedía parecer un sujeto decadente, aunque en realidad lo fuera.

Durante uno de los juicios por los asesinatos en Florida, una compañera de trabajo de Bundy salió como testigo. La mujer, llamada Carole Ann Boone, no solo defendió a Bundy ante el jurado, sino que aseguró que era un sujeto sumamente gentil y amable, incapaz de asesinar a alguien. La sorpresa fue mayúscula cuando Bundy, alardeando de sus conocimientos

en leyes, aprovechó una argucia legal para casarse con Carole, frente al juez, en la misma sala donde se le estaba juzgando por asesinato en primer grado. Cuando le pidió matrimonio, la chica respondió sonriendo que aceptaba. Tendrían una hija pocos meses después.

Bundy fue condenado, finalmente y luego de varios juicios, a muerte por el asesinato de 14 mujeres, aunque confesó haber matado a 28. Algunos policías, mencionaban que era posible que la cifra ascendiera a 36. Otros especialistas asegurarían, posteriormente, que Bundy podría haber cometido, al menos, 100 asesinatos a lo largo de todo Estados Unidos; pero esto jamás se llegaría a probar.

Ya condenado a la pena máxima, Bundy pasó de la ira a la pasividad. Cedió varias entrevistas a la televisión y a especialistas en asesinos seriales, los cuales se sentían intrigados y fascinados por su inteligencia y personalidad. El ex agente del FBI, Robert Ressler, declararía que los medios de comunicación estaban generando una equivocada imagen del acusado... Bundy no era “el Rodolfo Valentino” de los asesinos en serie, sino un sujeto sádico, brutal y pervertido, que no dudó en usar su encanto personal para violar y asesinar a docenas de mujeres inocentes.

Hasta el último momento, Bundy trató de posponer la fecha de su ejecución. Pidió tres años para confesar la totalidad de sus crímenes, propuso colaborar con la policía para resolver otros casos de asesinato serial y se ofreció como sujeto de estudio para psicólogos y psiquiatras que buscaban comprender la mente de los asesinos en serie. Incluso, trató de ayudar a resolver el caso del Asesino del Río Verde, sin llegar a ninguna conclusión. Todos estos esfuerzos, sin embargo, no podían contra la ira generalizada que había despertado su caso. Casi todo Estados Unidos quería ver a Bundy muerto.

En su última entrevista, cedida un día antes de su ejecución, Bundy comenzó a hablar sobre varios de sus crímenes en tercera persona (como ya lo había hecho antes, en los interrogatorios policiales) además de achacar sus fantasías asesinas a la influencia de la pornografía violenta. Según él, todo el material pornográfico que consumió durante la adolescencia, lo incitó a cometer violaciones y asesinatos. Sin embargo, las declaraciones de Bundy se contradecían de cierta forma. Un factor que detonó sus primeros crímenes, fue el quiebre de la relación con su primera novia... no soportó ser rechazado por una mujer a la cual creía tener bajo control. Esta misma sensación de rechazo, la sintió al enterarse de que quien decía ser su hermana, era en realidad su madre. El mismo Bundy habría reconocido: “Toda la rabia que he estado desahogando con las mujeres que maté, estaba dirigida contra mi madre”.

Bundy no quería morir; pero ya había utilizado todas las ar - guencias posibles para postergar su ejecución y lo sabía.

Según algunos testigos, Bundy perdió el control minutos antes de ser ejecutado. Tuvieron que arrastrarlo para seguir el procedimiento. Una vez sentado en la silla, lucía nervioso y demacrado. Con la cabeza rapada y el rostro desencajado de espanto, parecía haber perdido bastante peso y distaba mucho de aquel sujeto radiante y seguro de sí mismo, que posaba campante ante las cámaras de televisión cuando toda Norteamérica estaba pendiente de su caso. En un principio, los guardias se negaron a facilitarle el baño antes de la ejecución, lo que podía significar que Bundy se defecara y orinara una vez activada la corriente. El sacerdote a cargo, tuvo que intervenir para que, de alguna forma, se le autorizara y “salvara su honra”.

Fuera de la penitenciaría, cientos de personas habían pasado la noche en vela ese 24 de enero de 1989, con pancartas que aludían a la anhelada

ejecución de uno de los peores asesinos en serie de la historia moderna: “*Burn, Bundy, Burn*”, “*Bundy, it’s your turn*”, “*It’s FRYday, Ted*”, “*Walk Ted Fry, See Ted Die*” eran algunas de las frases que se podían leer en letreros, pintarrajeadas en las murallas o en los vidrios de algunos automóviles que se apostaron fuera de la cárcel. Incluso se vendieron remeras con una caricatura de Bundy muriendo en la silla eléctrica. Cerca del mismo lugar, un grupo de chicas lloraba por el condenado, esperando que se detuviera la ejecución.

A las 07:16 de la mañana, se declaró muerto a Bundy. Fueron necesarias dos descargas. Uno de los oficiales a cargo, salió al patio e hizo una señal afirmativa a las cientos de personas y medios de comunicación que esperaban, fuera de la cárcel, la ejecución de Bundy. Los gritos de alegría y aplausos brotaron espontáneamente. Se había hecho una cuenta regresiva y se lanzaron fuegos artificiales para celebrar el ajusticiamiento, pero la señal del policía los alivió. Ted Bundy estaba muerto. Muchos se abrazaron, lloraron e incluso se quemó una efigie de Bundy, sentado en una silla eléctrica. El mismo día, los diarios anunciaban: “Murió el animal”.

La imagen de Bundy, resulta intrigante hasta el día de hoy. Y es que representa a una especie de homicida realmente peligroso, capaz de engañar y manipular a quien se ponga por delante. Pocos asesinos en serie han resultado ser tan carismáticos como Bundy. A los mismos investigadores, policías, abogados y jueces, les resultaba difícil comprender que aquel simpático sujeto, con el que trataban a diario, era un asesino necrófilo, sádico y perverso. No por nada uno de los jueces que tuvo delante, le dirigió un discurso que muchos creyeron inadecuado; pero que, al mismo tiempo, parecían compartir: “Cuídese joven, se lo digo sinceramente. Es una tragedia para este tribunal ver a un ser humano tan

desperdiciado. Es usted un hombre brillante. Habría sido un buen abogado. Me hubiera gustado tenerlo ejerciendo ante mí. No siento hacia usted ningún rencor, créame. Tomó usted el camino equivocado, colega. Cuídese”.

Han pasado varias décadas desde su muerte, y la figura de Ted Bundy sigue infundiendo curiosidad y terror en los estadounidenses.

Probablemente, porque este hombre representa una de las peores consecuencias de su propia sociedad. El estereotipo del *American Psycho* por excelencia... el camaleón humano que logra engañar a prácticamente todos los que lo rodean. Un asesino inteligente, encantador, brutal y desalmado.

El infame Volkswagen, utilizado por Ted Bundy durante varios de sus secuestros, fue adquirido por el cantante Jonathan Davis (de la banda musical Korn) al igual que varias de sus declaraciones escritas, las cuales han sido expuestas también en otros museos de la policía.

Cada cierto tiempo, salen a la luz nuevas noticias sobre los crímenes de Ted Bundy, como por ejemplo el caso de una chica llamada Katherine Devine, quien fue hallada violada y degollada en 1973. Por aquel entonces, se culpó a un tal William Cosden, quien fue condenado a 48 años de cárcel. Recién en el 2001, se reabrió el caso y gracias a exámenes de ADN, se descubrió que el verdadero autor del crimen había sido Bundy.

La vocalista de la afamada banda musical Blondie, Debbie Harry, dio una entrevista al diario *The Sun* contando que, durante los años setenta, accedió a subir a un Volkswagen marrón para recibir un aventón. Al darse cuenta de que el automóvil no poseía manillas en el lado del pasajero, se asustó y comenzó a forcejear hasta que logró huir. El amable joven que se había ofrecido a llevarla, no era otro que Ted Bundy, y Debbie no lo

averiguaría sino hasta que lo vio por televisión, acusado de asesinar a más de treinta mujeres.

PATRICK MACKAY El Discípulo del Diablo



Fuente: Grotesque and
Arabesque

El 21 de marzo de 1975, una tranquila comunidad londinense se vio sacudida por un terrible crimen. El párroco del pueblo, Anthony Crean, fue brutalmente asesinado sin motivo aparente. La policía quedó sobrecogida por la escena del crimen. El asesino había dejado el cuerpo de su víctima dentro de la bañera. Luego, la llenó de agua, la cual se fue tiñendo con la sangre que manaba desenfrenada del cráneo destrozado del sacerdote. Por lo visto, Anthony Crean recibió varios hachazos en la cabeza, los cuales le

produjeron la muerte. Los investigadores estaban perplejos. Aquella zona, en particular, no era un lugar en donde se cometieran este tipo de crímenes; sin embargo, desde hacía ya un tiempo, se había denunciado varios asaltos y robos de bolsos en sectores aledaños... y también un par de asesinatos que seguían sin ser resueltos. Este último, sin embargo, fue tan horroroso, que obligó a toda la policía a buscar al culpable y ponerlo tras las rejas lo antes posible.

Shorne, hasta ese entonces, siempre había sido un pueblo pintoresco y tranquilo, en donde residían muchos de los ciudadanos más adinerados de Londres. Con una comunidad pequeña y muy creyente, varios solían visitar la iglesia del pueblo los domingos y cruzar palabras con el padre Anthony Crean, el cual siempre estaba dispuesto a escuchar a sus feligreses y ayudar a los más necesitados. Crean, era un hombre sencillo, respetado y querido, prácticamente conocido por todos los habitantes del pueblo. Nadie podía entender por qué alguien querría matarlo, y mucho menos de una manera tan espantosa y bestial.

La policía, había recibido un par de llamadas poco antes de que se descubriera el cuerpo del padre Crean, las cuales fueron realizadas por las monjas que vivían con él en un hogar de *Corpus Cristi*, en donde ayudaban a los desvalidos. Estas llamadas, alertaban la posible desaparición del párroco, pues había salido del hogar y tardaba demasiado en volver, lo que comenzaba a preocuparlas. A esto, se sumó el hecho de que el perro mascota de Crean había vuelto al hogar sin su amo, lo cual era sumamente inusual pues este siempre lo acompañaba a todas partes. Cuando la policía se presentó en el hogar, escucharon los alaridos de una de las monjas, la cual encontró al sacerdote dentro de la bañera, sumergido en su propia sangre.

Los investigadores pudieron dar con el arma homicida, la cual resultó ser una pesada hacha que el atacante había dejado en el lugar del crimen, detrás de unas escaleras. El cuerpo de Crean se encontraba vestido con un abrigo, botas y un gorro de lana que dejaba entrever lo que quedaba del cráneo. Las horribles heridas, denotaban una violencia y brutalidad inusitada por parte del asesino, el cual utilizó tanto el lado filoso, como el lado romo del arma.

Mientras la policía buscaba alguna pista que los ayudara a dilucidar el crimen, el detective Kent Tappenden recordó un episodio que involucró al padre Anthnoy Crean y a un joven veinteañero, dieciocho meses antes. Crean estaba ayudando a un chico llamado Patrick MacKay, para que se alejara de los problemas. MacKay era un tipo de comportamiento antisocial, el cual se hizo amigo del sacerdote al confesar sus pecados y buscar redención. Sin embargo, cuando se ganó la confianza del párroco, le robó un cheque, lo falsificó y lo cobró, por lo que Crean no tuvo más opción que llamar a la policía. Kent Tappenden acudió al llamado del padre Crean e interrogó a MacKay; pero quedó sorprendido por la violencia con la que este reaccionó ante las acusaciones. Recordaría que, aquel encuentro con Patrick MacKay, fue perturbador. Para Tappenden, no había duda de que aquel chico estaba trastornado y, de pronto, se convirtió en su principal sospechoso del brutal asesinato. Al día siguiente, Tappenden dio la orden a dos de sus oficiales para que dieran con el paradero de MacKay.

La búsqueda del principal sospechoso del asesinato del padre Crean fue rápida y efectiva. Los oficiales dieron con la dirección de una familia con la cual MacKay estaba viviendo y lo encontraron dentro de la casa, sentado en un sillón. Lo detuvieron sin encontrar resistencia y el joven, de 22 años, reconoció el crimen de inmediato. Pronto, la prensa se hizo eco

de la noticia, y las fotografías de MacKay estuvieron en las portadas de todos los periódicos londinenses. En algunas de estas fotos, lucía como un chico de mirada lánguida y triste. Pero en otras, parecía literalmente un monstruo desquiciado y arrogante. Mientras el horrible crimen cometido por MacKay aún mantenía en estado de *shock* a la comunidad, este comenzó a confesar varios asesinatos más. El caso comenzó a tomar una complejidad tremenda y, sin embargo, la policía planeaba llegar hasta el fondo de toda la historia, pues sabía que había dado con un posible asesino serial... quizá uno de los peores de la crónica negra de Inglaterra, lo que es bastante decir.

Patrick David MacKay nació el 25 de septiembre de 1952, en Dartford, Kent. Vivió con sus padres y dos hermanas menores durante toda su niñez. Pero la familia MacKay tenía grandes problemas con el alcoholismo del padre de Patrick, Harold, el cual solía golpearlo a él y a su madre, cada vez que se encontraba borracho. Harold era un ex combatiente de la Segunda Guerra Mundial y había sufrido grandes traumas tras el conflicto bélico. La experiencia lo había traumatizado y cuando no se encontraba agobiado por las pesadillas que lo atormentaban, solía contarle a su pequeño hijo las cruentas escenas de guerra de las cuales fue testigo, y también de las cuales fue parte.

Influenciado por las pavorosas historias que le contaba su padre, sumada a su innata predisposición a la crueldad, el pequeño Patrick comenzó a torturar y matar animales. Solía cazar aves en el bosque, para luego arrancarles las alas. Incluso disfrutaba poniendo tortugas en hogueras hasta que morían asadas, para luego lanzarlas a las casas de sus vecinos. En el colegio, Patrick resultó ser un chico sumamente problemático e intratable. Golpeaba y molestaba a sus compañeros y compañeras, no paraba de correr por todos lados y siempre se metía en líos. Uno de sus

amigos de infancia recordaría, años después, que en una ocasión él y Patrick se encontraban jugando en un bosque cercano a la escuela. En cierto momento, Patrick cogió una hoja que tenía forma de campana, la llenó con su propia orina y se la bebió frente a él. Aquel desconcertante comportamiento, probablemente se tratase de una forma de impresionar a su compañero de juegos... algo que, evidentemente, consiguió. Dentro de su incipiente mente psicópata, Patrick deseaba ser el centro de la atención y dominar a todos aquellos que se encontraban dentro de su círculo. Aquellos actos aparentemente sin sentido, eran la forma de forjarse un respeto o, derechamente, despertar la repulsión de los demás. Al mismo tiempo, Patrick comenzó a robar útiles a sus compañeros de clase y dulces de las tiendas aledañas, muy posiblemente para sentir la adrenalina de ser atrapado.

Cuando Patrick MacKay cumplió la edad de 10 años, un hecho significativo lo marcaría de por vida y forjaría parte de su personalidad violenta. Su padre, Harold MacKay, falleció mientras se dirigía a su trabajo a causa de un ataque al corazón. Como Patrick era aún muy pequeño, la madre decidió no contarle que su padre había fallecido. Tampoco asistió al funeral de su progenitor, realizado en Escocia. Su padre, simplemente, había desaparecido, y esto le produjo un tremendo vacío que jamás pudo llenar. Nunca vivió el luto de la pérdida, por lo que se sintió desconcertado durante mucho tiempo antes de comprender, realmente, lo que había sucedido. En su cabeza, su función en la familia, era reemplazar a su padre; pero tomó las características que, justamente, lo hacían temible: La violencia.

A partir de los diez años, tomó por costumbre golpear a su madre y a sus hermanas pequeñas. Lo que en un principio parecían simples pataletas de un chiquillo insolente, poco a poco se fueron convirtiendo en agresiones

cada vez más serias cuando el chico entró en la adolescencia. La familia se mudó a Gravesend, y las golpizas comenzaron a agudizarse. Los vecinos quedaban atónitos por los gritos que Patrick emitía desde su casa, pues se alteraba con enorme facilidad. Muchas veces llamaron a las autoridades, acusando al adolescente de violencia intrafamiliar. Incluso su propia madre comenzó a llamar a la policía, porque no lo podía controlar. Los agentes debían acudir día por medio a la casa de la familia MacKay, porque Patrick no dejaba de golpear e insultar a su familia. Finalmente, fue encerrado en una institución para tratar su comportamiento, pero su madre logró sacarlo y llevarlo de vuelta a casa. Durante años, esta dinámica se repetiría en innumerables ocasiones.

Entre los 10 y los 22 años, escuelas especiales, centros de reformación juvenil e incluso instituciones psiquiátricas y la prisión, fueron el asilo de MacKay en por lo menos 18 ocasiones. Nada parecía reformarlo. Seguía comportándose de forma violenta e impredecible. Nadie parecía poder hacer nada con el problemático joven. En el hospital Stone House, MacKay terminó con la paciencia del directorio cuando se subió al techo del edificio y arrancó todas las tejas. En uno de los reformatorios en los cuales estuvo encerrado, fue víctima de golpes y el acoso de parte de otros muchachos que lo encerraban en alacenas. El chico no parecía encajar en ningún sitio y comenzó a sentirse irremediabilmente solo. Odiaba estar encerrado en aquellos lugares que, por lo demás, no conseguían ayudarlo en lo más mínimo.

A la edad de 16, Patrick MacKay fue diagnosticado como un psicópata violento, irascible y carente de remordimientos. Incluso uno de sus ex profesores de colegio, ya lo había catalogado como un potencial asesino en serie de mujeres. Aun así, MacKay demostraba una personalidad más compleja todavía, pues se trataba de una persona absolutamente antisocial,

a diferencia de otros psicópatas que consiguen adaptarse a su entorno y respetar ciertas normas de convivencia para, por lo menos, pasar un poco más desapercibidos. MacKay parecía un animal furioso y desenfrenado, incapaz de simular, si quiera, algo de normalidad.

A medida que pasaba el tiempo, Patrick MacKay seguía empeorando. Pasó de cometer hurtos y robos menores, a intentar incendiar una iglesia.

Posteriormente, comenzó a obsesionarse con la ideología Nazi. Cuando fue encerrado en un centro psiquiátrico, exigió que lo llamaran “Franklin Bollvolt Primero”, un nombre que, según él, recordarían y temerían como el de Adolf Hitler. De hecho, por aquellos años, el cuarto de MacKay se había convertido en una suerte de museo sobre artículos Nazis. Banderas, libros, jinetas, gorras y medallas... todo en referencia a la ideología que lo absorbía compulsivamente. Incluso se tomó una fotografía en donde luce con una esvástica en el brazo izquierdo. Aseguraba que pertenecía a la raza aria y se sentía superior a todos los que lo rodeaban.

Poco más de un año antes del horripilante crimen del sacerdote Anthony Crean, en febrero de 1974, Isabella Griffith, de 84 años, viuda de un cirujano, fue asesinada en el interior de su hogar, ubicado en Chelsea. La mujer fue estrangulada y apuñalada por debajo del corazón y permaneció varias semanas muerta en la cocina del inmueble antes de ser descubierta. Durante todo ese tiempo, la policía no tuvo ningún sospechoso en aquel caso; eso hasta que MacKay confesó también este crimen. Según sus propias palabras, comenzó a ganarse la confianza de la anciana acompañándola de compras o ayudándola con otros quehaceres, hasta que decidió asesinarla una vez que la mujer le permitió entrar a su hogar. Las huellas dactilares del detenido, coincidieron con las halladas en el cuchillo y se corroboró su historia. Pronto, la policía se preguntó si Patrick

MacKay también estaba detrás de otro caso de asesinato que se encontraba en sus archivos con la etiqueta de “Sin resolver”.

Adele Price fue otra de las víctimas de MacKay, una anciana que corrió la misma suerte de la señora Griffith, y que cayó en la misma trampa. La nieta de Adele Price, la encontró tendida en su cama el 10 de marzo de 1975, estrangulada. La muchacha declararía, más tarde, que mientras subía las escaleras del departamento, antes de encontrar el cadáver, se topó de frente con un joven delgado y pálido, pero jamás pensó que se tratase del asesino de su abuela. La policía presentía que ambos casos podían estar relacionados y MacKay fue, nuevamente, la respuesta. Confesó el crimen sin inmutarse. Lo que la policía no sabía, es que Patrick MacKay solo estaba empezando.

Con el pasar de los días, MacKay declaró haber cometido un total de 11 asesinatos a sangre fría y de las formas más diversas. Estrangulamiento, apuñalamiento, golpes con objetos contundentes y hachazos, eran el repertorio de sus retorcidos actos. Incluso declaró haber asesinado a un mendigo, lanzándolo desde un puente, solo porque lo encontró repulsivo. El perfil de sus víctimas era diverso, al igual que sus métodos - dos asesinatos. Comenzó con ancianas, pues estas son más débiles y representaban un riesgo menor. Luego, continuó con mujeres jóvenes y hombres de edad media, en una escalada de violencia que debió de entusiasmarlo a correr más riesgos.

Quizá uno de los detalles más perturbadores de este caso, es el proceder de MacKay antes de cometer los crímenes. Si lo comparamos con otros asesinos seriales, pareciera ser incluso más perverso, frío y calculador. Esto debido, principalmente, a que muchos asesinos psicópatas cosifican y despersonalizan a sus víctimas, con el fin de no sentirse culpables ni empatizar con ellas. Suelen narrar sus crímenes en tercera persona (como

lo hacía Ted Bundy) y evitan tener una relación de cercanía o amistad muy estrecha con ellas. Evidentemente cuando el asesino está cometiendo el ataque, hay un acercamiento y un juego de control; pero MacKay convivía con estas personas durante meses antes de quitarles la vida sin el menor remordimiento. En muchos de estos casos, ya sabía que las mataría cuando apenas las estaba conociendo. Solo necesitaba ganarse su confianza para atacarlas a traición.

Pero el comportamiento de Patrick MacKay era errático y consiguió confundir a los psiquiatras. Si por un lado era frío, calculador y parecía capaz de identificar a posibles víctimas vulnerables y atacarlas en el momento adecuado; algunos especialistas (y el mismo agente Tappenden) veían a un joven trastornado incapaz de controlarse. Un esquizofrénico de mirada perdida e irrecuperable.

La motivación de sus crímenes nunca quedó muy clara. Si bien robaba un poco de dinero de sus víctimas al matarlas, este no parecía ser el móvil. Según sus declaraciones, días antes de matar a una persona, se sentía “peculiar” (palabra que utilizó varias veces durante las entrevistas con los médicos que lo trataron). Después de varios días sin matar, volvía a experimentar aquella sensación.

Algunos especialistas dirían, posteriormente, que MacKay estaba fuera de control y que difícilmente disfrutó de sus crímenes. Otros, en cambio, aseguraban que Patrick MacKay se ponía a prueba cometiendo actos atroces, para probar hasta dónde era capaz de llegar y soportar. De hecho, en algunas de las escenas de sus crímenes, permaneció varias horas antes de marcharse. Incluso llegó a dormir en un sillón mientras una de sus víctimas, Adele Price, yacía tendida en el piso.

Entre las pertenencias de MacKay, se hallaron una serie de fotografías que él mismo se tomó un día antes de asesinar al sacerdote Anthony Crean. En

ellas, se puede observar el rostro desfigurado y grotesco de un sujeto decididamente esquizofrénico. Estas son, posiblemente, unas de las postales más impactantes del rostro de la maldad y la locura en su estado puro.



Fuente: Grotesque and Arabesque

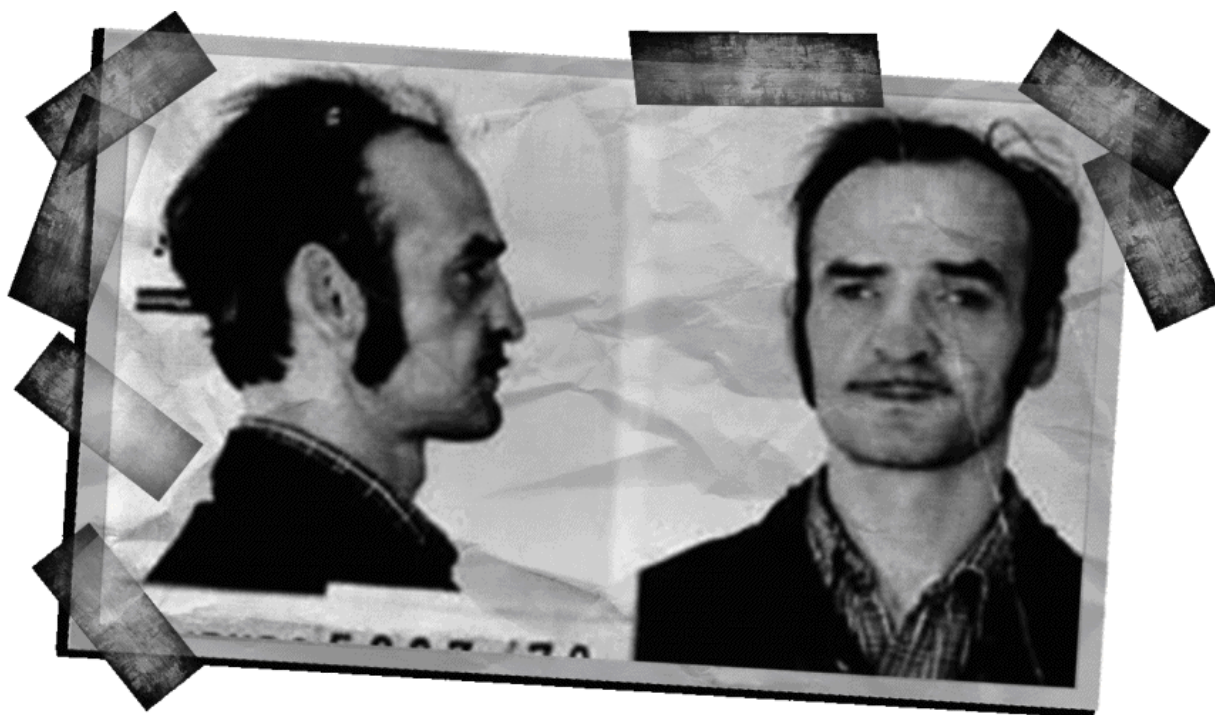
Patrick MacKay se convirtió en el sospechoso de un total de 13 asesinatos; pero solo se pudieron probar 3 de ellos: El de Isabella Griffith, Adele Price y Anthony Crean. Fue condenado a cadena perpetua.

Nigel Nelson, el periodista que bautizó a MacKay como el Discípulo del Diablo, estuvo presente durante todo el juicio. En posteriores entrevistas, Nelson declararía que el acusado era un sujeto ciertamente inquietante.

Según sus propias palabras: “Patrick MacKay era una presencia escalofriante. Cuando lo veías en la corte, era como si su cuerpo no le perteneciera a sí mismo; era como si le perteneciera a otra persona. Así que... si alguna vez hubo un caso de posesión demoníaca, ya fuera por

enfermedad mental o algo real, creo que ese era el caso de Patrick MacKay”.

FRITZ HONKA El Destripador de Sankt Pauli



Fuente: The Docus

El 17 de julio de 1975 en Hamburgo, Alemania, el cuerpo de bomberos de la ciudad acudió a una llamada que los alertaba de un incendio que tenía a una casona envuelta en llamas. Por lo visto, el siniestro se había originado en la parte baja y rápidamente comenzó a consumir el inmueble. Por suerte, todos los inquilinos consiguieron escapar de la construcción y, poco a poco, el incendio fue controlado. Mientras los bomberos revisaban las habitaciones, para extinguir cualquier otro foco que pudiera revivir las llamas, subieron a uno de los pisos y percibieron un penetrante olor a

putrefacción. La sorpresa fue mayúscula cuando se toparon con un cuerpo femenino destrozado y parcialmente calcinado por el incendio. Tras una mirada rápida, resultó obvio que aquel cadáver llevaban varios meses descomponiéndose antes de que el fuego lo alcanzara, por lo que el hallazgo fue informado inmediatamente a la policía.

Si ya de por sí el incendio consternó a los residentes, quienes seguían en la calle sin entender qué estaba ocurriendo, cuando los agentes comenzaron a interrogarlos por el descubrimiento que había hecho bomberos, quedaron estupefactos y horrorizados. Uno de los residentes se las había ingeniado para asesinar a una mujer bajo sus narices, descuartizarla y esconderla en el cobertizo de la casona. Varios inquilinos coincidían en que había un sujeto muy extraño, que vivía en el último piso y que se hacía acompañar por mujeres de dudosa reputación. El Barrio Rojo de Hamburgo no quedaba lejos y, posiblemente, se tratara de una prostituta; pero eso no era todo. Algunas personas, recordaron haber sentido un olor nauseabundo saliendo de la habitación del sujeto que vivía en el último piso... y se lo habían hecho saber. El hombre, aseguró que se trataba de un problema de cañerías y, al día siguiente, roció su departamento con un perfume barato que solo consiguió molestar más a los residentes. Días más tarde, el olor fue bajando su intensidad y nadie insistió en solucionar aquel problema que, por lo visto, respondía a una falla de tuberías del viejo edificio.

El sujeto en cuestión, fue identificado como Fritz Honka, de 40 años. En aquel momento se encontraba trabajando y, según se sabía, volvería al día siguiente, después de cumplir con su jornada laboral nocturna. La policía se dispuso a esperarlo; pero nadie estaba seguro de que aquel hombre fuese culpable realmente. No había evidencia que lo vinculara, pues casi todo parecía haber sido arrasado por el incendio. El acceso a la buhardilla no era exclusivamente de él. Cualquier otra persona podría haber

escondido allí el cadáver, incluso alguno de los sujetos a los que ya se había interrogado. Mientras esperaban al sospechoso, decidieron revisar su habitación, la cual solo había sufrido daños parciales tras el incendio. Lo que la policía encontró en el lugar, los dejó casi tan perturbados como cuando encontraron los restos humanos.

La modesta habitación de Fritz Honka, era un cuchitril asqueroso y desaseado, oscuro, como una madriguera. Sobre su cama, en el techo y las paredes, Honka había pegado cientos de recortes de mujeres y hombres desnudos, los cuales muy probablemente le servían para masturbarse. Entre botellas de cerveza vacías y montones de revistas pornográficas, también se podía apreciar una muñeca y una copia de la novela *Juliette*, del Marqués de Sade, además de varios zapatos de mujer (los cuales se descubriría, posteriormente, pertenecían a sus víctimas). Una de las puertecillas del cobertizo, daba justo al interior de la habitación, lo que confirmó las sospechas de los vecinos sobre Honka.

Los oficiales esperaron toda la noche al sospechoso, hasta que este apareció a las primeras horas de la mañana, encontrándose sorprendido por el incendio que había consumido parte de la casona. Ante la presencia de los policías que querían interrogarle, no se resistió y los acompañó, aunque aquella conversación se convertiría en un dolor de cabeza para varios de los agentes involucrados.

Fritz Honka nació en Leipzig, Alemania, el 31 de julio de 1935. El padre de Fritz entró a trabajar en los Campos de Concentración Nazis, pero duró poco tiempo, pues falleció en 1946, completamente alcoholizado. La madre de Fritz fue incapaz de mantener sola una familia con nueve hijos, por lo que decidió repartirlos en distintos orfanatos, con la esperanza de que tuvieran un futuro más prometedor.

Honka tendría que arreglárselas solo para salir adelante; pero no resultó ser un chico muy brillante. De hecho, era un muchacho casi retardado, carente de autoestima y sumamente tímido. De nariz deforme, baja estatura (1,65 mts. versus el alemán promedio, que es de 1,80 mts.), complexión escuálida y un estrabismo que se acrecentaría dramáticamente con el pasar de los años, Fritz Honka se sentía alguien horrible e indeseable. Incapaz de superar sus falencias y defectos, se refugió en el alcohol, lo que terminaría por convertirlo en alguien irresponsable e inestable, que frecuentemente era despedido de sus empleos o que, sencillamente, terminaba por abandonarlos sin dar ningún tipo de explicación.

El sexo, era un tema sumamente delicado para Honka. Era tímido y receloso en extremo, y prefería masturbarse con frecuencia, antes que intentar mantener algún tipo de relación sexual. Lo cierto es que no tenía muchas pretendientes; pero a pesar de su timidez, Honka consigue una novia y se casa con ella poco tiempo después; aunque el matrimonio solo duraría unos cuantos meses, debido al alcoholismo que lo tenía consumido.

Hundido en una depresión, cansado de ser menospreciado y convencido de que era un perdedor, Fritz Honka decidió arrendar un departamento y vivir solo. Durante años intentó conseguir un trabajo estable, pero nunca lo logró. Con respecto al ámbito amoroso, tampoco tuvo suerte. Lo único que podía distraerlo un poco de su gris existencia, eran sus sinuosos paseos por el oscuro Barrio Rojo de Reeperbahn, Hamburgo, en donde las prostitutas ofrecían servicios sexuales al mejor postor. El problema, es que uno de los mayores complejos de Fritz Honka, era su altura. Aquellas mujeres atractivas y sensuales, lo superaban en estatura por varios centímetros, lo

que terminaba por frustrarlo y abandonaba la idea de, tan siquiera, acercarse a ellas.

Pero aquellos lugares nocturnos, eran famosos por contar con infinidad de posibilidades para sus clientes. Honka conoció a un par de mujeres de su talla e incluso más bajas que él... aunque había otro problema: Tenían la dentadura completa, algo que le aterraba. En su paranoia, Honka buscaba mantener relaciones sexuales con mujeres que no tuvieran dientes, pues prefería que le practicasen solo sexo oral, y sentía pavor de solo pensar que una mujer pudiera morderle el pene mientras se realizara el acto. Es debido a esto, que Honka buscaba a un perfil muy especial de prostitutas. Debían ser más bajas que él y de edad avanzada, pues era muy probable que estas no tuvieran muchas de sus piezas dentales.

Es así como en 1969, contrata los servicios de una prostituta de 40 años llamada Gertraud Bräuer, a quien invitó a su apartamento. A la mujer le faltaban varios dientes y Honka se sintió seguro; pero cuando esta se burló de él por preferir el sexo oral antes que otro tipo de relación, perdió el control. En un arrebato de ira, la estranguló hasta matarla. Consumado el hecho, decidió descuartizarla para, posteriormente, darse a la labor de deshacerse de los restos. Existen varias posibles explicaciones para el extraño comportamiento del asesino, el cual repartió parte de los restos de su primera víctima en las inmediaciones de Hamburgo, mientras que otros los escondió en el interior de su casa. Una de las teorías apunta a que Honka, al ver que nadie preguntaría por una prostituta desaparecida, decidió esconder los restos en su casa y evitar la compleja labor de trasladar restos humanos a otros puntos de la ciudad. Otra posibilidad era que, simple y llanamente, fuese tan ingenuo como para pensar que podría acumular restos humanos en la buhardilla de su edificio, sin ser descubierto nunca.

En agosto de 1974, Honka volvió a asesinar. La prostituta de 55 años, llamada Anna Beuschel, fue estrangulada y descuartizada; pero esta vez, el homicida, ni siquiera intentó deshacerse del cadáver. Abrió la puertecilla del cobertizo y puso los restos humanos junto a los de su primera víctima. En diciembre de ese mismo año, Frieda Roblick, de 57 años, terminó desmembrada en el mismo agujero que las otras mujeres.

El asesinato se estaba convirtiendo en una obsesión para Honka que, muy posiblemente, se sentía con algo de poder por primera vez en su vida. En vista de que aquello parecía estimularle, y que nadie en la casona sospechaba nada, volvió a asesinar en enero de 1975. La víctima, Ruth Schult, de 52 años, sería la última de la lista. Esto, principalmente porque Honka comenzó a recibir las primeras quejas de sus vecinos por el olor a podrido que emanaba de su habitación. Aquello lo preocupó bastante y decidió comprar varias botellas de colonia, con la cual trató de disimular el hedor, esparciéndola en el piso y las paredes del departamento. Aun así, el ambiente resultaba irrespirable; pero difícilmente alguien hubiese podido imaginar que en el interior de la buhardilla, aquel tímido sujeto ocultaba restos humanos. Todo acabaría el día del incendio, cuando los bomberos y la policía dieron con uno de los cuerpos descuartizados.

En un comienzo, el interrogatorio al que fue sometido Fritz Honka fue complejo. El sospechoso apenas hablaba, y cuando lo hacía, era en un tono casi inaudible y no se le entendía absolutamente nada. Tampoco respondía de forma muy coherente; pero después de un par de horas con los agentes de policía, comenzó a confesar sus crímenes. De hecho, hasta el momento la policía solo había encontrado los restos de una de sus víctimas, así que la confesión de cuatro asesinatos los dejó consternados. Tras una segunda revisión en el cobertizo, se lograron identificar los restos humanos de las otras tres mujeres asesinadas por Honka; además se encontró un serrucho

de mano, con el cual el asesino descuartizó los cadáveres, junto a otros utensilios como cuchillos y martillos. También se hallaron varios frascos de desodorante y perfume, con los cuales había intentado disimular el olor putrefacto que emanaba desde su cuarto.

Durante el juicio, en el Tribunal del Distrito de Hamburgo, Honka se mostró como un sujeto afable con las autoridades, respetuoso y silencioso. Rolf Bozzi, encargado de la defensa, se dirigió al juez esgrimiendo los resultados psiquiátricos del acusado, los cuales aseguraban que Fritz Honka padecía de una “enfermedad grave con valor de desviación” y “anormalidad emocional”. Muchos de los irracionales actos, y las enfermizas manías de Honka, no podían ser explicadas por el juez ni los asistentes; pero era evidente que no se trataba de alguien normal, y debieron aceptar la veracidad de los exámenes médicos.

Cuando se le pidió al acusado explicar el porqué de sus crímenes, aseguró que estas mujeres se habrían burlado de su sexualidad, y que por eso las había matado. Posteriormente, aseguraría que Jack el Destripador le hablaba y le ordenaba asesinarlas.

El caso despertó horror en la ciudad alemana, y la condena resultó demasiado benévola para muchos. Fritz Honka fue condenado, el 20 de diciembre de 1976, a pasar 15 años en una institución psiquiátrica.

Tras varios años de desvarío, en los cuales Honka decía a los enfermeros y doctores que no podía dejar de sentir olor a descomposición en la habitación a la cual había sido confinado, finalmente fue liberado en 1993, a la edad de 58 años, y cambió su nombre por el de Peter Jensen. Con una salud bastante deteriorada, fue a dar a un asilo de ancianos, en donde las alucinaciones no lo abandonaron. Seguía percibiendo olores descompuestos, y se quejaba con las enfermeras y los auxiliares del aseo constantemente. A pesar de haber sido conocido, a mediados de los

setenta, como el Destripador de Sankt Pauli, nadie lo reconoció en el asilo donde pasó sus últimos años. Finalmente, Honka falleció de un ataque al corazón el 19 de octubre 1998, en el Hospital de Hamburg-Langenhorn.

JOHN WAYNE GACY El Payaso Asesino, Pogo the Clown



Fuente: Esquire

Gacy, nace el 17 de marzo de 1942, en Illinois, Chicago. Él, sus hermanas y su madre, sufrían de constantes abusos por parte del padre, John Samuel Gacy, un tipo violento, alcohólico y muy autoritario. Desde muy pequeño, John Wayne Gacy aprendió a temerle al cinturón de cuero de su progenitor. Con los años, el pequeño John trató de ser siempre complaciente. Era inteligente, despierto y participaba de buena gana en las actividades escolares; sin embargo, su padre lo ignoraba y denigraba constantemente,

pues notaba que era un tanto afeminado. Era tal el rechazo que le provocaba su propio hijo, que comenzó a tratarlo de “marica”, “niño de mamá” o simplemente “estúpido”. A los 9 años, algunas fuentes aseguran que Gacy fue violado por un amigo de la familia; pero este lo negó en varias ocasiones. A los 11 años, Gacy recibió un fuerte golpe en la cabeza con un columpio, lo que le provocaría constantes desmayos, durante varios años, además de jaquecas insoportables. Su padre pensó que estaba fingiendo y que lo hacía para llamar su atención. Solo cuando cumplió 16, Gacy fue llevado al hospital después de sufrir un ataque de epilepsia. Se le detectó un coágulo en el cerebro y comenzó a recibir tratamiento. Aun así, su padre no le creía.

No pudo terminar la secundaria, sin embargo eso no fue impedimento para que Gacy triunfara en la vida. A pesar de ser un joven regordete y poco agraciado, era un hábil conversador, manipulador, inteligente y muy dominante.

En vista de que la relación con su padre no prosperó, decidió viajar a las Vegas en busca de un trabajo. Fue difícil; pero finalmente consiguió empleo en un depósito de cadáveres. Era muy trabajador, responsable y un obsesivo de la limpieza, así que se ganó la confianza y respaldo de sus jefes. Podían contar con el joven y servicial John para todo. Pero había algo que motivaba a Gacy a permanecer en aquel trabajo. Ver cadáveres de cerca, le despertaba gran curiosidad, sobre todo si se trataba de adolescentes. En algunas biografías se asegura que practicó necrofilia con algunos de los cuerpos, pero él lo negaría en todas las entrevistas posteriores a su detención.

Gacy estaba empeñado en triunfar. Se graduó y se unió al ejército, en donde solo estuvo un tiempo. Sin embargo, solía pavonearse asegurando que había estado en Corea, algo absolutamente falso. Era un mentiroso

patológico y descarado, siempre tratando de impresionar a las personas. También era cleptómano y no toleraba la frustración. Siempre creía tener la razón y nunca se daba por vencido en una discusión. Estos “dotes” lo llevaron a convertirse en un sujeto sumamente egocéntrico, con un deseo obsesivo por controlar a los demás.

Algunos decían que era brillante haciendo negocios y escalando a nivel social. Era constantemente ascendido en sus puestos de trabajo e incluso llegó a tomar un cargo directivo en la empresa de zapatos Nunn-Bush, fue vicepresidente de Jaycees y gerente de un local de la cadena de comida rápida Kentucky Fried Chicken, en Iowa. Parecía que todo lo que se proponía, lo lograba sin mucho esfuerzo.

A los 22 años, contrae matrimonio con una mujer llamada Marlynn Myers, en 1964. Pero en 1968 su matrimonio termina abruptamente, cuando es acusado de abuso sexual a menores y es condenado a 10 años de prisión. John sentía atracción por jóvenes adolescentes con los que trataba en su trabajo, como gerente de un local de comida rápida (KFC). Gacy se vio involucrado en una seguidilla de situaciones sumamente embarazosas relacionadas con adolescentes. Había tomado por costumbre, invitar a algunos de sus jóvenes empleados a su casa, con el fin de embriagarse y ver películas pornográficas. A veces iba directo al grano y lograba acceder a favores sexuales a cambio de dinero; pero en otras ocasiones, amenazaba, maniataba y violaba a los menores sin previo aviso. Por aquel entonces, Gacy era candidato a la presidencia de la Cámara de Comercio, por lo que sabía que debía tener cuidado con lo que hacía. Sin embargo su desenfreno sexual era tan grande, que no podía contenerse. Pronto se supo la verdad y quedó al descubierto. Incluso uno de los chicos lo acusó de haberlo encañonado para obligarlo a jugar a la “ruleta rusa” con el revólver. No lo mató, pero le dio un tremendo susto. A otro, lo mandó a

golpear para que no declarara en su contra. Todo aquello era suficiente para mandarlo a la cárcel por una buena temporada.

Cuando su esposa se enteró de las graves acusaciones, corroboró sus sospechas. Había visto como Gacy se ponía cuando veía a los jóvenes en su local y tenía serias dudas de la sexualidad del padre de sus hijos.

Decidió divorciarse de inmediato.

Gacy se las arregló para destacar mientras cumplía su condena y se convirtió en chef de la prisión, un puesto que siempre es privilegiado tras las rejas. Gracias a su simpatía y carisma, logró mantenerse en el cargo durante toda su estancia, incluso fue entrevistado por un canal de televisión local, en su puesto de trabajo, a modo de ejemplo de reinserción laboral. Le encantaba llamar la atención. Después de permanecer solo 18 meses tras las rejas (debido a su comportamiento ejemplar) Gacy es dejado en libertad condicional. Vuelve a Illinois para rehacer su vida... o al menos eso parecía.

Gacy, no podía aceptar que le gustaran los hombres. Despreciaba a los “maricas” tanto como lo hacía su padre; pero era innegable que le atraían. Su odio hacia la homosexualidad y hacia sí mismo, era una bomba de tiempo que podía explotar en cualquier momento.

En 1971, John compró una casa en el sector de Norwood Park Township, en donde montó una oficina de construcción. Al mismo tiempo, se mostró como un vecino simpático y servicial con la comunidad, además de todo un personaje. Era vocal de mesa del Partido Demócrata y un miembro activo y muy respetado. Muchos lo recordaban visitando a chicos con enfermedades terminales en el hospital, disfrazado de Pogo el Payaso, un personaje inventado por él mismo y que también acudía a alegrar cumpleaños y fiestas, llevando globos y golosinas a los menores. Un detalle que resulta, por lo bajo, perturbador.

Gacy seguía empeñado en mostrarse como un ciudadano modelo. Era casi como una obsesión. Se casó por segunda vez, tuvo dos hijas, montó una empresa de construcción que prosperó y continuó vinculado con el mundo de la política. También comenzó a relacionarse con algunos jóvenes de las cercanías, los cuales acudían a su casa para solicitar empleo como albañiles en su empresa. La historia se comenzaba a repetir... pero, esta vez, John no quería que lo atraparan. No podía dejar testigos. Es en 1972, cuando Gacy comienza una serie de asesinatos realmente espeluznantes. Solía invitar a jóvenes y adolescentes a su casa, con la promesa de trabajo o dinero. Posteriormente, los drogaba con cloroformo y los sometía a numerosas torturas y vejaciones. Tras quitarles la ropa, los esposaba y ataba con sogas y cadenas, para quemarlos con cigarrillos o provocarles asfixia por inmersión sumergiéndoles la cabeza en la bañera. Si la víctima perdía el sentido, les practicaba respiración boca a boca, con el único fin de revivirlos y prolongar las torturas. Los violaba reiteradas veces y, para que no gritaran, les introducía la ropa interior por la boca, casi hasta la mitad del esófago... algunos de los chicos que torturó y violó, fallecieron debido a este procedimiento. A otros, los estranguló, apuñaló o ejecutó de un disparo en la cabeza. Constantemente, inventaba nuevas formas de ofrecer suplicio a quienes entraban desprevénidamente a su casa y caían en la trampa. En un principio, Gacy despachaba los cadáveres en ríos cercanos. Sin embargo, una dolencia en su espalda comenzó a complicarlo. Además, consideró que salir a la calle, con un cuerpo en su automóvil, era muy arriesgado, por lo que decidió sepultar los cuerpos bajo su casa. Una trampilla en el piso, daba paso a un subterráneo donde Gacy acumuló cuerpos durante años, cubriéndolos de cal viva y enterrándolos en cemento fresco. Su esposa, que vivía en otra propiedad, jamás sospechó de las retorcidas prácticas de su marido. Por otro lado,

solía invitar a otros vecinos a su segundo hogar, en donde se mostraba muy amable y se excusaba por el mal olor. Según él, se debía a un desagüe cercano que daba justo en su jardín, lo cual no era cierto. Pero nadie sospechó que pudiese haber un cadáver en la propiedad de Gacy. Era un próspero hombre de negocios, simpático e inteligente. Un emprendedor comprometido con la comunidad y padre de familia.

Pero todo saldría a la luz en diciembre de 1978, cuando la policía recibe el aviso de la desaparición de un chico llamado Robert Piest, de 15 años. Su madre estaba muy preocupada y llegó hasta la comisaría denunciando el hecho. Según la mujer, su hijo solía buscar empleos esporádicos para ayudar en casa y, la última vez que lo vio, le comentó que asistiría a una entrevista de trabajo con un sujeto de apellido Gacy. El teniente Kozenczak, del Departamento de Policía de Des Plaines, revisó algunos documentos que el muchacho había dejado en casa. Entre ellos, encontró la dirección y el número telefónico del hombre que le había hecho la oferta laboral: El contratista John Wayne Gacy.

Kozenczak decidió llamarlo por teléfono para preguntar si Robert había asistido a la cita. Gacy respondió la llamada; pero negó haber visto al muchacho. Cuando el teniente le solicitó que se presentara a declarar, pues el chico se encontraba extraviado, Gacy se excusó diciendo que no podría presentarse en ese momento, pero que podría ir al Departamento de Policía al día siguiente. Kozenczak quedó pensativo. Decidió revisar los antecedentes del sujeto y descubrió que Gacy había sido condenado, en 1968, por abuso sexual contra varios menores. Todo ello le daba mala espina; sin embargo decidió esperar a que Gacy apareciera voluntariamente.

John Wayne Gacy se presentó tranquilamente en el Departamento de Policía, tal como lo había prometido, al día siguiente. Le comentó a

Kozenczak que no había visto al muchacho desaparecido y que ignoraba su paradero. Kozenczak, intuyendo que Gacy mentía, ordenó un registro en su domicilio. Lo que encontró la policía, en aquella casa, fue espantoso. Cuando los agentes forzaron la puerta, el olor a putrefacción los dejó atónitos. Era evidente que allí había un cadáver en estado de descomposición. Lo primero que encontraron, al registrar las habitaciones, fue material pornográfico (homosexual) además de esposas, cadenas, candados, sogas y cuchillos... los policías más experimentados, comprendieron de inmediato que era muy posible que ese tal John Gacy, fuese un asesino. Pero no estaban preparados para el horroroso hallazgo del que serían testigos.

Mientras intentaban identificar de dónde provenía exactamente el fétido hedor, uno de los policías descubrió una trampilla que daba a un oscuro subterráneo. Al abrirla, el olor inundó definitivamente la casa. No había dudas de que había cadáveres humanos allí. Cuando bajó, descubrió que había cemento fresco en el piso. Los policías comenzaron a romper el suelo y los primeros cuerpos aparecieron. Era un espectáculo horrible y desagradable. Varios policías y voluntarios, se sumaron a la dura labor de remover el piso de la nauseabunda casa de Gacy en busca de más víctimas, a las cuales fueron numerando. No podían dar crédito a lo que estaban viendo.

Entre los periodistas, se corrió la voz de que se estaban desenterrando cadáveres bajo una casa en Illinois y que ya superaban la docena. No tardaron en hacer su aparición, en las afueras de la casa de Gacy, cargando cámaras fotográficas y de video, intentando rescatar alguna imagen de los cuerpos o entrevistar a algún policía involucrado en el caso. Cientos de vecinos y curiosos rodeaban el lugar. Estaban consternados por el macabro hallazgo. Les parecía inconcebible que un sujeto amigable como John,

dueño de su propia empresa, fuese un asesino serial. Claro que se había visto entrar y salir a varios jóvenes desde su casa; pero se suponía que les conseguía empleo, no que los asesinaba.

Se encontraron un total de 28 cadáveres bajo la casa de Gacy, la cual fue completamente destruida en busca de más restos. Otros 5 cuerpos fueron hallados en el río Des Plaines, después de que Gacy reconociera haber asesinado a 33 personas en total. El caso colmó los periódicos y noticiarios de todo el mundo. Al mismo tiempo, se filtró en la prensa una espantosa foto en la que el asesino aparecía disfrazado de payaso. Todo parecía una espeluznante pesadilla... una que solo se podía dar en los Estados Unidos. La imagen del Payaso Asesino se instauró, de forma permanente, en la mente de los norteamericanos, gracias a John Wayne Gacy.

Gacy estaba abatido al ver toda la evidencia que tenían en su contra. Sabía que podían condenarlo a muerte. Mientras era trasladado, para dar su testimonio, los *flashes* de las cámaras lo acosaban constantemente. Él se cubría la cara y caminaba junto a los policías, cabeza a gachas. No quería que lo grabaran.

Durante el juicio, el Gacy que rehuía de las cámaras desapareció y se mostró como un tipo más abierto y comunicativo; pero también tremendamente inhumano. Esbozando una sonrisa, dijo al jurado que aborrecía a los homosexuales, que no valían la pena... que no tenía tiempo para tener amantes mujeres, pues con ellas había que “flirtear” antes de tener sexo y él era un hombre ocupado, de negocios, sin tiempo para ello. Por este motivo, según él, prefería mantener relaciones homosexuales, pues era más inmediato y más fácil, sin tanto preámbulo. Sin embargo, sus víctimas (el menor tenía 14 años y el mayor 21) no parecían tener conductas de este tipo. Parecía que Gacy trataba de justificar sus actos de

una forma ridícula. Evidentemente, se trataba de un depredador sexual, incapaz de aceptar su propia homosexualidad y al que solo le importaba sentir placer por medio de las más abominables prácticas. Le daba absolutamente lo mismo si los chicos eran o no homosexuales y, aunque así hubiese sido, no tenía ningún derecho de abusar de ellos y asesinarlos. La actitud despectiva con la que se refería a las víctimas, solo logró despertar la antipatía del jurado. Gacy era un verdadero monstruo y parecía no enterarse.



Fuente: Esquire

Los psicólogos y psiquiatras no llegaron a un acuerdo sobre si el acusado padecía algún desorden de tipo mental; pero si concluyeron que el hecho de violar y torturar a sus víctimas, representaba para Gacy la mejor forma de denigrar a quienes, según aseguraba, parecían o eran homosexuales. El abogado insistía en que su cliente sufría de locura temporal y que varias de las muertes, se produjeron por asfixia mientras se realizaban juegos sexuales consensuados. Sin embargo, Gacy no estaba loco ni padecía de

trastornos que lo hicieran inimputable. Tampoco se creyó la hipótesis de que las prácticas sexuales eran consensuadas o por dinero, pues los jóvenes fueron sedados y amordazados antes de los abusos sexuales. Durante la etapa final del juicio, se presentaron a declarar dos muchachos que solían dormir en la casa de Gacy. Curiosamente, no los asesinó; aunque si les pidió ayuda para cavar algunas fosas en el subterráneo de su casa, supuestamente para buscar una filtración. Jamás supieron lo cerca que estuvieron de terminar dentro de aquellos agujeros que ellos mismos habían cavado.

Los especialistas, concluyeron que se trataba de un psicópata extremadamente egoísta, sádico, cruel, calculador y sin emociones. Fue condenado a 21 cadenas perpetuas y 12 penas de muerte el 13 de mayo de 1980, aunque pasaría al menos 14 años tras las rejas antes de que se cumpliera la condena.

Mientras estuvo en la cárcel, Gacy solo supo de fama. Las fotografías del asesino, disfrazado de payaso, aparecieron prácticamente en todos los periódicos del mundo, generando un tremendo impacto y su caso fue calificado como uno de los más espeluznantes de la historia de los Estados Unidos. Es más, hasta el momento, Gacy era el asesino en serie más prolífico del país. Recibió propuestas de matrimonio (terminó casándose con una de las mujeres que se lo pidió) y varias visitas de personas completamente desconocidas, las cuales querían tomarse una fotografía con él o comprar algunos de los cuadros que pintaba en la cárcel.

Semanalmente, recibía cientos de cartas de *fans* que querían conocerlo. Poco a poco, el Payaso Asesino se convirtió en una súper estrella del mundo del crimen, un asesino de culto, y lo asimiló bastante bien. Gozaba de su fama. No solo psiquiatras, psicólogos, detectives y periodistas pedían hora para entrevistarse con él; sino que también escritores,

directores de cine y músicos de bandas de rock deseaban conocerle e intercambiar unas palabras. Gacy se había convertido en toda una celebridad.

John Wayne Gacy, no demostró jamás arrepentimiento por sus terribles crímenes. Una de sus más famosas entrevistas, transcurrió cuando fue interrogado por el famoso investigador del FBI, Robert Ressler. Ambos se conocían... habían sido vecinos desde niños. Era paradójico que dos de las más emblemáticas figuras del crimen y la investigación criminal, respectivamente, hubiesen vivido su infancia a solo un par de manzanas. Gacy se mostró como un sujeto afable y simpático en la entrevista; pero Ressler aseguraría, más tarde, que se trataba de un hombre sumamente peligroso, capaz de atraer a su víctima como lo hace una araña... y que cuando esta se daba cuenta de que había caído en la red, ya era demasiado tarde.

El asesino comenzó a pintar en la cárcel... sobre todo payasos, en alusión a su propio personaje. Eran obras bastante mediocres; pero parecía que todo lo que tocaba Gacy, se transformaba en oro. Otro de los temas recurrentes de sus obras, eran los enanos de la película de Disney *Blancanieves*, Elvis Presley y también otros asesinos en serie, como Ed Gein, Albert Fish o Jeffrey Dahmer. Varias de sus pinturas serían subastadas, posteriormente, en miles de dólares. Una de ellas, un autorretrato suyo disfrazado de su *alter ego* Pogo el Payaso, fue enviada por el mismo Gacy a Robert Ressler, quien la guardó a regañadientes en su estudio. Meses después, recibió una invitación de Gacy, para presenciar su ejecución por medio de la inyección letal. Ressler no acudió a la cita.

Durante toda su estancia en la cárcel, Gacy siempre trató de justificar sus crímenes. Es más, solía enfadarse con su abogado por no idear una estrategia que lo librara de la pena de muerte. Durante una serie de

entrevistas con la doctora Helen Morrison, Gacy fue sometido a varias sesiones de hipnosis, en las cuales aseguró que un tal Jack Hanley era quien lo impulsaba a matar, un sujeto que lo poseía y que estaba en su cabeza. No existían antecedentes de que Gacy padeciera de doble personalidad. Los exámenes psiquiátricos a los que se había sometido, indicaban que era un sujeto completamente cuerdo, así que no se tomaron en cuenta los estudios de la doctora Morrison como atenuante.

A Gacy, solo le preocupaba salir con vida de aquel proceso y se mostraba completamente insensible ante el llanto de los familiares de sus víctimas. Según él, era todo un montaje... un teatro. Ni siquiera se molestaba en simular. Ni siquiera pidió disculpas.

Fue ejecutado el 10 de mayo de 1994. Cientos de personas salieron a la calle para celebrar dicho acontecimiento. Gacy se había convertido en un personaje tan infame, que su ejecución supuso un alivio para toda la comunidad... el fin de una horrible historia. Las últimas palabras de John Wayne Gacy solo demostrarían, una vez más, su intratable arrogancia: “Bésenme el culo”.

Pero John Wayne Gacy, seguirá siendo recordado. Su presencia, es obligatoria en cualquier compendio que trate sobre asesinos seriales y su caso, es conocido como uno de los más pavorosos de la historia criminal moderna. Su cerebro fue donado a la ciencia para el estudio de la mente criminal y psicópata. La misma doctora Helen Morrison consiguió una de las secciones del cerebro de su paciente; sin embargo no se encontró ninguna anomalía.

En el imaginario colectivo, la imagen de un “payaso asesino”, forma parte de un estereotipo clásico de terror; aunque pocos saben que realmente existió uno. Pennywise, el terrorífico payaso de la película *IT*, basado en la

obra de Stephen King, es un ejemplo claro de su influencia en la cultura popular.

Los trajes originales de Pogo el Payaso y uno de sus autorretratos, fueron comprados por el vocalista de la banda Korn, Jonathan Davis, conocido coleccionista de artículos usados por verdaderos asesinos en serie. Otro músico que posee una de las “obras de arte” del afamado criminal, es Dani Filth, de la banda Cradle of Filth. Un óleo del fallecido cantante G.G.

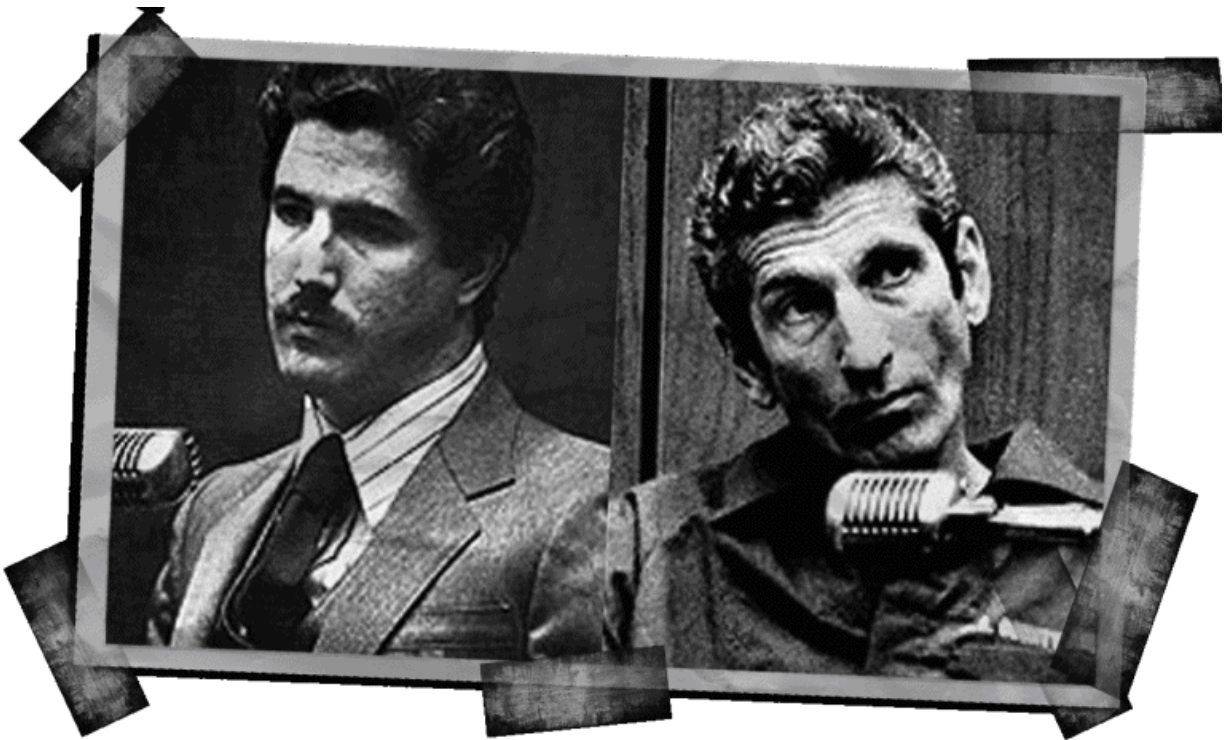
Allin, a quien el asesino immortalizó tras recibir la noticia de su muerte, fue comprado por el hermano de este, Merle Allin, después de la ejecución de Gacy en 1994 y utilizada como portada para el documental de su vida, titulado *Hated*. G.G. Allin murió en 1993 y era famoso por cometer actos bestiales en sus conciertos. Solía presentarse desnudo en el escenario y defecar en público, para luego comerse sus heces y lanzarlas sobre los asistentes. También se autoflagelaba y golpeaba a los *fans*, en un verdadero festín de depravación y sangre. Además, había anunciado suicidarse en uno de sus conciertos, no sin antes vaciar un revólver contra los asistentes y matar a unos cuantos. G.G. Allin, visitó a Gacy en la cárcel y se hicieron amigos. Ambos sentían repudio por la humanidad y eran sujetos violentos, pervertidos y peligrosos. Gacy diría, más tarde, que G.G. Allin le caía muy bien, que era un buen tipo; aunque olía terriblemente mal.

El reconocido director de cine *underground*, John Waters, también posee uno de los cuadros de John Wayne Gacy. Según él, lo tiene colgado en la habitación de huéspedes de su casa “para que las visitas no se queden demasiado tiempo”.

Varios años después, se encontraron 8 cuerpos humanos enterrados en las inmediaciones de la casa de la madre de Gacy. No se ha llegado a una conclusión debido, principalmente, a la falta de pruebas. Pero, al parecer,

Gacy habría cometido más asesinatos de los que finalmente confesó... a menos que se trate de una macabra coincidencia.

KENNETH BIANCHI Y ANGELO BUONO Los Estranguladores de Hillside, Los Estranguladores de la Colina



Fuente: Grotesque
and Arabesque

Varios son los motivos que han hecho de este caso, uno de los más infames de la historia del crimen. Kenneth Bianchi y Angelo Buono, los Estranguladores de Hillside, se convirtieron rápidamente en la pareja de asesinos más despreciables de los Estados Unidos. Los oscuros recovecos

que posee esta historia, la hacen algo extensa y con varios detalles dignos de destacar.

A finales de los años setenta, California se convirtió en el foco periodístico de toda la nación. Las noticias sobre un misterioso estrangulador que atemorizaba la zona de Hillside, mantuvo en vilo a toda la comunidad. Sus víctimas eran prostitutas del lugar; sin embargo el miedo se apoderó de todo el país. La brutalidad de los ataques y su acelerado ritmo homicida, dejaban en claro que el asesino no se detendría. La situación se tornó tan compleja, que la policía trató de evitar que se filtraran a la prensa los detalles de los sádicos crímenes, con el fin de no aumentar el pánico. Estados Unidos ya estaba al tanto de varios casos de asesinos en serie; pero en este, la búsqueda parecía centrarse no en uno, sino en dos asesinos seriales que trabajaban en equipo. En un principio, solo los policías más experimentados pudieron notarlo. El hallazgo de un par de prostitutas estranguladas y lanzadas en las laderas de Hillside, les dieron mala espina... sobre todo porque el o los asesinos, no intentaron esconder los cadáveres; sino que se notaba un esfuerzo por tratar de dejarlos a la vista, en posturas denigrantes, para que fueran encontrados. La prostitución es un estilo de vida muy arriesgado... y no era raro encontrarse con un crimen de esa naturaleza en Los Ángeles. Sin embargo, había detalles inquietantes en dos de los asesinatos que se reportaron entre el 17 de octubre y el 1 de noviembre de 1977. Las profundas marcas de ligaduras en los tobillos y muñecas de los dos cadáveres encontrados, delataban un posible secuestro y el posterior forcejeo. Ambas chicas fueron encontradas completamente desnudas, en posturas grotescas y lugares similares. Habían sido torturadas, sodomizadas y violadas reiteradamente por dos hombres (se encontraron restos de semen de dos tipos, uno de ellos con una extraña condición que lo diferenciaba). El

patrón de ataque se repetía; pero el caso era complejo, pues no había muchas pistas que dieran una idea de quiénes podían ser los sospechosos. De hecho, al ser prostitutas, tampoco podía asegurarse que quienes tuvieron sexo con ellas antes de morir estuvieran relacionados directamente con el crimen. Mientras tanto, la policía tuvo que contentarse con los datos y el historial de las víctimas, para ver hasta dónde podían llegar.

Yolanda Washington era una prostituta de color, bastante conocida en el Hollywood Boulevard. Tenía varios clientes y se relacionaba estrechamente con los proxenetas de la zona. Cuando su cuerpo fue hallado cerca de un cementerio llamado Forest Lawn, junto a la autopista de Ventura, el 17 de octubre de 1977, no despertó gran revuelo. Quizás había sido el resultado de un ajuste de cuentas o un cliente insatisfecho y enfadado. La policía no hizo gran esfuerzo por aclarar este crimen y la prensa tampoco le dio mayor importancia.

El 1 de noviembre de ese mismo año, otro cadáver aparecía tendido al borde de las colinas de Hillside. Judy Miller, una chica de tan solo 16 años y que se prostituía con cierta frecuencia. Los medios volvieron a hacerse los desentendidos; pero algunos policías comenzaron a sospechar de la posible conexión entre este asesinato y el de Yolanda Washington.

A mediados de los años sesenta, y a finales de los ochenta, en EE.UU. existía una verdadera psicosis con respecto al tema de los asesinos en serie. Muchos de los peores criminales contemporáneos hicieron su aparición entre esas décadas y en ese país, causando conmoción y terror en los norteamericanos. No podía ser una coincidencia... algo estaba ocurriendo y Hollywood no estaba alejado de esa realidad. Ya había quedado demostrado con el caso Manson que, sociológicamente hablando, Estados Unidos se estaba transformando en un país sumamente inseguro,

violento y enfermo. ¿Cuántos psicópatas homicidas andaban por las calles acechando a sus futuras víctimas? ¿Es que, acaso, no se podía confiar ni en el propio vecino? En este caso, la policía trató con cautela la información sobre los asesinatos; sin embargo, los cuerpos estrangulados aparecían cada vez más cercanos a zonas urbanas y no pasaba una semana sin que otra chica se fuera sumando a los registros.

Elissa Castin fue encontrada desnuda y estrangulada el 6 de noviembre, cinco días después de que se encontraran los restos de la segunda víctima, cerca de la pistas de golf del Chevy Chase Country Club. Las marcas de ligaduras en muñecas y tobillos, además de la marca de estrangulamiento alrededor del cuello, daban cuenta del enorme problema que se les avecinaba a los investigadores. Tres asesinatos en tres semanas era un registro de por sí alarmante. La policía seguía sin tener una sola pista y un cuarto asesinato se sumó a tan solo tres días del hallazgo del cuerpo de Elissa Castin.

El 9 de noviembre, el maltrecho cadáver de Jill Barcomb, de 18 años de edad, apareció desnudo en Beverly Hills, con las mismas marcas de violación, estrangulación, ataduras y torturas que los otros cuerpos. El oficial Frank Salerno, encargado de la investigación, estaba pasmado ante el trepidante actuar de los asesinos. No terminaban de indagar sobre la vida de una de las víctimas, cuando llamaban anunciando un nuevo hallazgo.

El 18 de noviembre, aparecería el cuerpo sin vida de Kathleen Robinson, de 17 años. Tan solo dos días más tarde, el 20 de noviembre, las cosas empeoraron notablemente cuando Dolores Cepeda de 12 años y Sonja Johnson de 14, fueron halladas desnudas y estranguladas cerca de las colinas de Hillside. La prensa comenzó a difundir la noticia sobre el despiadado asesino en serie que tenía en vilo a la policía. El hecho de que

las últimas víctimas no fuesen prostitutas, sino menores de edad, causó verdadero pánico, pues significaba que toda mujer joven corría el riesgo de ser secuestrada, violada, torturada y asesinada.

Por ese entonces, la mayoría de los investigadores del caso ya asumían que se trataba de dos asesinos actuando en conjunto; pero no querían que este dato se filtrara a los medios de comunicación, pues ya había mucho miedo en la población. Sin embargo, con la aparición de una nueva víctima del, por aquel entonces apodado Estrangulador de Hillside, algunos detalles llegaron a oídos de los reporteros, los cuales, sedientos de amarillismo, no dudaron en difundirlos.

El sadismo de los asesinatos iba en aumento. El cuerpo de Kristina Weckler (20 años) encontrado el mismo 20 de noviembre, fue sometido a la autopsia de rigor, pero los resultados mostraron que Weckler había sufrido aún más que las víctimas anteriores. Había sido salvajemente violada, golpeada, sodomizada y estrangulada. Pero también se le había inyectado un líquido limpiador corrosivo en el torrente sanguíneo y, además de ser estrangulada, había sido asfixiada con gas.

El cuerpo de Jane King (28 años), hallado el 23 de noviembre, se encontraba en un estado particularmente desastroso. La chica había sido sodomizada con una escoba de madera y estaba totalmente desgarrada por dentro.

Lauren Wagner, de 18 años, fue encontrada el 29 de noviembre, mostrando el mismo patrón de ataque y torturas a las cuales fueron sometidas las víctimas anteriores, pero también se registraron quemaduras en su cuerpo, lo que evidenciaba que los asesinos seguían experimentando y flagelando a sus víctimas de forma cada vez más cruel. Sin embargo, en esta ocasión, un vecino de Wagner contó a la policía que había visto a la chica, poco antes de desaparecer, discutiendo con dos hombres latinos que conducían

un automóvil oscuro y de techo blanco. Esta sería la primera pista real que tendría la policía, después de pasar varias semanas recogiendo cuerpos sin vida.

El 9 de diciembre, se registró un nuevo hallazgo. Kimberly Martin, una prostituta de 22 años, fue encontrada estrangulada cerca de un edificio que se encontraba en construcción. El patrón se repetía, al igual que las nulas pistas que dejaban los asesinos.

La presión a la cual estaban sometidas las autoridades era enorme. No había ningún sospechoso en particular, ninguna pista realmente útil... nada. Lo único de lo que estaban seguros los investigadores, era que se trataba de dos hombres jóvenes, con vehículo y que residían en Hillside. Las muestras de semen, no había con quien compararlas. Justo cuando el caso estaba en primera plana de todos los periódicos de la nación y encabezando los noticieros televisivos, los asesinatos se detuvieron.

Considerando que cada cuatro o cinco días se hallaba un nuevo cadáver, la policía no encontró nada durante el resto del mes de diciembre de 1977, ni tampoco durante enero de 1978. Los asesinos parecían haberse esfumado, lo que despertó las críticas de la opinión pública ante la posibilidad de que ya no hubiera forma de atrapar a los responsables. Debido al alarmante ritmo de los crímenes y el pavor de la población, el caso tomó mucha relevancia y la noticia llegó a varios países europeos. Especialistas de todo el mundo quisieron ayudar a las autoridades de Los Ángeles; sin embargo el aporte más curioso, lo realizó un vidente alemán, quien pidió visitar a Salerno y a los demás investigadores relacionados al caso, algo que nadie tomó en serio. Sorpresivamente, el vidente viajó hasta Los Ángeles por cuenta propia y le dijo a la policía que debían buscar a “dos hermanos italianos, de 35 años”. Un par de días más tarde, el hombre volvió a Alemania sin decir nada más al respecto.

El 20 de febrero, una nueva víctima aparecería. Cindy Lee Hudspeth fue encontrada dentro del maletero de un automóvil que había sido arrojado por un barranco. A pesar de que no parecía la escena habitual de los crímenes del Estrangulador de Hillside, si lo eran las marcas de ligadura en los tobillos, muñecas y cuello.

En vista de que la policía no tenía pistas y de que la prensa se había encargado de difundir cada uno de los crímenes, los investigadores propusieron tomar un poco más en cuenta las miles de denuncias recibidas, en las cuales ciudadanos comunes y corrientes creían saber quién era el famoso estrangulador. Todos los días, se recibían cientos de llamados telefónicos de hombres y mujeres que sospechaban de sus vecinos, compañeros de trabajo, esposos e hijos. Probablemente, muchas de esas acusaciones serían infundadas... pero quizá alguna ayudaría. Se entrevistó a cientos de sospechosos basados en estas denuncias. Entre ellos, un joven llamado Kenneth Bianchi. Wanda Kellison, aseguraba que Bianchi había sido novio de su hija, pero que actuaba de manera muy extraña. Solía pedirle dinero descaradamente y era poco sincero. Según su opinión, era un manipulador, mentiroso compulsivo, estafador y no le extrañaba que también fuera un criminal. Aseguraba que su mirada era extraña y (lo que más interesó a la policía) solía hablar durante horas acerca de los asesinatos ocurridos en Hillside, casi obsesivamente.

Kenneth Alessio Bianchi, nació en Rochester, Nueva York, el 22 de mayo de 1957. Había sido adoptado por la familia Bianchi, pues su madre resultó ser una joven prostituta que no pudo hacerse cargo de él, por lo que decidió darlo en adopción. Demostró ser un chico bastante listo en la escuela, pero sumamente inmaduro para su edad y extremadamente mentiroso. También desarrolló una gran dependencia por su madre y sus

calificaciones bajaron cuando empezó a fingir enfermedades para faltar a clases.

Ya en secundaria, Bianchi se mostró muy mujeriego, teniendo varias relaciones con chicas de su edad. Al parecer, sus modales y su personalidad, resultaban atrayentes para sus compañeras de escuela. A los 18 años contrajo matrimonio; pero se separó poco tiempo después. Con el irrefrenable deseo de tener algún logro significativo en su vida (dos de sus relaciones amorosas más estables, terminaron abruptamente debido a su propia inestabilidad e inmadurez) Bianchi intenta ingresar a la policía; pero es rechazado. Trabajó como guardia de seguridad durante un tiempo; pero se ganó mala fama por realizar distintos robos por los cuales nunca pudo ser formalizado. También intentó hacerse pasar por psicoterapeuta. Leyó y se instruyó durante algún tiempo respecto al tema; pero terminó falsificando documentos que pertenecían a otro licenciado, poniéndolos a su nombre. Al poco tiempo, y frustrado por sus constantes fracasos, Bianchi (de 23 años) decidió irse de Rochester. Su madre le había hablado de un primo que tenía en California, que lo doblaba en edad, y que quizá lo podría ayudar a buscar un mejor empleo. Kenneth Bianchi se mudó a casa de su primo Angelo Buono en 1976, quien lo recibió a regañadientes. Buono era un sujeto huraño y silencioso; pero tremendamente manipulador y agresivo. Bianchi vio en él a un tipo duro, rudo y frío, y trataba constantemente de darle en el gusto en todo. Intentaba llamar su atención fanfarroneando acerca de sus robos y el cómo lograba engañar a sus novias sin que lo descubrieran; pero Buono tenía bastante experiencia con otros charlatanes como para dejarse impresionar por su inmaduro primo.

A pesar de que Angelo sentía cierto desprecio por su primo Kenneth, las conversaciones que mantenían a diario debieron llegar a un punto extremo.

Un punto en donde las fantasías acerca de las mujeres y el sexo, se volvieron cada vez más perversas.

A diferencia de Kenneth Bianchi, Angelo Buono era un sujeto realmente violento y misógino. Nació el 5 de octubre de 1934, en Rochester, Nueva York. Hijo de padres separados, se crió en Los Ángeles, en donde no tardó en encontrar problemas. A los 14 años, ya estaba metido en el negocio del robo de coches y tuvo que pasar un buen tiempo en el reformatorio por estos cargos. Odiaba profundamente a su madre y a todas las mujeres en general. Sin embargo, estaba obsesionado con el sexo. Llegó a casarse cuatro veces y tener varios hijos; pero todas sus esposas terminaron abandonándolo tras malos tratos y vejaciones. Incluso, Buono llegó a jactarse, con algunos amigos, de haber seducido a una de sus hijastras. En 1975, decidió montar un taller de automóviles. Al parecer había aprendido muy bien el oficio de tapizador de vehículos, pues su trabajo llegó a ser muy valorado por los estratos más solventes de la ciudad. El mismo Frank Sinatra se convirtió en uno de sus clientes constantes.

Mientras Kenneth Bianchi buscaba un empleo estable, su primo, Angelo Buono ya se estaba hartando de su presencia y comenzó a presionarlo para que se mudara a otro lugar. Bianchi intentó montar una oficina psiquiátrica (con papeles falsos); pero no tuvo éxito. Consiguió otro empleo; pero nuevamente comenzó a quedar patente su irresponsabilidad, ausentándose cada vez que podía. Todo empeoró cuando la novia de Bianchi, Kelli Boyd, decidió terminar con él. Bianchi le rogó que no lo dejara. Lloró, imploró e incluso le propuso matrimonio; pero la chica no le hizo caso. Un hombre tan irresponsable y mentiroso, que había inventado tener cáncer al pulmón para faltar al trabajo y quedarse en casa a jugar a las cartas con su primo, no era lo que ella quería a su lado; aunque hacía

poco tiempo había dado a luz un hijo de él, se dio cuenta de que Kenneth no cambiaría.

Sintiendo que había fracasado nuevamente, Kenneth le pidió a su primo algo más de tiempo para poder conseguir algún alquiler. A cambio, este le propuso convertirse en proxenetas. Angelo ya tenía experiencia extorsionando y maltratando a mujeres. Junto a Bianchi, quien decía engañarlas de forma tan frecuente, podría dominarlas mucho mejor. Así fue como, juntos, comenzaron a amenazar y golpear prostitutas, ofrecer sus servicios a distintos clientes y cobrar un porcentaje por ellos.

Al principio, los negocios marchaban bien. Entre ambos, tenían atemorizadas a un par muchachas a las cuales exigían parte del dinero que ganaban con sus clientes, prostituyéndose. Cabe destacar que ambas chicas, Sabra Hannan y Becky Spears, cayeron bajo los engaños de los primos. Se les había ofrecido dinero por una sesión de fotografías; no para prostituirse. Después de violarlas y golpearlas, las muchachas perdieron su voluntad y les obedecieron sin chistar, bajo constantes amenazas de muerte. Utilizaban la casa de Buono como motel; pero recibieron una propuesta por parte de Foxy Ladies Outcall, un servicio de prostitutas por teléfono, las cuales debían visitar a los clientes en sus propias casas.

Se contactaron con Yolanda Washington, la que sería su primera víctima, con el fin de que les vendiera un listado exclusivo de clientes que gustaran de recibir prostitutas en sus casas. Washington tenía experiencia y conocía bien el mundo de la prostitución. Les vendió un listado de clientes; pero Buono y Bianchi quedaron perplejos al darse cuenta de que este listado correspondía, solamente, al de hombres que buscaban prostitutas con domicilio propio; todo lo contrario a lo que se le había pedido. La situación se salió de control. Buono estaba enfurecido y quería encontrar a Yolanda, a toda costa, para darle una lección. Así fue como

Angelo y Kenneth la secuestraron, violaron, torturaron y estrangularon, antes de lanzarla en las colinas de Hillside. Según la investigación, también incurrieron en el sexo *post mortem*. La experiencia les pareció tan satisfactoria y excitante, que la repetirían diez veces más. Atraían a sus víctimas hasta un automóvil, para luego maniatarlas y llevarlas a la casa de Buono. Allí, las agredían sexualmente con objetos de distinto tamaño, las violaban e infligían todo tipo de torturas antes de estrangularlas con una soga. Horas después de cometer los asesinatos, salían a dejar los cuerpos cerca de los senderos, sin un solo esfuerzo por ocultarlos. Mientras la noticia seguía en primera plana, los asesinatos se detuvieron. Esto fue debido a que Buono ya no soportaba a su compañero. Bianchi fue interrogado por la policía en dos ocasiones, la última debido al testimonio de la madre de una de sus novias y referente a su aparente obsesión con el caso del Estrangulador de Hillside. A pesar de ello, Kenneth sorteó con facilidad las preguntas de los policías y pasó a ser uno entre miles de sujetos interrogados, sin puntos a destacar. Una vez que superó el interrogatorio y los entrevistadores se excusaron por quitarle tiempo, Bianchi comenzó a alardear sobre cómo había engañado tan fácilmente a la policía. Pero Buono estaba nervioso... y mucho. Lo ponía paranoico el hecho de que Bianchi se sintiera tan excitado por los asesinatos que estaban cometiendo y creía que, en cualquier momento, se lo comentaría a algún amigo o desconocido en un bar, solo por el hecho de jactarse, y serían descubiertos. Insistió en que tratara de retomar su vida con Kelli, su antigua novia, y se largara de allí de inmediato. Kenneth obedeció y se mudó a Bellingham, en el Estado de Washington. Pasó un año sin novedades con respecto al caso que había conmocionado a los estadounidenses. Los asesinatos se habían detenido de forma inexplicable. Una de las opciones que la policía barajaba, era que los

estranguladores (uno o ambos) habían ido a dar tras las rejas por algún otro delito. También existía la posibilidad de que se hubiesen cambiado de Estado o que hubiesen muerto en algún accidente. Por otro lado, Kenneth Bianchi trataba de rehacer su vida. Estaba llegando a ciertos acuerdos con su antigua novia y su hijo, Ryan. Había conseguido un trabajo como guardia de seguridad y parecía haberse estabilizado. Sin embargo, el 12 de enero de 1979, Kenneth volvió a matar... y esta vez sin su primo.

Dos estudiantes de la universidad local, Karen Mandic y Diane Wilder, fueron reportadas como desaparecidas. Cuando faltaron a trabajar, su jefe sospechó que algo malo había ocurrido, pues eran chicas muy responsables y jamás se ausentarían sin avisar. Este, habló con la policía y les dijo que, un día antes, una de las muchachas le mencionó que asistirían a ver un ofrecimiento para trabajar como niñeras en un barrio adinerado de la ciudad. Supuestamente, un amigo que trabajaba como guardia de seguridad, les habría pasado el dato. Este amigo, resultó ser Kenneth Bianchi.

Sin otro dato, los policías decidieron registrar la habitación que ambas chicas arrendaban. En ella, encontraron la dirección de la casa en la que se presentarían como niñeras, anotada en un papel. La nota, también incluía el nombre de Kenneth Bianchi. Con esta pista, los investigadores se movilizaron rápido. Fueron hasta la casa que figuraba en la nota; pero estaba deshabitada. En un registro rápido, lograron encontrar una pequeña mancha de sangre fresca, lo que hizo pensar a la policía que las chicas corrían un grave peligro. Como su nombre figuraba en la nota, Bianchi fue interrogado, pero dijo que no las había visto hace días, aunque sí reconoció ser amigo de una de ellas. Pocas horas más tarde, las muchachas eran encontradas dentro de un automóvil abandonado en plena calle, estranguladas. Bianchi fue detenido y no opuso mayor resistencia. Se

mostró como un sujeto educado y amable, aunque no reconoció ningún crimen.

La investigación trató con sumo cuidado todas las evidencias, mientras la esposa de Bianchi y su actual jefe, ponían reclamos por la injusta acusación que recaía sobre Kenneth. Pasaron los días y el sospechoso debería ser puesto en libertad si no se encontraba relación con el crimen. En un registro de su casa, los policías encontraron cientos de objetos que Bianchi había robado en sus anteriores empleos. Esta fue una excelente excusa para retenerlo por más tiempo, mientras la investigación avanzaba. Pero no solo se encontraron objetos robados a sus empleadores, sino algunas joyas femeninas de dudosa procedencia.

El detective Salerno (encargado del caso de los Estranguladores de Hillside) fue informado de este caso. Se enteró de que ambas muchachas habían sido estranguladas y de que, el posible asesino, tenía varias joyas de mujer en su poder. Esto le interesó y viajó inmediatamente a Washington a ver de cerca al sospechoso. Cuando las pruebas se fueron acumulando sobre Bianchi (huellas digitales, vellos púbicos del sospechoso en las víctimas, fibras, etc.) la policía ya estaba segura de que había dado con uno de los dos estranguladores que aterraron a Estados Unidos, un año antes.

En un intento por recabar más información, la policía facilitó a los medios una fotografía de Kenneth Bianchi, con el fin de que esta se difundiera y que el público les hiciera saber cualquier sospecha o dato que sirviera para encontrar al otro asesino. En ese momento, es cuando aparece el nombre de Angelo Buono.

Bianchi, por su parte, ya preparaba su defensa ante un eventual juicio. Convenció a su abogado de que sufría amnesia y personalidad múltiple. Incluso fue sometido a hipnosis y su caso fue comentado por grandes

eminencias del mundo psiquiátrico. La gran mayoría estaba asombrada por el trastorno que presentaba el acusado. Bianchi, bajo hipnosis, se transformaba en Steve Walker, un *alter ego* maligno que odiaba las mujeres. Reconocía ser el estrangulador y odiaba a Kenneth.

La excelente (y a la vez patética) actuación de Bianchi, fue desmentida por un especialista en hipnosis, quien aseguró que Bianchi mentía descaradamente. Por ejemplo, en una de las sesiones (que fueron grabadas y presentadas en el tribunal) se le pide a Kenneth que imagine a una persona que está a su lado. En teoría, alguien que realmente se encuentra en estado hipnótico, logra visualizarla. Kenneth, una vez que se le dio la instrucción, se puso de pie y estrechó la mano, algo que sorprendió y causó gracia al experto que testificó en su contra. El mismo especialista procuró comentar, en una conversación “casual” cerca del acusado, que las personas con trastorno de la personalidad suelen tener más de un *alter ego*. En la siguiente sesión de hipnosis, Bianchi ya había inventado varios personajes nuevos, lo que demostró que estaba fingiendo. Sumado a estos testimonios, la policía descubrió que Steve Walker existía realmente y que era un antiguo compañero de estudios de Bianchi. De hecho, el acusado ya había utilizado su nombre, anteriormente, para falsificar algunos documentos.

Cuando Bianchi y su abogado se dieron cuenta que sus mentiras no darían frutos, la fiscalía les ofreció un trato. El acusado debía confesar sus crímenes en California, revelar quién era su cómplice y purgar cadena perpetua o sería culpado de doble asesinato en Washington, en donde lo condenarían (sin lugar a dudas) a la pena de muerte. Bianchi aceptó y, gracias a su testimonio, Buono fue detenido y acusado de ser el segundo estrangulador.

Durante el juicio, Kenneth Bianchi se mostró como la mayoría de los asesinos seriales. Vestido elegantemente, habló de sus crímenes sin mostrar arrepentimiento alguno. Contó cómo él y su primo, adquirieron placas de policía falsas para abordar a sus víctimas, raptarlas y someterlas a diversas vejaciones, algunas de las que fotografiaron y se presentaron como pruebas (una de ellas particularmente espantosa, en donde se muestra a una de sus víctimas, Jane King, con una escoba introducida en la vagina).

Es probable que Bianchi, en su retorcida y egocéntrica psique, pensara que podía manipular al jurado. Comenzaba a llorar cada vez que se hablaban de sus crímenes y que las cámaras de televisión lo enfocaban. Pidió perdón a su familia y a las de las víctimas, entre lágrimas. En vista de que sus falsas lamentaciones eran tan evidentes (apenas se le dejaba de fotografiar o filmar, cambiaba su actitud e incluso sonreía) nadie se conmovió ni le creyó.

Buono, por otra parte, era un sujeto completamente frío. Casi no habló durante el juicio... y hay que aclarar que este fue uno de los más largos y costosos del que se tenga registro en los Estados Unidos, más de dos años. Mucho de esto, se debió a que Bianchi, una vez que tuvo que testificar contra su primo, dejó de colaborar. Posiblemente aún le temía, aunque también cabe la posibilidad de que no quisiera parecer un soplón dentro de la cárcel.

Mientras se desarrollaba el juicio, en 1980, Kenneth recibió varias cartas de una tal Verónica Compton. Decía ser una escritora y quería montar una obra de teatro acerca de un asesino serial que salía de prisión gracias a un astuto plan. La idea de escribir a Bianchi, radicaba en que le diera su punto de vista como el principal sospechoso de uno de los casos criminales más connotados de los Estados Unidos. Mientras mantenían correspondencia,

Compton se enamoró de Bianchi, y este la convenció de que llevaran a cabo el mismo plan que ella había creado para su obra. Este consistía en cometer un nuevo asesinato, siguiendo el mismo patrón de los anteriores, depositando el semen de Bianchi en esta nueva víctima. De esta forma, las autoridades se encontrarían con otro caso de estrangulamiento idéntico al que se le imputaba a Bianchi; pero también hallaría restos de semen que, en teoría, eran los del detenido. Esto provocaría confusión y se cuestionaría la responsabilidad del acusado en los asesinatos, y probaría que el verdadero asesino continuaba en libertad. Compton aceptó y drogó a una prostituta, con el fin de debilitarla y estrangularla. Previamente, había visitado a Bianchi en prisión, en donde él le entregó, furtivamente, una bolsa con su semen. Por suerte, la mujer que escogió Compton, sabía defenderse bien y la derribó cuando esta se disponía a estrangularla. Compton fue culpada de tentativa de asesinato y Bianchi no volvió a comunicarse con ella.

Otro detalle curioso salió a la luz cuando Bianchi recordó que, en una ocasión, detuvieron a una mujer con el fin de raptarla y asesinarla. Cuando ella les enseñó sus documentos (decían ser policías) notaron una foto en la que ella estaba en el regazo de Peter Lorre, el famoso actor que protagonizó la película *M, el Vampiro de Düsseldorf*, dirigida por Fritz Lang (película inspirada en los crímenes de Peter Kürten). Junto a ellos, en la fotografía de la chica, se encontraba posando Humphrey Bogart. Decidieron dejarla ir, pues consideraron peligroso asesinar a la hija de un famoso.

A pesar de las pruebas, el proceso de Angelo Buono se presentó sumamente dificultoso. Esto, porque no existían evidencias de peso que lo inculparan, más allá de las confesiones de su propio primo.

Finalmente, ambos fueron acusados de los diez asesinatos que conmovieron a la nación entre 1977 y 1978, en Hillside. Los dos absurdos crímenes cometidos por Bianchi en solitario, parecían responder más a un acto temerario del cual podría jactarse la próxima vez que viera a Buono, que el de un delito de carácter sexual, como los que realizó junto a su primo.

Angelo Buono se casó estando en prisión, en 1986. Había recibido el apodo de Italian Stallion (Semental Italiano) desde que era joven, aunque la prensa lo describiría como un “reptil sin emociones”. Quizás, esto despertó la inquietud de más de alguna mujer y, finalmente, Christine Kizuka se convirtió en su esposa, a pesar de que aquel hombre ya estaba tras las rejas. Murió a los 67 años, en el 2002, de una afección cardiaca. El 2007, un nieto de Buono, llamado Christopher Buono, se suicidó después de asesinar a balazos a su abuela Catherine Castillo, una de las ex mujeres de Angelo Buono.

Actualmente, Kenneth Bianchi continúa en prisión, cumpliendo condena por sus crueles y espantosos crímenes.

DAVID BERKOWITZ El Hijo de Sam, Mr. Monster, El asesino del calibre .44



Fuente: NYSDOC

Nació el 1 de junio de 1953 en Brooklyn, Estados Unidos, y recibió el nombre de Richard David Falco; pero tanto su padre como su madre decidieron darlo en adopción, pues se separaron poco después de su nacimiento. Nathan y Pearl Berkowitz, una pareja de clase media, decidió adoptar al chico, bautizándolo como David Richard Berkowitz. A la edad de 7 años, se enteraría que fue adoptado, lo que despertaría en él cierta necesidad de atención.

Desde pequeño, David fue un niño sumamente problemático, mentiroso y tímido; sin embargo, esa timidez, acompañada de fuertes depresiones, se alternaba con arrebatos de violencia y odio hacia los demás.

En 1967, Pearl Berkowitz, la madre adoptiva de David, fallecería de cáncer cuando este tenía 14 años, algo que lo dejó completamente destrozado. Al mismo tiempo, comienza a sentir un profundo odio por las chicas que lo rechazan. La realidad, era que no resultaba atractivo en ningún aspecto: Era desaliñado, monótono, frío y nada de interesante; pero

él las culpaba a ellas por no tomarlo en cuenta. Al poco tiempo, comienza a envidiar a las parejas que ve en los parques y las espía mientras se besan. A pesar de ser un chico tímido en la escuela, en algunas ocasiones se mostró como un muchacho agresivo y encaró a otros compañeros. Era alto y fornido, y si bien tenía fama de ser alguien más bien retraído, con algunas personas podía mostrarse bastante intimidante.

Las calificaciones de David eran pésimas, aunque algunos profesores pensaban que podía estar padeciendo de depresión después de la muerte de su madre adoptiva; pero, en realidad, David no se sentía motivado por absolutamente nada, a pesar de ser un chico relativamente inteligente.

La relación con sus compañeras de clase, era prácticamente nula, pues se quedaba callado cuando estaba frente a alguna de ellas. Las odiaba en silencio, como si ellas fuesen las culpables de su propia ineptitud.

Años más tarde, en 1971, su padre adoptivo, Nathan, se vuelve a casar.

David no se llevaba bien con su nueva madrastra, así que decide enlistarse en el ejército. Pasó un año en Corea, en donde tendría su primera relación sexual, con una prostituta. Para su mala suerte, se contagió con una enfermedad venérea.

Tras su vuelta a los Estados Unidos, la relación con su padre adoptivo empeoró bastante. Tenían constantes discusiones y David decidió arrendar un departamento en el Bronx.

Poco tiempo después, quizás motivado por la solitaria vida que estaba llevando, decidió buscar a sus verdaderos padres. Por medio de una guía telefónica, logró dar con su madre y una hermana, y comenzó a visitarlas con regularidad en vista de que era siempre bienvenido. Durante este período, David se mostró feliz. De cierto modo, sentía que había recuperado a su verdadera familia.

A pesar de esta nueva vida, David Berkowitz estaba lejos de sentirse satisfecho. El resentimiento que sentía hacia las mujeres, seguía carcomiéndole las entrañas. Durante la Nochebuena de 1975, Berkowitz condujo su automóvil hasta un sector oscuro de la ciudad y vio a una solitaria mujer que salía de un supermercado, pasadas las 19:00 hrs. Se acercó sigilosamente y le clavó un cuchillo en la espalda, para luego salir corriendo... pero aquello no acabaría ahí.

Pocas horas después, comenzó a seguir a una menor de 15 años, a la cual apuñaló en el pulmón, la cabeza y el pecho, dejándola tendida en la acera, antes de volver a huir. La chica logró incorporarse y pedir ayuda. Por suerte, ninguna de las dos víctimas fueron heridas de gravedad y lograron recuperarse; pero aquellos serían los primeros indicios de la sed homicida que estaba enloqueciendo a Berkowitz.

Ciertamente, la experiencia de atacar a dos mujeres en una sola noche, había conseguido excitar a David. Sin embargo, el arma escogida no le resultó práctica ni letal. Por 130 dólares, consiguió comprar un revólver de calibre .44, un arma un tanto inusual; pero terriblemente mortífera. Con ella, comenzaría una nueva etapa como asesino serial.

Berkowitz conoce a un par de sujetos que decían estar interesados en las ciencias ocultas, algo que siempre le había llamado la atención. Los hombres lo invitan a una reunión, en la cual se presentaría un grupo sectario autodenominado “Los Veintidós Discípulos del Infierno”. Por primera vez en su vida, David se sentía aceptado. Prácticamente al mismo tiempo, comenzó a mostrarse cada vez más retraído con su familia y empieza a escribir crípticos mensajes en la pared de su apartamento, algunos de ellos con connotaciones satánicas. Aunque había conseguido un trabajo como cartero, su vida seguía siendo algo patética.

A principios de 1976, las visitas a la casa de su madre se volvieron menos frecuentes. Su hermana comenzó a preocuparse, pues David acusaba constantes dolores de cabeza y le recomendó visitar a un médico; pero no le hizo caso.

La noche del 29 de julio de 1976, cuando Berkowitz contaba con solo 23 años, salió a la calle con su revólver de calibre .44 cargado, listo para matar. Donna Lauria, de 18 años y Jody Valente, de 19, se encontraban charlando dentro del vehículo de esta última, frente a la casa de Donna, a eso de la 1:00 de la madrugada. Cuando Donna abrió la puerta del automóvil para irse a casa, ambas notaron que un joven las observaba a pocos metros, con una bolsa marrón en la mano. De pronto, el sujeto sacó un revólver y comenzó a disparar. Las dos muchachas cayeron gravemente heridas, mientras el padre de Donna (que se encontraba dentro de la casa) al oír los disparos, salió a socorrerlas; pero el atacante ya se había esfumado. Jody Valente recibió una bala en la cadera y logró sobrevivir. Sin embargo, Donna fue herida en el cuello y se desangró camino al hospital, en los brazos de su padre.

El terrible incidente, llamó la atención de la policía y varias patrullas se presentaron en el lugar. El Bronx era, por aquel entonces, un barrio de mafiosos italoamericanos y se pensó que podía tratarse de un ajuste de cuentas. También se barajó la posibilidad de que un ex novio de Donna, hubiese sido el autor de los disparos. Aquellas primeras hipótesis, quedarían descartadas casi de inmediato. Jody Valente se encontraba en estado de *shock*; pero logró describir muy bien al hombre que las había atacado. Era un sujeto de no más de 30 años, robusto, sin barba y de cabello rizado. Se identificó el arma homicida, como una Bulldog de calibre .44, un revólver muy poco común que se caracteriza por contar con un tambor de cinco cartuchos y poseer una precisión bastante precaria

(principalmente por el gran retroceso). Aun así, es un arma sumamente letal a corta distancia.

Los meses pasaron y el caso de Donna Lauria se fue enfriando. No había pistas ni nada que explicara aquel ataque. Algunos agentes de la policía, comenzaron a sospechar que algún inepto sicario de la Mafia había confundido su objetivo, asesinando a una chica inocente. Por su parte, David Berkowitz se sentía extasiado. Había matado a una chica y se encontraba fuera de toda sospecha; sin embargo, procuró ser cuidadoso y esperar un tiempo antes de volver a actuar.

El 23 de octubre, Rosemary Keenan, de 18 años, y su novio Carl Denaro, de 20, se encontraban en la zona de Queens, un lugar bastante alejado del Bronx, en donde se había cometido el primer ataque. Rosemary conducía el vehículo, mientras Denaro iba en el asiento del copiloto. Pocos minutos después de haberse detenido en un lugar solitario, Denaro recibió un disparo en la parte posterior del cráneo, a muy poca distancia. El tirador, se había acercado por detrás y los había sorprendido mientras charlaban, descerrajando cinco disparos, de los cuales solo uno dio en la cabeza del muchacho. Por suerte, la única bala que dio en Denaro, solo consiguió dañar la superficie ósea y no le perforó el cerebro. Aun así, había estado a centímetros de la muerte.

Lo cierto, era que Berkowitz había confundido a Denaro con una mujer, pues este llevaba el cabello largo en el momento de la balacera y en ningún momento vio de frente a su atacante. El asesino, se había propuesto eliminar exclusivamente a mujeres jóvenes y de no ser por esta confusión (y el hecho de que erró los otros cuatro tiros) la víctima habría sido, sin lugar a dudas, Rosemary Keenan.

Tras las investigaciones, no se pudo corroborar el móvil del ataque y a pesar de encontrar los casquillos de bala de calibre .44, los agentes jamás

sospecharon que se pudiese tratar del mismo sujeto que mató a Donna Lauria, meses antes.

Un mes más tarde, el 27 de noviembre, un nuevo tiroteo se registró en la zona de Queens. Esta vez, las víctimas eran dos chicas de 18 y 16 años de edad. Joanne Lomino y su amiga Donna DeMasi, fueron baleadas por un sujeto que les preguntaba por una dirección. Ambas lograron sobrevivir; pero Joanne quedaría parapléjica tras recibir un disparo en la columna. Tras encontrar los mismos casquillos de bala del calibre .44, la policía empezó a barajar la posibilidad de que se tratara del mismo sujeto que asesinó a Donna Lauria y que hirió a Carl Denaro; sin embargo, tras interrogar a DeMasi y Lomino, ambas coincidieron en que el atacante era un sujeto rubio y de pelo largo.

La policía estaba perpleja ante estos antojadizos ataques y las únicas pistas con las que contaban, eran con los casquillos de bala y las contradictorias descripciones de los testigos. A esas alturas, y con víctimas vivas, aun no tenían certeza de cómo lucía realmente el asesino.

El 29 de enero de 1977, un nuevo asesinato sorprendería a la policía. John Diel y su prometida Christine Freund, de 30 y 26 años respectivamente, fueron sorprendidos por un sujeto que les disparó con un revólver, mientras se encontraban dentro de un automóvil. John resultó ileso; pero Christine recibió un disparo en la cabeza que le costó la vida.

La situación comenzaba a ponerse crítica y la policía prestó mayor atención al caso que, hasta el momento, solo despertaba la suspicacia de los agentes más experimentados.

El 3 de marzo, el asesino volvería a atacar. La víctima, Virginia Voskerichian, había sido ultimada de un tiro en el rostro, a muy corta distancia, mientras conducía su automóvil después de haber asistido a la universidad. Eran las 19:30 hrs. y un testigo logró ver a un sujeto de

aproximadamente 1,80 de estatura, que se alejaba corriendo del lugar. También especificó que el sospechoso se cubría el rostro con un pasamontañas.

La policía redobló sus esfuerzos e inició un plan llamado “Código .44”, el cual hacía alusión al asesino que trataban de atrapar. Hasta el momento, prácticamente nadie sabía de la presencia de este homicida que, cada cierto tiempo, salía a la calle, pistola en mano, para disparar sobre el primero que se le cruzara por el camino.

Al mismo tiempo, los especialistas en balística, confirmaron que las estrías de todas las balas halladas en los lugares de los ataques, habían sido disparadas por una misma arma. No había dudas de que se trataba de un asesino en serie. Sin embargo, las descripciones del sospechoso, otorgadas por los testigos, diferían de forma tan notoria, que se barajó la posibilidad de que se tratara de varios sujetos armados con un único revólver. Aquello, simplemente, complicaba aún más el caso.

El 10 de marzo de 1977, en el One Police Plaza de Nueva York, el comisario de policía citó a la prensa para dar la noticia de que un asesino estaba suelto en la ciudad. Aunque varios agentes hubiesen preferido mantener la investigación en secreto, resultaba imperioso poner en alerta a la ciudadanía, pues todo el mundo corría peligro. Tras aquel comunicado de prensa, toda la nación se paralizó por el terror.

Los titulares del día 11 de marzo, resultaron alarmantes. El nombre del Asesino del Calibre .44, apareció en todas las portadas y, tanto en radio como en televisión, se comunicó que el FBI estaba tras la pista de un escurridizo y peligroso homicida que atacaba sin previo aviso. Se describió al sospechoso como un sujeto de aproximadamente 1,80 de altura, de raza blanca, complexión normal y cabello oscuro. Aquella descripción, sin embargo, despertaba dudas entre los mismos agentes; pero

se optó por revelar esta información, en vista del gran revuelo que causó el caso en la población.

David Berkowitz, por su parte, se sentía fascinado. No podía creer toda la conmoción que estaban produciendo sus cobardes ataques a punta de pistola. Aquello, que había comenzado como una simple fantasía iracunda, se transformó en algo más grande. Más allá de los asesinatos, se estaba volviendo famoso. Incluso tenía un apodo, otorgado por los medios de comunicación, que resultaba intimidante. Toda esa publicidad, no haría otra cosa que entusiasmarlo aún más.

El 16 de abril de ese mismo año, cerca de las 3:00 am, una joven pareja que se encontraba aparcada cerca de la zona del Bronx, fue baleada en el interior de su vehículo. David Essau y Valentina Surinai, fueron encontrados con dos balas en la cabeza cada uno. Valentina había fallecido instantáneamente; pero su novio se encontraba aún con vida cuando fueron hallados por la policía. Lamentablemente, David solo vivió un par de horas, tras llegar al hospital. En el lugar del tiroteo, se encontró una carta dejada por el asesino. Aquello sobrecogió a los agentes de policía, quienes comprendieron que la situación seguiría empeorando, pues por lo visto se enfrentaban a un verdadero loco. Parte de la carta, decía lo siguiente:

“Saludos desde las grietas en las aceras de Nueva York y de las hormigas que moran en estas grietas y se alimentan de la sangre seca del muerto, que se ha acumulado en las grietas. Saludos desde las alcantarillas de la ciudad de Nueva York, que se llenan con mierda de perro, vómito, vino rancio, orina y sangre (...) ¡Volveré! ¡Volveré! Esto debe ser interpretado como un: BANG! BANG! BANG! BANK! BANG!-UGH!!!...”.

La misiva, estaba firmada por un tal Mr. Monster y estaba dirigida al jefe de policía a cargo del caso. Aseguraba que seguiría matando aunque, a esas alturas, nadie suponía lo contrario. La policía procuró ocultar la carta;

pero un periodista consiguió verla y publicó algunos fragmentos en una columna del *Daily News*. Aquello, solo consiguió asustar aún más a la población.

El 30 de mayo, el asesino envió una carta directamente al *Daily News*, la cual fue publicada durante los días siguientes. En ella, enumeró varios nombres que, en teoría, ayudarían a la investigación policial: “El Duque de la Muerte”, “El Rey Malvado”, “Los Veintidós Discípulos del Infierno” y “John Wheaties-Violador y sofocador de niñas jóvenes”. Aquella carta, despertó muchas dudas en los investigadores, quienes comenzaron a creer que el asesino solo estaba jugando con ellos, enviando mensajes crípticos y sin sentido, con el único fin de confundirlos. Por último, en esta nueva carta, dejaba en claro su nuevo y definitivo apodo. Desde ahora, se le llamaría el Hijo de Sam.

El 25 de junio, Judy Plácido, de 17 años, y un joven llamado Salvatore Lupo, fueron atacados por el asesino, el cual los baleó mientras se encontraban en el interior de un vehículo. Afortunadamente, ambos salieron con vida del tiroteo. Un testigo, aseguró haber visto a un hombre alto y regordete, salir corriendo por un callejón, cerca del lugar de los hechos. Al día siguiente, la noticia se encontraba en la primera plana de todos los periódicos del país. El Hijo de Sam, se había convertido en el enemigo número uno de los Estados Unidos y cientos de policías se unieron a la búsqueda del desquiciado homicida.

El 31 de julio de 1977, un nuevo ataque del Hijo de Sam dejaría en estado de *shock* a toda Nueva York. Stacy Moscovitz, de 20 años, y su acompañante, Robert Violante, se encontraban aparcados en una zona oscura y solitaria, a la cual solían acudir las parejas durante la noche. Eran las 2:35 de la madrugada, cuando fueron abatidos dentro de su coche. Los vidrios estallaron y las balas impactaron a Stacy y Robert, antes de que el

sospechoso se diera a la fuga. Durante el tiroteo, otra pareja se encontraba muy cerca del lugar y, tras llamar a la policía, declararían que el atacante era un hombre blanco, de pelo largo y rubio. Al mismo tiempo, ambas víctimas eran trasladadas de urgencia al hospital. Stacy fallecería 38 horas después, mientras Robert Violante sobrevivió por poco, aunque quedó sordo y ciego, pues el asesino le había disparado a la altura de los ojos. Los agentes, no lograban entender cómo era posible que se contara con tantas descripciones disímiles del sospechoso. ¿Era posible que se tratara de más de un asesino?

Sin embargo, la policía contaría con más pistas de las que esperaba tras este último ataque. Varias personas vieron al asesino. Otra pareja, que se encontraba cerca de un parque, escucharon los disparos y minutos después, vieron a un hombre de contextura maciza y con cabello rubio y largo, salir corriendo y montarse en un Volkswagen amarillo, antes de salir a toda velocidad por la calle. Un vehículo de similares características, había sido visto anteriormente en otra de las escenas del crimen, lo que hizo pensar a la policía que este pertenecía al asesino. La pareja que vio al sospechoso, aquella noche, hizo un alcance que llamó la atención de la policía y era que el cabello del sujeto, parecía una peluca.

La misma noche de los ataques, David Berkowitz se encontraba merodeando por el lugar, supuestamente en busca de sus siguientes víctimas. Una vecina del vecindario, le había visto deambular por el sector durante varias horas, hasta que se acercó a un automóvil Ford Galaxie y arrancó del parabrisas una multa que le habían cursado, minutos antes, un par de policías por estacionarse frente a un grifo. Berkowitz estaba muy enfadado, mientras la mujer lo observaba con curiosidad... hasta que este se dio cuenta y decidió intimidarla. Comenzó a mirarla de forma amenazadora y la mujer se apuró a entrar a su casa, la cual estaba ubicada

a solo un par de metros. Horas más tarde, escucharía los disparos y, al mirar por la ventana, observó cómo el mismo sujeto se subía al vehículo para huir a toda prisa. Durante días, la mujer no sabía si comentarle a la policía todo lo que había visto, pues temía por su vida. Estaba segura de que se trataba del infame Hijo de Sam y tenía miedo de que este comenzara a acosarla. Finalmente, acudió a las autoridades y les contó todo lo que había visto aquella noche.

Tras varios días de investigación, se logró dar con las multas que se tomaron en aquel parque la noche del 31 de julio. El único Ford Galaxie de los registros, era el perteneciente a un tal David Berkowitz, que vivía en Pine Street 35, en Yonkers. El agente de policía James Justus, realizó un llamado a la comisaría de Yonkers y se comunicó con una operadora de nombre Wheat Carr. Al informarle que estaba trabajando en el caso del Hijo de Sam, y que necesitaba los registros de un sujeto llamado David Berkowitz, la mujer se exaltó. Según ella, lo conocía... y estaba segura de que era el asesino que tenía aterrado a todo Nueva York; aunque no contaba con ninguna prueba.

La angustiada mujer, le dijo al detective que Berkowitz vivía cerca de su casa y que estaba segura que había intentado incendiar su propiedad, además de haber herido al perro de la familia con un revólver. Sam Carr, el padre de Wheat, le comentó al detective, que Berkowitz lo había amenazado en diversas ocasiones, sobre todo porque, según él, su perro no lo dejaba dormir.

James comenzó a indagar en el vecindario y encontró varias historias similares con respecto al extraño sujeto. Varios vecinos de la zona, estaban seguros de que él era el responsable de varios amagos de incendio cometidos en sus viviendas. Otro propietario del sector, le dijo al detective que alguien había asesinado a uno de sus perros de un balazo y que,

además, había recibido varias cartas de amenaza poco antes del incidente. Berkowitz resultó ser un vecino sumamente conflictivo, el cual discutía constante- mente con la gente del barrio, acusándola de formar parte de un “grupo mágico” que solo buscaba perjudicarlo. Cuando los especialistas y grafólogos tuvieron acceso a las cartas de amenaza escritas por Berkowitz, notaron, inmediatamente, que la letra era idéntica a las misivas enviadas por el Hijo de Sam.

El 10 de agosto de 1977, los detectives Ed Ligo y John Longo, fueron enviados a comprobar la identidad de David Berkowitz. Al acercarse al edificio en donde vivía, los agentes reconocieron el Ford Galaxie del sospechoso, el cual estaba estacionado a plena vista. En un arrebato (quizás impulsados por la desesperación de detener al escurridizo asesino) uno de los agentes abrió la puerta del vehículo y encontró un rifle Comando Mark III, un arma a todas luces ilegal y de una potencia destructiva considerable. Ningún ciudadano de los Estados Unidos, podía deambular por las calles con semejante armamento. Al abrir la guantera, encontraron una carta que iba dirigida al sargento James Shea, el jefe del equipo “Omega”, que estaba a cargo de la investigación de los asesinatos del Hijo de Sam.

Varias horas más tarde, David Berkowitz sería encañonado por varios agentes de la policía cuando se subía a su automóvil Ford Galaxie, afuera de su departamento. Les sonrió de forma amable y se entregó sin oponer resistencia. Bajó de su vehículo lentamente y puso las manos sobre el techo del coche. Uno de los policías le preguntó quién era, a lo que Berkowitz le respondió: “Tú lo sabes. Sabes a quién tienes”. El agente insistió: “Dime a quién tengo”. Berkowitz lo miró y sonrió de oreja a oreja: “Soy el Hijo de Sam”.

Cuando fue interrogado, David Berkowitz confesó, alegre - mente, todos y cada uno de sus crímenes. También admitió ser el autor de las cartas de amenaza y aseguró que solo seguía las órdenes de un perro endemoniado (la mascota de Sam Carr, su vecino). Según Berkowitz, el perro lo tenía completamente obse- sionado y no lo dejaba dormir con sus ladridos. Poco después, comprendió que se estaba comunicando con él telepáticamente y le ordenaba salir a la calle a matar mujeres. David había descargado su revólver sobre aquel perro, después de mandarle una carta de amenaza a Sam Carr; pero el animal había sobrevivido. También admitió haber cometido 1.488 incendios, pues además, era pirómano. Su carrera como maniático incendiario, había comenzado en 1974, dos años antes de empezar a matar, cuando tenía 21.

Cuando el temido Hijo de Sam apareció por primera vez ante las cámaras de televisión, tras su captura, todo el mundo quedó conmocionado.

Berkowitz, era un sujeto regordete, desaliñado, de mirada inocentona y con una apariencia tan angelical como estúpida. Distaba mucho de la imagen monstruosa que le había dado la prensa. Cuando la policía allanó su apartamento, descubrieron que vivía en un verdadero chiquero. En las murallas, había cientos de escritos de connotación satánica, cruces invertidas, pentagramas y otras incoherencias. Al lado de un boquete que había en la pared, se encontró el siguiente *graffiti*: “Hola, soy el Sr. Williams y vivo en este agujero. Tengo muchos hijos que estoy convirtiendo en asesinos. Esperen a que estos crezcan”.

Tras los exámenes psiquiátricos, se dictaminó que David Berkowitz padecía de esquizofrenia paranoide; sin embargo, du- rante el juicio, algunos especialistas aseguraron que el acusado fingía estar loco.

Finalmente, fue condenado a 365 años de cár- cel... pero la historia no acabaría ahí.

La enorme atención que atrajo este caso, no podía ser acallada. Varios de los testigos, insistían en que Berkowitz no era el sujeto que vieron huyendo de algunas de las escenas de los crímenes. Aun no se explicaba la presencia del sujeto rubio y de cabello largo, que varios vieron huir después de algunos de los asesinatos adjudicados al Hijo de Sam. ¿Existía la posibilidad de que Berkowitz contase con un cómplice? Por su parte, el conde- nado aseguró que había actuado solo. Lo que no se explica, es por qué en algunos de sus ataques se mostró como un asesino preciso y letal, mientras que en otros, resultó ser más bien inepto, fallando casi todos los disparos.

Varios aspectos oscuros comenzaron a aflorar en el caso. Uno de ellos, fue el hecho de que Berkowitz aseguró que jamás había conocido en persona a su vecino, Sam Carr. Aquello resultó sumamente extraño, sobre todo si tomamos en cuenta que, se supone, lo había amenazado por los ladridos que daba su perro por las noches, además de tomar su nombre para crear su distintivo apodo. Sam Carr, a su vez, reconoció que él tampoco había visto en persona a Berkowitz, y que solo se enteró de su existencia cuando un vecino le había mostrado otra carta de amenaza, en donde también decía que mataría a su perro. Pocos tiempo después, la mascota de este vecino fue encontrada muerta. Sam Carr recibió una carta similar, la cual decía: "... Si no haces callar a ese perro, me veré en la obligación de matarlo...". Pocos días después, el pastor alemán de Sam Carr, fue baleado. Aquella misma carta, sería comparada con varias de las misivas que Berkowitz envió tanto a la policía como a la prensa y que terminarían por incriminarlo.

El hecho de hacerse llamar el Hijo de Sam, significaba que, de alguna forma, Berkowitz estaba obsesionado con su vecino y su perro. Lo que parece extraño, es que jamás los conoció en persona ni tampoco los había

visto en el vecindario. ¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Eran solo los delirios de un pobre esquizofrénico? ¿O acaso había algo más tras los crípticos mensajes del asesino?

El periodista Maury Terry, quien siguió el caso tras el encarcelamiento de Berkowitz, encontró un cúmulo de evidencias que lo hicieron dudar de que este fuese el único responsable de los asesinatos. Sus investigaciones fueron duramente criticadas en un comienzo ya que este caso, en particular, se había convertido en una verdadera mina de oro para la prensa y no era descabellado pensar que un sujeto sin escrúpulos, solo buscara beneficiarse de la cuestionada fama del Hijo de Sam. Sin embargo, sus descubrimientos resultaron sorprendentes e incluso llevaron a reabrir el caso.

Terry, se encontraba obsesionado con las cartas enviadas por el asesino durante su reinado de terror en Nueva York. Si bien parecían incoherentes, algo le decía que en ellas se encerraba un misterio que no había sido dilucidado por los investigadores del FBI. En una de estas cartas, Berkowitz mencionaba a “Los veinti- dós Discípulos del Infierno”, agrupación satánica que, en ningún momento, fue identificada ni investigada por la policía durante el juicio del Hijo de Sam. De hecho, ni siquiera sabían de su existencia. Terry descubrió, además, que el vecino de Berkowitz, Sam Carr, tenía dos hijos, John y Michael. Al parecer, ambos odiaban a su padre. Pero lo más sorprendente, era el hecho de que uno de ellos, John Carr, conocía a Berkowitz, y era un sujeto rubio y de pelo largo, el cual coincidía con las descripciones del segundo atacante que algunos testigos aseguraron haber visto en las escenas de los crímenes. Terry comenzó a investigar al sujeto; y palideció cuando supo que John Carr era conocido con el sobrenombre de “Wheaties”.

“John Wheaties-Violador y sofocador de niñas jóvenes”, era una de las pistas que había entregado El Hijo de Sam en una de sus delirantes cartas, enviada el 30 de mayo de 1977, al *Daily News*. En ella, también mencionaba al “Duque de la Muerte”, “El Rey Malvado” y “Los Veintidós Discípulos del Infierno”. Si “Los Veintidós Discípulos del Infierno” y “John Wheaties-Violador y sofocador de niñas jóvenes” existían realmente. ¿Quiénes eran los otros sujetos que Berkowitz nombraba en aquella misiva? ¿Existían realmente? ¿Era John “Wheaties” Carr un asesino también? Terry decidió encontrar y entrevistar a John lo antes posible.

Mientras intentaba ubicar a su sospechoso, Terry se enteró que en Nueva York, durante los ataques del Hijo de Sam, más de ochenta perros fueron hallados despellejados en las afueras de Walden, a una hora de Yonkers, donde vivía el asesino. Era evidente que Berkowitz estaba obsesionado con los perros, ¿pero sería, además, el autor de aquellas matanzas también? Algunos chicos de la zona de los hallazgos (un sector boscoso y deshabitado) le comentaron a Terry que en ese lugar, una secta satánica realizaba todo tipo de ritos y sacrificios animales. El nombre de “Los Veintidós Discípulos del Infierno” volvía a salir a la palestra, desconcertando al joven periodista.

Intuyendo que estaba cerca de dar con algo grande, Terry acudió a la policía y planteó sus descubrimientos; pero sus intentos por convencerlos fueron en vano. Pensaron que solo se trataba de un periodista en busca de celebridad. Terry no bajó los brazos y continuó con su investigación. En 1978, Terry da con el paradero de John “Wheaties” Carr; sin embargo, este se encontraba muerto. Había sido hallado en una pequeña ciudad de Dakota del Norte, llamado Minot. Según el informe policíaco, este se había suicidado con un disparo de escopeta en la boca; sin embargo, al

revisar la ficha, aquello resultaba absurdo. Algunos policías, le comentaron a Terry que aquel suicidio parecía, en realidad, un asesinato. Cerca del cuerpo de Carr, se encontraron unas iniciales, escritas con sangre, que rezaban: “SSNYC”. Un sujeto que se quita la vida con una escopeta, difícilmente podría escribir algo con su propia sangre. Aquello resultaba descabellado. Terry se dio cuenta que “SSNYC”, solo podían significar una cosa: “*Son of Sam, New York City*”. Como si fuese poco, en la palma de la mano de John Carr, se había escrito con sangre el “666”, lo que no dejaba duda alguna, al menos para Terry, que “Los Veintidós Discípulos del Infierno”, era una organización satánica mucho más numerosa y temible de lo que parecía.

Con todas estas pruebas, Terry volvió a acudir a la policía y esta vez sus investigaciones fueron tomadas en serio. El fiscal de Queens, se vio obligado a reabrir el caso.

Inesperadamente, el mismo Berkowitz escribió una carta a un predicador de California. En ella, y sin saberlo, confirmaba muchas de las sospechas de Terry.

“En realidad no sé cómo empezar esta carta; pero hubo un tiempo en que fui miembro de una secta secreta. Prometí mantener el secreto o enfrentarme a la muerte y por ello no puedo dar su nombre. Esta secta, se componía de una mezcla de prácticas satánicas que incluían las enseñanzas de Aleister Crowley y Eliphas Levi. Sus pretensiones eran (y lo son aún hoy) sanguinarias. Esa gente no se detendrá ante nada, incluido el asesinato”.

Maury Terry, por su parte, dio con el paradero del hermano de John, Michael Carr; pero, nuevamente, se encontró con un cadáver. Michael había fallecido en un accidente de tránsito, al estrellarse con un poste a

alta velocidad. Aun así, había algunas dudas en torno a aquella muerte, que podían indicar la participación de terceros.

En febrero de 1979, David Berkowitz realizó una sorprendente conferencia de prensa, en la cual aseguró que todas sus historias con respecto al “perro satánico” que le ordenaba matar, eran completamente falsas. Según él, simplemente las había inventado para que todo el mundo pensara que estaba loco. Poco tiempo después, Berkowitz decidió enviarle una misiva a Maury Terry, pues sabía que llevaba años estudiando su caso. En ella, le confesó que todas las evidencias encontradas en su departamento, el día de su detención, fueron un simple montaje para simular demencia en caso de ser atrapado. El cuarto de Berkowitz, era un verdadero desastre el día que fue allanado por los agentes de policía. Sin embargo, la cama, un sofá, un equipo estéreo y un montón de ropa, fueron sacadas del departamento solo una semana antes de su arresto. Todos aquellos símbolos satánicos y el hoyo en la pared, también habrían sido realizados en ese mismo período de tiempo. Berkowitz dio los nombres y valores de la compañía que arrendó la camioneta para dicha operación y Terry confirmó que los precios eran los que señalaba el acusado.

En otra carta, David Berkowitz le contó a Terry que, en una ocasión, intentó obtener empleo en una perrera, pues “Alguien necesitaba perros... creo que comprende lo que intento decir”. De inmediato, Terry recordó los más de ochenta canes sacrificados en las afueras de la ciudad de Walden, Nueva York. Tras un par de entrevistas, el periodista corroboró la veracidad de las declaraciones de Berkowitz.

En otro mensaje enviado a Maury Terry, Berkowitz le pidió lo siguiente: “Llame a la oficina del *Sheriff* de Santa Clara (California). Por favor, pregunte al *Sheriff* que le ocurrió a Arliss Perry”. El 13 de octubre de 1974, se había denunciado el hallazgo de un cadáver en la iglesia de la

Universidad de Stanford. La víctima, había sido una muchacha llamada Arliss Perry, la cual fue golpeada y asfixiada, antes de ser asesinada con un picahielos que le clavaron en el cerebro. Los detalles que Berkowitz le entregó a Terry, acerca de este crimen, nunca aparecieron en la prensa, y solo resultaban familiares a aquellos agentes estrechamente vinculados al caso que, por lo demás, había pasado bastante desapercibido.

Definitivamente, David Berkowitz sabía mucho más de lo que se pensaba. Terry, además, parecía haber encontrado vínculos entre “Los Veintidós Discípulos del Infierno” y el mismísimo Charles Manson. Aquello se podía traducir en una investigación impensadamente colosal... tanto, que los recursos no darían abasto para concluirla.

En 1979, David Berkowitz fue degollado por un prisionero dentro de la cárcel; pero logró sobrevivir. Fueron necesarios cincuenta y tres puntos de sutura, los cuales abarcaban desde el costado izquierdo del cuello, cruzando la garganta, hasta la nuca. Tras el ataque, Berkowitz se negó a delatar a su agresor; aunque aseguró que aquel intento de asesinato, había sido instigado por los seguidores del culto satánico al cual había pertenecido. Por lo visto, estaba hablando más de la cuenta y trataron de hacerlo callar.

Años más tarde, el tozudo Maury Terry consiguió averiguar el nombre del líder de la secta: Roy Alexander Radin, un magnate que vivía en California. Sin embargo, había sido asesinado en 1983, llevando todas las investigaciones a un nuevo punto sin salida. Terry, es el autor de un libro llamado *The Ultimate Evil*, en el cual plantea todas sus hipótesis y el seguimiento del caso.

David Berkowitz se convirtió en uno de los asesinos seriales más célebres de los Estados Unidos y su caso despertó el interés de cientos de investigadores y psicólogos que querían ahondar en la misteriosa

personalidad del Hijo de Sam. El departamento de Berkowitz, fue prácticamente desvalijado por exaltados que, incluso, llegaron a robar algunos de los pocos muebles y arrancar pedazos de alfombra, para venderlos a los coleccionistas de objetos pertenecientes a asesinos seriales.

Por su parte, Berkowitz recibió cientos de cartas y visitas a la cárcel. No solo lo buscaban personas morbosas y fanáticas de los asesinos seriales; sino también guionistas, periodistas y escritores. Todos querían saber más acerca de su historia... y llegaron a ofrecer grandes cantidades de dinero para que el asesino les entregara información exclusiva. En vista de que las propuestas monetarias, ofrecidas a Berkowitz, comenzaron a aumentar de forma alarmante, la ciudad de Nueva York decidió crear “La Ley del Hijo de Sam”, la cual estipula que ningún criminal puede acceder a beneficios económicos por sus propios crímenes.

Actualmente, David Berkowitz se encuentra recluido en una cárcel de máxima seguridad, en donde ha demostrado un buen comportamiento, además de haberse convertido al cristianismo y ser escogido como el capellán de la prisión. En el año 2002, Berkowitz escribió una carta al gobernador de Nueva York, en la cual le dijo que no aspiraba a la obtención de la libertad bajo palabra, porque no la merecía. Esto ocurrió cuando, efectivamente, Berkowitz podía aspirar a ella, en vista de los casi 25 años que llevaba tras las rejas.

El caso del Hijo de Sam, continúa siendo uno de los más misteriosos de la crónica negra de los Estados Unidos.

RODNEY JAMES ALCALÁ The Dating Game Killer



Fuente: Grotesque and Arabesque

Cuando los especialistas comenzaron a comparar a Rodney Alcalá con el mismísimo Ted Bundy, muchos pensaron que era una exageración. Alcalá era un reo que llevaba varios años tras las rejas por cometer una serie de asesinatos; pero las sentencias se retractaban y la culpabilidad del acusado fue puesta en duda en más de una ocasión. Un par de confesiones falsas, enredaron más de la cuenta toda la historia en torno a este hombre quien, años atrás, se había transformado en uno de los solteros más codiciados de Norteamérica.

Rodney James Alcalá nació en Texas, San Antonio, el 23 de agosto de 1943. Su padre lo abandonó cuando él tenía 12 años y a los 17 se inscribió en el Ejército de los Estados Unidos. Tres años después, y debido a varios “ataques de nervios”, Alcalá es dado de baja. Se le diagnosticó “Trastorno Antisocial de Personalidad”, lo que dificultó su interacción con sus compañeros. Los exámenes, destacaban que Alcalá tenía el coeficiente

intelectual de un genio, marcando un CI de 160; sin embargo, también era un narcisista de personalidad límite.

Una vez fuera del Ejército, Alcalá decide estudiar en la Universidad de California de Los Ángeles (UCLA), en donde se graduó de la Escuela de Bellas Artes.

En 1968, a la edad de 25 años, Alcalá violó y golpeó con una barra de hierro a Tali Shapiro, una niña de 8 años. Por fortuna, mientras el extraño engañaba a su víctima invitándola a entrar a su coche, un testigo lo siguió y alertó a un policía, el cual entró al departamento de improviso, encontrando a Shapiro en el piso, aún con vida; pero mal herida. Mientras tanto, el violador se fugaba por la puerta trasera y desaparecía. Alertado por la situación, y sospechando que podría llegar a ser reconocido por la menor, Alcalá decide huir hacia el Este y se matricula en la Escuela de Cine de la Ciudad de Nueva York, cambiando su nombre, en varias ocasiones, al de John Berger y John Burger.

En 1971, Rodney Alcalá comete su primer asesinato. La víctima fue identificada como Cornelia Crilley Michell, de 23 años. La muchacha fue violada y estrangulada; sin embargo, su crimen tendría que esperar casi 40 años para ser resuelto. La policía no encontró pistas y el caso quedó congelado. Mientras tanto, Alcalá fue acusado de acoso a dos menores de edad. Se descubrió su vinculación con el caso de Tali Shapiro, la niña de 8 años que había sido violada y golpeada en 1968 y lo extraditaron a California. La principal testigo del asalto, Tali Shapiro, se mudó a México junto con su familia y el caso contra Alcalá perdió fuerza. Los jueces vieron, con impotencia, como el violador se declaraba culpable por cargo menor de asalto y condenado a solo 34 meses de prisión.

Alcalá salió en libertad en 1974; pero tan solo unas semanas después, volvió a comparecer ante el juez por el supuesto secuestro de una

muchacha de 13 años. No se pudo probar el cargo; sin embargo, Alcalá habría cometido el delito de facilitar marihuana a la menor. Rodney cumplió una sentencia de dos años y volvió a la calle. Se trasladó a Los Ángeles y asesinó, una semana después de salir en libertad, a Ellen Jane Hover, de 23 años de edad.

Trabajó un breve período escribiendo para el *Angeles Times*, en donde algunos compañeros recordarían, años más tarde, haberlo visto con varias fotografías de distintas muchachas con las que, supuestamente, mantenía relaciones amorosas. Rodney era fotógrafo y utilizaba este medio para atraer e impresionar a distintas jóvenes, varias de las cuales quedaban rendidas a sus encantos. Era un tipo de buenos modales, simpático, inteligente, atractivo y un tanto pícaro. Ninguna de ellas sospechó jamás que Alcalá era un despiadado asesino y violador.

En 1977, Alcalá ya se había convertido en un frío asesino en serie. Los siguientes asesinatos, demostraron que el homicida estaba disfrutando su labor. Por lo general, estrangulaba a sus víctimas; pero su *modus operandi* empezó a volverse cada vez más sádico, llegando a torturar por varias horas a las muchachas que secuestraba, antes de matarlas. Además de las violaciones y golpes, solía asfixiarlas hasta que perdieran el sentido y dejarlas casi muertas, para luego revivirlas varias veces. Luego, las estrangulaba y sodomizaba el cuerpo con un martillo o les molía la cabeza a golpes. Incluso comenzó a decapitarlas y practicar necrofilia con los cuerpos. Al mismo tiempo, hacía su vida como si nada ocurriera y la policía no tenía ninguna pista sobre los horribles asesinatos. El hecho de que nadie lo relacionara con los crímenes que venía cometiendo, le hicieron sentir una enorme sensación de impunidad.

En 1978, y con confianza de sobra, Rodney Alcalá se presenta en televisión para participar en el famoso *show The Dating Game*, un

programa estadounidense de bastante popularidad que duró hasta mediados de los años noventa. En él, una chica debía escoger, entre tres hombres, al que la acompañaría en una cita romántica. Como era de esperar, Alcalá lució encantador en el *casting* y fue seleccionado para participar. Durante el *show*, se le presentó como un fotógrafo exitoso, fanático del paracaidismo y las motocicletas. Logró impresionar a la chica (Cheryl Bradshaw) con coqueteos y demostrando mucha picardía y buen humor, además de esbozar una amplia sonrisa durante todo el programa. Cheryl no dudó en escogerlo como el ganador. Luego del *show*, la chica cancelaría la cita con Alcalá. Según su opinión, algo no le gustaba (y le asustaba) de aquel hombre. Sin saberlo, todo Estados Unidos había visto la cara de un brutal asesino serial por televisión.

El último asesinato de Alcalá, sería el de Robin Samsoe, una chica de 12 años a la que secuestró el 20 de junio de 1979. El hecho fue informado a la policía, mientras un par de testigos aseguraban haberla visto, poco antes de su desaparición, junto a un fotógrafo en una playa cercana. Un par de semanas después, el cuerpo de Samsoe fue hallado cerca de las montañas, devorado por los animales e insectos. La niña había sido estrangulada, decapitada y le faltaban varios dientes. Los testigos lograron dar una buena descripción del sospechoso y se realizó un boceto que fue reconocido por uno de los policías que conocía a Alcalá, debido al caso de violación en el que estuvo vinculado años antes. También una guardabosques aseguró haber visto un Datsun F10, en el lugar del hallazgo, el mismo día de la desaparición de Samsoe. El vehículo era el de Rodney Alcalá y la policía emitió una orden de detención. Días después, el sospechoso fue detenido en casa de su madre y acusado del asesinato de Robin Samsoe. La suerte de Alcalá parecía acabarse.

Durante el juicio, la madre de Robin Samsøe llevó un revólver para asesinar a Alcalá... pero no lo hizo. El duro proceso, causó grandes problemas en la familia Samsøe y algunos integrantes dejaron de asistir. El asesino había sido condenado a muerte; pero varios tecnicismos hicieron que la condena de Alcalá fuera anulada en 1984 y, nuevamente, en el 2001. Posteriormente, las evidencias comenzaron a ligarlo con otros casos de asesinato cometidos entre 1971 y 1979. Cuatro cargos más se sumaron al caso Alcalá, y pronto la suma de posibles asesinatos, ascendió a la alarmante cifra de 30.

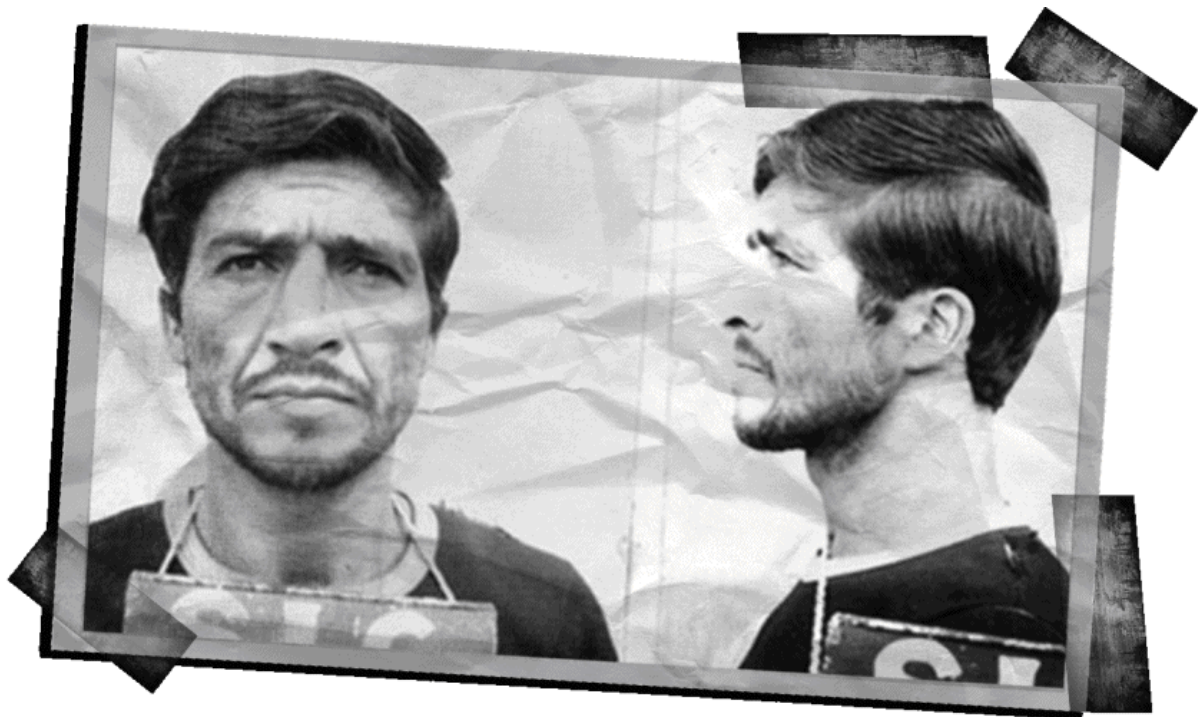
Durante el allanamiento de la casa del asesino, se hallaron cientos de fotografías de distintas mujeres. Varias de las modelos, eran jóvenes que fueron engañadas y asesinadas por Alcalá. Pero de pronto, la policía comenzó a preguntarse si las otras muchachas fotografiadas, de las cuales se desconocía su paradero, estaban vivas o también fueron víctimas del asesino.

A principios del 2000 varios especialistas, aseguraron que era posible que Alcalá estuviese vinculado a la desaparición de unas 125 mujeres y decidieron difundir, por medio de internet y las redes sociales, más de 130 fotografías que escondía el asesino, con la esperanza de que se lograra identificar a alguna de ellas; pero no tuvieron éxito. La cifra oficial de mujeres asesinadas por Alcalá, es un misterio; pero si la estimación de los expertos es correcta, podríamos estar hablando del peor asesino en serie de la historia de los Estados Unidos.

En el año 2012, Alcalá fue condenado a la pena de muerte. A pesar de representarse a sí mismo ante el jurado y negar todos los cargos en su contra, su defensa no fue sólida. Al parecer, la justicia ya no quiere seguir batallando contra este hombre que, a pesar de llevar cuatro décadas en prisión, sigue siendo un verdadero dolor de cabeza. Con 68 años, Rodney

James Alcalá espera su ejecución en el “pasillo de la muerte” de la cárcel de San Quentin.

PEDRO ALONSO LÓPEZ El Monstruo de los Andes



Fuente: Criminalia

La mayoría de los casos de asesinato en serie, han sido registrados en los Estados Unidos. Muchos especialistas se han concentrado en este país para llevar a cabo sus investigaciones, debido a que los factores socioculturales podrían condicionar la aparición de este tipo de personalidades. Sin embargo, el peor asesino en serie del que se tiene data (el más prolífico) no es estadounidense; sino colombiano. Su nombre es Pedro Alonso López, también conocido como el Monstruo de los Andes, responsable de más de 300 asesinatos cometidos en Colombia, Ecuador y Perú.

López nace en 1948, en un lugar llamado El Espinal, en el municipio de Tolima, Colombia. Su familia era muy numerosa; pero sumamente pobre y con un padre ausente. Séptimo de trece hermanos, termina por ser echado de casa por su propia madre, tras ser sorprendido teniendo relaciones sexuales con una de sus hermanas pequeñas, a la edad de nueve años. Una vez en la calle, se dedica a robar para sobrevivir; sin embargo, eran tiempos muy duros. La guerra civil conocida como “La Violencia” (1948 - 1953), provocó más de 200.000 muertes en Colombia y, definitivamente, no era el mejor contexto para que un chico se criara en la calle. Víctima de abusos y violaciones por hombres vagabundos y depravados, López se volvió cada vez más visceral en su comportamiento. En un encuentro fortuito, López es descubierto por un inmigrante norteamericano que se conmueve al verlo tan desvalido y decide adoptarlo. El chico lo dudó, pues ya había sido engañado una vez por un hombre que le ofreció techo y comida, y que terminó por violarlo. Esta vez fue distinto. Pedro tenía 12 años y parecía que su vida iba a cambiar. La familia norteamericana, contaba con una posición relativamente acomodada y se había propuesto ayudar al niño. Al poco tiempo, se le pone un profesor particular para educarlo de forma personalizada. Sin embargo, el docente resultó ser un pedófilo que abusó sexualmente de él. Frustrado y avergonzado, el pequeño Pedro huyó de su nuevo hogar y volvió a vagabundear por las calles.

Ya con 18 años, Pedro Alonso López se había convertido en un conocido y hábil ladrón de autos. Pero a mediados de los años sesenta, es atrapado por la policía y termina tras las rejas. Debió compartir celda con cuatro violadores que, desde la primera noche, abusaron de él. Desde ese momento, Pedro López decidió que dejaría de ser la víctima. Ya no podía echarse a llorar. Ya era un hombre y debía aprender a defenderse. Es así

como guarda su rencor y se muestra complaciente con sus agresores... al menos hasta que logró robar un cuchillo de la cocina del penal. Esa misma noche, silenciosamente, degolló a los cuatro hombres que abusaron de él durante semanas.

En la cárcel se consideró que había actuado en defensa propia, así que solo le sumaron catorce meses a su condena por robo de automóvil, que era de siete años. López no podía creerlo... ¿Valía más un automóvil que cuatro vidas humanas?

En 1978 sale en libertad. Se aleja de las grandes ciudades y comienza a recorrer la cordillera, en Perú, encontrando pueblos aborígenes y pequeñas comunidades fustigadas por la miseria. Aquí es donde López decidió cobrar su venganza. Se sentía con el derecho de causar y devolver el daño que él mismo recibió durante su infancia y adolescencia. Comienza a asesinar niñas pequeñas, a las cuales atrae con sus suaves modales y la promesa de dinero o dulces. En comunidades donde la pobreza es un azote, la necesidad de cubrir amplios horarios laborales, ocasionaba que muchos niños pequeños estuvieran durante horas jugando solos en la calle, oportunidad que López no dejó pasar.

Se denunció a las autoridades varias desapariciones; pero la misma gente de los sectores más pobres, suponía que las niñas desaparecidas podían haber emigrado, voluntariamente, a las ciudades más grandes en busca de oportunidades. El mismo López reconocería, años más tarde, que habría decidido vagar por los Andes con el fin de matar niñas pequeñas sin ser atrapado, pues eran sectores recónditos y en donde nunca iba la policía. El promedio de asesinatos, cometidos por López, era espantoso: Cuatro víctimas por semana y, a veces, hasta tres por día. Por lo menos cien niñas fueron víctimas del asesino durante este período. López violaba y mataba sin compasión. Los cuerpos, eran enterrados en las laderas de la Cordillera

de los Andes y, a veces, él mismo los volvía a desenterrar para practicar necrofilia y arrancarles los pezones con los dientes.

En una ocasión, es descubierto por unos aborígenes Ayacuchos cuando intentaba raptar a una niña de doce años. López es brutalmente golpeado y torturado durante días. Lo entierran en el suelo, hasta el cuello, y le untan la cabeza con miel para que sea devorado por las hormigas; pero una misionera norteamericana, amiga de los aborígenes, les pide que no lo maten y se ofrece a llevarlo con las autoridades. Los Ayacuchos acceden y es depositado en una camioneta para que la mujer lo entregue a la policía. En el trayecto, López llora y ruega a su captora que no lo entregue a las autoridades. Según él, nunca había hecho algo así y prometió que jamás lo intentaría de nuevo. La mujer le cree y lo deja en libertad... y López vuelve a las andadas.

A caballo, López recorre Ecuador y Colombia, asesinando a niñas sin miramientos. Las denuncias seguían aumentando; pero las autoridades no las tomaban en cuenta. Ni siquiera la prensa hablaba mucho sobre la angustiosa situación que vivían, día a día, las comunidades más pobres. López es sorprendido, en Ecuador (en 1980), tratando de raptar a otra muchacha y es detenido por la policía. Esta vez, se vio obligado a confesar acerca de sus intenciones. Es, entonces, cuando empieza a hablar sobre los crímenes que le harían ganarse el apodo de el Monstruo de los Andes. La policía, en un comienzo, no le creyó absolutamente nada. Su confesión sonaba descabellada. Aseguraba haber matado a 100 muchachas en Colombia, 110 en Ecuador y “mucho más de 100” en Perú. Durante las investigaciones, y a consecuencia de unas lluvias, un cerro se desmorona y deja en evidencia varios restos humanos. El lugar, ya había sido señalado por Pedro Alonso López como una de las tantas fosas en donde enterraba a sus víctimas. Alertados por este hecho fortuito, se comienza con la

búsqueda de más fosas. Se llegaron a encontrar 28 de ellas. A los pocos días, las autoridades hallaron 57 cadáveres.

Según las propias declaraciones de Pedro Alonso López, prefería a las chicas peruanas, pues eran más fáciles de convencer y crédulas; a diferencia de las colombianas, que se resistían un poco más y desconfiaban de él. Los investigadores se vieron sobrepasados. El director de la prisión de Ecuador, Vencedor Lascano, confesó que la cifra récord de López (más de 300 asesinatos) era “muy baja” y aseguró que la cantidad real de víctimas, era de “más de 500”.

López hablaba de sus crímenes desde la cárcel, sin un ápice de remordimiento. Aseguraba que mirar a sus víctimas a los ojos, mientras las estrangulaba, le ofrecían un placer indescriptible. Dentro de sus declaraciones, afirmó que esta era su venganza por una infancia infeliz y llena de abusos. Si él había sufrido de esa manera, todos debían sufrir lo mismo o peor.

En 1980, López es condenado a prisión de por vida por múltiples asesinatos. Durante su estancia en prisión, muchos medios de comunicación internacionales llegan a entrevistarle. En una de estas entrevistas, López diría: “Soy el hombre del siglo. Nunca, nadie, podrá olvidarme”. Por muy insólito que parezca, solo cumpliría catorce años de reclusión.

En 1998, es enviado a un psiquiátrico en Colombia, donde después de tres años es considerado cuerdo. López es puesto a disposición para ser juzgado por sus crímenes en Colombia y Perú; sin embargo, por falta de medios, no se puede costear el proceso y queda en libertad. Su salida de la cárcel, quedó registrada por los medios de televisión, en donde se le vio muy alegre y agradeciéndole a Dios por estar libre, mientras una turba de

personas fuera de la cárcel, gritaba y golpeaba las puertas a modo de protesta. Lo querían ver muerto.

Aunque nunca más se supo del paradero de Pedro López, en el año 2002 se volvieron a registrar desapariciones en las proximidades de los Andes. Se rumorea que pudo haber sido asesinado por sicarios contratados por los familiares de las víctimas, en ese mismo año; sin embargo, aún la Interpol no ha podido ratificar esta versión. Pedro Alonso López, hasta el día de hoy, sigue siendo buscado por la policía; aunque es sumamente probable que ya no se encuentre con vida.

ROBERT JOSEPH LONG Bobby Joe Long



Fuente: Criminalia

1984, Tampa, Florida. Una zona roja, particularmente ruidosa llamada Strip, comenzó a atraer visitantes anónimos que buscaban alcohol, drogas, juegos de azar y sexo barato. Los clubes y bares proliferaban de forma exorbitante, y la vida nocturna dejaba grandes dividendos a los propietarios de dichos antros. Las prostitutas hicieron de las calles de Tampa una verdadera pasarela y los hombres solitarios que visitaban la ciudad, por la noche, contaban con un abanico de posibilidades para terminar su velada.

En mayo de ese mismo año, el oficial de policía del condado de Hillsborough, Gary Terry, fue alertado por el hallazgo del cadáver de una mujer abandonado al sudeste de Tampa, en la calle East bay. Dos chicos se encontraban jugando, cuando se toparon con el cuerpo. Avisaron a sus padres y estos llamaron de inmediato a la policía. Cuando el oficial llegó a la escena y vio el cuerpo, comprendió que aquello no era un crimen corriente. La muchacha yacía desnuda y boca abajo sobre el pavimento, cerca de una barricada, al final de la calle. Tenía las piernas completamente abiertas (más de 150 cms. de distancia entre un pie y otro) las manos atadas a la espalda y una delgada soga le apretaba el cuello. La causa de muerte de la víctima, había sido el estrangulamiento. Se identificó a la chica como Lana Long, de 20 años, desnudista y prostituta de un bar del Strip de Tampa. Los investigadores, acostumbrados a todo tipo de crímenes, tuvieron un muy mal presentimiento con respecto a aquel caso. A principios de 1980, las víctimas de homicidio atadas eran realmente una rareza, por lo que aquel asesinato no pasó desapercibido por los agentes más experimentados, quienes instaron a tratar de resolver aquel crimen lo antes posible. Lamentablemente, los investigadores contaban solo con dos pistas bastante vagas. La primera, era una huella de un neumático descubierta en el lugar del hallazgo. La segunda, una fibra

roja de *nylon* que se encontraba en el cadáver de la chica. Aquello no bastaba para realizar ningún tipo de investigación. Por aquel entonces, tampoco existía el examen de ADN, por lo que las evidencias de violación resultaron irrelevantes para obtener la identidad de algún sospechoso. Un par de semanas más tarde, el cuerpo de otra prostituta es encontrado al este de la ciudad de Tampa. El oficial Gary Terry volvió a responder a la llamada, y fue cuando sus peores sospechas se confirmaron. Al llegar al lugar del hallazgo, corroboró que la nueva víctima (Michelle Simms) yacía desnuda y atada de forma muy similar a Lana Long, aunque esta chica además había sido degollada. Bajo una intensa lluvia, el cuerpo de Simms fue transportado para realizar la autopsia de rigor. Las cuerdas utilizadas para inmovilizar y estrangular a la víctima, fueron cortadas en tamaños similares, lo que indicó a la policía que aquel asesinato había sido planeado y no improvisado. A pesar del aguacero que cayó aquel día, los detectives descubrieron las huellas de unos neumáticos muy cerca del cadáver. Estas coincidían con las marcas halladas en el lugar donde fue encontrado el cuerpo de Lana Long. Pocas horas más tarde, el resultado de la autopsia reveló la presencia de fibras de un *nylon* rojo en el cuerpo de Michelle Simms... fibras idénticas a las que se encontraban en el cuerpo de Lana Long semanas antes.

Ambas chicas fueron atadas y violadas antes de que les quitaran la vida. Los policías comprendieron, entonces, que se enfrentaban a un mismo asesino y que, sin duda alguna, iba a seguir matando. ¿Pero era esta su segunda víctima? Escasa información lograron recabar de otros casos antiguos, pues un nuevo cuerpo aparecería a los pocos días y volvería a poner a los detectives de cabeza, pero esta vez por otros motivos. El cadáver de Elizabeth Loudenback apareció en un descampado dos semanas más tarde. No estaba atada y se encontraba completamente

vestida. Tampoco mostraba señales de estrangulamiento. Aquello conmocionó a los investigadores, quienes se rehusaban a creer en la existencia de un nuevo asesino, el cual tendría un *modus operandi* totalmente distinto. Cuando un nuevo cuerpo apareció, semanas más tarde, las teorías del posible asesino serial comenzaron a complicarse.

Chanel Williams era otra prostituta del Strip, al igual que las otras chicas. Fue encontrada bajo la cerca de una granja, en las afueras de Tampa. Se encontraba vestida y había sido asesinada de un disparo en la nuca.

Además de todas las diferencias con los crímenes anteriores, esta víctima era de raza negra. Definitivamente nada parecía encajar... al menos hasta que los análisis forenses revelaron que, en estos dos últimos casos, se encontraron fibras de *nylon* color rojo en los cadáveres. Todo parecía indicar que el asesino que estaban buscando, estaba tratando de despistar a la policía cambiando sus métodos homicidas e incluso el perfil de sus víctimas. Aquello era completamente inusual.

Antes de que el crimen de Chanel Williams fuese vinculado al mismo asesino, los periódicos locales dieron la alarma de un posible asesino en serie recorriendo la zona. A pesar de que la policía redobló sus esfuerzos y patrulló incansablemente el Strip, no obtuvieron ninguna pista. Después de todo, en aquellos lugares, todos parecen sospechosos. Solo una semana después del hallazgo de la cuarta víctima, Karen Dinsfriend, otra prostituta del Strip, fue encontrada estrangulada.

El Cuerpo de Policía de Hillsborough se encontraba anonadado y tremendamente frustrado. El asesino estaba refinando sus métodos y reducía, de forma alarmante, el espacio de tiempo entre un asesinato y otro. La comunidad se mostraba indignada y las prostitutas del Strip estaban aterradas. Aun así, como todas las noches, los bares nudistas volvían a abrir y las chicas salían a la calle en busca de clientes. Después

de todo, era la única forma de conseguir dinero. Al mismo tiempo, el asesino seguía recorriendo Tampa en busca de su próxima víctima.

A finales de octubre de 1984, el cuerpo momificado de una mujer llamada Kimberly Hoops fue encontrado en el interior de una zanja. Hoops era una prostituta del Strip que había desaparecido varios meses antes; pero nadie había denunciado el hecho. Una vez que se le realizó la autopsia, las fibras rojas de *nylon* volvieron a aparecer en el cadáver, ligando este nuevo crimen a las cinco víctimas del asesino en serie que tenía a toda la policía, del condado de Hillsborough, de cabeza.

Seis mujeres fueron cruelmente violadas y asesinadas por un mismo sujeto. No existían más pistas que unas cuantas fibras rojas de *nylon* que ligaban todos los asesinatos, además de un par de huellas de vehículo halladas en algunas de las escenas de los crímenes. No había sospechosos ni testigos. Una verdadera pesadilla para cualquier investigador involucrado en este tipo de casos.

Pero solo cuatro días después del descubrimiento de la sexta víctima, un hecho aparentemente aislado terminaría por darle a la policía una valiosa pista, que terminaría por vincular a un sujeto con los asesinatos que tenían en vilo a la comunidad.

Una chica de 14 años, llamada Lisa McVey, acudió a la policía declarando que había sido secuestrada por un hombre que la encañonó con un revólver mientras volvía a casa en su bicicleta. Era de noche, no había testigos. El sujeto la introdujo a un vehículo, la maniató y le vendó los ojos. La muchacha logró ver algunos detalles del interior del automóvil, por debajo de la venda, que resultarían cruciales para la investigación.

Posteriormente, el hombre llevó a la chica al interior de un departamento, en donde la desvistió y procedió a violarla, sin quitarle la venda de los ojos. Durante 26 horas, la muchacha fue víctima de abusos por parte de su

secuestrador, el cual actuaba de forma errática. Según la muchacha, este se comportaba tímidamente a ratos, para luego violarla con furia. La introdujo en una bañera y le lavó cuidadosamente el cabello. Cogía sus manos y dejaba que la chica le tocara el rostro, como si fueran caricias. Este detalle permitió a Lisa McVey describir la apariencia de su secuestrador a los agentes de policía. Según la muchacha, se trataba de un hombre de ojos y orejas pequeñas, nariz delgada, mentón bastante pronunciado, pómulos gruesos, pelo corto y bigote recortado. Además, su voz era aguda y característica, hablaba con coherencia; pero a ratos se mostraba agresivo sin motivo aparente. A medida que pasaba el tiempo, su captor se comportaba cada vez más tierno, aunque le confidenció que estaba haciendo todo aquello porque odiaba a las mujeres. En cierto momento, el hombre le preguntó a la joven: “¿Qué voy a hacer contigo?”. Conversaron durante varias horas. El asaltante ya no parecía tan agresivo, por lo que Lisa trató de convencerlo de que fueran novios. Ella le ofreció quedarse a vivir en aquel departamento si él así lo deseaba. Le dijo, también, que no parecía un mal tipo y que lamentaba mucho si alguien lo había herido en el pasado. Al parecer, el sujeto se sorprendió ante las palabras de la astuta niña. Le dijo que no podía quedarse allí y le prometió que irían en su vehículo y que la dejaría cerca de su casa... y así fue. Posteriormente, la chica acudió a la policía para narrar su historia. Aunque inicialmente este hecho no fue relacionado con los asesinatos de las prostitutas de Tampa, evidentemente era preocupante que un sujeto estuviera raptando a menores de edad en el área donde, además, rondaba un asesino serial, por lo que se puso en marcha una acuciosa investigación. Solo tres días después de este incidente, el cuerpo de otra prostituta, llamada Virginia Johnson, le indicó a la policía que el asesino había vuelto a atacar. Era la séptima víctima y aún no había ninguna pista que llevara a

los investigadores a pensar que aquello acabaría pronto. El oficial de Policía, Gary Terry, se encontraba impactado ante los sucesivos crímenes. El hombre que buscaban, no estaba ocultando los cuerpos de sus víctimas... no estaba enterrándolos. Simplemente los abandonaba para que fuesen encontrados, y procuraba dejarlos en posiciones denigrantes y grotescas.

El 12 de noviembre, Terry recibiría una nueva llamada. El asesino había vuelto a las andadas. Kimberly Swann, era una prostituta que trabajaba en el mismo bar donde lo hacía Lana Long, la primera víctima. Solo con ver la posición del cuerpo, Terry supo que se trataba del mismo homicida. Era la octava prostituta asesinada en Tampa. La evidencia comenzaba a acumularse, pero no se llegaba a ninguna conclusión satisfactoria. Sin embargo, el caso tomó un giro inesperado cuando los análisis de la ropa de Lisa McVey, la chica de 14 años que había sido secuestrada durante 26 horas por un violador, dio como resultado la presencia de fibras de *nylon* color rojo. Estas, eran exactamente iguales a las halladas en los cadáveres, lo que sorprendió a la policía. Por lo visto, pertenecían a una alfombra que tuvo contacto con todas las víctimas del asesino. La primera pregunta que comenzó a acosar a los investigadores, fue: ¿Era realmente posible que un desalmado psicópata y asesino en serie, que masacraba a mujeres sin piedad, dejara en libertad a una chica que tenía secuestrada, corriendo el riesgo de ser identificado y atrapado? No parecía lógico. Sobre todo si consideramos que el asesino, había llegado a un punto en el que quitar una vida más no haría gran diferencia.

Sin perder tiempo, los agentes interrogaron a Lisa, y esta recordaba bien el vehículo y todas sus características, a pesar de que iba vendada. Describió a su captor gracias al tacto e incluso recordaba parte del recorrido en auto. No tuvo mayor problema en guiar a los policías hasta un complejo de

departamentos en donde, según ella, estuvo cautiva durante esas 26 horas de terror. Realmente era una chica muy, muy lista. Gracias a ella, los policías tenían la primera pista sólida de la identidad del sospechoso, y no solo eso. Lisa McVey había visto en detalle el vehículo de su captor, justo por debajo de la venda que tenía sobre los ojos. El automóvil era de color rojo anaranjado, con asientos de cuero blanco, alfombrado interior rojo (de donde provenían las fibras de *nylon*) y una chapa que decía la palabra “Magnum” en el tablero del copiloto. Con esta importante información, la policía revisó los registros de todos los Dodge Magnum rojos que estaban circulando en el Estado, y finalmente dieron con uno. Dos policías detuvieron a su conductor y este se mostró muy cooperador, permitiendo incluso que los oficiales tomaran fotografías del interior del vehículo. Con las fotografías de varios sospechosos, incluyendo la del conductor del Dodge Magnum, los detectives se reunieron con Lisa McVey. La muchacha no dudó en ningún momento y señaló al amable conductor del vehículo rojo. Su nombre era Robert Joe Long, de 31 años.

Los policías organizaron un equipo de vigilancia para acorralar al sospechoso. Lo siguieron hasta un cine, en donde cuatro agentes lo vigilaban dentro de la sala, mientras veía una película. Al mismo tiempo, otros oficiales se acercaban cautelosamente al Dodge Magnum estacionado. Gary Terry se encontraba comunicado por radio con los agentes, y les pidió que revisaran las marcas de los neumáticos, corroborando que estos coincidían perfectamente con las huellas encontradas en las escenas de los asesinatos. Finalmente, y tras ocho meses de incansable búsqueda, tenían al asesino. Bobby Joe Long se entregó sin oponer resistencia.

Hasta el momento, la policía se encontraba investigando ocho asesinatos vinculados con Bobby Joe Long; sin embargo este re- conoció haber

matado a un total de 10 mujeres, y no solo eso, sino que se declaró culpable de más de 50 violaciones, cometidas años antes. Definitivamente la policía había dado con un monstruo... un asesino serial de tomo y lomo. ¿Pero quién era Bobby Joe Long y por qué mataba?

Robert Joseph Long nació el 14 de octubre de 1953, en Kenova, Oeste de Virginia. Su madre, Louella Long, se mudó en 1953 con el pequeño Bobby Joe, de dos años de edad, a Florida, en busca de una nueva vida.

Recientemente separada, estaba convencida de que la afamada “Ciudad del sol” podía convertirse en el lugar ideal para criar a su hijo. Sin embargo, las cosas no saldrían nada bien para ambos en los años venideros.

Bobby Joe, resultó ser un chico con muy mala suerte... sumamente propenso a diversos accidentes que, según algunos expertos, podrían explicar parte de su condición como futuro asesino serial. Siendo muy pequeño, se cayó de un balancín, perdiendo el conocimiento y enterrándose un palo dentro de un ojo. Por fortuna no lo perdió. Pocos años más tarde, fue atropellado por un automóvil y debió ser hospitalizado. Este tipo de accidentes, pueden causar tremendos e irremediables daños cerebrales, los cuales parecían sucederse uno tras otro en el caso del pequeño Bobby. En la escuela, ya había mostrado un alto grado de déficit atencional, lo que comenzó a incrementarse tras estos accidentes. Como si fuese poco, una malformación en su mentón lo mantuvo en un complejo tratamiento de frenos dentales... y los problemas para Bobby recién estaban comenzando.

Louella Long, buscó trabajo como mesera; pero el dinero no alcanzaba. Es, entonces, cuando consigue empleo en un bar llamado “Big Daddy”, al cual debía asistir muy liviana de ropa. Bobby Joe se enfurecía cuando su madre iba a trabajar a aquel lugar. Louella era una mujer sumamente atractiva y los hombres la cortejaban en todo momento. El mayor problema ocurrió

cuando Louella comenzó a llevar distintos hombres a su hogar, a vista y paciencia del pequeño Bobby. La relación entre ambos comenzó a deteriorarse rápidamente. Durante varios años, Bobby y su madre durmieron en la misma habitación. Al acercarse a la pubertad, Bobby Joe comenzó a sentir cierta atracción por su madre. El muchacho, que se encontraba en pleno despertar sexual, sentía rabia y vergüenza porque se excitaba con su propia madre, mientras esta se paseaba semidesnuda por la casa.

Existe un momento, en la pubertad de un niño, en el cual se comienzan a desarrollar sexualmente. Es un período complejo, en el cual experimentan sensaciones nuevas y desconocidas. Reaccionan involuntariamente ante el cuerpo de una mujer y, muchas veces, suele ser algo incómodo. Peor aún si esto ocurre con su propia progenitora.

A pesar de todo, Louella siempre trató de ser una buena madre. Todo lo que ocurría en casa, con Bobby, lo atribuía a celos infantiles por parte de su hijo. Sin embargo, Bobby Joe recordaría por siempre una ocasión en la cual ambos se fueron de vacaciones a la playa y él casi se ahoga. Su madre no se había percatado, porque se encontraba coqueteando con un hombre en vez de estarlo vigilando. Todo aquello, fue generando una ira incontenible en aquel chico.

Es a la edad de 11 años cuando un nuevo golpe remeció la autoestima del niño. Bobby Joe Long comenzó a desarrollar senos. Sus compañeros de escuela comenzaron a molestarlo de forma permanente. Cuando salía con otros chicos a la piscina, jamás se quitaba la camiseta. Pronto, tuvo que acudir al médico, en donde se descubrió que Bobby había nacido con un cromosoma X extra (Síndrome de Klinefelter) lo que producía que su cuerpo se manifestara de forma femenina. Evidentemente, resultaba bastante vergonzoso para él. Cuando cumplió 13 años, debió someterse a

varias cirugías para extraerle los senos, algo que resultó incómodo, además de doloroso. Todos estos factores, según algunos especialistas que analizaron posteriormente el perfil de Long, habrían hecho que desarrollara un gran odio hacia las mujeres.

Pero a pesar de aquella rara condición, Bobby había conseguido una novia antes de someterse a las cirugías. La chica, Cindy, se sintió atraída por el muchacho prácticamente de inmediato. Bobby procuraba disimular su problema con camisas anchas, por lo que tampoco resultaba fácil descubrir aquel vergonzoso problema. Sin tomar en cuenta este detalle, Bobby lucía como un chico normal. Su novia de aquel entonces, lo definió como un muchacho divertido y agradable. Era malo en los deportes; pero no le gustaba perder. A pesar de que algunos de sus amigos lo describirían como un “sabelotodo”, se las arreglaba para faltar a clases todas las veces que podía y sus calificaciones comenzaron a bajar bastante. A medida que pasaba el tiempo, Bobby se mostraba como un chico cada vez más intransigente con sus compañeros de escuela. Nunca quería perder una discusión y podía tornarse violento en cualquier minuto. Su actitud temeraria, dejó atónito a los chicos más violentos de su escuela en más de una ocasión. Podía trenzarse a golpes con cualquiera, sin mostrar nerviosismo ni miedo. Todo parecía darle lo mismo. Incluso cuando salía de pesca con sus amigos, Bobby siempre quería ir más allá. Cierta día, los chicos avistaron un tiburón. Los muchachos solían ir con cañas y arpones para pescar sardinas o truchas; pero Bobby Joe tenía un “arma secreta”. Utilizaba un arpón al que le desenroscaba la punta y en la cual encajaba un casquillo de 12 mm. Un juguete bastante peligroso para un adolescente. Emocionado ante la presencia del escualo, Bobby se dirigió hasta él y le disparó en la cabeza. Los chicos quedaron helados, mientras él disfrutaba por lo que había hecho. El pobre animal quedó con el cráneo destrozado.

Bobby Joe Long no terminó la secundaria; sin embargo continuó su relación con Cindy, su eterna novia. Ambos parecían muy felices. Si bien Bobby era un chico travieso, al cual le encantaba jugarle bromas a la gente, era muy atento y cariñoso con su chica.

En 1972, Bobby Joe Long busca encausar su vida y decide unirse al Ejército de los Estados Unidos. Destacó permanentemente durante su estancia en el ejército y recibió varias condecoraciones. Al parecer, todo aquello le había venido bastante bien. El 25 de enero de 1974, Bobby y Cindy contraen matrimonio, concretando así un largo y bello noviazgo. Pero el 14 de marzo de ese mismo año, Bobby Joe Long sufriría un grave accidente en motocicleta. Un hombre mayor no lo vio venir y lo embistió con su vehículo, haciéndolo volar casi 30 metros antes de aterrizar con la cabeza.

Después de aquel grave accidente, Bobby Joe Long no volvió a ser el mismo. Su apetito sexual se volvió incontrolable. De hecho, las mismas enfermeras que lo atendieron durante su recuperación en el hospital, aseguraban que Long se masturbaba varias veces al día entre las sábanas. Una vez que se recuperó de sus heridas, volvió a casa y Cindy fue la primera víctima de la nueva personalidad de su marido. Exigía sexo varias veces al día y la maltrataba a diario. Ante la más mínima discusión, Long lanzaba a Cindy a la cama, se montaba sobre ella y comenzaba a estrangularla. Con los años, las golpizas comenzaron a intensificarse, hasta que Cindy terminó hospitalizada. La pareja ya tenía dos hijos. De cierta forma, aquello había frenado a Cindy para tomar la decisión de divorciarse; pero luego de volver del hospital, cogió una escopeta y apuntó a la cabeza de Bobby mientras este dormía en la habitación matrimonial. La alarma sonó y Long despertó. Vio a su mujer apuntándolo con el arma y le dijo: “Adelante, perra, no tienes las agallas”. Aquello fue el fin de una

relación que había co- menzado, años antes, como un inocente amor adolescente. Cindy terminó por solicitar el divorcio, el cual se le concedió en 1980. Al mismo tiempo, Bobby Joe Long se mudó a Tampa, Florida.

Cuatro años más tarde, comenzaría a asesinar prostitutas.

Pero Long había iniciado su carrera criminal una década antes de asesinar por primera vez. Solía revisar los anuncios clasificados. Principalmente aquellos en donde el contacto era una mujer que pretendía vender muebles de dormitorio. Se presentaba en el hogar de la vendedora como un interesado, y si esta se encontraba acompañada, observaba el mueble y se excusaba diciendo que no era lo que estaba buscando, para luego retirarse. Pero si la mujer estaba sola, aprovechaba para introducirse en la casa, someterla, violarla y huir. Fue conocido como el Violador de los Anuncios Clasificados, y la policía nunca pudo atraparlo... hasta 1984.

Bobby Joe Long, no mostró jamás arrepentimiento por sus crímenes.

Aseguraba que le resultaba imposible detenerse. Que sus deseos sexuales lo atormentaban y que solo violando y asesinando, lograba calmarse por una o dos semanas... a veces un mes. Pero aquello seguía impulsándolo a cometer más y más asesinatos. Jamás se habría detenido si la policía no lo hubiera atrapado.

Por otro lado, la frialdad de sus declaraciones, denotaba una personalidad psicópata y narcisista. Long era un sujeto extremadamente temerario y frío, incapaz de sentir compasión. Odiaba profundamente a las mujeres y, por sobre todo, a las prostitutas. Pero entonces ¿qué lo llevó a perdonarle la vida a la pequeña Lisa McVey después de secuestrarla durante 26 horas? ¿Realmente las palabras de la chica tocaron alguna fibra en el corazón de este monstruo? Algunos psiquiatras creen que debido a que McVey era una menor de edad, inocente y confiada, despertó en Long una contradicción. Odiaba a las mujeres, sí; pero todas sus víctimas habían sido prostitutas.

Mujeres que negociaban con su cuerpo, vestían ligeras de ropa y se arriesgaban en las calles de Tampa Bay. Lisa, por el contrario, personificaba la inocencia que le hubiese gustado ver reflejada en su propia madre, la misma que llevaba a distintos hombres a su casa cuando él era pequeño.

Durante el juicio, Long se confesó culpable de cada uno de los crímenes. Parecía que quería colaborar. Su relato carecía de emoción y contrastaba con la dulce voz con la que iba describiendo los asesinatos. Sin embargo, en un momento se mostró enfadado. Llegaría a escupir a una de las cámaras en un arrebato de ira. Quizás esa actitud sería la única que retrató al brutal e iracundo asesino que tenía atemorizadas a todas las mujeres de Tampa. Uno de los pocos momentos en los cuales Long dejó caer su máscara de normalidad ante el juez y los medios de comunicación.

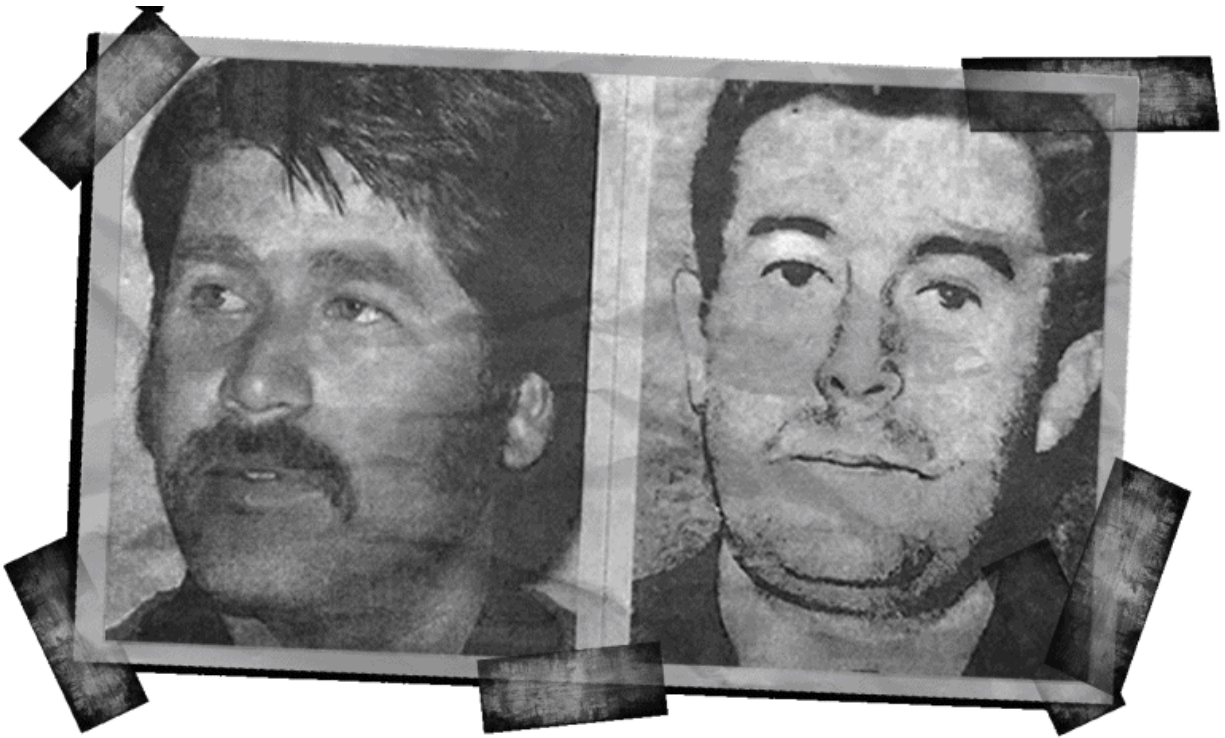
El jurado fue unánime a la hora de condenarlo a muerte. Posteriormente, Long declararía: “Lo que me mata es que la mayoría de las muchachas a las que violé, eran drogadictas y prostitutas. No quiero decir que merecían morir, pero tampoco eran unas santas. Yo estoy enfermo. No soy un asesino, no como los otros tipos que hay aquí, en el corredor (de la muerte). Pero eso no cuenta para la corte o para el gobernador. El maldito Bob Graham necesita matarme para reelegirse, al igual que lo hizo con Ted Bundy”. Aún está a la espera de ser ejecutado en la cárcel de Florida.

Actualmente tiene 62 años.

Aunque este caso pudo resolverse, las preguntas salen a flote casi de forma inmediata, ¿Long fue víctima de una vida perturbada o simplemente nació para matar? ¿Fueron los traumas cerebrales los que lo llevaron a transformarse en un asesino en serie o el odio hacia su madre y las mujeres? En un par de entrevistas, Long asegura que se trataba de un deseo incontrolable y con el que no podía lidiar.

Lisa McVey, la chica que fue secuestrada y violada por Long cuando solo tenía 14 años, en 1984, hoy trabaja como agente de policía de Florida. Aquel episodio, la inspiraría para tratar ayudar a la comunidad y evitar que hechos, como los que ella misma vivió, se repitan.

JORGE SAGREDO PIZARRO Y CARLOS ALBERTO TOPP COLLINS Los Psicópatas de Viña del Mar



Fuente: Diario La Voz

El asesino serial, en Chile, es una especie muy escasa (o al menos eso es lo que pensamos). Hay muy pocos registros de homicidas impulsivos y reiterativos, movidos por el simple placer de matar, en comparación con

muchos otros países. Sin embargo existen y cada cierto tiempo nos recuerdan que no estamos a salvo de este fenómeno.

Uno de los casos de asesinato serial más espectaculares de la crónica negra chilena es, sin duda, el de los famosos Psicópatas de Viña del Mar. Si ya de por sí es relativamente difícil que un sujeto decida empezar a matar seres humanos, uno tras otro, por mero placer; para que dos personas se coordinen y decanten por esta lúgubre y oscura afición, deben existir ciertas condiciones. Las parejas asesinas no son extrañas dentro del mundo del crimen; pero si son significativamente más escasas que los asesinos en serie solitarios. En nuestro país, no hay registros de otro caso similar.

El 6 de agosto de 1980, en Viña del Mar, un grupo de jóvenes encontraron el cuerpo sin vida de un hombre de unos 35 años. El cadáver, mostraba varios disparos a quemarropa y fue identificado como Enrique Gajardo Casales, técnico eléctrico y profesor. El lugar en donde fue encontrado el cuerpo, un solitario sector aledaño a la avenida Troncal que une a Viña del Mar con Quilpué, hizo suponer a la policía que el crimen fue cometido en otro sitio. Ese mismo día, varios transeúntes avisaron a las autoridades que, en un concurrido sector de la Avenida España, un automóvil Austin Mini de color azul colgaba peligrosamente hacía la calle. Parecía haberse desbarrancado, atorándose con unos árboles; aunque no se veía nadie en su interior. Si bien ambos hechos no se relacionaron en un principio, luego se comprobó que dicho vehículo pertenecía a la víctima. El día anterior, testigos aseguraron haber visto a Enrique Gajardo Casales en su vehículo, acompañado por una mujer joven, delgada y de cabello largo; pero por más que se trató de localizarla, los esfuerzos de la policía resultaron inútiles. Se pensó en un crimen pasional... pero el robo de documentos y dinero, también ofrecía la posibilidad de que se tratará de un asalto.

La noche del 12 de diciembre de ese mismo año, otro violento crimen conmovió a la Quinta Región. Una joven enfermera de 25 años, llegó en estado de *shock* hasta el retén de policía, acusando a dos desconocidos de haberla violado. También alertó a los funcionarios de que los atacantes dispararon contra su novio, al cual abandonaron en las cercanías de la Laguna Sausalito y con quien se encontraba en el momento del atraco. Ambos estaban conversando al interior de un automóvil, cuando fueron sorprendidos por dos sujetos que se cubrían el rostro con pasamontañas. Uno de ellos les pidió los documentos, alumbrándolos a la cara con una potente linterna, esgrimiendo una pistola y asegurando que se trataba de un control policial. El conductor sospechó de la apariencia de los encapuchados y se negó. Fue, entonces, cuando recibió el primer disparo. La acompañante trató de huir; pero fue interceptada por el segundo sujeto. En ese mismo instante, el hombre que llevaba el revólver le disparó en otras dos ocasiones a quien sería identificado como Alfredo Sánchez, de 34 años de edad. Después de sacar al moribundo del interior del vehículo, secuestraron a la muchacha y, tras violarla, la abandonaron en otro sector de las inmediaciones, llevándose el automóvil. La policía envió a otros efectivos a registrar la zona del ataque y encontraron al hombre agonizando. Cuando el herido llegó al hospital, se produjo un verdadero revuelo, pues Alfredo Sánchez resultó ser un querido y respetado ginecólogo viñamarino. Poco y nada pudieron hacer sus colegas. Alfredo murió escasos minutos después de ingresar al hospital. Varias horas más tarde, se encontró el automóvil del doctor, un Renault. Había sido abandonado en un lugar solitario y de su interior se extrajo un par de cintas de música, dinero y algunos instrumentos médicos. Estos, que no eran muy comunes en aquellos años, ofrecían a la policía cierta esperanza de ser localizados si los delincuentes intentaban reducirlos (lo que podía

facilitarles alguna pista) pero no hubo suerte. “El crimen del Doctor”, como fue conocido aquel caso, desató el repudio general y la ira de la población.

Algunos suspicaces reporteros, realizaron preguntas a la policía relacionando aquel crimen con el de Enrique Gajardo Casales; pero las autoridades negaron que ambos casos estuvieran relacionados. La verdad es que nadie sospechaba que aquello fuese posible. Por lo demás, aquel primer asesinato no tuvo tanta repercusión mediática como el segundo. Las investigaciones resultaron infructuosas. No había sospechosos de aquel brutal crimen y, de pronto, la policía se encontró en un callejón sin salida.

El 28 de febrero de 1981, la Quinta Región se vestía de fiesta. Aquella noche, se realizaba uno de los espectáculos musicales más importantes del país: *El Festival Internacional de la Canción de Viña del Mar*. Miles de chilenos y extranjeros asistían a la ciudad viñamarina a presenciar el evento y millones se sentaban en sus casas, frente a sus televisores, para ver a sus artistas favoritos. Pero había algunos que no estaban muy pendientes de la jornada festivalera.

No muy lejos del recinto de la Quinta Vergara (lugar físico donde se desarrollaba el mentado festival) varios testigos escucharon un disparo. Después del estruendo, unos vecinos oyeron los gritos destemplados de una mujer que decía: “¡Eres Carabinero... te conozco, paco! ¡Te conozco paco!”. Después de aquello, sonaron cinco disparos más. La policía se presentó en el lugar y, cerca de un oscuro estacionamiento, se encontraron con los cuerpos sin vida de Fernando Lagunas, empresario de 54 años, y su acompañante, Delia González, prostituta. Ambos se encontraban manteniendo relaciones sexuales cuando fueron acribillados en el exterior del vehículo. El hecho de que un par de testigos asegurara que los gritos de

la mujer acusaban a un supuesto funcionario de la policía en el ataque, desató gran polémica en ciertos círculos. Chile, por aquellos años, se encontraba bajo el régimen militar del dictador Augusto Pinochet Ugarte. La posibilidad de que un carabinero estuviese envuelto en un doble asesinato tan desfachatado y absurdo, hablaba pésimo de la institución. Debía averiguarse la identidad del homicida lo antes posible.

Tanto la policía como toda la ciudad viñamarina, tenían fuertes sospechas de que se tratase del actuar de un peligroso psicópata, algo que, como hemos explicado, es sumamente raro en Chile, por lo que causó gran expectación. Varios periodistas no tardaron en encender las alarmas y los periódicos de la época comenzaron a relacionar varios de los crímenes, a pesar de que Carabineros no había confirmado que todos hubiesen sido cometidos por él o los mismos sujetos. De hecho, el asesinato de Fernando Lagunas y Delia González, parecía haber sido ejecutado por un solo agresor, algo que no encajaba con las versiones de la mujer que sobrevivió a uno de los ataques, en donde aseguraba que se trataba de dos hombres que utilizaban pasamontañas. Días más tarde, una pareja que se encontraba muy cerca de los hechos ocurridos el 28 de febrero, aseguraron haber visto a un sujeto de bigotes que los espiaba mientras estaban en su automóvil. Este, huyó cuando el joven lo sorprendió. Más tarde, escucharon los seis disparos y volvieron a ver al extraño sujeto, esta vez corriendo en dirección contraria. En base a esta declaración y a las de otros testigos, la policía elaboró los primeros retratos hablados del posible homicida. La búsqueda se intensificó; pero no había más pistas y, nuevamente, la investigación quedó varada.

El 25 de mayo de 1981, Margarita Santibañez llegó cerca de las 22:30 hrs. a la recepción de un edificio en Reñaca Alto, con su pequeña hija entre los brazos. La mujer, entre sollozos, le dijo al guardia que ella y un amigo

habían sido asaltados por dos hombres que les robaron el automóvil y la violaron. Según sus declaraciones, Jorge Inostroza, su acompañante, había sido abandonado cerca de un puente, después de que le dispararan un tiro. Ambos habían sido interceptados, minutos antes, por dos hombres que se cubrían el rostro con pasamontañas y que conducían un taxi. Luego de encañonarlos, los obligaron a conducir unos kilómetros para, finalmente, hacer descender a Inostroza. Después de robarle todo lo que llevaba encima, le ordenaron que corriera y uno de los sujetos disparó, acertando un preciso tiro en la cabeza que le quitó la vida. Luego, manejaron un par de minutos más con la mujer y su hija dentro del automóvil robado. La hicieron descender en un lugar apartado y uno de los hombres procedió a violarla, mientras el otro sujeto distraía a la pequeña niña dentro del coche, jugueteando con ella. Posteriormente, la abandonaron en una calle poco concurrida, con su hija, en donde pudo pedir ayuda en un edificio cercano. Aquellas declaraciones, indignaron a la policía. Los investigadores, se dieron cuenta de que el patrón de este crimen coincidía con los anteriores y evidenciaba la frialdad de un par de criminales que no planeaban detenerse.

Cerca de las 4:00 am, funcionarios de la policía encontraron el vehículo que presumiblemente conducían los sospechosos. El taxi Peugeot 404, se encontraba en el fondo de una quebrada y ardía en llamas. Luego de corroborar y ubicar al dueño del vehículo, este dijo que se lo había pasado a uno de sus empleados, Luis Morales, de 27 años, para que lo trabajara ese día. Horas más tarde, el cadáver de Morales era hallado en un botadero de escombros, con dos disparos en el pecho y uno en el rostro. La prensa llegó al lugar del suceso y las primeras conjeturas apuntaron, inmediatamente, al ya famoso Psicópata de Viña. Según varios periodistas, los agentes de la policía se veían sumamente afectados. Algunos, incluso,

estaban llorando. Había impotencia en los investigadores, quienes veían que el caso los estaba superando ampliamente y que el asesino seguía cobrando víctimas inocentes.

Luis Morales, era un joven esforzado y trabajador. Muchos taxistas de la región, lo conocían bien y se sintieron muy conmovidos por su pérdida. Realizaron una caravana por las calles de Viña del Mar para recordarlo y ejercer presión a las autoridades. Querían que se hiciera justicia por la muerte de su amigo y compañero de trabajo. Carabineros y la Policía de Investigaciones, se unieron en una gran cruzada para detener a el o los responsables de aquel crimen. Se hicieron cientos de careos e interrogatorios; pero nuevamente quedaron en nada. El prefecto de Investigaciones, por primera vez y frente a los periodistas, reconoció que había muchas posibilidades de que todos esos crueles asesinatos y violaciones, fuesen obra de los mismos sujetos. Viña del Mar, se encontraba bajo la amenaza de uno o dos “psicópatas” que estaban dejando un verdadero reguero de sangre tras de sí y que no dejarían de matar hasta que se les atrapara. La psicosis continuaba atormentando a la ciudadanía. Las investigaciones no arrojaban resultados y la gente sentía miedo de salir a la calle... sobre todo las noches de luna llena, que era cuando los “psicópatas” actuaban.

El 29 de julio de 1981, una mujer de unos 30 años se presenta ante Carabineros declarando que había sido violada por dos sujetos con pasamontañas. Esto ocurrió cuando conducía su automóvil, un Subaru 600 color crema, junto a un compañero de trabajo identificado como Oscar Noguera, de 27 años. Ambos se movilizaban por el camino El Troncal, cerca de las 21:30 hrs., con dirección a Villa Alemana, cuando un taxi con el parabrisas roto los obligó a detenerse. Uno de los hombres apuntaba a Noguera con dos pistolas y le ordenó caminar hacia un costado de la

carretera, mientras el otro se quedó con la mujer dentro del auto. La mujer escuchó dos disparos y luego el sujeto armado volvió solo. Minutos después, se dirigieron a un lugar solitario, en donde procedieron a violarla para después abandonarla, no sin antes dejarle algo de dinero para que regresara a su hogar.

Los policías estaban con el rostro desencajado. El *modus operandi* había sido idéntico al atraco que le costó la vida a Jorge Inostroza y al taxista Luis Morales, poco menos de un mes antes. No cabía duda de que se trataba de los Psicópatas de Viña.

Un gran contingente policial llegó al lugar indicado por la mujer. Allí, encontraron el taxi con el parabrisas roto. A pocos metros de distancia, yacía el cadáver de Oscar Noguera. Al revisar el taxi abandonado, descubrieron manchas de sangre en su interior. Los funcionarios de Carabineros concordaron en que, posiblemente, el parabrisas había sido destruido por un disparo. Los peores temores se concretaron cuando se ubicó al dueño del taxi, quien aseguró que se lo había facilitado a un sujeto llamado Raúl León, para que lo trabajara aquel día... pero que este había desaparecido. Para Carabineros e Investigaciones, era muy posible que el infortunado taxista estuviese muerto.

Cuando el panorama parecía no poder empeorar, un suceso marcó de forma tremenda la investigación. El atrevimiento y desfachatez de los “psicópatas” se volvió intolerable. Al día siguiente del nuevo crimen que había consternado a la ciudad viñamarina, un detective que salía del cuartel central de Investigaciones de la calle Yungai, vio un Subaru 600 color crema, estacionado prácticamente al frente de la central. Dudó unos segundos, pero finalmente se acercó al vehículo. Corroboró la patente y descubrió que se trataba del automóvil de la mujer que había sido atacada

por los asesinos, quienes en un acto burlesco y desafiante, abandonaron el coche en frente del departamento de Investigaciones.

De esta forma, se inició un gigantesco operativo policial con el fin de ubicar a Raúl León, quien finalmente fue encontrado cerca del camino El Olivar, en el fondo de una quebrada, con tres disparos en el cuerpo. León, de 24 años de edad y padre de tres hijos, recibió dos disparos a quemarropa y un tercer tiro a una distancia de 20 metros. Al parecer había agonizado unos minutos, mientras trataba de trepar la cuesta para pedir ayuda. El lugar del nuevo crimen, era un sector que los policías reconocieron de inmediato, pues un año antes tuvieron que acudir cuando el primer asesinato de los “psicópatas” se llevó a cabo.

El 31 de octubre de 1981, Jaime Ventura, de 17 años y Roxana Venegas, de 23, salieron a dar una vuelta por la playa Caleta Abarca. Ambos jóvenes decidieron sentarse en la arena, bajo el Puente Capuchinos, para charlar un rato. Lo que ocurriría después, resulta algo confuso; pero según testigos, se escuchó un disparo que los alertó. Un grupo de jóvenes, que se encontraban en la misma playa, se aproximaron al sector donde se efectuó la percusión y vieron a un hombre de bigotes, forcejeando con una muchacha. Al ver que el sujeto tenía un revólver, varios huyeron del lugar para llamar a la policía. Cuando Carabineros llegó al lugar, los cuerpos de Jaime Ventura y Roxana Venegas se encontraban inertes en la arena.

Ambos fueron ejecutados de un disparo.

Un total de diez asesinatos y cuatro violaciones, eran el resultado total de uno de los episodios más oscuros y emblemáticos de la historia policial chilena. El o los Psicópatas de Viña del Mar, parecían ser cada vez más temerarios y cometían más errores; pero aun así, no lograban ser identificados. ¿Cómo era posible que crímenes tan descarados siguieran impunes? El trabajo policial fue duramente criticado por la prensa

nacional, y la presión e indignación de la opinión pública se hizo notar, sobre todo considerando que Jaime Ventura era solo un chico de 17 años. Pasaron los meses y el 3 de Marzo de 1982, un inusual ajetreo en el cuartel de la policía civil de Limache, despertó el interés de la prensa. Varios periodistas comenzaron a correr la voz de que se había detenido a un sospechoso de los crímenes que tenían en vilo a toda la Quinta Región. Los titulares de prensa anunciaban, al día siguiente: “Cayó el psicópata”. El mismo director de Investigaciones, Fernando Paredes, se dirigió a los medios de comunicación para informar la detención de Luis Gubler Díaz, de 42 años, quien se habría adjudicado al menos cuatro de los diez asesinatos cometidos entre 1980 y 1981. Pero cuando los periodistas comenzaron a indagar en la vida privada del presunto autor de los crímenes, descubrieron que se trataba de un intachable empresario de prestigiosa familia. Considerando que el actuar de los psicópatas incluía el hurto de dinero y especies, esto no terminó de cuajar. El mismo abogado de Gubler, aseguró a los periodistas que se trataba de un error y que su defendido era completamente inocente.

Pocos meses antes, La Policía de Investigaciones, al verse sobrepasada por el caso, pidió ayuda al FBI para determinar las características de las balas halladas en los cuerpos de las víctimas. Todas pertenecían a una colt 38 y, gracias al estudio y comparación de las estrías, se pudo corroborar que todos los asesinatos fueron cometidos con una misma arma... arma que, en teoría, pertenecía a Luis Gubler.

Muchos aseguraban que Gubler era inocente, incluidos los periodistas, quienes redactaban escépticas columnas con respecto al giro que había tomado la investigación del caso del “psicópata”. Pero cuatro días después, el 7 de marzo, una nueva noticia remeció al país, que seguía de cerca el caso. Dos ex carabineros habían sido detenidos y acusados de los

cobardes crímenes que tenían aterrados a los viñamarinos. Tras una ardua y tortuosa investigación por parte del OS7 y Carabineros, se detuvo a Jorge Sagredo Pizarro y a Carlos Alberto Topp Collins, acusados de ser los Psicópatas de Viña del Mar.

Todo fue muy vertiginoso. Casi sin querer, el carabinero Juan Quijada, escuchó a uno de sus compañeros hablar sobre los asesinatos que tenían atemorizados a todos los viñamarinos, como si los hubiese cometido él mismo. El cabo Jorge Sagredo era joven, usaba bigote y lucía muy similar al retrato hablado de uno de los “psicópatas” que tanto se había difundido. Quijada, era muy suspicaz y comenzó a creer que Sagredo podía estar implicado en los crímenes; pero no lo comentó con nadie, pues se trataba de una acusación demasiado grave. Cuando se cometió el asesinato de los dos jóvenes de la playa Caleta Abarca (el cual sería el último) Quijada y sus compañeros quedaron muy afectados. Jaime, el muchacho asesinado, solo tenía 17 años y aquello les resultó particularmente irritante.

Envalentonado por la rabia y la impotencia, Quijada le pregunta secamente a Sagredo: “¿Por qué mataste a los *cabros* de Caleta Abarca?”, y él le respondió: “Porque él me atacó y tenía que defenderme”. El policía quedó estupefacto ante la declaración de su compañero, y se dispuso a desenmascararlo. Por su parte, Jorge Sagredo pareció no darle importancia a aquel incidente, y cuando Quijada se le acercaba a preguntarle por los asesinatos que sospechaba que había cometido, este se jactaba de ellos sin ningún reparo. Incluso implicaba a otro compañero carabinero, Alberto Topp Collins, de los crímenes. Aquello resultaba llamativo, pues Sagredo y Topp Collins no cruzaban palabras dentro de la Comisaría.

Evidentemente eran muy astutos... pero arrogantes.

Las reveladoras conversaciones con Jorge Sagredo, fueron registradas por Quijada en una grabadora que ocultó entre sus ropas y presentadas a sus

superiores, quienes quedaron atónitos. Este hecho, se vinculó a otro episodio que ya tenía a los investigadores con los ojos puestos sobre Sagredo.

En 1980, una mujer acudió, aterrada, a la Comisaría de Carabineros de Viña del Mar. En su declaración, contó que había dejado a su hija de doce años dentro de su vehículo estacionado, mientras realizaba algunas compras. De pronto, escuchó un grito y vio a un hombre enseñándole los genitales a su hija, a través de la ventana de su vehículo. El sujeto se echó a correr, mientras ella lo persiguió un par de cuadras, en el automóvil, gritándole y tocándole la bocina. Pero en un momento determinado, el sujeto extrajo un revólver y disparó en dos ocasiones, rompiendo el parabrisas y dejando a la mujer y su hija en estado de *shock*. Se salvaron por centímetros de morir a manos del perverso, quien finalmente se dio a la fuga. El cabo de turno tomó su declaración y le aseguró que sería citada para continuar con la investigación. Nunca se encontraron las balas de aquel incidente, como para corroborar si se trataban de las mismas que se utilizaron en los asesinatos; pero había varias sospechas de que aquel violento exhibicionista, podía ser el “psicópata” que estaban buscando. Meses más tarde, la mujer fue llamada para reconocer al atacante. Se encontraba muy nerviosa y el procedimiento, muy similar al que siempre vemos en las películas en donde un testigo reconoce a su agresor a través de un vidrio/espejo que protege su identidad, era mucho más artesanal. Sentada en un silla y detrás de un biombo de mimbre, la mujer, identificada solo como “Inés”, tendría que avisarle al teniente si el hombre que estaba delante, al cual podría ver a través de las rendijas, era o no el agresor. Pasó el primer sospechoso, acompañado por un carabinero, y la mujer negó que se tratara de él. Con el segundo detenido pasó exactamente lo mismo. Pero cuando entró el tercer sospechoso, la mujer se exaltó y el

teniente comprendió que se trataba del exhibicionista. La mujer, sin embargo, le dijo que el agresor no era el hombre que se encontraba esposado; sino el carabinero que lo estaba escoltando. El teniente, muy nervioso, le preguntó si estaba segura. La mujer aseguró que jamás olvidaría aquel rostro. El informe de aquel reconocimiento, señalaba al cabo Jorge Sagredo Pizarro, como el sujeto que disparó contra el automóvil de la mujer. Aquello no bastó para acusarlo ni informarle de la sospecha; pero sí quedó en los registros policiales.

El espectacular vuelco del caso, conmovió a la opinión pública y generó gran indignación, principalmente porque la prensa exigía una explicación con respecto a la supuesta confesión del primer sospechoso, el empresario Luis Gubler. Una vez que fue puesto en libertad, Gubler contó a algunos medios, como fue obligado a confesar crímenes que no había cometido, muchas veces bajo el acoso de algunos carabineros que no lo dejaron dormir por varios días. Era evidente que las autoridades necesitaban encontrar un culpable por los medios que fuera. La presión social y política era abrumadora, y la “Brigada Antisicópata”, dirigida por el comisario Nelson Lillo, que estaba encargada de descubrir la identidad de los homicidas, había sido un fracaso. Los principales pasquines nacionales de aquella época, se unieron y criticaron duramente el actuar de las autoridades a través de su línea editorial. *El Mercurio*, *La Tercera* y *La Segunda*, no dudaron en destrozar la deficiente investigación, además de destacar el intento de la policía, por inculpar a un inocente. Nelson Lillo, por su parte, fue acusado de ser un torturador que solo buscaba reconocimiento.

Carlos Alberto Topp Collins, era un hombre alto y de trato amable, algo taciturno. Reconoció su actuar en casi todos los crímenes; pero aseguró que Sagredo cometió varios en solitario. Según sus propias palabras, él y

su compañero comenzaron realizando pequeños atracos para tener algo más de dinero, a pesar de que trabajaban como carabineros y tenían un empleo estable. Quizás movidos por la adrenalina y la sensación de impunidad que les generaba el realizar ilícitos sin despertar sospecha alguna, pasaron de realizar simples hurtos y robos, a asaltos a mano armada, violaciones y asesinatos. Según los psiquiatras que entrevistaron a Topp Collins, se trataba de un hombre de poco carácter que, posiblemente, solo no representaba una verdadera amenaza para la sociedad; pero que debido a su debilidad, se había dejado influenciar por su compañero para realizar los crueles actos por los cuales estaba siendo acusado y de los cuales era completamente responsable. A pesar de reconocer su participación en los asesinatos y mostrarse arrepentido, negó haber violado a las víctimas; posiblemente por vergüenza. Una personalidad completamente distinta a la de Jorge Sagredo.

Sagredo, resultó ser un psicópata frío y amoral, desprendido de cualquier tipo de emoción. En un principio, negó toda participación en los crímenes y acusó a Topp Collins de tratar de inculparlo; pero en vista de la abrumadora evidencia (incluidas sus propias palabras registradas en la grabadora de su compañero, Juan Quijada) no tuvo más remedio que confesar. Jamás demostró arrepentimiento... es más, ni siquiera se acordaba de sus víctimas. Sagredo era un sujeto sumamente peligroso y el cerebro de los crímenes que cometió la dupla. Le gustaba espiar a parejas de enamorados en los sectores más solitarios de la ciudad, con lo cual se excitaba. En los cuatro asesinatos cometidos el 28 de febrero y el 31 de octubre de 1981, Sagredo actuó completamente solo. Suya había sido la idea de dejar el automóvil Subaru 600, que conducían sus últimas víctimas, justo frente al departamento de Investigaciones, mientras eran arduamente buscados. Esto, no era más que otra muestra de su

personalidad psicopática y desafiante. Habló con una frialdad tan exacerbante sobre los crímenes cometidos, que algunos agentes tuvieron que contenerse para no golpearlo. Sagredo, sencillamente, era un alma vacía y oscura, movida por sus propias perversiones.

Por lo que se puede desprender de las declaraciones de ambos, cuando trabajaban en conjunto, Sagredo era el encargado de ejecutar a las víctimas y Topp Collins lo asistía inmovilizando a las mujeres. Luego de deshacerse del cuerpo, violaban a la mujer y la abandonaban en sectores poco transitados. No se sabe si actuaban siempre las noches de luna llena por algún motivo en especial o por simple coincidencia. Algunos creían que se trataba de un elemento seudomístico que despertaba, en los asesinos, la sed de sangre. Lo más probable es que atacaran bajo la luz de la luna, para no encontrarse completamente a oscuras mientras espiaban a las parejas. El 18 de enero de 1985, Sagredo (29 años) y Topp Collins (35 años) son sentenciados a muerte. A pesar de varias apelaciones, la última palabra la tenía el general Augusto Pinochet, quien rechazó la solicitud. Los condenados pasaron sus últimos minutos en compañía del capellán de la cárcel y fueron derivados al patio de ejecución de la Cárcel de Quillota, poco antes de las seis de la madrugada. Mientras Topp Collins parecía desvanecerse segundos antes de la ejecución, Sagredo permaneció erguido y sin mostrar mayor nerviosismo, hinchando el pecho de manera desafiante cuando escuchó que el pelotón de fusilamiento se acercaba, a paso firme, para ubicarse frente a ellos. Cientos de periodistas estaban apostados a las afueras de la cárcel, esperando el estruendo que no tardó en llegar. Todo había terminado. Los Psicópatas de Viña del Mar habían muerto.

RICHARD RAMÍREZ The Night Stalker



Fuente: Criminalia

En el verano de 1985, un feroz asesino en serie aterrorizó a toda la ciudad de Los Ángeles. Los Estados Unidos, y el mundo entero, serían testigos de una de las cacerías humanas más grandes de la historia y uno de los casos criminales más impactantes de nuestra era. El Night Stalker (también conocido como el Merodeador Nocturno o el Asesino Nocturno) resultó ser un asesino psicópata único en su especie y digno de estudio. El inquietante comportamiento de este homicida no tenía precedentes y, hasta la fecha, no se ha repetido un caso similar.

El 10 de abril de 1984, el cobarde asesinato de una niña de solo 9 años, fue registrado en un hotel del distrito de Tenderloin, San Francisco. El cadáver de la menor, fue hallado colgando de las cañerías del sótano. Había sido

golpeada, violada y apuñalada hasta la muerte. Este monstruoso asesinato no fue adjudicado a Richard Ramírez sino hasta el año 2009 cuando, por medio de pruebas de ADN, se comprobó su autoría. Hasta entonces, nunca figuró como uno de los crímenes del Night Stalker.

El 28 de junio de ese mismo año, otro brutal asesinato conmovió a la ciudadanía. Jennie Vincow, una anciana de 79 años de edad, fue apuñalada en su propia casa mientras dormía. La ferocidad del ataque llamó la atención de los forenses, pues el homicida había intentado decapitarla con un enorme cuchillo de cocina. Se descubrió que el intruso había robado un par de objetos de poco valor, por lo que el móvil del crimen quedó en entredicho. Pasaría casi un año antes de que el asesino volviera a las andadas.

La noche del domingo 17 marzo de 1985, el oficial Gil Carrillo recibió una llamada mientras conducía su automóvil y se encontraba de servicio. A Carrillo se le informó que se trataba de un caso de asesinato y se presentó rápidamente en el lugar de los hechos. Dayle Okasaki, una mujer de 34 años, había sido asesinada en su propio hogar de un certero disparo en la cabeza. María Hernández, de 22 años, la amiga con la cual vivía, había sobrevivido al ataque y fue la que pudo narrar la historia a la policía, tras ser trasladada al hospital. Según el relato de Hernández, había sido sorprendida por un sujeto que se había colado en su casa mientras ella estacionaba su vehículo en la cochera, luego de volver de su trabajo. Por lo visto, el sospechoso la había seguido y antes de que se cerrara el portón automático, se coló ágilmente por debajo. Hernández solo notó su presencia cuando escuchó un pequeño ruido y se giró para ver de qué se trataba. El hombre, descrito como un sujeto joven, delgado, alto y completamente vestido de negro, la apuntó con un revólver y le disparó sin dudar; pero la bala dio en las llaves que la mujer llevaba en la mano, la

cual había subido a la altura de la cara para protegerse. Hernández se tiró al suelo y simuló estar muerta. El sujeto pensó que la había matado, por lo que ingresó tranquilamente a la casa y subió las escaleras del segundo piso, en donde se encontraba Dayle Okasaki. Okasaki había escuchado el disparo y se escondió rápidamente, detrás del aparador de la cocina. Pero el intruso fue paciente y se quedó inmóvil entre las sombras. Posiblemente intuyó dónde estaba oculta la muchacha o escuchó su respiración, pues cuando esta asomó la cabeza para verificar si el extraño se había ido, el asesino la estaba apuntado con el revólver y le disparó justo en medio de la frente, matándola en el acto. Posteriormente, el maleante se dio a la fuga.

Los cartuchos de bala encontrados en la escena, pertenecían a un revólver calibre 22 y fueron recogidos para ser examinados. La policía no encontró ningún indicio que indicara que el móvil era el robo, por lo que descartó esta teoría de inmediato. Aquel ataque, había sido cometido de forma fría y sin un motivo aparente.

Cuarenta y cinco minutos después, a unos 16 kilómetros de distancia, otro hecho de sangre fue registrado por la Policía de Los Ángeles aquella noche. José Dueñas, un vecino de Monterey Park, escuchó dos disparos y los gritos desesperados de una mujer. Tsia-Lian Yu, una estudiante de leyes de 30 años, se encontraba tendida en el piso con dos heridas de bala en el pecho. Mientras era atendida por unos transeúntes y un policía que llegó al lugar, aseguró que un sujeto la venía siguiendo en un vehículo mientras ella manejaba. La muchacha cometió el grave error de detener su automóvil para encararlo. Ambos se pusieron a discutir, hasta que el hombre extrajo un revólver y le disparó dos veces a corta distancia. Tsia-Lian Yu, fallecería dos días después a causa de las heridas. Los dos cartuchos hallados en el lugar, pertenecían a un revólver de calibre 22.

Ambos ataques no parecían tener una conexión; sin embargo las evidencias señalaban otra cosa. Los especialistas se pusieron a trabajar y determinaron que los cartuchos encontrados en las dos escenas del crimen, habían sido disparados por la misma arma.

El 27 de marzo de ese mismo año, diez días después del ataque que se cobró dos víctimas fatales, la tranquila comunidad urbana de Whittier quedó aterrada ante el brutal asesinato de Vincent Zazzara, un contador jubilado de 64 años y dueño de dos locales de pizza, y su mujer, Maxine Zazzara, de 44 años. El hallazgo fue realizado por Peter, el hijo de la pareja, cuando los visitó al día siguiente. Notó que la puerta se encontraba entreabierta y sospechó que algo malo estaba ocurriendo. En una de las salas de la casa, se encontraba el cadáver de su padre, Vincent, el cual había sido ejecutado de un disparo en la parte posterior de la cabeza. Por lo visto, se había quedado dormido en su sillón mientras miraba televisión y nunca sospechó que un intruso había logrado ingresar a su domicilio. En la habitación del matrimonio, el cuerpo de Maxine se encontraba tendido en un reguero de sangre. Había sido asesinada de tres tiros en la cabeza, desfigurada a cuchilladas y mostraba otras heridas punzantes en la zona púbica, las manos, uno de los senos y el cuello. Cuando la policía llegó al lugar de los hechos, descubrió que Maxine había sido maniatada, seguramente después de despertar con el disparo que mató a su marido. El intruso ingresó a la habitación y la ató con una cuerda, para luego registrar la pieza en busca de algo de valor. Maxine logró liberarse de sus ataduras y consiguió alcanzar una escopeta que su marido guardaba celosamente bajo la cama; pero para su desgracia, esta se encontraba descargada. Cuando el asesino se giró, y la descubrió apuntándole e intentando accionar el gatillo en vano, no dudó en dispararle en la cabeza. Sin embargo, el criminal parecía haberse sentido furioso tras aquel descuido, y no encontró nada

mejor que dejar salir su ira contra el cadáver de la mujer. Fue hasta la cocina y cogió un cuchillo enorme para apuñalarla en repetidas ocasiones, hasta desfigurarla. No conforme con esto, le extrajo los ojos y los dejó dentro de uno de los joyeros de la víctima, antes de marcharse de la escena. La única pista que dejó el atacante, fue la huella de una de sus zapatillas, la que fue descubierta en la tierra, bajo una de las ventanas de la casa por donde el sujeto logró introducirse. Se le sacó un molde de yeso, con el fin de tenerla como evidencia forense; sin embargo, no era mucho lo que realmente aportaba a esas alturas.

Los agentes de policía, los investigadores y los especialistas, estaban sorprendidos por la extrema violencia y crueldad del doble crimen. Los resultados de los análisis de las balas y casquillos encontrados en la casa de los Zazzara, coincidían con los hallados en los asesinatos de Dayle Okasaki y Tsia-Lian Yu... pero algo andaba terriblemente mal. Todos, y cada uno de los expertos en perfiles criminales, estaban seguros de que no se podía tratar del mismo asesino. El *modus operandi*, era distinto en los tres casos y el perfil de las víctimas, demasiado variado. Tampoco los lugares de los ataques correspondían a un patrón determinado, algo que echaba por tierra cualquier teoría que apuntara al actuar de un asesino serial. A pesar de ello, las estrías de las balas indicaban que todos los disparos fueron realizados por una única arma, lo que terminó por consternar y poner nerviosos a todos los agentes que estaban a cargo del caso. No se podía crear el perfil de un asesino serial que no estaba categorizado... que, por manual, no existía.

La noche del 14 de abril, el asesino volvió a atacar. Esta vez, irrumpió en el hogar de William Doi, de 65 años, y su esposa Lillian, una mujer discapacitada de 64 años, quienes vivían en Monterey Park. El intruso se coló en la casa de la pareja y entró a la habitación. Le disparó a William

en el rostro y luego procedió a violar a la indefensa mujer. Es muy posible que Lillian haya evitado mostrar resistencia porque, en parte, su condición se lo impedía. Pero el hecho de que se mostrara tan dócil, pareció darle confianza al atacante, pues tras abusar sexualmente de ella, se marchó sin matarla. William, quien aún seguía con vida, logró marcar el número del 911; pero no pudo pronunciar palabra. La bala le había entrado por debajo del labio y le había destrozado la lengua y la garganta. Cuando las autoridades llegaron al lugar, William estaba agonizando. El hombre fallecería de camino al hospital.

En la habitación, se encontró un casquillo de bala del calibre 22 y no solo eso. Bajo una de las ventanas, marcada en la tierra, nuevamente una huella de zapatilla fue descubierta. Tras los análisis forenses, se confirmó que se trataba del mismo homicida que tenía de cabeza a la policía. Los investigadores volvieron a quedar sorprendidos. El asesino volvía a modificar su *modus operandi* de forma irracional. Incluso se había dado el lujo de dejar a una de sus víctimas con vida, lo que podía significar que se sentía con la confianza suficiente como para seguir matando de forma impune. Sin embargo, una pista les dio una luz de esperanza para atrapar al escurridizo criminal. Las huellas de calzado, encontradas en los dos últimos ataques, pertenecían a una marca de zapatillas muy poco común y que no había ingresado al país sino hasta febrero de ese mismo año. De hecho, las que correspondían a ese número, eran cinco o seis pares en todo Estados Unidos y solamente un par de ellos fueron vendidos en el área de Los Ángeles. El detective Frank Salerno, logró ubicar el establecimiento en donde fueron compradas las exclusivas zapatillas; pero el dependiente no consiguió recordar a quién se las vendió y el recibo no tenía ningún nombre. La investigación quedó en nada y la frustración de la policía fue evidente. Era una inmejorable oportunidad de identificar al asesino, una

pista que los podría haber ayudado a cerrar el cerco; pero resultó inservible (al menos hasta ese momento). Tuvieron que enfocarse, nuevamente, en las balas y los casquillos de calibre 22.

La noche del 29 de mayo, en la ciudad de Monrovia, Los Ángeles, el asesino se introdujo en el hogar donde vivían dos hermanas mayores de edad, Mabel Bell y Florence Lang, de 83 y 81 años respectivamente. Esta vez, cogió un martillo de la cocina y arremetió brutalmente contra Mabel, asesinándola a golpes. Luego, fue hasta la habitación de su hermana y tras maniatarla, la violó y mató a martillazos. Antes de marcharse, cogió un lápiz labial y dibujó un pentagrama satánico en una de las paredes del dormitorio. También fue encontrado un dibujo similar en el cuerpo de una de las víctimas.

Un mensaje tan desafiante, y de estas características, no fue pasado por alto por los investigadores. Aunque no tenían ninguna pista, en particular, que ligara este crimen con los anteriores, algo los hacía intuir que se trataba del mismo asesino. Las teorías de que el sospechoso estaba ligado a las ciencias ocultas o realizaba rituales satánicos, comenzaron a tomar fuerza. La policía comenzó a buscar agrupaciones relacionadas con el satanismo en la ciudad de Los Ángeles; pero el hermetismo de dichas cofradías, no ayudó a sacar muchas conclusiones. Por otro lado, se comenzó a sospechar que el criminal podía estar cometiendo asesinatos fuera de los límites estatales con total impunidad, sobre todo si se consideraba sus extraños patrones de ataque. Las policías de varios Estados comenzaron a colaborar entre sí; pero no consiguieron avanzar mucho en la investigación.

Aunque las autoridades aún no reconocían que la ciudad se encontraba a merced de un asesino serial de características aterradoras, varios

periódicos y noticiarios cubrieron las noticias de los crímenes, sin llegar a dar más detalles.

Mientras los investigadores se centraban en los casos de asesinato, otros hechos de violencia extrema fueron registrados por la policía en los días siguientes. Muchos de ellos, parecían corresponder al actuar de un impulsivo violador en serie. Otros, sin embargo, se asemejaban al patrón de un atracador de hogares violento, frío y calculador. Nadie llegó a sospechar que eran obra del mismo asesino que les estaba quitando el sueño.

El 2 de julio, Mary Louise Cannon, una viuda de 75 años, fue apuñalada hasta la muerte luego de recibir un golpe con una lámpara que le partió el cráneo, mientras se encontraba durmiendo en su habitación. Tanto los especialistas como la policía (al menos en primera instancia) no pudieron determinar si aquel crimen había sido cometido por el hombre que estaban buscando.

Tres días más tarde, el feroz ataque que recibió una menor de 16 años, al interior de su casa, también llamó la atención de la policía. La joven, fue sorprendida por un sujeto que ingresó a su domicilio cuando se encontraba sola. Recibió varios golpes en la cabeza con una plancha eléctrica, antes de que el sospechoso decidiera a estrangularla con el cable. Sin embargo, el artefacto comenzó a hacer cortocircuito, pues aún se encontraba enchufado a la corriente, y el atacante se detuvo. Huyó del lugar dejando a la chica viva; aunque tuvo que recibir 478 puntos de sutura para cerrar las laceraciones de su cuero cabelludo.

El 7 de julio, el asesino parecía estar más frenético que otras noches. Primero entró al hogar Joyce Nelson, una mujer de 61 años, a la cual asesinó con golpes de puño y patadas en la cabeza, en un crimen que se podría clasificar como bestial. Pocos minutos después, escogió otra casa al

azar, ubicada en el mismo sector, y se coló en ella. Sophie Dickman, de 63 años, fue encañonada con un revólver y violada por el atacante.

Posteriormente, el sujeto se marcharía dejándola con vida. Cuando la policía se presentó en ambas escenas, sospecharon inmediatamente que se trataba del hombre que estaban buscando. Dickman, aseguró que el violador la obligó a “jurar por Satanás” mientras abusaba de ella.

El 20 de julio, el asesino se dirigió a Glendale y entró al hogar de Maxon y Lela Kneiding, de 68 y 66 años respectivamente. Nuevamente, el psicópata actuó de forma brutal y los asesinó sin compasión. A la mañana siguiente, la hija de la pareja los fue a visitar y se encontró con una escena horrorosa. Lela, su madre, había recibido un disparo en pleno rostro y yacía sobre el piso, irreconocible. Maxon, por otro lado, se encontraba sobre la cama y había sido atacado con un machete. Prácticamente fue decapitado.

Pocas horas antes del terrible hallazgo en la casa de los Kneiding, se había reportado a la policía otro asesinato cometido esa misma madrugada, en Sun Valley. La pareja asiática Chainarong y Somkid Khovananth, fue sorprendida, mientras dormía, por un sujeto alto y delgado que había entrado por una de las ventanas de la casa. Chainarong murió en el acto tras recibir un disparo en la cabeza, mientras la mujer fue violada y sodomizada en repetidas ocasiones. El hijo de la pareja, un niño de 8 años, escuchó los ruidos y se acercó a la habitación de sus padres. El asesino lo amordazó y se llevó a la mujer para que le indicara en dónde escondían el dinero y los objetos de valor. Cuando la policía se presentó en la casa de los Khovananth, se enteró que el atacante obligó a Somkid a “jurar por Satanás” que no había nada más valioso en casa, antes de escapar. Esto, sumado a una nueva huella de zapatilla deportiva bajo la ventana (exactamente la misma encontrada en las otras escenas del crimen) generó gran agitación en los investigadores. Parecía que el asesino estaba jugando

con ellos, dejando pistas a propósito. Sin embargo, esta vez las balas halladas en el lugar de los hechos, pertenecían a un revólver del calibre 25. La policía, los investigadores y las autoridades, se encontraban en estado de *shock*. Completamente desesperados, frustrados y bajo mucha presión, decidieron acudir a la ciudadanía para conseguir alguna pista que los llevara a detener al asesino. La radio, la prensa y la televisión, comenzaron a difundir la noticia de que un asesino en serie estaba rondando la ciudad de Los Ángeles, y que ya llevaba varias víctimas. Macabros rituales satánicos, un comportamiento sádico y el impredecible *modus operandi* del psicópata, causaron pánico en la población. Parecía que nadie podía estar seguro, ni siquiera en su propia casa, pues el asesino atacaba al azar, de forma indistinta, frenética y se esfumaba como un fantasma. Los conductores de los noticieros, comenzaron a pedirle a la audiencia que mantuvieran sus puertas y ventanas cerradas con seguro, las luces encendidas y estuvieran atentos a cualquier sujeto que observaran recorriendo los vecindarios a altas horas de la madrugada. La prensa, por su parte, lo inmortalizó con el apodo de the Night Stalker o el Merodeador Nocturno, debido a que atacaba principalmente de noche. Se difundieron impresos con un retrato hablado del homicida, el cual fue realizado gracias a los testimonios de las mujeres que lograron sobrevivir a sus ataques. Según las descripciones, el asesino era un sujeto muy alto, delgado, de ojos negros y penetrantes, con rasgos latinos y con un muy mal aliento. De hecho, uno de los detalles destacados en los afiches, era que tenía los dientes podridos. Se abrieron líneas telefónicas exclusivas para dar datos sobre posibles sospechosos, las cuales pronto colapsaron. Para agosto de ese año, se tuvieron que traer perros guardianes desde otros Estados, pues la demanda de canes aumentó de manera inusitada. Del mismo modo, en

agosto de 1985, se vendió la mayor cantidad de armas en la historia de la ciudad. Atrapar al Night Stalker, se transformó en prioridad nacional. El experimentado investigador Frank Salerno, uno de los encargados del caso, se encontraba consternado no solo porque la búsqueda del asesino no avanzaba; sino porque (como reconocería más tarde) se estaba contagiando del ambiente de pánico que azotaba a Los Ángeles: “Nunca tuve un caso que me afectara personalmente, hasta que surgió este. Esa fue la única vez que me preocupé no solo de mi propia seguridad; sino que, principalmente, de la seguridad de mi familia”.

El 8 de agosto, Elyas Abowath, de 31 años, y su esposa Sakina, de 24, fueron sorprendidos mientras dormían plácidamente, cerca de las 2:30 de la madrugada. Elyas murió de un certero disparo en la cabeza y Sakina fue violada reiteradas veces por el intruso, antes de huir. Los medios de comunicación, no tardaron en informar que el Night Stalker había vuelto a atacar.

Mientras tanto, el asesino seguía la cobertura de sus delitos periódicamente y disfrutaba del anonimato porque sabía, perfectamente, que la policía no tenía ninguna pista que lo señalara como sospechoso. Aun así, decidió cometer su próximo golpe en San Francisco, a unos 500 kms. al norte de Los Ángeles. Tras robar un vehículo (algo que siempre hacía antes de salir de “cacería”) se detuvo en un vecindario cerca de la Bahía de San Francisco, a eso de las 2:00 de la madrugada. Entró al hogar de una pareja taiwanesa mientras estos dormían y ejecutó de un tiro en la cabeza a Peter Pan, un jubilado de 66 años, que falleció en el acto. Su esposa, Barbara, fue brutalmente violada y recibió un disparo en la cabeza. Si bien no murió, quedó inválida.

Cuando la policía descubrió la escena, se comunicó inmediatamente con las autoridades de Los Ángeles. Había algo que debían ver con sus propios

ojos. Cuando el detective Frank Salerno y el agente Gill Carrillo ingresaron a la habitación de la familia Pan, confirmaron lo peor. En una de las murallas, dibujado con lápiz labial, se encontraba un pentagrama satánico, además de las palabras “Jack the Knife”. Los casquillos de bala correspondían al calibre 22 y, como guinda de la torta, las huellas de las famosas zapatillas del asesino, fueron descubiertas impresas en la tierra húmeda, bajo la ventana por la cual se introdujo al inmueble. No había dudas de que el Night Stalker había vuelto a atacar. ¿Pero por qué firmaba como “Jack The Knife”? Las autoridades de San Francisco, decidieron hacer un comunicado de prensa que resultó bastante poco afortunado y que citó a todos los reporteros gráficos y canales de televisión del país. La alcaldesa de la ciudad, Dianne Feinstein, dijo ante las cámaras: “Él, es una persona que entra a las casas en la noche para matar, y mata a cualquiera. La recompensa es de 10.000 dólares por alguna información que sirva para atraparlo y condenarlo”. Mientras pronunciaba estas palabras, sostenía el retrato robot del asesino entre sus manos, en donde se vislumbraba un rostro delgado, de grandes ojos negros y apariencia latina. Más allá del pánico que despertó en la población dicha conferencia, el peor error que cometió Feinstein, fue revelar públicamente información confidencial acerca de la investigación, específicamente el hallazgo de las huellas y el tipo de calzado que utilizaba el asesino, además del calibre del arma con la que cometió la mayoría de los asesinatos. La policía y los investigadores a cargo del caso, quedaron indignados ante aquella imprudencia, la cual podía terminar desbaratando todos sus esfuerzos por atrapar al multihomicida. De hecho, cuando el asesino vio por televisión la conferencia, tomó sus zapatillas y las lanzó, junto con su revólver, desde el puente Golden Gate esa misma noche, para luego regresar a Los Ángeles.

Mientras algunos residentes montaban guardia en sus vecindarios para defender a sus familias, ciertas personas optaron por mudarse de Los Ángeles, a causa del terror que sentían todas las noches. Ahora que el asesino había atacado en otra ciudad, ningún lugar parecía seguro.

Salerno y Carrillo, comprendieron que el amplio operativo policial no iba a amedrentar al asesino así de fácil. Si todo el mundo lo estaba buscando en Los Ángeles o San Francisco, no tendría reparos en mudarse a otro lado para continuar con su orgía de sangre. Para demostrarlo, les había dejado un gran pentagrama dibujado en la pared del último hogar que atacó. Pero siempre existía la posibilidad de que cometiera algún error o surgiera alguna inesperada pista. Solo tenían que estar atentos cuando aquello ocurriese.

A pesar de que toda la comunidad estaba alerta tras el ataque cometido por el asesino en San Francisco, el Night Stalker volvió a las andadas una semana después. El 24 de agosto, robó un vehículo y se dirigió al sur, a Mission Viejo. Escogió una casa al azar y se introdujo por una de las ventanas. Una vez dentro, se encontró con Bill Carns, de 29 años, y su pareja Inez Erickson. Bill recibió tres disparos en la cabeza y quedó agonizante. Inez fue violada y golpeada en reiteradas ocasiones, mientras el asesino le advertía: “Soy el Merodeador Nocturno”. Tras robar varios objetos de valor y obligar a la mujer a decir que amaba a Satán, le dijo que le contara a la policía que había sido atacada por el Night Stalker. Minutos después, se marchó del lugar.

Cuando llegó la policía, Bill continuaba con pulso y fue trasladado al hospital, en donde lograron salvarle la vida. La mujer, les dio a los oficiales una descripción completa del individuo que la había agredido, además del mensaje que les había dejado. No había dudas de que se trataba del mismo sujeto. Pero esa misma noche, un suspicaz muchacho de 13

años, había visto desde el jardín de su casa a un extraño sujeto vestido de negro, rondando por el sector. Poco después, lo volvió a divisar; aunque en esta ocasión el hombre se encontraba conduciendo un Toyota de color naranja. El chico decidió anotar el número de la matrícula, quizás por mera intuición. Tras hacerse público el sangriento ataque, no dudó en entregar estos datos a sus padres y estos llamaron inmediatamente a la policía. La inesperada pista, sería fundamental para la captura del asesino. Se descubrió que aquel Toyota, había sido robado esa misma noche. Este, aparecería dos días después, abandonado en Wilshire, a las afueras de un McDonald's. Tras un profundo análisis, resultaba evidente que el ladrón había hecho lo imposible por no dejar ninguna pista dentro del vehículo. Los investigadores estaban a punto de darse por vencidos hasta que, en uno de los espejos retrovisores, pudieron encontrar la huella digital de un dedo índice. Si bien esto podía parecer un gran logro, nadie aseguraba que el ladrón de autos fuese el asesino. Además, en aquellos años, buscar y comparar una huella digital, era un proceso sumamente lento, casi tanto como buscar una aguja en un pajar. La muestra fue enviada a California en donde, por medio de un método experimental, tratarían de identificar la huella hallada en el espejo del Toyota robado.

Pocos días más tarde, una mujer se acercó hasta la Estación de Policía narrando una extraña historia. Según su declaración, su padre le contó que mientras estaba en un bar, comenzó a conversar con un sujeto llamado Richard. En cierto momento, el joven comenzó a jactarse de que había cometido un asesinato. La descripción fue tan detallada, que los agentes envueltos en el caso no lo dudaron un segundo: Tenía que ser el Night Stalker. Lamentablemente, no tenían más información.

El hallazgo de una de las joyas robadas en el ataque a la familia Pan, la cual había sido empeñada y de la cual se guardaba un recibo, dio el

nombre completo de un sospechoso: Richard Ramírez. Cuando los agentes buscaron su nombre en los registros de la policía, encontraron la ficha de un tal Richard Leyva Muñoz Ramírez, un joven de 25 años, nacido en Texas, drogadicto y con varios antecedentes por posesión, tráfico y consumo de estupefacientes, además de un largo historial por robo de autos. Los investigadores se encontraban frenéticos y decidieron comparar el registro dactilar de Ramírez, con la huella encontrada en el Toyota robado. El resultado fue positivo. Por fin conocían la identidad del asesino y decidieron difundir su fotografía de registro, de forma inmediata. La captura de Ramírez era inminente.

Las autoridades convocaron a una conferencia de prensa a todos los medios de comunicación, para enseñar la foto del sospechoso de 14 asesinatos, además de describirlo como un joven latino de 1,85 de estatura, 70 kilos de peso, cabello negro y ojos marrones. Al día siguiente, todos los periódicos del país publicaron la fotografía de Richard Ramírez, acusándolo de ser el autor de los crímenes que horrorizaron a la nación. El Night Stalker ya tenía un rostro. Horas más tarde, y a raíz de toda la publicidad que generó el caso, un sujeto le informó a la policía que Ramírez se encontraba de viaje en un lugar rural de Arizona, visitando a unos familiares y que volvería pronto. Si esta información era cierta, se trataba de la oportunidad perfecta para tenderle una trampa, por lo que pusieron bajo vigilancia la estación de buses.

A la mañana siguiente, el 31 de octubre de 1985, Ramírez venía de vuelta a Los Ángeles en un autobús. Ignoraba, por completo, que estaba siendo buscado por la policía y que su fotografía se encontraba en todas las portadas de los diarios. Sin embargo, era un tipo astuto. Cuando el bus que abordaba llegó hasta el terminal, notó más movimiento policiaco de lo normal y decidió abandonar la estación por la salida de los buses evitando,

de esta forma, encontrarse de frente con la policía. Ramírez continuó su camino tranquilamente, hasta entrar a un local de licores, para comprar un refresco. Al pararse frente al mostrador de la tienda, miró hacia abajo y vio su fotografía en los periódicos. Al mismo tiempo, una mujer latina que estaba a su lado, lo reconoció y comenzó a gritar: “¡El matador, el matador!”. Ramírez entró en pánico y salió corriendo del lugar. Se subió rápidamente a un autobús; pero varios de los pasajeros iban leyendo los periódicos en donde su rostro aparecía en primera plana. No tardaron en comenzar a apuntarlo con el dedo. Completamente desesperado, Richard descendió del bus y corrió casi tres kilómetros, mientras un grupo de personas lo perseguían y gritaban para alertar a los vecinos del lugar. Había intentado entrar a un domicilio y robar un automóvil; pero no lo consiguió pues había demasiada gente por las calles y absolutamente todos lo reconocieron. Todos los teléfonos de la Estación de Policía, comenzaron a sonar al mismo tiempo. Cientos de testigos aseguraban haber visto al Merodeador Nocturno. Más de 40 patrullas y 7 helicópteros, rodearon las calles del este de Los Ángeles para detener al asesino.

Ramírez se encontraba exhausto. Había corrido durante varios minutos e incluso atravesó velozmente una autopista, evitando ser atropellado cuando cientos de automóviles la cruzaban a alta velocidad. Durante la huida, Ramírez se metió en un concurrido barrio. Vio a una mujer que estaba saliendo de su casa e intentó robar su vehículo. Sin embargo, los gritos alertaron a unos vecinos y comenzaron a perseguirlo, hasta que lo redujeron. Ramírez intentó resistirse; pero ya era demasiado tarde. Un fuerte golpe en la cabeza con un tubo de metal y varios puñetazos, terminaron con la persecución. El temido asesino serial, había sido atrapado.

Cuando los agentes de policía llegaron al lugar, tuvieron que intervenir para que sus captores no lo lincharan. Ramírez, quien aun en su condición se mostraba desafiante, fue entregado a las autoridades y llevado a la Estación de Policía. Las primeras imágenes del Night Stalker, esposado dentro del coche policial, causaron mucha expectación. El sujeto iba con una venda en la cabeza, producto de las heridas que había recibido tras la detención de los vecinos. Pero lo que más llamó la atención de quienes lo vieron por televisión, fue su mirada. Eran unos ojos vivaces y alertas, como los de un animal acorralado. Más que intimidado por los policías, las cámaras que lo apuntaban y la muchedumbre que pedía su cabeza, parecía furioso.

Frank Salerno, quien años antes había participado en el caso de los Estranguladores de Hillside, comenzó a interrogar a Ramírez. El asesino, quien en un principio se había negado a hablar, pareció sentirse halagado de que un agente tan experimentado lo estuviera entrevistando, y decidió colaborar contando muchos aspectos de su infancia y juventud.

Richard Ramírez había nacido en El Paso, Texas, el 29 de febrero de 1960. Su padre era un ex policía de la Ciudad de Juárez, que luego se dedicó a trabajar en la línea de Ferrocarriles de Santa Fe. Con un carácter sumamente violento y padeciendo graves problemas emocionales, Julián Ramírez golpeaba a sus cinco hijos hasta hacerlos sangrar. El menor de ellos, Richard, había sufrido un grave accidente a la edad de 2 años, cuando un tocador cayó sobre su cabeza y le produjo una herida que requirió 30 puntos de sutura. A los 5 años, un nuevo golpe en la cabeza, mientras jugaba en un columpio, lo dejó inconsciente y le produjo un cuadro epiléptico que duraría hasta la adolescencia.

Pero quizás la influencia nociva de su primo mayor, Miguel “*Mike*” Ramírez, fue la más decisiva en su posterior carrera como delincuente y

asesino. Mike, un Boina Verde del Ejército de los Estados Unidos, había prestado servicio en Vietnam. Cada vez que conversaban, este le contaba todas las atrocidades que había cometido en la guerra. Incluso llegó a mostrarle fotografías que había tomado de las mujeres que violó, mutiló y asesinó en Vietnam, como si se tratara de una hazaña. Richard lo admiraba porque, además de narrarle aquellas horribles historias de crímenes y enseñarle a fumar marihuana, lo instruía en técnicas de sigilo y asesinato, basadas en su avanzado entrenamiento militar.

El 4 de mayo de 1973, cuando Richard se encontraba en casa de su primo, este comenzó a discutir fuertemente con su esposa. De pronto, Mike cogió su revólver calibre 38 y le disparó en el rostro a su mujer, asesinándola en el acto. Es muy difícil discernir si este acto traumatizó o estimuló al pequeño Richard, el cual presencié la frialdad de un asesino en todo su esplendor. Lo que sí es seguro es que vio, con sus propios ojos, cómo un hombre podía dominar a una mujer sin ningún tipo de resistencia. La violencia y la frialdad, eran la clave.

Mike fue enviado a juicio y recluido en un hospital psiquiátrico, además de ser considerado “no culpable” por razones de enajenación mental. Tras cuatro años en el sanatorio, volvió a casa y continuó lavando el cerebro de su primo menor.

De adolescente, Richard Ramírez comenzó a consumir mucha marihuana y LSD, convirtiéndose en un drogadicto irrecuperable. Al mismo tiempo, sus florecientes fantasías sexuales comenzaron a fusionarse con degradantes escenas de violación, que era lo que más le excitaba. Cuando aún asistía al colegio, intentó violar a una muchacha en un lugar de hospedaje en donde trabajaba. Por fortuna, fue descubierto por la pareja de la mujer, quien logró dejarlo inconsciente de un golpe. Los jóvenes decidieron dejar el lugar y Ramírez tuvo suerte de no terminar tras las rejas en esa ocasión.

Cuando finalmente se mudó a Los Ángeles, California, trató de sobrevivir robando automóviles con el único fin de costear sus vicios y conseguir un alojamiento. De hecho, cuando comenzó a matar de forma indiscriminada, se hospedaba en un hotel que se encontraba a escasos metros de la Estación de Policía.

Ramírez, vivía como un vagabundo. Desaseado, con los dientes completamente podridos y alimentándose solo de dulces y comida rápida, no parecía tener ningún otro propósito en la vida más que drogarse y delinquir. Como todo joven de la época, Ramírez escuchaba diversas bandas de rock. AC/DC o Judas Priest, eran algunas de sus favoritas. Es, entonces, cuando comienza a interesarse por el satanismo. Obsesionado por su nueva afición, empieza a leer libros sobre el tema y se siente profundamente identificado. La convicción de que podía hacer lo que se le ocurriera, aun a costa del sufrimiento y dolor de los demás, se marcó a fuego en su mente. Fue, entonces, cuando comenzaron los asesinatos. Millones de estadounidenses, quedaron impresionados al ver a Ramírez por primera vez después de su detención. Era un sujeto de apariencia ciertamente intimidante. Durante la primera audiencia ante los tribunales, la cual fue retransmitida por televisión, el Merodeador Nocturno eligió a dos abogados que no tenían experiencia en casos de pena de muerte, únicamente porque eran latinos. Tras oír las acusaciones, exclamó: “*Hail Satan*”, para luego mirar hacia las cámaras, levantar su mano izquierda y mostrar un pentagrama satánico que se había dibujado en ella, junto al número de la Bestia “666”, algo que tomó por sorpresa a todos los espectadores. Resultaba evidente que Ramírez no se mostraba arrepentido de sus monstruosos actos y que, de hecho, se sentía orgulloso.

Philip Carlo, autor del libro *The Night Stalker*, comentó en un documental sobre el asesino: “Richard era bastante maleducado y agresivo. Insultó a

todos los que estaban ahí y cuando la gente vio cómo era él realmente, se asustaban aún más”.

Los especialistas que entrevistaron a Ramírez, dijeron que se trataba de un psicópata sádico, cruel, egocéntrico y jactancioso, completamente obnubilado por sus creencias satánicas. Los criminólogos de todo el mundo, seguían sorprendidos ante el perfil del asesino, pues no podía ser clasificado. En algunos crímenes, actuó de forma organizada y sigilosa; mientras que en otros, improvisaba y cometía toda clase de errores, mucho más frecuentes en escenas de asesinato desorganizado. Las víctimas seleccionadas, parecían ser escogidas al azar y algunas veces, las dejaba con vida sin una razón aparente. Podía llevar a cabo un asesinato con un arma de fuego o también improvisar con un cuchillo, un martillo e incluso sus propias manos.

El 22 de julio de 1988, se realizó la selección del jurado que se encargaría de enfrentar el juicio contra Richard Ramírez. Al mismo tiempo, su desquiciado comportamiento tras las rejas, iba en aumento. En una ocasión, se realizó un corte y con su sangre dibujó un gran pentagrama en la pared de su celda. Pero el 3 de agosto de 1988, el asesino realmente consiguió llamar la atención cuando aseguró que conseguiría un revólver de contrabando en la sala del juicio, para disparar sobre el fiscal. Quizás fue una simple fanfarronería de Ramírez; pero la noticia llegó a la prensa causando, principalmente, incredulidad. Aun así, las autoridades decidieron instalar, en plena sala de tribunales, un detector de metales. Todo cambiaría cuando el 14 de agosto, el juicio debió suspenderse porque una de los miembros del jurado, Phillys Singletary, no llegó a la sala de audiencias. Pocas horas después, se filtró la noticia de que Singletary había sido asesinada a tiros en su departamento, lo que causó pánico y despertó una serie de teorías que involucraban a supuestos grupos

satanistas que podrían estar ayudando a Ramírez, desde el exterior, para intimidar al jurado. Pero pronto se supo que el novio de la mujer asesinada, había sido el culpable y que se había suicidado después de matarla. Aun así, el jurado estaba aterrado. El golpe psicológico fue potente y Ramírez, como buen psicópata, supo jugar con ello.

De un momento a otro, el asesino comenzó a notar que no solo psicólogos, psiquiatras y criminólogos lo miraban con atención durante el juicio.

Mujeres de todas las edades y clases sociales, comenzaron a visitar la corte, completamente vestidas de negro. Ramírez era un psicópata muy intuitivo y pronto se dio cuenta que, aquellas mujeres, solo buscaban cruzar sus miradas con él.

Uno de los beneficios que obtuvo por estar encarcelado, fue el de conseguir que le arreglaran la dentadura. Como comprendió que se estaba transformando en un criminal tan célebre y famoso como Ted Bundy o Charles Manson, no dudó en cambiar su apariencia. Al cabo de unas semanas, el sujeto que aparecía frente a las cámaras parecía más una pretenciosa estrella de rock, que un verdadero asesino serial. Empezó a vestirse de etiqueta o con chaquetas de cuero, llevaba el cabello largo, lucía unos lentes oscuros y esbozaba una mueca irónica en todo momento. Con el pasar de los días, empezó a recibir cientos de cartas de mujeres que le declaraban su amor y que le enviaban fotos provocativas, lo que terminó por inflar, aun más, el ego de Ramírez.

En sus siguientes apariciones, sentado en el banquillo de los acusados, Richard Ramírez se dedicó a balancearse de forma frenética, insultar al juez, amenazar al jurado, burlarse de las familias de las víctimas y dedicarles sonrisas a sus admiradoras, además de saludarlas con la mano. Las veces que intervino, fue para hacer referencia a sus creencias satánicas y, en un momento, llegó a decir que había cometido los crímenes inspirado

en la música *heavy metal* que escuchaba, principalmente AC/DC y Judas Priest (de donde sacó la idea de firmar uno de sus asesinatos con el nombre de *Jack The Knife*, el título de una de las canciones de esta banda). Su actitud era cada vez más desafiante y parecía no prestar atención a un juicio que podía costarle la vida, pues era muy probable que lo condenaran a muerte. De hecho, la inexperiencia de sus abogados quedó en evidencia en más de una ocasión, presentando una defensa bochornosa desde todo punto de vista.

Tras 22 días de deliberación, Richard Ramírez fue encontrado culpable de 13 cargos de asesinato, 5 intentos de asesinato, 11 agresiones sexuales y 14 allanamientos de morada con robo. También se le atribuyeron 3 secuestros de menores, los cuales Ramírez efectuaba con el único fin de asustarlos y verlos sufrir, para luego abandonarlos a unos cuantos kilómetros de sus hogares.

Richard Ramírez enfrentaba dos posibles sentencias. La pena de muerte o cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. El 7 de noviembre de ese mismo año, fue condenado a morir en la cámara de gas en la Cárcel de San Quentin, California. Tras conocer el fallo, Ramírez se dirigió a la corte: “No me entienden; pero me lo esperaba porque no son capaces de hacer- lo. Estoy más allá de su experiencia, más allá del bien y el mal.

Legiones de la noche, hijos de la noche, no repitan los errores del padre y no muestren compasión. Seré vengado. Lucifer vive dentro de nosotros”.

Aun tras ser condenado a muerte, el asesino se mostraba desafiante. Luego de recibir su sentencia, se dirigió a las cámaras de televisión mientras era trasladado a su celda: “Gran cosa. La muerte siempre estuvo en el territorio. ¡Nos vemos en Disneylandia!”.

La habilidad de Ramírez para provocar conmoción, continuó intacta una vez tras las rejas. Recibió cientos de cartas de chicas que aseguraban estar

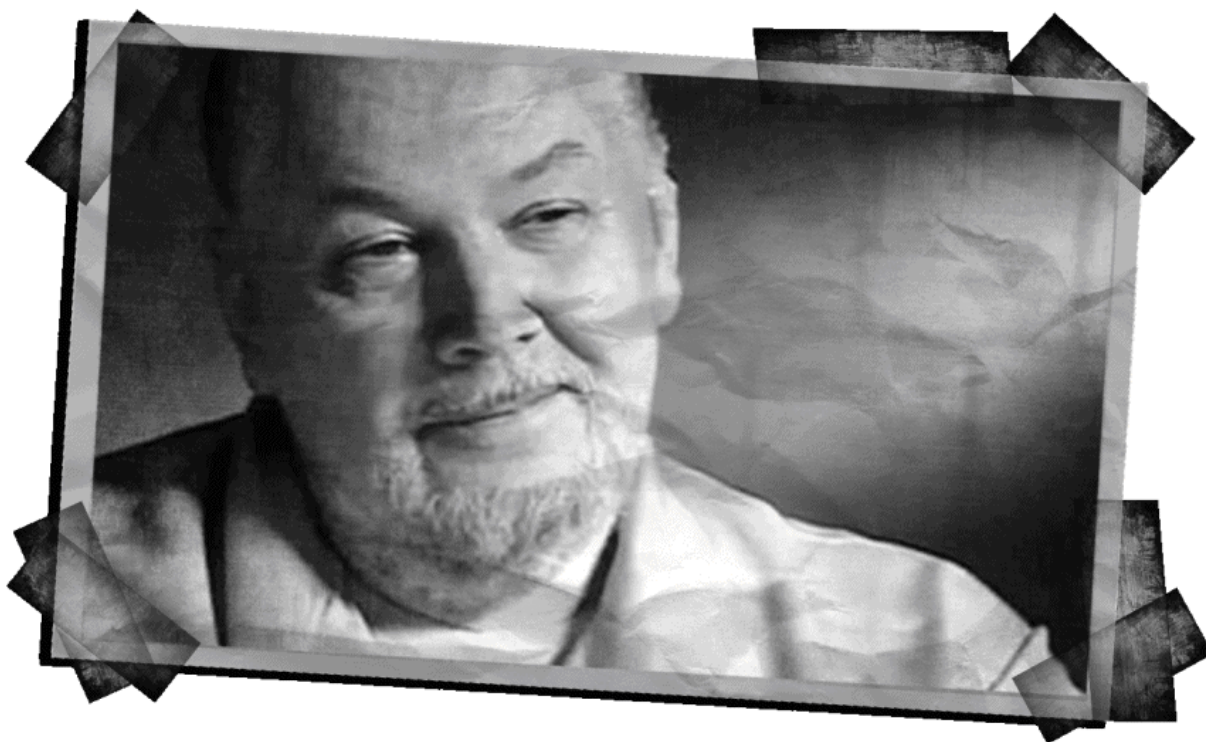
enamoradas de él. Incluso mantuvo relaciones con varias de ellas, cuando lo iban a visitar a la cárcel. Finalmente, el 3 de octubre de 1996, Richard Ramírez contrajo matrimonio con una escritora independiente, llamada Doreen Lioy.

Años más tarde, Ramírez apeló varias veces, alegando que los dos abogados que lo defendieron en 1988, eran inexpertos, incompetentes e ignorantes (cosa que era cierta) y que merecía un juicio justo. Poco a poco, el asesino comenzó a sentirse más angustiado y nervioso ante la posibilidad de ser ejecutado. Sin embargo, falleció el 7 de junio del 2013, a los 53 años, afectado por complicaciones secundarias en el sistema linfático, supuestamente producidas por años de abuso de drogas y una infección crónica ligada a la hepatitis C. Tras 23 años encerrado en el corredor de la muerte, la historia de uno de los peores asesinos seriales modernos, había acabado.

Después de su muerte, el cuerpo de Ramírez permaneció durante varias semanas sin ser reclamado. Su esposa, Doreen, no dio señales de vida hasta la fecha y se le declaró como desaparecida. Se asegura que la relación había terminado varios meses antes, pero en los documentos oficiales aún figuraban como casados. Según algunas fuentes, Doreen había dicho que si Richard era ejecutado, se quitaría la vida. Tal vez, al enterarse de la muerte de su marido, decidió cumplir su promesa en un lugar alejado, en donde su cuerpo aún no ha sido encontrado.

Si bien Richard Ramírez fue encontrado culpable de 13 asesinatos, los agentes involucrados en el caso aseguraban que podría haber cometido unos 20 en total. Sin embargo, el alto costo del juicio, impidió que se siguiera investigando al respecto y la verdadera cifra mortal del Merodeador Nocturno, se fue con él a la tumba.

RICHARD KUKLINSKI El Hombre de Hielo, El Polaco



Fuente: MX

Richard Kuklinski era un psicópata/paranoide jactancioso, cruel, despiadado, frío... y enorme. Medía 1,96 mts. y pesaba 140 kg. Pero más allá de su imponente apariencia, había algo que lo diferenciaba de todos los reclusos que compartían el espacio con él tras las rejas de la cárcel de Trenton, en Nueva Jersey. Kuklinski no era un reo ordinario. Nadie se atrevía a meterse con él... ni siquiera los guardias. Incluso con sus 81 años, la mayoría prefería mantenerse lo suficientemente lejos, porque sabían que era un asesino experimentado, brutal e impredecible. Ante la menor provocación, Kuklinski podría matar a cualquiera con sus propias manos. Con más de 200 asesinatos encima, el apodado Hombre de Hielo sencillamente no necesitaba presentación.

Durante más de 20 años, Richard se había hecho un nombre como el más temible sicario de la historia de la Mafia de Nueva York. Capaz de asesinar a un hombre incluso por mirarle de mala forma, Kuklinski resultaba tan intimidante, que sus propios compañeros de correrías le temían. Después de todo, había matado a varios por considerarlos un estorbo o porque, simplemente, se había aburrido de ellos. Ni siquiera los mafiosos que contrataban sus servicios, se sentían a salvo ante su presencia.

Nacido el 11 de abril de 1935, Richard Leonard Kuklinski tuvo una infancia terrible. Hijo de Stanley y Annah Kuklinski, era el menor de tres hermanos varones. La vida de los Kuklinski, se veía regida por los excesos fanático/religiosos de su madre, y el alcoholismo y violencia extrema de su padre. Las peleas entre Stanley y Annah, eran sumamente violentas. Stanley llegó, incluso, a apuñalar a su propia mujer en la espalda, aunque no la mató. Menor suerte tuvo uno de los hermanos de Richard, Florian, quien, de un puñetazo, fue desnucado por su propio padre en 1940. La Familia hizo pasar este crimen como un accidente. Declararon que el chico había muerto tras caer por las escaleras. Nadie sospechó nada.

Las golpizas eran pan de cada día en casa de los Kuklinski. Stanley tenía mano dura con sus hijos, estando borracho o sobrio. Annah no paraba de gritar y rezar, algo que enfurecía a su esposo; pero tampoco tenía reparos en golpear a sus hijos con el palo de la escoba, cuando la sacaban de quicio. Para aquel entonces, cuando Richard tenía 10 años, los primeros rasgos de su psicopatía se hacían evidentes. Torturaba y asesinaba gatos y perros sin mostrar emociones. En el colegio, era un muchacho antisocial y frío, completamente indiferente. Debido a su personalidad solitaria, comenzó a ser molestado por algunos chicos del barrio, hasta que a la edad de 13 años (en 1948), comete su primer asesinato. Siguió a uno de sus

agresores (un chico llamado Charley Lane, de 16 años) hasta que lo encontró solo. Lo mató a golpes con una pala de madera, le sacó los dientes con un martillo y le cortó las puntas de los dedos con un hacha, para que su cuerpo no fuese identificado. Finalmente, lanzó el cadáver por un puente al sur de la ciudad y se fue tirando los dedos y los dientes por la vereda. Un crimen brutal y demasiado bien planeado para un chico de solo 13 años de edad. No dejó ninguna pista.

Durante mucho tiempo, Richard había fantaseado con matar a Charley. Cada vez que sus caminos se cruzaban, el chico lo molestaba y humillaba. *The Project Boys* era el nombre de la pandilla de estos pequeños matones que, constantemente, robaban o golpeaban a otros chicos más débiles. Pero cuando Kuklinski se hartó de huir, las cosas cambiaron. Acechó a Charley, su líder, durante días antes de matarlo.

Si bien declaró no sentirse muy cómodo en un principio, este crimen le dio gran confianza en sus habilidades como matón y asesino. No tardó en emboscar a los otros muchachos de la pandilla y dejarlos moribundos después de sendas golpizas. Nadie más se metería con él. “Es mejor dar que recibir” declararía, con ironía, años más tarde.

En la adolescencia, Richard tuvo fama de ser un sujeto violento e impulsivo, que todo lo solucionaba golpeando o intimidando. Solía jugar billar y era bastante bueno. Si ganaba, se jactaba de su triunfo; si perdía... dependía de cómo estuviera de ánimo. Podía ponerse agresivo y trenzarse a golpes con el vencedor, o sentarse a beber un par de tragos más, olvidando su derrota.

En una ocasión, fue echado de un bar por armar una pelea. Tres sujetos lo arrastraron hasta la puerta y Kuklinski los siguió esa misma noche. Apuñaló a dos por la espalda, aunque sobrevivieron. El tercero, se largó de la ciudad y nunca más volvió.

Cuando Kuklinski tenía 16 años, cometió su segundo asesinato. Mientras jugaba al billar, un sujeto identificado como Doyle tuvo la mala idea de burlarse de Richard delante de todo el mundo. Pocas horas después, Doyle se dormía en su automóvil, cerca del lugar, ignorando que alguien lo había seguido. Kuklinski había comprado gasolina en una estación cercana y la desparramó al interior del vehículo, para luego lanzar un fósforo y quedarse viendo cómo su víctima ardía en llamas.

Los niveles de violencia de Kuklinski eran inauditos. Solía pelear en casi todos los bares y tugurios que visitaba. Según algunos, nunca perdió una pelea. Su estampa de “chico duro” no dejaba indiferente a nadie... ni siquiera a las Familias de la Mafia, quienes le habían echado el ojo hacía tiempo y creían que contaba con bastante potencial. Kuklinski podía ser el hombre preciso para ajustar algunas cuentas pendientes con bandas rivales o clientes morosos. A principios de los años cincuenta, Richard lideraría una banda de jóvenes rufianes, autodenominada “Las Rosas Nacientes”. Junto a ellos, realizaba todo tipo de atracos y robos a almacenes.

Pero Richard continuaba teniendo problemas con su familia. Stanley era un pendenciero (al igual que él) y alcohólico, que solo llegaba a casa para golpear y maltratar a su mujer. Cuando Richard, harto de su presencia, le puso un revólver en la cabeza y le dijo que si volvía a verlo por allí, lo mataría y lanzaría al río, Stanley no volvió a aparecer. Richard no lo había amedrentado por su madre, a quien despreciaba; sino por él mismo.

“Las Rosas Nacientes” estaban siendo contactadas por la Mafia para encargarse de un asesinato. Aquello significaba un halago y una buena oportunidad para hacer negocios rentables. Kuklinski cumplió las órdenes sin problema alguno, disparándole a un sujeto en la cabeza, como se le había indicado. Sus secuaces estaban impresionados por la sangre fría de su líder; pero la banda no duraría mucho unida. Tras un asalto chapucero

de dos de los miembros de la pandilla, la Mafia ordenó a Kuklinski que los eliminara o los matarían a todos. Richard no tuvo más remedio que cumplir con el encargo. Visitó a sus dos compañeros y les voló los sesos, sin mediar palabras. La banda se disolvió; pero Kuklinski siguió manteniendo un estrecho contacto con la Mafia.

Con dinero en el bolsillo, Kuklinski comenzó a apostar grandes cantidades en los casinos. Ganaba y perdía miles de dólares cada semana... y se trezaba a golpes cada vez que podía, saliendo siempre victorioso. En su tiempo libre, comenzó una carrera paralela de asesino en serie. Mataba por dinero; pero también por placer y lejos de cualquier mandato de la Mafia. Paseaba por Manhattan asesinando mendigos, probablemente para perfeccionar sus técnicas homicidas. Les disparaba con pistolas de bajo calibre, para evitar tanta sangre. Apuñalaba en lugares específicos para dar muerte de forma inmediata, como la nuca, el corazón, los oídos o los ojos, siempre en dirección al cerebro. También estrangulaba con ayuda de cuerdas, o con sus propias manos, a víctimas anónimas. En una ocasión, ahorcó a un sujeto que dijo algo que lo había hecho enojar. Lo siguió con una soga, lo agarró por el cuello y se lo colgó al hombro, hasta que dejó de respirar. El hombre murió colgado en las espaldas de su asesino.

La ola de asesinatos en Manhattan jamás fue resuelta por la policía, quienes creían que se debían a simples peleas entre indigentes. Algunos de ellos, según Kuklinski, le recordaban a su padre... quizá por algún rasgo físico en particular. Por ello, disfrutaba asesinándolos; aunque se lamentaba de no haber matado a Stanley cuando tuvo la ocasión.

A pesar de su activa vida como matón y asesino, Richard mantuvo una relación amorosa con una chica, la cual quedó embarazada de él. Esto lo enfureció y trató, incluso, de golpearla en el estómago para que abortara. Aun así, la mujer quería casarse con él, a lo que finalmente accedió. Con

ella, podía ser un esposo amoroso y, al día siguiente, hiriente, frío y violento.

En su tercer contrato con la Mafia, Kuklinski destrozó vivo a un sujeto, con un hacha, y entregó su cabeza como prueba. No había duda de su efectividad y sangre fría. Los *capos* lo tenían considerado para golpes importantes; aunque, por el momento, Richard estaría encargado de otros asuntos. Conocido por aquel entonces como el Polaco, Kuklinski hacía de cobrador entre los deudores de la Mafia. Recorría los lugares que frecuentaban y estos pagaban sin chistar. Aquellos que se negaban a entregar el dinero, eran asesinados.

El primer gran contrato, llegó cuando se le encargó asesinar a un importante miembro de La Familia. La condición (y bono extra) era que el sujeto sufriera mucho, algo que no le costaría mucho trabajo a Kuklinski. Es así como emboscó a su objetivo luego de pasar varias semanas estudiando sus movimientos. El sujeto sabía que lo querían muerto y se había enclaustrado en su mansión; pero en una salida descuidada, Richard asesinó a su chofer y aprovechó la ocasión. Primero lo dejó sin sentido y lo metió al maletero de su coche. Lo llevó hasta un desierto en donde le quebró las piernas con un bate de baseball, para luego partirle el cráneo a golpes. El encargo incluía la petición de introducirle por el ano sus tarjetas de crédito y lanzarlo al río. Así lo hizo, aunque el cadáver nunca apareció. A pesar de ser un asesino frío y calculador, Kuklinski no era un sicario especialmente sanguinario. Prefería matar con estilo y de forma limpia, a menos que el encargo incluyera una cláusula que exigiera un mayor derramamiento de sangre o tortura (que era la mayoría de las veces). Linda, su mujer, tuvo un segundo bebé. Sin embargo ya estaban muy distanciados. El problema, era que Richard la consideraba de su propiedad, y cuando la descubrió teniendo sexo con un amigo, estalló en ira. La

golpiza que le dio al joven fue monumental, rompiéndole casi todos los huesos. A Linda le cortó los pezones... pero le perdonó la vida.

Poco tiempo después, las cosas se volvieron complejas en La Familia. Se había declarado una guerra de mafias en la cual, prudentemente, Richard decidió descartarse (algo muy raro en él) luego de que uno de los *capos* fuese asesinado de un tiro en la cabeza.

Kuklinski, que ahora contaba con más tiempo libre, comenzó a cortejar a una chica llamada Barbara, hasta que consiguió salir con ella. Poco tiempo después, la muchacha quedaría embarazada; pero, tras de una golpiza propinada por Richard, perdería a su bebé de cinco meses de gestación. Por increíble que parezca, se reconciliaron... y Barbara volvió a quedar embarazada.

En vista de que la situación económica no mejoraba, Kuklinski debió buscar empleos honrados; pero no tardó en comenzar a planear robos para aumentar sus dividendos. Todos ellos incluyeron asesinatos de guardias de seguridad o sujetos que, simplemente, estaban en el lugar y la hora equivocada.

En 1970, el hermano de Richard, Joseph, fue acusado de violar y asesinar a una niña de 14 años, al lanzarla desde el tejado de un edificio. Cuando Richard se cercioró de que esto era cierto, dejó de hablarle para siempre. Era un asesino implacable; pero jamás mataba niños ni mujeres, ni tampoco violaba chicas o se metía con prostitutas. Esas eran reglas inquebrantables que se había impuesto desde hace muchos años.

En busca de un trabajo que le aportara beneficios económicos, se convirtió en productor de películas pornográficas, aunque nunca asistió a sus rodajes, pues las consideraba “sucias”. Había acudido a la Mafia para solventar algunos gastos; pero cuando se encontró en apuros económicos, recibió la visita de unos sujetos que le dieron una golpiza. Uno de ellos,

era Roy DeMeo. Kuklinski juró venganza; pero DeMeo no era cualquier matón. Se trataba de uno de los más importantes sicarios de la Mafia, vinculado directamente con La Familia Gambino, además de ser un serio aspirante a *capo*. Los métodos brutales y sanguinarios de DeMeo, le labraron un camino de respeto... pero también de terror y aversión, sobre todo porque resultaba ser un criminal sumamente impredecible, bipolar y violento. Kuklinski sabía que asesinarlo podía ser algo estúpido y su sentencia de muerte. A pesar de que terminó con varias puntadas en la cabeza después de aquel encuentro, decidió ser paciente. En algún momento, DeMeo se encontraría en alguna posición menos ventajosa... y esa sería la oportunidad para tomar revancha.

Con el tiempo, Richard se ganó la confianza de DeMeo. Ambos coincidieron en varios trabajos encargados por La Familia Gambino. Por difícil que parezca, a pesar de su brutalidad, el Polaco era un buen conversador y muy convincente. Kuklinski aceptó realizar algunos negocios sucios con DeMeo, no sin antes haber sido puesto a prueba por su nuevo socio. Mientras iban en su automóvil, DeMeo se detuvo, le entregó un arma y señaló a un desprevenido transeúnte que paseaba a su perro por la calle: "Mátalo", le dijo. Sin pedir explicaciones, Kuklinski salió del vehículo y asesinó al sujeto de un disparo en la nuca. DeMeo quedó impresionado por la sangre fría de Richard y lo instó a formar parte de su pandilla "Eres uno de los nuestros", le dijo entusiasmado.

Sin embargo, la guarida de DeMeo era un lugar tan espantoso, que el mismo Kuklinski se sintió incómodo cuando la visitó. Ocultos en un restaurante de comida italiana, DeMeo y su grupo de homicidas, residían en una verdadera carnicería humana. Eran asesinos sanguinarios e inmorales, capaces de estar jugando al póker con un cuerpo descompuesto a su lado, colgando de un gancho para carne. Uno de los primos de DeMeo,

apodado Drácula, despertaba especial repulsión en Kuklinski. DeMeo comprendió la incomodidad de su nuevo amigo y le propuso que trabajara de incógnito. Así, le evitaría el mal rato con sus otros compinches, quienes deshuesaban cadáveres en la misma mesa donde comían.

A pesar de este gesto de empatía, si por un lado Kuklinski era un sujeto paranoico y desconfiado, DeMeo no se quedaba atrás. En una ocasión, lo humilló frente a sus compañeros, encañonándolo con una UZI. Richard mantuvo la calma; pero se sintió indefenso... algo que lo irritó terriblemente. DeMeo, por su parte, bromeaba mientras lo apuntaba; pero también estaba midiendo a su nuevo aliado. No era estúpido y sabía que Richard se exasperaba fácilmente. Lo que parecía ser una broma de mal gusto, solo avivó la sed de venganza de Kuklinski.

Richard tuvo un tercer hijo con Barbara, pero las peleas domésticas continuaban. Sus arranques de ira eran imprevisibles y un momento feliz con la familia, se podía transformar en una pesadilla en cualquier momento. Arremetía contra su mujer, destrozaba los muebles y paredes de la casa, incluso se daba cabezazos contra ellas para descargar su furia. Posiblemente, sus deudas con la Mafia lo tenían intranquilo. Debía una suma de 50.000 dólares. Por otro lado, y a pesar de que Roy DeMeo solía sacarlo de quicio constantemente, hasta el momento era el único socio que le conseguía encargos importantes como para solventar sus gastos. Sin embargo su suerte cambió cuando se le encargó asesinar a un sujeto de apellido Rotherberg. Productor de material pornográfico extremo (zoofilia y pedofilia), Rotherberg había caído en manos de la policía y había prometido acusar a otros involucrados con tal de contar con algunos beneficios. El cuello de varios miembros importantes de La Familia Gambino estaba en juego. Kuklinski cumplió su labor de forma chapucera por culpa de Roy DeMeo, que se presentó de forma inoportuna justo

cuando Richard estaba por asesinar a Rotherberg. Al ver a DeMeo (la víctima lo conocía) salió huyendo, y Richard tuvo que perseguirlo para acribillarlo. Kuklinski estaba furioso, no le gustaba hacer así su trabajo y, sin embargo, la Mafia quedó muy satisfecha con la muerte de Rotherberg. No le pagaron por sus servicios... sino que perdonaron su deuda completa y quedaron “en paz”. Esto era mucho más de lo que le solían ofrecer a cualquiera que se involucrara con ellos; pero Kuklinski hervía en rabia. Quería muerto a DeMeo.

Richard ya no era un simple matón; sino el sicario más importante de la Mafia. Ya no estaba merodeando por los callejones ni persiguiendo a deudores de poca monta, como antes. Si alguien veía de frente a Kuklinski, era porque dejaría de respirar en ese mismo momento. Nunca fallaba.

Nunca cometía errores. Era silencioso, limpio, cauteloso y nadie sobrevivía a uno de sus planificados ataques. Era un asesino perfecto, vestido de forma impecable y de presencia intimidante. Para entonces, ya se le había dado el sobrenombre de *The Iceman*, debido a su sangre fría; pero también porque solía congelar algunos cadáveres durante meses (incluso años) para después descongelarlos, arrojarlos en algún lugar solitario y así despistar a los forenses, quienes al analizar los cuerpos, creían que los sujetos hallados habían muerto solo 48 horas antes. De esta forma, Kuklinski siempre tendría una coartada.

Ganaba miles de dólares con cada asesinato que cometía; pero no aceptaba todos los trabajos. No mataba ni mujeres ni niños. Por el contrario, le encantaba asesinar a violadores de menores. En una ocasión, se le encargó asesinar a un cubano que había violado a una chica de 14 años. Viajó hasta Miami, lo sorprendió y llevó a un lugar solitario. Allí, lo amarró a un árbol y le arrancó los testículos con la mano. Luego le cortó el pene y se lo

mostró. Finalmente, comenzó a destazarlo con un cuchillo, hasta destriparlo y lanzarlo al mar para que fuese devorado por los tiburones. Las peticiones especiales de “extra sufrimiento” le entusiasmaban y trataba de ser original. A un sujeto lo torturó baleándolo y apuñalándolo en todo el cuerpo, sin tocarle un solo órgano interno vital, durante varios minutos. Después, lo ejecutó. En otra ocasión, le disparó a un tipo en la manzana de Adán para ver cuánto tardaba en morir, apostando 50 dólares a uno de sus compañeros sicarios a que no resistía más de cinco minutos. La víctima tardó más tiempo en fallecer, ahogado con su propia sangre. Kuklinski perdió aquella apuesta. También se burló de un tipo que se puso a rezar cuando lo encañonó para matarlo por una deuda con la Mafia. Al ver que era creyente, le dijo que iba a esperar 30 minutos para ver si Dios podía salvarlo. Así lo hizo... se sentó en una silla y esperó 30 minutos con una sonrisa de oreja a oreja. Dios no lo ayudó... el sujeto moriría de un disparo en la cabeza.

Las historias del Polaco, se diseminaban en el ambiente del hampa casi como mitos urbanos. Pocos podían dar crédito a los terribles crímenes que se le atribuían. Corría el rumor de que, a algunos hombres, los había atado y dejado en cuevas plagadas de roedores, los cuales terminaban comiéndolos vivos. Cuando comenzaron a aparecer fotos y videos, que el mismo Kuklinski grababa de este salvaje método, nadie podía cuestionar su impresionante nivel de sadismo. Ni siquiera los mafiosos que solicitaban dichos asesinatos, soportaban ver una de esas cintas completas... solo Kuklinski las veía una y otra vez. Según él, le desagradaban... las encontraba asquerosas. Por primera vez en su vida, creía sentir asco por algo y le despertó cierta curiosidad. Asesinar, destripar, torturar, mutilar, quemar o fracturar a una persona, jamás le produjo nada. Mataba como un autómatas sin emociones. Ver cómo las ratas se comían vivo a un hombre

que gritaba y lloraba de dolor, le llamó la atención y lo incluyó definitivamente dentro de su lista de servicios. Según sus propias declaraciones, los roedores se comían los cuerpos de forma compulsiva. No dejaban carne, ropa ni huesos. En un principio, las ratas esperaban que Kuklinski se retirara del lugar para comenzar su festín humano; pero con el pasar del tiempo, ya no esperaban a que se fuera para atacar. De hecho, chillaban enardecidas cuando llevaba a algún infortunado, y comenzaban a morderlo apenas Richard lo dejaba sobre el suelo. Los roedores crecieron demasiado... casi del tamaño de un gato bien alimentado. Ya no le temían. Los asesinatos de Kuklinski seguían dando de qué hablar. Comenzó a utilizar una fina aguja con cianuro, con la cual pinchaba a su víctima sin que esta sintiera el pinchazo si quiera. Minutos después, el objetivo fallecía en medio de terribles convulsiones. Esto fascinó a Richard, que prefería refinar su arte y no caer en la carnicería absurda que proponía DeMeo. El uso del cianuro, prácticamente invisible en el organismo si se suministra en la dosis correcta, lo obsesionó. Muchos murieron sin saber qué les había pasado. Conocido es el episodio cuando junto a unos ladrones de banco, Kuklinski realizó un gran robo. Debido a una disputa a la hora de repartir el dinero, Richard decidió calmar los ánimos repartiendo comida rápida del McDonald's a sus hambrientos compañeros. Envenenó todas las hamburguesas, excepto la suya. Se quedó con todo el botín, terminó de comer su hamburguesa y se reunió con el hombre que le había conseguido ese trabajo... y también lo envenenó.

A pesar de que Kuklinski era uno de los más famosos sicarios del hampa, pocos sabían de su existencia. Se hablaba, en los medios de comunicación, de los diversos y crueles atentados de La Familia; pero no sabían nada relevante sobre la identidad del Polaco. Era un fantasma y la Mafia lo encubría. De hecho, aquellos que lo conocían y sabían de lo que era capaz,

jamás lo delataron, obviamente por miedo. Sin embargo, en el mundo del hampa, Richard sí era bastante famoso, sobre todo por sus múltiples e impecables “trabajos”. Era temido y respetado; aunque DeMeo y su grupo de psicópatas, eran la excepción.

DeMeo invitó a Kuklinski a dar un paseo en barco junto a sus amigos. Kuklinski no quería ir; pero no podía hacerle ese desaire. Después de todo, era parte de La Familia, así que aceptó a regañadientes. Una vez en alta mar, DeMeo detuvo la embarcación en una zona plagada de tiburones y acusó a uno de sus compinches de ser un soplón. Le disparó en el rostro y lo lanzó vivo al mar, para que fuera devorado por los escualos. Kuklinski recordó a “sus ratas”. Al parecer, Roy DeMeo utilizaba una técnica similar para deshacerse de sujetos indeseables. Era evidente que aquello no había sido gratuito. DeMeo, al igual que Kuklinski, sabía hacerse respetar. Tiempo después, DeMeo vuelve a llamarlo, esta vez para ejecutar un arriesgado trabajo. Uno de los grandes de la Mafia debía morir. Los hombres de Roy estaban dispuestos a ejecutar el plan; pero él quería contar con la ayuda de Kuklinski. Este aceptó y juntos llevaron a cabo uno de los golpes más bullados de la Mafia en aquellos años: El asesinato de Carmine Galante, del clan de los Bonano. Las fotografías de la masacre dieron la vuelta al mundo.

En sus andanzas como sicario, Richard conocería a otro asesino a sueldo, llamado Robert Pronge. Hicieron buenas migas, pues Pronge era muy similar a él. Mataba por diversión y le enseñó una técnica de asesinato aún mejor que la aguja con cianuro de Kuklinski. Se trataba de un aerosol de cianuro, que mataba con el contacto con la piel. Pronge lo invitó a probarla con algún mendigo de la calle, y Kuklinski quedó fascinado al comprobar que funcionaba a la perfección. Años más tarde, tras las rejas, diría que

DeMeo y Pronge fueron los sujetos más peligrosos que había conocido en su larga carrera como sicario.

Richard sentía que con DeMeo a la cabeza, nada podía salir bien. Era demasiado bipolar y paranoide. En cualquier momento podía dispararle en la cara, como al muchacho de la embarcación, por el hecho de sentirlo como una amenaza. Sus preocupaciones crecieron aún más cuando se encontró uno de los cadáveres que, supuestamente, había hecho desaparecer. Un error de cálculo que lo atormentó por semanas, pues se trataba de su primer traspié como sicario. La policía le interrogó; pero no pudieron relacionarlo con nada... sin embargo, aquello lo encolerizó. Como si fuese poco, su amigo Robert Pronge estaba logrando ponerle nervioso. Era un asesino tan frío como él, pero con métodos más elaborados y maquiavélicos. Le confesó a Kuklinski que debía asesinar por encargo a una familia entera y que tenía contemplado hacerlo envenenando el agua del embalse donde vivían. No le importaba matar a todo el pueblo si cumplía con su misión. En otra ocasión, Pronge le ofreció dinero a Kuklinski para que matara a su esposa e hijo, pues estaba harto de ellos... Richard no podía creerlo. Inquieto por estas actitudes, un día lo visitó y lo baleó cuatro veces por la espalda. Al parecer, Pronge era un asesino tan insólito como él mismo y eso lo puso sobre alerta de inmediato.

Con los años, Kuklinski comenzó a utilizar y perfeccionar el práctico método del aerosol con cianuro y los resultados fueron más que satisfactorios. Varios de sus siguientes crímenes, los realizaría con esta sencilla, pero letal arma “heredada” por su amigo Pronge.

El 10 de junio de 1983, Richard fue llamado con urgencia por DeMeo. Consumido por las drogas, el alcohol y la paranoia, se encontraba en un estado lamentable. Había cometido demasiados errores y asesinado a

demasiados amigos... estaba solo y sabía que tenía los días contados, pues la Mafia ya lo había amenazado de muerte. Kuklinski se dio cuenta de la oportunidad y lo baleó sin compasión mientras se encontraban charlando en un automóvil. Nadie lo echó de menos y Kuklinski no debió temer ninguna represalia... aun así, no pudo evitar sentir cierta nostalgia. A pesar de sus encontrones, ambos se habían vuelto bastante cercanos con los años. Podía haberlo hecho sufrir por sus constantes agravios; sin embargo, prefirió liquidarlo rápidamente. El cadáver de Roy DeMeo, fue encontrado dentro de la cajuela de su propio vehículo, días más tarde.

A pesar de que Kuklinski ya no tendría problemas con el irascible DeMeo, comprendió que algunos de sus crímenes estaban siendo demasiado difundidos, principalmente por culpa de los otros sujetos con los que debía trabajar por órdenes de la Mafia. Muchos de ellos, eran matones impertinentes que solían alardear de sus andanzas con *The Iceman*, en bares y tugurios. Era todo un logro trabajar con él, además de una muestra clara de tener los cojones bien puestos. Para un asesino tan sigiloso como Kuklinski, aquella indiscreción, lejos de ser un halago, solo lograba hacerlo enfadar.

Kuklinski, siempre se había caracterizado por ser un criminal sumamente cauteloso durante su carrera como asesino a sueldo. Sin embargo, había un policía que estaba tras su pista. Su nombre era Patrick Kane, el cual tenía antecedentes que vinculaban a Richard con varios robos, perpetrados a casas, durante los años setenta. Sin saberlo, Kane estaba persiguiendo a uno de los más peligrosos sicarios de la Mafia.

Basado en su intuición, Kane sospechaba que Kuklinski estaba implicado, además, en otros negocios sucios. Había escuchado un par de historias que lo involucraban en dos asesinatos encargados por la Mafia; pero no tenía

ninguna prueba. Tampoco se imaginaba que aquel hombre, al que comenzó a vigilar de cerca, era el asesino de más de 200 personas. Obsesionado con el sospechoso de casi dos metros que tenía entre ceja y ceja, Kane decidió ir a interrogarlo a su propia casa... después de todo, lo había estado investigando por casi seis años y ya era hora de tomar algunos riesgos. Acompañado de un agente de policía, lo interrogó sobre unos cuantos asesinatos atribuidos a la Mafia. También le preguntó por Roy DeMeo. Kuklinski se contuvo y los echó de su casa cortés; pero fríamente. Richard tomó aquella visita como un insulto. Decidió, en ese mismo instante, que el detective Patrick Kane debía morir.

Obviamente no sería fácil asesinar a un policía. Kuklinski comenzó a seguir a Kane; pero era un blanco difícil. Es por eso que tuvo que acudir a algunas de sus “amistades” de la Mafia para conseguir cianuro. Había resuelto utilizar el *spray* para matar a Kane. Lo que Richard no sabía, era que el nuevo proveedor de cianuro con el que contaban, era un policía infiltrado que Kane había colocado, casi un año antes, en los círculos del hampa. La trampa había sido tendida varios meses antes, pues Kane ya había recibido el soplo de que Kuklinski realizaba algunos de sus crímenes con el mentado veneno. Fue una apuesta arriesgada. Nadie podía asegurar que el asesino se decantaría por el cianuro y no por un arma convencional. Pero su intuición fue la correcta y logró incriminar al peligroso criminal de forma magistral. Bastaron un par de conversaciones telefónicas grabadas, en donde Richard explicaba a su proveedor cómo utilizaría el cianuro y su experiencia con él, para que la policía contara con suficientes pruebas para detenerlo, y así fue. Acusado de conspirar para asesinar al agente de policía Patrick Kane, Richard Kuklinski fue detenido en 1986. Fueron necesarios varios agentes de la ley para reducirlo.

Finalmente, Kuklinski sería condenado a cinco cadenas perpetuas, más otros 30 años por varios asesinatos comprobados. Sin embargo, y tras sus propias declaraciones, era evidente que su participación en muchos otros crímenes era bastante probable. Primero, se estimó que Kuklinski podría haber cometido casi cien asesinatos encargados por la Mafia. Luego, la cantidad se duplicó. Aquel hombre, además de ser un asesino a sueldo, cometía asesinatos de forma independiente y por motivos casi risibles. Sin embargo, investigar cada uno de los crímenes, resultaba imposible y significaba una inversión de recursos enorme.

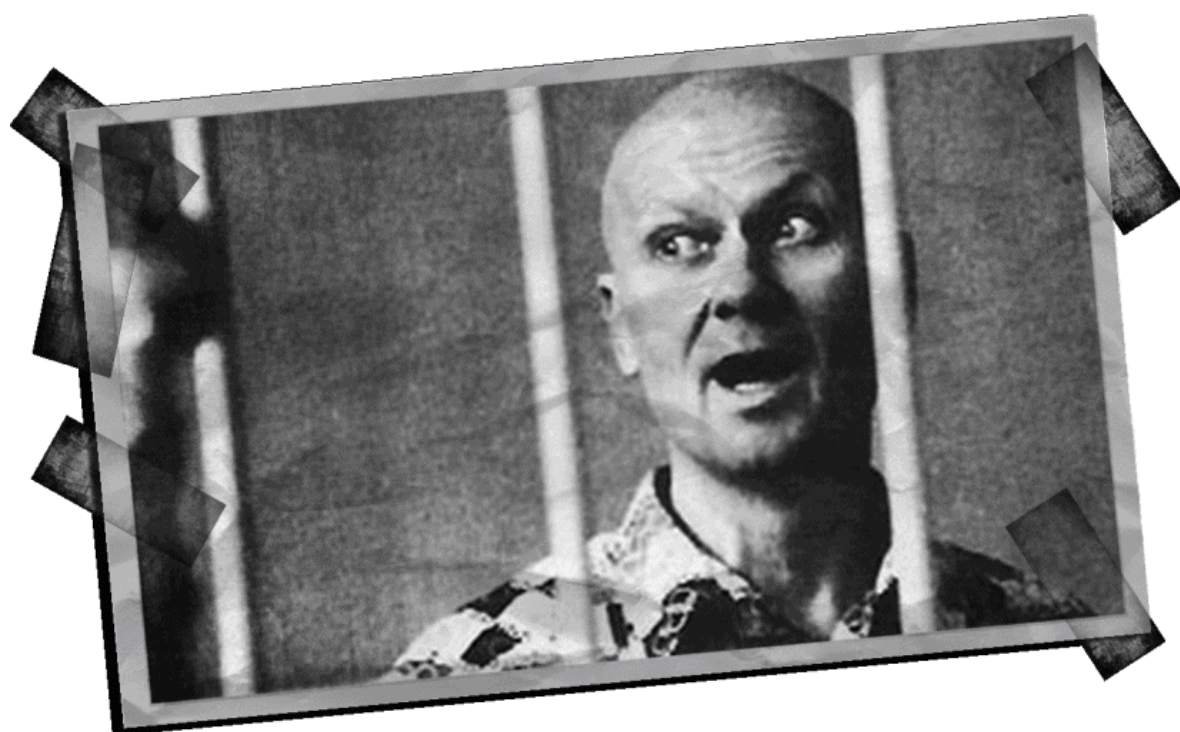
Detectives, abogados, policías, periodistas, psicólogos, psiquiatras, criminólogos y escritores se peleaban por una entrevista con Kuklinski, y este los recibía sin problemas. Grabó dos documentales en los cuales narró, sin ningún tipo de emoción, los más bestiales asesinatos. Los únicos momentos en los cuales mostró algo de emoción, fue cuando habló sobre su esposa e hijos. Declaró que no se arrepentía de nada y que volvería a hacerlo, demostrando así por qué lo apodaban el Hombre de Hielo.

La cantidad de asesinatos cometidos por Kuklinski es tan larga y variada, que es imposible detallar cada uno de ellos. Se han tratado de destacar, en este documento, los más relevantes o curiosos; pero, sin duda, he quedado corto. No he podido precisar los detalles del asesinato de, por ejemplo, Castellano, otro de los *capos* más importantes de la Mafia, y en donde Kuklinski tuvo una participación activa, al igual que el crimen de Jimmy Hoffa, entre otros.

La estancia de Richard Kuklinski, en la cárcel, fue relativamente tranquila. Falleció el 5 de marzo del 2006, a la edad de 81 años, supuestamente por causas naturales. Según su familia, poco antes de morir, Richard les comentó que sospechaba que estaba siendo envenenado. Nada raro si pensamos que Kuklinski estaba dispuesto a confesar algunos encargos de

la Mafia, en donde el principal afectado podría ser Gambino, otro de los *capos*. Con la muerte de *The Iceman*, Gambino quedó absuelto. La autopsia de Kuklinski no reveló ningún tipo de sustancia venenosa.

ANDREI CHIKATILO El Carnicero de Rostov, La Bestia Roja, Citizen X, El Destripador Rojo



Fuente: Camarada Chikatilo, el carnicero de Rostov

Andrei Romanovich Chikatilo nació el 16 de octubre de 1936, en Yablochnoye, Ex Unión Soviética (posteriormente Ucrania). Su padre había sido prisionero durante la Segunda Guerra Mundial, y su madre tuvo que hacerse cargo de él y su hermana. Con poco dinero, la familia Chikatilo debió combatir la pobreza y el hambre; sin embargo salió adelante. Aun así, el joven Andrei ha- bía podido presenciar algunas

pavorosas escenas de guerra. La gente moría en las calles a causa del hambre, el frío o los bombardeos. Eran tiempos muy difíciles para los soviéticos; pero había una historia, en particular, que parecía haber obsesionado al pequeño Chikatilo. Su madre le había contado que, años atrás, uno de sus hermanos mayores había sido asesinado y devorado por unos vecinos; por lo que no era bueno que saliera de casa. Jamás se corroboró que esta historia fuese cierta... al menos no en la familia Chikatilo, pues no es un misterio que este tipo de prácticas (canibalismo) efectivamente se realizaba, en la Ex Unión Soviética, en tiempos de hambruna. Incluso, en algunas ferias libres, se ofrecían trozos de soldados o cadáveres de niños, quemados por la nieve, para contar con algo de carne para poner en la hoguera.

En el colegio, Chikatilo se mostró como un chico extremadamente tímido y silencioso. Era difícil que musitara alguna frase y no tardó en ser el blanco de las bromas de sus compañeros. Apartado de los demás, Chikatilo sufría por considerarse torpe; aunque poseía buenas calificaciones. Cuando salía del colegio y se apartaba de sus molestos compañeros, debía llegar a casa, en donde su madre lo humillaba y regañaba constantemente por orinarse en la cama, a pesar de tener 12 años. También padecía de miopía; pero Andrei no quiso reconocerla y solo a los 30 años consiguió sus primeros anteojos.

Si bien Chikatilo era visto como un joven tímido, con las mujeres esa timidez se acrecentaba de forma alarmante. Parecía perder todo tipo de control y no podía pronunciar palabras cuando alguna chica se le acercaba y trataba de conversar con él. Andrei era un muchacho apuesto, de grandes ojos celestes y contextura atlética; pero su personalidad, exageradamente atolondrada, terminaba por decepcionar a las chicas que lo cortejaban.

Durante su juventud, y en contadas ocasiones, Chikatilo logró vencer su timidez y acercarse a un par de muchachas que parecían interesadas en él. Pero es, en ese momento, cuando sufre una de sus mayores decepciones, al notar que es impotente. Las burlas que recibió, cuando la noticia se difundió, volvieron a hundirlo en la depresión y el silencio. Años antes, Chikatilo había intentado relacionarse con otras mujeres; pero eyaculaba al momento de abrazarlas, sin tener erección alguna. Algo andaba mal en él y lo sabía.

Como su vida sexual se vio prematuramente frustrada, después de cumplir con su servicio militar (como todo buen soviético) Andrei Chikatilo decidió entregarse casi por completo a los estudios, consiguiendo tres títulos: Ingeniería, Marxismo-Leninismo y Lengua y Literatura Rusa. Sin embargo, estos títulos los consiguió a través de cursos por correspondencia, pues fue rechazado cuando intentó entrar a la universidad. Este, es otro aspecto relevante de su vida. Durante muchos años, Chikatilo se había dedicado obsesivamente a los estudios y sus notas eran sobresalientes. Cuando intentó ingresar a la universidad y rindió los exámenes correspondientes, simplemente no fue tomado en cuenta. Probablemente existía otra persona con mejores calificaciones y no fue llamado. Entrar a la universidad era algo sumamente difícil en la desaparecida Unión Soviética, por lo que tampoco se podría decir que sus exámenes estuviesen malos. Sin embargo, Chikatilo se había sacrificado bastante y no lo había conseguido. Incluso tuvo que dormir en estaciones de trenes, esperando los horarios de los distintos exámenes, pues debía rendirlos en otras regiones y no tenía dinero para un alquiler. Este fracaso, significó otra frustración más para el atormentado Andrei.

La hermana de Chikatilo, al verlo inmerso en los estudios y alejado completamente de la vida social, decide buscarle una novia. Los rumores

acerca de la sexualidad de su hermano, comenzaron a sonar cada vez con más fuerza en el pueblo, debido al nulo interés que demostraba hacia las mujeres. Es, en una cita planeada por su hermana, que Chikatilo conoce a Fayina, una chica que se mostraba atraída por el físico de Andrei, además de verlo como un excelente partido, debido a sus estudios y promisorio futuro como miembro del Partido Comunista. Por su parte, Chikatilo se comportaba de forma tremendamente torpe y silenciosa ante su presencia, lo que delataba cierto interés por su parte.

Fayina y Chikatilo comienzan a salir y se casan en 1973; pero el matrimonio resultó ser un fracaso. Si por un lado Fayina se creó enormes expectativas ante el respetable y moderado Chikatilo, una vez en la cama descubrió el misterio que rodeaba a ese hombre. Era incapaz de mantener una erección. Sus relaciones sexuales se limitaron a la masturbación, cosa que acabó con la paciencia de Fayina casi de inmediato. Aun así, tuvieron dos hijos: Ludmila y Yura. Posiblemente, Chikatilo logró introducir el semen con la ayuda de sus dedos, con el fin de embarazar a su mujer. Pero por más que los Chikatilo parecieran una familia feliz y normal, Fayina le recordaba a Andrei, cada vez que intentaban mantener un coito normal, lo patético que era.

Años antes, en 1971, Chikatilo había conseguido titularse como maestro de escuela elemental y comienza a estudiar fervientemente acerca del comunismo. Al mismo tiempo, sus capacidades se ponían en duda, debido al nulo control de grupo que ejercía con sus alumnos, quienes no le obedecían en lo más mínimo. Además de faltarle el respeto, los chicos solían golpearlo y echarlo de la sala de clases, sin que Chikatilo pudiera poner freno a estos abusos. Poco tiempo después, lo apodaron el Ganso (también entendido en Rusia como “imbécil”) debido a su alargado cuello e incluso lo trataron de “maricón”, pues notaron que miraba y se acercaba

de forma extraña a algunos alumnos. A Chikatilo, esto no parecía importarle mucho. Incluso se hacía el desentendido cuando sus alumnos sacaban cigarrillos y los encendían en pleno salón de clases, desafiando claramente su autoridad. Lo que sí parecía interesarle, eran las clases que daba a los niños más pequeños, los cuales se mostraban más respetuosos y manipulables. Con ellos, Chikatilo se sentía con autoridad y comienzan a asomar sus instintos más oscuros.

Poco a poco, Chikatilo comenzó a acercarse a las niñas más pequeñas. Primero, se colaba en los vestidores y se masturbaba con la mano en el bolsillo mientras estas se desvestían. Luego, comenzó a acosarlas. Varias denuncias dejaron en evidencia que Chikatilo no podía ejercer como profesor y sus colegas no paraban de hablar a sus espaldas, pues además les resultaba particularmente antipático. Pero a pesar de todo el desagrado que despertaba su sola presencia, no se hizo nada con respecto a su lascivo comportamiento... al menos no de forma inmediata. Posiblemente su aspecto de hombre inofensivo y silencioso, representaban una dicotomía a la hora de juzgarlo, debido a sus grados académicos, la normal vida familiar que llevaba y su participación como un activo miembro del Partido Comunista. Aun así, muchos profesores lo tildaron de inepto... otro de los calificativos que Chikatilo tendría que escuchar a lo largo de toda su vida.

Andrei Chikatilo, se dio cuenta de que sus fantasías iban en aumento y no podía controlarlas. Incluso solía masajearse el pene en frente de sus alumnos, sin darse cuenta, lo que aumentaba las burlas. Cuando los escándalos de acoso sexual se acrecentaron, fue citado a una reunión en donde se le pidió que abandonara la escuela inmediatamente.

En 1978, la familia Chikatilo se mudó a la ciudad de Shakhti, y luego de encontrar otro trabajo como profesor (ocultando los motivos del abandono

de su empleo anterior), Andrei comenzó a viajar a menudo, debido a las exigencias de sus labores como maestro en distintas regiones. Es, entonces, cuando decide abusar de una pequeña niña de 9 años que encontró en la calle. Yelena Zakotnova se topó con Chikatilo y lo siguió, pues el amable hombre le ofreció goma de mascar, algo sumamente difícil de conseguir en la Unión Soviética por aquellos años. La llevó a una casucha que, secretamente, había comprado para dar rienda suelta a sus instintos. La desnudó y trató de violarla; pero nuevamente falló. Frustrado y enfurecido, Chikatilo comenzó a forcejear con la niña. Sin saber cómo, Yelena comenzó a sangrar de una herida producida por las uñas de su captor. En ese momento, Chikatilo tuvo una erección. Sin pensarlo dos veces, sacó un enorme cuchillo que llevaba consigo y empezó a apuñalar salvajemente a la niña, notando que con cada puñalada que le propinaba, se acercaba más al orgasmo. Al mismo tiempo que Yelena dejaba de respirar, él conseguía eyacular. Aun excitado, Chikatilo no podía creer lo que había hecho; pero ciertamente había mucha satisfacción en ello. Asustado, tomó el cadáver de la niña y lo sacó a escondidas de la casucha, para abandonarlo en un río cercano y luego volver a su casa. El cuerpo de Yelena sería hallado dos días más tarde y la policía encontró varias manchas de sangre cercanas a la cabaña de Chikatilo. No tardó en convertirse en el centro de la investigación, y aunque fue interrogado ocho o nueve veces, un nuevo sospechoso apareció en escena. Aleksandr Kravchenko, era un enfermo mental de 25 años que vivía muy cerca del lugar del crimen. Antes de que cumpliera 18 años, ya había sido condenado por un crimen similar y se había salvado de la pena capital solo por ser menor de edad. Kravchenko fue detenido y terminó confesando el asesinato de Yelena Zakotnova, tras ser torturado por la ineficiente policía soviética, que solo quería encontrar un culpable y cerrar el caso. Aleksandr

Kravchenko fue ejecutado en la cárcel al poco tiempo. Andrei Chikatilo, con 42 años de edad, había cometido su primer asesinato... y se encontraba libre de toda sospecha.

La actividad criminal de Chikatilo se detuvo durante casi tres años. Siguió viviendo con su familia y nada parecía haber cambiado en él. Sin embargo, las ganas de volver a asesinar estuvieron siempre latentes.

Durante los siguientes años, la policía descubrió más de treinta cadáveres repartidos por los bosques cercanos a las estaciones de trenes de Rostov, el medio de transporte más utilizado por los soviéticos en aquellos años. Uno de los primeros cadáveres hallados estaba tan destruido, que se pensó que la chica había caído en una segadora de trigo. El detective Viktor Burakov, advirtió el patrón de ataque de un sádico sexual en varios de los cuerpos hallados e intentó advertir a las autoridades de la presencia de un asesino serial suelto. Pero como la Unión Soviética no deseaba mostrar sus falencias al resto del mundo, se estimó que no debía hacerse pública tal información, pues sería perjudicial para su imagen política. Incluso se amenazó con despedir a Burakov si continuaba con el tema. Pero su insistencia y cercanía al caso, lo hicieron llegar a ser el detective al mando de la investigación. Aun así, no recibió mucho apoyo durante los primeros años, y él mismo tuvo que ir en busca de testimonios de familiares de las víctimas, para tratar de averiguar algún dato que lo llevara al asesino. A pesar de su notable tenacidad, nunca recibió ayuda por parte del Comité del Partido Comunista, quienes decían que los casos de asesinato serial eran un vicio que concernía al mundo Occidental y no a la URSS.

Durante doce años, Chikatilo apuñalaría, devoraría y destriparía a más de cincuenta personas, la mayoría niñas y niños que vagaban en las estaciones de trenes. Sus crímenes se volvían cada vez más salvajes, y en la población soviética, se hablaba de la presencia de un maniático asesino

que las autoridades no querían reconocer. De hecho, la cantidad de víctimas era tal, que se pensaba que los responsables de los ataques, eran varios dementes que habían escapado de un psiquiátrico cercano. Los cuerpos eran hallados en medio del bosque, parcialmente desnudos y brutalmente destripados. Las evidencias forenses, señalaban que prácticamente todos los cadáveres mostraban la mutilación de los órganos genitales (arrancados a mordiscos). Otro aspecto que destacaba dentro de los terribles asesinatos, era la extracción de los ojos de las víctimas, además de encontrarse grandes cantidades de semen sobre los cadáveres, lo que indicaba que el asesino no los violaba o no podía violarlos. Incluso, en algunos cuerpos femeninos, el semen había sido introducido en la vagina con ramas pequeñas, como tratando de simular una violación. Se trataban de crímenes verdaderamente horrorosos y no existía un solo sospechoso.

El detective Viktor Burakov, estaba seguro de que el asesino encontraba a sus víctimas en los terminales de trenes, por lo que dispuso a varios agentes encubiertos en dichas estaciones. Varios individuos fueron detenidos tras ser sorprendidos intentando conversar con niñas o mujeres jóvenes; pero ninguno parecía estar relacionado con los asesinatos. Era la investigación más costosa de toda la historia de la Unión Soviética; pero los esfuerzos parecían ser en vano. El autor de tan atroces crímenes, parecía estar lejos de ser atrapado.

Años antes, en 1981, Chikatilo había sido despedido de la segunda escuela en donde ejercía como profesor, pero encontró otro trabajo que se adecuaba mucho más a sus necesidades. Este nuevo empleo, exigía a Chikatilo viajar constantemente a varias fábricas del país con el fin de transportar y encargar materiales para factorías, lo que parecía una excusa perfecta para ausentarse de casa por periodos considerables y no

despertar sospechas. Nuevamente sería tachado como ineficiente y, en varias ocasiones, se le humilló frente a sus compañeros de trabajo, sin que mostrara una sola emoción. Chikatilo estaba ejerciendo un trabajo muy por debajo de sus capacidades, pero nada de esto parecía importarle. Mientras viajaba, algunas veces decidía pernoctar en estaciones de trenes hasta encontrar a una nueva víctima. Se acercaba de forma amistosa a niñas o chicas jóvenes, con el pretexto de acompañarlas, o bien ofrecerles dinero a cambio de sexo (con el tiempo, Chikatilo comenzó a atacar, de forma indiscriminada, a niñas y niños, dejando en claro que su necesidad como depredador sexual iba en aumento). Posteriormente, las invitaba a adentrarse en el bosque y las atacaba por la espalda. Siempre llevaba consigo un maletín de cuero, en donde guardaba un verdadero arsenal de afilados cuchillos, un frasco de vaselina y una soga. Una vez que las sometía, les llenaba la boca con barro para que no gritaran o les cortaba la lengua a mordiscos, para luego apuñalarlas cientos de veces. Eyaculaba sobre los cuerpos y se untaba la sangre en la cara. Gritaba y aullaba como un animal, posiblemente extasiado por sus actos. Se creía que canibalizaba los cuerpos; pero lo cierto es que gustaba de arrancar pedazos de sus víctimas (útero o testículos) para masticarlos y posteriormente escupirlos. Después de recuperar la cordura, se limpiaba y guardaba los cuchillos, para luego esconder los cadáveres entre los matorrales o enterrarlos a poca profundidad, no sin antes quitarles los ojos. Este ritual se repitió con cada una de sus víctimas. La extracción de los ojos, sería explicada por una suerte de superstición basada en una antigua historia Rusa, en la cual se asegura que la última imagen que ve una persona antes de morir, queda impresa en sus ojos. En este caso, la cara del asesino. Finalmente, salía del bosque en dirección a la estación ferroviaria más cercana y desaparecía sin despertar sospechas.

Durante años, este sencillo pero eficiente *modus operandi* dejó a la investigación sin un hilo conductor. Más de 26.500 sospechosos serían detenidos e interrogados, pero aún no se daba con el verdadero criminal. Chikatilo fue detenido en 1984 por mantener conversación con varias mujeres y niños en una estación de trenes. Al revisar el maletín que llevaba consigo, se encontró un cuchillo enorme y un cordel. El sospechoso, que además coincidía con el perfil psicológico diseñado por el Instituto Serbsky de Moscú, en donde se describía a un sujeto con problemas sexuales (impotencia) orientado al sadismo y que posiblemente vivía con su familia, parecía encajar perfectamente.

Fue sometido a un examen sanguíneo para determinar su relación con los crímenes, pues por las muestras de semen halladas en los cuerpos, se sabía que el asesino era del grupo AB. Mientras tanto, y con toda naturalidad, Chikatilo negaba tener conocimiento acerca de los crímenes que se le imputaban, afirmando que en su trabajo (en una fábrica) solía utilizar cuchillos y cordeles para empacar piezas metálicas o de hule. También aseguró que siempre conversaba con extraños; pero con el único fin de no aburrirse durante las largas esperas en las estaciones de trenes.

Una cruel jugarreta del destino, permitió que Chikatilo se escabullera de la policía de una manera insólita. El resultado de su examen de sangre, dio como resultado “grupo A”, por lo tanto no podía ser el asesino.

Inmediatamente fue puesto en libertad; sin embargo, lo que la policía ignoraba, era que Chikatilo padecía una extraña e inusual condición, en la cual el grupo de espermatozoides del sujeto es distinto a su grupo sanguíneo.

Ante la inminente disolución de la Unión Soviética, Viktor Burakov por fin pudo recibir el apoyo que tanto buscaba (incluso por parte del FBI).

Por aquel entonces, con la única pista que contaban, era la ubicación de los cadáveres, todos repartidos cerca de las estaciones ferroviarias. En una de

las rutinarias visitas del detective a las estaciones de trenes, el 6 de noviembre de 1990, uno de sus informantes le entregó un registro en donde un tal “ciudadano Chikatilo” fue sorprendido saliendo de entre los matorrales adyacentes al bosque, un tanto sucio y con un rasguño en unas de sus mejillas, además de un corte en uno de sus dedos. No fue detenido por el agente; pero sí revisaron sus documentos. El jefe de policía, Mikahil Festisov, al leer el informe que mencionaba a Chikatilo, recordó que ese apellido ya había aparecido entre la lista de sospechosos en 1984 y tanto la policía como la fiscalía, consideraron que podía tratarse del asesino que estaban buscando. Tras varios días de búsqueda, el 13 de noviembre, es hallado el cuerpo mutilado de Sveta Korostik, de 22 años, en las cercanías de la estación de trenes.

De inmediato la policía realizó una maniobra encubierta, junto con la KGB, para seguir de cerca a Chikatilo, y lo detuvieron el 20 de noviembre de ese mismo año, en una espectacular operación que incluyó un registro de video. El individuo que estaba siendo detenido ante las cámaras, caminaba lento y se quejaba con voz senil: “¿Cómo pueden hacerle esto a un hombre de mi edad?”.

Andrei Chikatilo se negó a prestar una declaración en relación a los asesinatos. Decía que él era un hombre viejo, miembro del Partido Comunista y que no sabía de qué le estaban hablando. Todos los antecedentes del sospechoso salieron a la palestra y se supo que había tenido problemas en los colegios en donde ejerció como profesor. Era evidente que se trataba de un pedófilo; pero aún no se podía probar que fuese un asesino. Pasados varios días de interrogatorio, aceptó haber intentado abusar sexualmente de una de sus alumnas cuando era maestro; pero no habló acerca de ningún otro crimen. El ambiente era complejo, pues si no se conseguía una confesión rápido, tendrían que dejarlo libre.

Alexander Bukhanovsky, era un psiquiatra que había accedido a ayudar a Burakov a plasmar el perfil psicológico del asesino que tenía en vilo a la comunidad; sin embargo, había solicitado mantenerse en el anonimato, pues sentía que su carrera podía correr grave peligro debido a que jamás se había pedido ayuda a un psiquiatra en este tipo de investigaciones y un fracaso podría poner en duda su credibilidad como especialista. Burakov le pidió que entrevistara a Chikatilo, pues no quería confesar. Bukhanovsky accedió, y mientras leía el perfil psicológico que había elaborado, frente a Chikatilo (el cual resultó ser sumamente exacto) este se derrumbó y, entre lágrimas, confesó cada uno de sus espantosos asesinatos.

Los terribles crímenes cometidos por Chikatilo, repercutieron en todo el mundo. El caso, que se dio a conocer en los periódicos bajo el nombre de el Carnicero de Rostov o el Destripador Rojo, era una de las más brutales historias de asesinato en serie jamás contadas y dejaba en evidencia una tremenda irresponsabilidad por parte del Gobierno soviético, que había dejado a su pueblo en merced de un brutal asesino. La pésima coordinación de las autoridades, había permitido a Chikatilo matar de forma espantosa a más de cincuenta personas. Cuando las primeras víctimas aparecieron, se les relacionó a rituales satánicos e incluso a la fuga de varios dementes de un asilo para enfermos mentales. En otro momento, cuando se empezó a creer que se trataba de un solo sujeto, prefirieron creer que el responsable era un homosexual (algo que, por lo demás, era considerado delito en la Ex Unión Soviética) dejando inmediatamente fuera del radar al verdadero homicida, pues estaba casado. Finalmente, cuando las pruebas apuntaban a un asesino que pasaba inadvertido y de apariencia normal, la investigación acuñó el nombre de *Citizen X* para referirse al criminal, sugiriendo que el responsable de la

terrible carnicería podía ser cualquiera. Lamentablemente, llegar a esta conclusión, les tomó demasiados años.

Andrei Chikatilo, más allá de ser un demente impulsivo, fue un astuto y sádico psicópata que intentó, por todos los medios,



Fuente: Camarada Chikatilo, el Carnicero de Rostov salir impune de sus crímenes.

Tras realizarle un análisis psiquiátrico en el Instituto Serbsky de Moscú, Chikatilo fue considerado competente para enfrentar un juicio. Este comenzó el 14 de abril de 1992 y el acusado fue encerrado dentro de una jaula, con el fin de protegerlo de un posible linchamiento por parte de los familiares de las víctimas. Todo aquello, parecía más bien un circo. El aspecto de Chikatilo, era ciertamente perturbador. Tenía la mirada perdida, se reía, babeaba, jadeaba, gritaba improperios a los familiares de las víctimas y decía incoherencias como, por ejemplo, que estaba embarazado. Completamente calvo (para evitar el contagio de piojos en las mugrosas celdas rusas) Chikatilo, además, se había afeitado las cejas,

lo que hacía que su apariencia fuese aún más inquietante. Durante todo el juicio, vistió una camiseta conmemorativa de las Olimpiadas de Rusia. Las madres de las víctimas estaban histéricas, lloraban y se desmayaban al ver al monstruo que les había arrebatado a sus hijas e hijos. En medio del alboroto, las familias expresaban su deseo de liquidar al asesino con sus propias manos. La prensa sacaba cientos de fotos al grotesco destripador y caníbal, el cual no los defraudaba, agitándose como un loco, esgrimiendo revistas con contenido pornográfico y sonriendo de forma malévola. Con total frialdad, Chikatilo habló acerca de cada uno de sus crímenes, sin mostrar arrepentimiento alguno. Es más, lo único cercano a una emoción verdadera que se pudo rescatar de su confesión, fue el sentimiento de lástima que sentía hacia sí mismo. Se describió como un hombre al que “le habían robado los genitales” y que, por esta razón, había comenzado a matar. En cierto momento, sacó su pene frente al jurado y exclamó: “¡Miren! ¿Qué esperaban que hiciera con esto?”. El flácido miembro de Andrei Chikatilo, mostraba quemaduras de roce y laceraciones, debido a una compulsión insana por la masturbación.

Según la mayoría de los especialistas y psiquiatras, Chikatilo trató de fingir locura para ser encerrado en un manicomio. Intentaba demostrar que era un ejemplar único, que debía ser estudiado y no ejecutado. De hecho, su perfil criminal resultaba bastante particular en comparación con los de otros asesinos en serie. No fue un torturador de animales durante su niñez o adolescencia; aunque sí tuvo una infancia traumática. Es sabido que la mayoría de los asesinos seriales, cometen su primer crimen antes de los 30 años; sin embargo, Chikatilo asesinó por primera vez después de los 40. El perfil de sus víctimas fue variando constantemente, algo que tampoco resulta muy común en este tipo de homicidas. Las edades

fluctuaban entre los 8 y 44 años, y pasaron de ser niñas pequeñas, chicas adolescentes y mujeres maduras, a niños.

Con el tiempo, Andrei Chikatilo comenzó a mostrarse un poco más colaborador y guió a los investigadores a varias de las escenas de sus crímenes, en donde con un maniquí y un cuchillo de madera, fue mostrando como inmovilizaba y asesinaba a sus víctimas. También, ayudó a encontrar varios restos que aún no habían sido hallados por la policía. El 15 de octubre de 1992, fue encontrado culpable del asesinato de 52 personas y sentenciado a la pena de muerte; aunque había confesado 56 crímenes y había sido acusado formalmente por un total de 53 (uno de estos fue desestimado por falta de pruebas). Evidentemente sedado, Chikatilo lucía avejentado, sucio y cansado. El cabello le había comenzado a crecer, llevaba unas gruesas gafas y ya no parecía ese ser de apariencia demoníaca que se había presentado dos años antes, en esa misma sala. Los vótores de la audiencia, al escuchar el veredicto, no se hicieron esperar, mientras el asesino bufaba y le gritaba al juez “tramposo”. Fue tomado por el cuello por uno de los guardias; pero Chikatilo consiguió patear una banqueta que se estrelló contra la jaula, en otro de sus decadentes espectáculos. Mientras era llevado a la fuerza, intentaba morder a sus captores, como si se tratara de un animal. Al mismo tiempo, la gente aplaudía y lloraba de alegría. El problema, para algunos de los que estuvieron presentes, es que Chikatilo sí parecía una persona trastornada, y muchos se preguntaron si era correcto condenarlo a la pena máxima. La ejecución fue llevada a cabo el 14 de febrero de 1994, en la cárcel de Moscú, por medio de un disparo en la nuca. Poco antes, el Gobierno de Japón había intentado comprar el cerebro de Chikatilo, para realizar ciertas investigaciones científicas. Incluso se llegó a ofrecer la soberanía de un par de islas; pero Rusia se negó, terminantemente, a dicha

negociación. Otros países se sumaron a la petición japonesa; pero no existió una respuesta concreta.

Poco antes de morir, Andrei Chikatilo declararía: “...Y ahora, mi cerebro será cortado trozo por trozo para examinarlo. No hallarán otro como yo”.

AILEEN WUORNOS La asesina de la Autopista, La Mujer Araña



Fuente: Paper Blogs

Aileen Wuornos, ha sido catalogada como “la primera asesina en serie de los Estados Unidos”. Más allá de su trascendencia contemporánea y su denominación (en estricto rigor) de “asesina serial”, este caso llama la atención por algunos detalles un tanto inquietantes con respecto a cómo se fue desarrollando la historia.

Para los medios de comunicación estadounidenses, los asesinatos cometidos por Wuornos supusieron una verdadera mina de oro pues, por primera vez en su historia, era una prostituta la que eliminaba sistemáticamente a sus clientes y no al revés, como venía ocurriendo durante décadas con otros asesinos seriales masculinos. Una prostituta que asesinaba hombres que contrataban sus servicios, era una historia perfecta para la prensa amarillista.

Se estima que solo un 8% de los denominados *Serial Killers*, son mujeres. Es por esto que cuando un caso de estas características sale a la luz, llama bastante la atención. Es también una constante, que las mujeres utilicen métodos más “sutiles” para matar. El veneno parece ser su herramienta predilecta, pues no necesitan enfrentarse con la víctima, forcejear, ni tampoco estar presentes cuando esta muere. Aileen Wuornos, demostró ser mucho más directa a la hora de matar.

Aileen nació en Rochester, Michigan, el 26 de febrero de 1956. Nunca conoció a su padre, quien se suicidó en la cárcel cuando purgaba cargos por abuso a menores. La madre de Aileen decidió entregar a sus padres, Lauri y Britta Wuornos, la tutela de sus dos hijos (Aileen tenía un hermano un año mayor) y estos los adoptaron legalmente en 1960.

Lauri, el abuelo, solía golpear a Aileen con un cinturón de cuero. También la violaba desde muy pequeña, mientras Britta prefería decantarse por el alcohol. Estos malos tratos, fueron forjando en Aileen un odio desmesurado contra los hombres, además de un desprecio por los demás y un carácter sumamente explosivo y visceral. También comenzó a tener sexo con todo hombre que se le cruzara (incluido su hermano) y, finalmente, quedó embarazada a los 14 años. Sus abuelos (quizá sospechando que este embarazo podía ser producto de las mismas violaciones de Lauri) decidieron echar a Aileen a la calle. Luego de dar a

luz a su bebé, en 1971, lo entregó en adopción y se fue a vivir dentro de un automóvil averiado, cerca de un gélido bosque. Durante un tiempo vivió como una vagabunda; pero finalmente fue acogida por un centro de madres solteras.

Wuornos comenzó a prostituirse cuando aún iba a la escuela, incluso por unos cuantos cigarrillos. A su vez, se mostraba como una mujer impulsiva, agresiva y con notables cambios de ánimo. Aquella personalidad explosiva y paranoica, la transformaron en una mujer difícil de tratar, la cual no despertaba mucha simpatía en aquellos que la conocían.

El comportamiento antisocial de Wuornos, se hace evidente cuando revisamos su prontuario. En 1974, fue encarcelada en Colorado por conducción en estado de ebriedad, desorden público y disparar una pistola calibre 22, contra un auto en movimiento. Se le imputaron cargos adicionales por no comparecer ante el tribunal, pues abandonó la ciudad antes del juicio.

En 1976, hirió a un camarero al lanzarle una bola de billar en la cabeza, por lo que fue acusada de asalto y desorden, además de contar con otras multas por beber alcohol mientras conducía y manejar sin licencia. Ese mismo año, conoció y se casó con el dueño del Club Náutico de Florida, Lewis Fell, de 76 años. Sin embargo, el matrimonio duró apenas seis semanas, luego de que en uno de sus arranques de ira, Aileen lo golpeará con una caña en la cabeza. A pesar de haber contraído matrimonio con un hombre de situación económica estable, Wuornos seguía viéndose envuelta en riñas en los bares locales y emborrachándose todo el tiempo. Lewis consiguió el divorcio y solicitó una orden de alejamiento.

Desde 1977 a 1986, la vida de Wuornos transcurrió en las calles, bares de mala muerte y moteles de la ciudad. La vida nocturna, hizo que su carácter se fuera curtiendo cada vez más, viéndose envuelta en constantes peleas y

cometiendo múltiples ilícitos para sobrevivir. Sus antecedentes penales, dejaban en evidencia su personalidad incorregible. Ya se le había acusado de asalto a mano armada, posesión ilícita de armas, asalto, robo de vehículos, prostitución, desorden en vía pública, falsificación de cheques y agresión, entre otros.

En 1986, conoce a una tímida e impresionable chica de 28 años, llamada Tyria Moore, en un bar gay, de quien se enamora y con quien comienza una relación sentimental. Tyria había quedado impresionada por el fuerte carácter de Wuornos. Por otro lado, Wuornos sentía, por primera vez en su vida, que alguien la admiraba y la respetaba. Ambas mujeres comenzaron a recorrer hoteles y bares, sin un rumbo fijo; sin embargo, los problemas económicos las llevaron a cometer varios robos y asaltos a mano armada, para costear su estilo de vida despilfarrador. Ninguna de las dos trabajaba y aunque Aileen hizo algunos intentos por encontrar un empleo honrado, no lo consiguió. Por el momento, tendría que seguir ejerciendo como prostituta para obtener algo de dinero; pero ya estaba comenzando a sentir repulsión por los hombres y su labor le resultaba cada vez más insoportable.

Aileen Wuornos, necesitaba dinero debido a su compleja situación financiera. En el fondo, buscaba mantener a flote su relación con Tyria Moore, la cual se mostraba angustiada y nerviosa por la inestabilidad económica que las llevó, incluso, a pasar unas cuantas noches en un granero.

El 30 de noviembre de 1989, en Palm Harbor, Florida, Aileen Wuornos se sube al vehículo de Richard Mallory, un sujeto de 51 años que buscaba sexo a cambio de dinero. Por desgracia (para ambos) el hombre resultó ser un violento ex convicto y violador en serie, el cual redujo y golpeó a Wuornos de forma brutal, para atarla al volante del vehículo, violarla,

sodomizarla con una herramienta e intentar estrangularla. En un descuido, Wuornos consiguió soltarse de las ataduras y coger el revólver que siempre llevaba consigo en su bolso. Richard Mallory recibió varios impactos de bala que le produjeron la muerte inmediata. Posiblemente por temor a ser detenida y encarcelada, o por simple ignorancia, Wuornos decidió huir del lugar del crimen cuando, efectivamente, ella había sido la víctima. De haber llamado a la policía, seguramente habría sido encontrada culpable de ejercer la prostitución y portar un arma; pero no de asesinato (al menos no en primer grado, en vista de las evidencias). Había matado a un hombre en legítima defensa personal. Aun así, decidió hacer lo que mejor sabía: Huir. Desde siempre, había vivido al margen de la ley y jamás pensó que esta podría ayudarla, mucho menos si había cometido un asesinato.

Tras este crimen, el estado paranoico de Wuornos empeoró notablemente. Aunque seguía ejerciendo de prostituta, siempre viajaba con su arma cargada. Es entonces, cuando comienza a asesinar a sus clientes con el fin de robar su dinero o sus vehículos. Su desprecio por los hombres era tal, que los percibía a todos como posibles violadores y no dudaba en liquidarlos a la primera oportunidad.

En 1990, Aileen Wuornos dejaría una estela de crímenes difícil de ignorar, asesinando a seis hombres que contrataron sus servicios. La policía, ya tenía antecedentes de que la responsable de aquellas frías ejecuciones, podía ser una mujer que ejercía la prostitución, algo que resultaba inédito en las crónicas policíacas de los Estados Unidos (lo que es bastante decir). Las pistas eran múltiples y a más de alguno le extrañó que no atraparan antes a la asesina. No muchas mujeres tenían los antecedentes de Wuornos.

Mientras conducían el automóvil de una de sus víctimas, Wuornos y Moore sufren un accidente y dejan la escena, sin querer recibir ayuda por parte de los transeúntes. Se identificó el vehículo como el de uno de los hombres asesinados y la policía las ligó con la investigación. Wuornos, decidió entregarse y confesar, el 9 de enero de 1991, con la condición de que no se culpara de los crímenes a su amante, Tyria Moore. Luego de un intento chapucero de suicidio, por parte de Moore, Aileen se enfrentó al jurado, acusada de siete asesinatos.

El caso, ocasionó gran conmoción en los Estados Unidos. La primera asesina en serie de Norteamérica, era una prostituta iracunda y violenta, con una infancia catastrófica y una vida al borde de la ley. Los medios de comunicación se dieron un verdadero festín.

Al poco tiempo, Tyria Moore, quien decidió colaborar en la investigación, se mostró sumamente fría con Aileen. Posiblemente influenciada por sus abogados y el miedo a terminar tras las rejas, decidió testificar en su contra. Cuando Wuornos vio a Moore por primera vez durante el juicio, solo se limitó a llorar al corroborar que esta la acusaba de asesinato y se mostraba, a sí misma, como una víctima más. A esas alturas, además, existían rumores que vinculaban a Tyria Moore con un guionista de Hollywood, el cual le habría ofrecido una importante cantidad de dinero por colaborar con el guión de una película sobre Wuornos.

Durante el juicio, se supo que la primera víctima, Richard Mallory, efectivamente tenía antecedentes y que había estado en prisión durante 10 años por violar a una chica. Sin embargo, esto no se aceptó como atenuante ni tampoco pudo probarse que Wuornos, efectivamente, había sido abusada aquella noche, pues no se presentó a constatar lesiones. Aunque Aileen aseguró que los otros seis hombres, a los que había

asesinado, también intentaron violarla, se demostró que aquello no era cierto o, al menos, era mucho menos probable.

Los familiares de las víctimas, estaban pasando por un proceso sumamente doloroso; pero también confuso y vergonzoso. Aceptar que sus esposos, padres o hijos se habían ido con una prostituta en sus vehículos, no les causaba ninguna gracia. Wuornos, en sus declaraciones frente al jurado, tampoco era muy sutil que digamos y constantemente demostraba su lado más agresivo, insultando al juez y los asistentes, realizando gestos obscenos. Tampoco era coherente en sus declaraciones, demostrando sentirse arrepentida a ratos, para luego asegurar que lo volvería a hacer, porque le daba lo mismo la raza humana. En 1992, Aileen Wuornos fue condenada a 6 penas de muerte, ya que uno de los cadáveres nunca fue hallado.

La historia parecía demasiado atractiva. Esto hizo pensar, a muchos, que el caso estaba siendo manipulado. Existen registros de que la película *Monster* (protagonizada magistralmente por Charlize Theron y basada en la vida de Wuornos) ya tenía escrito el final mucho antes de que Aileen fuese condenada a muerte. Se rumorea acerca de una presión por parte de la Policía, los medios e incluso el mismo Hollywood, para darle un final más dramático a esta historia. Porque si bien Wuornos era culpable de todos los cargos que se le imputaron, su estado mental no parecía ser el mejor.

Nick Broomfield, conocido documentalista inglés, comenzó una serie de entrevistas con Aileen, que terminaron convirtiéndose en dos documentales sobre la asesina. En aquella investigación, quedan en evidencia los abusos cometidos por muchas personas en torno al caso, solo con el afán de ganar dinero. Mientras algunos se beneficiaban económicamente, otros eran parte de una cadena que buscaba,

aparentemente, que Wuornos se suicidara. Broomfield comienza a dudar acerca de la salud mental de la acusada (debido a su errático comportamiento y evidente deterioro físico) y llega a plantear que Wuornos estaba loca. De ser así, concluye Broomfield, y en base a la Constitución de los EE.UU. no debió ser condenada a muerte; sino encerrada en un centro para enfermos mentales. Wuornos, entre divagaciones y al conceder la última entrevista antes de morir, termina insultando a Broomfield entre gritos histéricos, asegurando que no está loca, que no se arrepiente de sus crímenes y que si la soltaran, volvería a hacerlo. Nick, se ve claramente consternado al final del film, ya que aseguró haber podido ver el enorme esfuerzo de Aileen por tratar de parecer alguien maligno frente a las cámaras, entre los intentos por mantener una falsa lucidez.

Los crímenes de Aileen Wuornos, fueron motivados por una mezcla de odio ciego hacia el género masculino, un comportamiento antisocial y un gran sentimiento de frustración. Odiaba a su abuelo, pues abusó de ella desde pequeña. Veía, en los hombres, a depredadores sexuales que solo se relacionaban con ella para buscar sexo. Rara vez recibió ayuda de sus cercanos, vivió como una pordiosera e incluso mostraba quemaduras en manos, pies y cara, producto de los duros inviernos que debió pasar a la intemperie bajo la nieve, en una casucha improvisada con ramas, en mitad del bosque. Su triste vida, solo se vio amenizada con la aparición de Tyria Moore, quien también terminó por traicionarla.

Aileen Wuornos, fue ejecutada por medio de inyección letal el 9 de octubre del 2002. Sus cenizas, fueron entregadas a una de sus pocas amigas, que se encargó de esparcirlas en un árbol de su propiedad.

JEFFREY DAHMER El Carnicero de Milwaukee, El Caníbal de Milwaukee



Fuente: Milwaukee Police Department

Robert Rauth, uno de los policías implicados en el caso Dahmer, comentaría más tarde a la prensa: “Uno piensa que ya lo ha visto todo en la vida, y de pronto ocurre algo como esto...”.

Jeffrey Dahmer, nació el 21 de mayo de 1960 en Wisconsin, Estados Unidos, en una familia bien constituida de clase media. En 1967, la familia Dahmer se muda a Bath, Ohio, en donde finalmente se establecieron. Desde su infancia, Jeffrey demostró ser un niño inquieto; pero, al mismo tiempo, un tanto alienado y preocupado casi obsesivamente por los insectos, los cuales conservaba en frascos de formol. A los 8 años,

su padre, Lionel Dahmer, le regaló un juego de química y comenzó a experimentar con restos de insectos, disolviéndolos. Poco a poco, el interés de Dahmer apuntó a animales más grandes como ardillas, gatos, perros, etc. Sin embargo, Jeffrey no torturaba a los animales (como si lo hacen muchos asesinos seriales durante su infancia y adolescencia); sino que los cuidaba. Los cuerpos con los que experimentaba, eran los de infortunados animales que aparecían muertos en el bosque o la carretera. Con sustancias químicas, lograba blanquear los huesos y los escondía en el bosque o su jardín. El chico parecía estar fascinado diseccionando animales muertos. Gran parte de su infancia y adolescencia, lo dedicaría a esta curiosa afición. A pesar de no mostrar conductas sádicas ni violentas con animales domésticos, disfrutaba en silencio cómo su padre abría en canal los peces que sacaban del río cuando iban a pescar.

Pero las cosas no iban muy bien en casa de los Dahmer. Lo que parecía ser una familia feliz, terminó por desintegrarse. Después de un amargo divorcio, los padres de Jeffrey se pelearon la custodia de su hermano menor, algo que lo marcó profundamente. Se sentía triste y abandonado. Parecía que sus padres no se interesaban por él y trataba, desesperadamente, de llamar su atención. A los 15 años, ya era un alcohólico consumado y bebía whisky en clases. Una de las bromas que hacía constantemente, era simular ser un retardado mental o alguien con parálisis cerebral, y escandalizar a la gente en lugares públicos. Su comportamiento lo catapultó a la fama como el payaso del curso y se hizo de un pequeño séquito de seguidores que aplaudían sus ridiculeces (las cuales incluso fueron bautizadas por sus compañeros de clase como “dahmerismos”); pero pronto terminó por aburrirlos y lo volvieron a dejar de lado. A pesar de ser un desadaptado, un par de chicas del instituto se

acercaron a coquetearle, pues lo consideraban atractivo. Pero Jeffrey las ignoraba por completo. Simplemente, su cabeza estaba en otro lado.

A los 18 años, Jeffrey se sentía muy angustiado, debido a que empieza a darse cuenta que es homosexual. No era algo fácil de tratar con la familia, así que Dahmer decide mantenerlo en secreto. Por aquel entonces, vivía en casa de su abuela, pues sus padres ya estaban separados y no tenía a donde ir.

Durante ese mismo período, Dahmer había visto pasar por fuera de su casa a un joven atlético que salía a correr todas las mañanas por el sector. Un día, decidió esperarlo con un bate de béisbol, para atacarlo. Por azares del destino, esa mañana el muchacho no salió a correr, lo que probablemente le salvó la vida. Dahmer abandonó la idea de inmediato y no volvió a intentarlo.

El padre de Jeffrey, empezó a visitarlo constantemente y parecía mucho más preocupado por él que su madre; pero no sabía cómo orientar a su hijo. El homosexualismo seguía siendo tabú en los Estados Unidos y Lionel no sabía cómo tocar el tema. Lamentablemente, el problema era mucho más grave de lo que él pensaba.

En junio de 1978, Dahmer conducía por la carretera cuando de pronto vio a Steven Hicks, un chico que hacía autostop. El calor de junio era sofocante y el despreocupado muchacho se encontraba haciendo dedo al borde del camino, sin su camiseta puesta. Esta, había sido una de las más frecuentes fantasías sexuales de Jeffrey durante años, y no dudó en detener el auto y ofrecer un aventón al muchacho. Casi no podía creerlo. Ambos se fueron conversando y congeniaron bastante bien. Dahmer le preguntó, a Hicks si le apetecía ir a beber unas cervezas frías y fumar un poco marihuana en casa de su abuela. Si bien vivía con ella, tenía bastante privacidad en su

habitación, el garaje y el sótano. Hicks accedió entusiasmado a la invitación de Dahmer.

Estuvieron escuchando música, bebiendo y fumando hierba casi toda la noche en el sótano; sin embargo se desconoce si mantuvieron relaciones sexuales. Lo cierto es que, a la mañana siguiente, Steven Hicks decidió irse. Dahmer sintió esta actitud como un abandono... un rechazo... lo que le molestó de sobremanera y perdió el control. No quería que Hicks se fuera. Trató de retenerlo y le ofreció más cerveza, más hierba; pero el muchacho solo quería irse. Dahmer se desesperó y comenzó a forcejear con su sorprendido invitado, el cual no tardó en comprender que aquello acabaría a golpes. Ambos se trenzaron a puñetazos y cayeron al suelo. Es, entonces, cuando Dahmer coge una mancuerna de hierro que tenía en el garaje y golpea a Hicks en la cabeza, para luego estrangularlo con una barra de pesas hasta matarlo. Según su posterior confesión, se sentía muy mal por haber asesinado a ese chico. No quería matarlo... pero tampoco quería que se fuera.

Mantuvo el cuerpo con él varios días; pero sabía que tenía que deshacerse de él o su abuela terminaría por descubrir el cadáver. Decidió descuartizar a Hicks y guardarlo en varias bolsas de basura. Tomó su vehículo y salió a la carretera durante la noche, para lanzar los restos en algún bosque o sendero abandonado; pero un policía lo detuvo por conducir de manera errática. Dahmer estaba seguro de que el agente iba a descubrir el cuerpo, pues lo llevaba dentro de varias bolsas de basura en el asiento trasero del auto, a plena vista. Sin embargo, el policía le realizó preguntas de rutina, verificó que no estaba borracho y le puso una multa por conducir fuera de su carril. Cuando el agente alumbró con su linterna al interior del coche, observó las bolsas y le preguntó al muchacho qué llevaba allí. Dahmer, sin titubear, contestó que solo llevaba basura. El agente no inspeccionó las

bolsas y lo dejó ir. No sería la última vez que la suerte le sonreiría de esa forma.

Dahmer volvió a casa con los restos de Hicks. No podía creer lo cerca que había estado de ser descubierto. En vista de que no se volvería a arriesgar a salir con un cadáver en el vehículo, decidió esconderlo en casa de su abuela, bajo las tuberías del sótano. Años después, exhumaría el cuerpo y molería los huesos hasta convertirlos en astillas para, posteriormente, esparcirlos por un bosque cercano. Dahmer estaba seguro de que lo descubrirían tarde o temprano por aquel crimen; pero pasaron los años y nunca nadie habló, siquiera, de la desaparición de Hicks. Esperó en vano a que llegara la policía a golpear su puerta.

En 1978, Lionel y su nueva esposa, logran entusiasmar al joven Jeffrey para que se matricule en la Universidad de Ohio; pero sus problemas con el alcohol nuevamente le pasan la cuenta y se retiró después de cumplir solo un semestre.

Al año siguiente, Lionel lo convence para entrar en el Ejército; pero tras dos años en Alemania, es dado de baja y vuelve a Milwaukee. Su experiencia allí no había sido buena. Trataba de encausar su vida; pero su tendencia a emborracharse arruinaba todos los esfuerzos. Dahmer solía beber hasta perder el sentido y este fue uno de los motivos por los cuales fue expulsado. En parte, bebía para embotar sus fantasías homosexuales; pero también otras que lo aquejaban y que se acercaban más a la necrofilia. Para él, ambas representaban un problema.

Otro motivo por el cual Jeffrey prefería permanecer la mayor parte del tiempo borracho, era el primer crimen que había cometido. Seguía dándole vueltas en la cabeza y se prometió, a sí mismo, no volver a matar. Incluso decidió evitar todo tipo de relación sexual. También comenzó a asistir a la iglesia y trató de conseguir un empleo.

Durante este complejo proceso, Lionel lo respaldó constantemente. Para él, el problema de su hijo estaba relacionado con su incapacidad de aceptar su sexualidad. Trató de apoyarlo en cuanto pudo y el mismo Jeffrey parecía agradecido de ello. Sin embargo, los verdaderos problemas de Jeffrey Dahmer, eran bastante más serios que el alcoholismo o su incipiente homosexualidad.

Estuvo viviendo un tiempo en Florida; pero la cosa no pros - pero y tuvo que volver a Ohio, a casa de su abuela. Para ese entonces, las fantasías sexuales de Dahmer se volvieron más bizarras. Se excitaba al imaginarse los intestinos humanos (como los que veía al diseccionar animales) y su abuela descubrió que ocultaba un maniquí en la habitación, para masturbarse. Pero en 1986, Jeffrey Dahmer comienza a perder el control. Es detenido por exhibicionismo y, como confesaría años más tarde, habría tratado de exhumar el cuerpo de un joven que había fallecido poco antes, con el fin de abusar sexualmente del cadáver. Sin embargo, el suelo del cementerio estaba parcialmente congelado y no consiguió desenterrarlo. La tensión sexual que sentía Jeffrey era tremenda. Él se había autoimpuesto un celoso celibato hace casi 10 años atrás; pero ya estaba harto. En 1987, decidió visitar un bar gay en donde conoció a Steven Toumi. Dahmer y Toumi se emborracharon y terminaron su noche de juerga en un hotel cercano. Cuando Jeffrey despertó por la mañana, Toumi ya estaba muerto. Dahmer estaba muy asustado. No comprendía qué había pasado... no recordaba absolutamente nada. Lo único que sabía, era que debía deshacerse del cadáver, pues la habitación había sido rentada a su nombre. Salió del hotel y compró una gran maleta en donde introdujo el cuerpo de Toumi. Luego de pagar la cuenta, cargó el gran bulto sin que nadie lo viera y cogió un taxi. El mismo taxista lo ayudó a colocar la maleta en la cajuela y lo llevó hasta la casa de su abuela. Pero, esta vez,

Dahmer no quería deshacerse tan rápido de su víctima. Mantuvo relaciones sexuales con el cadáver de Toumi, antes de descuartizarlo y meter los restos en varias bolsas de basura. Se quedó con la cabeza, la cual hirvió para quitar la carne y blanquear el cráneo. Luego, la pintó con aerosol y la dejó en su habitación como un inocente adorno. Cuando le preguntaban por el curioso cráneo, aseguraba que se trataba de una réplica de plástico o que se lo había comprado a un alumno de medicina.

En 1988, Dahmer asesinó a James Doxtator y Richard Guerrero, ambos menores de edad que rondaban los bares gay de la ciudad, ofreciendo favores sexuales a cambio de dinero. Ese mismo año, se mudó a un departamento en Milwaukee, el 213 de Oxford Apartment, en donde comenzaría una vertiginosa e infame carrera como asesino en serie.

Para 1989, con 29 años de edad, Dahmer ya figuraba en los registros policiales como un *child molester*, lo que significaba que había mostrado algunas actitudes lascivas con menores de edad. Había sido acusado de masturbarse frente a dos chicos de 13 años, cerca de un parque, y en 1988 (al día siguiente de haberse mudado a su nuevo departamento) habría drogado y violado a otro muchacho de la misma edad, al que posteriormente dejó en libertad. Los padres de las víctimas acudieron a las autoridades y Dahmer fue detenido por la policía. Fue condenado a dos años de cárcel, de los cuales solo cumpliría 10 meses. Se encontraba en pleno tratamiento psicológico, cuando logró optar a una audiencia para solicitar la libertad, pues aun debía cumplir otros 14 meses de presidio. Dahmer se había mostrado sumamente avergonzado por sus actos frente a los tribunales. Decía que estaba recientemente rehabilitado del alcohol, que quería buscar un empleo estable y que tenía problemas en aceptar su homosexualidad. El jurado coincidió en que Dahmer parecía sincero y decidieron darle otra oportunidad, aunque debería asistir semanalmente a

visitar una psicóloga, la cual trataría de orientarlo y evaluaría su estado de ánimo, además de ayudarlo con el conflictivo tema de su sexualidad. A pesar de que Lionel solicitó que no dejaran libre a su hijo hasta que terminara el programa de rehabilitación en la cárcel, Jeffrey salió en libertad condicional. Algunos psicólogos también recomendaron dejarlo internado, pues lo consideraban un sujeto potencialmente peligroso. Pero, por lo visto, logró convencer al tribunal de su arrepentimiento. Comenzó a asistir a las reuniones con la psicóloga y hablaron acerca de sus delitos. Obviamente, Dahmer no contó nada acerca de Steven Hicks ni Steven Toumi. Tampoco habló acerca de James Doxtator y Richard Guerrero. Los detalles de las entrevistas con la psicóloga, aparecen detallados en el libro *El hombre que no mató lo suficiente*, de Anne E. Schwartz.

Jeffrey había empezado a trabajar en Ambrosia Chocolate, por fin un empleo estable. Ya podía costear los gastos de vivir solo y gozar de más independencia e intimidad. Con algo de dinero y más confianza, Jeffrey empezó a frecuentar los baños de vapor de Milwaukee, lugar en donde algunos hombres mantenían rápidas y consensuadas relaciones homosexuales. Sin embargo, tenía la costumbre de drogar a quienes parecían estar atraídos por él, para luego violarlos y marcharse rápidamente. Este comportamiento, desató la furia de varios clientes que aseguraban haber sido engañados por Dahmer, así que finalmente se le prohibió la entrada a dicho establecimiento.

Uno de los principales problemas de Jeffrey Dahmer, era que se sentía incapaz de mantener una relación consensuada y normal con alguien que le gustara. Si la persona no estaba inconsciente o muerta, sentía que no era de su completa propiedad. Esta es una de las principales características de aquellos que cometen actos de necrofilia. Dahmer, muy en el fondo de su ser, no quería hacerle daño a nadie; pero tampoco podía contenerse más.

Posteriormente, y en vista de que no podría seguir asistiendo a los saunas, comenzó a visitar bares de homosexuales casi todas las semanas. Allí, los chicos parecían más abiertos a consumir alcohol o drogas, y no tenían reparos en acompañar a Dahmer a su departamento si este los invitaba. Después de todo, solo querían pasar un buen rato. Dahmer cometería 14 asesinatos más, antes de ser atrapado.

El 22 de julio de 1991, un joven llamado Tracy Edwards fue encontrado en las calles vagando desnudo, desorientado (drogado) y con una esposa en la muñeca. Dos policías le preguntaron qué había sucedido y él les indicó que un hombre lo había esposado y amenazado con matarlo. Los guió hasta el departamento de Dahmer, y este parecía estarlos esperando. Ante las preguntas de los oficiales, Jeffrey les dijo que el joven era un amigo suyo y que ambos estaban realizando fotos de carácter sexual; pero estaban algo ebrios. Dahmer mostró algunas instantáneas que corroboraban la versión. Solo parecía ser la discusión de un par de homosexuales borrachos.

Uno de los policías decidió husmear en la habitación de Dahmer. Había percibido un olor extraño; pero no podía precisar de qué se trataba realmente. Su nariz entrenada ya había sentido olores putrefactos de cuerpos en descomposición en otras ocasiones; pero esto era distinto... otro tipo de hedor. Se acercó a la cama de Dahmer y, sobre una mesa, descubrió más de ochenta fotos polaroid que mostraban a varios cadáveres en extrañas poses y distintas etapas de descuartizamiento. El policía le gritó a su compañero, desde la habitación, que tendrían problemas.

Esposaron a Dahmer, quien no opuso mayor resistencia, mientras observaban, sorprendidos, las macabras fotografías. Edwards, que ya estaba un poco más despierto, les advirtió que Dahmer se habría puesto “de mal humor” cuando trató de abrir el refrigerador en busca de una cerveza. “Quizá haya una cabeza allí dentro” murmuró.

Cuando abrieron el refrigerador, solo para burlarse del delirante Edwards, los gritos de los policías despertaron a los vecinos. Encontraron tres cabezas humanas en perfecto estado, además de una olla con manos y genitales en alcohol. En un rincón de la habitación, había un barril de más de 200 litros, con torsos humanos disueltos en químicos. Los agentes llamaron a los refuerzos de inmediato antes de llevarse a Dahmer y Edwards a la comisaría, ubicada a tan solo un par de cuadras del lugar. Los canales de televisión y los reporteros comenzaron a llegar a los departamentos Oxford, donde se había corrido la voz de que un sujeto guardaba cabezas humanas en su refrigerador. Al mismo tiempo, los vecinos salieron a la calle espantados, dando entrevistas a los distintos medios de comunicación que plagaron la manzana. Muchos decían que el inquilino del 213 era un hombre solitario; pero que lucía bastante normal. Eso sí... varios dijeron que un olor extraño salía de su departamento. Aquellos que pudieron mirar de reojo y por casualidad el interior del departamento 213, cuando Dahmer entraba o salía, lograron ver un gran acuario que tenía en la sala de estar y pensaron que el extraño hedor provenía de allí. Jamás se imaginaron que escondía restos humanos. La policía, aún no podía precisar la magnitud de lo que había encontrado. Reporteros y curiosos preguntaban a los agentes cuántos cadáveres hallaron en el apartamento. En un momento, se dijo que cinco. Luego, doce. Los canales de televisión comenzaron a interrumpir su programación para difundir la horrible noticia. Los reporteros se peleaban por entrevistar a los oficiales que entraban y salían del departamento 213. Todos querían una exclusiva del caso. Estaba claro que los periódicos iban a venderse como pan caliente al día siguiente. Mientras periodistas, reporteros gráficos y canales de tele - visión repletaban las afueras de los departamentos Oxford, los policías

comenzaron a retirar las evidencias y lo que quedaba de las víctimas. Sacaban bolsas y cajas con huesos y cráneos. Frascos de vidrio con partes humanas. Una unidad especial entró al departamento de Dahmer vestida con trajes anticorrosivos y máscaras antigases, ante la incredulidad de los asistentes. Pocos minutos después, salieron cargando un refrigerador con restos humanos y un enorme barril azul que contenía, en su interior, partes de cadáveres que estaban siendo disueltas en sustancias químicas. Nadie podía creer lo que estaba viendo. Las imágenes, que se estaban transmitiendo en vivo por televisión, eran realmente impactantes. Jamás se había visto algo semejante.

¿Pero quién era Jeffrey Dahmer? La interrogante se había ins - taurado en la mente de todos los estadounidenses. Claro que no era la primera vez que las fechorías de un asesino en serie salían a la luz pública... pero este caso era completamente distinto. El hecho macabro de que guardara las cabezas en el refrigerador, resultaba aterrador. Fue, entonces, cuando aparecieron las primeras fotografías del sospechoso... el cual lucía espantosamente normal.

Dahmer se sentía aliviado de que lo hubiesen detenido. Sabía que no podía lidiar con sus fantasías ni con el frenesí asesino que lo consumía. Una vez en el Departamento de Policía, aceptó colaborar y ayudar en todas las investigaciones del caso. Confesó haber asesinado a un total de 17 hombres y adolescentes entre 1978 y 1991. Según sus declaraciones iniciales, a la mayoría los había drogado con cloroformo y estrangulado, para abusar sexualmente de ellos y luego descuartizarlos e incluso cometer actos de canibalismo con los cadáveres.

El caso del Carnicero o Caníbal de Milwaukee tuvo una enorme cobertura mediática y gran repercusión social, no solo por lo horroroso de los actos del asesino; sino por las evidentes ne- gligencias policiales que fueron

saliendo a la luz. Dahmer pudo haber sido detenido mucho antes. Podrían haberse salvado varias vidas si la policía y las autoridades hubiesen realizado bien su labor desde un principio. El hecho de que varias de las víctimas de Dahmer fuesen homosexuales y de raza negra, desató gran controversia en la población. Muchos aseguraban que no se había investigado correctamente a Jeffrey Dahmer, solo porque era blanco y no lucía como un criminal. No se tardó en tildar a la Policía de Milwaukee como “racista” y “homofóbica”.

En sus declaraciones, Dahmer detalló cómo engañaba a sus víctimas para que lo siguieran hasta su departamento. Generalmente, les ofrecía dinero para que posaran desnudos en algunas fotografías. Estos accedían y lo acompañaban a su apartamento. Luego de fotografiar a sus futuras víctimas, les ofrecía unas cer- vezas que había mezclado con somníferos y esperaba a que se desvanecieran para estrangularlos, violarlos y descuartizarlos.

Uno de los aspectos más dramáticos del juicio, fueron las confesiones del mismo Dahmer frente a los familiares de las víctimas. Por muy doloroso que resultara, muchas de las familias querían saber el cómo y porqué habían muerto sus hijos o hermanos, lo que terminó siendo tremendamente desagradable y traumático. Los detalles eran realmente grotescos. Tanto así, que uno de los jurados vomitó y se desmayó, y una chica (familiar de una de las víctimas de Dahmer) trató de golpear al asesino, mientras gritaba: “¡Te odio Jeffrey Dahmer!” , en una angustiante escena televisada a toda Norteamérica.

El 27 de mayo de 1991, dos meses antes de que se detuviera a Jeffrey Dahmer, una llamada al 911 alertó a la policía de la presencia de un muchacho que deambulaba semidesnudo por la calle. No podía comunicarse bien y, al parecer, estaba en estado de embriaguez y bajo el

efecto de las drogas. Sangraba de una rodilla y del ano. Los policías lo interrogaron y este aseguró haber sido atacado por un hombre. Llevó a los agentes hasta el 213 *Oxford Apartments*, pero nadie respondió el llamado. En ese mismo instante, Dahmer venía llegando y se encontró con la escena. El chico se encontraba sedado; pero había escapado mientras Dahmer había ido a comprar algunas cervezas. El chico se llamaba Konerak Sinthasomphone, de solo 14 años, y había sido secuestrado la noche anterior. Dahmer abrió la puerta del departamento y dejó que la policía entrara. Les explicó que Sinthasomphone era mayor de edad y que tenía 19 años. En realidad Dahmer no mentía. Konerak se había presentado ante él diciendo que tenía 19. Como era alto, no aparentaba ser un menor... y mucho menos que tuviera 14 años. Konerak hacía esto para que lo dejaran entrar a los distintos bares gay de la ciudad. Dahmer no supo que Konerak tenía 14 sino hasta el día del juicio.

Los policías inspeccionaron superficialmente el departamento. Si lo hubiesen hecho a fondo (y de forma medianamente aceptable) habrían descubierto un cadáver en la habitación de Dahmer y una cabeza humana bajo unas bolsas, en la cocina. Por su parte, Jeffrey Dahmer les mostró una sesión de fotografías eróticas que le había tomado a Konerak la noche anterior. Según él, eran novios, se habían emborrachado y luego discutieron. Prometió que no volvería ocurrir.

Los policías vieron cómo Konerak, apenas Dahmer abrió la puerta para dejarlos entrar a su departamento, caminó por su propia voluntad y se recostó en el sillón de la sala. Esto les hizo suponer que la historia de Dahmer era verídica y se retiraron.

Jeffrey no podía creer lo cerca que había estado de ser atrapado. Decidió drogar nuevamente a Konerak y lo estranguló inmediatamente, para luego descuartizarlo.

¿Cómo era posible que la Policía fuese tan ineficaz? ¿Habrían actuado, los agentes de policía, de la misma forma si el sospechoso hubiese sido de raza negra? Cientos de manifestaciones comenzaron a calentar el ambiente a las afueras de los tribunales. El caso había tomado ribetes de guerra racial. Parecía una burla que los oficiales ni siquiera se hubiesen tomado la molestia de corroborar la edad del chico antes de dejarlo con su supuesta pareja. Ineficiencia, homofobia, racismo, discriminación. Ya no existían más epítetos para definir todo aquello.

Cabe destacar que Konerak Sinthasomphone no era de raza negra, sino laosiano; sin embargo su hermano menor, Kanoukone Sinthasomphone, había sido abusado sexualmente por el mismo Jeffrey Dahmer en 1988, lo que causó un revuelo tremendo. Podían haber detenido a Dahmer ese mismo día; pero le entregaron a un muchacho de 14 años completamente drogado.

No solo sufrían los familiares de las víctimas. Los padres de Dahmer, Lionel y Joyce, tenían los rostros desencajados de espanto al escuchar los horrorosos actos de asesinato, necrofilia y canibalismo que su hijo iba relatando con un tono monótono y escalofriante. Se mantuvieron estoicos hasta el final del juicio; pero Joyce no quiso saber nada más de Jeffrey. Lo que había tenido que escuchar y ver en aquel juicio, le había resultado demasiado traumático. Muy distinta fue la actitud de Lionel, quien siguió visitando y apoyando a su hijo. Sabía que los crímenes que había cometido eran horribles y que debería pagar por ellos ante la ley; pero seguía queriéndolo como un padre incondicional.

Las confesiones de Dahmer, resultaban ciertamente espeluznantes. En su ánimo por colaborar con el caso (decía sentirse muy arrepentido por sus crímenes) trató de no ocultar ni omitir ningún detalle. Pronto, lo espantoso de las confesiones, comenzó a afectar a quienes estuvieron presentes en el

proceso. Algunas personas del jurado se sintieron indispuestas y acusaron sufrir pesadillas durante las noches.

Dahmer no quería que lo abandonaran. Asesinaba para no sentirse solo... para poseer completamente a sus parejas sexuales, destrozarlas, comerlas, abusar de ellas y destruirlas en ácido. Decía sentirse atraído por hombres con pectorales desarrollados, los cuales seccionaba y comía después de cocinarlos. Taladró la parte frontal del cráneo de algunas de sus víctimas y les inyectó ácido clorhídrico y agua hirviendo en el cerebro, para convertirlos en zombis. Mientras estos caminaban por su departamento, parcialmente muertos, Dahmer les abría el estómago y se masturbaba entre sus intestinos. Una vez que los mataba, iba tomando fotografías del proceso de descuartizamiento. Algunos órganos como las manos, penes y cabeza, quedaban guardados en el refrigerador. Cuando se descomponían, los cráneos eran blanqueados y pintados con aerosol para hacerlos pasar como si fueran de plástico. El resto del cuerpo, era disuelto en unos tambores con ácido que mantenía ocultos en el departamento, lo cual expelía un hedor que muy pocos soportaban en el edificio. Sin embargo, no parecía olor a muerto... los mismos policías pudieron corroborar que, con su experiencia en escenas del crimen, jamás habían sentido un hedor tan extraño.

Dahmer confesó, además, que estaba planificando crear una especie de altar negro, rodeado de cráneos humanos y dos esqueletos completos a los costados. Tenía un dibujo, en un cuaderno, en donde había graficado la idea. Para su construcción, debía de asesinar a varias personas más; pero, por suerte, fue detenido antes.

Durante el juicio, Dahmer se mostró sereno. Dijo que estaba arrepentido; pero que no podía controlarse... que se sentía solo y que trató de enderezar su vida; pero que no pudo. Y la verdad es que ni él mismo sabía el

porqué de sus actos. Algunos especialistas aseguraron que Dahmer entraba en algunos estados catatónicos e incluso disociativos y que, quizá, si estaba loco. Sin embargo demostró mucha cordura durante el juicio, enfatizó en sus ganas de cooperar con las investigaciones y jamás se le vio delirando o hablando incoherencias. Se mostró educado, atento, colaborador... aunque muy frío. En una ocasión, se presentó a prestar declaraciones con la camisa de una de sus víctimas. También usó lentes de contacto amarillos. Él mismo habría declarado su admiración por un personaje de la película *Star Wars*, el Emperador (quien tenía los ojos amarillos). Este, reflejaba sus propios deseos de tener dominio y control sobre los demás.

Jeffrey Dahmer fue sentenciado a 15 cadenas perpetuas; sin embargo, pocos años después, fue atacado por Christopher Scarver, un interno esquizofrénico que sufría de delirios religiosos, el cual le partió la cabeza con un tubo de metal, asegurando que cumplía con una misión divina. Dahmer fallecería de camino al hospital el 28 de noviembre de 1994, a la edad de 34 años.

Se le había advertido a Dahmer que era preferible que permaneciera en solitario, pues muchos de los reos lo veían como un monstruo. Pero Jeffrey estaba cansado del aislamiento y quería conversar con otras personas. Finalmente se le permitió compartir con el resto de los internos; sin embargo lo ignoraban... la mayoría le temía. Pero también algunos lo odiaban. Era sabido que sus víctimas habían sido mayoritariamente jóvenes de raza negra, lo que les hacía sospechar que se trataba de crímenes raciales, aunque él lo negaba constantemente.

Antes de morir, Jeffrey Dahmer dio una serie de entrevistas para documentales y expertos en psiquiatría y asesinos en serie, como Robert Ressler. En todas sus confesiones, trató de ser lo más honesto posible.

Pensaba que la única forma de colaborar con los investigadores, era mostrando hasta sus más íntimas fantasías.

Según Ressler, quien estuvo a cargo de presentar el perfil del asesino frente al jurado, la personalidad de Dahmer era sumamente compleja. Era un sujeto que no mostraba rasgos claros de psicopatía. Tampoco cumplía con las clásicas características que un criminal violento muestra durante su infancia. No tenía daños cerebrales ni era especialmente sádico (no disfrutaba torturando a sus víctimas); aunque sí mostraba tendencias necrófilas, fascinación por los cadáveres y una obsesiva compulsión por poseer a sus parejas. Los actos de canibalismo cometidos por Dahmer, correspondían a ese mismo deseo. Sentía que, al comer parte de ellos, los poseía y que nunca más podrían abandonarlo. Tampoco se trataba de un retrasado mental. Se estimó que el coeficiente intelectual de Jeffrey Dahmer estaba entre los 150 y 160, prácticamente un genio.

Uno de los aspectos más importantes que recalcó Robert Ressler, tras la serie de entrevistas que tuvo con Dahmer, es que este caía en ciertos episodios de disociación de personalidad muy difíciles de percibir. Ni siquiera él se daba cuenta cuando entraba en pequeños estados de catatonia mientras contaba sus crímenes a la policía o los especialistas. De hecho, cuando Dahmer fue detenido en su departamento, el día de los hallazgos, uno de los policías mencionó que el acusado estaba sentado, balanceándose, mientras les conversaba como si nada ocurriera. Pero algunas de las declaraciones de Ressler causaron desagrado en el jurado. Querían meter al asesino en la cárcel, no en un manicomio. La presión social y política también jugaba un factor importante. Dahmer “no podía estar loco”.

Finalmente, el jurado decidió que el acusado estaba completamente cuerdo y consciente de sus actos, y que debía cumplir su condena en prisión.

Ressler, por su parte, seguía insistiendo en que Dahmer debía permanecer en un psiquiátrico. Se había dado cuenta de que el acusado hacía grandes esfuerzos por disimular algún tipo de enfermedad mental; pero no fue escuchado.

El cerebro del célebre Carnicero de Milwaukee, fue confiscado para análisis forenses y científicos; pero corren rumores de que su padre, Lionel, logró acceder a él y lo cremó. El edificio donde vivía Dahmer, fue demolido hasta sus cimientos, ya que nadie quería vivir en él.

Actualmente, es un sitio baldío. El refrigerador fue subastado para montar un museo de los horrores. Varios familiares de las víctimas se enteraron, así que decidieron reunir el dinero, comprarlo y reducirlo a cenizas.

Cientos de artículos inspirados en Jeffrey Dahmer, comenzaron a comercializarse de forma clandestina e indiscriminada, como si se tratase de una estrella de rock o un actor famoso. Actualmente, han salido a la venta camisetas, libros, juguetes, cómics, películas y todo tipo de *merchandising* basados en esta espantosa historia y su protagonista. Y es que Jeffrey Dahmer llegó a convertirse en uno de los más célebres criminales de la historia, presentando además varios paradigmas con respecto a los falsos estereotipos que los especialistas tenían sobre el perfil de un asesino en serie.

WESTLEY DODD



Fuente: Debate.com.mx

Westley Dodd, nació en Richland, Washington, en 1961. Criado en una familia de clase acomodada y que nunca tuvo carencias o problemas de abuso. Si bien jamás sufrió maltratos o traumas, nadie le dirigía palabras de afecto o cariño, lo que provocó en el muchacho un temple frío. A pesar de todo, era una familia unida y estable.

En el colegio, se le reconocía como un chico brillante y muy meticuloso en todo lo que hacía; pero también como un niño solitario, frío y con una mirada despectiva.

Desde pequeño, Dodd mostró ciertas conductas exhibicionistas. Mostraba sus genitales por la ventana de la casa o salía a andar en bicicleta desnudo. Estos actos, generalmente son un indicador de un sadismo latente; en menor grado claro está. Sin embargo, muchos psicólogos piensan que el exhibicionismo, es forzar a otro a ver algo que hubiese preferido ahorrarse. Ese acto es el génesis del sadismo. Obviamente, en el caso de Dodd (un chico pequeño, menudo y de rostro infantil) pasaba a ser algo

más llamativo que grotesco y nadie lo tomó como algo realmente grave. Pero también cometía actos de masoquismo sin que nadie sospechara, como introducirse varas de madera por el recto o agujas por el pene, para ver hasta dónde podía soportarlo.

En su adolescencia, Westley se dio cuenta que sentía una enorme atracción sexual por chicos de menor edad que él. Le bastaba con mirar cómo mudaban a un bebé, para tener una erección en su pantalón. Es así como Dodd, comienza a abusar de otros menores a una edad alarmante (a partir de los 13 años). Como en todos los casos de depredadores sexuales, sus fantasías irían en aumento y se volverían cada vez peores.

Sus primeras víctimas fueron sus propios primos pequeños. Las sospechas de sus familiares eran constantes; pero no podían creer que estuviera ocurriendo dentro de su propia familia. Luego de unos años, se ofrecería a cuidar a niños y bebés de sus vecinos en el barrio, de los cuales también abusó constantemente convirtiéndose, a la corta edad de 15 años, en un violador de niños consumado.

Su padre, comenzó a tener serias dudas sobre el comportamiento de Westley, sobre todo por los comentarios de cercanos; pero jamás supo cómo reaccionar ante sus actos. Trató de advertirle en un par de ocasiones; pero no supo abordar la situación y se vio sobrepasado.

Ya con 17 años, Dodd se inscribió como guía de los Niños Exploradores, lugar donde podía estar más cerca de ellos y buscar la instancia para sodomizarlos. También solía entrar a los cines en los que se exhibían películas para menores de edad, en donde se sentaba tranquilamente a esperar a que un niño fuera al baño. Entonces lo seguía, lo violaba y huía. Hasta entonces, Dodd no usaba la violencia. Se aprovechaba de que eran niños muy pequeños (de 2 a 8 años) para engañarlos, ofreciéndoles dulces, juguetes o dinero. Y es que Dodd no parecía una amenaza ni de lejos.

En un par de ocasiones, ya siendo mayor de edad, fue detenido por conductas sospechosas con menores. Incluso, en una ocasión, intentó raptar a dos niñas pequeñas para violarlas, y a pesar de ser detenido, fue puesto en libertad a las pocas horas. La segunda detención registrada, explica cómo había ofrecido 50 dólares a dos menores para ir a un motel a jugar strip-póker. El mismo Dodd reconoció que su deseo era violarlos; pero de forma incomprensible volvió a salir a la calle.

Con el tiempo, las fantasías de Dodd comienzan a tornarse más macabras y empieza a contemplar la idea de la tortura y el asesinato. Incluso, en sus numerosos diarios (en donde iba registrando cada uno de sus perturbados planes) reconoce sentirse excitado con la idea de violar, torturar, matar e incluso canibalizar los genitales de los niños. Es así como la retorcida cabeza de Dodd comienza a proyectar sus próximos pasos.

Se muda a Vancouver y recorre las plazas para verificar lo que él mismo llamaría más tarde “zona de caza”. En ella, cientos de chicos jugaban diariamente y Dodd comienza a buscar la oportunidad para raptar una víctima sin ser visto. Finalmente se topa a dos hermanos de 11 y 10 años, Cole y William Neer. Los engaña para que lo sigan por las inmediaciones del parque, en donde los viola reiteradas veces antes de matarlos a puñaladas.

Su siguiente víctima fue Lee Islei, de solo 4 años. Dodd se lo llevó de un patio de juegos de una escuela y lo violó en su departamento. Para tranquilizarlo, lo llevó a un K-Mart y le compró un juguete. El chico rompió en llanto y un empleado le preguntó si todo estaba bien. Dodd sonrió y dijo que era su sobrino, y que el niño solo quería irse a casa. Luego fueron a comer a un McDonald's y volvieron al departamento, donde lo dejó viendo dibujos animados, mientras Dodd registraba todo en su diario: “No sospecha nada por ahora. Probablemente lo mate mañana

por la mañana. Así, su cuerpo estará fresco cuando vuelva de mi trabajo, y así poder experimentar con él”. A la mañana siguiente, después de violarlo casi toda la noche, Dodd estranguló a Lee Islei y lo dejó colgando por el cuello, dentro de su clóset. Tomó varias fotografías del cadáver, las cuales serían una prueba irrefutable de su culpabilidad durante el juicio.

Pero las fantasías sádicas de Dodd crecían aceleradamente. La idea de violar y matar, ya le parecían aburridas. Quería prolongar más la experiencia de la tortura por sobre todo.

Dodd diseñó un potro de torturas con el fin de comenzar a experimentar con tormentos un poco más elaborados. Cuando terminó de construirlo, salió en búsqueda de su cuarta víctima. Sin embargo, esta vez, la suerte no le sonreiría.

El 13 de noviembre de 1990, Westley Dodd intentó raptar un chico desde un cine, en donde se exhibía la película *Querida, encogí a los niños*. Sin embargo, fue descubierto mientras huía con él por un callejón, perseguido por el novio de la madre del chico y unos dependientes. El niño había gritado y pataleado cuando Dodd se lo llevaba. El joven de bigote recortado trató de calmarlo diciéndole: “Cállate, hijo... cálmate”, pero quienes presenciaron la escena armaron un alboroto, pues no creyeron que se tratara del padre del menor.

Después de ser reducido, la policía comenzó a interrogarle y Dodd negó todo en un principio; pero luego terminó revelando sus oscuros planes con una frialdad pavorosa.

Durante el juicio, se mostró como evidencia el allanamiento del departamento, en donde Dodd tenía guardada la ropa interior de Spiderman de Lee Islei, fotos del niño en poses sexuales y en las que aparecía ahorcado dentro de su clóset. También se encontró un maletín negro bajo su cama, en donde Dodd guardaba recortes de prensa acerca de

sus propios crímenes, un álbum que decía “Recuerdos Familiares”, en las cuales mantenía ocultas fotografías pornográficas de chicos de corta edad... incluida una imagen del Niño Jesús. También se hallaron sus diarios, en los cuales rotulaba sus asesinatos como: “Incidente 1”, “Incidente 2” e “Incidente 3”, acompañados de una larga y detallada descripción de todos ellos. El potro de torturas también fue encontrado dentro de su habitación... listo para ser usado con su próxima víctima. Ni siquiera el juez se lo creía. Westley Dodd, un hombre pequeño, delgado, de corte regular, bigote recortado y aspecto juvenil, era en realidad el monstruo que había comenzado a horrorizar la ciudad. El jurado se declaró literalmente “incapacitado” para seguir leyendo los diarios en donde el acusado describía sus fantasías, sus planes y los asesinatos cometidos. Esto nos demuestra, una vez más, que un cruel asesino no necesariamente luce aterrador ni sale echando espuma por la boca.

Por su parte, Dodd hablaba con una desfachatez indignante acerca de los horribles crímenes que había cometido. Ante la pregunta sobre qué se suponía que debían hacer con él, Westley dijo que deberían ejecutarlo o mataría a los guardias en la primera oportunidad que se le presentara, todo con tal de salir de la cárcel, sin importar cómo. Entonces le preguntaron para qué querría salir de la cárcel, y él respondió: “Para violar y matar niños”.

Dodd fue condenado a muerte y no quiso apelar. De hecho, solicitó ser ejecutado en la horca, cosa que no ocurría en EE.UU. desde 1965. Esto causó polémica y Dodd se aprovechó. Publicó un panfleto, dirigido a los padres, para cuidar a sus hijos de los pedófilos. Este documento salió a la luz por medio de la prensa y fue tremendamente cotizado. Dodd volvía a complacerse de forma exhibicionista. Incluso fue entrevistado por un canal de televisión.

Por suerte, Dodd fue detenido cuando comenzaba con su carrera como asesino serial. De no haber sido así, seguramente sus víctimas se habrían multiplicado de forma rápida y en muy poco tiempo.

Al final, y después de unos meses tras las rejas, Dodd cambió su actitud y se convirtió al cristianismo. Aseguraba que moriría, iría al cielo y estaría junto a los tres chicos que mató para “amarlos de verdad”. Fue ejecutado el 5 de enero de 1993, a las 12:03 am. en la Penitenciaría Estatal de Washington, Walla Walla. Sus últimas palabras fueron: “Una vez me preguntó alguien, no recuerdo quién, si existía una forma de detener a los delincuentes sexuales. Le dije que no. Evidentemente me equivoqué... si hay esperanza. He encontrado tanto en el Señor Jesucristo... Puedes buscar al Señor y encontrarás la paz”.

***CHARLES ALBRIGHT Eyeball
Killer, Dallas Slasher, Dallas Ripper***



Fuente: Criminalia

North Oak Cliff, Dallas, Texas. El 13 de diciembre de 1990, unos niños encuentran el maltrecho cadáver semidesnudo de una prostituta llamada Mary Lou Pratt, de entre 33 y 35 años. La mujer había sido ultimada de un disparo en la nuca y no había testigos de los hechos. Los policías supusieron que aquello podía corresponder a un problema de dinero con algún cliente y llevaron el cuerpo para realizar la autopsia de rigor. Hasta el momento, se trataba de uno de tantos crímenes.

La doctora Elizabeth Peacock recibió el cadáver de Mary Lou Pratt y se preparó para revisar la condición de los ojos; pero al palpar uno de los párpados, notó que algo no estaba bien. Al abrirlo, descubrió la ausencia de uno de los globos oculares. Sorprendida, siguió inspeccionando el cadáver, y al abrir los párpados del otro costado, solo se encontró con sangre y músculos; pero ningún ojo.

Los investigadores pusieron bastante atención a este crimen, pues la delicadeza con la cual se había extraído los globos oculares, denotaba que

el autor poseía bastante experticia en este tipo de operaciones.

De inmediato se pusieron en contacto con el VICAP, unidad del FBI que está destinada a lidiar con este tipo de criminales (Violent Criminals Apprehension Program). Los expertos se dieron cuenta de que no se trataba de un crimen común y corriente. Advirtieron a los agentes que, seguramente, el asesino volvería a actuar muy pronto. El hecho de que le quitara ambos ojos a su víctima, podía ser una simple manía o el afán de adquirir un “trofeo”, como muchos *Serial Killers* suelen hacer, con el objeto de revivir sus crímenes y estimularse sexualmente. Es así como suelen robar a sus víctimas identificaciones, fotos, ropa interior e incluso trozos del cuerpo; pero extraer los ojos de una persona, no es algo tan sencillo.

Susan Beth Peterson era una conocida prostituta de 27 años, la cual fue encontrada muy cerca del lugar del primer crimen. Estaba semidesnuda, con un disparo en el pecho, otro arriba de la cabeza y el último en la nuca... sus ojos también habían sido extirpados. Transcurrieron dos meses del primer asesinato y la policía había prohibido que se filtrara información sobre aquellos crímenes, con la esperanza de que el asesino cometiera algún descuido. Con la aparición del cuerpo de Susan, el cual mostraba el mismo tipo de mutilación que la primera víctima, la tesis de un posible asesino en serie suelto era incuestionable.

Los médicos forenses, aseguraron que el asesino era una persona con indudable conocimiento en el desprendimiento de globos oculares, pues los cadáveres no tenían muestras de heridas externas en los párpados, solo el corte necesario para sacar los ojos de su lugar y, para lo cual, se debe tener nociones de anatomía. Aun así, esta operación resulta poco común. La policía trataba de registrar cada encuentro sospechoso entre prostitutas y clientes, pero nada fuera de lo normal ocurría. Si bien dentro de los

reportes había un par de discusiones y enfrentamientos, la prostitución es un estilo de vida tan riesgoso, que los oficiales poco y nada pueden hacer al respecto. Ya se hablaba de la existencia del *Dallas Ripper* por las calles, un posible asesino serial que estaba rondando por el lugar; sin embargo no se conocían muchos detalles sobre el perfil del asesino o su insólito ritual. Cuando un tercer cuerpo apareció, el FBI trataba de perfilar al hombre que debían buscar. Shirley Elizabeth Williams, había muerto exactamente igual que las dos mujeres anteriores y sus ojos habían sido removidos. Las tétricas mutilaciones no serían la única pista que tendría, para ese entonces, la policía de Dallas. Encontraron un nexo tan obvio, que les enfocó en un solo lugar donde buscar a su asesino. Las tres mujeres asesinadas, prestaban servicios sexuales en un mismo complejo de moteles, lo que indicaría que el asesino debía trabajar y vivir cerca; sin embargo, había un detalle que complicó un poco las investigaciones: Shirley Williams, de 41 años, era de raza negra.

Por lo general, los asesinos en serie escogen a víctimas de su misma raza o color, por ende, se manejaba la tesis de que el *Dallas Ripper* era de raza blanca. Son pocos los casos de asesinato serial en donde el victimario escoge personas de otras razas.

Después del crimen de Shirley Williams, el caso parecía volverse un poco más confuso. La mujer estaba tendida en el piso, cerca de un colegio. Dos disparos le quitaron la vida, uno en el rostro y el otro en la parte alta de la cabeza. También mostraba moretones en la cara y la nariz rota; pero además, si bien los ojos fueron extirpados con éxito, el asesino cometió varias laceraciones en el rostro, lo cual evidenciaba que estaba actuando con más brutalidad.

Los criminólogos, forenses y criminalistas, analizaron las fotos de las escenas del crimen y los cuerpos (sobre todo el detalle de la extracción de

los ojos). Todos coincidieron en que el homicida tenía bastante experiencia y que se trataba de un asesino en serie en una fase más avanzada y madura. Lo perfilaron entre los 30 y 50 años de edad como mínimo, además de sugerir que estos no eran los primeros crímenes que había cometido. El FBI trazó su perfil y de inmediato la policía comenzó a buscar a un hombre en buen estado físico, de edad media y con conocimientos avanzados en anatomía; sobre todo en lo que respecta a los músculos del ojo. Por ese entonces, los rumores de un tétrico asesino coleccionista de ojos, angustiaba a las prostitutas de Dallas y a toda la comunidad en general.

El descubrimiento de un vello púbico en el cuello de Shirley, fue puesto bajo la lupa e identificado como el de un hombre caucásico. Aun así, no era seguro que aquel vello perteneciera al asesino.

Dentro de los informes, que poco a poco se iban acumulando, aparecía un relato sobre dos ataques perpetrados cerca de “la zona de caza” del asesino. En ambos, las mujeres describieron a un agresor musculoso, de cabello gris, que conducía una camioneta *Pick up* techada, con colores blanco y rojo, o blanco y marrón. Un perspicaz investigador, encontró sospechosa una denuncia sobre un tipo que asediaba a una mujer que trabajaba de vendedora en un *Mall*. El hombre, identificado como Charles Albright, la habría estado acosando y dando regalos, hasta que el personal del lugar tuvo que expulsarlo. Albright tenía un nutrido historial policial, incluyendo problemas con menores de edad. Las sospechas se intensificaron cuando las prostitutas que denunciaron los ataques al FBI, reconocieron en las fotografías de Albright a su agresor. Llegaron a casa de Charles, un hombre respetable dentro de la comunidad, y se lo llevaron a la comisaría entre las airadas quejas de su mujer, Dixie.

Charles Albright, de 57 años, era un repartidor y colocador de alfombras muy atento, que conocía bien la zona debido a sus constantes viajes. Sus vecinos quedaron muy extrañados al ver a la policía tocando su puerta y aún más cuando fue indicado como el sospechoso número uno de ser el *Dallas Ripper*. Charles negó todo; sin embargo las pruebas empezaron a acumularse en su contra.

El FBI tenía a su hombre. Entrenador de un equipo de *Football*, pianista, dibujante, ayudante en los *Scouts*, cultivado en artes, profesor de ciencias y vecino servicial.

Cuando la policía entró a su casa, quedaron sorprendidos por una enorme colección de misteriosas máscaras que poseía Albright, las cuales en vez de estar colgadas en las murallas, estaban sobre una mesa, mirando hacia el cielo. Pero también encontraron una colección de muñecas, libros sobre asesinos en serie, textos que hablaban sobre la doctrina Nazi y varias armas de distintos calibres; sin embargo, ninguno correspondía al que la policía buscaba. También se encontró una serie de cuchillos de precisión, llamados X-acto, con navajas intercambiables, con los cuales Albright habría llevado a cabo las extracciones de los globos oculares de sus víctimas. Charles fue arrestado sin musitar palabra.

A pesar de que estas pruebas resultaban circunstanciales (sobre todo por el hecho de no haber podido dar con el arma homicida) fueron los distintos cabellos de las víctimas, encontrados en una aspiradora con la cual Albright aseaba su *station wagon*, los que terminaron por incriminarlo. El examen de ADN también dio positivo, demostrando que el vello púbico encontrado en el cuello de su última víctima, pertenecía a Albright.

Los detalles de los sombríos crímenes, se filtraron finalmente a la prensa y el apodo de *The Eyeball Killer* comenzó a aparecer en las primeras planas

de todos los periódicos, junto a la foto de Charles Albright, conmoviendo a la comunidad.

Este hombre de cuerpo atlético, voz suave y trato afable, nació el 10 de agosto de 1933 en Amarillo, Texas. Fue adoptado por Fred y Delle Albright. Era un chico inquieto e impulsivo, que gustaba de jugar en su patio trasero realizando todo tipo de torturas y experimentos con insectos y animales pequeños.

Durante su adolescencia, dispara balines de goma contra ardillas y conejos; pero era considerado un buen alumno en el colegio. Desde pequeño había querido ser un taxidermista, y su madre lo ayudó en su afán; sin embargo, la situación económica no era muy buena y como las imitaciones de ojos animales eran demasiado caras, solo podían poner botones en las cuencas oculares de los pájaros que disecaba. Un detalle ciertamente escalofriante.

Cuando Charles tenía 16 años, ya había estado envuelto en muchos problemas, incluido un asalto y el relacionarse con una prostituta local. A los 19 años, su madre descubre unas fotos que Albright guardaba celosamente de una ex novia. A la imagen le faltaban los ojos, los cuales habían sido recortados y pegados en una de las paredes. Revisando más a fondo, se encontró con cientos de fotos recortadas de la misma forma, ojos superpuestos en caras distintas, pegoteados de forma poco prolija. Un macabro aviso de lo que se estaba gestando en el oscuro mundo de Charles. Aunque el hallazgo resultó perturbador, su madre no hizo nada al respecto.

A los 20 años contrae matrimonio con Bettye Nestor, una maestra de escuela; pero tiene grandes problemas al tratar de tener un trabajo estable, por lo cual no tardaría en tener algunas discusiones con su esposa, la cual notaba que Charles no lograba permanecer en un trabajo por más de tres

meses. A su personalidad poco constante, se sumaba su incapacidad por mantenerse lejos de los problemas. En su periodo de casado, llegó a pasar un tiempo en la cárcel acusado de falsificación de documentos, sin sumar otros cargos y multas por otro tipo de delitos menores (adulteró documentos otorgándose grados académicos).

Albright dibujaba ojos constantemente, los cuales guardaba y pegaba en algunos lugares de su casa. Finalmente, Bettye se separa de él, cansada de su conducta extraña, sobre todo por la obsesión de Charles con los ojos y las cuchillas.

En 1981, es acusado de intentar abusar de una niña de 9 años, hecho que desmiente rotundamente, alegando una mal interpretación de los sucesos; aunque acepta que estaba bromeando con ella y promete no hacerlo nuevamente. El jurado le cree y sale sin problemas de la acusación.

Albright visita con regularidad a la hija que tiene con Bettye Nestor; pero se muestra algo distraído. Ese mismo año (1987) es encontrada muerta una prostituta de Dallas. La mujer no había sido mutilada como las siguientes víctimas de Albright; pero, según varios especialistas, esta podría haber sido la primera de muchas otras víctimas no reconocidas por el misterioso *Eyeball Killer*.

En 1990, Albright se interesa por libros sobre asesinos seriales y empieza a pintar cuadros de mujeres mutiladas. A la vez, mantiene una relación sentimental; sin embargo no deja de visitar a prostitutas para tener noches de sexo sin compromiso. Es, en este período, cuando comienzan los macabros asesinatos. Más de alguna de las personas que lo conoció, dijo haberlo escuchado maldiciendo a las prostitutas. Incluso, llegó a prometer matar a alguna; sin embargo las frecuentaba a espaldas de su pareja. Su forma de asesinar era fría. Se llevaba a una prostituta cualquiera, tenía sexo con ella y luego la mataba por la espalda. Cargaba el cuerpo unos

metros (poseía un gran estado físico) y hacía la operación que se convirtió en su marca personal. No tardaba más de un minuto en la extracción de cada ojo, como si se tratase de un experto cirujano. Después de eso, huía... pero no muy lejos. De hecho, vivía a solo un par de cuadras del lugar de los hallazgos. Albright no se esforzaba mucho en ocultarse o despistar a la policía, hasta el día de su detención, en 1991.

La policía, encontró varias partículas de pelusas en los cadáveres, las cuales eran idénticas a otras halladas en el automóvil del acusado y en una aspiradora que utilizaba para asear dicho vehículo. Esto, sumado a las declaraciones de un par de prostitutas maltratadas por Charles en algunos encuentros anteriores, terminó por desenmascarar al terrible asesino. Pero Albright continuó negando su participación en los hechos. Finalmente, fue condenado a cadena perpetua en vista de las evidencias.

Hasta el día de hoy, Charles Albright ha guardado silencio y no hace referencia alguna a los crímenes. Tampoco ha querido contar a los psicólogos e investigadores el porqué de las extrañas mutilaciones, ni tampoco ha dicho qué hizo con los ojos que extirpó con precisión quirúrgica, pues nunca se encontraron. Los investigadores siguen luchando por conocer sus motivaciones; pero Charles solo se dedica a dibujar, mostrándose poco cooperador y algo alienado.

Albright ha cubierto su celda con cientos de dibujos y recortes de ojos de distinto color, forma y tamaño; sin embargo sigue sosteniendo que es inocente. Dentro del recinto penitenciario, Albright despierta tremenda curiosidad en los otros presos debido a sus extraños crímenes y muchos prefieren evitar su compañía.

JULIO PÉREZ SILVA El Psicópata de Alto Hospicio, el Segua



Fuente: BuzzFeed Staff

Alto Hospicio, es una comuna y ciudad chilena ubicada en la provincia de Iquique, Región de Tarapacá. Según un estudio urbano y territorial, entregado el 2014 por la Universidad Católica de Chile, Alto Hospicio ocupa el último lugar en el ranking de calidad de vida en Chile. No es para menos... el insoportable calor, la extrema pobreza, el desempleo y las viviendas de material ligero, no pintan un panorama demasiado alentador como para vivir ni proyectarse. Muchos desean abandonar Alto Hospicio y ubicarse en algún otro lugar con un poco más de expectativas; pero es difícil salir de allí sin dinero... algo que, por lo demás, no abunda en lo absoluto por aquellos lados. La mayoría de la gente se esfuerza, día a día, por sobrevivir en condiciones de extrema pobreza. Un par de veces a la

semana, un camión comunal sale a repartir agua potable a las viviendas ubicadas en los sectores más pobres, mientras las dueñas de casa salen con bidones plásticos a recogerla durante la madrugada, dado que en algunos sitios no existe sistema de alcantarillado. Los padres de familia, se pierden días dentro de los yacimientos mineros a cambio de miserables sueldos. La vida es muy difícil en Alto Hospicio.

A principios del año 2000, una serie de extrañas desapariciones llamaron la atención de la prensa chilena y algunos voceros de gobierno debieron dar respuestas ante la inquietud de una indignada población que llevaba dos años solicitando ayuda a las autoridades, sin encontrar respuestas.

Todo comenzó a finales de 1998, cuando algunos periódicos regionales dieron la noticia sobre una niña extraviada en el sector de Alto Hospicio. Poca gente prestó atención al discreto artículo, ya que no era algo completamente extraño en los sectores más pobres de la región. Debido a las pocas oportunidades laborales, o bien debido a problemas de índole familiar, algunas muchachas solían irse de casa en busca de una vida mejor y, en algunas ocasiones, la prostitución ofrecía la forma más rápida y sencilla de escapar de la pobreza. Al menos ese era el discurso de la policía. Se rumoreaba que, incluso, algunas adolescentes llegaban a Perú o Bolivia por medio de turbias redes de prostitución. Los verdaderos tentáculos de un negocio tan truculento como la “trata de blancas”, jamás ha sido desentrañado del todo; aunque para muchos era una realidad palpable en Alto Hospicio.

La chica desaparecida aquel 12 de septiembre de 1998, se llamaba Graciela Monserrat Saravia, de 17 años. El país se aprestaba a celebrar las Fiestas Patrias, por lo que pronto la misteriosa desaparición de la niña nortina pasó a segundo plano. Solo los familiares de la menor continuaron con su búsqueda, ya que incluso Carabineros de Chile e Investigaciones

dieron por hecho que la menor debía de estar ejerciendo la prostitución en algún sector aledaño y que volvería a su hogar con el pasar de los días... pero aquello jamás ocurrió.

El 24 de noviembre de 1999, más de un año después de la desaparición de Graciela, otra menor de 13 años, Macarena Sánchez, corrió la misma suerte. La chica se dirigía a su liceo por la mañana; pero nunca llegó a su destino. La respuesta de la policía, fue la misma que recibieron los familiares de Graciela Monserrat y la impotencia de los padres fue tremenda. Pasaron días, semanas y meses, y las esperanzas de encontrar a la chica con vida se fueron desvaneciendo.

El 21 de febrero del año 2000, otra muchacha fue reportada como desaparecida. Su nombre era Sara Gómez. Tres días más tarde, una joven de 23 años identificada como Angélica Ley, desapareció de las solitarias calles de Alto Hospicio. Nadie vio ni escuchó nada. El misterio tenía preocupada a la población; pero aún no se establecía un nexo entre estos hechos.

Un mes más tarde, el 23 de marzo, Laura Sola de 14 años, fue vista por última vez mientras se dirigía a su liceo. El 5 de abril, la menor Katherine Arce tampoco volvió a su hogar y se le dio por extraviada.

Así, una a una, varias niñas y adolescentes de Alto Hospicio iban esfumándose sin dejar rastro. No había testigos ni sospechosos y la única posible respuesta que ofrecían las investigaciones, era que se habían marchado de la región en busca de otras oportunidades. El poco tacto con el que se trató a los padres de las desaparecidas, y el hecho de insistir en la posibilidad de que estas habrían huido de sus casas para ejercer la prostitución, comenzó a sacar ronchas en los familiares, quienes comenzaron a recorrer calles, avenidas, basurales y desiertos, en busca de las menores.

El 22 de mayo, otra chica de 17 años desaparecía después de salir de su liceo. Patricia Palma era la sexta muchacha a la que, literalmente, se había tragado la tierra. Once días más tarde, Macarena Montecinos corría la misma suerte. La octava víctima, Viviana Garay, desapareció un mes después. Pero el padre de Viviana alzó la voz. Meses antes, Orlando Garay (padre de Viviana) había cogido un volante en donde se pedía información sobre otra niña perdida, Katherine Arce. Visitó a la familia y se dio cuenta de que Viviana no era la única liceana que estaba extraviada. Seis niñas habían desaparecido en similares circunstancias y esto no le pareció coincidencia. Decidió organizar a los familiares e ir a presionar a las autoridades y a la policía.

La población general de Alto Hospicio se sumó de inmediato a las constantes manifestaciones que reclamaban el desinterés de la policía por averiguar el paradero de las niñas extraviadas. Obviamente, estas desapariciones estaban relacionadas de alguna forma. Padres y familiares coincidían en que sus hijas no podían haber huido de sus hogares y que algo malo les había pasado. Todas estudiaban o trabajaban, se habían criado en hogares humildes; pero estructurados y con valores, y merecían una investigación seria por parte de las autoridades. La respuesta pública a tanto revuelo, vino por parte del Subsecretario del Interior Jorge Burgos, quien avaló la principal tesis policíaca, que apuntaba a que las menores habrían abandonado sus hogares por una decisión personal debido, principalmente, a malas relaciones personales, drogadicción e incluso violencia intrafamiliar. Al mismo tiempo, aseguró que varias pistas indicaban que algunas de estas niñas estarían ejerciendo la prostitución en las calles de Tacna, Perú. Estas controversiales y desafortunadas declaraciones, despertaron la suspicacia de muchos. Uno de los padres de las menores desaparecidas, había declarado haber sido contactado

telefónicamente por su hija, días después de desaparecer. Según su testimonio, escuchó la angustiada voz de la menor, la cual le decía que estaba en Perú y que había sido raptada por unos hombres. El padre viajó, junto a otro familiar, a Tacna para encontrar a la joven; pero no encontraron ningún rastro. Posteriormente, se planteó la posibilidad de que aquella llamada hubiese sido falsa.

Los familiares seguían empeñados en encontrar a las niñas desaparecidas y la prensa nacional comenzó a prestar atención a sus demandas. La posibilidad de que una red de prostitución (y de tráfico de menores) operara en el sector, tenía inquieta a la población; aunque las autoridades trataban de poner paños fríos a la situación. De nada sirvieron las declaraciones públicas. Según la mayoría, no era posible que estas niñas huyeran de sus hogares por voluntad propia.

Si bien las desapariciones se detuvieron durante varios meses, los familiares de las niñas de Alto Hospicio no lo hicieron y continuaron presionando a las autoridades, además de organizarse y seguir buscando a sus hijas por cuenta propia. Comandados por el padre de Viviana Garay (Orlando Garay) comenzaron a peinar la zona en busca de evidencias. Dejaron volantes con fotografías de las niñas extraviadas en cada pueblo que visitaron. Invirtieron sus modestos ahorros en costear viajes por todo el Norte de Chile, con el fin de encontrar una respuesta. Lamentablemente, todo fue en vano. Pocos días más tarde, volvieron a reunirse para organizar una segunda búsqueda. Esta vez, se centraron en sectores no tan lejanos; pero de acceso más difícil... y allí aparecieron las primeras pistas. El 18 de julio del año 2000, el uniforme de colegio y la mochila de Viviana Garay, aparecieron en un vertedero relativamente cerca de Alto Hospicio. Pocas horas después, la mochila, cuadernos y ropa de

Katherine Arce, fueron encontradas en otro basural. Algunas de las prendas estaban manchadas de sangre.

Durante varios meses, el calvario de los padres de Alto Hospicio había generado una gran repercusión en los medios de comunicación.

Probablemente una de las imágenes más terribles y desoladoras, fueron las emitidas por un noticiario que cubrió el momento exacto en que Inés Valdivia, una de las madres de las niñas desaparecidas, encontraba la ropa interior de su hija en una quebrada. El desgarrador llanto de esa mujer, resumía el dolor de todos los padres que aún no encontraban a sus hijas.

El 3 de octubre del 2001, ocurriría lo increíble. Un sujeto viajaba por la carretera, cuando vio a una niña al borde del camino, semidesnuda, bañada en sangre y pidiendo ayuda. La menor de 13 años, sollozando, le dijo que había sido violada y golpeada por un hombre que la había lanzado dentro de una zanja. Con el cráneo roto y la clavícula fracturada, la joven resistió hasta llegar al hospital, en donde corroboró su historia al doctor Pedro Iriondo Correa, añadiendo que el sujeto que la había atacado, tenía un auto gris que operaba a modo de taxi clandestino. “Bárbara N”, como se le identificó posteriormente, contó que su agresor la invitó a subir a su auto para llevarla a casa desde el colegio. Ella aceptó; pero luego se dio cuenta de que el trayecto no se le hacía familiar. El hombre la llevó a 4 kilómetros de la carretera, cerca de un pique minero de más de 200 metros de profundidad, llamado Huantajaya. Procedió a violarla y luego la obligó a ponerse de rodillas frente al profundo agujero. Allí, le dijo que él había asesinado a las niñas perdidas de Alto Hospicio. “Bárbara” rogó por su vida e incluso trató de conmovier a su agresor regalándole un sándwich que traía en su mochila; pero este lo lanzó al pique. La golpeó en la nuca con una roca y la chica cayó desvanecida. La chica tuvo suerte, pues cayó en un borde del pique. Cuando despertó, no podía moverse debido a varias

rocas que el violador y asesino le había lanzado encima. Esperó unos minutos antes de levantarse y caminar los 4 kilómetros que la distanciaban de la carretera, para pedir ayuda. Había perdido mucha sangre, tenía la cabeza destrozada y se desmayó en el trayecto; pero logró llegar hasta el lugar donde transitaban algunos vehículos. Cuando un furgón se detuvo para auxiliarla, comentaría “Bárbara” después, se dio cuenta de que justo detrás de ellos se encontraba el auto del hombre que había intentado asesinarla. Probablemente, el agresor había vuelto al lugar, sintiéndose inseguro por el hecho de que la chica no cayó al fondo de la fosa y venía a terminar su trabajo.

El doctor que atendió a la muchacha, no podía creer lo que estaba escuchando. De inmediato, dio aviso a la policía y se ofreció a ayudar con la investigación. Horas más tarde, se encontrarían siete cadáveres en la parte más profunda del pique en donde “Bárbara” había sido arrojada. Al día siguiente, los medios de comunicación informaron que Julio Pérez Silva (un taxista de 37 años más conocido como el Segua), era detenido como el principal sospechoso de los horrendos crímenes, que quedaron al descubierto, tras las declaraciones de la única sobreviviente de los ataques. Los restos de las víctimas, aún no habían sido rescatados desde el pique minero; pero todo apuntaba a que se trataban de varias de las niñas extraviadas en Alto Hospicio, y otras más de las que no se tenía registro. Uno a uno, los restos de las menores fueron recogidos por personal de la PDI, el GOPE y el Servicio Médico Legal desde el Pique Huantajaya. Otros restos aparecerían, posteriormente, en basurales y quebradas poco profundas.

La búsqueda de las menores había llegado a su fin... pero las preguntas, no hacían más que atormentar a los padres de las víctimas, quienes miraban desconsolados el espantoso y trágico final que encontraron sus hijas.

Después de ser salvajemente violadas, fueron amordazadas, lanzadas con vida al profundo pique y rematadas con enormes rocas que Pérez Silva dejaba caer sobre ellas.

Cuando la noticia se filtró, la indignación de la población se acrecentó. Había siete cuerpos en el Instituto Médico Legal, donde llegaron los vecinos de Alto Hospicio a manifestar su dolor y frustración. Muchos de ellos eran solo huesos, debido a las condiciones climáticas del sector. Más de 80 análisis debieron ser realizados (en el transcurso de seis días) para corroborar la identidad de las primeras osamentas encontradas. Al mismo tiempo, Julio Pérez Silva indicaba que faltaban otros siete cuerpos por rescatar. Era muy probable que la cifra de asesinatos llegara, finalmente, a catorce. Todo Chile estaba estupefacto ante este horrible caso, el cual no tenía precedentes. Resultaba imposible no empatizar con esos padres que sufrieron, durante años, por la desaparición de sus hijas y la displicencia de las autoridades.

Dentro de todas las teorías que se barajaron, la del asesino serial era la menos verosímil. Bautizado por los medios como el Psicópata de Alto Hospicio, Julio Pérez Silva se transformó en el peor asesino en serie de la historia chilena, superando el récord de los once crímenes cometidos por el inmigrante francés, Emile Dubois, a principios de 1900.

Según algunos testigos, la frialdad con la que el asesino iba relatando los crímenes, era indignante. Pérez Silva, pedía cigarrillos o alimentos a cambio de los nombres de sus víctimas y su ubicación exacta. Pero a pesar de las especulaciones, se sabía muy poco del sospechoso.

Este caso, representó un duro golpe para las autoridades, pues la postura indolente que se había tomado con respecto a las desapariciones, fue catalogada como irresponsable, negligente y clasista. Familias pobres, que buscaban con desesperación a sus hijas, fueron ignoradas a pesar de contar

con claras evidencias que demostraban que lo que estaba ocurriendo en Alto Hospicio no era normal. Para muchos, el hecho de tratar este caso como un problema social, y no policial, fue un error garrafal.

Los especialistas en la materia, se preguntaban por qué Pérez Silva había cometido tan brutales crímenes; pero ni él mismo pudo explicarlo. Se le veía sereno y demasiado silencioso. Era un hombre prolijo y limpio, parecía educado y quienes lo conocían, decían que era un amable vecino, aunque muy reservado.

Julio Pérez Silva, nació en Valparaíso, Puchuncaví, el 15 de julio de 1973. Sus ex compañeros de colegio y profesores, lo recuerdan como un niño tranquilo, muy callado e introvertido. Su condición humilde, lo obligó a asistir al colegio con sandalias de goma y sin uniforme, por lo que fue constante objeto de burlas. Desde muy pequeño, Julio aprendió a temerle a su padre, quien no dudaba en golpear brutalmente a su mujer cuando andaba borracho. A los 7 años, Julio quedó inconsciente porque su padre le azotó la cabeza contra la muralla, debido a que entró a una habitación sin pedir permiso. Junto a sus cinco hermanos, huían despavoridos cuando escuchaban que su padre llegaba a casa y solo volvían a entrar cuando escuchaban sus ronquidos.

A los 11 años, según recuerda, fue manoseado por un chico mayor; pero decidió guardar silencio, pues la situación lo avergonzaba demasiado. Durante su adolescencia, Julio Pérez Silva se mostró como un chico sumamente antisocial, y aunque ingresó a un club de fútbol en donde se destacó por ser uno de los mejores, se retiraba apenas terminaba el juego y no compartía con ninguno de sus compañeros de equipo.

Salió de octavo básico a los 17 años, pues tenía pésimo rendimiento escolar. Repetía de curso una y otra vez, debido a sus problemas de

aprendizaje. Tras el fracaso académico, dejó los estudios y se dedicó a trabajar.

A los 22 años, contrae matrimonio y tiene dos hijas en una relación que terminó siendo un fracaso. Tiempo después, conoce a Marianela Vergara, quien tenía dos hijas con las cuales comenzó a cosechar fama de excelente padrastro. Cuidaba a las niñas como si fuesen de él, trabajaba todos los días y era un cordial vecino; pero el rumor de un presunto intento de violación a una de las adolescentes, terminó con la relación.

Pérez Silva decidió emigrar a Iquique, con el fin de conseguir un mejor trabajo. Pocas semanas después, conocería a Nancy Boero, que tenía seis hijas, y se mudó con ella a vivir a Alto Hospicio, en un sector conocido como “La Negra”, para luego establecerse definitivamente en “Autoconstrucción”, otro lugar de la localidad.

En 1998, Julio Pérez Silva decide ganarse la vida operando como taxista. Al mismo tiempo, comenzarían las desapariciones de las menores.

Muchos recuerdan que Pérez Silva aspiraba y limpiaba constantemente el interior de su vehículo. Aquello, fue lo único que llamó la atención de los vecinos del sector. Parecía un buen hombre; pero para quienes estaban acostumbrados a las condiciones desérticas de Alto Hospicio, en donde el polvo en suspensión se cuela por las puertas y ventanas de sus propios hogares, les parecía algo exagerado que le dedicara tanto tiempo a la limpieza de su automóvil.

Según las palabras de el Segua, el primer crimen que cometió fue bastante improvisado. Se topó con una menor que aceptó acostarse con él a cambio de dinero. Una vez que se acercaron a una playa solitaria, Pérez Silva se habría percatado que la intención de la menor (Macarena, 17 años) no era más que robarle. Furioso, se abalanzó sobre ella y la golpeó con una roca en la cara hasta matarla. En el lugar del crimen, se encontraría una

medalla del “Chuncho de la U” (la insignia de su equipo de fútbol) la cual fue reconocida por Nancy Boero como un regalo que ella le había hecho y que, según Pérez Silva, había extraviado. Lamentablemente, este dato no salió a la luz hasta que el caso se mediatizó, pues un policía, al encontrar la medalla de oro en el sitio del crimen, se la dejó para él.

Posiblemente el hecho de que Pérez Silva haya adquirido un vehículo (algo que en sus años más modestos le debió parecer casi imposible) le brindó cierta seguridad y certeza de control e impunidad. Siguiendo el mismo *modus operandi*, el asesino comenzó a acechar jovencitas que accedieran a un “aventón” por las áridas calles de Alto Hospicio o bien se aprovechaba de su fachada de taxi pirata para transportar y secuestrar a mujeres y niñas, a las cuales violaba y mataba.

Pérez Silva fue condenado a cadena perpetua por catorce asesinatos y un intento de asesinato. No mostró arrepentimiento alguno ni tampoco se disculpó ante los familiares de sus víctimas, mostrándose igual de silencioso que siempre; sin embargo, empezaron a surgir algunas preguntas con respecto a los mentados asesinatos del psicópata.

Algunos vecinos del sector, comenzaron a decir que cerca del pique de Huantajaya, durante la noche y en las fechas de los asesinatos, pudieron ver las luces de varios vehículos y camionetas que rondaban el lugar, las cuales parecían perderse en el desierto, justamente en esa dirección. Los testimonios de algunos lugareños, apuntaban a tres carabineros que habrían estado, efectivamente, involucrados en trata de blancas e incluso en tráfico de órganos. También se comentó que varias de las rocas que cubrían los cuerpos, en el fondo del agujero donde Pérez Silva lanzaba con vida a sus víctimas, eran demasiado grandes y pesadas como para ser movidas por un solo hombre. Los rumores sobre la participación de terceros, se acrecentaron cuando el mismo imputado declaró que era

inocente y que había sido inculpado por los mismos policías para confesar los asesinatos. En una entrevista concedida a la televisión, Julio Pérez Silva contaría que, el día de su detención, Carabineros lo torturó para que confesara. Aseguró haber sido golpeado y obligado a mantenerse despierto durante casi seis días, hasta que no resistió más y decidió aceptar los cargos. También lo habrían forzado a entregar muestras de semen y cabello para colocarlas, posteriormente, en los cadáveres y así inculparlo por medio de pruebas forenses. Ante estas graves declaraciones, las autoridades salieron al paso diciendo que se trataba de un “psicópata” y que, evidentemente, estaba mintiendo. Pero, al parecer, no todos estaban tan seguros de ello.

Uno de los rumores más oscuros sobre el caso, es el que asegura que el Segua mantenía una relación amorosa con “Bárbara”, la única sobreviviente de los ataques del asesino. Se dice que servía de anzuelo para que él pudiera atraer a otras niñas hasta su vehículo y así raptarlas, violarlas y asesinarlas. Varios de los familiares de las víctimas, repudiaron estas declaraciones y manifestaron su confianza en la niña que les ayudó a encontrar a sus hijas... pero otros, dicen haber estado al tanto de la relación que mantenía con Pérez Silva y que era probable que le hubiese ayudado. Tras la detención del asesino, “Bárbara” no pudo terminar el colegio, debido a que fue amenazada y constantemente acosada por aquellos que querían más respuestas. Terminó alejándose de Alto Hospicio y se le ha visto en un sector aledaño, en situación de calle, sumida en la pobreza y la drogadicción.

Por otro lado, los padres de las víctimas del llamado Psicópata de Alto Hospicio, reclaman no haber recibido ningún tipo de disculpa por la discriminación con la que fueron tratados. El Gobierno de Ricardo Lagos, les otorgó casas prefabricadas y una pensión vitalicia de \$160.000

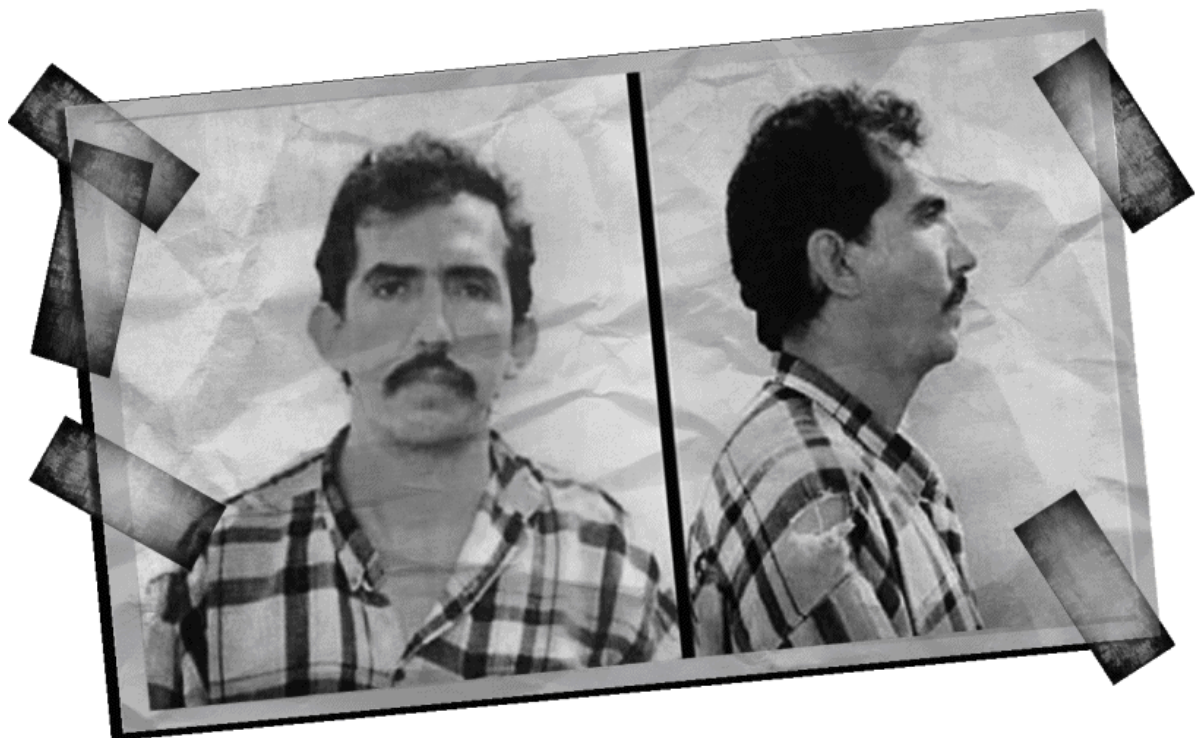
mensuales a modo de compensación... algo que, evidentemente, no sirve para cerrar las heridas de este trágico episodio.

Actualmente, Alto Hospicio aun es asociado a esta terrible tragedia. Los desoladores parajes y basurales del desierto, esconden cruces y “animitas” de los lugares en donde fueron hallados algunos de los catorce cuerpos que Pérez Silva no lanzó al pique. El cementerio de Alto Hospicio, tiene un lugar especial donde descansan los restos de las jóvenes asesinadas, a quienes bautizaron como “Las Reinas de la Pampa”, un homenaje a quienes fueron víctimas no solo de un despiadado asesino; sino que de toda una sociedad.

Julio Pérez Silva sigue encerrado en el penal de Acha, Iquique, bajo estrictas medidas de seguridad. Cuatro guardias se mantienen atentos a todos sus movimientos, para evitar que se quite la vida; pues ya lo habría intentado en un par de ocasiones. Ha mostrado un buen comportamiento, aunque es de carácter algo cambiante. Se entretiene escuchando música, haciendo manualidades, viendo películas en DVD, trotando una par de veces al día y jugando ocasionalmente baby fútbol con los gendarmes que lo cuidan día y noche. Traspasarlo a la población general es imposible, debido a que sería linchado de inmediato por los demás reclusos, quienes han jurado asesinarlo.

Hace un par de años, se dio a conocer la noticia de la posible reapertura del caso, pues habría nuevos antecedentes sobre otros cinco asesinatos desconocidos hasta la fecha y la participación de terceros en los crímenes. Algunos de los familiares exigen saber la verdad y llegar hasta las últimas consecuencias... otros, quizás ya agotados de tanto sufrimiento, prefieren creer que el único responsable es Pérez Silva y así cerrar el más doloroso episodio de sus vidas.

***LUIS ALFREDO GARAVITO El
Monstruo de Génova, La Bestia de
Génova, El Monstruo de los Andes,
Alfredo Salazar, El Loco, Tribilín,
Conflicto, El Cura, El Monje, El
Mendigo, Bonifacio Morera Lizcano***



Fuente: Vanguardia

Lamentablemente, durante los últimos 50 años, el pueblo colombiano ha sido estigmatizado por la violencia. Millones de víctimas han caído bajo sangrientos conflictos políticos, que incluyen la intrusión de paramilitares, guerrilleros, narcotraficantes y la misma policía. Entre tanta muerte y crueldad, resulta casi increíble que un solitario asesino

serial llegara a conmover a toda la nación. De hecho, llegó a convertirse en uno de los peores y más prolíficos homicidas de todo el mundo.

Los primeros cuerpos comenzaron a encontrarse en 1992, en el sector de Jamundí, Valle del Cauca. Las autoridades solo sabían que se trataba de niños y adolescentes varones que habían sido violados, estrangulados y apuñalados en el corazón. Otros, sin embargo, mostraban claros indicios de tortura. Una realidad colombiana muy triste, es que los sicarios de algunos de los narcotraficantes más poderosos y violentos de la época, solían ser chicos pobres que veían, en este tipo de trabajos, una oportunidad para ganar dinero y escalar en las organizaciones criminales de aquellos años. Fue así como, en un principio, las autoridades asumieron que estos asesinatos no eran más que de ajustes de cuentas entre bandas ligadas al narcotráfico. Ciertamente, entre tanta violencia, no se sintieron particularmente impresionados.

En febrero de 1993, cuatro menores de edad fueron violados y asesinados en la ciudad de Bolívar, Bogotá. La noticia causó conmoción en toda la localidad y la prensa bautizó al criminal como La Bestia. Pocos días más tarde, las autoridades pusieron precio a la cabeza de un tal Milton García Tinoco, el presunto infanticida. Este, sorprendido por la noticia, se presentó voluntariamente ante la policía para explicar que no era culpable de ningún crimen. Sin embargo, terminó siendo encarcelado y acusado de los asesinatos. Un drama aparte es su historia tras las rejas, en donde sufrió múltiples abusos, torturas e intentos de asesinato por parte de los guardias y los otros reclusos. Después de casi dos años tras las rejas, logró salir en libertad. Para las autoridades, estaba claro que García Tinoco no era su hombre, pues los asesinatos de menores continuaron de forma trepidante. Aun así, García Tinoco volvió a la cárcel el año 2002, condenado a 50 años de prisión por el asesinato de los cuatro menores

(crímenes que, para aquel entonces, Garavito ya había reconocido). Tras dos años más, Milton García Tinoco consiguió salir en libertad; aunque con severos daños físicos y psicológicos tras la traumática experiencia. A partir de 1994, en la Tebaida, Quindío, el hallazgo de cadáveres de niños y adolescentes en la zona, se multiplicó de forma alarmante. Para el año 1997, más de cincuenta cuerpos decapitados y horriblemente mutilados, fueron rescatados de distintas fosas repartidas por todo el país. El CTI (Cuerpo Técnico de Investigaciones) se vio obligado a resolver el misterio que tenía alarmada a toda la población. Era evidente que aquellos asesinatos no eran simples venganzas perpetradas por delincuentes novatos. Aquello, correspondía al actuar de una o más personas que estaban cometiendo verdaderas carnicerías. Una de las principales sospechas, era que se tratara del proceder de una agrupación satánica, pues los crímenes eran particularmente sádicos y de una naturaleza aparentemente ritual.

Los cadáveres encontrados, pertenecían a varones menores de edad que habían sido maniatados, violados y torturados. Todos habían muerto degollados y, posteriormente, se les había decapitado con un machete. Muchas de las cabezas, halladas en fosas poco profundas, se encontraban con el pene de la víctima dentro de la boca. En las escenas de los crímenes, se encontraron varias colillas de cigarrillo y botellas de alcohol, lo que indicaba que el o los asesinos, se estaban tomando todo el tiempo del mundo antes de quitarles la vida a sus víctimas.

Los asesinatos, cometidos principalmente en el departamento del Valle y luego Pereira, se habían convertido en un verdadero escándalo. Fue tanta la repercusión de los niños asesinados en Colombia, que Amnistía Internacional, el Parlamento Europeo y la ONU, ofrecieron su ayuda para solucionar el caso. En ese momento, los especialistas extranjeros se

preguntaron si era posible que un asesino serial, pedófilo y con características de depredador sexual, anduviese suelto por las calles. El 19 de junio de 1998, en Génova, Quindío, tres niños de 9, 12 y 13 años, desaparecieron misteriosamente. Los cuerpos mutilados, se encontraron cinco días después en un sector baldío y mostraban indicios de haber sido brutalmente torturados. En esta ocasión, un par de testigos había asegurado haber visto a un hombre delgado que conversaba con los chicos, poco antes de que desaparecieran. La policía ya contaba con una descripción del sujeto; aunque aún no era suficiente para seguirle la pista. Mientras el CTI continuaba con la investigación, una funcionaria de Armenia se comunicó con sus superiores para mencionar sus impresiones con respecto a una orden de captura, emitida tres años antes, en Tunja, departamento de Boyacá, sobre un tal Luis Alfredo Garavito Cubillos, implicado en la violación y asesinato de un niño, al cual le habría cortado la cabeza y cercenado el pene. El paradero de Garavito era desconocido, así que solo pudieron agregar su perfil junto al de otros sospechosos. En septiembre de 1998, otros tres menores fueron encontrados desmembrados en Florencia y Caquetá. Las autoridades aún no lograban reaccionar cuando, en noviembre de ese mismo año, un joven encontró una fosa con los huesos de trece niños, de entre 8 y 14 años. Una semana más tarde, se localizaron otros doce cuerpos y nueve cráneos cerca de los alrededores. La detención del monstruo que estaba asolando prácticamente todas las provincias de Colombia, se hacía imperiosa. Sin embargo, ni la policía ni las autoridades, estaban realmente seguras si se trataba de un solo asesino.

Los departamentos de Tunja, Armenia y Pereira, se unieron para relacionar datos y sacar algunas conclusiones. Para empezar, todas las víctimas eran varones menores de edad, sin excepción. Habían sido decapitados, las

cabezas eran enterradas lejos de los cuerpos y llevaban el pene dentro de la boca. También se encontraron restos de sogas alrededor de los cuellos. Volvieron entonces, las teorías de que un grupo de satanistas estaba tras aquellos asesinatos. Pero también se supuso que podía tratarse de una red de prostitución infantil e incluso de tráfico de órganos. Cuando los departamentos de Meta, Cundinamarca, Antioquia, Quindío, Caldas, Valle del Cauca, Huila, Cauca, Caquetá y Nariño se sumaron a la cruzada, porque acusaron casos similares de menores asesinados y decapitados, el horror los invadió a todos. Si se trataba de un solo sujeto, debía de ser sumamente astuto.

Cuando por fin los investigadores y detectives optaron por tomar en cuenta la teoría del asesino en serie, a finales de 1998, hicieron una lista de cien sospechosos que, eventualmente, se redujo a solo diez. Luis Alfredo Garavito Cubillos, era uno de ellos. De inmediato, los agentes fueron tras la pista de los posibles asesinos, hasta que dieron con Luz Mary Ocampo, ex pareja de Garavito, la cual había vivido un tiempo con él. Según sus declaraciones, hacía tiempo que no lo veía; pero que siempre había sido un hombre cariñoso y sereno. Una hermana de Garavito fue interrogada por la policía y ella les aseguró que no conocía su paradero; pero que podía entregarles una bolsa que había dejado en casa, semanas antes. En ella, los agentes encontraron talonarios, libretas, pasajes de autobús, entre otros documentos. Todos ellos, sirvieron para establecer las fechas y los movimientos que había hecho Garavito dentro del país, los cuales coincidían plenamente con las desapariciones, secuestros y asesinatos de menores que se estaban investigando. Pero, a pesar de contar con todas estas pistas, seguían siendo circunstanciales. El 27 de noviembre, los niños de Pereira realizaron una marcha nocturna, a modo de protesta, para que no los siguieran matando. La situación era desesperada y el sospechoso

que más llamó la atención de la policía, en ese entonces, no aparecía por ningún lado.

En julio de 1999, los fiscales, equipos científicos y policíacos implicados en el caso, se reunieron en Pereira para ratificar que todos y cada uno de los asesinatos, efectivamente, habían sido cometidos por un solo sujeto:

Muy probablemente, Luis Alfredo Garavito. Una de las teorías más acertadas, las expuso el morfólogo Carlos Hernán Herrera, quien analizó algunas de las escenas de los crímenes cometidos en Valle del Cauca.

Primero, explicó que todas las víctimas fueron abordadas en plazas de mercado y terminales de buses. Todas eran decapitadas tras ser violadas y los restos, en el caso de Valle del Cauca, eran abandonados en los cañadulzales. En uno de estos crímenes, un incendio fortuito parece haber sorprendido al atacante, quien huyó dejando el cadáver de un niño y varias otras pistas. Se encontraron un peine, un par de zapatos, unos pantaloncillos, un destornillador y un par de billetes. Tras analizar los zapatos y los pantaloncillos, Herrera llegó a la conclusión de que el asesino era un hombre de unos 40 años de edad y que debía medir entre 1,65 y 1,70 mts. También, aseguró que cojeaba de la pierna derecha, pues uno de los zapatos estaba más gastado que el otro. Por último, en la escena descrita, se encontraron colillas de cigarrillos y un par de botellas de alcohol, algo que se repetía constantemente en todos los otros asesinatos que se venían investigando.

Cuando el cruce de información entre los municipios sacó a relucir los antecedentes de Luis Alfredo Garavito, acusado por el asesinato de un niño en Tunja, otro nombre salió a la palestra: Bonifacio Morera Lizcano, quien tenía antecedentes de violación y acoso de menores. Cuando los agentes compararon las fotografías de ambos sospechosos, pudieron darse cuenta que se trataba del mismo sujeto.

El día jueves 22 de abril de 1999, la policía recibió la denuncia de un rapto e intento de violación a un menor de edad llamado John Iván Sabogal. Su madre, desesperada, alertó a las autoridades y estos se presentaron de inmediato en su domicilio. John, visiblemente alterado, les contó a los agentes que un sujeto se le acercó a comprar un billete de lotería, pues él trabajaba vendiéndolos en la plaza de los Centauros, en Villavicencio. El hombre parecía un sujeto amable, hasta que sacó un cuchillo y se lo puso en un costado, para llevarlo hasta una calle aledaña. Allí, hizo parar un taxi y lo amenazó de muerte ante el más mínimo intento por escapar. Durante el viaje, el secuestrador actuó de forma natural e incluso conversó amablemente con el taxista, sin que este sospechara nada. Una vez que llegaron a las afueras de la ciudad, el sujeto pagó la carrera y llevó al muchacho hasta un basural, en donde lo obligó a desnudarse, para luego atarlo de pies y manos. Una vez que lo dejó casi inmovilizado (los pies no estaban completamente atados) lo obligó a caminar en círculos para cansarlo, mientras le iba diciendo las cosas horribles que le iba a hacer. Justo en el momento en el que lo tumbó en el piso para violarlo, John comenzó a gritar desesperado. Los gritos, fueron escuchados por un chatarrero que se encontraba muy cerca del lugar, fumando marihuana. Ni John, ni su captor, lo habían visto, pues el hombre se encontraba tendido en el pasto, a solo un par de metros. Al ver que el chico corría peligro, el sujeto comenzó a gritar para ahuyentar al atacante, el cual cortó la soga de los pies John, para llevarlo a otro lugar. Sin embargo, el muchacho aprovechó para correr hasta el hombre que lo había salvado y ambos salieron huyendo, mientras el atacante los perseguía con un cuchillo. Tras varios minutos, lograron perderlo de vista.

Los policías quedaron atónitos con la historia. Un año antes, en ese mismo sector, se había encontrado 12 cadáveres de menores. No podía ser

coincidencia. John Iván Sabogal, había sido raptado por Garavito y había logrado sobrevivir de milagro. Hasta el momento, John era la única víctima conocida, del asesino y violador, que había salido con vida de uno de sus ataques.

De inmediato, se ordenó a los agentes crear un anillo de seguridad en busca del sospechoso, el cual aún debía rondar por el sector. Tras varias horas de búsqueda, y con la certeza absoluta de que el agresor se encontraba oculto muy cerca, los policías fingieron retirarse del lugar. Pocos minutos más tarde, vislumbraron a un hombre que salía tranquilamente de los matorrales y lo detuvieron. El sujeto se identificó como Bonifacio Morera Lizcano y aseguró que solo se encontraba de paso por el lugar. Dentro de uno de los vehículos de la policía, John Iván reconoció a su agresor y lo acusó del intento de violación. Al registrar una mochila que llevaba el sospechoso, se encontró un cuchillo, una soga, varios papeles y un frasco de vaselina. El hombre fue llevado hasta la estación de policía, en donde los investigadores descubrieron que, en realidad, se trataba de Luis Alfredo Garavito Cubillos, el principal sospechoso de la ola de asesinatos que tenía impactada a toda Colombia... sin embargo, decidieron guardar silencio y tenderle una trampa, haciéndole pensar que no conocían su verdadera identidad.

Mientras Garavito aun pensaba que se le había detenido solo por intento de violación, la Fiscal Octava de Armenia ya contaba con un folio de 118 casos de asesinato en su contra. Cuando los gendarmes por fin lo llamaron por su nombre, Garavito se vio sorprendido y no tardó en derrumbarse y confesar sus cobardes crímenes, entre lágrimas: “Yo les quiero pedir perdón por todo lo que hice y voy a confesar. Sí, yo los maté y no solo a esos. Maté a otros más”.

Tras la confesión, Garavito llegó a mencionar 142 víctimas mortales y otras varias violaciones; sin embargo, la policía comenzó a intuir que el sospechoso estaba ocultando información. De hecho, entre sus pertenencias, se encontraron una libreta y un calendario, en el cual Garavito marcaba sus crímenes con cuatro rayas verticales y una horizontal (sumando de cinco en cinco) las cuales sumaban un total de 178 víctimas. Varios especialistas, se dieron cuenta que era muy posible que el monstruo que habían atrapado, hubiese sido capaz de asesinar a unos 200 niños entre 1992 y 1998.

Luis Alfredo Garavito Cubillos, nació en Génova, Quindío, Colombia, el 25 de enero de 1957. Fue el mayor de siete hermanos, los cuales vivieron en condiciones de pobreza y atormentados por un padre maltratador, el que los castigaba y humillaba. No terminó el colegio y se marchó de casa a los 16 años, aparentemente harto de los malos tratos de su progenitor. Sin embargo, el mismo Garavito aseguró que, desde que tenía 13 años, un amigo de la familia y un párroco del pueblo, abusaban física, psicológica y sexualmente de él. En otra de sus confesiones, acusó a un par de borrachos que salían de una cantina, los cuales también lo habrían violado siendo un adolescente.

Mientras Luis Alfredo Garavito vagaba por las calles, solo encontró refugio en el alcohol. A los 21 años, ingresó a Alcohólicos Anónimos y durante cinco años recibió tratamiento psiquiátrico en una clínica del Seguro Social de Manizales; pero poco pudieron hacer por él. Garavito poseía un carácter antisocial e irascible, además de ser un psicópata consumado y tremendamente manipulador. Era constantemente despedido de todos los empleos que conseguía, pues se presentaba en estado de ebriedad y era sumamente agresivo, sobre todo con sus jefes. Su pésimo humor, sumado a una intolerancia crónica a recibir órdenes, hacía

imposible que se desempeñara en cualquier empleo. A pesar de que, para ese entonces, Garavito ya había manifestado, a los psiquiatras que lo trataron, que le atraían los menores de edad y que fantaseaba con violarlos, los médicos no tomaron en serio aquellas manifestaciones de sadismo y pensaron que solo se trataban de los delirios de un alcohólico irrecuperable.

Debido a su carácter conflictivo, Garavito decidió ganarse la vida como vendedor ambulante. Como esto no le reportaba muchos beneficios económicos (o al menos no los que él ambicionaba) se transformó en un embaucador profesional. Podía disfrazarse de sacerdote, indigente, discapacitado o representante de fundaciones ficticias por el derecho de los niños, con el único fin de engañar a los demás y sacarles algo de dinero. Al mismo tiempo, esto le permitía acercarse a los menores sin despertar sospechas, cuando sus primeros rasgos de depredador sexual y pedófilo estaban floreciendo.

Aunque identificó tempranamente sus inclinaciones homosexuales, Garavito intentó formar una familia tradicional. Conoció a una mujer que vivía sola con su hijo de 10 años y mantuvo una relación amorosa con ella, llegando incluso a asumir un rol como padre del menor. Sin embargo, su personalidad conflictiva y rencorosa, en algún momento lo llevó a contratar a un par de sicarios para matar a otra persona, por motivos que nunca ha revelado. Un año más tarde, comenzaría a asesinar con sus propias manos y a un ritmo estremecedor.

Los primeros crímenes cometidos por Garavito, se caracterizaban por la violación y una certera puñalada que propinaba en el corazón de la víctima. Sin embargo, con el pasar del tiempo, los crímenes se volvieron mucho más brutales. Solía apuñalar, varias veces, a los niños que raptaba en distintas partes del cuerpo como las manos, los glúteos o los riñones,

con el único fin de prolongar el sufrimiento del menor al provocarle heridas dolorosas; pero que no resultaban letales. También les mordía los genitales y otras partes del cuerpo, además de narrarles todas las cosas espantosas que planeaba hacerles. El sadismo de Garavito seguía creciendo y comenzó a torturar por largas horas a sus cautivos, al mismo tiempo que se emborrachaba y los violaba, con el único objetivo de aumentar su placer. Finalmente, degollarlos mientras abusaba sexualmente de ellos, se convertiría en el clímax de la perturbadora sesión de tormentos.

El horror, impacto e indignación que causó el caso en Colombia, fue tremendo. Nadie entendía cómo un asesino de esta naturaleza, consiguió eludir a la policía durante tantos años, cometiendo una cantidad de crímenes realmente catastrófica. Pero lo peor estaba por venir.

Actualmente, Luis Alfredo Garavito Cubillos, tiene 172 casos judicializados, de los cuales 138 tienen fallo condenatorio. Aunque las condenas de Garavito sumaban un total de 1.858 años de cárcel, según la ley colombiana existe un recurso conocido como la “unificación de penas”, en donde el condenado no acumula los años de presidio por distintos procesos, sino que se lo condena por el delito más grave que ha cometido, lo que en el caso de Garavito significaron 52 años de cárcel. Esta condena, debido a un cambio en el código penal de Colombia, se redujo a 40 años. En vista de que Garavito confesó sus crímenes y colaboró con la justicia tras su detención, tuvo derecho a varios beneficios, entre ellos una nueva disminución de su condena. Esto último, sumado a su buen comportamiento tras las rejas y su motivación por acceder a estudiar y trabajar en la cárcel, hicieron que Garavito redujera, nuevamente y de forma considerable, la cantidad de años que debe cumplir bajo la sombra antes de salir en libertad.

En el año 2011, una serie de comunicados difundidos a través de las redes sociales, alertaban a la población colombiana que Luis Alfredo Garavito saldría en libertad a fines de ese mismo año, lo que causó pánico e indignación, sobre todo considerando que Garavito está con plenas facultades para seguir matando y que se trata de un criminal psicópata irrecuperable. Un año antes, en el programa *El Mundo Según Pirry* (al cual el asesino cedió una entrevista) el periodista y presentador de televisión colombiano Guillermo Prieto (alias Pirry), ya había planteado su inquietud ante la posibilidad de que Garavito saliera en libertad mucho antes de lo estimado; pero algunos medios de comunicación y otros escépticos lo criticaron duramente, alegando que este programa televisivo solo buscaba generar polémica y exponía, gratuitamente, a un criminal repulsivo con el único fin de ganar *rating* y despertar sensacionalismo. Algo que, desde el punto de vista periodístico, y en especial desde el criminológico, resulta bastante debatible, sobre todo en vista de la discusión que se formó en torno al sistema de penas en Colombia y la necesidad imperiosa de mantener cautivos a criminales seriales con las características de Luis Alfredo Garavito, pues representan un peligro para la sociedad. A raíz de esto, y la evidente gravedad de sus crímenes, varias de las condenas del asesino han sido revisadas y Garavito continúa tras las rejas; aunque la posibilidad de que salga en libertad sigue vigente.

El detonante de la carrera homicida de Garavito, es incierto. Pero según sus propias palabras, en la entrevista para el programa *El Mundo Según Pirry*, había comenzado a estudiar libros sobre esoterismo, hechicería, satanismo, magia negra y el uso de la tabla ouija, en su afán por engañar a la gente más crédula y sacarles algo de dinero. Agobiado por su miserable condición económica y también movido por el odio que albergaba tras los abusos sufridos en su infancia, Garavito decidió realizar un “pacto con el

Diablo”, con el fin de tener poder y enriquecerse. Es cuando, según él, fue poseído por un demonio que lo llevó a cometer los cobardes asesinatos por los que fue condenado. Pero el recurso estereotípico de la “posesión demoníaca”, no resulta nada nuevo. Muchos asesinos seriales, a lo largo de la historia, han intentado justificar sus actos adosando la responsabilidad a un tercero, ya sea a una entidad demoníaca, paranormal o a visiones y voces que le ordenan matar. Así mismo, hay otros que culpan al sistema, a la sociedad, a la pornografía o a sus propias víctimas por provocarlos. En esta misma entrevista, Garavito acepta haber cometido todos los asesinatos que se le imputaron; pero niega haber abusado sexualmente de ellos, pues asegura sufrir de disfunción eréctil (sin embargo, se negó rotundamente a la posibilidad de someterse a un examen realizado por un especialista). Los psiquiatras que trataron a Luis Alfredo Garavito, reconocieron que, para él, el cuchillo actuaba como un falo y que necesitaba apuñalar varias veces a sus víctimas para procurarse placer sexual (algo muy similar a lo que ocurría con Andrei Chikatilo); sin embargo, la policía forense encontró varias evidencias que indicaban que Garavito sí violaba a los chicos que raptaba, además de apuñalarlos. Desde el punto de vista psicológico, esta entrevista nos reveló mucho sobre la personalidad del asesino. Se trata de un psicópata frío, incapaz de sentir remordimientos, egocéntrico, sumamente manipulador, dominante, astuto, que demuestra una enorme sobrevaloración de su propia inteligencia y con una capacidad innata para engañar a quienes lo rodean. Evitó hablar sobre sus crímenes y se centró en una supuesta campaña de desprestigio contra su persona, pues aseguraba no ser un sádico violador; sino un asesino movido por una entidad diabólica. Garavito asegura haberse reformado. Cinco años y diez meses después de haber sido encarcelado, en el año 2003, fue bautizado y se unió a la Iglesia

Pentecostal de la Cárcel de Calarcá, en donde fue muy bien recibido y en la cual goza de respeto e influencia. Convengamos que una de las formas de engañar a los menores que raptó, violó y asesinó, fue disfrazándose de párroco, por lo que no sería la primera vez que se escuda en la fe y la religión para ocultar su verdadera personalidad. Por otro lado, tampoco es raro que asesinos de la calaña de Garavito, se conviertan al cristianismo, con el único fin de demostrar un falso arrepentimiento y sumar puntos, en una eventual revisión de su caso, ante una comisión que otorga libertad o rebaja de penas, aprovechándose de la comunidad religiosa en la cual se ven inmersos.

Durante la investigación, Garavito facilitó la información para que la policía pudiera encontrar varios restos de sus víctimas; sin embargo, de un momento a otro, dejó de colaborar. En dicha entrevista, el asesino nos vuelve a mostrar su lado manipulador, asegurando que no dará más datos de los cadáveres que no han sido encontrados, a menos que sea por medio de una fundación y que se negocie así su liberación. Con el mismo desparpajo, asegura que ya ha pagado su condena, y que quiere salir en libertad para llegar al Congreso de la República y ayudar a niños de escasos recursos.

Escudándose en la religión, su típica verborrea, una falsa empatía y disculpas vacías, el documental termina con una grabación casera en la cual, tras revisar varias fotos, Garavito reconoce a uno de los niños que asesinó y del cual aún no se han podido encontrar los restos. Dirigiéndose a la familia del muchacho desaparecido, quienes observan entre lágrimas la cinta, el asesino los sermonea, de forma elocuente, con frases de perdón y enfatiza tanto en el dolor de ellos, como en el suyo, victimizándose una vez más con una frialdad, sinceramente, repugnante.

ALEXANDER PICHUSHKIN El Asesino del Ajedrez, La Bestia de Bitsa, El Maníaco del Martillo



Fuente: The Zugzwang Blog

Alexander “Sasha” Yuryevich Pichushkin nació el 9 de abril de 1974 en Mytishchi, Óblas de Moscú, Rusia. Se sabe que vivió con su madre y su hermana, pues su padre los abandonó. A los 4 años de edad, sufrió un grave accidente al caerse de un columpio y golpearse la cabeza. El golpe fue tan duro, que debió ser internado (por un tiempo al menos) en un instituto de chicos con discapacidad. Es posible que este episodio fuese clave en su posterior comportamiento criminal... que este accidente produjera alguna falla en su cerebro.

En la adolescencia, se convirtió en un chico silencioso, solitario y de mal carácter. Alexander solía meterse en varias peleas con sus compañeros de colegio... sobre todo con los mayores. Muchas veces, estas peleas las empezaba sin provocación y casi siempre salía victorioso. Pichushkin parecía disfrutar de su fuerza.

Aunque en muchas biografías se dirá que Pichushkin torturaba y mataba animales, esto no parece ser cierto. En muchas de sus fotografías, aparece acariciando a distintos gatos que fueron sus mascotas, de los cuales no existen registros de que hayan sido maltratados; sino todo lo contrario. También, solía recorrer el parque de Bitsevsky en compañía de un perro que le había regalado su madre, el cual parecía muy bien cuidado.

De pocos amigos; pero amable, era reconocido en el vecindario por mostrar una gran preocupación por sus mascotas. Sin embargo, Pichushkin no era un muchacho feliz ni mucho menos. Desde siempre, había querido destacar de los demás... ser alguien famoso e importante. Pero llevaba una vida común y corriente, algo que lo irritaba y frustraba al mismo tiempo. Había comenzado a levantar pesas y hacer ejercicios, quizás para mantenerse ocupado; pero era evidente que la letanía de su vida, la cual transcurría entre el colegio y un empleo vulgar de medio tiempo, lo exasperaba.

El joven Alexander, parecía haber cambiado un poco después de una desilusión amorosa, cuando mantuvo una breve relación con una muchacha llamada Olga Maksheeva, esta lo había abandonado por un sujeto 20 años mayor que él. A partir de ese momento, Alexander perdió el interés por las chicas y se enfocó en satisfacer otro tipo de fantasías: Quería matar.

Durante 1992, Pichushkin había concebido seriamente la idea de realizar un asesinato al azar. Había leído mucho sobre su compatriota Andrei

Chikatilo, sádico multihomicida apodado el Carnicero de Rostov, y se convertiría en su fiel admirador. Aquel sanguinario asesino en serie, que había sido detenido solo un par de meses antes, llamó profundamente su atención. Quería ser como él... e incluso superarlo.

Con la idea de matar en la cabeza, Alexander Pichushkin, se propone buscar un cómplice. Le cuenta su plan a un compañero de clase; pero como este se niega a ayudarlo, lo asesina lanzándolo a una alcantarilla ubicada en las inmediaciones del parque Bitsevsky, en donde muere ahogado. Debido a que el juicio contra Chikatilo estaba demandando grandes esfuerzos y recursos a la policía rusa, este caso jamás se aclaró. El expediente final señalaba “suicidio” y no se ahondó más en el tema.

Pichushkin se había salido con la suya... pero no quedaría satisfecho.

Ese mismo año, Sergei Kozyrev (la nueva pareja de Olga Maksheeva, ex novia de Alexander) apareció asesinado en su departamento. Se retuvo a Pichushkin como principal sospechoso; pero no había ninguna prueba que lo ligara al asesinato. Alexander nuevamente salía libre de culpa. Esto debió asustarlo y obligarlo a ser más cauteloso. Matar a gente con la que se le pudiese vincular fácilmente, parecía no ser muy buena idea; aunque tras su detención, varios años más tarde, confesaría que sentía un mayor placer al asesinar a personas conocidas, pues lo sentía como algo más “personal”.

A estos dos primeros crímenes se sumaría un tercero, cuando lanzó a un vagabundo desde un edificio. Curiosamente, Pichushkin se detendría y no volvería a asesinar hasta el año 2000, esta vez sin más contemplaciones ni pausas.

Solía caminar por el enorme parque de Bitsevsky (también conocido como parque de Bitsa) acompañado de una botella de Vodka y un martillo.

Invitaba a beber un poco de licor a indigentes u otros desconocidos, para

luego partirles el cráneo a martillazos sin previo aviso. Según Pichushkin, les mencionaba a las futuras víctimas que su perro había muerto y que les invitaba un trago de Vodka en su honor. Todas cayeron en su trampa... solo un par sobrevivió, y con secuelas tan graves, que fueron incapaces de colaborar con la policía para identificar a su agresor. La firma del asesino era inconfundible, pues después de destrozarles la cabeza con el martillo, les dejaba enterrada la botella en los sesos. Casi todas las víctimas eran varones de entre los 20 y 70 años, salvo algunas excepciones en las que mató mujeres (4 en total) y a un niño de 9 años, al que lanzó por una de las alcantarillas del parque de Bitsa. Al principio, el asesino tenía el cuidado de dejar los cuerpos ocultos; pero, con el pasar de los meses, comenzó a abandonarlos en lugares de fácil acceso, por lo que eran hallados casi de inmediato.

Bitsevsky es uno de los parques naturales más grandes de Moscú (y del mundo) por lo que el asesino podía desplazarse sin ser visto por curiosos. Cuando los crímenes comenzaron a colmar los periódicos, durante el año 2001, los moscovitas comprendieron que un nuevo asesino en serie estaba activo en su ciudad. Lo bautizaron como el Maníaco del Martillo. Otros medios, lo llamaron la Bestia de Bitsa.

Pichushkin, por su parte, siguió cometiendo varios asesinatos durante los años que siguieron. Utilizaba, básicamente, el mismo *modus operandi*; pero alternaba sus víctimas entre vagos y desconocidos; con vecinos y compañeros de trabajo. No dejaba ninguna pista, y los cadáveres seguían acumulándose en la morgue, lo que tenía frustrada a la policía y asustada a la población. Todo esto cambiaría el 2006, cuando Pichushkin comete su primer y último error.

El cuerpo de una mujer era hallado en el parque. Se trataba de una chica llamada Marina Moskaleva. No era el perfil de víctima del bullado

asesino en serie; pero las evidencias apuntaban, indudablemente, a que era otro crimen del Maníaco del Martillo. Cuando los policías se comunicaron con la familia de la chica y preguntaron por sus últimos movimientos, se les entregó una nota que Marina había dejado en casa, en donde avisaba que saldría con un compañero de trabajo y dejaba su dirección. El nombre, en el papel, era el de Alexander Pichushkin, un sujeto de 33 años, empleado en una tienda de comestibles.

Cuando la policía visitó a Pichushkin y lo interrogó, este admitió el asesinato de Marina y no solo eso; sino el de muchas otras personas. Alexander fue detenido y la pesadilla parecía haber terminado. Era probable que tuvieran entre manos al famoso Maníaco del Martillo... Hasta el momento, se sabía de 14 crímenes perpetrados en las inmediaciones del parque de Bitsevsky. Pero Pichushkin los corrigió inmediatamente. Aseguraba haber matado a 61 personas en total.

Una de las primeras y más llamativas confesiones del imperturbable Alexander Pichushkin, era en la que aseguraba que llevaba la contabilidad de sus asesinatos, al irlos ingresando en un tablero de ajedrez que tenía en su domicilio. Cuando el hogar del asesino fue allanado, la policía encontró el mentado tablero, el cual tenía exactamente 61 números pegados en cada una de sus casillas. Faltaban solo tres para completar los 64 casilleros.

Desde ese momento, fue conocido como el Asesino del Ajedrez.

Tras más de veinte visitas a las escenas de los crímenes (casi todas en el parque de Bitsa) se contó con una cámara de video y varios maniqués que sirvieron para recrear los asesinatos que Pichushkin había cometido. El acusado, equipado con la réplica de un martillo y esposado a un agente, explicó fríamente cómo cometió cada uno de los asesinatos. Varios restos de cadáveres fueron encontrados durante este recorrido, algo que parecía reconfortar a Pichushkin y horrorizar a los policías que lo acompañaban.

También, guió a los investigadores por ciertos sectores en donde se encontraban algunas alcantarillas, las cuales usó para lanzar vivas a unas 16 personas, en una extraña variable de *modus operandi*.

Las declaraciones de Alexander Pichushkin, durante el juicio, eran propias de un psicópata egocéntrico y cruel, incapaz de sentir empatía por sus víctimas. Aceptó, sin inmutarse, todos los cargos que se le presentaron. Se declaró culpable y dijo que muchas personas más podrían haber muerto si no lo hubiesen detenido, porque no pretendía dejar de matar: “Una vida sin homicidios, para mí, es como una vida sin alimento para ustedes”.

También llegó a decir que se sentía como un “Dios” cuando asesinaba a sus víctimas, y que no era merecedor de clemencia por parte del jurado; pues él mismo había sido “juez, fiscal y verdugo” de las 61 personas que mató.

Los familiares de las víctimas clamaban venganza ante las descaradas declaraciones del asesino, mientras los fotógrafos y camarógrafos se abalanzaban sobre la celda de cristal blindado que protegía al inalterable Alexander.

El juicio recibió gran cobertura mediática. De cierta manera, la figura de Pichushkin, recordaba un poco a la estampa de Chikatilo. Sentado dentro una jaula (esta vez con cristal anti balas) aparentaba ser un sujeto peligroso, desaliñado y con cara de pocos amigos. Las investigaciones duraron varios meses y se pudieron constatar un total de 49 asesinatos cometidos entre 1992 y el 2006; pero Alexander insistía en que la cifra era de 61. Según él, había superado los 53 crímenes de Andrei Chikatilo, por lo que debía ser reconocido como el asesino número uno de Rusia; aunque se lamentaba por no haber alcanzado a cubrir los 64 casilleros del tablero de ajedrez.

Finalmente, y a pesar de los alegatos de Pichushkin, que insistía en que la cifra de víctimas era mayor, se le juzgó por 49 asesinatos y fue sentenciado a cadena perpetua.

Como en todos estos casos, muchas preguntas quedan sobre la mesa.

¿Cuáles eran los verdaderos motivos de Pichushkin para cometer semejantes atrocidades? Según algunos especialistas, aquellos crímenes tenían un trasfondo meramente sexual. Se sabía que Pichushkin, antes de empezar a asesinar de forma indiscriminada, había planeado formar una familia; pero que sus relaciones no progresaron, lo que terminó por detonar su ira. Sin embargo, el perfil de víctimas más recurrentes de Alexander, eran hombres. Generalmente, los asesinos seriales dirigen su furia asesina hacia personas que simbolizan su frustración o fantasía sexual. Y si la frustración de Pichushkin era el hecho de no haber podido formar una familia o concretar una relación sentimental duradera con una mujer, resulta extraño que sus víctimas fuesen casi siempre hombres. Es posible que, simplemente, decidiera asesinar para convertirse “en alguien”, aunque se tratase de un criminal.

Actualmente, Alexander Pichushkin sigue encarcelado, tras haber pasado más de quince años en solitario.

VIKTOR SAYENKO E IGOR SUPRUNYUCK Los Maníacos de Dnepropetrovsk



Fuente: Grotesque and Arabesque

El caso de los Maníacos de Dnepropetrovsk es, posiblemente, uno de los más impactantes y brutales de los últimos tiempos. Para empezar, los dos asesinos eran jóvenes de solo 19 años. En tan solo 15 días, aterraron a toda una nación cometiendo 21 asesinatos. Por último, grabaron, con las cámaras de sus celulares, cada uno de los sangrientos crímenes. El 4 de diciembre del 2008, una de estas grabaciones se filtraría en internet (principalmente en páginas de contenido *gore*), lo que causaría gran impacto y revuelo a nivel mundial. El video fue conocido como “*3 guys 1 hammer*” y ha sido catalogado como uno de los más espantosos jamás colgados en la *web*. En él, se ve cómo dos chicos torturan y asesinan a un hombre con un martillo y un destornillador. Las imágenes son tan crueles, que no dejaron indiferentes a los cibernautas y se generaron diversos foros de discusión acerca de la veracidad de tal atrocidad. Lo cierto es que, al conocerse que dicho material era real, mucha gente se sintió asqueada e indignada por la brutalidad de lo que había visto. Se ha llegado a asegurar,

que es uno de los videos más chocantes y horribles que se ha difundido por las redes hasta el día de hoy.

Todo parecía normal en la ciudad de Dnepropetrovsk... o al menos eso parecía, porque antes de que los asesinatos comenzaran a ser un puzle para la policía, algunas personas ya se habían topado con perros y gatos masacrados y colgados en los bosques cercanos; sin embargo, nunca nadie pensó que estos actos enfermizos pasarían a ejecutarse sobre la población. La calma se vio interrumpida el 25 de junio del año 2007, cuando la policía local recibió la noticia del asesinato de un hombre llamado Roman Tatarevich, quien dormía en el banco de una plaza. Su cabeza fue literalmente destrozada con lo que parecía ser un martillo. Pocas horas después, el cuerpo de una muchacha fue encontrado cerca del lugar. La chica, llamada Ekaterina Ilchenko, de 33 años, había sido asesinada una hora antes que Roman Tatarevich y mostraba una marca de martillo justo en la sien. A las víctimas les habían sustraído algo de dinero; pero la brutalidad de los ataques era tal, que asegurar que el móvil había sido el robo sonaba algo descabellado. Aun así, la policía sospechó que se trataba de una coincidencia y que ambos crímenes no estaban relacionados.

El 1 de julio, los cuerpos de Evgeniya Grischenko y Nikolai Serchuk, fueron hallados en la localidad vecina de Novomoskovsk. Ambos habían sido ultimados con un martillo. Los investigadores comenzaban a preocuparse cuando, el 6 de julio, se informa de tres nuevos asesinatos en la ciudad de Dnepropetrovsk, los cuales habían sido cometidos en plena calle. Los vecinos se mostraron nerviosos, pero la policía trató de bajar el perfil de los ataques, con el fin de llevar una investigación silenciosa y atrapar rápidamente al responsable. Las primeras sospechas de que un

asesino serial estaba suelto, comenzaron a inquietar a los más expertos; aunque aún no había pruebas concluyentes.

El 7 de julio, un chico de 14 años, Vadim Lyakhov, declaró, ante la policía, haber sido atacado por dos jóvenes en la localidad vecina de Podgorodnye, mientras se encontraba pescando con un amigo. Vadim había conseguido huir; pero no sabía si su compañero había alcanzado a escapar. El cadáver del otro muchacho, Andrei Sidyuck, fue hallado, a los pocos minutos, con la cabeza completamente destrozada. Vadim fue puesto en prisión preventiva inmediatamente, pues se sospechó que el crimen lo había cometido él. Pero pronto la policía lo dejó en libertad. La teoría que indicaba a dos homicidas armados con un martillo, tomaba más fuerza que nunca. Aquello significaría el primer avance real en la investigación. Por lo visto, se trataba de una pareja de asesinos que actuaban juntos; sin embargo, nadie entendía los móviles de los crímenes.

Los ataques se volvieron cada vez más violentos y sádicos. El siguiente en la lista, fue Sergei Yatzenko, de 48 años. Si bien los asesinos grabaron muchos o casi todos sus crímenes, es este (precisamente) el que fue posteriormente difundido por internet y causó revuelo en las redes sociales. Existe un segundo video, el cual fue recuperado por el programa chileno *Aquí en Vivo*, después de viajar a Dnepropetrovsk para documentar dicho caso, el cual muestra los momentos previos al asesinato de Yatzenko. Cabe destacar que este material jamás había salido a la luz, lo que significó todo un acierto periodístico. Los primeros fragmentos de esta cinta, muestran a los dos jóvenes parados en el medio de una solitaria carretera, cerca del automóvil de uno de los muchachos. Viktor Sayenko, graba a su amigo, Igor Suprunyuck, mientras este observa el camino, utilizando unos prismáticos, esperando a que se acerque una potencial víctima. Lo único que les preocupaba, según las propias palabras de

Suprunyuck en dicho video, era que su potencial víctima no fuese más alta y fuerte que ellos. Si era más débil, no tendrían mayores problemas.

Mientras hacía estas declaraciones, se le veía con una bolsa de plástico en la mano. Dentro de ella, llevaba empuñado el martillo... era un camuflaje perfecto. De pronto, ven a un hombre montado en una bicicleta, que se acerca al lugar. Los asesinos deciden que él sería su nueva víctima.

Suprunyuck se le acercó con naturalidad hasta que, de un solo golpe de martillo, lo derribó de la bicicleta. Luego, el hombre fue arrastrado algunos metros dentro del espeso bosque que rodeaba el lugar. Es ahí donde daría comienzo la brutal carnicería.

El video, titulado “ *3 guys 1 hammer*”, comienza con la víctima, Sergei Yatzenko, tendido en el suelo del bosque, aun aturdido por el primer golpe. Es, entonces, cuando Igor Suprunyuck comienza a destrozar el rostro del hombre a martillazos. Entre las perversas risotadas de los atacantes, la grabación que dura casi ocho minutos, es un festín de crueldad inconcebible que muestra, de forma explícita, un asesinato espantoso y a una víctima con el rostro convertido en una masa deforme y sanguinolenta. El muchacho que está grabando (Viktor Sayenko) no se queda atrás y comienza a apuñalarlo, con un destornillador, en el estómago, el pecho y los ojos. Los gruñidos de Sergei (debido al trauma de los golpes y a que se estaba ahogando con su propia sangre) son el grotesco sonido de fondo de una de las escenas más horripilantes que se han dejado ver por la *web*. Finalmente, y luego de posar para unas fotografías, rematan al pobre hombre con varios martillazos en la nuca. Vuelven a la carretera y tras lavar el arma homicida con un bidón de agua que ocultaban en el vehículo, se retiran del lugar.

Un total de 21 asesinatos en 15 días, causaron verdadero pavor en Dnepropetrovsk. La policía ya sabía que se trataba de al menos dos

personas que atacaban al azar y que robaban algunas pertenencias de sus víctimas, como dinero e incluso teléfonos móviles. Pero cuando uno de los asesinos cometió el error de encender uno de los celulares que había robado, para verificar si funcionaba, fue el fin de esta espeluznante historia. La policía logró rastrear el aparato inmediatamente. Además, ya contaba con algunos retratos hablados de un par de jóvenes que, torpemente, acudieron a una casa de empeño para vender pertenencias robadas a las víctimas, las cuales fueron rápidamente identificadas. De esta forma, las autoridades lograron dar con el paradero de los sospechosos, Viktor Sayenko e Igor Suprunyuck, quienes fueron detenidos el 23 de julio del año 2007.

Las investigaciones dieron fruto y junto a los asesinos, caía también un antiguo amigo de los maníacos, Alexander Hanzha, un chico problemático y antisocial, acusado de robos y desmanes; pero que su aversión a la sangre lo alejó, desde un comienzo, de las brutales torturas que Sayenko y Suprunyuck ejercían sobre distintos animales (por mera diversión) hasta provocarles la muerte.

Los tres muchachos (todos nacidos en 1988) eran compañeros de colegio y amigos de casi toda la vida. Sayenko y Hanzha eran dos chicos de clase media, muy unidos y de buenas calificaciones, que compartían el día a día en la escuela. Tiempo después, conocerían a Igor Suprunyuck; pero desde ese momento, sus infantiles juegos comenzarían a tornarse cada vez más avezados y peligrosos. Según declaraciones de algunos familiares, Sayenko y Hanzha admiraban a Suprunyuck, el cual se mostraba como un chico rebelde y una mala influencia. En la escuela, era un muchacho silencioso y solitario; pero también podía ser conflictivo y relativamente violento. Al mismo tiempo, las calificaciones de sus dos únicos amigos, Sayenko y Hanzha, comenzaron a bajar notablemente.

Igor Suprunyuck se convirtió rápidamente en el líder del grupo y estaba, asiduamente, ideando desafíos para divertirse junto a sus amigos. En una ocasión, Sayenko y Suprunyuck se sinceraron y reconocieron tenerle miedo a las alturas. A Suprunyuck se le ocurrió, entonces, superar aquella fobia junto a su amigo y ambos se colgaron de la barandilla de un edificio de 14 pisos. El resultado fue más que satisfactorio y ambos superaron su miedo a las alturas.

Por otro lado, Alexander Hanzha era un chico bastante más temeroso. Una de sus mayores fobias, era la sangre. Sentía un verdadero pánico al verla y le daban mareos. Suprunyuck propuso, entonces, enfrentar juntos el miedo de Hanzha, asesinando a perros y gatos callejeros. Comenzaron a colgar, crucificar y destripar a varios animales en las inmediaciones del bosque. Sin embargo, y a pesar de que estuvo presente en algunos de estos brutales actos, Hanzha no lo soportaba y muy pronto dejó de acompañarlos en aquellas crueles matanzas de mascotas, las cuales continuaron durante años, pues se habían convertido en la entretención favorita de Sayenko y Suprunyuck.

Los tres muchachos ya se habían metido en varios problemas, incluyendo una denuncia por lanzarle piedras a trenes en movimiento. Por su parte, Suprunyuck se había visto envuelto en el robo de una bicicleta que le vendió a Sayenko, cuando tenía 17 años, además de darle una paliza al chico al que se la quitó.

Igor Suprunyuck había nacido en una familia acomodada, por lo que no se sorprendió al recibir un automóvil Daewoo el día de su cumpleaños.

Suprunyuck, en vez de aprovechar este regalo para salir con amigos y amigas, como lo haría un muchacho normal de su edad, decidió utilizarlo para ejecutar diversos robos. Con una licencia falsa y la ayuda de sus dos compañeros, realizaba recorridos como taxi pirata, tomando pasajeros a

los que terminaba asaltando. Es, en ese momento, cuando Alexander Hanzha decide hacerse a un lado, posiblemente intimidado por los actos de Suprunyuck y Sayenko.

Posteriormente, Hanzha se entera que Suprunyuck había conseguido un “misterioso” contacto por internet, el cual le había ofrecido una estratosférica cantidad de dinero a cambio de grabar el asesinato de 40 personas, a modo de películas *Snuff*. Aunque se niega a participar en los ataques, comienza a esconder varios de los objetos robados a las víctimas, con la misión de reducirlos, mientras Suprunyuck y Sayenko salen, con cámara en mano, a matar personas.

Los noticieros no hacían más que hablar de los Maníacos de Dnepropetrovsk y cada detalle que salía a la luz, era peor que el anterior. Acusados de 21 asesinatos y 8 intentos de asesinato, Sayenko y Suprunyuck no se mostraban arrepentidos de nada. Como evidencia, se requisaron varias grabaciones, registradas en sus celulares, en las cuales se les puede ver matando y torturando a sus víctimas de forma inhumana, e incluso asistiendo a los velorios y entierros de estas personas, solo para burlarse y dedicarles gestos obscenos. También, se encontraron gran cantidad de fotografías en donde los asesinos aparecen realizando el saludo Nazi, además de lucir un bigote hitleriano, bajo la nariz, pintado con sangre. En otras fotos, aparecen posando con el fatídico martillo homicida, y una sonrisa de oreja a oreja. La cantidad de material fotográfico y audiovisual que los incriminaba, era abrumadora.

Durante el juicio, se habló de las intenciones de Sayenko y Suprunyuck, de vender los videos como películas *Snuff* e incluso se trató de comprobar el nexos con alguna Mafia que les hubiese ofrecido dinero por dicho material; pero no se encontraron pistas suficientes como para seguir con la

investigación. Lo que finalmente se dedujo, es que estos jóvenes cometían los asesinatos por simple diversión.

El afamado video, filtrado en la *web* el año 2008, es solo una muestra de varias cintas que registran la mayoría de los 21 asesinatos; pero que se encuentran bajo estrictas medidas de seguridad, después de que uno de estos se filtrara.

Mientras toda Ucrania se encontraba horrorizada por los asesinatos, los padres de Sayenko y Suprunyuck, aseguraban que las grabaciones fueron intervenidas de forma digital y que sus hijos eran completamente inocentes. Las autoridades desestimaron que dichos videos fuesen falsos o trucados... y la verdad es que, después de ver aquellos registros, es muy difícil creer esa teoría.

Durante el juicio, los tres muchachos se encontraban tras una jaula que los protegía del público, que los miraba con odio. Tanto Viktor Sayenko como Igor Suprunyuck, reconocieron sus crímenes; aunque se mostraron espantosamente fríos y displicentes ante las graves acusaciones. A Hanzha, por su parte, se le vio igual de insensible. Los exámenes psiquiátricos, demostraron que ninguno de ellos padecía algún tipo de enfermedad mental.

El 11 de febrero del 2009, Alexander Hanzha fue sentenciado a 9 años de prisión por colaborar con los Maníacos de Dnepropetrovsk al ocultar y vender los objetos robados de las víctimas. Viktor Sayenko e Igor Suprunyuck, fueron condenados a cadena perpetua por 21 asesinatos y 8 intentos de asesinato.

Lamentablemente, casos tan impactantes y trascendentes como el de los Maníacos de Dnepropetrovsk, siempre acarrearán una serie de efectos subsecuentes, como la emulación. En diciembre del año 2010, dos jóvenes rusos decidieron imitar a Sayenko y Suprunyuck. Artyom Anoufrieiev y

Nikita Lytkin, dos chicos que veneraban a los afamados “Maníacos”, decidieron cometer su propia seguidilla de asesinatos y grabarlos en cámara. Durante años, habían admirado a asesinos famosos, como Chikatilo o Pichushkin; pero el video “*3 guys 1 hammer*”, el cual veían constantemente, los había obsesionado por completo. Artyom y Nikita (de 18 y 17 años respectivamente) comenzaron a asesinar a varios residentes y mendigos de la localidad de Akademgorodok, utilizando martillos y cuchillos. Una de las grabaciones, en donde se les ve mutilando el cadáver de una mujer que asesinaron, fue encontrada por un tío de Nikita Lytkin. El hombre le había prestado una cámara de video a su sobrino; pero al revisar la memoria SD, encontró el perturbador material. Dio aviso a la policía de forma inmediata y los dos muchachos fueron acusados de seis asesinatos y varios ataques perpetrados en el área. Este video, al igual que el de los Maníacos de Dnepropetrovsk, se hizo viral en internet, pues también se filtró de manera inexplicable. Gracias a esto, Artyom y Nikita se consagraron como asesinos seriales, recibiendo el apodo de los Maníacos de la Academia.

ERASMO MOENA PINTO El Psicópata de Placilla, Locomía



Fuente: CHV

Erasmo Moena Pinto encaja, de manera perfecta, en la definición de psicópata. Es un sujeto culto, histriónico, amable y cordial, que esboza una sonrisa jactanciosa; pero que no parece ser alguien especialmente peligroso. Bajo esa máscara de relativa normalidad, se esconde un verdadero monstruo que dice sentirse “peor que Hannibal Lecter”. Moena Pinto no realizó canibalismo ni cocinó a sus víctimas como el afamado personaje; pero la desfachatez y frialdad que mostró antes, durante y después de sus crímenes, resultaron ser realmente detestables.

El Psicópata de Placilla, dio bastante que hablar en la prensa nacional. El caso fue portada de varios periódicos y apareció en todos los noticieros y matinales, los cuales sabían que se encontraban ante un caso inusual. El asesino resultó ser un psicópata por antonomasia, además de un criminal de extrema peligrosidad.

Erasmo Moena Pinto, nació el 10 de enero de 1970, a los pies del Cerro Navidad, en Tomé, Chile. Creció en el seno de una familia normal, en

donde jamás ocurrieron hechos de violencia doméstica ni abusos. Erasmo era un chico delgado y de baja estatura, ojos verdes, cabello rubio y con corte “a lo príncipe”, el cual lo hacía inconfundible. Lo apodaban el Canario, debido al color de su pelo, y muchos de sus compañeros de curso lo consideraban alguien inquieto, irreverente y algo morbosos. No era grosero; aunque solía mirar a las chicas por debajo de la mesa. Resultaba común que asociara cualquier conversación con el sexo. Parece haber sido un alumno brillante en el ámbito académico, disputando siempre el primer y segundo lugar de su curso. Sin embargo, durante la adolescencia, Moena Pinto comenzó a mostrar un comportamiento errático y antisocial, lo cual terminaría por segregarlo del grupo de compañeros que lo rodeaban. Algunos estaban cansados de sus pesadas bromas, sobre todo cuando molestaba a las mujeres. Otros, comenzaron a notar que Moena Pinto era conflictivo y rebelde... alguien con quien no convenía mucho juntarse. Aunque no era particularmente violento, protagonizó un par de peleas y discusiones que obligaron a los profesores de su colegio a llamar a sus padres, para evaluar el comportamiento de su hijo.

En 1984, Moena sufrió un duro golpe en la cabeza mientras jugaba a lanzarse de la pisadera de un bus en movimiento. Solía hacerlo con sus compañeros de colegio, muy probablemente para llamar la atención. A mayor velocidad del vehículo, más riesgoso era bajarse de él. Un mal cálculo hizo que resbalara y se azotara la cabeza contra el pavimento. El muchacho quedó inconsciente y fue trasladado a un hospital, en donde recibió varios puntos de sutura y fue puesto en observación durante una semana antes de ser dado de alta. Ese mismo año, fue expulsado del colegio cuando se descubrió que había estado robando material desde la rectoría del establecimiento. Tras cambiarse de colegio, salió de la

educación media con un promedio de 6,9 (en la escala chilena, del 1,0 al 7,0). Sin embargo, su comportamiento seguía dejando mucho que desear. Posteriormente, rindió la PAA (Prueba de Aptitud Académica) e ingresó a la Universidad Santa María de Talcahuano, en donde estudió Ingeniería Mecánica Automotriz; pero solo estuvo un semestre antes de retirarse. Luego, se tituló como Analista de Sistemas; pero lo hizo, principalmente, para complacer a sus padres. En el fondo, los intereses de Erasmo eran otros, y estaban ligados estrechamente con el crimen. Por aquellos años, Moena Pinto ya contaba con un historial de robos a mano armada, hurtos y otros ilícitos, como la venta de material pornográfico. Aun así, volvió a rendir la PAA para, en esta ocasión, postular a la carrera de Ingeniería en Matemáticas, en donde calificó sin problemas. Al parecer, estos logros solo hacían que su narcisismo se acrecentara, pues en el fondo, no tenía muchas ganas de estudiar. De hecho, a pesar de quedar en la carrera de Ingeniería en Matemáticas (como se lo había propuesto) no pudo cursarla, pues fue detenido y condenado a cumplir 10 años de cárcel por robo y lesiones cuando contaba con 23 años.

Según sus propias declaraciones, a la edad de 21 años había cometido su primer asesinato, crimen por el cual jamás fue juzgado ni sindicado como sospechoso. En dos entrevistas concedidas en televisión, este aseguró haber asesinado a un amigo suyo, el peluquero homosexual Marco Antonio Cortéz, con el cual convivió por varios meses en 1991. Moena negaría que existiese una relación amorosa entre ambos; pero otros testimonios aseguran que Erasmo se divertía igualmente con hombres y mujeres. Erasmo Moena insistiría ante el psiquiatra forense, Italo Sigala (el cual lo entrevistó tras su última detención en el 2010), que no mantuvo una relación homosexual con el sujeto; pero que sí lo estranguló, descuartizó y quemó para, posteriormente, lanzar sus restos en un río de Coelemu,

Región del Biobío. Una amiga de juventud de Moena confirmaría la historia, una vez que este se hizo famoso a nivel nacional pues, según contó a la prensa, le había confesado el crimen; pero ella no le había creído. Sin embargo, la policía no contaba con pruebas ni un cadáver que identificar, por lo que el asesinato quedó sin resolver. Al respecto, Moena diría posteriormente: “Mi amigo estuvo en el lugar equivocado, en el momento equivocado, vio cosas equivocadas y quiso hacer cosas que no tenía que hacer y lamentablemente yo no quería caer preso en ese momento. Una pena por él, pero yo no podía hacer más. Pese a la amistad, sopesó más mi libertad y yo no caer preso”.

Cuando Moena cayó a la cárcel por primera vez, no la pasó bien. Era joven y demasiado educado como para congeniar con el resto de la población penal, por lo que comenzó a sufrir abusos por parte de otros reos. Pero lejos de amedrentarse, intentó buscar un lugar tras las rejas y empezó a traficar drogas, hecho por el cual sería enjuiciado, nuevamente, y condenado a otros cinco años de encierro. Fue trasladado a la cárcel de Los Ángeles, en la provincia de Biobío, en donde terminaría de purgar su condena.

Poco tiempo después de salir de la cárcel, en el año 2007, Erasmo Moena violó a una mujer, por lo cual fue condenado a tres años y un día de presidio. Tras cumplir la condena, volvería a la calle el 14 de marzo del 2010; pero estaría en libertad solo 21 días antes de que fuese detenido y acusado de tres nuevas violaciones y dos asesinatos.

El vertiginoso actuar criminal de Erasmo Moena Pinto, parecía no tener fin. A tan solo cinco días de haber salido de la cárcel, violó a una menor de 10 años de edad en un terminal de buses de Los Ángeles. El 20 de marzo, volvió a violar a una mujer de esa ciudad. El 25 de ese mismo mes, violó a una temporera cerca de Mulchén, Región del Biobío. Posteriormente, se

mudó a Placilla, Región de Valparaíso, en donde comenzó a urdir un plan realmente despreciable para poder satisfacer sus impulsos sexuales.

Moena es un sujeto astuto, convincente y manipulador. Sabía que podía manejar una situación potencialmente riesgosa y torcerla a su favor, por lo que decidió buscar a sus siguientes víctimas de una forma más elaborada. Colgó una tentadora oferta en internet, en donde buscaba secretarias para un puesto de trabajo en la Región de Valparaíso. Ofrecía un muy buen sueldo, grato ambiente laboral y daba un número de contacto para coordinar una entrevista. Según sus declaraciones, este anuncio solo lo había puesto a modo de “broma” y que no pensó que alguna mujer se intentaría contactar con él. Pero resulta evidente que sus intenciones iban más allá de una simple humorada. Estaba tendiendo una trampa con la que, posiblemente, ya había fantaseado antes. Solo quedaba sentarse y esperar que alguien picara el anzuelo, y así ocurrió.

El 6 de abril del 2010, Loreto López, santiaguina de 36 años, vio el anuncio en el periódico y no dudó en llamar. La renta que se prometía era sumamente atractiva; aunque tendría que levantarse un poco más temprano de lo acostumbrado, debido a la distancia entre Santiago y Valparaíso. Aun así, quiso intentarlo, pues parecía un trabajo idílico para su futuro. Erasmo Moena recibió el llamado de Loreto por la mañana. Este se presentó como un empresario maderero y acordó con ella una entrevista personal para el mismo día. La mujer aceptó ilusionada. Loreto viajó en bus hasta Valparaíso y se juntó con Moena en un concurrido *Mall* de Viña del Mar. Charlaron un rato y luego, por medio de mentiras y engaños, el asesino la guio hasta una quebrada de Placilla. Según sus propias palabras, Moena Pinto la llevó hasta el bosque indicándole un camino en donde, supuestamente, se encontraba la oficina maderera. La inocente mujer creyó en sus palabras y lo siguió. Pero una vez que se alejaron de la

carretera, Moena extrajo un revólver y la encañonó. Posteriormente, la amarró a un árbol, en donde la violó, golpeó y estranguló con un cordón y un cinturón.

Después de cometer el cobarde crimen, el celular del asesino volvió a sonar. Otra mujer había mordido el anzuelo. Esta vez se trataba de Andrea Quappe, de 43 años, la cual resultó ser amiga de Loreto López. La mujer se encontraba buscando empleo de forma desesperada, y Loreto le había reenviado la tentadora oferta laboral, a la cual ella también había postulado, para que probara suerte. Moena la citó el mismo día a Valparaíso para una entrevista y Andrea confirmó su asistencia. La mujer también era de Santiago, así que tomó un bus y viajó para encontrarse con el supuesto empresario.

El actuar del asesino se repitió de forma idéntica. Se reunió con Andrea en el terminal de buses y, luego de una amena charla, la llevó hasta el mismo sector de Placilla, en donde la golpeó brutalmente, violó y estranguló. Solo habían pasado 8 horas desde el asesinato de Loreto y el psicópata ya se cobraba una segunda víctima.

Con el pasar de las horas, tanto los familiares de Loreto López, como los de Andrea Quappe, comenzaron a preocuparse. Las mujeres no daban señales de vida y sus celulares estaban apagados. Félix López, padre de Loreto, tenía por costumbre acompañar a su hija a las entrevistas de trabajo a las que asistía. Aquella vez no lo hizo; sin embargo, Loreto había dejado anotado el número del empresario con el que debía reunirse en Viña del Mar. Aquella era la única pista con la que contaban. Una prima de la joven desaparecida, Andrea San Martín, sospechaba que aquel hombre estaba al tanto de lo que le había ocurrido a Loreto. Es más, estaba segura. Después de tres días de angustiosa espera, Andrea decidió llamar al presunto empresario y consultar por el aviso de internet, haciéndose pasar

por una secretaria en busca de empleo. Moena respondió su celular y la citó a una entrevista de trabajo, como lo había hecho con las otras dos mujeres. La familia de Loreto se comunicó con la Policía de Investigaciones y les mencionó el hecho, además de la cita que Andrea San Martín había conseguido con el sospechoso. La policía ofreció el apoyo para detener e interrogar al sospechoso en una operación encubierta, además de poner a una agente en lugar de Andrea; pero esta se negó. Quería mirar de frente al posible responsable de la desaparición de su prima.

La reunión entre Andrea San Martín y Erasmo Moena Pinto, se realizó en un *Mall* de Viña del Mar. La mujer, lejos de sentir miedo, se encontraba ansiosa por ver de cerca a este presunto empresario. Sin embargo, Moena tardó en llegar, posiblemente porque estaba observando si la chica venía acompañada o no. Lo que el sujeto ignoraba, es que el despliegue policial había comenzado varias horas antes y varios agentes encubiertos se encontraban vigilando de cerca a Andrea.

Minutos más tarde, Moena se presentó ante Andrea, la saludó de forma cordial y le invitó un café. Le dijo que podían ir a beber aquel café en una de las calles aledañas al *Mall*; pero ella le dijo que prefería que fuese allí mismo, ante lo cual él no tuvo inconveniente. Andrea San Martín comentaría, tiempo después, que jamás se sintió amedrentada por el sujeto. Nunca se mostró nervioso, sonreía y se mostraba como un hombre cordial y agradable, incluso atractivo y muy educado. Aún así, Andrea estaba segura de que el supuesto empresario estaba ocultando algo. Cuando los agentes de policía se acercaron a Moena para detenerlo, comprendió que había caído en una trampa. El cazador había sido cazado. Erasmo Moena Pinto, de 40 años, fue interrogado por la policía y no tardó en confesar el asesinato de las dos mujeres desaparecidas, tres días antes.

Los cuerpos de Loreto y Andrea, fueron encontrados en el sector de Placilla, donde el asesino las había violado y estrangulado. Los agentes quedaron estupefactos ante el descaro y la frialdad del asesino, y la noticia llegó a primera plana. El caso del Psicópata de Placilla se tomó todos los noticieros, causando indignación en la opinión pública, sobre todo por la cobardía, premeditación y alevosía de los crímenes.

Los exámenes psiquiátricos demostraron que Erasmo Moena era un psicópata narcisista, sádico, violento, manipulador y cruel, capaz de engañar, violar y matar, sin sentir remordimientos. Veía a sus víctimas como obstáculos, y decidía matarlas para que no testificaran contra él en caso de que lo detuvieran por cargos de violación. En su departamento, y tras el registro policial, se encontraron diversas prendas íntimas de mujeres que había violado con anterioridad. Algunos investigadores no descartaban que se tratara de “trofeos” correspondientes a otros asesinatos; pero no se encontraron más cuerpos y Moena negó haber cometido otros crímenes similares.

Durante el juicio, Erasmo Moena se mostró absolutamente frío e impasible. No demostró remordimientos ni empatía con las víctimas o sus familiares. Simplemente se defendió diciendo que todo se trataba de una broma y que las mujeres habían asistido a aquella entrevista bajo su propia responsabilidad. Incluso insinuó que había mantenido sexo consentido con las víctimas, probablemente en un burdo intento por reducir su pena, evitando el cargo de violación. Fue condenado a más de 60 años de presidio por los cargos de violación con homicidio, homicidio calificado y posesión ilegal de armas.

Varios periódicos nacionales y canales de televisión, trataron de exprimir al máximo una de las historias policiales más impactantes de la última década. Se realizaron programas especiales y entrevistas con el afamado

Psicópata de Placilla, en un intento por ahondar en su particular personalidad y sus motivaciones. Moena Pinto aceptó las entrevistas de buena gana. En ellas, se puede ver a un sujeto que sonríe mientras cuenta cómo engañó y mató a dos mujeres indefensas, narrando los horrendos crímenes como si se tratara de simples anécdotas.

En su última entrevista (2016), cedida al canal Chilevisión, Moena Pinto declaró con respecto a uno de los asesinatos: “Me vi tan atrapado en ese momento, que lo único que hice, fue hacer lo que he hecho toda mi vida: Deshacerme de lo que me estorba... Y en ese momento, ella me estorbaba”.

Lejos de mostrarse arrepentido, criticó la ingenuidad de las mujeres que mató, diciendo: “Yo nunca pensé cómo personas con criterio formado, si una tenía 36 y la otra 41, iban a venir a pegarse el “pique”. Yo lo encontré ilógico, y ahí empezó lo ilógico que empecé a hacer yo (...) Vinieron desde Santiago a ver algo que era demasiado bueno por teléfono. Yo no me dejaría convencer por nadie por teléfono”. Al psiquiatra forense, Italo Sigala, ya le había dicho, en el 2010, que Loreto López “era tonta”, porque rezaba mientras él la ataba al árbol en donde la violó y la mató. O que Andrea Quappe “hablaba puras tonteras esotéricas”, en una muestra más del desprecio que sentía hacia sus víctimas. De forma descarada, parece ser que el asesino culpa a sus víctimas por lo que les pasó. Esta es otra característica clásica de los psicópatas: Nunca aceptar la culpa como propia; sino que endosársela a otros.

Hoy, Erasmo Moena Pinto, es un reo respetado en la cárcel de Viña del Mar. Durante sus primeros años tras las rejas, fue “mocito” y traficante de drogas, lo que le otorga otro estatus dentro de la penitenciaría, considerando que lleva más de la mitad de su vida encarcelado. Gracias a su carisma, inteligencia e histrionismo, ha sabido convertirse en un líder, y

ha aprovechado sus estudios superiores para obtener ciertos privilegios a nivel carcelario. A pesar de mostrarse resignado a su suerte y a pasar el resto de su vida en la cárcel, asegura que no le interesa el perdón de los familiares de sus víctimas: “No creo en el arrepentimiento. Si me arrepintiera, no habría venido a esta entrevista. Para mí existe el arrepentimiento antes de... pero después, solo existe no cometer errores (...) A lo mejor no me van a perdonar nunca, pero tampoco me interesa su perdón, porque en un sentimiento de padre no existe ese perdón”. El periodista se atrevió a preguntarle si se veía, a sí mismo, como un monstruo. Moena respondió: “Sí. Me siento peor que Hannibal Lecter en *El Silencio de los Inocentes*. Me provoca ruido saber el porqué no tengo empatía con el resto de las personas. Quiero saber si tengo un daño en mi cerebro o está en mi ADN (...) Un monstruo no nace, se hace”.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría darle las gracias a mi madre, pues fue ella quien me facilitó el primer documento que leí sobre este apasionante tema, en el que se resumía parte de un libro del ex agente del FBI, John E. Douglas (en donde también se mencionaba al experto en perfilación criminal, Robert Ressler) el cual terminó por despertar mi interés por el mundo de los asesinos seriales. ¡Muchas gracias por esto y por todo, mamá!

Quiero agradecer además, de forma muy especial, al Consultor Metodológico y Psicólogo Tomás Betinyani, quien ha escrito el prólogo del presente libro y que se ha dado el trabajo de leer, corregir y recomendar cambios sumamente acertados para esta publicación.

Algo que ha sido sumamente importante, es el apoyo que he recibido en mi blog sobre asesinos seriales (grotesqueandarabesque.blogspot.cl) el

cual ha tenido una acogida realmente increíble, registrando casi veinte mil visitas mensuales. Sus palabras, recomendaciones y críticas, han ayudado a que este blog siga creciendo. Gracias especiales al seguidor número uno del blog, el señor Fay Petrucci.

Me gustaría agradecer a todas esas personas que me ayudaron durante los procesos de investigación, que generaron debates interesantísimos y con las cuales pude discutir, en algunos casos varias horas (y varios cafés) sin que llegara a aburrirles el tema: R.O. Evelyn Cruz, Rocío Valero, David Pons, Anita Barahona, María Paz Vera, Israel Matus, Javier Poblete, Cristián Maureira, Margaret Orrego, Juan Rojas y Exequiel Carrasco.

También me gustaría hacer mención especial de aquellas personas que siempre me han apoyado, ya sea resolviendo temas técnicos, con uno que otro dato respecto al tema o, sencillamente, con palabras de aliento en el agotador proceso de investigación y creación tanto de este libro, como de mis otros proyectos: María Fernanda Caneo, Nelson Valladares, Daniela Pino, Katia Jiménez, Claudia Mancilla, Karina Vega, Martín Ortiz, José Lorenzo Gamundi, Aldo Quiroz, Tamara Torrents, María Estefanía Chamorro, Karen Paniagua, Cynthia Bugueño, Pablo Mutizabal, Alejandro Espinoza, Joaquín Ibar, María de la Paz Ibar, Leon Stefant Ibacache, Matt RawRock, Sebastián Gajardo, Carla Cueto, Sebastián Triviño, Pascale Céspedes, Juan Eduardo Castellón y muchos otros que de seguro se me quedan en el tintero.

Gracias especiales a Carolina Cabrera y Daniel Maureira por el apoyo en el rastreo de fuentes fotográficas.

También debo darle las gracias a la Editorial Estratos por el constante apoyo, la confianza y la paciencia en estos últimos meses (que no han sido nada fáciles) sobre todo a Daniel Fernández y Michael Rivera. Poder publicar este libro, es un sueño hecho realidad.

Finalmente, quiero darle gracias infinitas a toda mi familia por el enorme soporte que han sido durante todos estos años, y también a mi esposa Eliana, por toda su paciencia y apoyo.

BIBLIOGRAFÍA

Libros:

Abellán, F. P. (2010). *Crimen y Criminales 1: Claves para entender el mundo del crimen*. España: Nowtilus.

Abellán, F. P. (2010). *Crimen y Criminales 2: Claves para entender el mundo del crimen*. España: Nowtilus.

Abellán, F. P. (2010). *El Hombre Lobo y Otras Bestias: Psicópatas, mujeres diabólicas y monstruos del crimen*. España: Nowtilus.

Beck, R. (2012). *Cien Grandes Asesinos de la Historia*. España: Edimat.

Bielba, A. (2007). *Jack el Destripador y Otros Asesinos en Serie*. España: Edimat.

Carlo, P. (2007). *El Hombre de Hielo: Confesiones de un asesino a sueldo de la Mafia*. España: EDAF.

Clarsó, N. (1972). *La Mistica de la Ferocidad /el crimen de Charles Manson*. España: Acervo.

Conradi, P. (1993). *La Otra Cara del Diablo*. Argentina: Atlantida.

Cornwell, P. (2003). *Retrato de un Asesino*. España: Ediciones B.

Cyriax, O. (1996). *Diccionario del Crimen: De Abedul a Zyklon B, una enciclopedia del mal*. España: Anaya.

Doval, G. (2013). *Los Grandes Asesinos de la historia*. España: Alba Libros S.L.

García, S. (2015). *Sin Piedad: Asesinos múltiples 2, asesinos en serie 1*. Argentina: HS Grupo Editorial.

Garrido, V. (2013). *La Mente Criminal*. España: Temas de hoy.

Graysmith, R. (2007). *Zodiac: El Asesino del Zodíaco*. España: Alba Oscura.

Hynd, A. (1962). *Antología del Crimen*. España: Bruguera.

J.V., K. (1961). *Libro Negro del Crimen*. España: Bruguera.

Krivich, M. (1994). *Camarada Chikatilo*. España: Serres.

Leyton, E. (2005). *Cazadores Humanos: el auge del asesino múltiple moderno*. España: Alba Oscura.

López, J. (2002). *Crónica Negra del Siglo XX*. España: Libsa.

Mendoza, M. (2010). *Asesinos en Serie: Perfiles de la mente criminal*. España: Norma.

Morrison, H. (2005). *Mi Vida con los Asesinos en Serie*. España: Océano.

Olsen, J. (1976). *El Hombre de los Caramelos: La historia de los asesinatos en masa de Houston*. España: Grijalbo.

Ramila, J. (2011). *Depredadores Humanos: El oscuro universo de los asesinos en serie*. España: Nowtilus.

Ressler, R. (2012). *Asesinos en serie*. España: Ariel.

Ressler, R. (2014). *Dentro del Monstruo*. España: Alba.

Ruíz, R. (2014). *El Cronómetro de la Muerte: La historia de los psicópatas de Viña del Mar*. Chile: Narrativa Punto Aparte.

Schwartz, A. (1994). *El Hombre que no Mató lo Suficiente*. España: Grijalbo.

Soza, H. (2006). *¿Por qué Mata el Hombre?* Chile: Mare Nostrum.

VV.AA. (2013). *Instinto Criminal: La historia oculta de los asesinos en serie más famosos*. España: Plaza & Janes Editores.

VV.AA. (1990). *Sumario del Crimen*. España: Ediciones Drac.

Wilson, C. (2013). *A Sangre Fría*. España: Océano.

Wilson, C. (1965). *Enciclopedia del Crimen*. España: Luis de Caralt.

Yapp, N. (2007). *Crímenes, Los casos más impactantes de la historia*. España: Parragon Books.

Documentales:

Aquí en vivo (2010). *Los maníacos del martillo*. Chile: Mega Baldassari, F. *Serial Killers featuring Gerard John Schaefer*. Francia. Biography. *Andrei Chikatilo*. Estados Unidos. History Channel Biography. *Albert DeSalvo*. Estados Unidos. History Channel Biography. *Charles Manson*. Estados Unidos History Channel. Biography. *Ed Gein*. Estados Unidos. History Channel Biography. *Ed Kemper*. Estados Unidos. History Channel Biography. *John Wayne Gacy*. Estados Unidos. History Channel Biography. *Richard Ramírez*. Estados Unidos. History Channel Biography. *Ted Bundy*. Estados Unidos. History Channel Biography. *Jeffrey Dahmer*. Estados Unidos. History Channel Broomfield, N. (2003). *Aileen Wuornos: Life and death of a serial killer*.

Gran Bretaña: Jo Human

Buckley, S. (2001). *Serial Killers: The real life Hannibal Lecters*. Estados Unidos: Buck Productions

Deranged. *El hijo de sam*. Estados Unidos.

Discovery Channel. *Alexander Pichushkin*. Estados Unidos. Discovery Channel (2006-2008). *Most Evil*. Estados Unidos: Optomen Productions

Ginsberg, A. y Spain, T. (1992). *The iceman tapes: Conversations with a killer*. Estados Unidos: HBO

Documentos TV. *En la mente del asesino, Robert Ressler*. Estados Unidos.

RCN (2006). *Luis Alfredo Garavito: En las manos de Dios*. Colombia: RNC

Fotografías:

Alvarez, G.(2016) *Julio Pérez Silva*[Fotografía]. En: BuzzFeed Staff, Español. Recuperado el 16 marzo de 2017 de https://www.buzzfeed.com/gretaalvarez/latino-serial-killers?utm_term=.ayAW918A1v#aovXr0y20W

Alvarez, J. (8 de Agosto de 2016). La espeluznante historia de Richard Chase, el Vampiro de Sacramento. Recuperado el 4 de Julio de 2017, de La brujula verde: <https://www.labrujulaverde.com/2016/08/la-es-peluznante-historia-de-richard-chase-el-vampiro-de-sacramento>

Blanco, J. I. (s.f.). Albert Hamilton FISH. Recuperado el 4 de Abril de 2017, de Murderpedia: <http://murderpedia.org/male.F/f/fish-albert.htm>

Blanco, J. I., & Murcia, F. (2017). Charles Frederick ALBRIGHT. Recuperado el 25 de Mayo de 2017, de Criminalia: La enciclopedia del crimen.: <http://criminalia.es/asesino/charles-albright/>

Blanco, J. I. (s.f.). Friedrich haarmann. Recuperado el 4 de Abril de 2017, de Murderpedia: <http://murderpedia.org/male.H/h/haar-mann.htm>.

Cabaret Crimes Schaefer [Fotografía]. Recuperado el 26 noviembre de 2016 de <http://cabaretcimes.tumblr.com/tagged/gerard-johnschaefer>

Criminalia (2017). Bobby Joe LONG [Fotografía]. Criminalia la enciclopedia el Crimen. Recuperado el 21 marzo de 2017 de <http://tmj.mx/terribles-asesinos-seriales-nunca-fueron-atrapados/>

Criminalia (2017). Pedro Alonso López [Fotografía]. Criminalia la enciclopedia el Crimen. Recuperado el 21 marzo de 2017 de <http://criminalia.es/material/pedro-alonso-lopez-fotos/>

Criminalia (2017) Richard Ramirez [Fotografía]. Criminalia la enciclopedia el Crimen. Recuperado el 18 enero de 2017 de <http://criminalia.es/asesino/richard-ramirez/>

Criminalia (2017). Marcel Petiot [Fotografía]. Criminalia la enciclopedia el Crimen. Recuperado el 21 marzo de 2017 de <http://criminalia.es/asesino/marcel-petiot/>

lia.es/material/marcel-petiot-fotos/

Di Lovodico, C. (07 de Septiembre de 2014). Perfil. Recuperado el 22 de Abril de 2017, de Nueva hipótesis sobre petiso orejudo:

<http://www.perfil.com/sociedad/nueva-hipotesis-sobre-el-petiso-orejudo-0907-0052.phtml>

Dusseldorfer: das archiv (2010). Peter Kürten [Fotografía]. Recuperado el 11 marzo de 2017 de [http://archiv.the-duesseldorfer.de/the-](http://archiv.the-duesseldorfer.de/the-duesseldorfer/peter-kuerten-ausserhalb-der-gesellschaft.php#prettyPhoto)

[duesseldorfer/peter-kuerten-ausserhalb-der-gesellschaft.php#prettyPhoto](http://archiv.the-duesseldorfer.de/the-duesseldorfer/peter-kuerten-ausserhalb-der-gesellschaft.php#prettyPhoto)

El estrangulador de Boston . (s.f.). Recuperado el 4 de Abril de 2017, de Crimen Investigación : <http://citv.es/fichados/estrangulador-boston-adn-no-miente/>

Ed Gein. (19 de Junio de 2006). Recuperado el 4 de Julio de 2017, de Wikipedia. La enciclopedia libre: https://en.wikipedia.org/wiki/Ed_Gein

Erzsébet Báthory. (11 de Mayo de 2016). Recuperado el 5 de Julio de 2017, de Wikipedia.org La enciclopedia libre: https://es.wikipedia.org/wiki/Erzsébet_Báthory

Escrito con sangre. Marquesa-de-brinvilliers [Fotografía]. Recuperado el 22 marzo de 2017 de <http://escritoconsangre1.blogspot.cl/2015/05/la-marquesa-de-brinvilliers-la.html>

FAMORRISTV Dnepropetrovsk [Fotografía]. Recuperado el 2 marzo de 2017 de <http://famorristv.blogspot.cl/2016/08/3-hombres-y1-un-martillo-sin-censura.html>

Grotesque and Arabesque Kemper [Fotografía]. En: Edmund Kemper III “Co-Ed Killer”. Recuperado el 10 marzo de 2017 de <http://grotesqueandarabesque.blogspot.cl/2012/01/edmund-kemper-iii.html>

Grotesque and Arabesque Estranguladores de Hillside [Fotografía]. En: Kenneth Bianchi y Angelo Buono “Los Estranguladores de Hillside”.

Recuperado el 10 marzo de 2017 de <http://grotesqueandarabesque.blogspot.cl/2013/04/kenneth-bianchi-y-angelo-buono-los.html>

Grotesque and Arabesque Rodney Alcalá [Fotografía]. En: Rodney James Alcalá “The Dating Game Killer”. Recuperado el 10 marzo de 2017 de <http://grotesqueandarabesque.blogspot.cl/2012/07/rodnejames-alcala-dating-game-killer.html>

Grotesque and Arabesque Jerome Brudos [Fotografía]. En: Jerome Brudos. Recuperado el 10 marzo de 2017 de <http://grotesqueandarabesque.blogspot.cl/2012/11/jerome-brudos.html>

Grotesque and Arabesque Ted Bundy [Fotografía]. En: Ted Bundy “El Asesino de Señoritas”. Recuperado el 10 marzo de 2017 de <http://grotesqueandarabesque.blogspot.cl/2012/01/ted-bundy-elasesino-de-senoritas.html>

HoustonPress Corll [Fotografía]. En: Patrick David The Girl on the Torture Board: Rhonda Williams Opens Up About Being Attacked by Dean Corll. Recuperado el 2 marzo de 2017 de <http://www.houstonpress.com/news/the-girl-on-the-torture-board-rhonda-williamsopens-up-about-being-attacked-by-dean-corll-6736780>

Jeffrey Dahmer Milwaukee Police. (30 de Abril de 2015). Recuperado el 4 de Abril de 2017, de Wikipedia. La enciclopedia libre.:

https://upload.wikimedia.org/wikipedia/en/0/0c/Jeffrey_Dahmer_Milwaukee_Police_1991_mugshot.jpg

Krivich, M. (1994). Camarada Chikatilo. España: Serres.

La Mañana de Chilevisión. (Captura CHV) (2016). Erasmo Moena [Fotografía]. En: SOY CHILE.CL. Recuperado el 12 marzo de 2017 de <http://www.soychile.cl/Valparaiso/Sociedad/2016/05/25/395525/>

Psicopata-de-Placilla-No-creo-en-el-arrepentimiento.aspx Lungarilello, M. (08 de Febrero de 2017). Son of Sam arrested in Yonkers 40 years ago.

Recuperado el 12 de Mayo de 2017, de Lohud. com:

<http://www.lohud.com/story/news/crime/2017/08/02/son-ofsam-arrested-yonkers/486219001/>

Mackay [Fotografía]. En: Patrick David Mackay “El Discípulo del Diablo” Grotesque and Arabesque. . Recuperado el 2 marzo de 2017 de <http://grotesqueandarabesque.blogspot.cl/2016/03/patrickdavid-mackay-el-discipulo-del.html>

MX (2017). Kuklinski [Fotografía]. Ocultopedia. Recuperado el 21 mayo de 2017 de <https://ocultopedia.com/2016/10/31/los-asesinosseriales-mas-peligrosos/>

Oxlack Mundo Insolito Bestia de Gevándan [Fotografía]. En: La increíble bestia de Gevándan. Recuperado el 10 marzo de 2017 de <http://oxlackinvestigaciones.com/2016/06/la-increible-bestia-de-ge-vaudan/>

Paper Blog (2011) Aileen Wournos [Fotografía]. En: Quando mamma ti sgozza... le donne serial killer. Recuperado el 25 enero de 2017 de <https://it.paperblog.com/quando-mamma-ti-sgozza-le-donne-serial-killer-426660/>

Pujadas, E. (2015) Los psicópatas de Viña del Mar [Fotografía]. En: Diario La Voz. Recuperado el 16 febrero de 2017 de <https://diariola-voz.net/2015/04/12/los-psicopatas-de-vina-del-mar-2/>

Rodriguez, C. (s.f.). La verdadera historia que inspiró a ESO, el payaso asesino. Recuperado el 4 de Abril de 2017, de Esquire Latinoamerica: <http://www.esquirelat.com/mundo-esquire/17/05/26/la-verdadera-y-terrorifica-historia-que-inspiro-a-eso-el-payaso-ste-phen-king/>

Serial killer H.H. Holmes' grave to be exhumed. (s.f.). Recuperado el 4 de Abril de 2017, de Chicago tribute: <http://www.chicagotribune.com/news/local/breaking/93216270-132.html>

The Docus. (2017). *Fritz Honka* [Fotografía]. Recuperado el 21 marzo de 2017 de <http://www.thedocus.com/documentaries-theme/honka>

The Zugzwang Blog (2014) Alexander Pichushkin [Fotografía]. En: Alexander Pichushkin, “La bestia de Bittsa”. Recuperado el 6 marzo de 2017 de <https://thezugzwangblog.com/asesinos-y-ajedrez/>

TMJ (2017). Jack el Destripador [Fotografía]. En: Terribles asesinos seriales que nunca fueron atrapados. Recuperado el 21 marzo de 2017 de <http://tmj.mx/terribles-asesinos-seriales-nunca-fueron-atrapados/>

Últimas palabras: Los más temibles asesinos de la historia. (28 de Agosto de 2015). Recuperado el 4 de Abril de 2017, de Debate: <https://www.debate.com.mx/mundo/Ultimas-palabras-Los-mas-temibles-asesinos-de-la-historia-20150828-0143.html>

Urbanghostsmedia. Zodíaco [Fotografía]. En: Aldía.co. Recuperado el 16 noviembre de 2016 de <http://www.aldia.co/archivos-x/56-anos-2500-sospechosos-quien-era-el-asesino-del-zodiaco>

Vanguardia Luis Alfredo Garavito [Fotografía]. En: No coma cuento: Luis Alfredo Garavito no está libre. Recuperado el 10 marzo de 2017 de <http://www.vanguardia.com/colombia/389636-no-coma-cuento-luis-alfredo-garavito-no-esta-libre>

Vlad Tepes (s.f.) Tepes [Fotografía]. En Wikipedia. Recuperado el 16 enero de 2017 de https://es.wikipedia.org/wiki/Vlad_Tepes

ÍNDICE

Prólogo (por Tomás Betinyani).....	7
<u>Nota del autor.....</u>	<u>9</u>
<u>Introducción.....</u>	<u>11</u>
<u>Preludio histórico de los primeros grandes asesinos de la historia...</u>	<u>13</u>

<u>Los monstruos del crimen.....</u>	<u>27</u>
<u>La aparición del primer asesino en serie moderno y el cambio del</u> <u>paradigma del criminal violento.....</u>	<u>32</u>
<u>Tipos de asesinos.....</u>	<u>36</u>
<u>El criminal más peligroso de todos: El Psicópata.....</u>	<u>43</u>
<u>Los asesinos en la cultura popular.....</u>	<u>47</u>
<u>Mujeres que aman a los asesinos.....</u>	<u>51</u>
<u>Asesinos seriales:</u>	
<u>- Jack el Destripador.....</u>	<u>58</u>
<u>- Herman Webster Mudgett - Dr. H.H. Holmes</u> <u>(Henry Howard Holmes).....</u>	<u>66</u>
<u>- Cayetano Santos Godino - El Petiso Orejudo.....</u>	<u>71</u>
<u>- Fritz Haarmann - El Carnicero de Hannover.....</u>	<u>76</u>
<u>- Peter Kürten - El Vampiro de Düsseldorf.....</u>	<u>84</u>
<u>- Albert Fish - El Hombre Gris, El Hombre Lobo de Wysteria, El Vampiro</u> <u>de Brooklyn, El Maníaco de la Luna,</u> <u>El Ogro de Nueva York, The Boogey Man.....</u>	<u>95</u>
<u>- Marcel Petiot - Dr. Satán, Dr. Muerte, Dr. Eugène.....</u>	<u>102</u>
<u>- Edward Gein - Ed Gein, El Carnicero de Plainfield,</u> <u>El Fantasma de Plainfield.....</u>	<u>110</u>
<u>- Albert DeSalvo - El Estrangulador de Boston.....</u>	<u>120</u>
<u>- El Zodiaco.....</u>	<u>130</u>
<u>- Jerome Brudos - El Asesino Lujurioso.....</u>	<u>146</u>
<u>- Gerard John Schaefer.....</u>	<u>157</u>
<u>- Dean Corll - Candyman, El Hombre de los Caramelos.....</u>	<u>162</u>
<u>- Edmund Kemper III - Co-Ed Killer,</u> <u>El Gigante de Santa Cruz, El Gigante Asesino, Big Ed.....</u>	<u>172</u>
<u>- Richard Chase - El Vampiro de Sacramento.....</u>	<u>190</u>

- Theodore Bundy - Ted Bundy,	
El Asesino de Señoritas, El Asesino del Campus.....	195
- Patrick MacKay - El Discípulo del Diablo.....	209
- Fritz Honka - El Destripador de Sankt Pauli.....	217
- John Wayne Gacy - El Payaso Asesino, Pogo the Clown.....	223
- Kenneth Bianchi y Angelo Buono -	
Los Estranguladores de Hillside,	
Los Estranguladores de la Colina.....	234
- David Berkowitz - El Hijo de Sam,.	
Mr. Monster, El asesino del calibre .44.....	247
- Rodney James Alcalá - The Dating Game Killer.....	263
- Pedro Alonso López - El Monstruo de los Andes.....	267
- Robert Joseph Long - Bobby Joe Long.....	272
- Jorge Sagredo Pizarro y Carlos Alberto Topp Collins - Los Psicópatas de	
Viña del Mar.....	283
- Richard Ramírez - The Night Stalker.....	295
- Richard Kuklinski - El Hombre de Hielo, El Polaco.....	314
- Andrei Chikatilo - El Carnicero de Rostov,.	
La Bestia Roja, Citizen X, El Destripador Rojo.....	328
- Aileen Wuornos - La asesina de la Autopista, La Mujer Araña...340	
- Jeffrey Dahmer - El Carnicero de Milwaukee,.	
El Caníbal de Milwaukee.....	346
- Westley Dodd.....	360
- Charles Albright - Eyeball Killer, Dallas Slasher, Dallas Ripper...365	
- Julio Pérez Silva - El Psicópata de Alto Hospicio, El Segua.....	371
- Luis Alfredo Garavito - El Monstruo de Génova,.	
La Bestia de Génova, El Monstruo de los Andes,.	
Alfredo Salazar, El Loco, Tribilín, Conflicto, El Cura, El Monje, El	

<u>Mendigo, Bonifacio Morera Lizcano.....</u>	<u>383</u>
<u>- Alexander Pichushkin - El Asesino del Ajedrez,</u>	
<u>La Bestia de Bitsa, El Maníaco del Martillo.....</u>	<u>394</u>
<u>- Viktor Sayenko e Igor Suprunyuck -</u>	
<u>Los Maníacos de Dnepropetrovsk.....</u>	<u>400</u>
<u>- Erasmo Moena Pinto - El Psicópata de Placilla, Locomía.....</u>	<u>407</u>
<u>Agradecimientos.....</u>	<u>415</u>
<u>Bibliografía.....</u>	<u>417</u>
<u>Índice.....</u>	<u>424</u>